This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UC-NRLF
$B 315 826

Digitized by Google

GIFT OF
J. G. Cebrian.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

ROMANCERO

DE

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Digitized by Google

Digitized by Google

ROMANCERO

DE

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SACADO DE LA OBRA INMORTAL DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POR SU ADMIRADOR ENTUSIASTA

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO SEGUNDO

MADRID
JOSÉ GÓNGORA Y ÁLVAREZ, IMPRESOR
San Bernardo, núm. 85.
1890

Digitized by Google

PRESERVATION
COPY ADDED
mlf

ES PROPIEDAD

Digitized by Google

ROMANCERO

SEGUNDA PARTE

«....Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza dijo:—Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

(*Aprobación de la Segunda parte de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* por el licenciado Marqués de Torres, á nombre del Doctor Gutierre de Cetina, Vicario General de la Villa y Corte de Madrid). (1) *

ROMANCE I

La convalecencia.—Visita.

Cuenta el sabio Cide Hamete
Benengelí, fiel testigo
Y cronista de los hechos
De nuestro hidalgo perínclito,
Que después de haber estado
Éste de mucho peligro,
Dió por fin claras señales
De salud y entero juicio.

---

* Las notas van al final del tomo.

Digitized by Google

306515

Esparcióse por el pueblo
La noticia de su alivio
Y el Cura y el rapabarbas
Fueron á verle solícitos.
Sentado estaba en su lecho
Con almilla y bonetillo
Toledano, y su figura
Daba un susto al miedo mismo.
Tan flaco y amojamado
Estaba, que era un prodigio
Ver aquellos mondos huesos
Guardando cierto equilibrio.
Recibióles tan afable,
Tan sesudo y tan pacífico,
Que sus discursos le daban
Credencial de discretísimo.
Hablaron de cien asuntos
Diversos, con tanto tino
Por su parte, que era un gusto
Para todos el oirlo.
De lo que entonces llamaban
Razón de Estado, se vino
Á los modos de gobierno
Que hoy llaman actos políticos.
Y en el curso de su plática
Charlaron con tanto ahinco
Que era un Solón cada uno
Ó un Licurgo flamantísimo.
Hallábanse allí presentes
Ama y sobrina, y con brincos
Del corazón, celebraban
El bien del amo y del tio.
Mas ¡ay! que de pronto el Cura
Tocó un funesto registro.
Poniendo en mal hora á prueba
Á nuestro hidalgo perínclito.

Digitized by Google

II

Don Quijote siempre el mismo.

Con intención cautelosa
No quiso el Cura al principio
Hablar al buen caballero
De las cosas de su oficio;
Pero, mudando el propósito,
Su sanidad probar quiso,
Y con capciosas palabras
De esta manera le dijo:
—Según noticias seguras
Que de la corte han venido,
Tiénese ya averiguado
Que el Turco, traidor é impío,
Baja ya con una armada
Poderosa, decidido
A caer con gran violencia
No sabemos en qué sitio,
Ni en qué nación, pues se ignoran
Sus alevosos designios;
Si bien los reyes cristianos
Y nuestro Monarca invicto,
Fortificando sus costas,
Esperan al enemigo
Calló el Cura, y Don Quijote
Que se quedó pensativo,
Dando acaso cuerda larga
Á sus pasados delirios,
Dijo al fin:—Esos acuerdos,
Son sabios y prudentísimos;
Que un gran rey no ha de exponerse
Á estar desapercibido.
Pero si Su Majestad
Tomara el consejo mio,
Aconsejárale yo
Que previniera un arbitrio

Digitized by Google

En el cual no habrá pensado
Por involuntario olvido.»
Apenas oyó esto el Cura
Cuando entre dientes se dijo:
—Dios te tenga de su mano,
Pobre Don Quijote amigo,
Que temo que te despeñas
De tu locura al abismo.
—Sepamos, dijo el Barbero,
Algo de ese plan magnífico,
Y veamos si es de aquellos
Impertinentes ó ilícitos
Que suelen darse á los reyes
Con daño del reino mismo.
—Mi plan, señor rapador,
Dice el hidalgo ofendido,
No tiene nada de sandio
Ni tiene nada de nimio.
Antes bien es fácil, justo,
Y mañero y advertido.
—Ya tarda, replica el Cura,
Vuesa merced en decirlo.
Hable, pues.—Es que me temo
Si ahora incauto lo publico,
Que mi secreto mañana
Vaya á dar en los oidos
Del Consejo, y se aprovechen
Otros de aquello que es mio.
—Por mí, repuso el Barbero,
Juro por la fe de Cristo
No explicar á nadie nada
De cuanto llegue á decirnos.
—Me place tal juramento;
Tanto más, cuanto imagino
Que el señor Barbero es hombre
Fiel, honrado y fidedigno.
—Y aunque no lo fuera, yo,
Dijo el Cura, ratifico
Su promesa, y de él respondo
Cual respondo de mí mismo.
—Y á vuesa merced ahora
¿Quién le fía, señor mio?

Digitized by Google

—Mi profesión que es sagrada
Y ordena guardar sigilo.
—Entonces ¡cuerpo de tal!
Gritó el hidalgo con brio,
¿Hay más que mandar el Rey
Reunir en un mesmo sitio
Á todos los caballeros
Andantes, que por distintos
Puntos vagan, y encargarles
Que defiendan sus dominios?
Con solo media docena
Que acudiese, yo estoy fijo
Que tal podría entre ellos
Venir, que diera castigo
Al turco, desbaratando
Su insolencia y poderío.
No es cosa nueva el que un héroe
Perteneciente á mi oficio,
Á ejércitos poderosos
Haya él solo destruído.
Vivieran hoy los famosos
Don Belianís, los invictos
Descendientes de Amadís
De Gaula, y yo os certifico
Que cualquiera de ellos, diera
Cuenta del turco precito.
Dios, sin embargo, que cuida
De su pueblo, hará propicio
Por depararnos alguno,
Que si no tan aguerrido
Y tan bravo como aquellos,
Tampoco les ceda en brios
Y en ánimos; y con esto
Harto callo y harto digo
Y Dios me entiende.—Él me mate,
Dijo la Sobrina al oirlo,
Si no quiere á las andadas
Volver hoy mi señor tio!
Y oyéndola Don Quijote
De esta manera les dijo:
—Razón tiene mi sobrina:
Caballero andante he sido;

Digitized by Google

Caballero andante soy
Sin ambages ni artificios,
Y lo seré en vida y muerte
Por los siglos de los siglos.»

III

Héroes de antaño.

Prolongóse todavía
La plática interesante
Dando muestras Don Quijote
De su locura incurable.
Ama y sobrina salieron
Dando sus quejas al aire
Y maldiciendo su suerte
Que las puso en aquel trance.
Procuraba el señor Cura
Desvanecer los dislates
De aquel pobre alucinado
Que ya no escuchaba á nadie.
Y aunque también el Barbero
Estuvo asaz insinuante,
Contando un caso ocurrido
En cierta casa de orates,
Nuestro insigne aventurero
Con aspecto y tono grave
Sacó á colación mil nombres
De caballeros andantes
Que al mundo dejaron bizco
Con sus hechos inmortales
Y con las pruebas gallardas
Que dieron de buen carácter.
—Dígame si no, añadía;
¿Quién fué más honesto y grande
Que Amadís de Gaula? ¿quién
Más discreto y más amable
Que Palmerín de Inglaterra?
¿Quién más dócil que Tirante

Digitized by Google

El Blanco? ¿quién más galán
Y noble que Lisuarte
De Grecia? ¿quién tan brioso
En recibir centenares
De cuchilladas, y darlas
Á su vez con gran donaire,
Como aquel Don Belianís
Á quien es justo se alabe?
¿Quién buscó tantos peligros
Como arrostró Felixmarte
De Hircania? ¿Quién más sincero
Fué que Esplandian? ¿quién más fácil
Y arrojado en sus empresas
Que el bravo é invulnerable
Don Cirongilio de Tracia?
Y porque ya se hace tarde,
No os haré mención de muchas
Otras notabilidades
Que dando lustre á su patria
Emularon al dios Marte.
De cualquiera de estos fuertes
Caballeros arrogantes,
Quisiera ver asistido
Á nuestro Rey, que Dios guarde.
Que entonces Su Majestad
Con él tuviera bastante
Para hacer gigote al turco
Y á sus hombres y á sus naves.
—Todo eso, me parece,
Dijo el Cura con afable
Ademán, muy acertado;
Pero me asalta, no obstante,
Cierta duda que no explico
Por temor de incomodarle,
Si bien seguir no quisiera
Con mi escrúpulo adelante.
—Pues dígala el señor Cura,
Replicó el hidalgo; hable
Su merced, que para ello
Tiene licencia bastante.
—Entonces, previo el permiso
Que me otorga, con lenguaje

Digitized by Google

Franco, le diré que apenas
Me es posible acomodarme
Á creer, que esa caterva
De caballeros andantes
Haya jamás existido;
Ni que de hueso y de carne
Fueron esos embelecos
Que por singularizarse
Inventó la fantasía
De noveleros audaces.
—Ahí está precisamente,
Dijo Don Quijote, el fraude
Y el error de los que niegan
Que la luz alumbra y arde.
Yo también he conocido
Gran número de ignorantes
É incrédulos, que rechazan
La verdad incontrastable.
Y es tan cierto que existieron
Cuantos aquí cité antes,
Que estoy tentado á deciros
Sin temor de equivocarme,
Que casi ví con mis ojos
Propios, al incomparable
Amadís de Gaula, que era
Alto de cuerpo, el semblante
Honesto, negra la barba,
La vista entre fosca y suave,
Corto de razones, tardo
Casi siempre en el airarse,
Y pronto en el deponer
Su más ardiente coraje.
Tal fué Amadís, los demás
No pretendo retratarles
Porque leyendo la historia
De sus hechos inmortales
Se deduce prontamente
Cuáles fueron sus imágenes,
Condición, talento, bríos,
Y virtudes cardinales.»

Digitized by Google

IV

Á la querencia.

Aquí llegaba el bravo Don Quijote
Hablando con el Cura y el Barbero,
Cuando de pronto se escucharon gritos
Que el Ama y la Sobrina daban dentro;
Es decir, en el patio donde estaba
Con ellas Sancho Panza el escudero.
Pugnaba él por entrar, y ellas decían:
—¿Qué quiere en esta casa este mostrenco?
Váyase al punto, váyase á la suya
Pues él es quien sonsaca á nuestro dueño.
—Yo no sonsaco á nadie, dice Sancho;
El sonsacado, destraido y lerdo
Y bruto y animal, yo solo he sido,
Pues tomé en hora mala los consejos
Del señor Don Quijote que á sacarme
De mis casillas vino. El bobo, el memo,
He sido yo que fuí por andurriales,
Valles y lomas y pelados yermos,
Siguiendo á mi señor que aún no me ha dado
La ínsula famosa que aun espero.
—¿Y qué es eso de ínsulas? pregunta
La Sobrina; respóndeme al momento:
¿Es algo de comer?—No es comestible,
Sino cosa de mando y de gobierno.
—Pues vete á gobernar á tu familia,
Saco vil de maldades y embelecos;
Vete á labrar tus pobres pegujares
Y déjate de ínsulas y empleos.»
Estaban escuchando estos coloquios
Muertos de risa el Cura y el Barbero;
Mas Don Quijote, temeroso acaso
De que Sancho descubra sus secretos,
Le hizo entrar, y con él se quedó á solas
Encerrados los dos en su aposento.

Digitized by Google

V

Coloquios.

En la calle.—El Cura y el Barbero.

CURA.—Vos veréis mi buen compadre,
Cuando menos lo penséis,
Como á volar la ribera
Sale el pájaro otra vez.
BARB.—No pongo yo duda en eso;
Mas no acierto á comprender
Si á la locura del amo
Aventaja la sandez
Del escudero, que espera
Su ínsula con tal fe
Que no habrá quien se la saque
Del casco.
CURA. —Decís muy bien.
Dios lo remedie; y estemos
Á la mira, para ver
En lo que pára esta máquina
Que con absurdo vaivén
Mueven un loco y un tonto.
Dios ponga tiento en sus pies.
BARB.—Lo que están hablando ahora
Quisiera ver y entender.
CURA.—No paséis pena por eso,
Compadre; que ya al través
De las paredes y puertas
Habrá quien alerta esté,
Y la Sobrina y el Ama
Nos lo contarán después.»

*
* *

Digitized by Google

Aposento de Don Quijote.

Don Quijote y Sancho.

D. Quij.—Mucho, Sancho, me ha dolido
El que dieras á entender
Que fuiste tú el sonsacado
Y que yo te sonsaqué.
Si dejaste tus casillas
Por mí, yo no me quedé
En mis casas; juntos de ellas
Salimos, y sabes bien
Que juntos peregrinamos
Yendo montados ó á pie.
La misma suerte ha corrido
Por los dos; y si una vez
Te mantearon, á mí
Me han molido más de cien,
Que es la única ventaja
Que te llevo.
Sancho. —Justo es
Que así fuera, pues mil veces
Me ha dicho vuesa merced
Que es al amo, y no al criado
Á quien toca padecer.
D. Quij.—Te engañas de medio á medio;
Yo no dije tal sandez;
Antes bien, digo y redigo,
Que cuando suele doler
La cabeza, duelen todos
Los miembros, que eso es de ley.
Así, pues, cuando yo sufro
Sufrir debes tú también.
Mas dejando aquesto aparte,
Dime por tu vida ¡oh fiel
Amigo! ¿qué es lo que dicen
De mi ciencia y mi valer
Por el lugar? ¿qué opinión
Tiene el vulgo de mi fe?
¿Cómo piensan los hidalgos

Digitized by Google

Y los nobles de alta prez?
¿Qué dicen de mis hazañas
Y de mi trato cortés?
¿Cómo elogian el asunto
Que he tomado de volver
Al mundo la ya olvidada
Andantesca y noble grey?
En una palabra, Sancho,
Quiero que cuenta me des,
Sin olvidar cosa alguna,
Y sin cautela ó doblez,
Todo aquello que tú sepas
Y hayas llegado á entender.
Mas ten presente, repito,
Que la verdad es mi ley
Y quiero verla desnuda
Sin adornos de oropel.

SANCHO.—Puesto que así me lo manda
En cueros se la pondré
Delante; mas no se enoje
Si algo le escuece la piel.

D. QUIJ.—Puedes, Sancho, libremente
Hablar, no me escoceré.

SANCHO.—Pues lo primero que digo
Es que el vulgo á su merced
Llama grandísimo loco,
Y á mí me llaman también
Mentecato y alcahuete
Porque sus cartas llevé
Al Toboso; los hidalgos
Dicen que es un entremés
Ponerse un Don, y llamarse
Caballero, sin tener
Más que cuatro cepas viejas
Y dos yugadas ó tres,
Con un trapo que le tape
La fachada y el embés.
Finalmente, los señores
Dicen que no pueden ver
Á los vanos hidalguillos
Que tienen la avilantez
De fingirse caballeros

Digitized by Google

Mientras dan betún con fe
Á los zapatos y llevan
Medias negras del revés
Para tapar los zurcidos
De hilo verde.

D. Quij. —No es de ley
Decir eso, amigo Sancho;
Que yo siempre vestí bien;
Y si alguna vez fuí roto
Gloriosa rotura fué,
Pues fuí roto en las derrotas
Que sufrieron más de cien
Enemigos.

Sancho. —También dicen
Que el valor de su merced
Es valor mal entendido;
Pues muy heróico no es
Pelear con las ovejas
Llevando lanza y broquel.

D. Quij.—¿Acabaste ya, buen Sancho?

Sancho.—No, señor, aún no acabé;
Que en punto á su cortesía,
Y á su falta de altivez,
Y á su honestidad, y á otras
Muchas prendas que yo sé,
Hay opiniones contrarias
Y es distinto el parecer.
Los unos dicen: es loco;
Pero gracioso y sin hiel;
Otros añaden: es bravo,
Pero desgraciado es;
Finalmente, otros afirman
Que aunque parece cortés
Es impertinente; y todos
Ponen faltas á granel
Royéndonos los zancajos
Que no es ya poco roer.

D. Quij.—¿También á tí te critican?

Sancho.—Sí, señor, á mí también.

D. Quij.—Pues mira, no hagamos caso
De esa crítica soez.
Siempre la virtud más alta

Digitized by Google

Se vió perseguida, y fué
Blanco de la vil calumnia
Y de la envidia cruel.
Los varones más ilustres
Soportaron el desdén
De la menguada malicia
Humana... que humana no es.
El invicto Julio César
No se pudo precaver
De que le llamaran sucio
Y codicioso y sin fe.
De Alejandro Magno, dicen
Que se daba á la embriaguez,
¡Como si posible fuera
Que fuese borracho un Rey!
Del gran Hércules famoso
Cuentan que lascivo fué;
Y á Don Galaor, hermano
De Amadís, suelen hacer
La ofensa de suponerle
Rijoso, no sé por qué;
Añadiendo, que su hermano
Fué llorón. Por esto, pues,
Te aconsejo, amigo Sancho,
Que cuando veas que estén
Calumniándome, tú hagas
Orejas de mercader,
Siempre que la cosa sea
Cual tú me has dicho que es.

SANCHO.—Ahí está el toque, señor.
¡Cuerpo de mi padre!

D. QUIJ. —Qué!
¿Te queda más por decir?
¿Hay más?

SANCHO. —¿Pues no la ha de haber,
Cuando están por desollar
El rabo y los cuatro pies?
Todo lo que dije antes
Es dulce como la miel,
Y tortas y pan pintado
Con lo que viene después.

D. QUIJ.—Esto me parece grave.

Digitized by Google

Habla, Sancho.

SANCHO. —No hablaré;
Porque tengo quien le cuente
Mil cosas á su merced
Sobre esas viles calofias
Con que nos quieren morder.
Anoche ha llegado un hijo
Del señor Bartolomé
Carrasco, que en Salamanca
Dicen se ha hecho bachiller.
Á darle la bienvenida
Fuí al punto, y díjome él
Que andaba ya puesta en libros
La historia de su merced
Con mote del *Ingenioso*
Hidalgo; y dice también
Que á mí con mi mesmo nombre
Me emprimen en el papel;
Y también á la señora
Dulcinea, y cuenta cien
Cosas de las que pasaron
Entre mí y vuesa merced
En secreto, siempre á solas
Siendo de noche tal vez;
Por lo cual híceme cruces
Y espantado me quedé
Pensando en cómo el autor
Pudo esas cosas saber.

D. QUIJ. —Yo te aseguro, buen Sancho,
Que ese autor sin duda es
Algún sabio encantador
De esos que todo lo ven.

SANCHO.—Á mí también me parece
Que encantador ha de ser,
Pues se llama Cide Hamete
Berengena.

D. QUIJ. —Nombre es
De moro.

SANCHO. —Yo así lo creo,
Pues sé que suelen comer
Berengena esos morazos
Que el cielo maldiga, Amén.

Digitized by Google

D. Quij.—Yo pienso que habrás truncado
Ese apellido.
Sancho. —Tal vez;
Pero á bien que si ahora traigo
Á Sansón el bachiller,
Él nos sacará de dudas.
D. Quij.—Curioso estoy, ve por él;
Que si escriben nuestra historia
Mucho debemos valer.»

VI

Sansón Carrasco.

Era el bachiller Sansón
Mozo de sutil ingenio
Con sus puntas y ribetes
De socarrón y embustero;
El cual, llegando con Sancho
Ante el insigne manchego,
Puesto de hinojos le dijo:
—Dios guarde al gran caballero,
Dios guarde al más afamado
Campeón de nuestros tiempos
Cuyo nombre es conocido
En uno y otro hemisferio.»
Hízole alzar el hidalgo,
Y con aire circunspecto
Respondióle:—Vos me honrais
Mucho más que yo merezco.
—No hay tal, señor D. Quijote,
Antes bien, corto me quedo;
Que su gloria proclamada
Anda ya en libros impresos.
—¿Luego es verdad que han escrito
Mi historia?—Y con tanto éxito
Que todo el mundo la busca
Para estudio y pasatiempo;
Siendo probable que un día
Traducida la encontremos

Digitized by Google

En todas las lenguas cultas
Ó enrevesados dialectos (2).
—Diérame la enhorabuena,
Señor bachiller, por ello,
Si ese coronista fuese
Honrado cristiano viejo,
Católico en sus creencias
Y devoto de lo bueno
Y de lo santo; mas es,
Según entendido tengo,
Moro, y Dios sabe á estas horas
Lo que conmigo habrá hecho
Y con mi honra, llenándome
De indecentes vituperios
Ó calumniando á mi dama
Á quien yo erigir un templo
Quisiera.—Vamos por partes,
Y no nos atropellemos,
Dijo el bachiller gozándose
Mucho para sus adentros.
Sepa el señor D. Quijote
Que el autor, moro en efecto,
Guarda á Doña Dulcinea
Los más altos miramientos
Mostrándose muy amigo
Y hasta partidario acérrimo
Del valor y las virtudes
Que atesorais en el pecho.
Esta es la verdad del caso,
Este es el puro Evangelio;
Que no es capaz *Cide Hamete*
Benengelí.....—¿Ves, mastuerzo,
Como no era Berengena
Su nombre? dijo muy serio
Don Quijote á Sancho Panza.
—Me equivoqué, lo confieso.
—Proseguid, señor Carrasco.
—Pues digo, afirmo y sostengo,
Que en esa historia le tratan
Con grande amor y respeto,
Pintando la gallardía
Que le distingue; el resuelto

Digitized by Google

Ánimo con que acomete
Los peligros; el talento
Y la paciencia asombrosa
Con que vence al hado adverso
Curándose sus heridas
Sin hacer alardes de ello.
Finalmente, tanto elogia
Su continencia y honesto
Proceder, en los amores
Y tristes desasosiegos
Que le inspira mi señora
Doña Dulcinea....—Niego,
Gritó ya impaciente Panza,
Que el libro sea verdadero.
—¿Por qué?—Porque nunca oí
Á nadie dar tratamiento
De *Doña* á la que es *Señora*
Dulcinea á palo seco.
—La objeción no es de importancia.
—Seguid, estais en lo cierto;
Y si quereis darme gusto
Referidme lo primero:
¿Cuáles son de mis hazañas
Las que ponderan?—En eso
Hay opiniones distintas,
Según los gustos y genios.
Unos ponen en las nubes
El desgraciado suceso
Y tremebunda aventura
De los molinos de viento;
Otros la de los batanes;
Este, admira vuestro ingenio
Al describir las grandezas
Magnas de los dos ejércitos
Que encantadores trocaron
En manadas de carneros:
Otro cita y encarece
La aventura de aquel muerto
Que llevaban á enterrar
Á Segovia; y otros ciento
Añaden que no hay ninguna
Tan digna de loa y premio

Digitized by Google

Como la de dar soltura
Á los galeotes.—Bueno,
Dijo Sancho que rabiaba
Por hablar; mas yo deseo
Saber si encajó en el libro
Su autor, aquel trance fiero
De los jayanes yangüeses
Que motivó, sin talento
Ni decencia, Rocinante
Á pesar de que es tan viejo,
Sólo por pedir cotufas
En el golfo.—En su tintero
Nada el autor ha dejado,
Y es tan veraz y tan cierto,
Que cuenta las cabriolas
Y los extremecimientos
Que el buen Sancho hizo en la manta.
—En la manta no hice eso,
Replicó Sancho; en el aire
Bien pudo ser.—Yo me creo,
Dijo D. Quijote, que
Cuando se trata de hechos
Históricos, siempre hay
Casos prósperos y adversos,
Que no deben omitirse
Ni ocultarse en ningún tiempo.
—Así y todo, le contesta
Carrasco, digo y sostengo
La máxima de que á veces
Se debe correr un velo
Sobre verdades que ofenden
Con su desnudez; y esto
Lo digo, por que hay lectores
Que murmuran en secreto
De lo minuciosamente
Que anduvo el autor, poniendo
En evidencia los miles
De palos con que os midieron
Las costillas.—Ahí nos duele,
Dijo Sancho; y ahí encuentro
La verdad fiel de la historia.
—Te entiendo, Sancho, te entiendo.

Digitized by Google

Respondióle D. Quijote
Tragando saliva; pero
No era preciso que Hamete
Se fijara tanto en ello;
Que un historiador celoso
Jamás pone en menosprecio
Al que es señor de su historia
Y merece algún afecto.
No fué tan piadoso Eneas
Como Virgilio le ha hecho;
Ni fué tan prudente Ulises
Como le describe Homero;
Que en aquestas cosas hay
Siempre sus más y sus menos.
—De todos modos, colijo,
Dijo Sancho interrumpiendo
Á su señor; que si hablan
De los golpes que le dieron,
También dirán los que yo
Recibí en cabeza y cuerpo.
—Nada se ha escapado al moro,
Dice Sansón sonriendo,
Que de vos mucho se acuerda
Ponderando vuestro ingenio
Y agudeza de tal suerte
Que hace reir al más serio
De los lectores; tan solo
Os moteja por lo crédulo
Que sois, pensando en la ínsula
Famosa que os prometieron.»
—Á esto, contesta el hidalgo
Con muchísimo sosiego,
Tened, señor, muy presente
Que soy yo quien se la ofrezco;
Y cuando yo suelto prendas
Sé muy bien por qué las suelto.»
Aquí llegaban las cosas,
Cuando en el reloj del pueblo
Dieron las doce, y al punto
Su plática suspendieron,
Para echar al ocio un áncora
Y ofrecerle lastre al cuerpo.

Digitized by Google

VII

Resolución.

Á comer con Don Quijote
Quedó el bachiller Carrasco,
(Convite que con sus vidas
Dos palominos pagaron),
Mientras con igual objeto
Á su casa se fué Sancho.
Durmieron después la siesta,
Luego á reunirse tornaron,
Y volvióse á reanudar,
Haciendo mil comentarios,
El hilo roto del cuento
Que antes habían cortado.
La historia de Cide Hamete
Fué el gran tema, que abrió el campo
Para hablar del porvenir
Después de hablar del pasado.
Quiso saber Don Quijote
Si el moro quedaba harto
De escribir; á lo que al punto
Respondió Sansón Carrasco
Que Cide estaba dispuesto
Á proseguir su relato
Siempre que hubiese aventuras
Quijotescas.—Pues mi amo,
Dijo entonces Sancho Panza,
Pronto le dará mil datos
Para que á las claras vea
El pie de que cojeamos.
Tanto ripio le daremos
Para escribir ¡voto al chápiro!
Que si ha de cogerlo todo
No han de bastarle ambas manos.
Ya verá las aventuras
Y los sucesos extraños
En que habremos de entrar juntos

Digitized by Google

Metiendo el resuello al diablo.
Tome mi señor, si quiere,
Mi consejo, salga armado
Para enderezar los tuertos
Y desfacer los agravios,
Y ya verán los moritos,
Y hasta los fieles cristianos,
Lo que vale un caballero
Andante, puesto á caballo.»
Dejó de hablar Sancho Panza,
Y al momento resonaron
Relinchos de Rocinante
Que se acordaba del amo.
—Buena señal, dijo éste;
Rocinante ha relinchado;
Me llama á la lid, y es justo
Atender á su reclamo.
Oh! sí; dentro de tres días,
O á lo más dentro de cuatro,
Haremos otra salida.
Regocíjate, buen Sancho;
Que presto tendrás tu ínsula
O un reino si es necesario.»
Dióle gracias al momento
El escudero taimado
Que se puso de rodillas
Para besarle la mano.
Pidió Don Quijote versos
Acrósticos á Carrasco
En los cuales estuviera
De Dulcinea indicado
El nombre; después quisieron
Trazarse el itinerario
De su tercera salida,
Y al fin los tres acordaron
Que después de ir al Toboso,
Dó ver quiere al dueño amado,
Irían á Zaragoza,
Para probar de su brazo
El esfuerzo, en unas justas
Con que los zaragozanos
Celebrarían las fiestas

Digitized by Google

De San Jorge.—Yo lo alabo,
Dijo el bachiller; que es honra
Pelear con los bizarros
Aragoneses, mas ruégoos,
Señor Don Quijote amado,
Que cuideis de vuestra vida
Pues la tenemos en tanto.
—Y yo á mi vez os suplico
Que seais muy reservado
Y que no digais á nadie
Que de salir ahora trato.
—En un pozo está el secreto.
—Gracias, señor de Carrasco.»
Dicho lo cual, y tendiéndose
Unos á otros las manos,
Se dieron las buenas tardes
Y concluyó el conciliábulo.»

VIII

Teresa Cascajo.

Al entrar Sancho en su casa
Era tanto su alborozo
Que su mujer al momento
Escrito lo vió en sus ojos.
Era Teresa Cascajo,
Ó Teresa Panza, en todo
De carácter apacible,
Aunque un tanto quisquilloso,
Cuando sacarla intentaban
De su estado humilde y probo.
—Déjame, mujer, decía
Sancho Panza con aplomo;
Déjame tomar mi ínsula
Y ser grande y poderoso;
Que el que vuelve las espaldas
Á la fortuna, es un tonto.
Quien tiene tienda, que atienda;

Digitized by Google

Quien se mama el dedo es bobo;
Y en el comer y el rascar
El empezar es el todo.
Pobre porfiado, saca
Mendrugo; y es bien notorio
Que poco á poco y despacio
Hilaba la vieja el copo.
Déjame tener gobierno,
En el cual no seré romo
Para mandar y lucirme;
Y si algún condado cojo
Te llamarán la señora
Condesa de esto ó lo otro,
Y nos darán señoría,
Que es tratamiento muy cómodo
Para sonar en la oreja
Llenando el alma de gozo.
Tú verás como dotamos
Á Mari Sanchica, y como
La casamos con un conde
Para que nos demos tono.
—Eso, nunca; respondía
Teresa; villanos somos
Vos y yo, y seremos mofa
De los pueblos del contorno
Si nos ven salir del tiesto
Y hacer pinicos de pronto.
Es Cascajo mi apellido;
Y Cascajo humilde somos
Yo y toda mi parentela,
Aunque por ser vos mi esposo
Me llamen Teresa Panza,
Con lo cual gano muy poco,
Pues no sé que Panza alguno
Pasara de ser un porro.
Si queréis casar la chica
Ahí tenéis á Lope Tocho,
Hijo de Juan Tocho, el cual
No la mira de mal ojo,
Y es nuestro igual, y es rollizo,
Sano, membrudo y buen mozo.
—Tú no sabes lo que hablas,

Digitized by Google

Mujer.—Y yo vos respondo
Que antes de verla condesa
Quiero rezarle un responso.
—Digo que yo he de obligalla.
—Si ya estáis revuelto á todo...
—Resuelto dirás.—¿Qué haremos?
Vos mandáis, pues sois el tronco
De la familia, y las pobres
Mujeres esclavas somos
Del marido, aunque éste sea
Zonzorrión, bellaco y tosco.»
Así estuvieron charlando
Largo rato, y cuenta el moro
Benengelí, que Teresa
Tuvo que amoldarse á todo
Cuanto Sancho Panza dijo;
Si bien, al fin del coloquio,
Rompió la cuitada en llanto
Y en lastimeros sollozos.

IX

Gestión inútil.

Mientras Sancho prevenía
Su albarda, alforjas y bártulos,
Y doblaba el pienso al rucio,
Á fin de ponerle apto
Para entrar en nuevas lides
Y sufrir nuevos trabajos,
La casa de Don Quijote
Á la vez era teatro
De una familiar escena
Digna de encomio y de aplauso.
Hablaba con su sobrina
Y con el ama el hidalgo,
Y eran de oir sus discursos
Tan amenos y tan varios.
Odiaban las dos mujeres

Digitized by Google

Los maldecidos libracos
De andantes caballerías
Que el juicio le alborotaron,
Y estaban tan temerosas
De verle tornar al campo
De sus negras aventuras
Por estímulos de Sancho,
Que no les llegaba al cuerpo
La camisa, adivinando
Que algo en secreto fraguaban
Y que era triste aquél algo.
—Mire bien por Dios, decía
El ama, su mal estado;
Y que tiene transparente
El cuerpo de puro flaco.
Mire, señor, que si hace
Ahora algún desaguisado,
Me quejaré á Dios y al Rey
Para que nos den amparo.
—De lo que Dios dispusiere
Yo no estoy bien enterado;
Respondióla Don Quijote
Ambos hombros levantando;
De lo que al Rey pertenece
Digo que tienen trabajo
Los reyes que á toda hora
Á escuchar se ven forzados
Las cien mil impertinencias
Con que les abruman tantos.
Así, pues, bobillas mías,
No paséis ningún cuidado,
Que yo sé lo que me digo
Y sé muy bien lo que hago.»
Detrás de lo cual, pronuncia
Un discurso tan galano
Y tan florido, que ambas
Pendientes ya de sus labios,
Sin recatarse decían:
—¡Oh! qué suceso tan raro
Es ver tan cuerdo y tan loco
Á un hombre que vale tanto!
Llegó en esto Sancho Panza,

Digitized by Google

Y cual si viesen al diablo
Se salieron fugitivas
Haciendo *fú* como el gato.

X

Mina y contramina.

Tras de esto cuenta la historia
Que el ama se puso un manto
(Y si manto no se puso
Debió arreglarse el tocado),
Para salir á la calle
En busca de un ser humano
Que quisiese socorrerlas
Y evitarles un fracaso.
Dejó á la sobrina en casa,
Y á la de Sansón Carrasco
Se dirigió diligente
Diciéndole:—Pronto! vamos,
Que mi buen señor se sale...
—¿Por dónde?—Por el atajo
De su maldita locura
Que fomenta ese vil Sancho.
Por tercera vez pretende
Salir de su hogar, estando
Tan achacoso y tan débil
Que dá lástima el mirarlo.
La primera vez que á casa
Volvió, vino atravesado
Sobre un jumento, y molido
El cuerpo á fuerza de palos.
La segunda le trajeron
En una jaula encantado,
Moribundo; la tercera
Que quiere llevar á cabo
Temo que le traigan muerto,
Si es que pueden en sagrado
Darle honrada sepultura

Digitized by Google

Cual se merece un cristiano.
Por esto, señor, os pido
Por Dios y todos los santos,
Que ya que su amigo sois
Intenteis hoy el milagro
De apartarle de esa senda
De perdición y de escándalo.
—Teneis razón, le responde
El bachiller, vuestro llanto
Enjugad, volveos á casa
Tranquila; tenedme algo
Caliente para almorzar,
Pues iré dentro de un rato,
Y no pase pena alguna
Si vá la oración rezando
De Santa Apolonia.—Triste
De mí! pues ¿tiene mi amo
Dolor de muelas? ¿no sabe
Que su mal está en los cascos?
—Yo bien sé lo que me digo,
Señora, que para algo
Bachiller en Salamanca
Me hicieron, dándome el grado
Con que bachillerear
Pueda;» respondió Carrasco.
Y con esto salió el ama
Mientras él se fué en el acto
Á casa del señor Cura
Donde estuvieron tratando
Cosas que al lector diremos
Cuando sea necesario.

XI

Petición de salario. La tercera salida.

La visita que esta vez
Á su señor hizo Sancho,
Y que en el ama y sobrina

Digitized by Google

Produjo tal sobresalto,
Tuvo por único norte
El de halagar á su amo,
Para ver si conseguía
Un objeto deseado.
  Valióse de mil rodeos
Antes de llegar al grano,
Y pronunció más refranes
Que contiene el diccionario.
—Vuesa merced, señor mio,
Dijo al fin, está ya harto
De saber (pues en el púlpito
Lo oímos en muchos casos),
Que no hay nadie en este mundo
Que á morir no esté obligado.
Ni los ruegos, ni las fuerzas
Pueden atajar los pasos
De la muerte; y cetros, mitras,
Ella destruye de un tajo.
—Es verdad; mas no comprendo
Á dónde vas tan despacio.
—Voy á parar en que es justo
Que me señale salario
Vuesa merced, por que sepa
Yo, cada mes lo que gano.
Que, según el refrán dice,
Sobre un huevo pone un gallo...
Es decir, una gallina;
Y mil pocos, van formando
Un mucho; y mientras se gana
No se pierde; y vale un pájaro
En mano, más que otros ciento
Si los ciento van volando.
—Basta ya, Sancho; ya entiendo
La indirecta, eres muy franco
Y con la misma llaneza
Te responderé en el acto.
En ninguno de los libros
Que leí, ví consignado
Que los escuderos fuesen
Sujetos á un vil salario.
Todos con sus caballeros

Digitized by Google

Iban gozosos y ufanos
Por el placer de servirles
Y recibir cien regalos
De ínsulas y de otras cosas
Que por ser breve me callo.
Así, pues, si hais de veniros
Á mi merced, no os rechazo;
Pero si necio intentais,
Que ciego y desatinado
Adopte yo nuevos usos
Que destruyan los de antaño,
Podeis volveros á casa
Mi servicio abandonando;
Que pretender otra cosa
Es pensar en lo excusado,
Y de hallar estoy seguro
Escudero bueno ó malo.»
Diciendo así, el caballero
Quedó silencioso un rato,
Mientras que el buen Sancho Panza
Vióse tan desconcertado
Que creyó que hasta los cielos
Se le venían abajo.
Entonces, para más mengua,
Entró allí Sansón Carrasco
Con el ama y la sobrina
Que esperaban un milagro
De su parte, y que impacientes
También de rondón entraron.
Y fué el asombro de todos
Verle estrechar en sus brazos
Á Don Quijote, diciéndole
Con aire regocijado:
—Ea, señor de mi alma!
Campeón hermoso y bravo,
Póngase vuestra grandeza
En marcha, que ya esperando
Está el mundo sus servicios
Y la ayuda de su brazo.
Si alguna cosa le falta
Aquí estoy yo ¡voto al chápiro!
Para suplir con mi hacienda

Digitized by Google

Y mi vida, todo cuanto
Le falte para salirse;
Y si fuese necesario
Le serviré de escudero.
—¿No te lo dije, buen Sancho?
Murmuró el ilustre héroe
Volviéndose hacia su fámulo.
Sábete que no me falta
Quien me sirva con agrado,
Y que el que viene á ofrecerse
Es bachiller, docto y sabio,
Regocijador perpetuo
De salmaticenses claustros;
Ágil de sus miembros todos,
Discreto, alegre, callado;
Sufridor de los calores
O del frio, en el verano
Y en el invierno; y que sabe
Aguantar, si llega el caso,
La hambre y la sed, con aquellas
Otras partes que me callo,
Porque estando aquí presente
No se diga que le alabo
Por adularle; mas conste
Que desde luego lleváralo
Contento en mi compañía,
Si no fuera porque alcanzo
Á conocer, que á su patria
Se debe, y á sus ancianos
Padres; pues yo nunca he sido
Tan egoista y menguado
Que aspire á tronchar laureles
Que están frescos retoñando.
Quédese aquí como es justo
El nuevo Sansón, que es trástulo
Perpetuo de las escuelas
Del saber... y de sus patios.
Honre, repito, á sus lares;
Quédese aquí, que yo, en tanto,
Con cualesquiera escudero
Contento iré, ya que Sancho
No se digna acompañarme.

Digitized by Google

—Sí digno, dice llorando
Sancho Panza; que yo soy
Agradecido y honrado
Y mis agüelos lo fueron
Todos. Si pedí salario
Fué por seguir el consejo
Que mi parienta me ha dado;
Pero el hombre ha de ser hombre,
La mujer, mujer; y el caso,
Es que soy hombre en cualquiera
Parte, y no puedo negarlo.
Yo quiero serlo en mi casa,
Aunque pese al mesmo diablo.
Así, pues, vuesa merced
Ordene y deje firmado
Testamento y codicilo
Que no puedan revolcarlo...
—Revocar, dirás.—Sí, eso.
Lléveme, señor, que al cabo
Ya verá con qué primores
Le sirvo y aun le agasajo
Aunque otros nuevos yangüeses
Me muelan el cuerpo á palos.»
Calló al fin el escudero.
Se admiró Sansón Carrasco
Al ver su sandez; y al punto
Quedó establecido el pacto
Abrazando Don Quijote
Con gran efusión á Sancho.
Y siguiendo los consejos
Del bachiller, que era oráculo.
Á la sazón, del insigne
Valerosísimo hidalgo,
Se acordó que al tercer día
Fuese la partida, en tanto
Que la sobrina y el ama
Maldecían á Carrasco
Mesándose sus cabellos
Y sus rostros arañando.
Y al llegar á ver cumplido
Por fin aquel breve plazo,
Que en calmar á las mujeres

Digitized by Google

Ambos á dos emplearon,
Con las alforjas repletas,
Y un bolsón bastante hinchado
Que entregó el buen caballero
Al escudero pazguato,
Á la hora en que tendía
La noche su oscuro manto,
Salieron bonitamente
De su pueblo, acompañados
Del bachiller, que los quiso
Despedir; y al fin tomaron
El camino del Toboso,
En Rocinante montado
Don Quijote, y Sancho Panza
Subido sobre su asno.

XII

¡Al Toboso!

Camino van del Toboso
Don Quijote y su escudero,
Rellenando sus pulmones
De aire sutil, puro y fresco.
Libres van, y con gran gozo
Cruzan los campos manchegos,
Pensando en las aventuras
Que les deparen los cielos.
Antes, sin embargo, quiere
El sin igual caballero
Besar los pies á la hermosa
Reina de sus pensamientos.
Guarda, no obstante, en su alma
Un misterioso secreto;
Un arcano impenetrable
Del cual no está satisfecho.
Y es que el cuitado no puede,
Punto más ó punto menos,
Decir si su amada es rubia

Digitized by Google

Ó tiene oscuro el cabello.
  No sabe decir si es blanco
Su cutis, ó si es moreno,
Ni si es alta ó es pequeña
Pues sólo la vió entre sueños.
. . . . . .
  Mientras tanto, Sancho Panza
Va preocupado, va inquieto,
Pensando en el compromiso
En que su señor le ha puesto.
  Que él tampoco la vió nunca,
Jamás estuvo en el pueblo
Del Toboso, donde mora
La que es dueña de su dueño.
  ¿Cómo decir á éste ahora
Que bellaco y embustero
Le engañó, cuando le dijo:
—La he visto y la he dado el pliego?
¿Cómo llevarle á una casa
Que nunca sus ojos vieron,
Ni preguntar á las gentes
Delante del caballero?
—Sandio de mí! se decía;
Bruto, animal, topo, ciego;
¿Quién te metió á hacer bordados
Teniendo tan poco seso?
Si ahora mi señor se ofende,
Y me desgarra el pellejo,
Ó me rompe tres costillas,
Bien merecido lo tengo.
Que al freir es el reir:
Al hoyo siempre va el muerto;
Y el vivo al bollo; y la soga
Se escurre tras el caldero:
Por lo cual, digo y repito,
Que el que engaña escupe al cielo,
Y el mentir pide memoria;
Y mal maja un majadero
Si hay muchos ajos
En su mortero.»
  Así, truncando refranes,
Marcha Sancho tras su dueño,

Digitized by Google

Que como hemos dicho, iba
Algo azorado y suspenso.
. . . . . .
No queriendo dar su brazo
Á torcer ninguno de ellos,
Sus temores ocultando
Los dos guardaron silencio;
Hasta que el gran D. Quijote,
Que en romperle fué el primero,
Exclamó:—Por fin ¡oh Sancho!
Nos favorecen los cielos.
—¿Habrá ínsulas?—Y gloria
Y honor y mucho provecho;
Que tú verás cuánto pueden
Mi valor y heróico esfuerzo.
—¿Y á qué aguardamos?—Tú sabes,
Pues ya dicho te lo tengo,
Que ante todo, á mi señora
Dulcinea, ver pretendo.
Obtenga yo su permiso
Y su bendición; y luego
Duendes, gigantes y magos
Lluevan á diestro y siniestro.
—Quiera Dios que así suceda
Sin que vengan sarracenos
Ó yangüeses, que nos pongan
Hecho una lástima el cuerpo.
—Pierde el temor, Sancho amigo,
Que esta vegada no iremos
Á las ventas maldecidas
Que son puertas del infierno.
Tan solo á grandes ciudades
Y á capitales de imperios
Hemos de ir á lucirnos
En mil brillantes torneos,
Ó en franca lid; pero antes
Te he dicho cuánto apetezco
La bendición de mi dama.
—Dificilillo lo veo.
—¿Por qué?—Porque para echarla
Tendrá por fuerza que hacerlo
Por encima de las bardas

Digitized by Google

De su corral.—Ó eres ciego
Ó tus ojos se turbaron
Al ver su faz que es un cielo
Donde Dios puso dos soles
En claros ojos serenos.
Por eso dices que bardas
Viste solo, y yo por eso
Te digo que ver debiste
Galerías, aposentos
Con balconajes de oro,
Azoteas, atrios bellos,
Y lonjas de mármol, propias
De su palacio soberbio.
—Pues yo le juro y perjuro,
Puesta la mano en el pecho,
Que no ví soles ni estrellas
En su cara ni en su cuerpo.
Verdad es, que como estaba,
Cuando la truje aquel pliego
De vuesa merced, aechando
Trigo, y el polvo era denso,
Tal vez se formó una nube
Que le tapó los luceros
Ó los soles.—¿Y aun te obstinas,
Desatinado escudero,
En decir que aechaba trigo
Aquel sér puro y angélico?
¿Desde cuándo acá las damas
De alta alcurnia tal hicieron?
¿Desde cuándo las princesas
Dan á sus ocios empleos
Tan viles, y oficios toman
Tan ásperos y groseros,
Embasteciendo unas manos
Dignas de empuñar un cetro?.....
Vamos al Toboso á escape,
Que allí verás lo que es bueno
Cuando en su dorado alcázar
Juntos los dos penetremos.»

Digitized by Google

XIII

En el Toboso.

Media noche era por filo
Que rapar podía la barba
Según escribió Quevedo
Y Cervantes nos declara,
Cuando en el Toboso entraron
Don Quijote y Sancho Panza.
El vecindario dormía;
Era la noche entreclara
Y el ladrido de los perros
Los oidos atronaban
Del tierno y enamorado
Caballero; en una casa
Mayaban gatos, en otras
Un jumento rebuznaba,
Y el gruñido de algún puerco
De en cuando en cuando turbaba
El silencio y el reposo
De las calles solitarias.
Tan discordantes ruidos
Y animalesca algazara
No dieron muy buena espina
Al hidalgo, que con mala
Catadura, y triste acento
De este modo á Sancho habla:
—Esos rumores que oimos
No tienen muy buena traza
Y á mal agüero los tomo
Por ser mi fortuna vária.
Así, pues, Sanchico mio,
Guia pronto hacia el alcázar
O palacio de mi hermosa
Dulcinea, que acostada
Tal vez no esté, y barruntando
Mi venida, fiel me aguarda.

Digitized by Google

—¡Cuerpo del Sol! grita Sancho
¿Á dónde quiere que vaya
Á buscar tales palacios
Ni tales carneros? Valga,
O no valga lo que afirmo,
Digo señor que ella estaba
En casa cuando la vide
Y era un tabuco su casa.
—Presumo que andas errado.
—Y aunque yo señor me errara,
¿Es oportuno á estas horas
El venir á visitalla?
¿Quiere dar aldabonazos
En la puerta, y que nos abran
Produciendo un alboroto
Que prejudique su fama?
—De todos modos, intento
Saber dó está su morada,
Que después, yo habré de darme
Para todo buenas trazas.
Y ahora que en ello me fijo,
Ó yo tengo telarañas
En los ojos, ó aquel vasto
Edificio que se alza
Y da gran sombra, no lejos
De aquí, sin duda es la grata
Mansión de mi Dulcinea.
—Que no es su mesón jurara
Por los doce mil apóstoles.
—Quita los ceros, y apaga;
Que es ya mucho apostolado
Ese que á cuento me sacas
Y aun que tratases de vírgenes
Mil por lo menos sobraran.
—Pues digo, que yo no creo
Por razones que se callan,
Que aquel edificio sea
Dengún manífico alcázar.
Mas ya que vuesa merced
Se empeña, guíe las plantas
De Rocinante, que el rucio
Contento vá en su compaña.

Digitized by Google

XIV

Indagaciones. Revelación.

Como á unos doscientos pasos.
Según Cide Hamete cuenta,
Se alzaba aquel edificio
Que estaba entre sombras densas.
Alta torre le corona,
Tiene un atrio ante su puerta
Y al acercarse el hidalgo
Dijo parando á su bestia:
—Razón de sobra tenías;
No es palacio que es iglesia.
—Ya lo veo, exclama Sancho;
Y plegue á Dios que no sea
Sepoltura de estos vivos
Que hechos van almas en pena.
No es bueno, señor, andarnos
Por cimenterios á estas
Horas; y puedo jurarle
Que siento las cosquillejas
Del miedo; vámonos presto,
Pues, si mal no se me acuerda.
Ya dije que la señora
Vive en una callejuela
Sin salida.—Torpe, aleve,
Que así agotas mi paciencia!
¿Dónde viste tú palacios
Reales en sucias callejas?
—Señor, le replica Sancho,
¿No sabe que en cada tierra
Hay sus usos y costumbres
Más bonitas ó más feas?
Tal vez aquí en el Toboso
Se usará la moda esa;
Razón por la cual le pido
Que me dé la viña....—Vénia

Digitized by Google

Querrás decir.—Es lo mesmo
Si consigo que me entienda.
Digo, señor, que me deje
Ir por calles y plazuelas
En busca del tal palacio...
Que coman perros ó perras.
—Trata, Sancho, con respeto
Las cosas de Dulcinea.
Repórtate.—Me arreporto
Y hasta bajo la cabeza;
Pero ¿no es terrible cosa
Que porque una vez la viera
He de ser el obligado
Á buscársela y ponérsela
Por delante? ¿Debo acaso
Ser adevino por fuerza
Y encontrar su casa, siendo
De noche? ¡Voto á la suegra
Que ya no tengo, y que daba
Malos tratos á Teresa!
Que creo mucho más fácil
El que topáse con ella,
Pues la quiere y la habrá visto
Mil veces.—¡Maldito seas
Tú y tu charla! grita al cabo
Don Quijote hecho una fiera;
Dí ¿no sabes, vil hereje,
Que en ocasiones diversas
Te indiqué, que no conozco
Á la simpar Dulcinea?
Jamás pisé su palacio;
Si me enamoré de ella
Fué de oidas, pues no en vano
Supe que era tan discreta
Como hermosa; esto te dije
Y esto es preciso que entiendas.
—Pues yo afirmo que eso agora
Lo escucho por vez primera;
Pero ya que así me habla
Y así la verdad confiesa,
Juro á Dios, que yo tampoco
La ví nunca.—Eso es simpleza

Digitized by Google

Ó maldad tuya; ¿no afirmas
Que la viste muy de cerca
Aechando trigo, aquel día
En que te dió su respuesta
Á mi carta? Dí, menguado,
Respóndeme.—No se atenga
Á eso, señor; que también
Fué de oidas la conseja
Que conté para aquietarle
Metigando su impacencia.
—Oh! Sancho! perverso Sancho!
Tiempos hay de cuchufletas
Ó burlas, y tiempos hay
Para hablar de cosas serias.
No porque yo te haya dicho
Que ni ví ni hablé á la dueña
De mi vida, decir puedes
Lo mismo; pues en conciencia
Es todo al revés.»
Y hablaban
Los dos con tanta llaneza
Cuando avanzar hacia ellos
Vieron á un hombre, que era
Labrador sin duda alguna,
Pues llevaba dos acémilas
Que arrastraban un arado;
Y al ver que ya estaba cerca,
El andante caballero
Se expresó de esta manera:
—¿Sabreisme decir, amigo,
Y así Dios premio os ofrezca,
En qué parte del Toboso
Vive la ilustre princesa
Dulcinea?—Mal os puedo
Decir, el hombre contesta,
Lo que saber deseais,
Que há poco vine á esta tierra
Á servir, y no conozco
Á los que moran en ella,
Ni sé si aquí viven príncipes
Ó mozas de tal ralea.
Si queréis tomar noticias,

Digitized by Google

En esta casa frontera
El cura y el sacristán
Habitan; tened paciencia
Y dentro de algunas horas
Volved, llamad á su puerta
Y ellos os dirán de fijo
Si en el lugar hay princesas
Ó señoras de su casa
Que en ella ejercen de reinas.
—Tal debe ser la que adoro.
—Pues tomad mi enhorabuena
Y quedaos con Dios, que el alba
Ya presurosa se acerca.»
Partió el hombre, y el hidalgo
Quedó con la boca abierta
Tan azorado y suspenso
Que el mirarle daba pena.

XV

La embajada.

Al verle mústio, callado,
Inmóvil y boquiabierto,
Casi, casi, convertido
En una estatua de hielo,
Tomó Sancho la palabra
Y así le dijo á su dueño:
—Paréceme, señor mio,
Que vuesa merced se ha muerto
Y que está desconcertado
Más de lo que yo deseo.
Por esta razón quisiera
Que me escuchara un momento.
—Habla, Sancho, que á estas horas
Me estoy devanando el seso
Por orientarme; y no logro
Sacar á flote mi intento.
—Pues con su licencia digo

Digitized by Google

Que ya se aclaran los cielos,
Y que el sol que sale á escape
Hacia aquí vendrá corriendo.
Digo, señor, que no es propio
Que ambos á dos nos estemos
Como un par de tagarotes·
Papando moscas al fresco,
En tanto que los vecinos
De esta ciudad ó este pueblo,
Levantándose, nos hallen
Dando inútiles paseos.
Así, pues, lo más prudente
Y acertado en mi conceto,
Será que los dos salgamos
De poblado, y que busquemos
Alguna buena floresta
Donde se embosque; y yo luego
Volveré inmediatamente
Para, sin darme sosiego,
Buscar la casa ó palacio
De mi señora; y muy necio
Sería, ó muy desdichado,
Á no hallarla cual deseo:
Que el buey suelto bien se lame,
Quien hace un cesto hace ciento,
Más vale maña que fuerza,
Y al fin á río revuelto
Ganancia de pescadores,
Según nos dice el proverbio.
Quien tiene lengua va á Roma,
Y no mamándome el dedo,
De seguro he de encontrarme
En su palacio soberbio.
Lógre yo, señor, hallarla;
Que hallándola le prometo,
Que hablaré con su merced
Con mucha viveza y fuego
Diciéndole cómo y dónde
Queda mi señor y dueño
Esperando que le trace
Un *tinerario* completo
Para verla, sin que en nada

Digitized by Google

Se ofenda su estado honesto.»
  Calló Sancho, que tenía
Razón para estar inquieto,
Y Don Quijote le dijo
Casi con jovial acento:
—Tienes razón, hijo Sancho;
Todo cuanto has dicho es cierto
Y has hablado como un libro
Al darme tan buen consejo.
Salgamos de aquí al instante
Y una floresta busquemos
Donde me embosque, que el alma
Á voces me está diciendo
Que al verla tú, y al hablarle
De mi parte, deberemos
Á su fina cortesía
Y á su discreción, un ciento
De milagrosos favores
Y celestiales afectos.»
  Hablando de esta manera
Del Toboso se salieron,
Y á cosa de una dos millas
De aquel lugar celebérrimo,
En un encinar entraron
Donde emboscándose el tierno
Amador de Dulcinea
Dijo á su caro escudero:
—Anda, Sancho, parte, hijo;
Á la ciudad vete luego,
Y á mi presencia no tornes
Sin decirme lo primero
Que la viste, y que le hablaste
De mi parte; y te prevengo
Que has de contarle las cuitas
Que por ella estoy sufriendo.
Ruégale que sea servida
De hacerse ver un momento
De este su rendido amante
Y cautivo caballero,
Que su bendición pretende
Antes de afrontar sucesos
Felices, ó entrar con brios

Digitized by Google

En valerosos encuentros
Y en aventuras que exijan
Fuertes acometimientos.
—Haré, señor, cuanto manda
Vuesa merced.—Vuelve presto
Y sobre todo, procura
No turbarte al ver el cielo
De su mágica belleza;
Y sobre todo te ruego
Que fijes en tu memoria
Sus acciones, movimientos
Y señales que evidencien
Cuanto pasare en su pecho,
Mientras que tú le das cuenta
De mi embajada; y con esto
Vete con Dios, Sancho hijo,
Que yo sólo aquí me quedo
En aquesta soledad
Donde me está consumiendo
La envidia, al ver que te marchas
Y acompañarte no puedo.»

XVI

Donde Sancho entra en cuentas consigo mismo.

Lanzó un suspiro el hidalgo
Y en el encinar agreste
Que ellos llamaban floresta
Ó selva hermosa y alegre,
Quedó aguardando á que Panza
De su embajada volviese.
Montó el escudero en tanto
Sobre su rucio, y dos veces
Le vareó, procurando
Mostrarse gentil ginete
Que á su punto de partida
Quiere tornar muy en breve;

Digitized by Google

Mas no bien se hubo apartado
Un buen trecho, mira, inquiere
Si su señor le está viendo;
Y al notar que no parece,
Apeándose del rucio
Sentóse en el musgo verde
Al pie de un árbol frondoso
Y se expresó de esta suerte:
—Vamos á ver, Sancho hermano,
Vuesa merced ¿qué pretende?
¿Vais en busca de un jumento
Que se os perdió? No, mil veces,
Que lo que vos vais buscando
Son princesitas que tienen
Sorbido el seso á un andante
Caballero, tan valiente
Como loco; ¿y dónde vive
Esa señora? él sostiene
Que en un palacio, y que nunca
La vió; ¿mas cómo valerme
Para buscarla y decirle
Lo que su amante apetece?
¿De parte de quién le hablo?
¿Qué he de decir ¡voto á veinte
Legiones de diablos! ¿Puedo
En el Toboso meterme
Á sonsacar sus princesas
Sin que allí me vapuleen
Y me muelan las costillas
Veinte mil guardianes fieles?
¡Ojo al Cristo, hermano Sancho!
Y puesto que todo tiene
Su remedio en este mundo
Ecetuando la muerte,
Fíjate bien en que es loco
Tu señor, cállate y miente
Y dile que la primera
Labradora que aquí encuentres
Es la mesma Dulcinea
Del Toboso; y si no cree
Lo que digas, no te apures
Ni hables de cosas que suenen

Digitized by Google

Á verdad; jura y prejura
Y se fócil y obediente;
Que al buen callar llaman Sancho;
Y el que calla otorga; y suelen
Decir, que en boca cerrada
No entran moscas; y mil veces
Oí que á denguno ahorcan
Porque la lengua no mueve,
Sabiendo donde le aprieta
El zapato; y es corriente
El adagio aquel que dice
Que el pez por la boca muere,
Y que la soga se quiebra
Por lo más delgado siempre.
Cállate, pues, y respeta
De tu señor las sandeces,
Que si él está rematado
Del magín, frecuentemente
Vas tú por los mesmos trigos
Caminando sin caletre
Y sospirando por ínsulas
Que en zancos han de ponerte.
No con quien naces, se dice,
Sino con quien paces, y este
Refran nos presuade á todos
De una manera solene
Que aquel que con lobos anda
Á ahullar se enseña; y no pueden
Dos que comen en un plato
Y juntos velan ó duermen
Dejar á la fin y proste
De igualarse ó parecerse
El uno al otro; por esto
Y porque el amo no tiene
Un solo adarme de juicio,
Y todo lo trueca y tuerce
Creyendo que son castillos
Las ventas; gigantes fuertes
Los molinos; los venteros
Señores de alto soplete,
Y otras muchas zarandajas
Por el estilo, he de hacerle

Digitized by Google

Que se trague bien la píldora
Aunque al tragarla reviente.
Entretanto, en este sitio
Tomando un taco estaréme
Hasta que llegue la tarde
Á fin de que no sospeche
Mi señor, que nada hice
Por servirle y complacerle.»
Diciendo así, las alforjas
Requirió, y con dos zoquetes
De pan y queso, y un trago
Sirvióse régio banquete.

XVII

Mentiras sobre mentiras.

Y quiso la fortuna del taimado
Que aun antes de que el día declinara
Viese avanzar por medio del camino
Tres rústicas y feas aldeanas
Que montando pollinos ó pollinas
(Pues el sexo la historia no declara)
Salieron del Toboso, dirigiéndose
Al mismo punto en donde él se hallaba.
Tan luego como pudo apercibirlas
De su asiento musgoso se levanta,
Monta en el burro, y con feroz malicia
Blandiendo alegre la nudosa vara,
Recordando un sermón que oyó en la iglesia,
De esta manera corajudo exclama:
—Caigan del templo las colunas todas,
Muera Sansón y felisteos caigan
Para que nunca Don Quijote vuelva
Á encargarme amorosas embajadas.»
Dicho lo cual, á la floresta vuelve
Y encuentra á su señor que así le habla:
—Dí ¡oh Sancho amigo que al Toboso fuiste!
¿Deberé señalar con piedra blanca,

Digitized by Google

Ó con negra, este día de mi vida?
¿Traes buenas nuevas ó las traes malas?
—Tan buenas son, responde el escudero,
Que no hay más que salir al raso, para
Ver llegar hasta vos á mi señora
Dulcinea, que viene acompañada
De dos doncellas.—Cielos! ¿Qué me dices?
Ay! no me engañes, Sancho de mi alma;
No quieras que con falsas alegrías
Alegre mis tristezas malhadadas.
—¿Qué sacaría, le contesta Sancho,
Con engañarle? Al punto, señor, salga
Y verá como vienen á buscalle
Tan lindas y tan bien aderezadas
Que parecen mazorcas de oro y perlas,
Carbones encendidos, rojas ascuas
Tan cubiertas de ricas piedrerías
Que delumbran los ojos de la cara.
Pique, señor, y venga, y verá al punto
Llegar á la princesa nuestra ama
Vestida de diamantes y de telas
De brocado; tendidos á la espalda
Los cabellos, que al sol roban los rayos
Y sobre el viento juegan y cabalgan.
Aunque á decir verdad son cacaneas
De vistosos colores remendadas
Las que montan.—Querrás decir sin duda
Hacaneas.—No sé como se llaman,
Que hay poca diferiencia de hacaneas,
Á cananeas.—Lo concedo, acaba.
—Pues digo que se acerca la señora
Tan hechicera que el sentido pasma.
—Y yo á mi vez te juro, Sancho hijo,
Que en albricias de aquestas no esperadas
Nuevas que traes, te daré el despojo
Mejor, que gane en la primer batalla
Ó aventura feliz que nos deparen
Los hados; y si aquesto no te basta
Ni te contenta, ofrézcote las crias
De las tres yeguas que dejé preñadas
Allá en el prado concejil del pueblo.»
A lo cual contestóle el muy camándula

Digitized by Google

—Á las crias me atengo, señor amo,
Que el despojo mi vista no lo alcanza.»

XVIII

Maleficio.

Hablando de esta suerte, de la selva
Saliéronse, y al ver las aldeanas
Que en sus borricas caminando vienen
Con lentitud, y ya cerca se hallan,
Tendió su vista el bravo caballero
Buscando seres de mejores trazas;
Mas como á nadie viese en el camino
Del Toboso á excepción de las tres zafias
Labradoras, turbado y conmovido
Preguntó á su escudero si aún estaba
En la ciudad su hermosa Dulcinea
Ó si fuera la vió ya puesta en marcha.
—¿Cómo en marcha, señor, dice el taimado,
Pues no la vé? ¿no advierte como avanza
Hecha un cielo de amor, pisando flores
Que nacen á sus pies y la embalsaman?
—Yo no veo, replica Don Quijote,
Mas que tres labradoras mal portadas
Que sobre tres borricos cabalgando
Hacia nosotros vienen.—¡Dios nos valga!
Dijo á gritos el pérfido escudero;
Cómo! á tan bellas hacaneas blancas
Tiene el valor de apellidar borricos?
Por Dios, señor, que pelaré mis barbas
Si tal fuese verdad.—Pues yo te digo,
Con esta buena fe que en mí es innata,
Que es tan cierto que son burros ó burras
Como que tú te llamas Sancho Panza
Y yo soy Don Quijote.—Selle el labio,
Señor, que aquí nuestra princesa se halla.»
Calláronse los dos, y el redomado
Marido de Teresa, al punto baja

Digitized by Google

De su rucio, y postrándose de hinojos
Delante de las feas aldeanas,
Deteniendo á un pollino del cabestro,
Así á una de ellas con primor le habla;
—Reina y princesa y aun duquesa hermosa.
Señora *ogusta, destinguida* dama,
Mirad por Dios al *peladín* valiente
Llamado Don Quijote de la Mancha
Y también *Caballero de la Triste*
Figura, que aquí os rinde su alabanza
Teniendo el corazón tan reducido
Que no es más reducida una *alvellana.*
Á los pies de esta hermosa *cacanea,*
Sus dos rodillas en la tierra clava:
No *premita,* por Dios, vuestra grandeza
Que aquí *gomite* por la boca el alma.»
Estaba á la sazón arrodillado
Todo confuso, viendo á la villana
El crédulo señor; y como oyese
Que reina la llamaba Sancho Panza,
No sabía qué hacer, ni qué concepto
Formar de aquella aparición extraña,
Que era morena, regordota, bizca,
Cariredonda, cejijunta y chata,
Por lo cual el valiente caballero
Suspenso y sin hablar la contemplaba.
No estaban en verdad menos atónitas
Las tres silvestres y curtidas gracias
Viendo aquellos dos hombres tan distintos
Que hincados de rodillas les atajan
El paso; mas al fin la detenida
Mohina les dijo:—Vayan noramala
Y déjennos pasar, que se hace tarde
Y queremos *golver* á nuestra casa.
—Oh! princesa y señora, exclama Sancho.
¿Tendréis valor y corazón y entrañas
Para dejar morir cual muere un perro
Á ese andante infeliz que tanto os ama?
—Miren, miren, por donde el señorito
Se apea; grita al punto la más brava;
Jo que te estriego, burra de mi suegro.
¿A nosotras con pullas y matracas?

Digitized by Google

Vayan andando su camino, y déjennos
Hacer el nueso, pues la senda es llana.»
No bien oyó estas frases Don Quijote
Dijo con triste voz:—Sancho, levanta;
Levántate, no insistas, *pues ya veo*
Que la fortuna de mi mal no harta
Tiene tomados los caminos todos
Por do pueda venir á ésta mi ánima
Algún contento. Y tú, princesa ilustre,
Hermosa Dulcinea, prenda cara;
Término de la humana gentileza,
No dejes ¡ay! al contemplarme blanda
De advertir en el fino acatamiento
Que á tu noble virtud maleficiada
Y á tu hermosura contrahecha fago,
El grande afán con que te adora mi alma.»
Guardó silencio el caballero triste
Y soltando su risa la aldeana:
—Toma mi agüelo! replicóle al punto.
¿Requebrajos á mí? Váyanse, vayan,
Y déjennos al fin el paso franco,
Que la groma se va haciendo pesada.»
Apartóse el buen Sancho satisfecho
De haber logrado realizar su farsa;
Y la supuesta Dulcinea, picando
Á su burra, picó con tales ganas
Que el animal á fuerza de corcobos
En tierra dió con su preciosa carga.
Vióla caer el triste Don Quijote
Y acudió presuroso á levantarla
Mientras que Sancho que también se acerca
Aprieta bien la cincha de la albarda.
Y es fama que al tenderla el caballero
Los brazos con intento de montarla
En su hacanea, dió la estulta moza
Varios pasos atrás, y con pujanza
Tomando vuelo, dió una corridica,
Puso luego sus manos en las ancas
De la burra, y saltó con ligereza
Quedando cual los hombres á horcajadas.
Partió por fin, partieron las tres juntas,
Y Don Quijote con la faz turbada

Digitized by Google

Dejó salir suspiros de su pecho
Y de sus ojos silenciosas lágrimas.
Después con gran dolor:—No hay duda, dijo:
Mi gentil Dulcinea está encantada!
¡Feliz tú, amigo Sancho, que la has visto
Tan hermosa, ostentando ricas galas,
Sin ser presa cual yo de magos viles,
Cobardes envidiosos de mi fama,
Que á traición nos han hecho maleficio
Y en mis ojos han puesto cataratas!»

XIX

Pelos y señales.

Cuando las tres aldeanas
Se alejaron de aquel sitio
Quedó el pobre caballero
Cabizbajo y pensativo.
Retozona risa bulle
En los labios y el espíritu
Del marrajo Sancho Panza
Que engañó á un señor tan fino.
—Mira, dícele al fin este,
Mira si tengo enemigos;
Nota cómo me persiguen
Encantadores malignos.
Ay! yo nací para ejemplo
De desdichados, y vivo
Para ser blanco y terrero
De las flechas del destino.
No contentos los aleves
Magos, con darme el suplicio
De ver trocada mi dama
En un sér feo y bravío,
El buen olor le quitaron
Que suele ser distintivo
De las señoras que andan
Entre búcaros magníficos,

Digitized by Google

Entre flores, entre ámbares
Y entre inciensos exquisitos.
Y esto te lo cuento, Sancho,
Y esto, Sancho, te lo digo,
Por que al querer levantar
Á la que dices que has visto
Tan hermosa y tan gallarda
Con su espléndido atavío,
Yo solo ví un esperpento
Sucio, feo y desabrido,
De cuya boca salía
Un tufo..... ¡tufo maldito!
De ajos crudos, que no sé
Cómo pude resistirlo.
—¡Canallas! exclama Sancho
Dando á la sazón un grito,
¿Qué ofensas ahora ni nunca
Mi noble señora os hizo
Para que así la trocáseis
En un fiero basilisco?
Bastáraos, magos infames,
Trocar sus ojos divinos
En miserables agallas
Alcornoqueñas, y el limpio
Rubio cabello de oro
Tan reluciente y purísimo,
En sucias cerdas de cola
De buey; bastáraos, repito,
Trocar todas sus bellezas
En un feo tan subido;
Pero trocarla el olor
Pasa de vil artificio.
Verdad es, señor del alma,
Que yo su fealdad no he visto,
Sino su mucha hermosura
Casi sacada de quicio
Por el gran lunar que tiene
Sobre la boca, en el sitio
Donde nacen los bigotes;
Cuyos pelos bien medidos
Vienen á tener un palmo
De largos.—Corres peligro

Digitized by Google

De que digan al oirte
Que eres muy ponderativo.
—Pues yo juro que en su rostro
Estaban como nacidos.
—Lo creo, Sancho, lo creo;
Que Dios en ella no quiso
Poner nada que no fuese
Perfecto, agradable y lindo.
Así, pues, aunque tuviera
Cien lunares, no distintos
Del que dices, nunca en ella
Fueran lunares mezquinos
Sino lunas, sol y estrellas
Resplandecientes; y afirmo
Que ese lunar que me pintas,
Según datos fidedignos
Y señales que no fallan,
Cuya explicación omito,
Tiene su correspondencia
En ciertos velados sitios,
Ó sea en el muslo derecho
Donde existirá de fijo
Otro de las mismas señas
Que el que tú dices que has visto.
Pero dejando estos puntos
Que son harto suspensivos,
Vámonos, Sancho, por otros,
Que asaz aquí he padecido.»
Calló, montó en Rocinante,
Exhaló nuevos suspiros,
Y no vió que Sancho Panza
Se burlaba de lo lindo.
Y atrás dejando el Toboso
Van por opuesto camino
El fiel y crédulo amante
Y el criado fementido.

Digitized by Google

XX

Al lector.

Aquí al que leyere debemos decir,
Sin vanos alardes de orgullo pueril,
Que el romanceador no puede seguir
La historia prolija del bravo adalid,
(Y así le llamamos sin querer mentir
Porque él se imagina que vale por mil.)
. . . . . .
Seguido de Sancho irá hasta el confín
Del mundo, si es fuerza que llegue hasta allí,
Y al cruzar la selva, el prado, el pensil,
El monte y el llano se juzga infeliz;
Pues lleva al moverse de aquí para allí,
Clavado en el alma un dardo sutil.
Soltando las bridas del flaco rocín
Le deja á sus anchas la yerba engullir
Y muere de amores cual nuevo Amadís
Al ver que ha perdido su dama gentil.
. . . . . .
—Señor, dice Sancho; por Dios no esté así
Tan alicaido, pues se vá á morir.
Si mal bruja infame, cruel malandrín
Hizo de las suyas con bárbaro ardid,
Su merced le muestre su fé varonil,
No más suspiricos; no tanto plañir,
Que hay menesterosos y un gran celemín
De tiernas doncellas que quieren salir
De sus doncelleces con algún malsín,
Y es fuerza guardarlas del hazme reir.
Vamos por el mundo, que en el mundo vil
Hay mucho robado que restituir,
Y muchos entuertos, mucho matachín
Y muchos follones á quien corregir.
Vamos, por Dios vivo, noble paladín,
Caballero andante más bravo que el Cid.

Digitized by Google

—Razón tienes, Sancho, vamos por ahí,
Dice Don Quijote que está algo febril,
El destino impío me manda sufrir
Mis penas y duelos, mi gran frenesí.
Mándame que luche con fuerza viril
Si antes no me acaba algún berrenchín.
Mil desaguisados debo combatir;
Mil menesterosos suspiran por mí.
Volemos, buen Sancho, al punto á la lid.»
Y amo y escudero decídense al fin
Á correr el mundo que van á embestir
Con feroz alarde y ánimo viril.

Y otras aventuras
Vuelven á surgir,
Y duendes y trasgos,
Tropa baladí,
Caballeros, damas,
Gente escuderil,
Dueñas doloridas
De hábito monjil,
Niñas que declaran
Que están en un tris
Antes que les digan
Me muero por tí:
Cencerradas, gatos,
Insulas, motín,
Donde Sancho pierde
La fuerza motriz,
Se van sucediendo
Con tanto perfil,
Y tantos relieves
Y tal retintin,
Que el romanceador
No sabe seguir,
La historia prolija
Del buen paladín.
. . . . . .

Digitized by Google

XXI

Caballeros y escuderos.

Una noche en cierto bosque
Donde los dos reposaban
Al pie de copudos árboles,
Sintió el hidalgo pisadas
De caballos, advirtiendo
Á través de la enramada
Que dos hombres, cabalgando
Hacia aquel sitio llegaban.
Paráronse cerca de ellos
Y el uno dijo en voz alta:
—Quita el freno á los caballos
Que aquí tienen abundancia
De yerbas, y este silencio
Y esta soledad me agradan.»
Dijo, se tendió en el suelo
Y al caer crujieron armas.

Todo lo escuchó el hidalgo
Y al momento dijo á Panza:
—Despierta, que ya tenemos
Aventura aparejada.
—Por qué?—Porque en estos sitios
Gente misteriosa anda.
—Y porque vayan ó vengan
Porque les dé la real gana
¿Sospecha vuesa merced
Que aventuras nos aguardan?
—Calla, repito, y atiende,
Que de cosas más livianas
Nacen á veces sucesos
De la mayor importancia.
Además, que yo colijo
Por ciertas señales claras,
Que debe ser caballero

Digitized by Google

Andante, según sus trazas.
—¿Luego hay moros en la costa?
¡La Santa Virgen nos valga!
—Cállate bobo, y escucha
Cómo templa una guitarra,
Vihuela ó laud, y como
Endechas de amores canta.»
Callaron los dos, y al punto
En medio de la enramada
Se escuchó una voz doliente
Que estos versos entonaba:

—Dulce y tierna Casildea,
Casildea de Vandalia,
Por quien voy peregrinando
Desde Gades hasta Francia.
Tú la más bella y garrida
Y la más fresca y lozana,
Que como Vénus naciste
En una concha de nácar,
Depón tus iras crueles;
Mira hermosa que me matas
Durmiéndote indiferente
Sin ver mis terribles ánsias.
Despierta, por Dios, despierta
Y tu noble pecho ensancha
Que por reina de hermosura
Todo el mundo te proclama
Lo mismo en Andalucía
Que en Aragón y en Navarra
Y en Castilla y Cataluña
Y en Valencia y en la Mancha.» 3

Apenas oyó el hidalgo
Estas últimas palabras
Dijo con voz balbuciente:
—Eso no, ¡pésie á mi ánima!
Que yo soy manchego puro
Y tratándose de damas,
En donde esté mi señora
Á ninguna rindo párias.»
Dijo, avanzó presuroso

Digitized by Google

Y en un claro que formaba
La selva, encontró á un guerrero
Armado de todas armas,
Que al verle venir seguido
Del curioso Sancho Panza,
Exclamó con voz sonora
Comedida y reposada:
—¿Quién vá allá? ¿qué gente viene?
¿Quién acude? ¿quién avanza?
¿Por ventura pertenecen
Á la complacida raza
De los contentos, ó de
Los afligidos dimanan?
—De los afligidos, dice
Don Quijote sin tardanza.
—Pues entonces venga al punto,
Venga á mí que vinculadas
Tengo en mi pecho las penas
Y la tristeza en el alma.»
Dijo, y asiendo de un brazo
Á Don Quijote, que estaba
Ya cerca oyendo con gusto
Tan comedidas palabras,
Le invitó á tomar asiento
Diciéndole:—Por las trazas
Vuestras; porque aquí os encuentro
Con un bosque por morada.
Por lecho las duras piedras
Y el silencio por compañía,
Desde luego he presentido
Que sois de la estirpe brava
De los nobles caballeros
Andantes, que honran á España.
—Teneis razón, le responde
Don Quijote con voz clara;
Caballero soy de esa
Profesión, y aunque en mi alma
Tienen eternal asiento
Las tristezas, las desgracias,
Y las desventuras, nunca
Ahuyenté de mí la lástima
Y la compasión que tengo

Digitized by Google

De las agenas; y es tanta
La que sentí al entender
Vuestra trova enamorada
Que al escucharos, mi rostro
Casi se inundó de lágrimas.
—¿Amais vos, también, acaso,
Y os desdeña vuestra dama?
—No; respondió Don Quijote;
Jamás conmigo fué ingrata
La que adoro.—Eso es muy cierto,
Dijo al punto Sancho Panza;
Que fué siempre mi señora
Como una borrega mansa,
Más blanda que la manteca,
Y más fócil que una malva.»
Al oir esto, el incógnito
Caballero, dijo:—Basta!
Y mirando á nuestro héroe
Le preguntó:—¿Es el que habla
Vuestro escudero?—Sí es.
—Pues es cosa que me extraña;
Que nunca he visto escudero
Con tan perversa crianza
Que delante de su amo
Así meta su cuchara.
Al menos, ahí está el mio
Que en estatura aventaja
Á su padre y á su abuelo
Y que ante mí nunca habla.
—Pues yo, le responde Sancho;
Hablo, porque... no faltaba
Más que mover estas cosas
Que es peor el meneallas.»
Entonces, el escudero
Del Bosque, asió á Sancho Panza,
Por un brazo, y con presura
Así le dijo en voz baja:
—Vámonos donde podamos
Departir en confianza
Asuntos escuderiles
Que á nosotros nos atañan,
Y dejemos á los amos

Digitized by Google

Que dándose de las astas
Hablarán de sus amores
Hasta el día de mañana.»
Á lo cual contestó Sancho
Con voz un tanto atiplada:
—Vamos, señor escudero,
Y así verá sin tardanza
Si puedo entrar en docena
Con aquellos que más hablan.»

XXII

Como lirones.

Caballeros y escuderos
Divididos se encontraban
Hablando aquéllos de amores,
Y éstos de mil cosas várias.
Y según la historia cuenta
Tomó al punto la palabra
El novísimo escudero,
Que así dijo á Sancho Panza:
—Trabajosa y triste vida
Es esta, que aperreada
Llevamos los que servimos
Á estos caballeros.—Mala
Es en verdad, le responde
Sancho, con mucha cachaza;
Que hay días que me mantengo
Del viento, y la cosa es árdua.
—Eso al fin, puede aguantarse
Viviendo con la esperanza
De conseguir algún premio
Gordo; pues mucha desgracia
Tendrá el caballero andante
Que á su escudero no haga
Gobernador de una ínsula
Ó Conde, que es cosa grata.
—Yo le he dicho ya á mi amo,

Digitized by Google

Replica el buen Sancho Panza,
Que á la ínsula me atengo,
Y como él tiene ganas
De premiarme, muchas veces
Me la ofreció.—Dios le haga
Buen Gobernador, y á mí
Me dé aquello que me falta
O sea un canonicato
Que ya mi señor me manda.
—Según eso, me figuro
Que el tal señor tiene trazas
De ser caballero andante
Á lo eclesiástico.—Es clara
La figuración.—El mio
Es lego, y aunque unas almas
Discretas, le aconsejaron,
Tal vez mal intencionadas,
Que fuese Arzobispo; él quiso
Ser Emperador; y anda,
Y andamos los dos buscando
El Imperio con tal gana
Que si presto no le hallamos
Yo me moriré de rabia
Pensando en la hermosa ínsula
Que ha de serme regalada.»
De esta manera seguían
Los escuderos su plática
Que Benengelí trascribe
Fielmente con mucha gracia;
Y tan amigos se hicieron
Y tan buenos camaradas,
Que para echar lastre al cuerpo
Y remojar la palabra,
Sacó el del Bosque su alforja,
Y de aquesta una empanada
Colosal, que contenía
Un conejo en sus entrañas,
Mostrando luego con garbo
Una bota soberana,
Llena de excelente tinto
Que alegró de Sancho el alma
Y tanto y tanto comieron

Digitized by Google

Y tantos tragos echaban,
Que se durmieron al cabo
Lo mismo que unos panarras,
Con la bota entre sus diestras
Que quedaron enlazadas,
Como si fueran dos íntimos
Compañeros de la infancia.

XXIII

El Caballero del Bosque.—Reto.

Entre tanto, separados
Aunque no á mucha distancia,
Los dos bravos caballeros
De sus amores hablaban;
Y en el momento en que vamos
Á enterarnos de sus pláticas
Así decía el del Bosque
Extremando sus palabras:
—Sabed, señor caballero,
Que mi fortuna ó desgracia
Me trajeron á ser víctima
De la más hermosa ingrata
Que ha mencionado la historia
Del mundo, en sus grandes páginas.
Esta mujer que no tiene
Rival, ni nadie la iguala
En espléndida hermosura
Ni en condiciones bizarras,
Suele tener mil caprichos
Y mil voluntades varias,
Metiéndome en mil empresas
Que ya en lo imposible rayan
Y en las cuales ciego entro
Por no matar mi esperanza
De que al cabo compasiva
Me otorgue dichosa paga.
Y para daros idea
De las cosas que me encarga,

Digitized by Google

Sabed, señor caballero,
Que una vez, desenfadada
Me mandó desafiar
Á la famosa giganta
De Sevilla, á quien las gentes
Suelen llamar la Giralda,
Y á la cual vencí, poniéndola
En donde mismo se hallaba.
Otra vez, quiso que fuese
Á cargar sobre mi espalda,
Para averiguar su peso,
Esas piedras que se llaman
Toros de Guisando; y otra
Me ordenó que me arrojara
Al fondo del negro abismo
Llamado Sima de Cabra.
Hícelo todo, cual ella
Caprichosa deseaba,
Y le dí cuenta de todo
Sin ver término á mis ansias.
Finalmente, ahora se empeña
En que por el mundo vaya
Obligando á los más fuertes
Campeones, á que hagan
Manifestación cumplida
De que nunca vieron nada
Tan perfecto y tan hermoso
Como es su linda cara.
Después de andar por mil reinos
Ahora voy cruzando España,
Dó obediente á sus mandatos
Trabé singular batalla
Con cien y cien caballeros
Andantes, siendo mi espada
Vencedora tantas veces
Cuantas entré en lid bizarra.
Pero lo que más me inspira
Orgullo, y me alegra el alma,
Es el haber domeñado
Las fuerzas y la arrogancia
Del valeroso manchego
Que Don Quijote se llama,

Digitized by Google

Y que al ser por mí vencido
Gustosamente declara,
Que no hay en la tierra otra
Tan bella como mi dama.»
Quedó el aludido atónito
Al oir tales palabras,
Y refrenando su ira
Dijo tras de breve pausa:
—Ved bien lo que vais diciendo,
Que aunque de hablar teneis trazas
Sinceramente, no puedo
Dar crédito á tales fábulas.
Antes bien, de vos pretendo
Pues de un mi amigo se trata,
Que de toda su persona
Me deis las señas exactas.
—No hallo en ello inconveniente
Y voy al momento á dároslas:
Es un hombre alto de cuerpo,
De seca y morena cara,
Avellanado de miembros,
La cabellera entrecana,
La nariz algo aguileña
Y corva, la frente ancha;
Y son sus bigotes grandes,
Negros y caídos; campa
Con nombre de *Caballero*
De la Triste ó de la escuálida
Figura, y es quien le sirve
Su escudero Sancho Panza.
Oprime el lomo y enfrena
Un corcel de pura raza,
Alígero cual ninguno
Que Rocinante se llama.
Tiene por dueña y señora
De su vida y de su alma
Á la que es hoy Dulcinea
Del Toboso, antes llamada
Aldonza Lorenzo, como
Por ser Casilda mi dama
É hija de Andalucía
Yo á mi vez suelo llamarla,

Digitized by Google

Uniendo los dos vocablos,
Casildea de Vandalia.
—¿Y decís que habeis vencido
Á Don Quijote?—A mis plantas
Cayó, lo juro mil veces.
—Pues yo juro por mi ánima,
Que aunque las señas que dísteis
De ese mi buen camarada,
Concuerdan con su persona,
Ni rompísteis una lanza
Con él, ni le habeis rendido
Por ser empresa muy árdua.
Podrá suceder que magos
Malignos, de vil prosapia,
Á quienes come la envidia,
Para oscurecer sus altas
Proezas, hayan tomado
Su misma forma y su facha.
Ellos son los que trocaron
Á Dulcinea en villana
Sucia y fea labradora,
Según ví por mi desgracia.
Ellos, aleves, sin duda
Os han hecho ver fantasmas
Por que lleguéis á alabaros
Con insólita jactancia
De cosas que no han pasado
Ni pasarán ¡voto al Papa!
Y para probaros presto
La razón de mis palabras,
Sabed, señor caballero,
Que aquí está en cuerpo y en alma
Para mantener su honra
Don Quijote de la Mancha,
Que un *mentís* franco y redondo
Ahora os arroja á la cara,
Y á pie y á caballo os pide
Que midais con él las armas.»
Dijo, y poniéndose al punto
De pie, requirió su espada
Y quedó firme en su puesto
Rígido como una estatua.

Digitized by Google

XXIV

Pujos marciales.

Como no me duelen prendas,
Respondió al punto el del Bosque,
Sabed, señor caballero,
Que en batirme estoy conforme;
Pero no ha de ser á obscuras
Y en el riñón de la noche,
Como diz que se acometen
Rufianes y salteadores,
Sino con la luz del día.
Aguardad que el sol asome
Y nos veamos las caras
Para que no me equivoque
Otra vez, ni sea juguete
De brujos y encantadores.
Y debo á más, proponeros
Al fijar las condiciones
Del duelo, que aquel que sea
Vencido, quede á las órdenes
Del vencedor, que mandarle
Podrá, en lo que no se opone
Al decoro, y á las leyes
Del honor que bien conoce.
—Esa condición me place,
Dijo al punto Don Quijote,
Y desde luego la acepto
Por muchísimas razones.
—Pues vamos á prepararnos,
Que la impaciencia nos come.»
Hablando de esta manera
Los dos bravos campeones
Se dirigieron al sitio
En donde encontrar suponen
Á sus buenos escuderos,
Que al pie de unos alcornoques

Digitized by Google

Estaban, según dijimos,
Durmiendo como lirones.
Despertáronlos, y al punto
Les mandaron que veloces
Enfrenaran los caballos
Á fin de tenerlos dóciles
Para entrar en la batalla
Más descomunal y enorme
Que miraron los nacidos
Y pudieron ver los orbes.
Al oir aquellas nuevas
Inesperadas, quedóse
Atónito Sancho Panza
Como aquél que ve visiones,
Temiendo hallar muy en breve
Á su amo hecho gigote.
Guardó, no obstante, silencio,
A el escudero del Bosque
Siguió, y encontraron juntos
Hechos unos amigotes
Á Rocinante y al rucio
Y á dos jacos de mal porte
Que el incógnito guardaban
Lo mismo que sus señores.
De camino, dice á Panza
El escudero del Bosque:
—Ha de saber, buen hermano,
Que según hacen los hombres
De guerra en Andalucía,
Todo el que apadrina un choque
Ó pendencia de este género,
No puede estar hecho un poste
Mientras sus ahijados luchan
Y las cabezas se rompen.
Y esto lo digo, compadre,
Para que no se acongoje
Cuando vea que los amos
Empuñan lanza y mandoble;
Antes bien, será oportuno
Que imitando sus acciones
Riñamos también nosotros
Deshaciéndonos á golpes.

Digitized by Google

—Eso no ¡voto á mi agüelo!
El buen Sancho le responde,
Que esa costumbre que dice
No entra nunca en pechos nobles.
Podrá ser que peleantes
Andaluces bravucones
Hagan tal desaguisado
Con sentimientos feroces;
Mas nunca los escuderos
De los andantes varones
Hicieron tal, ni las leyes
Andantescas lo disponen.
Esta es la verdad desnuda,
Y esta verdad se conoce
En que jamás llevé al cinto
Espada, puñal, ni estoque.
—Eso tiene buen remedio,
Replica al punto el del Bosque,
Que si faltan esas armas
Suplirlas puede un garrote;
Y si el palo no le agrada
Otro recurso propóngole.
Aquí traigo dos talegas
De un lienzo que no se rompe
Y que en lo iguales parecen
Hechas en un mismo molde.
Tome su merced la una,
Yo la otra, y verá entonces
Como nos vapuleamos
Sin que nadie nos estorbe.
—Lo de la talega, pase,
Dice Sancho, que á la postre
Sin herirnos ni dañarnos
Harán que se despolvoren
Nuestros vestidos.—No es eso
Lo que digo.—Pues entonces
¿Qué quiere?—Que en las talegas,
Por que el aire no las tronche
Ni se las lleve, metamos
Seis pelados pedriscones
Ó guijarros de igual peso,
Y con ellos muy acordes

Digitized by Google

Podremos talaguearnos
Sin hacernos mal.—Razones.
Son esas, replica Sancho,
Que ablandarían á un bronce.
Miren lo que dice ahora
Este demonio de hombre!
Miren las pieles de marta
Y los blandos algodones
Que meter en las talegas
Quiere, para darnos golpes
Que nos dividan los cascos
Y los miembros nos destrocen,
Cuando nadie tiene gana
De morir de bobis, bobis.
Deje, deje que los amos
Se rebanen los cogotes
Ó se den lindos cachetes
Ó se destripen á coces,
Que yo, que soy poco amigo
De inútiles disensiones,
Tengo mi alma en su almario
Y puede ser que me enoje
Haciendo que el diablo tire
De la manta en que se esconde.»
Esto dijo Sancho Panza,
Y el escudero del Bosque
Respondió:—Ya vendrá el día
Y nos veremos entonces.»

XXV

Duelo.

A GORJEAR comenzaban
Los pintados pajarillos
Ocultos en la floresta
Donde tenían sus nidos,
Cuando ya la fresca aurora,
Que ellos saludan solícitos,

Digitized by Google

Por los balcones de Oriente
Mostraba el rostro bellísimo.
De sus cabellos de oro
Descienden en infinito
Número, líquidas perlas
De transparente rocío
Que bañan las recortadas
Frondas del bosque contiguo.
Bellos aljófares brotan
Del romero y del tomillo,
Y el ambiente se embalsama
Con sus efluvios riquísimos;
Destilan maná sabroso
Los sauces; los cristalinos
Arroyos van murmurando
Hasta parar en los rios,
Y las claras fuentes rien
Mostrando su regocijo.
  Quedó vencida la noche,
Salió el día con sus tibios
Resplandores, y las cosas
Cobraron su positivo
Aspecto, haciendo que Sancho
Mirase con inaudito
Asombro y pavor inmenso
Al escudero mismísimo
Que le ofreció su empanada
Y su gran bota de vino.
  Cuenta en efecto la historia
Que aquel escudero ínclito
Obstentaba una naríz
Tan grande y llena de chirlos
Y berrugas, que prestaba
Sombra á todo su individuo.
Su color amoratado
De berengena, y el sitio
Que ocupaba, produjeron
En Sancho un pesar tan vivo
Que juró no andar en bromas
Con semejante vestiglo.
  Entretanto, Don Quijote
Miró á su vez á su digno

Digitized by Google

Contendor; pero no pudo
Ver aquel rostro enemigo
Porque á la sazón tenía
(Señal de ser precavido)
Bien calada la visera
Que era de acero muy limpio
Y en la cimera llevaba
En bello y suelto racimo
Vistosísimo plumaje
De tres colores distintos.
Vestía sobre las armas
Con delicado artificio
Una hermosa sobrevesta
Tejida con unos hilos
Dorados, que parecían
Hechos de oro purísimo,
Salpicada toda ella
De lunas ó de espejillos
Resplandecientes, que hacían
Su aspecto grato y magnífico.
Erase el tal caballero
Hombre membrudo; y su altivo
Ademán, significaba
Que tenía fuerza y brios.
Su lanza estaba arrimada
Á un árbol, y su cuchillo
Acerado, mediría
Un palmo más que cumplido,
Siendo el asta grande y gruesa
Como pocas se habrán visto.
Observó el buen Don Quijote
Todo cuanto queda dicho,
Y según cuenta la crónica
No sintió calor ni frio.
Antes bien, sin ver á Sancho
Que temblaba como un niño,
Se acercó á su contrincante
Y estas palabras le dijo:
—Ahora que el sol nos alumbra
Y ambos vamos á batirnos
Un favor que no es muy grande
Paladinamente os pido.

Digitized by Google

Y es, que si la mucha gana
De pelear que en vos miro,
No os quita la cortesía
Que en vos también adivino,
Alceis la visera un poco
Para ver si el rostro es digno
De aquesa disposición
Y gallardía que admiro.
—Eso, señor caballero,
No me parece preciso,
Pues tiempo tendreis de verme,
O vencedor ó vencido,
Y hacer no quiero á mi dama
Que se imponga el sacrificio
De esperar á que levante
La visera en este sitio,
Antes que vos confeseis
Lo que de vos solicito
Por fuerza, ya que de grado
No quereis ni habeis querido.
—Eso, nunca! le contesta
Don Quijote; que yo existo
Para proclamar á voces
La belleza de mi ídolo;
Mas ya que el rostro ocultais
Preguntaros será lícito
Si soy aquel Don Quijote
Que decís habeis vencido.
—Á eso, vos responderemos
Que no os encuentro distinto
Del otro, y que os pareceis
Como dos huevos cocidos
O crudos, pues para el caso
Creo que viene á ser lo mismo.
Mas como vos afirmais
Que encantadores inícuos
Vienen contra vos, y os roban
Las esperanzas y el juicio,
No me atrevo á asegurar
Si sois ó no el contenido.
—Eso me basta y me sobra,
Al punto el hidalgo dijo;

Digitized by Google

Mas por sacaros de dudas
Dejémonos ya de ripios
Y vengan nuestros trotones
Que ociosos tascan el frio
Hierro; y si Dios y mi dama
Y mi brazo me dan brios
Para venceros, tan luego
Como logre descubriros
Veré el rostro que tapais;
Y vos vereis por el mio
Que no soy el Don Quijote
Que pensais haber rendido.»
Callaron los dos, y luego
En sus caballos subidos,
Partir quisieron el campo
Tomando rumbo distinto.

XXVI

Victoria.

Tan gran pavor sintió Sancho
Al ver que la cosa iba
Encrespándose, que á tiempo
En que su señor partía
Para volver corajudo
Contra aquel su antagonista,
Pidióle con todas veras
Y por la Virgen Santísima
Que le ayudara á subir
Sobre el tronco de una encina.
Hízolo así Don Quijote
Que al ver la cara feísima
Del narigudo escudero,
Dijo con cierta ironía:
—No se me oculta, buen Sancho,
Que esa trompa te intimida
Y que quieres ver los toros
Sin que te rompan la crisma;

Digitized by Google

Mas ten paciencia, que pronto
Los quitaremos de encima.»
Dicho lo cual, presumiendo
Que su contrario vendría
Ya sobre él, picó espuelas
Á Rocinante, y con ira
Llegó al sitio en donde estaba
Aquel, que en vano quería
Que su jaco obedeciese
Al acicate y la brida,
Mientras la lanza en el ristre
Colocar bien no podía.
Y fué tal el recio choque
Que en su carrera tendida
Produjo el gran Rocinante
Excediéndose aquel día,
Que al dar su señor furioso
La primera arremetida,
Perdió el pobre caballero
De los Espejos su silla
Y sus estribos, cayendo
Redondo sobre unas guijas.
Al ver esto, Sancho Panza
Se deslizó de su encina
Y corrió al sitio en que todo
Lo ya expuesto sucedía.
Entretanto, Don Quijote
Se apeó con mucha prisa
Y se acercó á su adversario
Que exánime parecía
Sin mover un solo dedo
Ni dar señales de vida.
Rudo, en verdad, fué aquel golpe,
Casi mortal la caida,
Por lo cual quiso el hidalgo
Ver si era muerte efectiva
Ó no, y quitó las lazadas
Del yelmo, viendo enseguida
El más portentoso ejemplo
De las cosas inauditas
Que pueden verse en el mundo
De las grandes maravillas.

Digitized by Google

Era lo que vió, según
Cide Hamete certifica,
La misma estampa, la efigie,
La propia fisonomía
De su amigo el bachiller
Sansón Carrasco á quien mira
Hecho un caballero andante
Que á sus plantas sucumbía.
—¡Oh! cambios de la fortuna!
¡Oh, mágias! ¡oh, hechicerías!
Exclamaba Don Quijote;
¿Tendré yo turbia la vista?
Acércate, Sancho amigo,
Ven, apresúrate, aguija,
Y verás á dónde llegan
La astucia, la infame inquina
De brujos, encantadores
Y magos que el mundo habitan.»
Llegó en esto Sancho Panza,
Y al ver que en tierra yacía
El bachiller, se hizo cruces
Mirando su cara lívida;
Y después de santiguarse
Mil veces, con voz melíflua
Exclamó:—Puesto que el hombre
No dice esta boca es mia
Ni es fácil averiguar
Si su persona está viva
Ó muerta, ni si es Sanson
Ó es su figura fingida,
Á mí, señor, me parece,
Si vuesa merced lo estima
Conveniente y oportuno,
Que por sí ó por no, y por vía
De precaución, le introduzca
La hoja de su espada limpia,
Por el sitio que separa
Los dientes y las encías
Y le clave y le remate;
Con lo que acaso consiga
Matar á algún enemigo
Encantador, que ojeriza

Digitized by Google

Le tiene, y vino á buscarnos
En el bosque.—No prosigas,
Sancho, que ese pensamiento
Nos viene aquí de perillas
Y le acepto muy gustoso;
Que mi mente se imagina
Que este no es Sansón Carrasco,
Sino su figura misma
Dentro de la cual se esconde
Algún mago.—Esa es la fija,
Señor, remátele al punto
Porque penando no viva.»
Calló Sancho, y Don Quijote
Puso la tizona encima
Del vencido caballero,
Y á hincarla en su rostro iba,
Cuando se escuchó una voz
Que cerca de ellos decía:
—No le mate, no le mate,
Que ese que á sus plantas mira
Es el bachiller su amigo,
Y yo con él, vine á guisa
De escudero; no le mate,
Que hacerlo fuera herejía.»
Quedó suspenso el hidalgo,
Y Sancho, con infinita
Sorpresa, vió al escudero
Del Bosque, que á ellos venía
Desprovisto de su trompa
Ó de la nariz postiza,
Hecha de pasta pintada
Que antes su rostro encubría.
Verle Sancho y conocerle
Fué al punto una cosa misma,
Pues exclamó presuroso
Con gran voz admirativa:
—¿Que es lo que aquí estoy mirando?
¡Válgame Santa María!
¿No es este Tomé Cecial,
Que en mi mesmo pueblo habita,
Y es mi vecino y compadre?
—Ese soy yo, no es mentira,

Digitized by Google

Y por probaros que soy
Tomé Cecial, os diría
Muchas cosas que me callo
Respecto de mi venida
Á este sitio, aunque son todas
Notables trapacerías.
Entretanto, le suplico
Que á su buen amo le pida
Que no toque ni maltrate,
Ni hiera, ni haga justicia
Contra el mal aconsejado
Bachiller, que ya suspira
Y que parece que vuelve
Á cobrar la voz pérdida.

XXVII

El mandato.—Explicaciones.

Entretanto que Tomé
Tales palabras decía
Estábase Don Quijote
Oyéndole con tranquila
Atención; mas al momento
Que vió que se rebullía
El caballero del Bosque,
Lleno de cólera y tirria
Le arrimó la espada al rostro
Diciéndole con altiva
Intrepidez:—Muerto sois,
Caballero, si aquí aprisa
No confesais al momento
Que el ángel de mis vigilias,
Dulcinea del Toboso,
Vence, aventaja y humilla
Con su simpar hermosura,
Á esa que se apellida
Casildea de Vandalia
Que no sé si es fea ó linda.

Digitized by Google

Y además de esto, me habeis
De prometer, que enseguida
Que en disposición esteis
De caminar, con sumisa
Obediencia, os dirijais
Al Toboso, y de rodillas
Jureis á mi egregia dama
Que hareis de vos cuanto os pida
Y en voluntad le viniere;
Pero si no os necesita
Y os deja libre, volveos
Á darme de ella noticias
Hasta el punto en que me halle;
Que para encontrar la pista,
El eco de mis hazañas
Podrá serviros de guía.»
Dejó de hablar Don Quijote,
Y el bachiller que le mira
Con los ojos muy abiertos,
Dice con voz dolorida:
—Todo lo confieso, todo;
Y sin que nadie lo exija
Juraré de motu propio
Que una sucia zapatilla
De la hermosa Dulcinea
Vale más que cien Casildas.
Juro postrarme de hinojos
Ante esa beldad rarísima
Y buscaros, aunque sea
En Pekín ó en Palestina.
—También tiene que jurarme
Que no era yo el que decía
Que venció.—También lo juro
Por las ánimas benditas;
Pero déjeme, por Cristo,
Levantar, que esta caida
Me tiene ya tan maltrecho
Que necesito cien bizmas.»
. . . . . .
Aquí refiere la crónica
Puntualmente verídica,
Que el hidalgo, compasivo

Digitized by Google

Tendió sus manos solícitas
Y le ayudó á levantarse.
Y luego á ponerse encima
De aquel caballo reacio
Que ocasionó su desdicha.
Luego, mústio y abatido
Se fué perdiendo de vista,
Seguido de su escudero
Tomé Cecial; y se afirma
Que al verlos partir, el bravo
Don Quijote así decía:
—No me cabe duda, Sancho:
He vencido en noble liza
Á ese encantador maldito
Que tomó la forma misma
Del buen bachiller Carrasco
Que tanto y tanto me estima.
Bien castigada por cierto
Se queda tal felonía,
Que la lucha ha sido brava
Y mi valor acredita.»

. . . . . .

Guardó silencio el buen Sancho;
Pero Cide Hamete indica
Que no estaba convencido
Porque á Cecial conocía.
De todos modos, lo cierto
Del caso, fué que tenían
Tramado el Cura, el Barbero,
Y el Bachiller desde el día
En que el ama estuvo en casa
De éste, que no impedirían
La marcha de Don Quijote,
Pues fuera inútil porfía.
Por esta razón, Carrasco
Animóle en su partida;
Y después que estuvo ausente
Abrieron la contramina,
Teniendo por cosa fácil
Trabar con él una riña
Y vencerle en cualquier parte
Dado el estado en que iba

Digitized by Google

Débil y convaleciente
De una dolencia gravísima.
Por esta razón, buscando
En varias casas distintas
Las armas que hallar pudieron
Menos rotas y más limpias,
Montó Sansón á caballo
Y marchando en compañía
De Tomé Cecial, tomando
Lenguas y señas precisas,
Dieron en el bosque y vieron
Á los que buscando iban.
Era intención de Carrasco,
Por todos muy aplaudida,
Que después del vencimiento,
Á Don Quijote impondría
La obligación de volverse
Al seno de su familia
Y permanecer en casa
Con su ama y su sobrina,
Durante dos ó tres años
Haciendo vida pacífica;
Con lo cual tal vez del todo
El juicio recobraría.
Mas como el hombre propone
Y Dios luego determina,
Resultó que por efecto
De su funesta caida
Fué el vencedor Don Quijote
Y él el vencido y la víctima.
Por esta razón furioso
Llegó á una aldea vecina
En la cual le entablillaron
Las magulladas costillas,
Mientras formaba el propósito
De no descansar un día
Hasta tomar á sus anchas
Una venganza cumplida.
—Yo quiero molerle á palos,
Con voz débil repetía,
Y á casa no he de volverme
Antes de arrancarle astillas.

Digitized by Google

—Pues yo, Cecial le responde,
Á ella me torno enseguida,
Que no está bien que los cuerdos
De un loco lección reciban.»
Con lo cual quedó deshecha
La amigable compañía,
Quedando Sansón Carrasco
Con el cuerpo hecho una criba.

XXVIII

El del Verde Gaban.

Aquí cuenta el gran Cervantes,
Y es muy justo darle crédito,
Que Don Quijote marchaba
Vanaglorioso y contento.
Camino de Zaragoza
Va con su insigne escudero,
Y se juzga ya el más bravo
Campeón que hubo en sus tiempos.
Vencido deja al valiente
Que él llama de los Espejos,
Y loco va de alegría.
El caso no es para menos.
En vano Sancho procura
Entender el gran secreto
De que se parezcan tanto
Sansón y aquél caballero.
En vano también le dice
Que Cecial es de su pueblo
Y que disfrazado vino
Con un narigón tremendo.
—Todo, responde el hidalgo,
Es hijo de encantamento
Como viste hace dos días
Que con Dulcinea hicieron.»
Á lo cual nada contesta
El socarrón y embustero

Digitized by Google

Sancho, que está convencido
De sus trápalas y enredos.
. . . . . .
En estas y otras razones
Estaban, cuando sintieron
Llegar á un hombre, que iba
Caminando en pos de ellos.
Sobre una yegua tordilla
Montaba; y llevaba puesto
Un gabán de paño verde
Y un gorro de terciopelo.
Llevaba alfanje moruno,
Y eran todos sus arreos
También verdes, con adornos
Dorados de lindo efecto.
Llegó, según dicho queda,
Y como iba derecho
Llevando el mismo camino,
Saludó cortés al verlos.
Luego quiso adelantarse,
Mas Don Quijote al momento
Le dijo:—Señor galán,
¿Por qué se aleja tan presto?
Si el mismo rumbo llevamos
Holgárame yo en extremo
De que si prisa no tiene
Juntos caminando fuésemos.
Á lo cual el de lo Verde
Repuso:—Yo, caballero,
No me pasara de largo
Si no fuera porque temo...
—¿Qué es temer?—Que al ver mi yegua
Pudiera el caballo vuestro
Alborotarse, y dar ambos
Con nosotros en el suelo.
—Eso, no; replica Panza;
Que este caballo es honesto
Y bien mirado, y jamás
Se desmandó en tales términos.
Sólo una vez en su vida
Tuvo un grande atrevimiento,
Mas quedó tan castigado

Digitized by Google

Que no ha de volver á hacerlo.»
  Al oir estas palabras
Paró su yegua el viajero,
Y se quedó contemplando
Á sus nuevos compañeros.
  Admirábale la facha
Y el desventurado aspecto
De Don Quijote, que iba
Desprovisto de su yelmo.
  El cual llevaba el buen Sancho
En su rucio, suponiendo
Con justicia, que libraba
Á su señor de aquel peso.
  Finalmente, el caminante
Que se llamaba Don Diego
De Miranda, tan atónito
Se mostraba, y tan suspenso,
Que tomando la palabra
El invicto caballero,
Quiso sacarle de dudas
Explicándole el misterio.

XXIX

Don Quijote pintado por sí mismo.

  —Yo, señor, dijo el hidalgo,
No me admiro del deseo
Que al ver mi triste figura
Acariciais en secreto.
  Mas si estáis maravillado
De verme, y saber mi empleo,
Condición, uso y costumbres
Anheláis, vais á saberlos.
  Sabed, señor, que yo soy
Por vocación, caballero
Andante, que por el mundo
Buscando aventuras vengo.
  Salí de mi casa y patria,

Digitized by Google

Dejé á mi familia y deudos,
Empeñé toda mi hacienda,
Y olvidé el regalo honesto.
En brazos de mi destino
Me arrojé, y sin rumbo cierto
Resucitar la andantesca
Caballería pretendo.
Por esto, señor, há días
Que caigo aquí y me despeño
Allá; acullá me levanto
Y consigo lo que quiero.
Ya socorriendo viüdas,
Ya casadas protegiendo,
Ya huérfanos amparando,
Mi gran profesión ejerzo.
Y la cumplo de tal modo
Con tan cristiano ardimiento,
Que aunque esté mal el decirlo
Hoy me ensalzo por que puedo.
La historia de mis hazañas
Sabias plumas escribieron,
Y unos treinta mil volúmenes
Andan por el mundo impresos.
Lo cual nada significa,
Si como ahora preveo,
Otros treinta mil millones
Saldrán andando los tiempos.
Finalmente, por mostraros
Todos mis merecimientos,
Digo que soy Don Quijote
De la Mancha, en alma y cuerpo.
Y como alabanzas propias
Són dignas de vituperio,
Cuando no vienen al caso
Ni hay motivo para ello,
Diré, señor gentil hombre,
Que ni este caballo enteco,
Ni esta lanza, ni este escudo,
Ni este sencillo escudero,
Ni todas mis armas juntas,
Ni mi rostro amarillento,
Ni mi escuálida figura

Digitized by Google

Ó delgadez de mis miembros,
Os podrá en lo sucesivo
Admirar ó dar recelos,
Sabiendo ya quien yo soy
Y la profesión que tengo.»

XXX

Vida tranquila.

Dejó de hablar Don Quijote
Y después de unos momentos
Que su interlocutor
Guardó profundo silencio,
Dijo éste por fin:—Yo estaba
Maravillado en efecto
Al ver vuestra catadura
Y aires de antiguo guerrero.
Pero ahora que explicais
Vuestra vida y vuestros hechos,
Puedo deciros que aun más
Maravillado me quedo.
Que esté impresa vuestra historia
Cual decís, quiero creerlo;
Pero me cuesta trabajo
Dar á ciertas cosas crédito.
Pensar que en el mundo hubo
Fabulosos caballeros
Que lucharan con fantasmas
No puede entrar en mi credo.
Y me parece imposible,
Absurdo, raro y quimérico
Que haya quien buscar pretenda
Aventuras de ese género.
—Pues los hay, yo os lo aseguro,
Y acaso pudiérais verlo
Si se prolongara un poco
Nuestro venturoso encuentro.
Entre tanto, si os parece

Digitized by Google

Que en ello no ando indiscreto,
Saber quisiera á quién hablo
En este feliz momento.»
  Esto dijo Don Quijote
Y replicó el otro luego:
—Yo, señor, soy un hidalgo
De antecedentes modestos.
  Nací en el mismo lugar
En donde hoy comeremos
Si el Señor fuere servido
Y no os oponeis á ello.
  Soy más que medianamente
Rico, me llamo Don Diego
De Miranda, y paso alegre
La vida en mi hogar doméstico.
  Con mi mujer y mis hijos
Y mis amigos y deudos,
Miro en paz tranquilamente
Cómo se desliza el tiempo.
  En la caza y en la pesca
Hallo mi entretenimiento;
Pero no mantengo galgos,
Ni halcones dañinos tengo.
  Tan solamente me sirvo
De un hurón, y un manso perro
Perdigón, con los que logro
Dar alcance á algún conejo.
  Poseo hasta seis docenas
De libros graves y honestos,
Unos en romance escritos
Y otros en latín correcto.
  Hojeo más los profanos
Que los devotos, si aquellos
Ofrecen grato deleite
Á un honrado entendimiento.
  Cómo algunas veces fuera
De mi casa, y otras suelo
Convidar á mis amigos
Y vecinos de mi pueblo.
  Son mis convites muy limpios
Y aseados, no groseros
Ni escasos, que no es cordura

Digitized by Google

Hacer penitencia en ellos.
  No gusto de murmurar
Ni que murmuren consiento
Delante de mí de nadie,
Pues es un vicio muy feo.
  No escudriño agenas vidas
Ni soy lince de los hechos
De los otros, que eso es bajo
Y ruín en grado extremo.
  Oigo misa cada día,
Doy á los pobres sustento,
Repartiendo de mis bienes
Lo que buenamente puedo.
  Al hacer mis caridades
Suelo hacerlas en secreto;
Que la limosna ostentosa
Empequeñece el consuelo.
  Pongo en paz á los que andan
Desavenidos, y tengo
Gran fe en la Virgen y en Dios
Á quien acato y venero.»
  Aquí el del Verde Gaban
Guardó prudente silencio;
Pero Sancho que le oía
Apeóse muy ligero,
  Y acercándose al hidalgo
Le asió el estribo derecho
Y casi vertiendo lágrimas
En el pie le dió mil besos.
—¿Qué haceis? preguntó al instante
Sorprendido el buen Don Diego;
¿Por qué razón me besais
Con devoto acatamiento?
—Déjenme besar, responde
Sancho; que yo estoy muy cierto
De que sois el primer santo
Que á la gineta va al cielo.
—No soy santo, que soy hombre
Pecador; vos sois el bueno
Pues vuestra simplicidad
Á voces lo está diciendo.»
  Volvióse Sancho á su albarda

Digitized by Google

Montándose en su jumento,
Mientras D. Quijote á solas
Siguió hablando con D. Diego.
  Preguntóle si tenía
Hijos, y él no satisfecho
Del todo, al punto responde
Con melancólico acento:
—Los filósofos antiguos
Fundaron el bien supremo
En poseer buenas prendas,
Muchos amigos sinceros,
Y muchos honrados hijos
De tan nobles sentimientos,
Que fueran gloria y orgullo
Del padre que llega á viejo.
  Yo, mi señor D. Quijote,
Solamente un hijo tengo,
Pero acaso me valiera
Mucho más el no tenerlo.
  Sin decir que sea malo
Yo le quisiera más bueno;
Que él no sigue la carrera
Honrosa que le prevengo.
  Quisiera verle teólogo
Ó legista cuando menos;
Mas aunque el latín domina
Y es aventajado en griego,
  Las demás ciencias ahorca,
Y fijándose en Homero
Ó ya en Marcial ó en Virgilio
No habla más que de sus versos.
  Sólo con Horacio trata,
Tan sólo se ocupa en Persio
Y con Juvenal se duerme
Despertando con Propercio.
  Esto, señor D. Quijote,
Le trae tan sorbido el seso,
Que de poesía y poetas
Por siempre jamás reniego.»

Digitized by Google

XXXI

Los leones.

—Y es aficionado sólo
Á esos clásicos selectos?
—Dice que el romance odia.
—No lo apruebo, no lo apruebo.
La lengua patria es sonora,
Rica en vocablos diversos
Y bien con sus propias alas
Puede remontar su vuelo.
Los que el romance desprecian
No son patriotas buenos,
Que en España hemos nacido
Y hablar español debemos.
Eso de tomar vocablos
Venidos del extranjero,
Es torpe pedantería
Que ostentar quieren los necios.
Homero escribió en su lengua,
Y es justo que hablara en griego;
Virgilio que era latino
Escribió en latín sus versos.
No era justo que trocaran
Su idioma verdadero
Hablando en griego Virgilio
Y usando el latín Homero.
Por lo demás, señor mio,
Si he de ser claro é ingénuo,
Todo padre está obligado
Á dar á un hijo consejos.
Mas no debe (sobre todo
Si es rico), torcer severo
La inclinación que aquél tenga
Si no hay deshonor en ello.
La poesía es una hermosa
Doncella, hija del cielo,

Digitized by Google

Á la cual todas las ciencias
Rinden noble acatamiento.
  Y es el vate que seduce
Con su clarísimo ingenio
Arrebatando las almas,
Casi de los dioses émulo.
  Por lo cual, este ni aquella
Se han de arrastrar por los suelos
Mendigando los aplausos
Del vulgo ignorante y necio.
  Así, pues, si vuestro hijo
Nació poeta, no es cuerdo
Que le negueis lo que quiso
Concederle el Sér Supremo.
  Pues si es verdad que el poeta
No logra mucho provecho,
La gloria inmortal que alcanza
Tiene el más subido precio.»
. . . . . .
  Esto, ó cosa parecida,
En un discurso perfecto
Dijo el bravo Don Quijote
Al admirado Don Diego.
  Mas de pronto se detuvo
Y variando de aspecto,
Echando mano á su espada,
Gritó:—Aventura tenemos!
  Mirad aquellas banderas
Que flotan allí en el viento
Y aquella mole que avanza
Con pavoroso silencio.
  Vamos pronto, Sancho amigo,
Dame la lanza y el yelmo
Que en el carro que se acerca
Debe de haber gran misterio.»
  Alargóle, Sancho, el casco,
Mas como en él había puesto
Unos cuantos requesones
Que antes compró á unos cabreros,
  Al ponerle en su cabeza,
Sin ver lo que estaba dentro,
Se halló el bravo Don Quijote

Digitized by Google

Todo inundado de suero.
—¡Vive Dios! exclama al punto,
Que ó se derriten mis sesos,
Ó sudando estoy á mares
Aunque no sudo de miedo.
Dame un paño con que limpie
Lo que me va á dejar ciego
En tanto que yo descubro
La causa de este embeleco.»
Dijo, y quitándose el casco
Exclamó con voz de trueno:
—¡Por vida de mi señora
Que son requesones estos!
Tú sin duda, sin conciencia
Y sin pudor los has puesto
Aquí; bergante, traidor,
Y mal mirado escudero!»
Á lo cual, responde Sancho:
—Si son requesones, démelos
Y los comeré enseguida;
Pero no, no he de comerlos:
Que yo también enemigos
Por mala ventura tengo
Y por moverle la cólera
Algún vil mago hizo eso.
—Está bien, dice el hidalgo;
Cállate y los dos callemos,
Que ya el carro se aproxima
Con sus marciales trofeos.
Veamos lo que aquí viene
Que á luchar estoy dispuesto
Con Satanás en persona
Y hasta con todo el infierno.»
Llegó el carro á donde estaban
Y mirando al carretero
Que iba en su mula, y á un hombre
Sentado en segundo término,
Preguntó con voz potente
El insigne caballero:
—¿Á dónde marchais, hermanos?
¿Qué vehículos son estos?
Decidme lo que llevais

Digitized by Google

Tan velado y encubierto
Y por qué gastais banderas
Como las gasta un ejército.»
  Dijo, y al punto responde
Sorprendido el carretero:
—El carro, señor, es mio
Y en él dos leones llevo.
  De Orán vienen para el Rey
Y por eso aquí pusieron
Bandera real, que atestigua
Que es Su Majestad el dueño.
  —¿Y son grandes los leones?
—Tanto, responde el leonero,
Que en África y en España
Jamás tamaños se vieron.
  Son hembra y macho, y ahora
Vienen los dos tan hambrientos
Que para darles comida
Vamos pronto al primer pueblo.»
  Dejaron de hablar los hombres
Y Don Quijote al momento,
Volvió á tomar la palabra
Y exclamó con menosprecio:
  —¿Leoncitos á mí? leoncitos
Á estas horas? Por mi abuelo
Que han de ver los que los mandan
Cuánto valgo y cuánto puedo.»

XXXII

Valor sin segundo.

  No bien dijo Don Quijote
Lo que dejamos expuesto,
Volvió á tomar la palabra
Y añadió con brusco acento:
—Apeaos, buen hermano,
Y pues que sois el leonero,
Abridme al punto esas jaulas

Digitized by Google

Y echadme esas bestias luego.
En mitad de esta campaña
Han de ver mi heróico esfuerzo.
Los magos que los envían
Á ponerme impedimentos.
—Tá, tá, murmura Miranda,
Loco está el buen caballero,
Los requesones sin duda
Le han ablandado los sesos.
—Por Dios, señor, dice Sancho.
Dirigiéndose á Don Diego;
Vuesa merced no premita
Que haya aquí un lance siniestro.
Pues si mi señor se toma
Con los leones, me temo
Que nos tomen á nosotros
Y á todos nos dejen muertos.
—¿Tan loco le suponeis
Que persista en tal empeño?
—No es loco, sino atrevido.
—Bueno está el atrevimiento.»
Acercóse el de lo Verde
Al obstinado manchego,
Y con voz afable y dulce
Dijo:—Señor caballero.....
—¿Qué me mandais?—Al hablaros
Menos os mando que os ruego.
—Decid.—Pues digo que ahora
No estais en lo firme puesto.
Los caballeros andantes
Toman el pulso primero
Á lo posible, dejando
Lo imposible por quimérico.
Luchar con esos leones
Es un temerario empeño
Que tendrá más de locura
Que de valor verdadero.
Propietario es el Monarca
De esos rapantes soberbios
Y hay que observar que no viene
Contra vos ninguno de ellos.»
Calló el del Verde Gabán

Digitized by Google

Y Don Quijote colérico
Repuso:—Vuesa merced
No mira lo que yo veo.
Váyase, si á bien lo tiene,
Á buscar su manso perro
Perdigón, y éntre en lid brava
Con sus liebres y conejos.
Que yo sé muy bien mi oficio
Y no he menester maestros,
Que sin que yo se los pida
Vengan á darme consejos.»
Así exclamó Don Quijote,
Y volviéndose al leonero
Tornó á decir:—Voto á tal,
Don Bellaco del Averno,
Que si no abrís como os mando
Esas jaulas luego, luego,
Con esta mi aguda lanza
Á ese carro he de coseros.»
Temió el leonero la furia
De aquel fantasma soberbio,
Y el carretero afligido
Se puso á temblar de miedo.
Diciendo:—Señor, si insiste
En esta empresa, le ruego
Por caridad, que me deje
Desuncir mis mulas.—Necio!
—Ved que no tengo más que ellas
Para ganarme el sustento.
—Oh ¡hombre de poca fe!
Desunce y escapa presto.»
Hízolo así presuroso
El aludido, y corriendo
Desunció á sus pobres mulas
Mientras gritaba el leonero:
—Conste que solo á la fuerza
Á abrir las jaulas me avengo,
Y que ha de ser responsable
El que me manda hacer esto.
Sepárense sus mercedes;
Pónganse en cobro al momento,
Que á mí no han de hacerme daño

Digitized by Google

UNIV. OF CALIFORNIA

Por más que sean muy fieros.»
—Vamos, abridles, repite
Don Quijote con imperio;
Sin escuchar á Miranda
Que le requiere de nuevo.
—Mire, señor, dice Sancho;
Que aquí no hay encantamentos,
Que son leones de veras
Formados de carne y hueso.
Desde el punto en que me hallo
Una de sus uñas veo
Y es tan grande, que ser debe
Una montaña su cuerpo.
—Cállate, Sancho, y advierte
Que todo lo abulta el miedo;
Retírate si te place
Y no me des más tormento.
Estate luego á la mira,
Y si sabes que aquí he muerto
Cumple todos nuestros pactos
Y vé al Toboso corriendo.
Preséntate á Dulcinea
Y dile..... mas no te advierto
Ni digo más, tú ya sabes
Todo lo que yo deseo.»
Al oir las anteriores
Palabras, todos creyeron
Que era imposible tarea
Disuadirle de su intento.
Solo el del Verde Gabán
Por fuerza lo hubiera hecho;
Pero iba escaso de armas
Para entrar en tales pleitos.
—Bien mirado, si está loco,
Dijo para su coleto,
Hay que matarle ó dejarle
Y esto último prefiero.»
Dijo; y picando su yegua
Dió á Sancho Panza el ejemplo,
Mientras que daba á sus mulas
De palos el carretero.
Después á larga distancia

Digitized by Google

Se pararon, y advirtieron
Que D. Quijote bajaba
Á tierra con gran denuedo.
Dejando al buen Rocinante
Y al leonero desoyendo,
Quiere esperar á pie firme,
Para luchar cuerpo á cuerpo.
Al bajar de su caballo
Arroja su lanza al suelo,
Saca su espada roñosa
Y embraza su escudo viejo.
Á su símpar Dulcinea
Dedica un dulce recuerdo,
Y allí en medio del camino
Muestra su espíritu intrépido.
¡Oh! valor incomparable!
¡Oh! paladín estupendo,
Digno de ser celebrado
Por los Cervantes y Homeros!
¿Quién puede á tí compararse?
¿Quién ha sido en ningún tiempo
Igual á tí? ¿Quién se excusa
De escribir tu Romancero?

XXXIII

No hay más allá.

Entretanto el melenudo
León, que ya tiene abierto
Y franco el paso, se alza
Perezoso y soñoliento.
Tiende sus garras terribles,
Se despereza primero,
Abre su tremenda boca,
Y arroja un largo bostezo.
Dos palmos de lengua enseña:
Con ella se lava luego
El rostro y ojos ardientes,

Digitized by Google

La melena sacudiendo.
Y era tal su catadura,
Y era tan grande su cuerpo,
Y su figura tan fea,
Que es ocioso encarecerlo.
Después sacó la cabeza
Fuera de la jaula, y luego
Sin hacer caso de nadie
Mostró sus cuartos traseros.
En vano al frente le aguarda
El bizarro caballero;
El león no se conmueve;
Todo lo vé con desprecio.
Y con gran flema y remanso
Dicen que se echó de nuevo,
Tal vez por ser generoso
Ó tal vez por tener sueño.
Mas Don Quijote que estaba
Á luchar con él dispuesto,
Mandó al leonero al instante
Que le diese con un leño.
—Eso no, contesta el hombre;
Que si le instigo y le fuerzo,
Al salir me hará pedazos
Y yo moriré el primero.
Vuesa merced, señor mío,
Se contente con lo hecho,
Que es todo cuanto se puede
Pedir al más fuerte y diestro.
Si el león salir no quiso
Es porque sintió algún miedo
Y el más bravo peleante
Cumple con hacer su reto.
Si él tiene la puerta franca,
Si él os vé, y esquiva el cuerpo
Y no baja, es bien seguro
Qué aquí vencido le vemos.
Y como el buen vencedor
Sois vos, y en hidalgos pechos
Debe existir la clemencia,
Pido que os mostreis benévolo.
—Tienes razón, dice al cabo

Digitized by Google

Don Quijote satisfecho;
Cierra esa jaula que es mengua
De encantadores protervos.
Entre tanto, espera un poco,
Que aquí convocar deseo,
Á los que en cobarde fuga
Insensatos se pusieron.
Quiero que tú certifiques
De viva voz lo que he hecho,
Para que nunca esta hazaña
Pongan en duda los necios.»
Dijo, y atando á la punta
De su lanza, el mismo lienzo
Con que enjugó poco antes
El gran diluvio de suero,
Varias veces ondeándole
Al lado diestro y siniestro,
Hizo señas á los otros
Que iban de la quema huyendo.
Y como Sancho notara
Que les llamaba en efecto,
Gritó al punto:—Que me maten
Si no es vencedor mi dueño.
—Sí debe de ser, contesta
Admirado el buen Don Diego:
Volvamos.—¡Oh! sí, volvamos
Que ya escucho sus acentos.
Esto dicen, y acercándose,
Aunque con algo de miedo,
Al carro, allí á Don Quijote
Radiante de gozo vieron.
—Uncid, hermano, esas mulas,
Dice ufano al carretero;
Y tú, Sancho, dá á estos hombres
Dos escudos de oro, nuevos.
Es regalo que les hago
Como recompensa y premio
De su obediencia á mis órdenes
Y de haber perdido tiempo.
—Eso, señor, le responde
Sancho, lo haré muy contento,
Mas ¿qué fué de los leones?

Digitized by Google

¿Están vivos ó están muertos?
—Vivos están, le replica
Con entusiasmo el leonero;
Pero han quedado vencidos,
Humillados y suspensos.
Sólo á la piedad de aqueste
Valeroso caballero,
Deben los pobres la vida,
Que él les perdonó á mis ruegos.
—¿Qué te parece, buen Sancho?
¿Qué me dices, Sancho, de esto?
Pregúntale Don Quijote
Que no puede estar más hueco.
Si viles encantadores
Me roban dicha y sosiego,
No dirán que me intimidan
Ni que aminoran mi esfuerzo.»

. . . . . .

Dió Sancho los dos doblones,
Y al despedirse el leonero,
Aseguró que en la Corte
Relataría el suceso.
—Al Rey todo he de contárselo,
Dice el trápala embustero,
Y Don Quijote contesta:
—No me opongo, no me niego.
Si acaso Su Majestad
Se digna fijarse en ello,
Y quiere saber quién hizo
Esta hazaña que yo he hecho,
Decidle que desde hoy
Apellidarme no quiero
El de la *Triste Figura*
Que es poco sonoro y bello.
Sino que fué el que la lleva
Á cabo, el gran Caballero
De los Leones, pues cuadra
Este mote con mis méritos.»

. . . . . .

Siguió su camino el carro,
Y el buen hidalgo Don Diego
Se preguntaba á sí mismo:

Digitized by Google

—¿Está loco ó está cuerdo?
¿Puede caber en lo humano
Que haya algún sabio sin seso?
¿Ó es un arcano viviente
Este andante caballero?
De todos modos, á casa
Hoy llevármele pretendo,
Que hablando con él, acaso
Sepa lo que así le ha puesto.»

XXXIV

Las bodas de Camacho.

Cuatro días permanece
Don Quijote de la Mancha
Disfrutando el hospedaje
De Don Diego de Miranda.
Y fué tan bien acogido,
Y debió finezas tantas
Y obsequios tan numerosos
Á los dueños de la casa,
Y á su hijo Don Lorenzo
Con quien tuvo sendas pláticas,
Que al despedirse de ellos
Dicen que vertió una lágrima.
No estuvo menos mimado
El bueno de Sancho Panza,
Que ocioso y bien mantenido
Tan feliz se contemplaba
Que allí por su gusto hubiera
Pasado algunas semanas;
Mas hubo de consolarse
De lo breve de la estada,
Al ver sus alforjas llenas
De suculentas viandas,
Y de muchos adminículos
Que le hacían suma falta.
Finalmente, ellos partieron,

Digitized by Google

Y no á muy larga distancia
Del lugar donde vivía
Don Diego, que atrás dejaban,
Vieron á cuatro viajeros
Que iban en asnos ó en asnas,
Llevando la misma ruta
Que al acaso ellos tomaran.
Llegaron, é incorporándose
Los seis, con finas palabras
Se saludaron, é hicieron
Amigos, con esa franca
Cordialidad que establecen
Hombres que juntos viajan.
No hay que decir por supuesto
La impresión honda y extraña
Que la fea catadura
De Don Quijote causaba;
Pero después que le oían
Sus discretas peroratas
É ingeniosos raciocinios
Á todo el mundo gustaba.
Por eso, cuando tomaron
Un poco de confianza
Dijo uno de ellos:—Pues llega
Vuestra merced en tan fausta
Hora, y sigue el mismo rumbo
Que llevamos, y forzada
No es su ruta, y nadie el tiempo
A mi parecer le tasa,
Bien pudiera con nosotros
Venir, y en nuestra compaña
Asistir para honra nuestra
Á las fiestas de mañana.»
  Quiso saber Don Quijote
De qué fiestas se trataba,
Y respondiéronle al punto:
—Pues ¿no sabeis que se casan
Camacho el Rico, y la hermosa
Quiteria?—No me constaba
Nada de eso, y no conozco
Á los novios de que habla.
—Pues sabed que el tal Camacho

Digitized by Google

Es Creso de estas comarcas,
Y al celebrarse sus bodas
Quiere que sean sonadas.
En grandes preparativos
Tanto rumbo y oro gasta,
Que sin duda tirar quiere
Su hacienda por la ventana.
Figuraos, que ha querido
Cubrir con verde enramada
Todo el prado por arriba
Poniendo al sol una valla,
Donde se quiebren sus rayos
Sobre un toldo de esmeraldas.
El número de invitados
Tal vez de ochocientos pasa
Y es mayor el de curiosos
Que de muchos pueblos bajan;
Habrá artificiales fuegos,
Tiros de pelota y barra,
Ágiles zapateadores
Y carreras empeñadas.
Habrá representaciones
O sean danzas habladas,
Músicas, juegos de manos,
Y lucidas cabalgatas.
Y respecto á los banquetes
Que pródigo nos prepara,
Tan sólo deciros puedo
Que vamos á estar en Jauja.
—Si la novia es tan perfecta
Como decís, y le ama,
Y él es tan rico, bien pueden
Celebrar ventura tanta.
—Respecto á que ella le quiera,
No está la cosa tan clara,
Pues por otro requerida
Se vió en edad muy temprana.
Por eso, todos tememos
Que suceda una desgracia
Cuando el amante la vea
Con Camacho desposada.
—Mas ¿si ella quiere á su amante

Digitized by Google

Por qué con él no se casa?
—Porque el lujo y las riquezas
Rinden, triunfan y avasallan.
No tiene el triste Basilio
(Que así el cuitado se llama),
Mas poder y más tesoros
Que los que encierra su alma.
Antes, al menos, tenía
Su buen juicio, que ahora escapa
Y sucumbe, y triste muere
Al ver morir su esperanza.
—¿Y es jóven?—Jóven, bizarro,
Y antes era por sus trazas
El mancebo más brioso
Y gentil de estas comarcas.
Corría más que los gamos,
Y tañía la guitarra
Con tanto primor y gusto
Que daba gozo escucharla.
Tira la barra más lejos
Que ninguno; trisca y baila
Como nadie, y es muy diestro
Cuando maneja la espada.
—Con eso está dicho todo,
No hay que ponerle una tacha
Que el que blande bien su acero
Tiene el alma bien templada,
Y es digno de cien Quiterias
Y hasta de cien soberanas,
Aunque estas fuesen la reina
Jinebra, que en paz descansa,
Y que si ahora viviese
Con Basilio se casara.»
Esto dijo Don Quijote,
Y accediendo á la demanda,
Quiso acudir á las fiestas
Que Camacho preparaba.
Por lo cual, todos contentos,
Continuaron su jornada
Llegando á la prima noche
Al pueblo en el cual moraba
Quiteria, que á la sazón

Digitized by Google

Todo era júbilo, danzas,
Bullicioso movimiento,
Y cánticos y algazara,
A la luz resplandeciente
De mil antorchas que estaban
En medio de una floresta
Que al efecto improvisaran.
Luego al llegar á los arcos
Del follaje que alegraban
Los ojos, los compañeros
De Don Quijote con gratas
Y finas frases, brindáronle
Con hospedarle en sus casas;
Mas él, no quiso en poblado
Entrar, ni tomar posada,
Diciendo, que á un caballero
Andante, no le cuadraba
Entregarse á la molicie
Y á la vida ociosa y blanda;
Por lo cual, esperaría
Al raso, el salir del alba.

XXXV

Sancho se desayuna.

No bien con hermosas tintas
Suaves y sonrosadas
Se fué colorando el cielo,
Bañándose en luz de plata,
Cuando el digno Don Quijote
Dió voces á Sancho Panza,
Diciéndole:—Vamos, hijo,
Ya apunta el día; levanta
El campo, que hoy se celebran
Esas bodas ponderadas.
No contestó el escudero
Que á pierna suelta roncaba,
Por lo cual tuvo que hurgarle

Digitized by Google

Con el cuento de la lanza.
—Vamos, arriba!, le dijo,
Que si echado te dejaran,
Te estarías todo el año
Como están las calabazas.»
Despertóse al cabo el hombre,
Y no de muy buena data
Dijo:—Mejor estaría
Si durmiera en la posada;
Que esto de estar como brutos
Tan sin alcobas, ni camas,
Teniendo tierra por lecho
Y troncos por almohadas,
Viendo que estas pobres bestias
Sospiran por una cuadra,
Sin arrimarse á un pesebre
Lleno de paja y cebada,
Es cosa que desespera.
—Pronto olvidas que en la casa
De Dòn Diego, hemos tenido
Eso y más; muy pronto tratas
De recordar gollerías
Que á los dos están vedadas.»
Esto dice el caballero
Mientras Sancho, que levanta
La cabeza, abre con gozo
De su nariz las ventanas
Diciendo:—Por Dios! que viene
Rico olor de esa enramada;
Y no es olor de tomillos
Ni juncos, sino de magras
Y de torreznos asados
Que tienen mayor fragancia.
Bodas que empiezan oliendo
Tan bien, juro por mi alma,
Que deben ser generosas,
Abundantes y estimadas.
—Glotón! ¿no puedes callarte?
Dice Don Quijote; acaba,
Y vamos á ver qué hace
Basilio.—¿Qué ha de hacer? nada.
Amor de pobre, á ser viene

Digitized by Google

Una torre que levantan
Sin cimientos; llega el rico,
Sopla, y queda derribada.
¡Valiente cosa es que tenga
Basilio, buena crianza
Y que taña la vihuela
Ó maneje bien la espada.
Sí, sí, que vaya con eso
Á la taberna inmediata
Y ya verá si le fían,
Poniéndole buena cara,
Un cuartillo de lo tinto,
Y ni aun siquiera una lágrima.
Pedir amor á Quiteria,
Que ahora vá á ser millonaria,
Es como decir: «no tomes
Monedas, sino monadas.»
—¿Acabarás, con mil diablos,
Hoy tu arenga charlatana?
—Digo, señor, lo que siento;
Y recuerde por su ánima
Que me prometió dejarme
Hablar cuando tenga gana.
—No recuerdo tal promesa
Y ahora te digo: «despacha;
Ensíllame á Rocinante
Y ponle al rucio la albarda,
Que ya la animada música
De anoche, toca diana,
Y reanimando esos valles
Van tamboriles y flautas;
Lo cual viene á persuadirme
De que han de ser sin tardanza
Los desposorios, gozando
El frescor de la mañana.»
Hizo Sancho prontamente
Lo que su señor mandaba;
Montaron los dos, y al paso
Entráronse en la enramada.
Y lo que aquel vió primero,
Fué un asador que giraba
Sostenido entre dos árboles

Digitized by Google

Sobre un buen monte de ascuas.
Estaba el tal asador
Hecho (según nos declara
La historia) de un olmo entero,
Y en él espetado estaba
También entero, un novillo
De más que de edad mediana;
Y en su dilatado vientre,
Para darle jugo y salsa,
Doce pequeños lechones
Diz que con él volteaban.
En derredor de la hoguera
Seis ollas se divisaban;
Mas no eran ollas comunes,
Sino unas medias tinajas
Que los carneros enteros
Impasibles se tragaban,
Cual si fuesen palominos
Ó diminutas calandrias.
Las liebres, ya sin pellejo,
Las gallinas desplumadas,
Y las acuáticas aves
De los árboles colgaban,
Esperando que en las ollas
Fuesen pronto sepultadas.
Refieren también las crónicas
Que gozoso Sancho Panza
Contó más de unos sesenta
Zaques que llenos estaban
Cada cual con dos arrobas
De vino de mucha fama.
Los rimeros de pan blanco
Y tierno, se levantaban
Á grande altura, y los quesos
Formaban récias murallas.
Más de cincuenta personas
Diligentes y aseadas
Preparaban los manjares
De aquella inmensa pitanza
Que Sancho con ojos ávidos
Tiernamente contemplaba.
Enamoróse primero

Digitized by Google

De aquellas carnes asadas
Ó cocidas; luego el vino
Despertó sus dulces ansias;
Y luego vió los calderos
De aceite y miel, donde echaban
Á freir y á darse baños
Mil frutas hechas de masa.
Oh! qué placer! qué delicia!
Qué tentaciones! qué ansias!
No hay remedio, el pobre Sancho
Se colocó á retaguardia
De su señor, y á un solícito
Cocinero, que allí estaba
Cerca de él, con muy hambrientas
Y comedidas palabras
Le pidió que le dejase
Mojar en aquellas salsas
Un mendrugo del buen pan
Con que le surtió Miranda.
—¿Qué es mojar? el cocinero
Pregunta con mucha gracia;
¡Pues qué! ¿no puede apearse
Y aquí con manera franca,
Sin temer que le reprendan
Ni nadie le diga nada,
Pues hoy es día de júbilo
Y Camacho el Rico paga,
Sacar con un cucharón
Un par de gallinas blandas
Espumando alguna de esas
Ollas, que están tan colmadas?
Vió el gran Sancho el cielo abierto;
Mas como cerca no hallara
Ningún cucharón, lo hizo
Presente.—No teneis trazas,
Contestóle el cocinero,
De tener muchas agallas.»
Dijo, y asiendo un caldero,
Extrajo de una tinaja
Tres gallinas y dos gansos
Que le alargó sin tardanza
Diciendo:—Tome esa espuma

Digitized by Google

Y despabile la gana,
Hasta que llegue la hora
De yantar; que hoy que se casan
Camacho y Quiteria, nadie
Se ha de quedar sin tajada.

XXXVI

Regocijos.

Mientras que Sancho el sinónimo
De su apellido llenaba,
Zampándose una gallina
Que del caldero sacara,
Después de haberlo colgado
A un extremo de la albarda
Del rucio, el gran D. Quijote
Puesta en la cuja la lanza
Otro curioso espectáculo
Á la sazón contemplaba.
Sobre hermosísimas yeguas
Ricamente enjaezadas
Doce labradores vienen
Con apariencias bizarras,
Dando vivas á los novios
Y proclamando en voz alta
Que de todas las mujeres
Es Quiteria la más guapa.
—Bien se conoce, murmura
Don Quijote, que esos mandrias
No han visto á mi Dulcinea
Cuando así á la novia ensalzan.»
Dieron por el verde prado
Los doce carreras varias
Mostrando su regocijo
Con gran bulla y algazara;
Y después en pos de ellos
Salieron muchas comparsas
Galanamente vestidas

Digitized by Google

Que hicieron vistosas danzas,
Particularmente algunas
En que esgrimían espadas.
Muchas jóvenes doncellas,
Todas de hermosura rara,
Con los cabellos ceñidos
Por olorosas guirnaldas,
Bailaron luego al compás
De una gaita zamorana.
Después, con lucido séquito,
Ocho ninfas tan gallardas
Cual nunca las vió el hidalgo,
Dieron principio á una farsa
O loa, en la cual Cupido
Alado y ciego arrojaba
Sus flechas al alto espacio
Con mil diligencias varias,
En tanto que el *Interés*
Con el pobre *Amor* luchaba.
Trajeron luego un castillo
Portátil, donde una dama
Hermosa y muy bien prendida
Su belleza y pudor guarda.
Arroja el amor en vano
Muchas flechas de su aljaba,
Y el castillo queda incólume
Pues con rigor las rechaza;
Pero viene el interés
Con alcancías doradas,
Y arrojando una gran bolsa
Hace caer las murallas,
Con lo cual cautiva queda
Y en su poder la muchacha.
—Esa es la verdad del caso,
Dice al punto Sancho Panza;
Que donde están los dineros
Lo demás es patarata.
¿Cuándo el amante Basilio
Con gallinas espumara
Sus ollas? Gracias que fueran
De agua chirle sus tinajas.
Tanto vales cuanto tienes;

Digitized by Google

Los oros triunfan y mandan;
Y yo á Camacho me atengo
Como lo muestra esa danza.
—Pues yo sostengo, contesta
Don Quijote, que tal fábula,
Auto ó comedia la ha escrito
Alguien que no tiene alma.»
Estando en esta contienda
Vieron á la cabalgata
Que á recibir á los novios
Presurosa se acercaba
Con el Cura y los parientes;
Y al son de músicas gratas
Venían acompañados
De zagales y zagalas.
Vió Sancho con mucho gozo
Á la novia, y en voz alta
Admiró sus perfecciones
Y ponderó sus alhajas
Diciendo:—Dios me perdone
Si con esas pelras blancas,
Y esos anillos de oro
No parece una cuajada.
Todas las piedras que luce
En orejas y garganta,
Deben valer á mal precio
Un buen ojo de la cara.
¡Vive Dios que se encandilan
Los míos, y que al mirarlas,
De comerme un ganso de estos
Casi voy sintiendo ganas!»

XXXVII

Basilio y Quitería.

Entretanto que estas y otras
Muchísimas alabanzas
Sancho y otros cien curiosos

Digitized by Google

En derredor pronunciaban,
Don Quijote fué acercándose
Al cortejo que asediaba
Á Camacho y á Quiteria
Luciendo flores y palmas.
Y vió que á un lindo teatro
Que en la pradera se alzaba
Iban á subir los novios
Para ver mejor la zambra.
Mas ¡ay! que en aquel momento
Oyeron á sus espaldas
Una voz doliente y trémula
Que así triste les gritaba:
—Esperaos un instante,
Gentes mal consideradas,
Que aquí llega el desdichado
Á quien quitais la esperanza.»
Fijaron todos la vista
En el que así se expresaba,
Y vieron al buen Basilio
Que con las sienes ornadas
De triste ciprés, vistiendo
Un sayo negro con llamas
De carmesí gironado,
Un grueso bastón llevaba
En sus manos; luego vieron
Que con fatiga extremada
Acercándose á los novios,
Mientras su bastón clavaba
En el suelo, por la punta
De su contera acerada,
Puestos sus ojos hermosos
En la mujer que idolatra,
Díjola con voz tremente
Y bronca:—Tú, más ingrata
Que las fieras; tú más dura
Que las rocas, dí, ¿ignorabas
Que mientras yo tenga vida
Á mí me estás consagrada?
Si el brillante oro te ciega,
Si te seducen las galas,
Si mi pobreza te duele

Digitized by Google

Y mi fiel amor te enfada,
Ríndate yo en holocausto
Esta vida que me cansa,
Y sé feliz con Camacho
Á quien acaso no amas.»
Dijo, y sacando el nudoso
Bastón, quedóse clavada
En tierra la aguda hoja
Del estoque que ocultaba;
Y echándose sobre ella
Le salió por las espaldas
La aguda punta, teñida
En la sangre que derrama.
Al ver esto, Don Quijote
De Rocinante se baja,
Y sostiene al moribundo
Que en rojo licor se baña,
En tanto que cien parciales
Á Basilio se acercaban
Y todos los circunstantes
Gritos de terror exhalan.
—Aun tiene vida y alientos,
Nuestro caballero exclama,
Fuerza es sacarle el estoque
Que su fiel pecho taladra.
—Eso no, replica el Cura,
Que si el estoque le sacan
Antes de que se confiese,
Morirán su cuerpo y alma.»
Entonces, volviendo un poco
En sí Basilio, con calma
Relativa, pero siempre
Con voz triste y desmayada,
Dice:—Si tú, cruel Quiteria,
Viendo que espiro á tus plantas,
En este trance quisieses
Hacerme la muerte grata,
Concediéndome tu mano,
Á Dios contento entregara
La vida.—Piense, responde
El Cura, solo en su alma,
Y pida perdón al cielo

Digitized by Google

De sus culpas temerarias.
—No haré tal, dice Basilio,
Si no accede á mi demanda
Quiteria, facilitando
Que mi muerte sea cristiana.
—Tiene razón, eso es justo;
Dice con voz firme y clara
Don Quijote; ¿qué mal puede
Resultar si ahora los casan,
Y muerto este pobre joven
Queda Quiteria sin mancha
Viuda, de igual manera
Que de doncella lo estaba?
¿Por qué quieren que al infierno
Desesperado se vaya?»
Al oir esto, Camacho
Confuso y perplejo estaba;
Mas fueron tantas las voces,
Los ruegos y las plegarias
De muchos buenos amigos
De Basilio, que ablandadas
Sintió al oir tantas súplicas
Sus generosas entrañas;
Y siguiendo los consejos
Que Don Quijote le daba,
Dijo al fin:—Puede Quiteria
Hacer lo que más le plazca.»
Entonces, con grande ahinco
Comenzaron á rogarla
Todos, mientras que Basilio,
Víctima de fieras bascas,
Próximo á dar parecía
Las últimas boqueadas.
—Bien está, dice Quiteria;
Y entre resuelta y turbada
Acercándose á Basilio
Inclinó la frente pálida;
Y doblando ambas rodillas,
Temblorosa y agitada,
Pidió á su amante por señas
La mano, vertiendo lágrimas.
—Sí, responde el moribundo;

Digitized by Google

Tómala, Quiteria amada,
Pero haz constar que me entregas
La tuya de buena gana,
Sin que nadie te violente;
Júrame que no me engañas,
Y que quieres ser esposa
Del hombre que te idolatra.
—Sí, juro; responde ella
Con voz tan acentuada,
Que atónitos se mostraron
Los que más cerca se hallaban.
Y fué mayor la extrañeza
Y el espanto, bulla y zambra,
Cuando después que el buen Cura
Su bendición les echara,
Vieron al gentil Basilio
Que de pronto se levanta
Y el estoque de su pecho
Con robusta mano arranca.
—Milagro! milagro! grita
La muchedumbre admirada;
Y él con el rostro sereno
Así se expresa en voz alta:
—No es milagro, sino industria
De *Amor* que victoria alcanza,
Aunque el *Interés* mezquino
Sórdida guerra le haga.»
Y era verdad, pues tan luego
Como el Cura le palpara
Las ropas, halló entre ellas
Un tubo de hoja de lata
Que estaba lleno de sangre,
De tal modo preparada
Que hasta que metió el estoque
Nada pudo coagularla.
Entonces, viendo Camacho
Y los suyos, que eran trazas
Burladoras, lo que ellos
Juzgaron sangriento drama,
Dijeron que no era válido
Un casamiento que estaba
Basado en una impostura

Digitized by Google

Y en una torpe añagaza.
Mas como entonces Quiteria
Su decisión confirmara
Diciendo que una y cien veces
A su amante se otorgaba,
Considerándola cómplice
Del hecho, con furia brava
Dando gritos, apelaron
Á la razón de las armas,
En tanto que los parciales
De Basilio sus espadas
Sacaron, dispuestos todos
Á comenzar la batalla.
Al ver la cosa tan fea,
Refugióse Sancho Panza
En el sitio donde hervían
Las ollas afortunadas;
Y entretanto, Don Quijote,
Enarbolando la lanza,
Se colocó á la cabeza
De los que á Basilio amparan
Gritando con voz potente
Y apostura muy bizarra:
—Teneos, nobles señores,
No intenteis tomar venganza
De agravios que Amor nos hace;
Advertid que es cosa llana
Y corriente en amorosas
Lides, hacer emboscadas,
Dando por bueno el embuste,
Por lícita la patraña,
De igual modo que en la guerra
Es costumbre inveterada.
Quiteria para Basilio
Nació, y el querer quitársela
Es robar su única oveja
Al fiel pastor que la guarda.
Camacho, que es rico, puede
Comprar otra si le agrada,
Que esta no puede ser suya
Porque el cielo así lo manda.
Esto digo, esto sostengo;

Digitized by Google

Si alguien mi voto rechaza
Lo meteré en su individuo
Con la punta de mi lanza.»
Dijo, y blandiéndola luego
Con gran fuerza y arrogancia,
Causó pavor en los ánimos
De los que oyéndole estaban.
Esto, y el pensar Camacho
Que si Quiteria casada
Hubiera amado á Basilio
Cual de soltera le amaba,
Le hizo variar de intento;
Y dándole al cielo gracias
Por haberle separado
De aquella mujer voltaria,
Ya consolado y pacífico
Rogó á los de su mesnada
Que su furor aplacasen
Y depusiesen las armas.
Y para probar que libre
De todo enojo se hallaba,
Ordenó que continuasen
Las fiestas ya comenzadas.
Mas no queriendo Basilio
Ni Quiteria presenciarlas,
Partieron con Don Quijote
Hacia su nueva morada,
No sin gran duelo de Sancho
Que siguiéndoles lloraba
Al apartarse de aquellas
Ollas bien aventuradas,
Y de aquellos bartolillos
Que en aceite y miel nadaban.

XXXVIII

La Cueva de Montesinos.

Tres días cuentan que estuvo
Con su escudero amantísimo,

Digitized by Google

Alojado y regalado
Como si fuera un obispo,
Nuestro insigne caballero
En la mansión de Basilio
Dando consejos tan sabios
Á Quiteria y su marido
Que Sancho Panza exclamaba:
—No hay un señor como el mío;
Que en lo bravo y talentudo
Es un pozo, es un prodigio.»
Pasaron, pues, los tres días,
Según queda referido,
Y al cuarto, sintió el hidalgo
Sin saber cómo, un vivísimo
Deseo de visitar
La cueva de Montesinos
Que está en aquellos contornos
No sabe bien en qué sitio;
Pero de la cual se hablaba
Mucho en los pueblos vecinos
Contando mil maravillas
Que el más pintado no ha visto.
Oyendo tales relatos
Alborotósele el juicio
Y rogó con todas veras
Á sus felices amigos
Que le diesen una guía
Para ponerse en camino
De hallar la famosa cueva
Que explorar creyó preciso.
—Si es ese vuestro propósito,
Contéstale el buen Basilio,
Irá con vos hasta ella
Un joven que es primo mío,
Estudiante aprovechado
Y autor de diversos libros
Inéditos, que han de darle
Honra y fama á un tiempo mismo,
Y os hará grato el viaje,
Pues además de que es listo
Ama mucho á los andantes
Caballeros.—Requisito

Digitized by Google

Es ese, que me entusiasma
Y ya conocerle ansío.»
Pasaron recido al punto
Al galán que era erudito
Como pocos; y asociándose
Al quijotesco capricho,
Pues también á él le gustaba
Conocer los peregrinos
Accidentes y sucesos
De los prehistóricos siglos,
En guiar á Don Quijote
Fácilmente se convino.
Hicieron, pues, con presteza
Todos sus preparativos,
Y llenando las alforjas
De objetos alimenticios,
Á partir se dispusieron
En extremo complacidos.
Montó el primo en una burra
Preñada que traer hizo;
Subió en Rocinante el héroe
De esta historia y el ladino
De Sancho, sobre su rucio
Se encaramó al tiempo mismo,
No sin despedirse antes
De Quiteria y de Basilio
Que amorosos se arrullaban
Como un par de tortolillos,
Y que besaron las manos
Del que amparó sus designios.
Finalmente, Don Quijote
Con Sancho Panza y el primo,
De la cueva famosísima
Tomó el difícil camino:
Mas como se hizo de noche
Y el cielo estaba sombrío
Y era dudosa la senda,
Entre los tres se convino
Pernoctar en una aldea
Ó inmediato pueblecillo.
Entonces, el que guiaba
Al buen Don Quijote, dijo

Digitized by Google

Que desde allí hasta la boca
De aquel cavernoso sitio,
Á donde se dirigían
Cual devotos peregrinos,
Solo faltaban dos leguas;
Mas si estaba decidido
Á examinarle, tendrían
Que proveerse allí mismo
De sogas, con que pudiera
Descolgarse.—Mucho estimo,
Respóndele Don Quijote,
Esa advertencia, hijo mío,
Que yo quiero hallar el fondo
Y dar con mi cuerpo mismo
En él, aunque esté enclavado
En los profundos abismos.»
En vista de esta respuesta
Discretos y precavidos
Compraron unas cien brazas
De soga ó cordel fuertísimo,
Y á la siguiente mañana
Sobre sus bestias subidos
Caminando lentamente
Y hablando de cien distintos
Asuntos, al fin se hallaron
Junto á aquel antro sombrío
Que todo el mundo llamaba
La Cueva de Montesinos.
Estaba su obscuro ingreso
Por la maleza obstruído
Hasta tal punto, que apenas
Se descubría un resquicio
Por donde escurrir el bulto
Pudiera el más atrevido
Y el más flaco de los hombres
Aunque se hiciera un ovillo.
Mas Don Quijote, sacando
Su espada, dió con tal brío
En las ramas y hojarascas,
Produciendo tal ruido,
Que una infinidad de grajos,
De cuervos, y de grandísimos

Digitized by Google

Murciélagos, de repente
Se alzó lanzando graznidos.
Y tan espesos estaban
Que formando un remolino
Al huir, dieron en tierra
Con el caballero eximio.

XXXIX

Descenso y ascenso.

Tan pronto como lograron
Desalojar aquel sitio
Dó aquellas aves nocturnas
Tenían sus escondrijos,
Y tan luego como el bravo
Don Quijote abrió un portillo.
Atáronle fuertemente
Mientras que Sancho le dijo:
—Repare vuesa merced
Lo que hace, señor mio,
Que eso de quedar sepulto
En un pozo, cual botijo
Que ponen para enfriar
El agua, no tiene indicios
De ser cosa buena, y creo
Que esto, ni atañe á su oficio
Ni por ser cosa tan vieja
Debe importarle un comino.
—Ata y calla, le responde
Don Quijote; que el destino
Tal empresa me guardaba,
Y este ya es asunto mio.
—Tiene razón vuestro amo,
Añade al momento el primo;
Baje el señor Don Quijote,
Que al contar lo que haya visto
Tendré yo buena materia

Digitized by Google

Para enriquecer mis libros,
Particularmente alguno
Donde declaro y consigno
Cosas que nunca hasta hoy
Ningún otro sabio ha dicho.»
Mientras que esto el estudiante
Murmuraba, nuestro digno
Caballero, arrodillándose
Se encomendó muy contrito
Á Dios y á su Dulcinea
Demandándoles auxilio
Si por acaso se hallaba
En algún grave conflicto.
Luego alzóse de repente
Y con varonil espíritu
Pidió soga, mucha soga,
Penetrando en el recinto
Cavernoso, mientras Sancho
—Adios, para siempre, dijo;
Flor y nata de los buenos;
Baja, que yo te bendigo
Y te deseo la gloria
Por los siglos de los siglos.»
Dijo, y haciendo mil cruces
Y arrojando mil suspiros
Dieron tanta y tanta cuerda
Que el rollo se halló finido.
. . . . . .
Como cosa de una hora
Quedaron Sancho y el primo
Aguardando á que les diera
De su vuelta algún indicio.
Mas la soga no se mueve,
No se escucha ningún grito,
Y ya opina el escudero
Que algo grave le ha ocurrido.
—Dios sabe lo que le pasa!
Pobrecillo! pobrecillo!
Sin duda el *lobo terráquio*
Debe habérselo engullido.»
Así exclama Sancho Panza,
Y ambos á dos, con ahinco

Digitized by Google

Tiran de la cuerda, y notan
Que esta cede á su capricho.
—No pesa nada! no pesa
Un adarme! ¡voto á Crispo!
Gritan los dos; ahí se queda
Por siempre enterrado vivo!»
Siguen tirando, tirando
Sin cesar, mas de improviso
Cobra tirantez la cuerda
Causándoles regocijo.
—Ya viene! ya llega! mírele;
Y el pobre viene dormido!
Vuelve á decir Sancho Panza;
¿Cuándo tal cosa se ha visto?»
Sacáronle diligentes;
Desatáronle, y sin tímidos
Respetos, le despertaron
Dándole sendos pellizcos.
Abrió por fin ambos ojos
Y con voz severa dijo:
—¿Por qué de allí me sacais
Y subís sin mi permiso?
Oh! si viérais por ventura
Las cosas que yo allí he visto
De seguro me dejárais
Más tiempo en aquel recinto.
—Contadnos, contadnos pronto
Lo que vísteis, dice el primo.
—Sí, mas antes yantar quiero,
Que traigo mucho apetito.»
No bien murmuró estas frases
Don Quijote, fué servido
Á su placer, desflorando
Lo que en las alforjas vino.
Y así que los tres comieron
Y bebieron de lo lindo
Sobre una tosca arpillera
Que veces de mantel hizo,
Tomó el bravo caballero
La palabra, y así dijo
Á los que estaban curiosos
Prestándole atento oido.

Digitized by Google

XL

Lo que vió Don Quijote.

—Sabed, hijos de mi alma,
Que en esa caverna he visto
Cosas tan maravillosas
Que aun ofuscan mis sentidos.
Cuando bajándome íbais
Hallé un ancho pasadizo
Por el que quise internarme
Gritando:—Basta, hijos mios,
No sigais echando soga
Que ahora no la necesito.
Sin duda oir no pudísteis
Mis redoblados avisos,
Pues seguísteis dando soga
Y más soga; formé un lio
Ó rollo, con la que echásteis
De más, y en el mismo sitio
Me senté; pero asaltóme
Un sueño tan repentino
Que quedé sin saber cómo
Profundamente dormido.
No sé las horas que estuve
Hecho un leño en aquel sitio
Silencioso y solitario;
Tan solo puedo deciros
Que al despertar, de repente
Me hallé en un prado amenísimo
Tan extenso y tan hermoso
Que parece un paraíso.
Allí salió á recibirme,
Haciéndome mil cumplidos,
Un anciano venerable
Que dijo ser Montesinos.
No bien pronunció su nombre
Después de elogiar el mio,

Digitized by Google

Le pregunté si era cierto
Cuanto en el mundo se dijo
De ser él el que sacara
El corazón de su amigo
Durandarte, para darlo,
Según éste le previno,
Á su Belerma estimada
Que era su bien y su hechizo.
—Es cierto, dice, y al punto
Conduciéndome á otro sitio
Me hizo entrar en un palacio
Hecho de jaspes bellísimos
Y de bronces, donde estaba
En un sepulcro tendido
En carne y hueso y parlando
El buen Durandarte mísero.
Hablé con los dos, y luego
Tras los lienzos cristalinos
Que formaban las paredes
Del encantado edificio
Y aposento en donde estábamos,
Ví desfilar un lucido
Cortejo de ninfas bellas;
Y delante de éstas, vimos
Á Belerma, que llevaba
Envuelto en un blanco lino,
El corazón de su amante
Lanzando tristes suspiros. (4)
Parecióme un tanto fea
Belerma; mas Montesinos
Me adivinó el pensamiento,
Y estas palabras me dijo:
—Sepa el señor Don Quijote
Que la amada de mi amigo
Era hermosa cual ninguna;
Pero el llanto que ha vertido
En aqueste encantamento
Donde nos tiene sumidos
Merlín, su belleza espléndida
Ajó; mas creer es lícito
Que si tal no aconteciese
Aventajara de fijo

Digitized by Google

Á la simpar Dulcinea
Que también por estos sitios
Anda encantada.—Es posible!
Exclamé; ¿tan cerca existo
De mi señora?—Tan cerca,
Que vais á verla ahora mismo.»
Quedéme tan turulato
Al oir á Montesinos
Que apenas podré explicar
El efecto que me hizo
Su noticia» . . . . . .
. . . . . .—Pero ¿cómo,
Dice interrumpiendo el primo,
Tanto vísteis, tanto hablaron
Y tanto habeis respondido,
En un espacio de tiempo
Tan breve?—No lo sé, hijo,
¿Cuánto há que bajé?—Una hora,
Dice Sancho.—No lo admito,
Replica el buen caballero;
Que á mí me consta de fijo
Que he pasado allí tres días
Con tres noches.—Yo imagino,
Vuelve á decir Sancho Panza,
Que como allí es artificio
Todo, y magia maldecida,
El tiempo andará más listo,
Siendo verdad cuanto afirma
Mi señor.—Lo mismo digo,
Añade el buen Don Quijote;
Tú, Sancho, diste en el hito.
Mas prosiguiendo mi historia,
Diré reanudando el hilo
De ella, que al cabo de un rato,
Creyendo perder el juicio,
Ví á mi pobre Dulcinea
Montada sobre un pollino
En compañía de aquellas
Que junto al Toboso vimos.
Pasaron las tres delante
De mí, por el prado mismo,
Y tan turbado me hallaba

Digitized by Google

Que los tristes ojos míos
No vieron si ella los suyos
Puso ó no, en mi rostro lívido.
Quise seguirlas, mas esto
No lo aprobó Montesinos
Diciéndome que era inútil
Mi pensamiento atrevido,
Y que aguardándome estaban
En el mundo de los vivos.
Partieron ellas, partieron
Llevándose mis suspiros;
Mas después ¡pásmate, Sancho!
Y admira como yo admiro
El rarísimo incidente
Que me deparó el destino.
Estaba yo recostado
Sobre un tronco robustísimo
De un árbol que no conozco,
Hablando con Montesinos,
Cuando de repente llega
Hasta mí muy callandito
Una de las aldeanas
Compañera de mi ídolo
Que con labio balbuciente
Estas palabras me dijo:
—Mi señora Dulcinea
Del Toboso, señor mio,
Me manda besar la mano
De vuestra merced, si es lícito
Hacerlo así; preguntándole
Cómo está; también me ha dicho
Que le preste, si los tiene,
Seis reales, sobre este lindo
Faldellín de cotonía,
Pues se vé en un compromiso
Y en necesidad tan grande
Que se vá á salir de quicio.»
Extrañóme la demanda
Y pregunté á Montesinos
Si en los encantados mundos
El dinero era preciso.
Díjome que sí, añadiendo

Digitized by Google

Que en el Purgatorio mismo
Hace falta la moneda
Que deja en el mundo el rico,
Pues con misas y responsos
Puede evitar mil suplicios
Y remontarse á la Gloria
Purificado su espíritu,
Gracias á las influencias
De los sufragios benditos.
Esto escuché de sus labios
Y sacando del bolsillo
Los únicos cuatro reales
Que tenía, complacido
Se los dí con la respuesta
Que ahora voy á transcribiros:
—Decid á vuestra señora,
Que este su humilde cautivo
Le envía cuanto posee
En tal hora y en tal sitio.
Decidle que el faldellín
Guarde, pues yo no lo admito,
Y que ojalá ese recurso
Pueda servirle de alivio.
Decidle que de amor muero
Por ella, y que tengo fijo
En el alma el juramento
Que el marqués de Mántua hizo,
Con objeto de vengar
La muerte de Baldovinos, (5)
Cuyo juramento pienso
Renovar, por si consigo
Sacarla de encantamentos
Haciéndome de ella digno.»

. . . . . .

Calló el triste Don Quijote
Y Sancho Panza dió un grito
Diciendo:—No puede oirse
Tanto y tanto desatino.
Decir que está la señora
Encantada, yo lo admito,
Puesto que la ví encantarse
Y hasta perder su olor fino.

Digitized by Google

Pero decir que metida
Está en tan lóbriegos sitios
Y que le pidió seis reales,
Es ya ponerse en redículo.
Mire, señor, lo que piensa,
Hace y dice, ó por Dios vivo
Que vá á perder la cabeza
Con lo que dice que ha visto,
Y que sin duda fué un sueño;
Aunque habrá algún enemigo,
Incluso el señor Hamete
Que suponga que ha mentido. (6)
—Porque te quiero y me quieres
Esas ofensas permito,
Dice Don Quijote; vámonos
Que es ya tarde, y yo me obligo
Á contarte otras mil cosas
De las muchas que allí he visto,
Y que podrán convencerte
De que es verdad cuanto he dicho.»
. . . . . .
Levantaron la arpillera;
Guardáronse los resíduos
De la comida; y montando
En sus bestias, como amigos
Que se estiman, se apartaron
De aquel solitario sitio
Dejándose á sus espaldas
La Cueva de Montesinos.

XLI

La ermita y la venta.

Aquí las crónicas dicen
Que nuestro héroe bizarro
Con el primo y Sancho Panza
Salió á camino más ancho,
En el cual vieron á un hombre

Digitized by Google

Que venía acelerado
Á pie, dando á un pobre mulo
Cien repetidos varazos.
De lanzas y de alabardas
Viene el animal cargado
Y al llegar el hombre á ellos
Saludó, y pasó de largo.
Vióle Don Quijote y dijo:
—Buen hombre, no corrais tanto,
Que llevais más diligencia
Que há menester ese macho.
—Yo no puedo detenerme,
Señor, respóndele andando
El hombre, pues estas armas
Mañana han de estar en manos
De los que tienen que usarlas:
Y si la verdad del caso
Quereis saber, esta noche
La sabreis de cabo á rabo,
Si seguís este camino
Que yo sigo, y alojaros
Quereis en la misma venta
Donde si vais, os aguardo,
Y donde mil maravillas
Gustoso podré contaros.»
Dióles un adios el hombre,
Y después de haber marchado,
Acercándose á una ermita
Quiso el primo echar un trago,
Pero no lo consiguieron
Por no estar el ermitaño,
Si bien con agua potable
Y fresca, les invitaron.
—¡Válgate Dios por el agua!
Exclamó al momento Sancho.
Por mi vida que es el género
Bueno, bonito y barato.
La sed de vino que sufro
Con agua no satisfago,
Que ella jamás me *confortis*
Porque cría *gusarapus*.
¡Oh, abundancias de Don Diego!

Digitized by Google

¡Oh, zaques del gran Camacho!
¿Dónde estais? ¿Qué os habeis hecho?
¿Cuándo volveré á encontraros?»
Dicho esto, de la ermita
Juntos los tres se apartaron
Dirigiéndose á la venta
Que indicó el hombre del macho.
Venta, que esta vez por venta
Tomó el valeroso hidalgo,
Sin convertirla en castillo
Ni en alcázar encantado.
Mas antes que á ella llegaran
Á un mancebito encontraron
Que con una espada al hombro
Gentilmente ataviado,
Y con un lio de ropa
Avanzaba muy despacio,
Cantando unas seguidillas
Manchegas, con mucho garbo.
Preguntóle Don Quijote
Dónde iba, y en el acto
Él respondió, que quería
Sentar plaza de soldado.
—Á la guerra, voy, señores
Dijo, por falta de cuartos,
Que yo á la guerra no iría
Á no estar necesitado.
En la corte he sido paje
De orgullosos pelagatos
Que ni una mala librea
Me dieron por mi trabajo.
Por eso la corte dejo;
Que en ella todo es engaño,
Farsa, oropel, lucha eterna
De intereses encontrados
Que si al nacer son legítimos
Pronto se vuelven bastardos.
Allí la pobreza humilla
Al más bueno y al más sabio
Y solo medra el que adula
Miente y vive trampeando.
—Tiene razón este joven,

Digitized by Google

Dice al oirle el hidalgo,
Más vale servir al Rey
Que á mezquinos cortesanos.
Mas tenga siempre presente
Que mejor le está al soldado
Oler á pólvora, que
Á algalia, y si llega el caso
En que la vejez le coja
En ese ejercicio bravo,
Aunque esté lleno de heridas
Ó cojo y estropeado
Nadie le hallará sin honra
Aunque intenten calumniarlo.
Bien es verdad, que ahora mismo
Parece que están tratando
De evitar que mueran de hambre
Los que se encuentran lisiados
Por que á su patria y su Rey
Defendieron en el campo
Del honor; y ahora que os dije
La verdad, quiero invitaros
Á que os pongais en las ancas
De mi brioso caballo,
Hasta llegar á la venta,
Donde conmigo, con Sancho,
Y con este camarada
Que nos viene acompañando
Podrá cenar esta noche
Si no encuentra en ello obstáculo.» (7
No aceptó el paje el convite
De las ancas, viendo acaso
Que el infeliz Rocinante
Se mostraba extenuado;
Pero sí admitió la cena
Que barruntaba su estómago.
Así, pues, juntos y alegres,
Poco á poco, y paso á paso,
Cuando se hacía de noche
Hasta la venta llegaron.
Y no bien estuvo en ella
El buen Don Quijote, dando
Muestras de estar muy curioso,

Digitized by Google

Pidió al ventero en el acto
Noticias del que llevaba
Cargado de armas su macho.
—Allí en la caballeriza
Cabalmente ahora se ha entrado,
Dice el ventero.—Pues hijos,
Vamos á verle, y de paso
Busquemos buenos pesebres
Para mi trotón gallardo,
Y para esotras monturas
Que piden algún regalo.»

XLII

Llanezas de un héroe.

No se le cocía el pan
Á nuestro buen caballero
Como se suele decir
Cuando alguno se halla inquieto,
Hasta escuchar y saber
Los recónditos secretos
Que el portador de las armas
Ofreció contar, tan luego
Como á la venta llegaran
Y tuvieran más sosiego.
Fué por lo tanto á buscarlo
Y hallándole, dijo:—Espero
Que me cumpla su palabra
Pues á oirle estoy dispuesto.»
Á lo cual contesta el hombre:
—Más despacio, señor bueno,
Y no en pie, se ha de tomar
De tales cosas el cuento.
Déjeme un poco, que acabe
De echar á mi bestia un pienso;
Y después mil maravillas
Sabrá, yo se lo prometo.
—Si por eso es el retardo,

Digitized by Google

Que no se quede por eso;
Respondióle Don Quijote
Ardiendo en vivos deseos
De conocer cuanto antes
Algún notable suceso.
—Yo os ayudaré, prosigue,
En todo.» Y así en efecto
Lo hizo, aechándole al punto
La cebada con despejo
Y limpiándole el pesebre;
Por cuya humildad, contento
Y obligado quedó el hombre,
Que ya no tuvo pretexto
Para retardar su historia.
Así, pues, tomando asiento
En un poyo, junto al bravo
Impaciente caballero
Y teniendo por oyentes
Á Sancho, al primo, al resuelto
Paje que á la guerra iba,
Y por último al ventero,
Así con voz firme y clara,
Dió á su relato comienzo.

XLIII

Los dos regidores.

«Han de saber sus mercedes
Que en el pueblo en que resido
Existen dos regidores
Que siempre fueron amigos,
Y siguen siéndolo ahora
Por intereses recíprocos,
Y afinidades que tienen
Desde la nuca al tobillo.
Y sucedióles un día
(Aquí viene lo más lindo
De la historia) que á uno de ellos

Digitized by Google

Faltóle un asno rollizo
Que se escapó de la cuadra
Ignoro por qué motivo.
Buscóle por todas partes
Su dueño con grande ahinco,
Mas encontrarlo no pudo
Por más diligencias que hizo.
Lloróle por muerto el pobre
Regidor; mas un vecino
Aseguróle que el prófugo
Sin duda andaba perdido
Por el monte.—Pues si al monte
Se fué, dice dando un grito
El concejal, prontamente
Le hallaremos *yo y mi amigo.*»
Unióse con su compadre
El regidor consabido,
Y ambos al monte partieron
Trazándose en el camino
El plan que adoptar debían
Para hallar al fugitivo.
—Ya sé cuál, dice al momento
El regidor requerido,
Yo sé rebuznar con gracia
Y á reclamarle me obligo.
—Tampoco yo en ese arte
Dejo de ser algo listo,
Dice el perdidoso; entremos
Por diferentes caminos
En el monte, y rebuznando
Malo será que ese pillo
Deje de correspondernos
Indicándonos el sitio
Donde está.—Bien me parece;
Os explicais como un libro.»
De este modo, entusiasmados
Tomaron rumbos distintos,
Y á poco de separarse
La casualidad les hizo
Rebuznar á un mismo tiempo;
Razón por la cual, un grito
Dieron los dos, exclamando:

Digitized by Google

—Allí se encuentra el pollino.»
Corrieron ambos, creyendo
Hallarle en el punto mismo
Donde á la vez arrojaron
Sus rebuznos respectivos,
Mas al verse con asombro
Nuevamente reunidos,
Dijo el uno:—Por mi vida,
Compadre, que si el oido
No me engaña, en donde estábais
Rebuznó el asno.—Y yo digo
Que fué aquí—No lo acertais
Que ese rebuzno fué mio.
—En tal caso, yo os declaro
Que ingerto estais de pollino
En hombre, y que nadie os gana
Á dar rebuznos más limpios.
Que el son es alto y sonoro;
Fuerte y grave el sostenido
De la voz, los dejos muchos,
Apresurados y vivos.
—Pues yo juro y os perjuro
Que nunca en el mundo he visto
Quien en eso os aventaje,
Y hasta me doy por vencido.
—Siendo así, desde hoy prometo
Tener en lo sucesivo
Mejor concepto que tuve
Hasta ahora de mí mismo.
¡Lástima que tales méritos
No sean más conocidos
Y que tan sólo nos sirvan
Para casos imprevistos!»
Dicho lo cual, se tornaron
Á dividir, y en distintos
Parajes, hicieron gala
De sus recursos magníficos,
Engañándose y volviendo
A juntarse inadvertidos
Creyendo que los llamaba
Á cada instante el borrico.

Digitized by Google

XLIV

Lo que puede la fama.

Después de una pausa breve
Que el narrador hacer quiso
Para tirarse al coleto
Media bota de buen tinto
Que le ofreció Sancho Panza,
(Según datos fidedignos
Recientemente encontrados
En históricos archivos),
Volvió á tomar la palabra
Y de esta manera dijo:
—Viendo los dos regidores
Que estaban asaz molidos
Con tanto ir y volverse
Engañándose á sí mismos,
Tomaron por contraseña
Dar dos rebuznos seguidos
Cada vez que rebuznase
Cualquiera de ambos amigos
Para saber que eran suyos
Y no del asno perdido.
De este modo recorrieron
El monte, sin que el maldito
Contestara ni aun por señas
Al reclamo de los dignos
Alcaldes; ¿mas cómo hacerlo
Pudiera ya el pobrecillo
Si en lo intrincado del bosque
Se lo encontraron comido
De lobos?—¡Ah! ya temía
Yo este triste fin que miro,
Dice su amo con pena;
Que si él estuviera vivo
Al oir nuestros rebuznos
Nos hubiera respondido,

Digitized by Google

Ó dejara de ser asno.
—Pienso, compadre, lo mismo.
—Por lo demás, me consuela
El gusto de haber oído
Vuestros rebuznos, compadre.
—No me alabeis tan sin tino;
Que si bien el Abad canta
No va en zaga el monacillo.»
Con esto, desconsolados,
Roncos, cansados, mohinos,
Tornaron al pueblo, en donde
Contaron á sus amigos
Y á todos cuantos quisieron
Oirles, lo sucedido;
Ponderando de tal suerte
Cada cuál el raro estilo
Y habilidad con que el otro
Rebuznaba, que al oirlos
Pronto cundió la noticia
En los lugares vecinos
Que al ver á los de mi pueblo
Rebuznan que es un prodigio.
Y nos dan tanta matraca
Que no hay medio de sufrirlos;
Pues los viejos y los jóvenes
Las mujeres y los chicos
Nos abruman y persiguen
Con rebuznos y silbidos,
De tal suerte que la befa
Somos de todo el distrito.
Por estas provocaciones
Cien veces hemos venido
Á las manos, y otras tantas
Descalabrados salimos.
Razón por la cual, ahora
Los burlados y oprimidos,
Ó sean los de mi pueblo
Que están asados y fritos,
Lanzas y alabardas compran
Según podeis haber visto;
Y mañana ú otro día
Con sanguinarios instintos

Digitized by Google

Saldrán al campo á encontrarse
Llenos de enojo inaudito
Con los de otro lugarejo
Que solo dista del mío
Dos leguas, estando todos
Tan dispuestos á batirnos,
Que si el cielo no lo impide
Habrá la de Dios es Cristo.
Estas son las maravillas
Que os anuncié en un principio;
Si no las tomais por tales
No tengo más que deciros.»

XLV

El mono adivino.

Apenas dejó el buen hombre
De referir los sucesos
Que de tal suerte tenían
Alborotado su pueblo,
Cuando entrar por la ancha puerta
De la venta otro hombre vieron
Con vestido de gamuza,
Medias, jubón y gregüescos;
El cual con desembarazo
Dirigiéndose al ventero
Preguntó:—¿Tiene posada
Señor huésped? porque vengo
Con el mono y el retablo
Y necesito aposento.
—¡Cuerpo de tal! dice el huésped
Mostrándose satisfecho;
¿Cómo no ha de haber cabida
Para el señor maese Pedro?
¡Buena noche, noche grata
Nos ha deparado el cielo!»
Al ver al recién venido
Don Quijote y compañeros

Digitized by Google

Fijándose en su persona
Seguidamente advirtieron
Que traía muy tapados
El ojo y carrillo izquierdos
Con un gran parche de verde
Tafetán, como si enfermo
Tuviese todo aquel lado;
Mas esto no obstó por cierto
Para que el ventero diese
Muestras de estar muy contento,
Diciéndole:—Bien venido
Sea, que ahora podremos
Esperar pasar buen rato
Esta noche; mas no veo
El mono; ¿dónde está el mono?
¿Dónde su retablo ha puesto?
—Ya llegan, responde el hombre;
Que yo por no perder tiempo
Me adelanté, y aquí vine
Á pedir posada.—Bueno
Sería que no la hubiese
Para vos, cuando resuelto
Estaría yo á quitársela
Al Duque de Alba mesmo
Por dárosla; vengan mono
Y retablo; que hay sujetos
Aquí esta noche, que pródigos
Como nobles caballeros,
Pagarán con mucho gusto
El que el mono ha de ofrecernos
Adivinando mil cosas
Que acaso desconocemos.
—Sea enhorabuena, responde
El del parche, yo me alegro
De saber eso que dice;
Y por el pronto, prometo
Moderar prudentemente
Del espectáculo el precio
Contentándome con sola
La costa; entretanto, vuelo
Á hacer que hacia aquí camine
La carreta en donde tengo

Digitized by Google

Acomodado el retablo
Y viene el mono; hasta luego.»
Salió el hombre de la venta
Y Don Quijote al momento
Quiso saber pormenores,
Respondiéndole el ventero:
—Ese individuo que vísteis
Llámase maese Pedro,
Y es de seguro el más grande
Y famoso titerero
Que há muchos días que anda
Enseñando por los pueblos
De la Mancha de Aragón,
Un retablo grande y bello,
Con sus figuras mecánicas
De lindo y lujoso aspecto,
Donde se vé á Melisendra
Salvada por Don Gaiferos,
Que es una de las historias
Más grandes que aquí se vieron.
Trae asimismo consigo
Cierto mono tan discreto
Que si algo le preguntan
Suele tener tal acierto,
Que adivina los pasados
Y los presentes sucesos.
—¿Entendeis acaso al mono?
—No, señor: pero subiendo
A los hombros de su amo,
Le habla con mucho misterio,
Y después el amo explica
Lo que le ha dicho en secreto.
No adivina algunas veces;
Pero en las más, dá en lo cierto,
Por lo cual, yo me figuro
Que tiene el diablo en el cuerpo.»
Llegó entonces la carreta
Con el retablo, y saliendo
De ella el mono, que era grande
Y sin cola, saltó al suelo
Mostrando á los circunstantes
Sus posaderas de fieltro,

Digitized by Google

Y su cara, que no era
De aquellas que infunden miedo.
—Vamos á ver, dijo entonces
Don Quijote; diga presto,
Vuesa merced, señor mono
Adivino, ¿dónde iremos
Y qué ha de ser de nosotros?
Y á fin de que esté propenso
Á contestar, dale, Sancho,
Dos reales á maese Pedro.
—Eso no, contesta éste,
Mi mono no es tan soberbio
Que pretenda saber más
Que los ángeles del cielo.
Las cosas de lo futuro
Dios las escribe en secreto
Y para ver esas páginas
Nadie tiene privilegio.
De cosas pasadas, sabe
Un poco mi animalejo,
Y de las presentes, algo
Según mostrarles prometo.
—¡Voto arruz, exclama Sancho,
Que el lance tiene gracejo
Y que no doy un ardite
Por saberlo ó no saberlo.
Oir lo que me ha pasado
Maldito si tiene mérito,
Porque ¿quién saberlo puede
Mejor que lo sé yo mesmo?
Pero, pues sabe las cosas
Presentes, oirlas quiero.
Aquí están mis dos reales
Que con mucho gusto entrego.
Dígame el señor monísimo
¿Qué hace en este momento
Mi mujer Teresa Panza
Y en qué se está entreteniendo?»
No quiso tomar maese
Adelantado el dinero,
Pero se dió con la mano
Un golpe en el hombro izquierdo

Digitized by Google

Donde dando un brinco el mono
Se colocó muy ligero
Y acercándose á su oido
Dientes y labios moviendo,
Aparentó que le hablaba
Tanto como dura un credo.
Bajóse después, y el hombre
Así que le vió en el suelo,
Se fué al punto con gran priesa
Y con ánimo resuelto
Al sitio en donde se hallaba
Silencioso el caballero,
Y doblando ambas rodillas
Le abrazó las piernas luego
Exclamando:—Yo estas piernas
Abrazo, porque estoy viendo
En ellas, las dos columnas
De Hércules, y aun corto quedo,
Pues ellas sostener pueden
El uno y otro hemisferio.
Aquí está el bravo, el insigne,
El alabado, el honesto
Don Quijote de la Mancha
Resucitador excelso
De la gran caballería
Andantesca de otros tiempos,
¡Oh! nunca como se debe
Elogiado caballero,
Ánimo de desmayados,
Amparador de los buenos,
Fuerte arrimo de los débiles;
Yo te saludo y venero.»
Al oir las anteriores
Palabras, quedó suspenso
Y pasmado Don Quijote;
Sancho absorto; boquiabierto
El primo; atónito el paje
Que no estaba en autos puesto;
Abobado el del rebuzno,
Y tan confuso el ventero,
Que espantados, no acertaba
Nadie á romper el silencio;

Digitized by Google

Mas rompióle según dicen,
El famoso titerero
Que dirigiéndose á Sancho,
Siguió hablando en estos términos:
—Y tú, insigne Sancho Panza,
Tú el mejor fiel escudero
Del caballero más noble
Del mundo, ensancha tu pecho,
Y alégrate, que tu buena
Mujer en este momento
Está buena, rastrillando
Lino, y á su lado izquierdo
Tiene un jarro desbocado
Que estuvo de vino lleno
Y ya se halla en sus últimas
Pues recibió más de un tiento.
—Eso, dice Sancho Panza,
Juro á Dios que bien lo creo;
Pues ella siempre fué buena,
Y sin sus malditos celos
Que tan rabiosa la ponen
Poniéndome á mí frenético,
Yo jamás la trocaría,
Y ahora mismo no la trueco,
Por la giganta Andandona
Que según dice mi dueño
Y señor, fué una mujer
Muy cabal, de pelo en pecho,
Y de aquellas que no sufren
Mal pasar en ningún tiempo,
Aunque sea á costa y coste
De todos sus herederos.
Calló Sancho, y su señor
Dijo:—Ahora me convenzo
De que el que mucho leyere
O viaje con provecho,
Ve mucho y aprende mucho.
Y esto digo y esto observo
Porque ¿qué presunción fuera
Capaz de haberme dispuesto
A creer que hay en el mundo
Monos de tanto talento,

Digitized by Google

Que adivinen como ahora
Lo ví con mis ojos mesmos?
Porque yo soy Don Quijote
De la Mancha, y no lo niego;
Que aunque se ha extendido el mono
Un tanto en sus lisonjeros
Encomios, soy el que ha dicho
Poco más ó poco menos;
Y tengo además probado
Que soy compasivo y tierno,
Por lo cual tributo gracias
Á Dios que me dió estos méritos.»

XLVI

Escrúpulos.

Viendo al simpar Don Quijote
Tan contento y tan ufano,
Díjoles maese Pedro
Que para obsequiar al bravo
Campeón, dispuesto estaba
Á enseñarles el retablo
Sin exigir á ninguno
Ninguna clase de pago.
Púsose alegre el ventero
Y le designó en el acto
El sitio más apropósito
En el cual pudiese armarlo.
Comenzó á hacerlo maese
Y Don Quijote entre tanto
Mostrándose muy inquieto
Se llevó á un rincón á Sancho,
Y sin ser de nadie oidos
De este modo conversaron:
—Sabrás, Sancho, que me tiene
Asaz tibio y preocupado
Esa habilidad extraña
Que muestra ese mono sabio;

Digitized by Google

Y hasta casi voy creyendo
Que ese maese, su amo,
Debe de tener sin duda
Hecho ya algún pacto tácito
O expreso con el demonio.»
Á lo cual contesta Sancho:
—Pues si ese patio es espeso
Y anda el mesmísimo diablo
Por él, de seguro debe
Ser sucio y destartalado
Aunque no sé para qué
Necesitan esos patios.
—No me has entendido; quise
Decirte, querido Sancho,
Que el dueño de esa alimaña
Debe de haber concertado
Con el infierno, esas cosas
Que á las gentes causan pasm
Para hacerse rico y grave
Como otros que legaron
Al demonio el alma; y digo
Que me estoy maravillando
Al ver que ya no le hayan
Al Santo Oficio acusado (8)
Para que en él le examinen
Hasta sacarle de cuajo
En virtud de quién y cómo
Adivina lo pasado
Y lo presente, sin ser
Astrólogo judiciario.»
Estas y otras varias cosas
Dijo Don Quijote á Sancho
Que maldito si entendía
Una frase de su amo,
Si bien se inclinó á creer,
Como suele el temerario
Vulgo ignorante, que andaba
Por allí una negra mano.
Entonces, llegando á ellos
Maese Pedro, dijo en alto:
—Vengan ya vuestras mercedes
Que á funcionar va el retablo.»

Digitized by Google

XLVII

El retablo. Representación.

Sentado está Don Quijote
Delante del artefacto
Que con muchas candelillas
De cera, está iluminado.
Á sus espaldas se encuentra
Con el primo y paje, Sancho;
Y el ventero y otros muchos
Delante están del retablo,
Mientras que dentro de éste
Maese Pedro, manejando
Se halla todos los muñecos
Que figuran en el cuadro.
Delante de éste se encuentra
También, un listo muchacho
Dependiente del maese,
Que con su vara en la mano,
Les explica el argumento
Las figuras señalando.
—Esta función que se ofrece
Á tan ilustre senado,
(Dice el chico con despejo
Y por vía de preámbulo),
Sacada está de las crónicas
Francesas, y de los varios
Romances, que escritos fueron
Por poetas castellanos. (9)
Trata de la libertad
Que allá en los tiempos pasados
Dió á su esposa Melisendra
El valiente y temerario
Señor Don Gaiferos, que ahora
Según ven, está jugando
Indiferente á las tablas,
De su mujer olvidado.

Digitized by Google

Pero esotro personaje
Que allí asomarse miramos,
Con corona en la cabeza
Y cetro de oro en las manos,
Es, señores, el mismísimo
Emperador Carlo Magno,
Que á reprender á su yerno
Viene furioso y airado;
Y con tal ira meneá
El cetro, según notando
Estais, que con él parece
Le vá á dar sendos porrazos.
Le echa en cara su descuido
Y sus ócios; su bastardo
Proceder, y le declara
Que le cree deshonrado
Si libertad á su esposa
No da; y después de llenarlo
De injurias, dice muy serio:
—Harto os he dicho, miradlo.»
Ahora vuelve las espaldas
Váse, y en ira montando
Don Gaiferos, pide al punto
Sus armas y su caballo.
Llega Don Roldán, su primo,
Al cual suplica en el acto
Que su espada Durindana
Le preste; niégale el bravo
Roldán tal favor, mas quiere
Ir con él.—No busco tanto,
Contéstale Don Gaiferos;
Que yo tan sólo me basto
Para sacar á mi esposa
Aunque esté en el campo santo
O en lo más hondo del centro
De la tierra; y despechado
Hace *mútis*, según pueden
Vuesas mercedes mirarlo.
Mutación: Sale á la escena
Aquella torre que á un lado
Se queda; y se presupone
Que es del morisco palacio

Digitized by Google

De Sansueña (hoy Zaragoza),
Que Aljafería llamamos.
Allí á un balcón asomada
Melisendra está mirando
La carretera de Francia
Donde está su esposo amado.
Miren ahora el más grande
Y más estupendo caso:
¿No ven aquel perro moro
Que traidor, llega despacio,
Á Melisendra se acerca
Y le da un beso en los labios
Obligándola á que escupa
Llena de miedo y de asco,
Y que se arranque el cabello
Sus desventuras llorando?
Pues todo lo ha visto el Rey
Marsilio, que está allí abajo
En aquellos corredores;
Y al saber que aquel malvado
Libertino, es un pariente
Suyo, y también gran privado,
Le manda prender al punto
Y que le den bien contados
Un par de cientos de azotes
Sobre un pollino amarrado,
Llevándole por las calles
Y sitios acostumbrados,
Sin más formación de causa,
Ni procesos, ni alegatos
Ni trasládese á las partes;
Que entre moros no hay traslados;
Ni hay pase á prueba, ni estése,
Como pasa entre cristianos.»
Al oir estas palabras
Que pronunciara el muchacho,
Dijo Don Quijote:—Niño,
Seguid con mucho cuidado
Vuestra historia línea recta;
Que pienso os vais ladeando
Y que os meteis en las curvas,
Sin advertir que en los casos

Digitized by Google

En que hay que sacar en limpio
La verdad, es necesario
Valerse de muchas pruebas
Y repruebas.—Es exacto,
Grita á su vez maese Pedro
Que está dentro del retablo.
—No te metas en dibujos,
Y obedece los mandatos
De ese digno caballero
Cuya boca es un oráculo.
No entres, niño, en contrapuntos
Que se quiebran de delgados
Y sotiles, y procura
Que sea tu canto llano.
—Así haré desde este instante,
Responde el listo muchacho,
Diciendo cuanto se expresa
En el romance inmediato.

XLVIII

El rapto de Melisendra.

Con la varita en la mano
Y con limpio y claro acento
Señalando las figuras
Habló el chico en estos términos:
. . . . . .
—Como el Rey Marsilio vió
La torpeza del privado,
Pronta sentencia dictó:
—Quiero que sea azotado,
Dijo... y bien se le azotó.
Viéndolo estais, mis señores,
No hay que decir nada más;
Lleva cual los malhechores,
Por delante chilladores
Y envaramientos detrás.
Pasen; que aquí otra persona

Digitized by Google

Al pie de la torre hallo;
Cúbrele capa gascona
Y monta sobre un caballo
Que su raza noble abona.
Entretanto, Melisendra
Vuelve al balcón donde acendra
Su amor conyugal sincero;
Y al ver al buen caballero
Mil esperanzas engendra.
Admirando su arrogancia
Desecha su cortedad
Y dice sin repugnancia:
—Si vais, caballero, á Francia
Por mi esposo preguntad.
—¿Quién es, señora, tu esposo?
—La flor de los caballeros
Por lo galán y lo hermoso
Y lo bueno y generoso.
—¿Cómo se llama?—Gaiferos.
—Pues si es Gaiferos tu amado,
No llores, señora, no;
Haz cuenta que le has hallado
Y que aunque viene embozado
Ese Gaiferos soy yo.
De París vengo á librarte
De esa negra esclavitud;
Yo quiero recuperarte,
Que mi destino es amarte
Admirando tu virtud.»
Calla; bajando el embozo
Muestra el semblante risueño,
Y ella llorando de gozo,
Dice:—Qué apuesto y buen mozo
Viene mi señor y dueño!
Luego, con afán creciente,
Ambos dan gracias á Dios;
Y según dice la gente
Entablan entre los dos
El diálogo siguiente:
—Dulce esposa idolatrada!
—Mi fiel y honrado marido!
—En esta feliz jornada

Digitized by Google

Sé mil veces bien hallada.
—Y tú otras mil bien venido.
—¿Olvidásteme?—Jamás!
Mis recuerdos tuyos son.
—Huyamos.—No anhelo más.
—¿Y cómo salir podrás?
—Saltando por el balcón. (10)
Esto dice, y desalada
Se monta en la balaustrada;
Lánzase al aire indiscreta
Y al caer, queda colgada
De un hierro que la sujeta.
Por fortuna, Don Gaiferos
Á riesgo de verla en cueros,
Tómala en brazos al fin,
Dá unos tirones certeros
Y le rasga el faldellín.
Ya está en salvo la cuitada,
Ya á la gineta montada
Goza dicha y libertad;
Ya cruzando la esplanada
Se alejan de la ciudad.
Entretanto, sabedor
El Rey moro del suceso,
Lleno de ardiente furor
Forma al instante el proceso
De la esclava y del raptor.
Al arma manda tocar
Y en las mezquitas resuena
El ruidoso bandear
De la campana, que atruena
El oido sin cesar.
Adviertan vuesas mercedes
Cual tocan en el retablo
Conmoviendo sus paredes.
—Pues yo digo ¡voto al diablo!
Que bien suprimirlas puedes.»
Esto dijo el caballero
Poniendo el rostro severo.
Y añadió:—Á fe de Quijote,
Que es un solemne embustero
Todo aquel que eso denote.

Digitized by Google

Las costumbres musulmanas
Que en oponerse se empeñan
Á las creencias cristianas,
Todo címbalo desdeñan;
Y eso de tañer campanas
En un morisco lugar
Es error muy singular.
—Bien está, callo y me arredro,
Responde maese Pedro
Dejando de repicar;
Mas no olviden los señores
Con perdon de otros autores,
Que hoy se aplauden mil comedias
Que contienen más errores
Que puntos un par de medias.
Prosigue tu narración
Muchacho, y habla en romance,
Pues es tal tu obligación.
Acabemos la función
Antes que un palo te alcance.»
. . . . . .
Esto dice amostazado
En voz alta el titerero,
Castigando en su sirviente
Las culpas del campaneo.
Es decir, sus propias culpas;
Que es lo que en el mundo hacemos
Cuando al que está por debajo
Le endosamos un mochuelo.

XLIX

Hecatombe.

Ejerciendo el pobre chico
Las funciones de su empleo,
Y acomodándose á todo
Cuanto le manda su dueño,
Que con él siempre es injusto

Digitized by Google

Intolerante y severo,
Agitando nuevamente
Su varilla, dice luego:
—Note el ilustre auditorio
Las cosas nuevas que vemos:
Miren cuánta y cuán lucida
Caballería, corriendo
Sale ya de la ciudad
De Sansueña, en seguimiento
De los amantes católicos
Que van hacia Francia huyendo.
Ya resuenan las trompetas
Y otros varios instrumentos;
Ya dulzáinas y atabales
Forman infernal estrépito;
Desgraciada Melisendra!
Infortunado Gaiferos!
Si os cojen en el camino
La ganancia no os arriendo,
Pues os volverán atados
Á la cola del soberbio
Caballo en que vais á Francia;
Y si llega á ocurrir eso,
Si el moro su garra os echa
Será espectáculo horrendo.»
No bien oyó estas palabras
Levantóse de su asiento
Don Quijote, é indignado
Dijo:—Yo no lo tolero.
Atrás! cobardes moriscos!
Canalla vil, deteneos;
Dejad al enamorado
Y valiente caballero
Ó conmigo seréis todos
En ruda lid al momento.»
Dijo, y sacando su espada,
Aquí quiero, aquí no qúiero,
Ya rebanaba cabezas,
Ya quebrantaba los cuerpos
De las frágiles figuras
Que á sus pies rotas cayeron.
Y era tanta la fiereza

Digitized by Google

Con que blandía su acero
Que al tirar un altibajo
Por poco dió á maese Pedro.
En vano gritaba éste:
—Deténgase el caballero;
Mire el señor Don Quijote
Que estas figuras que enseño
Ni son moros, ni son hombres;
Sino débiles muñecos,
Hechos de pasta; y que gano
La vida solo con ellos.
Mire que me está arruinando,
—Eso después lo veremos.»
Así el hidalgo responde,
Y sin cejar en su empeño
Destruye el retablo todo
Sin darse tregua un momento.
Alborotóse el senado
De los oyentes; corriendo
Se fué el mono á los tejados
Que estaban de allí más lejos.
Temió el primo; acobardóse
El paje que estaba trémulo,
Y hasta el mismo Sancho Panza
Sintió pavor, conociendo
Que á su señor no vió nunca
Tan atrozmente colérico.
Por último, cuando estuvo
Todo el retablo deshecho,
Y la morisma vencida
Yacente en el duro suelo,
Aplacóse Don Quijote
Diciendo con grave acento:
—Los que imprudentes afirman
Que la profesión que ejerzo
No es buena ni es salvadora,
Vengan al instante á verlo.
De no estar yo aquí presente
Seguramente esos perros
Moros cobardes, hubieran
Un desaguisado hecho
Con la hermosa Melisendra

Digitized by Google

Y el valiente Don Gaiferos.
Viva, pues, mi noble oficio
Que así protege á los buenos,
Y viva yo que destruyo
Tantos y tales entuertos.»

L

Quien rompe, paga.

Con mil frases comedidas
Y sollozos lastimeros,
Hizo ver á Don Quijote
El cuitado maese Pedro
Que sus pobres figurillas
Eran séres indefensos
É inofensivos, que nunca
A ninguno daño hicieron,
Y que quedaba arruinado
Con el retablo deshecho
Y sus pobres personajes
Decapitados y muertos.
—Si es así, dice el hidalgo
Que ya á su razón ha vuelto;
Con toda el alma deploro
Los destrozos que os he hecho,
Y á pagar las composturas
Y á resarciros me avengo,
Siendo vos mismo el que tase
El valor de los muñecos
Que os pagará de mi orden
Sancho Panza, mi escudero.
Mas conste que esta maraña
Inícua que desenredo,
No ha sido por mí formada,
Sino por entes perversos
Y viles encantadores
Que ante mis ojos pusieron
No figurillas de pasta,

Digitized by Google

Sino morazos tremendos
Que armados hasta los dientes
Iban corriendo, corriendo,
Cabalgando cual cabalgan
Los hombres de carne y hueso
Sobre verdaderas sillas
Y caballos verdaderos.
Y juro por Dios clemente
Que los ví tal cual son ellos,
Siendo Marsilio, Marsilio;
Y Don Gaiferos, Gaiferos;
Melisendra, Melisendra;
Todos en alma y en cuerpo
De nuestra propia estatura;
No chicos cual ya los veo.
En fin, fueran como fuesen,
Si decís que son muñecos,
Y que con ellos, la vida
Ganais, gustoso me avengo
Como ya os dije, á pagaros;
Tasad, y acábese el cuento.»
Dió gracias al buen hidalgo
Con efusión maese Pedro
Diciéndole:—No esperaba
Yo de su grandeza menos.
Bien haya el gran Don Quijote
Socorredor verdadero
De cuantos necesitados
Vagabundos van corriendo
Sin saber cómo y por dónde
De la vida los senderos.
Y á fin de que nadie diga
Que pongo subidos precios,
Yo designo desde ahora
Á este buen señor ventero
Y al gran Sancho, que gustosos
Vendrán á ser medianeros
Y apreciadores honrados
Del valor de los muñecos.»
Quedaron todos conformes
Y al punto maese Pedro
Levantando al Rey Marsilio

Digitized by Google

Con la cabeza de menos,
Dijo:—Por este monarca
Cuyo fin y acabamiento
No admite ya compostura,
Den cuatro reales y medio.
—Adelante, dice al punto
Don Quijote haciendo un gesto.
—Por este, que representa
Á Carlo Magno, y abierto
Está desde arriba á abajo
Sin su corona y su cetro,
Solo pido cinco reales
Y un cuartillo.—En algo menos
Le taso yo, dice Sancho.
—Pues yo, replica el ventero,
Pienso que no pide mucho
Por el que tuvo un imperio.
Pártase la diferencia
Quitando el cuartillo.—Eso,
Vuelve á decir Don Quijote,
Es de escasa monta; quiero
Que le den lo que ha pedido;
Y acabe maese luego,
Pues tengo barruntos de hambre
Y á cenar estoy dispuesto.
—Por aquesta otra figura,
Torna á decir maese Pedro,
Que aquí está desnarigada
Y con un ojo de menos,
Y es la hermosa Melisendra.....
—¿Qué diablos estais diciendo?
Respondióle Don Quijote;
¿Pensais que yo soy tan ciego
Que á tomar gato por liebre
Ahora vaya, dándoos crédito?
¿Creeis que soy por ventura
Hombre que se mama el dedo?
Presentarme sin narices
Aquí á Melisendra, siendo
La verdad del caso, que ella
Debe de hallarse lo menos
En la frontera de Francia,

Digitized by Google

Es ya temerario empeño.
Ved, lo que decís, maese,
Que el caballo era ligero
Y yo le ví que iba á escape.
Poned en la lengua tiento
Y aquí todos con pie llano
Y sana intención marchemos.»

LI

Donde se declara quién era maese Pedro.

Viendo que así izquierdeaba
Nuevamente el caballero,
Dijo maese:—Sin duda
No habré yo estado en lo cierto.
Esta no debe de ser
Melisendra, ni por pienso;
Sino alguna de sus muchas
Doncellas.—Póngale precio.»
De este modo, valorando
Otras muchas estuvieron,
Y al acabarse la cuenta,
Sancho Panza y el ventero,
Como justos jueces árbitros,
La moderaron, poniendo
Con acuerdo de ambas partes
Cuarenta reales y medio
Ó cuarenta, y tres cuartillos,
Según recordar creemos.
Pagó Sancho lo pactado,
Y otros dos el titerero
Pidió por tomar su mono.
—Dáselos, Sancho, al momento,
Dijo ufano Don Quijote;
Que yo donárselos quiero
No para tomar el mono
Sino la mona; y doscientos
Ahora diera yo en albricias

Digitized by Google

LII

El rebuzno.

«No rebuznaron en balde
El uno y el otro alcalde.»

(CERVANTES. — *El Ingenioso Hidalgo.* — Parte II. — Capítulo XXVII).

Como las famosas justas
Que iban á celebrarse
En la noble Zaragoza
Habrían de ser más tarde,
Y el tiempo no le apremiaba,
Quiso el caballero andante
Ver primero las riveras
Del Ebro, y todo el paisaje
Fértil, que riega aquel rio
Con sus copiosos caudales.
Por esta razón, tan pronto
Como de la venta sale,
De su escudero seguido
Y montado en Rocinante,
Cruza el campo de Aragón
Deseando señalarse
En valerosas empresas
Que habrán de inmortalizarle.
Dos días con sus dos noches
Transcurrieron, sin que nadie
Ni nada le detuviera,
Pues no halló cosa importante;
Pero al subir al tercero
Cierta loma, vió un gran valle
Donde unos doscientos hombres
Que con alabardas, sables,
Arcabuces, partesanas,

Digitized by Google

Ballestas, lanzones grandes,
Picas y rodelas, daban
Muestras de ardiente coraje
Tocando muchas trompetas,
Atambores y timbales.
Con horrible clamoreo
Soltaban tiros al aire
Produciendo unos ruidos
Tan fieros y discordantes
Que temblando Sancho Panza
Quiso de allí retirarse.
No lo consintió su amo;
Antes bien, con paso grave
Bajó del recuesto y púsose
Cerca de aquellos salvajes,
Pudiendo ver sus banderas
Y un magnífico estandarte
En el cual, pintado habían
Un jumento venerable
Que con la cabeza en alto,
El cuerpo y cerviz tirantes,
La boca abierta, y la lengua
De fuera, puede afirmarse
Que si en pintura no hablaba
Rebuznaba con donaire,
Honrando al artista que hizo
Obra tan recomendable.
Finalmente, por debajo
Se veía en letras grandes
El letrero que encabeza
Nuestro presente romance.
Letrero, que á Don Quijote
Puso en confusiones grandes,
Pues si bien consideraba
Que aquellos hijos de Marte
Que se hallaban tan dispuestos
Á entrar en rudo combate,
Debían de ser vecinos
Del lugar en donde sabe
Que se oyeron los rebuznos
De los célebres compadres,
No se explica bien la causa

Digitized by Google

De que ahora sean tales
Alcaldes, los que antes eran
De más modesto linaje.
Esto dice á su escudero,
Y Sancho le satisface
Diciéndole, que lo mismo
Rebuznar puede un alcalde
Que un regidor, y que pudo
Fácilmente equivocarse
El que les contó el suceso
De los rebuznos fatales.
Así conversaban ambos,
Mientras que con muestras grandes
De admiración, y en silencio
Todos miraban el talle
De Don Quijote; la innoble
Apostura; el mal talante
De aquel esqueleto vivo
Que parece que se sale
De la armadura que arrastra
Un rocín hecho de alambres.
La admiración, el silencio
En que quedó aquel enjambre
De improvisados guerreros
Que allí estaban contemplándole,
Ofreciéronle propicia
Ocasión para mostrarles
Que si el valor en la guerra
Mucho puede y mucho vale,
El ingenio y la oratoria
Consiguen triunfos más grandes.
Por esta razón, tomando
La palabra, y arengándoles,
Después de haberles rogado
Que no le interrumpa nadie,
Á no ser que les ofenda
Sin querer, fué enjaretándoles
Un discurso tan sonoro,
Tan magnífico y tan fácil,
Que Sancho estaba en sus glorias
Repitiendo á cada instante:
—Si no es tólogo mi amo

Digitized by Google

Que me corten el gaznate.
—No es cuerdo, no; no es cristiano,
Ni es lícito que se maten,
Decía el buen caballero
Haciendo cien mil visajes,
Unos hermanos con otros
Sin haber razón bastante.
Y esto lo digo, señores
De mi alma, porque es grande
La obligación que yo tengo,
Pues soy caballero andante
Y me consta cuanto os pasa,
De aconsejaros las paces
Con todos los convecinos;
Pues estas rencillas nacen
De bromas que á nadie ofenden
Ó de lícitas verdades;
Que por llamar cazoleros
Á los que cazuelas hacen,
Ó tomatero al que suele
Ir pregonando tomates,
No hay razón plausible alguna
Para que se ofenda nadie.
Bueno fuera que los pueblos
En masa, fueran á darse
De cachetes, porque á un hombre
Dijeran un disparate!
Nadie en simples niñerías
Ni en necias frivolidades
Ni en mezquinas pequeñeces
Debe un momento fijarse.
Que no es propio de hombres buenos
Reparar en cosas tales
Para promover las guerras
Y hacer mil monstruosidades.
No, y mil veces no; que Cristo
Nuestro Señor, con süaves
Lecciones, y santo ejemplo
Nos enseñó á ser amables
Con el prójimo, diciéndonos
Que la venganza es infame,
Baja y soez; que debemos

Digitized by Google

Perdonar al que nos hace
La ofensa; que á los deudores
Nadie abrume aunque no paguen,
Pues hay deudas engendradas
Por la desdicha y el hambre,
Y el pan que piden los hijos
De los pobres miserables,
Está amasado con lágrimas
En que va envuelta su sangre.
Finalmente, Dios obliga
Á ser siempre tolerantes,
Humildes y compasivos
Para que el alma se salve.»
. . . . . .
Esto dijo Don Quijote,
Y el buen Sancho entusiasmándose
Quiso meter su cuchara
Con objeto de ayudarle,
Diciendo... mas lo que dijo
Reclama nuevo romance.

LIII

Sancho se hace orador.—Alusiones fatales.

Tomó Sancho la palabra
Sin pedir licencia á su amo
Que al ver su resolución
Se quedó maravillado.
Tomó la palabra, y dijo.....
¡Válganos Dios soberano!
¿Quién pondrá tiento en su lengua
En este supremo caso?
—Mi buen señor Don Quijote
De la Mancha (dice el sandio),
Que aquí de cuerpo presente
Estamos todos mirando,
Se llamaba en otro tiempo,
Por razones que me callo,

Digitized by Google

Caballero de la Triste
Figura, y ahora trocado
Se ve en el de los Leones
Por ser mote más bizarro
Que cuadra más con sus hechos.
Y es un valeroso hidalgo
Que sabe más tología
Que un arzobispo eclesiástico.
Dice que el latín entiende,
Y en los dedos de la mano
No sólo tiene las leyes,
Sino también los vocablos
Y las ordenanzas todas
De eso que duelo llamamos.
Por esto, pueden tomarle
Por el mejor abogado
Y seguirle los consejos
Como si fuera un breviario.
Además, que como dijo
El otro, no me presuado
De que por oir rebuznos
Vengan á enfadarse tanto.
Que según el refrán dice
Quien se pica come ajos,
Y amor con amor se paga
Y un clavo saca otro clavo.
Rebuznen vuesas mercedes
Si ellos hacen otro tanto,
Que por el hilo se saca
El ovillo, y nunca es malo
El sastre, si el sastre á tiempo
Sabe conocer el paño.
Paguen en igual moneda
Y sigan en paz jugando.
¿Quién no ha visto hacer primores
Con la voz á más de cuatro?
Yo recuerdo bien ahora
Que cuando era muchacho
Con tal primor rebuznaba
Que el oirme era un encanto.
Y para que nadie diga
Que miento, voy á probarlo,

Digitized by Google

Que esta ciencia es como aquella
Del nadar, que en acertando
Una vez á hacerlo, nunca
La olvida ningún cristiano.»
Dejó de hablar Sancho Panza,
Y acto continuo, llevando
Una mano á las narices,
Á rebuznar tan en alto
Comenzó, y tan reciamente,
Que todos los comarcanos
Valles, según las historias,
Unísonos retumbaron.
Entonces, uno de aquellos
Doscientos hombres armados
Que escuchaban impacientes
La nueva arenga de Sancho,
Creyendo que se mofaba
De ellos, le dió un varapalo
Tan fuerte, que el importuno
Orador desventurado
Cayó en tierra dolorido
Casi presa de un desmayo.
Quiso su señor vengarle
Echándose sobre el bravo
Interruptor, mas fué tanta
La gente de que asaltado
Se vió al instante, y tal lluvia
De pedradas le arrojaron,
Mientras que con las ballestas
Y arcabuces preparados
Le apuntaban, que temiendo
Algún horrible fracaso,
Sin pensar en otra cosa
Picó espuelas al caballo
Y salió despavorido
De aquel endiablado campo
Encomendándose á Dios,
Y temiendo á cada paso
Que alguna flecha traidora
Le partiera el espinazo,
Ó que una bala invisible
Viniera á romperle el cráneo.

Digitized by Google

LIV

Disidencias.

Una de las muchas veces
Que Don Quijote la cara
Volvió para cerciorarse
De que aquella turba brava
Á sus alcances no iba
Picando su retaguardia,
Cuentan que vió atravesado
Sobre el rucio á Sancho Panza,
El cual dejando á su bestia
Seguir las huellas trazadas
Por Rocinante, llegó
Hasta el sitio en donde estaba
Ya parado el caballero,
Que respiraba con ánsia
Para ver si estaba vivo
O le alcanzó alguna bala.
No quisieron los del pueblo
Guerreador, hacer ya nada
En contra del pobre Sancho,
Y al ver que triste lloraba
Á moco tendido, diéronle
Pasaporte sin tardanza
Poniéndole sobre el rucio;
El cual recibió en sus ancas
Tres palos, que le obligaron
Á ponerse en fuga rápida
No sin lanzar un quejido
Prolongado, con que acaba
La historia de los rebuznos
Que tal vez parezca larga.
Si bien añadir debemos
Que aquella fuerte algarada
No encontró competidores
Ni hubo encuentros ni batallas;

Digitized by Google

Por lo cual aquellos hombres
Se volvieron á sus casas
Celebrando su victoria
Más alegres que unas pascuas.
Llegó entretanto, cual queda
Referido, Sancho Panza,
Al punto en el cual su amo
Fugitivo se encontraba,
Y arrojándose del rucio
Cayó sin decir palabra
Á los pies de Rocinante;
Y tan débil se mostraba,
Tan ansioso, y tan molido,
Que parecía que el alma
Iba á exhalar al instante
Por muchas rojas ventanas
Que en su cuerpo abierto hubieran
Picas, y sables y lanzas.
Apeóse el caballero
Lleno de angustiosa lástima
Por catarle las feridas,
Mas viendo..... que no vió nada
Y que enteramente sano
De pies á cabeza estaba,
Díjole con duro acento:
—En mal hora, en hora mala
Supísteis vos rebuznar,
Sabiendo que nunca en casa
Del ahorcado ha de nombrarse
La soga. ¡Pésie á mi ánima!
Á música de rebuznos
¿Qué contrapunto cuadraba
Mejor que los varapalos?
Y dad, Sancho, al cielo gracias
Al ver que los aludidos
Solamente os santiguaran
Con palos, en vez de hacerlo
Con alguna cimitarra
O algún alfanje; que entonces
Fuera mayor la desgracia.
—No estoy para responder,
Dice al cabo Sancho Panza;

Digitized by Google

Que al hablar, se me figura
Que lo hago por las espaldas.
Subamos y separémonos
De aquí, que yo una mordaza
Me pondré, siempre que necio
De rebuznar sienta ganas;
Mas no la pondré en mis labios,
Aunque me pesen de plata,
Para dejar de decir
Con las veras de mi alma
Que hay caballeros andantes
Que huyen y se disparan
Dejando á sus escuderos
Metidos en la estacada.
—Quien se retira, no huye.
Dice el hidalgo con calma:
Que el valor no ha de tomarse
Por locura temeraria,
Y llenas están las crónicas
De estas cuerdas retiradas,
Que mil héroes esforzados
Supieron poner en práctica,
Reservándose sus fuerzas,
Su vigor y su arrogancia
Para otros tiempos mejores
Y para empresas más altas.»
Hablando de esta manera
Ya en sus bestias se encontraban
Montados, y prosiguiendo
Á paso lento su marcha
Dieron en una alameda
Que á un cuarto de legua estaba;
Y fueron tantos los ayes
Y gemidos que exhalara
El pobre Sancho, que inquieto
Quiso averiguar la causa
Su señor, de aquella angustia
Y de aquella pena amarga.
—¿Qué ha de ser? responde Sancho;
¿Qué ha de ser por mi desgracia,
Sino que el dolor me abruma
Desde la nuca á las nalgas?

Digitized by Google

—Eso, Sancho, significa,
Si es que el magín no me engaña,
Que como el palo era luengo
Te pilló toda la espalda.
—Claro!—Y si más luengo fuera
Más sin duda te pillara,
Y más te doliera.—Justo!
La respuesta ha sido brava!
Dice Sancho exasperado
Lleno de furor y rabia.
Me duele..... donde me dieron;
Y si más me apalearan
Más me doliera ¡por Cristo!
Que está bien la adivinanza
Y que la receta es buena
Como lo es su cachaza!
El mal ajeno, de pelo
Cuelga; la cosa está clara,
Y cada día descubro
Que es muy poco, casi nada,
Lo que yendo en compañía
De vuesa merced me aguarda.
Que si esta vez me ha dejado
Apalear, otras tantas
Y cien más, vendrán á verme
Los manteamientos de marras,
Con otras muchacherías
Que ahora siento en las espaldas,
Y después me irán saliendo
Á los ojos de la cara.
Harto mejor me estaría,
Si no fuera un bruto, un mandria,
El volverme con mis hijos
Y mi mujer á mi casa,
Sin andar en estos trotes
Por sendas extraviadas,
Mal comido y mal bebido,
Teniendo siempre por cama
Todo el terreno que un hombre
Quiera tomarse á sus anchas.
Tiéndete, cuerpo, escudilla
Cuantos colchones te plazca,

Digitized by Google

Que el lecho debe ser duro
Para que fuerte te hagas.
¡Oh! quemado vea yo
Y hecho polvos al canalla
Que en andantes aventuras
Dió la primera puntada.
—¿Acabaste ya, buen Sancho?
—¿Por qué lo dice?—Por nada,
Que aunque digas necedades
Yo las oigo con templanza
Viendo que nada te duele
Cuando á gusto te despachas.
Por lo demás, si no quieres
Continuar en mi compaña,
Dinero mio en el cinto
Llevas, cobra tus soldadas
Y vete con Dios; que veo
Que mi paciencia se acaba
Y temo hacer con tu cuerpo
Alguna barrabasada.
Vete, abandóname, huye;
Pan mal conocido, aparta;
No me recuerdes mis locas
Promesas mal colocadas.
Asno fuiste, y asno eres;
Que puesto que ahora pensaba
Darte yo la mejor ínsula
Que se registra en el mapa,
Te vas á tus pegujares
Á trabajar con tu azada.»
Estos y otros vituperios
Oyó el triste Sancho Panza,
Que apenado y compungido
Rompiendo en un mar de lágrimas
Pidió perdón á su amo
Con muy humildes palabras.
—Yo sé, dice, que merezco
Llevar encima una albarda,
Y que para ser pollino
La cola solo me falta;
Mas mire, y hágase cuenta,
Señor mio de mi alma,

Digitized by Google

Que siempre he sido un pobrete
Falto de buena crianza.
De mi mocedad se duela
Y perdóneme mis faltas,
Que el que peca y se arrepiente
En buen camino se halla.
—Bien está, dijo el hidalgo;
Quedas perdonado; basta;
Que nunca fuí rencoroso
Y amor con amor se paga.

LV

Luces y sombras.

Ya vencedor, ya vencido,
Ya triste, ya satisfecho,
Don Quijote de la Mancha
Sigue su rumbo impertérrito.
Camino de Zaragoza
Va con su insigne escudero
Dedicando á Dulcinea
Los suspiros de su pecho.
Aunque á lidiar, y á vencer
Se manifiesta dispuesto,
Más que á las armas, apela
Á su razón y á su ingenio.
Incansable y elocuente,
Aunque caprichoso y crédulo,
Quiere infundir en los ánimos
Profundo convencimiento.
Y las virtudes defiende,
Y ataca los vicios feos,
Y de la traición y el dolo
Es siempre enemigo acérrimo.
Tal vez por eso le engañen;
Tal vez le ultrajen por eso;
Que un loco bueno, es la mofa
De cualquier pícaro cuerdo.

Digitized by Google

Quiere remediar las cuitas
Del pobre, amparar al bueno,
Proteger menesterosos
Y dar al triste consuelo.
Quiere que nunca se cumplan
Los vengativos deseos;
Pero que caiga el castigo
Sobre los hombres protervos.
Mas ¡ay! no mira el cuitado
Inocente caballero
Que el que redimir intenta
Á los malos y á los necios,
Á morir crucificado
Y escarnecido está expuesto.
Por eso, con fé constante
Sigue su ruta impertérrito
Consagrando á Dulcinea
Su amor platónico y tierno.

. . . . . .

Y ora, en el barco encantado
Que á un molino vá derecho,
Y que con ímpetu arrastra
Potente brazo del Ebro,
Mientras Sancho á grandes voces
Pide favor á los cielos,
Y pescadores piadosos
Acuden á socorrerlos
Librándolos de un terrible
Fin doloroso y siniestro... (11)

. . . . . .

Ora en el alto castillo
Torre, ó quinta de recreo
Donde unos jóvenes Duques
Le ofrecen alojamiento,
Dándole bromas pesadas
De esas que erizan el pelo...
Ni su valor se intimida
Ni se obscurece su ingenio.
Allí en la ducal morada
Hay un numeroso séquito
De criadas y criados
Todos de muy buen aspecto.

Digitized by Google

Hay doncellas revoltosas,
Pajes lindos y traviesos,
Dueñas vetustas, membrudos
Lacayos, guardas, monteros,
Cazadores, mayordomos,
Y por último un ejército
De súbditos que adivinan
Los más mínimos deseos
De la Duquesa y del Duque;
Y como pronto advirtieron
Que estos estaban ganosos
De broma, bulla, y bureo,
Por seguirles la corriente
Tantas farsas discurrieron,
Que sobre el crédulo hidalgo
Y sobre el sandio escudero,
Sin saber cómo ó por dónde,
Las aventuras llovieron.
No creyó jamás el digno
Don Quijote, que era objeto
De cien burlas, antes dando
A cualquier fábula crédito,
Lo que ellos en broma hacían
Él se lo tomaba en serio.
Por eso, desde el instante
En que pisó aquel soberbio
Albergue, donde le agobian
Con equívocos obsequios,
Es su vida un laberinto
De incesantes devaneos,
De revueltas aventuras,
De caóticos sucesos.
Allí traido y llevado
Vé luces, sombras, espectros,
Magos, brujas y jayanes,
Rostros lindos, rostros feos,
Que le aturden, le marean,
Y habrán de sorberle el seso.
. . . . . .
. . . . . .

Digitized by Google

LVI

Explicaciones.

Si algunos de los que hojean
El presente Romancero
La historia de Cide Hamete
Benengelí no leyeron,
Es posible que pregunten
Cómo, y cuándo, y por qué méritos,
Don Quijote y Sancho hallaron
Unos Duques tan benévolos.
Fué el caso, que cierto día
En un verde prado vieron
Á una hermosísima jóven
Que con vistosos arreos,
Sentada en silla de plata
Sobre un palafrén soberbio
Y llevando en una mano
Un azor de mucho mérito,
Por una espaciosa senda
Iba con gentil sosiego
Rodeada de unos cuantos
Cazadores y monteros.
Parecióle á Don Quijote
Que era hermosa como un cielo,
Y al ver su noble apostura
Y su magnífico séquito
La tuvo por gran señora
De altos merecimientos.
Por esta razón, á Sancho
Ordenó fuese ligero
Á ponerse á su mandato
Y á ofrecerla sus respetos
De parte suya; y lo hizo
Sancho con tanto talento,
Y pronunció tal discurso,
Humilde de hinojos puesto,

Digitized by Google

Diciendo que era enviado
Por el bravo *caballero*
De los Leones, ó sea
Por el valiente y discreto
Don Quijote de la Mancha
De quien él era escudero,
Que recordando la historia
De Cide Hamete, al momento
Ella y el Duque, su esposo,
Gran complacencia sintieron.
—Volved, dice la Duquesa;
Volved, buen Sancho, en un vuelo,
Y decid á vuestro amo,
Que el Duque y yo nos tendremos
Por honrados y felices
Con hablarle y conocerlo,
Aunque ya por cierto libro
Que en mi biblioteca tengo,
La historia de sus hazañas
De cabo á rabo sabemos.»
Llevó Sancho muy gozoso
La respuesta al caballero;
Vino éste; se cruzaron
Muchísimos cumplimientos;
Ofreciéronle su casa
Los Duques con grande empeño
Pidiéndole que aceptase
Amistoso alojamiento
Por todo el tiempo posible;
Convino el hidalgo en ello,
Y encaminándose juntos
Los cuatro en fila (pues esto
Solicitaron los Duques),
Iba el buen Sancho muy hueco
Y esponjado, platicando
Graciosamente con ellos,
Mientras su señor decía:
—Dios ponga en su lengua tiento.»

Digitized by Google

LVII

La mansión de los Duques.—Recibimiento.

Para comenzar la broma
Despachó el Duque un correo
Que á toda la servidumbre
Puso pronto en movimiento.
Por eso cuando llegaron
A su palacio, salieron
Vestidos de gran librea
Dos lacayos, que cogiendo
Suavemente entre sus brazos
A Don Quijote, le hicieron
Descender de Rocinante;
Y al colocarle en el suelo
Dijo uno con voz queda:
—Ayude el gran caballero
A bajar á mi señora
De su hacanea, que eso
A los huéspedes ilustres
Corresponde de derecho.»
Quiso hacerlo así el hidalgo;
Mas la Duquesa al momento
Saltó en brazos de su esposo
Exclamando:—No tolero
Que un varón tan eminente
Soporte mi grave peso.»
Mientras esto acontecía
Vióse un corredor repleto
De gente, que saludaba,
Agitando sus pañuelos,
Con palmadas y con vítores
Al famoso aventurero
Sobre el cual ricas esencias
Desde lo alto vertieron.
Hallábanse en un gran patio:
Y al tener en él ingreso

Digitized by Google

Don Quijote, dos doncellas
Bellísimas le pusieron
Un gran mantón de escarlata
Que le cubrió todo el cuerpo.
Entretanto, Sancho Panza,
Ganoso de aplauso y medros,
Desamparando su rucio
Siguió á la Duquesa intrépido;
Pero como le asaltasen
Algunos remordimientos
Pidió á una dueña que fuese
A cuidar de su jumento.
Mostró la dueña sus uñas
Y con ademán colérico
Alzando la voz le dijo:
—¿Qué es lo que hablais, majadero?
¿Desde cuándo acá las dueñas
Tienen tan viles empleos?
—Desde el día, dice Sancho,
En que otras tales hicieron
Lo propio con Lanzarote,
Que de Bretaña volviendo
Las damas cuidaban del
Y del su rocino enfermo
Dueñas que mil melecinas
A su dicho asno le dieron.
—El asno y el insolente
Sois vos —Contenga su genio,
Que ya la clueca no está
Para tanto cacareo.
—Si soy vieja ó no, al bellaco
Harto de ajos, no tengo
Que dar cuenta; sino á Dios.
¡Habráse visto el grosero!
Si es tan estúpido el amo
Buenos huéspedes tenemos.»
Esto dijo en voz muy alta
La dueña; y con tanto fuego
Se expresó, que la Duquesa
Volvióse y dijo:—¿Qué es esto?
¿Quién delante de nosotros
Levanta el gallo? ¿Podremos

Digitized by Google

Saber quién aquí ha gritado?
—Yo fuí, señora.—Lo siento,
Que siempre doña Rodríguez
Fué de prudencia un modelo.
Dígame, pues, lo que pasa.
—Que con encarecimiento
Este hombre me pedía
Cosas que yo hacer no debo.
Quería que á un asno suyo
Agarrara del cabestro
Para llevarlo al pesebre;
Y me puso por ejemplo
Lo que hicieron no sé en donde
Con un señor Lanzareto
O Lanzarote; neguéme
Y él puso á su charla término
Llamándome vieja ó clueca
Que significa lo mesmo.
—Eso es un error, sin duda,
Dice la Duquesa; eso
No es verdad, amigo Sancho;
Antes bien digo y sostengo
Que la señora Rodriguez
Es muy moza; y os advierto
Que lleva tocas tan solo
Por causar mayor respeto.
—Lo cual yo también afirmo,
Dice el Duque sonriendo,
Y esté tranquilo el buen Sancho,
Que su asno será puesto
En buen lugar y tratado
De igual suerte que su dueño.»
Con estas y otras razones
Quedó apagado el incendio
Y hasta el piso principal
Llegaron todos contentos.
Entonces, con mucho gozo,
Don Quijote y su escudero
De tan soberbia morada
Las mil maravillas vieron.
Todo era lujo y primores
Desde el zócalo hasta el techo;

Digitized by Google

Artesonados preciosos;
Cortinas de terciopelo
O de damasco, bordadas
De oro; grandes espejos
Y cornucopias; alfombras
Tendidas sobre los suelos;
Lámparas, búcaros, flores,
Olorosos peveteros,
Mesas de mármol talladas,
Divanes, sillones de ébano.....
—Ah! no hay duda que encantado
Debe de estar todo esto,
Dice Sancho á D. Quijote;
Y éste contesta:—Lo creo,
Mas por Dios, Sancho, te pido
Que ante tan altos sujetos
Como son los Duques, hables
Con mucho comedimiento.»

LVIII

Muda honesta y necesaria.

Retirado con los Duques
Se halla el digno caballero
En una espaciosa sala
Cuyos tabiques cubiertos
Se ven de telas riquísimas
De seda , y brocado espléndido.
Allí están seis seductoras
Doncellas, que con respeto
Acercándose al hidalgo
Le despojan de su yelmo
Y de sus armas, dejándole
En sus estrechos gregüescos
Y en su jubón de gamuza,
Tan alto, tendido y seco
Que la risa juguetona
Les retozaba en el cuerpo;

Digitized by Google

Y á no ser porque sus amos
Tal demostración prohibieron
Cada cual y todas juntas
Reventáranse riendo.
  Hecho el desarme, intentaron
Desnudarlo por completo
Mostrándole una camisa
De blanco y delgado lienzo;
Mas él no lo consintió
Diciéndoles, que lo honesto
No estuvo nunca reñido
Con el valor y el denuedo
De un buen caballero andante.
—Yo, sin embargo, la acepto,
Añadió, si se la entregan
A Sancho; y diciendo esto
Pasó con él al instante
A un inmediato aposento
En el cual dicen que estaba
Colocado un rico lecho.
  Allí los dos encerrados
Mudó de camisa, y luego
Reprendió á Sancho, diciéndole:
—Ahora que solos nos vemos
Voy á encargarte, Sanchico,
Que mires bien lo que has hecho.
¿Te parece linda cosa
Haber faltado al respeto
A esa veneranda dueña
Por un mísero jumento?
Oye bien lo que te digo:
Todo aquél que tiene empeño
En ser hablador gracioso
Y ocurrente en grado extremo,
Al primer puntapié cae
Y da en truhan sin saberlo.
Por estas y otras razones,
Mil veces te recomiendo
Que ya que aquí hemos venido
A ganar gloria y provecho,
Pues adquirir mayor fama
Y mayor hacienda espero,

Digitized by Google

No me pongas en ridículo
Mil desatinos diciendo.»
Dejó de hablar Don Quijote
Y humildoso el escudero
Le prometió ser prudente
Y hablar muchísimo menos.
—Bien está, dice el hidalgo,
Voy á vestirme corriendo.»
Hízolo así: colocóse
Su gran tahalí sobre el pecho,
Puso en él su espada, émula
De la de Bernardo, y luego
Terció el mantón de escarlata
Sobre los hombros y el cuello;
Y tomando una montera
O cucurucho soberbio
De raso verde, muy verde,
Que las doncellas le dieron,
Se lo encasquetó con gracia
Y salió del aposento.

LIX

Don Quijote en candelero.

Cuenta la historia que el valiente hidalgo
Volvió al salón ufano y satisfecho
Y en él halló otra vez á las donosas
Doncellas, que aguamanos le ofrecieron.
Doce pajes después y un maestresala
Llegaron hasta él con gran respeto
Diciéndole que ya Sus Excelencias
Para comer le aguardan.—Soy con ellos,
Dice al punto; guiad.»
Y con gran pompa
Y majestad, en medio le cogieron
Llevándole á otra sala en donde estaba
Puesta una mesa de elegante aspecto
Para cuatro servicios prevenida,

Digitized by Google

Pues no pasan de cuatro los cubiertos.
La Duquesa y el Duque muy afables
Hasta la puerta á recibirle fueron
Y con ellos también un eclesiástico
De rostro adusto y de fruncido ceño. (12)
Hiciéronse saludos reverentes
Con graves y corteses rendimientos,
Y acercáronse todos á la mesa
Llevando siempre á D. Quijote en medio.
Mas antes de sentarse quiso el Duque
Que el hidalgo lo hiciese en primer término
Ocupando el sillón de cabecera,
Que él rehusó por el pronto muy modesto,
Si bien á fuerza de rogarle mucho
Obligado se vió á aceptarlo luego.
Tomó asiento por fin; el religioso
Dicen que al punto se sentó frontero,
Y el Duque y la Duquesa á los dos lados
También tomaron á su vez asiento.
Todas estas galantes ceremonias
Contempló Sancho Panza, satisfecho
Al ver el mimo y grande deferencia
De que era el digno Don Quijote objeto.
Y fué tanto su júbilo extremado
Que al oir los cumplidos y los ruegos
Del Duque, sin saber lo que se hacía,
Alzó la voz hablando en estos términos:
—Si sus mercedes su licencia otorgan
Voy á contarles enseguida un cuento
Que pasó en mi lugar, y se refiere
Al asunto *que estamos* discutiendo.»
Apenas hubo dicho estas palabras
Miró á Sancho temblando el caballero,
Seguro de que sólo necedades
Iban á oir los príncipes aquellos.
Vióle Sancho, entendióle, y dijo al punto:
—No tema mi señor que sea necio
Hablador en los días de mi vida,
Ni que aquí me desmande; pues á pelo
Han de venir las cosas que yo diga,
Y no olvido un instante los consejos
Que hace poco me dió para que hable

Digitized by Google

Poco en presencia de tan altos dueños.
—Yo no recuerdo lo que ahora afirmas,
Dí cuanto quieras, pero dilo presto;
Aunque creo en verdad que sus grandezas
Mejor lo harían con echarte luego
Fuera de aquí, pues como eres tonto
Mil patochadas sacarás del cuerpo.
—Eso no, le responde la Duquesa;
Que aquí á mi lado conservarle quiero,
Y por vida del Duque mi marido
Digo que gusto en escucharle tengo,
Pues además de que le quiero mucho
Le tengo por astuto y por discreto.
—Discretos días, dice Sancho Panza,
Disfrute la señora por el crédito
Que de mí tiene, aunque en mí no lo haya,
Y oigan la historia que á contar comienzo.

LX

Otro cuento de Sancho.

Tosió Sancho y escupió
Y así comenzó su cuento:
—Convidó á comer un día
Un hidalgo de mi pueblo,
Muy rico y muy principal,
Pues venía nada menos
Que de los famosos Alamos
De Medina, y casó luego
Con Doña Mencía Quiñones,
Que fué hija, según creo
Recordar, de Don Alonso
De Marañón, caballero
Del hábito de Santiago
Que tuvo un fin muy siniestro,
Pues ahogóse en la Herradura;
Y andando después el tiempo
Hubo gran riña y pendencia

Digitized by Google

En mi referido pueblo,
Según puede atestiguarlo
Mi señor que me está oyendo.
Y dicen que se halló en ella,
De donde salió maltrecho
Y lisiado, Tomasillo
Apellidado el Travieso,
Que era hijo de Balvastro
O sea maese el herrero....»
Suspendió el discurso Sancho
Tomando un poco de aliento
Y mirando á Don Quijote
Le dijo:—¿No es verdad esto,
Señor amo? Por su vida
Dígalo, pues yo deseo
Que los que están escuchando
Relato tan verdadero
Por hablador no me tengan
Ni por mentiroso.—A eso,
Respondióle el eclesiástico,
Os diré que más os tengo
Por hablador, que por torpe
Y desalmado embustero;
Pero de aquí en adelante
Formar juicio me reservo.
—¿Y vuesa merced qué dice?
—Digo, Sancho, que ya has puesto
Tantos testigos, y dado
Tantas señas, que no puedo
Dejar de otorgar que debes
De decir verdad, mas esto
No se opone á que te encargue
Que acortes, por Dios, tu cuento,
Que si así sigues contándole
Para seis días tendremos.
—No ha de acortar tal, exclama
La duquesa haciendo un gesto;
Que por hacerme placer
Lo ha de decir con sus pelos
Y señales, aunque tarde
Seis días, pues serán estos
Los mejores que he llevado

Digitized by Google

En mi vida; siga el cuento.
—Digo, pues, señores mios,
Prosiguió Sancho en extremo
Regocijado,que éste
Tal hidalgo á quien respeto
Y conozco, cual conozco
A mis manos y á mis dedos,
Porque no hay desde mi casa
A la suya mayor trecho
Que el de un tiro de ballesta,
Y aun creo que ha de haber menos,
Convidó á comer un día,
Cuya fecha no recuerdo,
A un labrador, que era pobre,
Pero honrado.—A lo que veo,
Dijo el grave religioso,
Siempre en un punto estaremos.
Siga, hermano, hacia adelante,
Que de otro modo me temo
No veros pasar, llevando
Hasta el otro mundo el cuento.
—No tema su Reverencia,
Dice Sancho, tal extremo;
Que á menos de la mitad,
Mediante Dios quedar pienso.
Y así, digo, que en llegando
El tal labrador, ligero
A casa del dicho hidalgo
Convidador, que en el cielo
Debe de estar, pues afirman
Los que á su fin asistieron
Que hizo una muerte de un ángel,
Cosa que yo no recuerdo
Porque ausente me encontraba
De mi casa en aquel tiempo,
Porque á segar fuí á Tembleque...
—Yo sí que al oirle tiemblo,
Interrumpió el eclesiástico
Que ya estaba verdinegro.
Volved pronto de Tembleque,
Y sin hablar del entierro
Del hidalgo, y sin exequias

Digitized by Google

Poned á la historia término.
—Es pues, el caso, prosigue
Sancho, que estando dispuestos
Para asentarse á la mesa,
Que parece que los veo
Ahora más que nunca...—¡Vamos
Yo no puedo aguantar esto!»
Así cuentan que decía
Para su sotana el clérigo,
Mientras que el buen Don Quijote
Estábase consumiendo.
No así los Duques, que alegres
Observaban el efecto
Que la cachaza de Sancho
Producía en el primero.
—Digo, pues, prosiguió el ínclito
Narrador; que cuando puestos
Junto á la mesa se hallaron
Los referidos sujetos,
El labrador porfiaba
Con el hidalgo, diciendo
Que á éste le tocaba el sitio
De cabecera; y el bueno
Del hidalgo, sostenía
Lo contrario; y tal empeño
Mostraban el uno y otro
Por endosar aquel puesto,
Que el hidalgo hizo presente
Que era de su casa dueño,
Y que disponer podía
De la mesa y los asientos;
Pero el labrador, que era
Muy cortés y muy modesto,
Todavía porfiaba,
Y no cejó en tal empeño
Hasta que el hidalgo, dando
Muestras de estar muy colérico,
Poniéndole las dos manos
Sobre los hombros, y haciendo
Que se sentara por fuerza,
Le dijo:—No seais memo;
Sentaos, señor majagranzas,

Digitized by Google

Que sea cual fuere mi asiento
Seré vuestra cabecera;»
Y aquí se acaba el suceso
Que no fuera de propósito
Vino, según yo lo creo.»

LXI

La Insula en lontananza.

Aquí dice la crónica verídica
Que cuando Sancho terminó su cuento,
Estaba Don Quijote de la Mancha
Más frito que lo está un pisto manchego.
Los Duques que de Sancho la malicia
Con fruición al instante comprendieron,
Para evitar que diga otros dislates,
Causando más disgusto al caballero,
A la conversación un nuevo giro
Quisieron dar prudentes y discretos.
Preguntó la Duquesa á Don Quijote
Que qué nuevas tenía del objeto
De sus ansias, la hermosa Dulcinea;
Si le había enviado algún recuerdo
Ó presente, de infames malandrines
Ó de gigantes bárbaros y fieros,
Que sin duda venció recientemente;
A lo cual el hidalgo balbuciendo
Dijo:—Señora mía, mis desgracias,
Aunque principio por mi mal tuvieron
No tendrán fin; gigantes he vencido
Y malandrines y follones luego
La envié; pero ¿dónde y cómo pueden
Hallar á mi señora, si hace tiempo
Que encantada se halla y convertida
En labradora fea como un trueno?
—Y sin embargo, observa Sancho Panza,
Yo por hermosa y por gentil la tengo;
Sobre todo si brinca y se coloca

Digitized by Google

En una burra con atroz despejo.
—¿La vísteis vos acaso ya encantada?
Pregunta el Duque á Sancho.—Ya lo creo,
Replica éste; tan la ví, que en dar
En el tal encantorio fuí el primero.
Tan encantada está como mi padre.
—De modo, que según estoy oyendo,
Exclamó á la sazón el eclesiástico,
Estos son Don Quijote y su escudero
De los cuales mención hace aquel libro
Que en esta casa siempre están leyendo
A pesar de mis sanas advertencias!
Oh! que baldón ¡qué caso tan tremendo!»
Hablando así se encara con el Duque
Y dice con voz ronca y torbo ceño:
—Vuecencia, señor mío, ha de dar cuenta
A Dios, de lo que ahora viene haciendo
Este desventurado Don Quijote,
Ó Don Tonto, ó Don Diablo del infierno,
A quien Vuecencia engaña y estimula
Para que persevere en ser más memo.»
Esto dice, y volviéndose al hidalgo
Vuelve á exclamar con duro menosprecio:
—Y á vos, alma de cántaro, pregunto:
¿Quién os pudo encajar en el cerebro
Que ser pudísteis caballero andante
Y que venceis gigantes ó pigmeos?
Andad enhorabuena, y si teneis
Hijos, cuidadlos como padre tierno;
Y si no los teneis, de vuestra hacienda
Y vuestra casa sed prudente dueño;
Mas no vayais vagando por el mundo
Cazando moscas y papando el fresco
Siendo el hazme reir de cuantos tienen
Ocasión de escucharos y de veros.
¿En dónde, en hora tal, habeis hallado
Que hubo ni hay ahora caballeros
Andantes? ¿Quién os dijo que en España
Hay gigantes? ¿De dónde sacais eso
De que en la Mancha existan malandrines
Ni damas en forzoso encantamento?
Callad, y ved que ya por vuestra mengua

Digitized by Google

Tanta mentecatez no tiene ejemplo.»
Esto cuentan que dijo el eclesiástico,
Y Don Quijote que le estaba oyendo
Asombrado, impaciente, tembloroso,
Lleno de indignación, de furor lleno,
Tomó á su vez al punto la palabra
Y pronunció un discurso tan enérgico,
Tan elocuente, digno y razonado
Y á la vez tan profundo y tan correcto,
Que á su competidor dejó chiquito
Metiéndole otra vez dentro del cuerpo
Las frases injuriosas que ha soltado
Y las graves ofensas que le ha hecho. (13)
No quiso entonces darse por vencido
El orgulloso padre reverendo
Que fingiendo reir por no mostrarles
Que ya la procesión iba por dentro,
Dijo con sorna:—Noto que os aplaude
Vuestro guapo y dignísimo escudero;
Sin duda será este el Sancho Panza
Que espera de una ínsula el gobierno.
—Ese soy yo: responde el aludido;
Y Dios sabe que bien me la merezco,
Pues cual dice un refrán que nunca miente
No hay más que hacer que «júntate á los buenos
Y serás uno de ellos,» y más vale,
Como dice también otro proverbio,
Llegar á tiempo que rondar un año,»
Y si miro adelante, atrás no quedo,»
Y todo aquel que á buen árbol se arrima
Buena sombra cobíjale;» y con esto
Quiero decir que á mi señor me agarro,
Que ambos juntos vivimos y bebemos
Y que gracias á Dios el mundo es grande
Y hallará mi señor en él imperios
Que mandar, y yo ínsulas famosas
Que gobernar.—Y estais tan en lo cierto
Dice el Duque, que yo desde ahora os mando,
En nombre de tan digno caballero,
Como lo es vuestro amo Don Quijote,
Una muy buena que de nones tengo.
—¿Oyes, Sanchico? exclama el buen hidalgo;

Digitized by Google

Ya eres gobernador hecho y derecho;
Besa humilde los pies á su Excelencia
Hincando tus rodillas en el suelo.»
Hízolo Sancho para dar las gracias
Por aquel no esperado nombramiento;
Mas no pudo decir una palabra
Al ver que el eclesiástico colérico
Dejó su silla y con airado tono
Exclamó:—Por el hábito que tengo
Que estoy por declarar que está Vuecencia
Más loco todavía que están ellos.
Me voy de aquí, y en tanto que hospedados
Estén en esta casa, yo no vuelvo;
Que hallándome en la mía, excusaréme
De reprender lo que evitar no puedo.»
Esto dijo furioso el eclesiástico,
Y sin oir los amistosos ruegos
De la Duquesa que intentó aplacarle,
Y aun del Duque que quiso detenerlo,
Salió de allí gesticulando solo
Lanzando execratorios juramentos.

LXII

Lavatorios.

—Vaya con Dios, dijo el Duque;
Váyase á dar un paseo,
Que él volverá de seguro
Cuando agote su veneno.
Y vos, señor Don Quijote,
No paseis pena por ello,
Que gentes que llevan faldas
Exigen mucho respeto.
—Es verdad, dice el hidalgo;
Mas no me parece cuerdo
Querer manejar los hombres
Como si fueran muñecos.
Meterse en ajenas vidas

Digitized by Google

Y en propósitos ajenos
Y dar á quien no los pide
Tan destemplados consejos,
Ni es piadoso, ni es prudente,
Ni es lícito en ningún tiempo.
—Es verdad, añade Sancho;
¿Quién ha dicho al señor clérigo
Todas las cosas que pasan
Entre andantes caballeros?
¿Quién le ha dicho que no existen
Mazmorras y cautiverios
Y encantadores malvados
De que están los libros llenos?
Viniérase aquí hace poco
Uno tan sólo de aquellos
Doce Pares que hubo en Francia,
Y él vería si con estos
Se pueden gastar bromitas
Ni decir mil gatuperios.
—Vituperios, Sancho; habla
Con propiedad.—Es lo mesmo.
—Si así te parece, Sancho...
—Dios me entiende, y yo me entiendo.
Y digo por no extenderme,
Y por acabar más presto,
Que el cura que el bien procura
De las almas de los cuerpos,
Debe de ser bondadoso,
Telorante, dulce y bueno,
Sin gruñir á cada instante
Ni ser tan brusco y tan terco
Como (con perdón sea dicho)
Es por condición un cierto
Animal que yo conozco,
Y que aquí nombrar no puedo.»
Perecía la Duquesa
De franca risa, en oyendo
Hablar á Sancho, y teníale
Por hombre de más gracejo
Y más loco que su amo;
Razón por la cual riendo
Gran rato de sobremesa

Digitized by Google

Pasar gustosos quisieron.
Acabóse la comida,
Los manteles recogieron
Los criados, y al instante
Cuatro doncellas de honesto
Parecer, se presentaron
Delante del caballero.
Una trae fuente de plata,
Otra aguamanil soberbio
También de plata, la otra
Toallas de fino lienzo,
Y finalmente, la cuarta
Con los brazos descubiertos
Muestra en sus manos blanquísimas
Y entre sus pulidos dedos
Una bola de jabón
Napolitano, y haciendo
Todas ellas un saludo,
La primera llevó al cuello
De Don Quijote, su fuente,
Por lo cual el caballero
Juzgando que allí sería
Costumbre de antiguos tiempos,
Estiró la barba al punto
Guardando el mayor silencio.
Vertió la segunda el agua
En la fuente, y con sosiego
Fué jabonando la última
El rostro flaco y moreno
Del pobre señor, que estaba
De blanca espuma cubierto
Hasta sus ojos y frente
Soportando el aguacero
Y la copiosa nevada
Que crecía por momentos.
Y fué lo más peregrino
Del caso, que estando en esto
Dijo la astuta doncella:
—Venga más agua al momento,
Que estas barbas están duras
Y pelarlas no podremos.»
Salió la que lleva el jarro;

Digitized by Google

Suspendió el jabonamiento
La barbera; y Don Quijote
Quedó mudo, grave y tieso
Mientras los Duques atónitos
Sentían á un mismo tiempo
Que la cólera y la risa
Retozaban en sus cuerpos
Al ver la extraña figura
Del nevado caballero
Y el temor que demostraban
Las que tal broma le dieron.
Volvió por fin la del agua,
Concluyóse el lavamiento;
La de las toallas puso
También sus manos en juego,
Y enjugándole y limpiándole
Reposadamente, hicieron
Las cuatro una reverencia
Grande y profunda, queriendo
Salir de allí; pero el Duque
Que no siente gran contento,
Pues teme que Don Quijote
Tome por burla lo hecho,
Ordenó que le lavaran
También á él, y entendiendo
Su intención, lo jabonaron
Dejándole como nuevo.

Sancho que callado estaba
Observando todo aquello,
Viendo el doble lavatorio,
Dijo para su coleto:
—¿Tendrán aquí la costumbre
De hacer con los escuderos
Lo mismo que con los amos?
Porque á ser así, sospecho
Que muy mal no me vendría
Poner en remojo el pelo
De la barba.—¿Qué murmura,
Dice la Duquesa, el bueno
De Sancho?—Digo, señora,
Que según oido tengo,

Digitized by Google

En otras partes se lavan
Las manos; y aquí es el cuerpo
O las barbas lo que limpian
Después de comer, y creo
Que más que un trabajo grande
Es un lindo pasatiempo.
—Pues no tengais pena, Sancho,
Que yo gustosa os prometo
Dar orden á mis doncellas
Para que os laven; y luego,
Si es preciso, que en colada
Os metan.—No estoy por eso,
Y por el pronto, señora,
Con las barbas me contento.
Después... Dios dirá.—Esperaos,
Un poco.»
Y llamando luego
Al maestresala, le habla
La Duquesa en estos términos:
—Mirad lo que Sancho pide
Y que sea satisfecho.
—Bien está, venga conmigo
A yantar, y yo le ofrezco
Que será servido en todo
Al pie de la letra.—Bueno,
Id á comer los dos juntos
Y que os haga buen provecho.»
Salió Sancho, y la Duquesa
Suplicó al buen caballero
Que le hiciese algún retrato
De su adorado tormento.
Mas él sacando un suspiro
De lo más hondo del pecho
Dijo que le era imposible
Trazar con pincel maestro
La imagen de una hermosura
Que compite con los cielos.

Digitized by Google

LXIII

Ceremonias.

Más curiosa la Duquesa
Que nunca, siguió diciendo:
—Bien, mi señor Don Quijote,
Deduzco que sois modesto
En todo, mas yo no os pido
Un retrato verdadero
De la simpar Dulcinea,
Sino tan sólo un bosquejo;
Que por mal que esté pintada
El verla será un consuelo.
—Y yo, señora, lo haría
Gustosísimo en extremo,
Vuelve á decir el hidalgo,
Si el hado cruel y adverso
Borrado no me la hubiera
Del alma no há mucho tiempo.
Figúrense sus grandezas,
Señores mios, que yendo
Días pasados á besarle
Las manos con el objeto
De obtener su bendición,
Logré encontrarla en efecto;
Pero la hallé tan trocada
Que al contarlo el juicio pierdo.
Mi princesa no era ya
Mi princesa, sino el feo
Simulacro de una tosca
Labradora; mi ángel bello
Estaba ya convertido
En un diablo verdadero.
Ya no estaba perfumado
Su tibio agradable aliento;
Que de olorosa en pestífera
Sin saber cómo la han vuelto.

Digitized by Google

Ya en vez de ser bien hablada
Era rústico su acento,
Y de reposada que era
La ví brincar como un ciervo,
O más bien como una mona
Que se crió en un desierto.
Finalmente, la han trocado
Para darme atroz tormento,
De luz en tiniebla oscura;
De día en noche; de espejo
En un mueble de cocina;
Y de rosa ó clavel bello
En un manojo de espinos
O en vil cardo borriquero.
—¡Válame Dios! grita el Duque
Grande indignación fingiendo;
¿Quién hizo al mundo ese agravio?
¿Quién esas cosas ha hecho?
—¿Quién? responde Don Quijote.
—¡Oh! sí, yo pregunto eso.
—¿Quién puede ser, sino alguno
De esos mil entes maléficos
Que sin cesar me persiguen
Envidiosos de mis méritos?
Raza vil de encantadores
Que amamantan con sus pechos
Las fieras, yo la maldigo
A la vez que la desprecio.
—Eso es justo, le responde
La Duquesa; pero advierto...
—Seguid, señora, os escucho.
—Pues digo que á pesar de esos
Encantadores, el libro
Que describe vuestros hechos
Y vuestro amor acendrado,
Dice, si mal no me acuerdo,
Que jamás vuestra merced
Vió ni habló un solo momento
A esa simpar Dulcinea
Del Toboso; que no es cierto
Que ella viva en otro mundo
Que en el fantástico, y luego

Digitized by Google

Parece indicar que solo
Fué su existencia un engendro
Que ocupó su fantasía
Y parió su entendimiento,
Revistiéndola más tarde
Con amoroso desvelo
De gracias y perfecciones
Que demuestran grande ingenio.
—En eso, señora, hay mucho
Que decir, responde trémulo
El hidalgo, Dios tan sólo
Sabe si es cierto ó no es cierto
Que Dulcinea en el mundo
Esté ó no esté; y si en efecto
Viene á ser ó no fantástica.
Lo que yo sólo sospecho
Es que hay averiguaciones
Que no pueden ir muy lejos.
Ni yo engendré, ni parí
A mi señora, la quiero
Como conviene que sea
Dama que infunda respeto
Por ser hermosa sin tacha;
Grave, sin desdén soberbio;
Amorosa al par que honesta;
Llena de agradecimientos
Por cortés; cortés y afable
Por bien criada; y tras de esto
Alta por su buen linaje
Que acrisola más los méritos
De la hermosura, que un día
Se envolvió en pañales buenos.
—Es verdad, replica el Duque;
Pero en vuestra historia vemos
Que no es noble la señora
Dulcinea.—Y yo contesto,
Vuelve á decir Don Quijote,
Que ella es hija de sus hechos;
Que las virtudes adoban
La sangre, y que en todo tiempo
Se ha de tener por persona
De más elevado precio

Digitized by Google

A un humilde virtuoso
Que á un soberbio en zancos puesto.
Cuanto más, que Dulcinea,
Según estudios que he hecho,
Tiene un girón que la hace
Digna de corona y cetro.
—¿Y qué decís del viaje
De Sancho al Toboso?—Eso,
Dice el hidalgo, es dudoso
Por no decir que es incierto.
—Él dice que aechando trigo
Vió á Dulcinea.—Y yo tengo
Por seguro que eran granos
De orientales perlas; siendo
Tal vez, verdad evidente
Que los magos la pusieron
Ante los ojos de Sancho
Trocada en villana; hecho
Que más tarde ante mí mismo
Vilmente reprodujeron.
Por lo demás, si vió Sancho
O no vió lo del aecho,
Averiguarlo no es fácil
Aunque yo le doy gran crédito,
Porque ya que de él se trata
En conciencia decir debo
Que jamás el mundo ha visto
Un tan gracioso escudero,
Que tenga simplicidades
Tan agudas, y conceptos
Que le hacen pasar por bobo
A la vez que por discreto.
Por esta razón, yo diera
Una ciudad por no verlo
Lejos de mí, y ahora dudo
De si debe ir al gobierno
De esa Insula famosa
Que hace poco le ofrecieron
Sus ilustres señorías
Y yo en el alma agradezco,
Pues se la dan en mi nombre
Y se la ofrecí hace tiempo.

Digitized by Google

—¿Y no temeis que por tonto
Haga imposible el gobierno?
—¿Qué he de temer cuando miro
Gobernar, á tantos necios
Que ni siquiera leer
Saben? Basta un buen deseo,
Vocación, algo de audacia
Y algún listo consejero.»
. . . . . .
Así hablaba con los Duques
El hidalgo, cuando oyeron
Muchas voces y algazara
Que sonaban allá dentro.
—¿Qué pasa? preguntó el Duque,
Y á deshora á Sancho vieron
Entrar en la sala, todo
Asustado y macilento,
Llevando por babador
Un trozo de cernedero,
Mientras que á su alcance vienen
Alborotando y riendo
Mozos, pinches, galopines,
Fregonas y lacayuelos,
Uno de los cuales trae
Un artesoncillo viejo
Con agua de fregar platos
Ó acaso de fregar suelos.
—¿Qué es esto, hermanos? pregunta
La Duquesa; hablad ¿qué es esto?
¿Qué quereis á ese buen mozo?
Desdichados! ¿no estais viendo
Que además de ser mi huésped
Es gobernador electo?
A lo cual responde el pícaro
Que hace veces de barbero:
—Es que no quiere lavarse
Este hombre, cual lo han hecho
Según costumbre, el señor
Mi amo, y el caballero,
Que lo es suyo.—¿Y qué decís
A eso, buen Sancho?—Contesto,
Responde con mucha ira,

Digitized by Google

Que sí, que lavarme quiero;
Mas no con agua tan sucia
Cual la que está en el barreño,
Ni con trapos de cocina
Tan pringosos ni tan negros.
Yo me hallo limpio de barbas,
Y necesidad no tengo
De que nadie á escamondarme
Venga como á un árbol viejo,
Ni á ofrecerme con sus manos
Puercas, tales refrigerios.
Así, pues, juro y perjuro,
Haciendo el acatamiento
Debido, que en cuanto alguien
Me venga á tomar el pelo,
Le dejo el puño engastado
En la tapa de los sesos;
Que estas tales cirimonias
Y jabonaduras, creo
Tienen mucho más de burlas
Que de gasajos honestos.»
Esto dijo Sancho Panza;
Habló Don Quijote luego;
Echó un sermón la Duquesa;
Púsose el Duque muy serio
Y la picaresca grey
De pinches y cocineros,
Se alejó de allí al instante
Guardando mucho silencio
Después de quitar á Sancho
Lo que llevaba en el cuello.
Y según cuentan las crónicas
Sancho se acercó al momento
A la Duquesa, y doblando
Ambas rodillas, con cierto
Ademán, y cierto tono
Un tanto caballerescos,
Dijo:—De grandes señoras
Nacidas en altos puestos,
Grandes mercedes se esperan,
Y esta que hoy me habeis fecho
Regañando á los felones

Digitized by Google

Que de mí tal mofa hicieron,
No podré pagarla nunca,
Aunque viva mucho tiempo,
Sino es con desear
Verme armado caballero
Andante, para servirla
Y serle fiel como un perro.
Soy labrador, y me llamo
Sancho Panza el escudero;
Casado soy, tengo hijos
Que me quieren con extremo.
Si con todas estas partes
Algo valgo y algo puedo,
Mándeme su señoría,
Que yo seré más ligero
En obedecer su orden
Que vos en dar el decreto.»
Dice Sancho, y la Duquesa
Que al verle está pereciendo
De risa, responde:—Alzaos
Buen Sancho, que según veo
Aprendido habeis á ser
Cortés en un grado extremo.
Bien se vé que Don Quijote
Que es de urbanidad ejemplo
Y de finura un tesoro,
Os ha criado á sus pechos.
Basta ya de cirimonias
Como vos decís, yo ofrezco
Persuadir al señor Duque,
Para que os haga muy presto
Gobernador de la Insula
Barataria, que así pienso
Que se llama; y pues el Duque
Mi señor, y el amo vuestro
Parece que están tratando
De irse á sus aposentos
Para descansar un poco,
Yo os invito y os espero
A pasar con mis doncellas
Y conmigo, todo el tiempo
Que dure la siesta, hablando

Digitized by Google

En un salón que hay muy fresco.
—Bien está, responde Sancho;
Que aunque yo descansar suelo
Dos ó tres ó cuatro horas
Después de comer, contento
Iré al instante á buscarla
Por dar gusto á sus deseos.»

LXIV

Glorias y percances.

No hay que decir que á la cita
Acudió el amigo Sancho,
Ni que con él la Duquesa
Pasó un excelente rato.
Las grandes bellaquerías
Del escudero taimado
Le daban la preferencia
Sobre el ingenioso hidalgo.
Ambos son, si bien se miran,
Elementos encontrados:
Don Quijote todo espíritu
Y todo materia Sancho.
Este busca en el presente
Sus futuros adelantos,
Y aquel vive en el pretérito
Su amor triste acariciando.
Por esta razón, á costa
Del señor medró el criado,
Que al hablar con la Duquesa
Hizo traición á su amo
Diciendo que está demente,
Que es un necio, un mentecato
Y que aquello del Toboso
Fué embuste, trápala, engaño,
Pues nunca vió á Dulcinea,
Ni ésta existe, ni hubo encanto,
Ni ver pudo Don Quijote

Digitized by Google

A su tormento adorado
Dentro de la cueva oscura
De Montesinos, trotando
Sobre su gran cacanea
Pidiéndole al fin y al cabo
Que á cuenta de un faldellín
Le prestara unos ochavos.
  Estas y otras muchas cosas
Referentes á su amo
Contó á la curiosa dama
Y á las doncellas, con tantos
Requilorios, reticencias,
Misterios, protestas, vanos
Alardes de hipocresía,
Y en medio de tal chubasco
De refranes, que la risa
Brotaba en todos los labios.
Y fué lo más sorprendente
De tal cosa y de tal caso,
Que cuando él con firmeza
Negaba lo del cambiazo
De Dulcinea, diciendo
Que él fué el autor del encanto,
La Duquesa le hizo ver
Que habiendo en el mundo magos,
Tal vez le hicieron la víctima
De algún misterioso engaño
Haciéndole ver villanas
En vez de damas de rango,
Para que se confesase
Engañador, no engañado.
—Bien puede ser, dice el pobre
Poco menos que temblando;
Y si mi señor supiera
Que yo traté de embromarlo
Con aquellas labradoras
Dándole liebre por gato...
Es decir, gata por liebre,
Temo que á fuerza de palos
Me pondría hecho una úlcera
Lo mismo que está un San Lázaro.
—Eso no, contesta al punto

Digitized by Google

La Duquesa, que aquí estamos
Para negar todas juntas
Cuanto esta tarde ha pasado;
Y yo haré que el señor Duque
Mi marido, os ponga á salvo
Nombrándoos gobernador;
Que en obteniendo ese cargo
No habrá quien pueda toseros
Ni haceros el menor daño,
Aunque cometido hubiérais
Algunos desaguisados.»

. . . . . .

Acabóse al fin la plática,
Retiróse luego Sancho,
Y la Duquesa al momento
Dió cuenta al Duque de cuanto
Pasó y se habló; se rieron
Mucho, y juntos ponderaron
Como era consiguiente
La simplicidad de Sancho
Que ahora está muy convencido
De que es verdad el encanto
De Dulcinea, sabiendo
Toda la verdad del caso
Y que él fué el encantador
Y el embustero bellaco.
Por esta razón, quisieron,
Para divertirse ambos,
Seguir la broma adelante
Sin que lleguen á notarlo
Ni á darse por ofendidos
Don Quijote y su criado.
Pasáronse cinco días
Y al sexto se los llevaron
A caza de montería
Con tantísimo aparato
Que no llevara más gente
Cualquier rey coronado.
Diéronle al buen caballero
Un traje de monte, á Sancho
Otro verde de finísimo
Y costosísimo paño

Digitized by Google

Con el cual el escudero
Se creyó regenerado.
Partieron todos, y á un bosque
Grande y espeso llegaron
Con Don Quijote que iba
Hasta los dientes armado,
Llevando cortés las riendas,
Según costumbres de antaño,
Del palafrén en que iba
La Duquesa; y rezagado
Caminaba Sancho Panza
Subido sobre su asno,
Pues admitir no ha querido
Un magnífico caballo
Con que los palafreneros
Préviamente le brindaron,
Ya por orden de los Duques
O ya por probar sus ánimos.
Finalmente, cuando todos
Los puestos fueron tomados
Y en paranzas y veredas
Las gentes se colocaron,
Se dió comienzo á la caza.
Ensordecióse el espacio
Con el son de las bocinas,
Los relinchos, los cercanos
Ladridos, y el vocerío
De monteros y lacayos.
Apeóse la Duquesa
Blandiendo agudo venablo
Y Don Quijote y el Duque
Se pusieron á ambos lados.
Quedóse atrás Sancho Panza
Siempre en su rucio montado,
Pues temiendo algún desmán
No quiere desampararlo.
Al lado de sus señores
Pónense muchos criados;
Y apenas sucede esto,
Por los perros acosado,
Seguido de cazadores,
Los colmillos aguzando

Digitized by Google

Y vertiendo blanca espuma,
Ven llegar furioso y rápido
A un terrible jabalí
De cuerpo desmesurado.
No bien lo vió Don Quijote
Sacó su espada, embrazando
Su escudo, y corrió á su encuentro
Con marcial desembarazo.
Imitóle al punto el Duque
Previniendo su venablo,
Y la Duquesa quería
Adelantarles los pasos;
Mas no lo permite el Duque
Viendo el terrible tamaño
De la fiera, que venía
Ramas y arbustos tronchando.
Finalmente, todos ellos
Se portaban como bravos
Sin notar que á Sancho Panza
Le sucedía un fracaso
Y que daba lastimeros
Quejidos lleno de espanto.
Fué el caso que al ver con ojos
De aumento aquel espectáculo,
Y al notar que el jabalí
Por allí viene avanzando,
Se figuró que ya estaba
Tan cerca, tan inmediato,
Que con sólo dar un brinco
Iba al punto á destrozarlo.
Por esta razón, haciendo
Un esfuerzo soberano
Se puso de pie en el rucio,
Y más saltarín que un gato
Quiso luego encaramarse
Hasta la copa de un árbol
Que dicen que era una encina
O alcornoque centenario;
Y ya muy cerca se hallaba
De trepar hasta lo alto
Cuando se tronchó una rama
Viniéndose el pobre abajo;

Digitized by Google

Mas no á tierra, pues cogiéndole
Otra rama por el sayo
Verde que estrenó aquel día
Quedó el infeliz colgado
Temiendo que se rasgara
Esta prenda, y fuera pasto
Del jabalí que con furia
Allí le haría pedazos.
Por esta razón chillaba
Pidiendo auxilio y amparo
Sin que en el primer momento
Viese nadie su quebranto.

LXV

El programa de Sancho.

Vióle por fin Don Quijote:
Le vió que cabeza abajo
Y apoyando en el jumento,
Que estaba inmóvil, las manos,
Sin poder dejar la encina
Le estaba á voces llamando.
Llegó, descolgóle y díjole:
—Terrible susto has pasado.
Para ser gobernador
No te faltan lindos ánimos...
Buen siete, buen siete hiciste
Hoy en tu flamante sayo.»
Mientras esto sucedía
Al jabalí remataron
Entre todos, y poniéndole
Sobre una acémila ó macho,
Lleváronle como en triunfo
Cubierto de verdes ramos
De mirtos y de romero
A un paraje en donde alzaron
Previamente grandes tiendas
De campaña, colocando

Digitized by Google

En ellas mesas y asientos
Según los que han de ocuparlos.
Estaba ya la comida
Aderezada con tanto
Primor y suntuosidad
Que daba gusto al olfato
Y honor á los anfitriones
Dignos de loa y aplauso.
Llegáronse á donde estaban
Los Duques, y dijo Sancho
Enseñando á la Duquesa
Los girones de su saco:
—Si esta caza fuera solo
De conejos ó de pájaros
No se viera mi vestido
Tan roto y averiado.
Yo no sé qué gusto tienen
En privar á los jabatos
De su padre ó de su abuelo
Que pueden de un colmillazo
Dejar seco á cualquier prójimo
O prójima; y está claro
Aquel cantar ó romance
Que aprendí siendo muchacho
Y dice al pie de la letra
Según lo voy recordando:
De los osos seas comido
Como Favila el nombrado.»
—Ese Favila fué un rey
Godo, responde el hidalgo,
Que yendo de montería
O de caza, fué cazado
Y comido por un oso
Que fué un cazar aciago.
—Eso es lo que yo digo,
Observa triunfante Sancho;
Que yo no sé cómo hay reyes
Y príncipes temerarios
Que á semejantes peligros
Se expongan por dar mal rato
Y matar á un animal
Que nunca les hizo daño.

Digitized by Google

—En eso, replica el Duque
No vais bien encaminado,
Que la caza es viva imagen
Y provechoso retrato
De la guerra, en donde un hombre
Aprende á ser fuerte, bravo,
Prudente, astuto, ligero,
Gentil y determinado.
Por estas y otras razones
Que por ser breve me callo,
Espero que cuando estéis
La Insula gobernando
Cambiaréis vuestra opinión
Haciéndoos aficionado
A cazar.—No por mi vida,
No haré tal, replica Sancho;
El gobernador la pierna
Quebrada y en casa, dando
Nobles ejemplos á todos.
¡Bueno fuera que cansados
Llegaran los negociantes
A pedir favor, amparo,
Y justicia, y él se hallara
Por esos montes holgando!
La caza y los pasatiempos
Son para desocupados
Holgazanes, y el gobierno
Para entregarse al trabajo
Y al estudio de las cosas
Con muchísimo cuidado.
Si algo pienso entretenerme,
Para descansar un rato
Cuando sea gobernador
Y me confirmen el cargo,
Será, si Dios no lo impide,
Jugar al triunfo envidado
Las pascuas, y los domingos
A los bolos, sin que en tanto
Se me ofrezcan los peligros
De estas cazas ó estos cazos,
Que á mi condición se oponen
Y á mi concencia hacen daño.

Digitized by Google

Por lo demás, según creo
Haberles manifestado,
Yo quiero que todo el mundo,
Al mirar como yo ando
Y que mi vara no tuerzo,
Ande más tieso que un ajo.
Perseguiré á los que fueren
Viciosos y mal hablados,
Embusteros y bribones
O pedigüeños y vagos.
Protegeré á los que sean
Trabajadores y honrados
Sin que la lisonja venga
A alborotarme los cascos.
Esto digo y esto ofrezco:
Caiga yo si tal no hago.
—Plega á Dios, contesta el Duque,
Que hagais lo que estáis pensando;
Que siempre del dicho al hecho
Hay gran trecho.—No rechazo
Esa verdad; pero haya
Lo que hubiere, añade Sancho,
Al buen pagador, no duelen
Prendas, y es justo y exacto
Aquello de «que más vale
Al que Dios ayuda dando
Está, que aquél que madruga
Mucho y se viste temprano.
Tripas llevan pies, que no
Pies á tripas, y declaro
Que si Dios quiere ayudarme
Y yo lo que debo hago,
Gobernaré con más maña
Que un gerifalte, y si acaso
Ponen en duda mis dichos
Y mis hechos y mis autos,
Pónganme el dedo en la boca
Para ver si se lo mamo.
—Maldito seas mil veces,
Dice Don Quijote airado;
Maldito de Dios, maldito
También de todos los santos!,

Digitized by Google

¿Será posible que nunca
Sueltes un solo vocablo
Sin encajar cien refranes
Que jamás vienen al caso?
Niéguense vuestras mercedes
A oirle, que son ya tantos
Los disparates que suelta
Que no hay medio de aguantarlos.
—No tal, dice la Duquesa;
Hable cuanto quiera Sancho,
Que aunque sus refranes sean
No muy bien acomodados
Yo tengo gusto en saberlos,
Y de escuchar no me canso
Su programa de gobierno
Que así hubiera más de cuatro.»
Con estas y otras cien pláticas
Y unos paseos muy gratos,
Vieron que el sol poco á poco
Se fué hundiendo en el ocaso.

. . . . . .

LXVI

Apariciones.

La noche está clara,
Callado está el viento,
La inmensa arboleda
Sumida en silencio;
Mas ¡ah! de repente
Se ve que á lo lejos,
Cual si pasto fuese
De terrible incendio,
El bosque se inunda
De vivos reflejos.
Después mil cornetas
Y mil instrumentos
Marciales, producen

Digitized by Google

Pavoroso estruendo.
Parece que cruzan
Todos los linderos
Grandes escuadrones,
Numeroso ejército
Que á pie ó á caballo
Están ya dispuestos
A entrar furibundos
En combate fiero.
Retumban tambores
Suenan trompas luego,
Pífanos, clarines,
Con clamores bélicos;
Mil gritos de guerra
Se escuchan á un tiempo
Y con tanta prisa
Y con tal estrépito,
Que el bosque se trueca
En un mongibelo.
El Duque se pasma,
La Duquesa haciendo
Visajes, parece
Que tiene suspenso
El ánimo; el bravo
Gentil caballero,
Se muestra admirado
Al ver tal suceso;
Tiembla Sancho Panza
Con todos sus miembros,
Y hasta los que estaban
Previamente impuestos
En lo que acordado
Tenían sus dueños,
Parece que sienten
Pavor en sus pechos.
De pronto se acerca
Tocando un gran cuerno
Que espanto produce
Con sus roncos ecos,
Postillón que viste
De demonio, y luego
Que llegó allí cerca

Digitized by Google

Se paró un momento.
—¿Qué buscais? pregunta
El Duque muy serio;
¿Qué gentes son esas,
Hermano correo?
¿Quién sois?—Soy el diablo!
Responde altanero
El interpelado
Con terrible acento.
Al gran Don Quijote
De la Mancha, vengo
Buscando, y al verle
Declararle debo
Que seis grandes tropas
Me vienen siguiendo.
Son encantadores
Y magos soberbios
Que en carro triunfante
Con lucido séquito,
Traen á Dulcinea
Del Toboso, siendo
El que la acompaña
En su encantamento
El gran Montesinos
Que viene dispuesto
A decir al bravo
Y noble manchego,
Por ser muy amigos
Que há poco se vieron,
El modo y manera
De lograr muy presto
El desencantarla
Y sacarla luego
De la horrible sima
Do un mago la ha puesto.
—Si vos fuéseis diablo,
Dice sonriendo
El Duque, pudiérais
Ver al tal sujeto
Que teneis delante.
—Decís bien, es cierto;
Respóndele el diablo;

Digitized by Google

Mas yo no dí en ello,
Porque ya son tantas
Y son tan diversos
Las ocupaciones
Y cargos que tengo,
Que ando distraido;
De nada me acuerdo.
Mas ya que os he visto,
Noble caballero
De los Leones (véate
Yo en las garras de ellos),
Digo que te esperes
Aquí unos momentos;
Que ya Montesinos
Se acerca, trayendo
A tu Dulcinea
Con el solo objeto
De manifestarte
Cómo y por qué medios
Lograrás sacarla
De su encantamento.
Y pues ya te he dicho
Por qué aquí me acerco,
Queden los demonios
Contigo; y con estos
Amables señores
Los ángeles buenos.»
Esto el diablo dice,
Y tocando el cuerno
Vuelve las espaldas
Y se va ligero
Quedando el hidalgo
Confuso y perplejo,
Y el buen Sancho Panza
Asustado y trémulo
Al ver que ha mentido
Estando en lo cierto.
—Y bien, dice el Duque;
¿Piensa el caballero
Esperar que vengan
Los magos perversos?
—Oh! sí, le contesta

Digitized by Google

El audaz manchego;
Yo aguardo á pie firme
Con ánimo intrépido
Aunque me amenace
Airado el infierno.»
  Cerró más la noche
Y por los diversos
Parajes del bosque
Pronto discurrieron
Mil errantes luces
Que iban corriendo
Como exhalaciones
Que cruzan los cielos.
Tornaron á oirse
Los rumores bélicos,
Trompas y bocinas,
Pífanos y cuernos,
Y el chirrío agudo
Áspero y grosero
Que forman las ruedas
Macizas de aquellos
Carros que se llaman
De violín manchego.
Y en tanto, en los últimos
Lindes del inmenso
Bosque, se escuchaba
El horrible estrépito
De rudas batallas,
De atroces encuentros
En que á destrozarse
Iban cuatro cuerpos
De furiosas tropas
Lanzando los truenos
De la artillería
Y cientos y cientos
Tiros de escopeta
Que el espacio hendieron.
  Después los ruidos
Que van en aumento
Se aproximan, llegan,
Y el buen caballero
Siente que se erizan

Digitized by Google

Todos sus cabellos,
En tanto que Sancho
Falto ya de alientos,
Desmayado cae
Cual si fuese un leño,
Sobre la Duquesa
Que ordenó al momento
Le arrojasen agua
En el rostro; y luego
Que á la vida vuelve
Vé el pobre con miedo
Que un carro espantoso
De lúgubre aspecto,
Tirado por bueyes
Pesados y gruesos
Que en las astas llevan
Hachones ardiendo,
Y que lleva luces
Por fuera y por dentro,
Avanza despacio
Con paso muy lento
Llevando delante
Dos diablos horrendos.
Y allá en lo más alto
Se vislumbra un viejo
Con barba nevada
Que le cubre el pecho,
Y que está sentado
Sobre un trono negro.

LXVII

Desencanto en perspectiva.

Llegó al fin el carro,
Y el barbudo haciendo
Una cortesía
Dijo con acento
Destemplado y rudo:

Digitized by Google

—Yo soy Lirgandeo
El Sabio;» y callóse
Y volvió á su asiento.
Siguióle otro carro
Igual al primero,
Y el entronizado,
Que era también viejo,
Exclamó:—Yo soy
Alquife el Benévolo
Amigo de Urganda
Que llamar solemos
La desconocida,»—
Dijo, fuese; y luego
Se acercó otro carro,
Y el que estaba dentro
Exclamó con énfasis
Y rugiente acento:
—Yo soy Arcalaus,
Enemigo acérrimo
De Amadís de Gaula
Y todos sus deudos.»
Cesaron al punto
Que pasaron ellos
Los fuertes rumores;
Y oyóse al momento
Dulce melodía
Que ensanchó los pechos,
Haciendo que Sancho
Recobrase alientos.
—Esto, mi señora,
Dijo, es grato agüero,
Que allí donde hay música
Todo ha de ser bueno.
—Eso, Sancho amigo,
Es lo que deseo,
Dice la Duquesa
Con rostro risueño,
Mientras Don Quijote
Que está muy inquieto
Con ansia repite:
—Veremos, veremos,
Que juzgo que el monte

Digitized by Google

No es hoy todo orégano.»
  Así platicaban
Cuando cerca vieron
Un carro magnífico,
Muy grande y muy bello,
Cubierto de oro
Y de blancos velos
Bordados de plata;
Llevando en su centro
Una ninfa hermosa
Cuyo rostro angélico
Ocultan cendales
De tules espesos
Que no obstante dejan
Apreciar los méritos
De aquella belleza
Bajada del cielo
Que tendrá tan solo
Tres lustros y medio.
Viene al lado suyo
Guardando silencio,
Sentada en las gradas
De su trono espléndido,
Inmóvil figura
Que cubre su cuerpo
Con ropas que llaman
Rozagantes, siendo
Su tocado un triste
Y enlutado velo.
  De pronto se pára
Al llegar al puesto
La triunfal carroza
Con los que van dentro;
La música cesa,
Impera el silencio,
Y aquella figura
Dejando su asiento
Aparta sus ropas,
Arranca su velo
Y queda trocada
En flaco esqueleto,
Y en hórrida muerte

Digitized by Google

Que infunde gran miedo,
Sobre todo á Sancho
Que se cose al cuerpo
De su protectora,
Temblando y gimiendo.
Entretanto rompe
La muerte el silencio
Y un breve discurso
Enjareta en verso.
—Yo soy Merlín, dice;
Yo soy el engendró
Del diablo (mentira
Que hoy rechazar quiero
Aunque la autoricen
Los pasados tiempos.)
Yo soy aquel sabio
Protector benévolo
De muchos andantes
Bravos caballeros
A quienes cariño
Tuve y aun les tengo.
Por estas razones
Y escuchando el ruego
De esta tobosina
Beldad con quien vengo,
Consulté mis libros,
Y por ellos veo,
Noble y valeroso
Don Quijote, espejo,
Gloria, orgullo y nata
De tu patrio suelo;
Que tu Dulcinea,
Angel puro y bello,
Trocada en villana
Por un bribonzuelo
A quien yo conozco
Y nombrar no quiero,
Jamás será libre
De su encantamento
Si ese Sancho Panza,
Tu antiguo escudero,
No se aplica antes

Digitized by Google

Tres mil y trescientos
Azotes bien dados
Y bastante recios
En sus posaderas
Siempre descubierto
El sitio en que pegue;
Pues de no hacer eso,
De modo que quede
Dolorido el cuerpo
Y algo desquiciados
Los cuartos traseros,
Durará el encanto
Muchísimo tiempo.»

LXVIII

Protestas.

No bien el sabio Merlín
Su discurso concluyó
Cuando Sancho enfurecido
Dijo elevando la voz:
—Voto á tal, que lo que oigo
Es cosa que causa horror.
No digo tres mil azotes,
Pero así me daré yo
Tres, como tres puñaladas.
¡Vaya un desencantador!
¿Qué tienen que ver mis pobres
Posaderas, ahora con
Los tales encantamentos?
¿Qué tienen que ver? Por Dios
Que si ese señor Merlín
No encuentra un medio mejor
Para hacer el desencanto,
Ella estará un siglo ú dos
Encantada, cual lo está
La madre que me parió.
—Eso será si yo os dejo,

Digitized by Google

Dice con mucho calor
Indignado el caballero
Ante tal contestación.
¿No advertís vos, Don Villano,
Harto de ajos, que yo
Amarrar os puedo al tronco
De un árbol y con primor,
Desnudo como nacísteis,
Doblaros esa ración
De azotes? ¿No véis, ingrato,
Que os voy á dar ¡voto á bríos!
No digo tres mil trescientos,
Que ya una bicoca son,
Sino seis mil y seiscientos
Tan bien pegados, que no
Se os caigan á otros tres mil
Trescientos tirones? Y hoy
No me repliqueis palabra
Porque os mato como hay Dios.»
Oyendo lo cual Merlín
Dijo:—Estáis en un error,
Que los azotes que Sancho
Se ha de dar sin compasión
Tienen que ser voluntarios
Y no por fuerza mayor,
Sin que se le imponga término
Para la flagelación,
A no ser que él se prestara,
Por creer que era mejor,
A que ajena mano quiera
Redimir su vejación;
En cuyo caso se advierte
Que será mucho menor
El número de los golpes,
Puesto que ya se acordó
Que ha de quedar reducido
A la mitad, si esa acción
Encomienda complaciente
A extraño vapuleador
Aunque algo pesadas sean
Sus manos y su intención.
—Pues yo juro, advierte Sancho,

Digitized by Google

Que á mi parte posterior
No ha de llegar mano alguna
Propia ni ajena; que estoy
Decidido á defenderme
De todo ataque traidor;
Y que al primero que llegue
Le partiré de una coz.
¿Parí yo ni dí papilla,
Ni le puse viberón
A esa señora que llaman
Dulcinea del Tobo...?
Azótese en hora buena
Por ella aquel que sé yo,
Puesto que él jura y perjura
Que es su vida y es su amor
Y que la tiene metida
Dentro de su corazón.
Azótese y desencántela
Mi enamorado señor;
No pidan al olmo peras,
Que eso es injusto y atroz,
Y no quiere Sancho Panza
Ser de su cuerpo sayón
Lastimándose las carnes
Por una... á quien nunca vió.»
No bien Sancho dijo esto
Con mucha resolución,
Cuando la argentada ninfa
Sobre su trono se irguió
Y separando su velo
Transparente, con fervor
Mostrando su bello rostro
Que á todos bien pareció,
Dijo con gran desenfado
Y varonil decisión
Encarándose con Sancho:
—No esperaba menos yo,
Escudero maldecido,
De tu ruin condición.
Alma de cántaro, entrañas
De pedernal, salteador,
Desuellacaras, malvado,

Digitized by Google

¿Que es lo que se te pidió?
Si te mandaran tirarte
De altísimo torreón,
O comerte una docena
De sapos, con otras dos
De lagartos, y otras tres
De culebras; si feroz
Consejero te inclinara
A matar sin compasión
A tu mujer y á tus hijos
Con alfanje cortador
Y truculento, no fuera
Maravilla; ¡oh vil ladrón!
Que estuvieras melindroso
Y hasta lleno de estupor.
Pero hacer caso de una
Friolerilla, como es hoy
Lo que te piden; negarte
A ser mi libertador
Por un puñado de azotes,
Que no han de llegar á dos
Después de tres mil trescientos,
Es la más cobarde acción.
¿Qué niño doctrino lleva
En un mes tunda menor?
Ven, animal de bellota,
Ven, repito, ven y pon
Esos ojos de mochuelo
Espantadizo en la flor
De mi hermosura, y verás
Cuánta es ella y cuánto yo
Sufro en este encantamento
Donde me puso un bribón.
Debajo de la corteza
Vivo ¡ay de mí! con dolor
De una rústica aldeana,
Tú sabes por qué razón;
Y si ahora no lo parezco
Y aquí vine tal cual soy
Es porque el señor Merlín
A mí estado me tornó
Por probar si mi belleza

Digitized by Google

Te inspiraba algún amor.
Compadécete, malvado;
Ten piedad de mí, bestión
Indómito, date, date
En esas carnazas, que hoy
Para ser conmigo amable
Se te presenta ocasión.
Y si por mí no lo hicieres,
Hazlo por tu buen señor
Que está á tu lado escuchando
Esta triste relación
Con el alma atravesada
En la garganta y sin voz
Esperando compungido
Tu postrer resolución.»
Esto dijo la encantada
Beldad, y al punto llevó
El caballero su mano
Al cuello, y con gran fervor
Dijo al Duque:—¡Por Dios santo!
Juro que tiene razón
Dulcinea; que aquí mismo
Mi alma se atarugó
Como si fuera una nuez
De ballesta. ¡Oh! ¡qué dolor!»

LXIX

Avenencia.

—Y vos ¿qué decis á esto?
La Duquesa preguntó
A Sancho.—Digo, señora,
Replica éste, que estoy
Dispuesto ă no darme azotes
Aunque lo mandárais vos.
¿Son por ventura mis carnes
De bronce? ¿Qué tengo yo
Que ver con que esa señora

Digitized by Google

Quede mejor ó peor?
¿Que esté presa ó no esté presa?
¿Que se desencante ó no?
Valiera más que pidiese
Lo que parezca mejor
Sin usar esos boquiblos
Con tan poca educación.
¿Qué regalos y presentes
Me trujo? ¿qué me ofreció
Más que insultos y fierezas
Todos de marca mayor?
Ella me llama mochuelo,
Ella me llama bestión
Indómito, alma de cántaro,
Bruto, animal, salteador,
Alcornoque, vil, malvado,
Desuellacaras, ladrón,
Y otras mil y mil lindezas;
Mientras mi amo y señor,
Que ahora halagarme debiera,
Hace poco me ofreció
Atarme desnudo á un árbol
Para darme un palizón.
Y al decir esto se olvidan
De algún refrán español,
Sabiendo como ellos saben
Y como bien lo sé yo,
Que un asno cargado de oro
Sube la cuesta mayor;
Y que dádivas quebrantan
Peñas; y que siempre á Dios
Rogando y con mazo dando;
Y que viene á ser mejor
Un toma que dos daretes,
Y que más se caza con
Miel que con hiel; y que al cabo
Soy ya más gobernador
Que escudero. Aprendan, pues,
A tener educación,
Sobre todo cuando vengan
A pedir algún favor.
Y tengan, tengan presente

Digitized by Google

Que ahora reventando estoy
De pena, viendo en mi sayo
Verde, tamaño girón.
Bueno, bueno, estoy ahora
Para azotarme».....
.....Dejó
De hablar Sancho, y al instante
El Duque alzando la voz
Replicóle:—Pues declaro,
Amigo Sancho, que yo
No enviaré á mis insulanos
Un malvado dictador
Que se haga sordo á las súplicas
Al llanto y á la aflicción
De la doncellez, echando
En saco roto, la voz
De sabios encantadores
Que acaso miran por vos
Más de lo que vos pensáis;
Y os afirmo en conclusión
Que ó vos tenéis que azotaros,
O os han de azotar, ó no
Seréis en toda la vida
Nombrado gobernador.
—Si al menos, replica Sancho,
Me diesen un día ó dos
Para consultar conmigo
Lo que estuviera mejor...
—Eso no, de ningún modo,
Merlín airado gritó,
Que en este punto, ahora mismo,
Se ha de arreglar la cuestión.
O Dulcinea se vuelve
A la cueva del señor
Montesinos, convertida
En horrible mascarón
Villanesco, ó la conduzco
Tal como está en mi veloz
Carroza, hendiendo el espacio
Llena de satisfacción,
Hasta los campos Elíseos
Donde esperará en mejor

Digitized by Google

Alojamiento, que acabe
Sancho su maceración.
—Sí, sí, dice la Duquesa,
Vos habláis con gran primor.
Vamos, Sancho, vamos, hijo,
Ya no más vacilación.
Por el pan que habéis comido
De vuestro digno señor
Don Quijote, á quien debemos
Cariño y admiración,
Haced algún sacrificio,
No le rechacéis por Dios;
Dad el sí de esta azotaina;
Vaya el diablo á su rincón;
Que un buen corazón quebranta
Mala ventura cual vos
Sabéis» . . . . . .
. . . . . Calló la Duquesa
Y Sancho Panza dobló
La hoja, diciendo al viejo
Merlín, con turbada voz:
—Cuando aquí vino aquel diablo
Correo, á mi amo dió
Cuenta de que Montesinos
Llegaba á darnos razón
De cómo y de qué manera
Se lograría mejor
El desencanto.—Y yo digo
Que estáis tocando el violón,
Responde Merlín; que el diablo
Es ignorante, hablador,
Y embustero; si aquí estuvo
Fué por enviarle yo;
Que Montesinos se halla
Encantado en el rincón
De su cueva; así, pues, Sancho,
Hacednos el gran favor
De dar el *sí* que esperamos
Y que ha de ser para vos
Conveniente y provechoso,
Pues tenéis la complexión
Sanguínea, y sacaros algo

Digitized by Google

De sangre, os pondrá mejor
El cuerpo; que en cuanto al alma
Nada digo, puesto que hoy
Por bueno y caritativo
Lograréis la salvación.
—Muchos médicos y tólogos,
Dice Sancho, he visto yo
Por el mundo; pero nunca
Creí que fuera dotor
Un mago; en fin, todos dicen
Que estoy en la obligación
De vapularme, y no quiero
Seguir diciendo que no.
Me daré tres mil trescientos
Azotes (azotes son!)
Mas con estas condiciones:
Que habré de dármelos yo
Cada y cuando bien quisiere
Sin que ajena intromisión
Me ponga tasa en los días
Ni en el tiempo, aunque yo doy
Palabra de hacer que pronto
Se pueda peinar al sol
Mi señora Dulcinea
Que hoy me parece mejor
Que yo me la imaginaba;
Y es precisa condición
También, que no he de sacarme
Jamás lleno de furor
Sangre con las disciplinas,
Y si hay azotes que son
A manera de mosqueo,
Por faltarme á lo mejor
Las fuerzas, han de tomármelos
En cuenta con precisión.
Item más: que si me errare
En el número, el señor
Merlín que lo sabe todo
Los cuente con precaución
Diciéndome los que faltan
O sobran.—Sobraros no,
Dice Merlín, que al instante

Digitized by Google

De acabarse la ración
Quedará desencantada
Dulcinea, y con amor
A daros vendrá las gracias
Y á premiar tan noble acción.
—Bien está, responde Sancho,
Ea! á la mano de Dios!
Yo acepto la penitencia
Aunque sea con dolor.»
Calló el escudero; al punto
En el bosque resonó
La música; disparáronse
Arcabuces en montón
Y Don Quijote abrazando
A Sancho con mucho amor
En su frente y sus mejillas
Mil ósculos imprimió,
En tanto que el alba bella
Con su encendido color,
Mientras las aves trinaban,
Cielo y tierra iluminó.

LXX

Una carta de Sancho.

Dice el sabio Cide Hamete
Que el papel de Dulcinea
Lo hizo un paje barbilindo
De condición muy traviesa.
Dice que fué un mayordomo
El que de Merlín hiciera,
Siendo el mismo, al propio tiempo
El gran director de escena
De aquel nocturno espectáculo
Entre sainete y tragedia.
Dice que al día siguiente
De celebrarse la fiesta
Hizo preguntas á Sancho

Digitized by Google

Algo graves la Duqnesa.
—¿Habeis comenzado, dijo,
La entretenida tarea
De la azotaina?—Ya hice
Algo, Sancho le contesta.
—¿Cuánto suman los azotes?
¿Habrán llegado á sesenta?
—Menos.—¿Cuarenta?—No tantos.
—¿Veinte?—Son muchos; que estas
Carnes mías no consienten,
Aunque otra cosa parezca,
Que las soben demasiado
Ni que nadie las ofenda.
—En fin, ¿cuántos fueron?—Cinco.
—¿Solo cinco?—No es friolera,
Que á cinco azotes por día
Se camina muy de priesa.
—¿Con qué os disteis?—Con la mano
Poniéndola un poco hueca,
Que eso de dar con el puño
O en plano, lástima fuera.
—Pues yo juzgo, Sancho, amigo
Tornó á decir la Duquesa,
Que jamás desencantada
Será Doña Dulcinea,
Si no haceis lo que merece
Dama de tan altas prendas.
No engañeis á Don Merlín,
Cumplidle vuestra promesa,
Porque él, que todo lo sabe,
Os ajustará las cuentas;
Y si vé que le engañais
Peligra vuestra cabeza.
Eso de daros palmadas
Deja de ser penitencia;
No os deis azotes tan blandos.
Daos cada día cincuenta
O ciento, y así podreis
Satisfacer vuestra deuda.
Proporcionaos una rama
De abrojos, y con resuelta
Intención, zurraos; que esto

Digitized by Google

Será zurra verdadera.
—Eso sí que no, señora,
Que aunque yo rústico sea
No he de dar la vida propia
Por salvar la vida ajena.
Lo mejor que puede hacerse
Es que me dé su grandeza
Algún ramal que apropósito
Para tales casos sea.
—Bien está, mañana mismo
Os haré la gran fineza
De daros, porque os aprecio,
Unas disciplinas nuevas
Que compré para azotarme
Los sábados de cuaresma,
Y que están acomodadas
A mi gran delicadeza.
—Aceto, responde Sancho,
Yo me azotaré con ellas.
Aunque declaro que son
De vidrio mis posaderas
Y temo que se me quiebren
Si doy con algo de fuerza.
Y ya que está concertado
Esto, digo á vuestra alteza
Que tengo escrita una carta
Para mi mujer Teresa
En la cual punto por punto
Le hago la referencia
De cuanto me ha sucedido
Desde la cruz á la fecha;
Es decir, desde que hicimos
Nuestra salida tercera
Yo y mi amo, á quien el cielo
Haga que el juicio le vuelva.
—¿Y en dónde teneis la carta?
—Aquí en el seno, y quisiera,
Puesto que aun no tiene el sobre,
Que la gran discreción vuestra
El contenido leyese
Para ver si está bien puesta
A uso de gobernador

Digitized by Google

Que es lo que más interesa.
—¿Y quién la notó?—Yo mesmo.
—¿La escribísteis vos?—Quisiera
Hacerlo; pero no pude
Porque no entiendo de letras,
Ni sé leer ni escrebir
Por no llevarme á la escuela;
Pero sé firmar.—¡Magnífico!
Dice alegre la Duquesa;
Venga la carta y veamos
Vuestro ingenio y suficiencia.
Tomóla al cabo, y estaba
Escrita de esta manera:

CARTA QUE DIRIGE SANCHO PANZA Á SU MUJER TERESA

«Si buenos azotes dábanme
Bien caballero me encuentran.
Si buen gobierno me tengo
Buenos azotes me cuesta.
Esto tú, Teresa mía,
Es posible no lo entiendas;
Pero otra vez lo sabrás;
Porque te digo, Teresa,
Que tengo determinado
Que andes en coche, pues esta
Es cosa que al caso hace
Y otro andar que ese no sea
Es andar tan solo á gatas
Que es postura muy molesta.
Mujer de un gobernador
Eres ya, ponte muy hueca,
Que nadie habrá de roerte
Los zancajos en tu ausencia.
Ahí te envío un buen vestido
Verde, de muy rica tela,
Que me dió para ir de caza
Mi señora la Duquesa.
Acomódale de modo
Que servir de saya pueda

Digitized by Google

Y de cuerpo á nuestra hija
Que estará como unas pelras
De mi señor Don Quijote
Dícese por estas tierras
Que es un pobre loco cuerdo
Y un mentecato de veras
Aunque gracioso, y lo mesmo
Dicen de mí malas lenguas.
Sabrás que uno de estos días
Hemos estado en la cueva
De Montesinos, y el sabio
Merlín, cobijó la idea
De echar mano á mi persona
Para que pronto se pueda
Conseguir el consabido
Descanto de Dulcinea
Del Toboso; que ahí se llama
Aldonza Lorenzo; y resta
Que me dé tres mil trescientos
Golpes en mis posaderas,
Descontándome los cinco
Que ya me dí á buena cuenta,
Para que la tal señora
Desencantada se vea
Cual la mismísima madre
Que la parió; y sé discreta
Y á nadie digas las cosas
Que te escribo en estas letras,
Que como dice el refrán
En cuanto pone cualquiera
Lo suyo en concejo, unos
Dicen que es blanco de veras,
Y otro que es negro; y en boca
Cerrada, moscas no entran.
Dentro de muy pocos días
Tengo por cosa resuelta
Que me partiré al gobierno
Donde el deseo me lleva
De hacer dinero, pues dicen
Que todos los que gobiernan
Por primera vez, no tienen
Mas imán que la moneda.

Digitized by Google

Tomaréle el pulso, y luego
Que veamos lo que presta
La cosa, darete aviso
De que vengas ó no vengas.
El rucio está sano y bueno
Y mucho se te encomienda;
Yo por mí no he de dejarlo
Aunque gran turco me hicieran.
La Duquesa mi señora
Mil veces tus manos besa;
Devuélvele tú el retorno
Con dos mil, pues nada cuestan,
Según mi amo asegura,
Tan comedidas finezas.
Sabrás que Dios no ha querido
Depararme otra maleta,
Con otro ciento de escudos
Como la que hallé en la sierra
De marras; mas no te apures,
Amantísima Teresa,
Que todo irá en la colada
Del gobierno, aunque da pena
El oir lo que me han dicho,
De que si el gobierno prueba
Me habré de comer las manos
Tras él; y no es cosa buena
Quedarme manco y tullido,
Aunque estos tienen su breva
Y calongía, pidiendo
Las limosnas que cosechan.
Así, pues, por una vía
O por otra, no padezcas,
Que en salvo está el que repica
Y tú tendrás la riqueza
Pronto, y la buena ventura
Que tu consorte desea.
Dios te la dé como puede
Y á mí me ponga en conserva
Para quererte y servirte
En todo lo que se ofrezca.
Desde este castillo, á veinte
De Julio de nuestra Era

Digitized by Google

Mil seiscientos y catorce.
Tu marido que te aprecia,
Gobernador, SANCHO PANZA.»

Esto leyó la Duquesa,
Y luego dijo riéndose:
—Mucho, Sancho, se clarea
Eso del hacer dinero
Que gran codicia revela;
Y vos sabéis que ella siempre
Rompe el saco, y que por ella
Se ha dicho siempre que quien
Mucho abarca, poco aprieta.
Mandarín avaricioso
No es difícil que se venda,
Y no hay honor ni hay justicia
Cuando el interés gobierna.
Y estos refranes que os cito
Los cito por que no crea
Que por no citar refranes
Soy una dama cualquiera.
Tampoco estoy muy conforme
Con que digáis á Teresa
Que el gobierno que os han dado
Buenos azotes os cuesta;
Pues ya sabéis que mi esposo
De él os hizo la promesa
Antes de que aquí viniese
La señora Dulcinea.
—Yo no lo digo por tanto,
Señora mía, contesta
Sancho; rásguese la carta
Para poner otra nueva
Si mi caletre no hace
Que salga mucho más huera.
—No, no, responde al instante
Con seriedad la Duquesa;
Que esta está bien y ahora mismo
Quiero que el Duque la vea.»
Dijo; y marchando á un jardín
Donde la comida espera,

Digitized by Google

Con Don Quijote y con Sancho
Charlaron de sobremesa.

LXXI

Trifaldin de la Barba Blanca.

Al alzarse los manteles
Escuchóse un lastimero
Rumor, que dejó confusos
A todos los que le oyeron.
Era el son triste y monótono,
Melancólico en extremo,
De dos cajas destempladas
Y un pífano chirriadero.
Los tres hombres que los tañen
Vienen vestidos de negro,
Y con otro que les sigue
Avanzan con pasos lentos.
Es este último un hombre
De tamaño gigantesco
Con una barba blanquísima
Que casi le cubre el cuerpo.
Con mucha prosopopeya
Acercóse al Duque, y luego
Quiso postrarse de hinojos;
Mas no se lo permitieron.
Entonces, con voz sonora
Que arrancó del ancho pecho,
Dijo:—Altísimo señor,
Yo soy Trifaldin, y tengo
Por mote el de Blanca Barba,
Siendo además escudero
De la Condesa Trifaldi,
A la cual también pusieron
El sobrenombre de Dueña
Dolorida; y aquí vengo
De su parte, á suplicaros
Que le deis unos momentos

Digitized by Google

De audiencia, no sin pediros
Antes con mucho respeto,
Que os digneis manifestarla
Si en este castillo vuestro
Está aquel jamás vencido
Valeroso caballero
Don Quijote de la Mancha,
Tras del cual viene corriendo
A pie, sin desayunarse,
Desde el apartado reino
De Candaya, sin que tenga
Mi señora más objeto
Que el de contarle las cuitas
Que há mucho viene sufriendo.
Y pues que dí mi embajada
La contestación deseo.»
Calló y respondióle el Duque:
—Há días, buen escudero
Trifaldin de Barba Blanca,
Que aquí noticias tenemos
Del infortunio terrible
Y de los trances adversos
Que abruman á la señora
Condesa, cuyos pies beso.
Sé que el nombre de Trifaldi
Le usurpan magos perversos
Que la hacen llamar la Dueña
Dolorida, escarneciendo
La elevación de su rango
Y la alteza de su ingenio.
Así, pues, podeis decirle,
Fiel servidor estupendo,
Que puede entrar cuando guste
Y que está aquí el caballero
Don Quijote de la Mancha,
Que siempre estará dispuesto
A servirla y ampararla,
Pues es generoso y bueno.
En cuanto á mí, nada os digo
Por ser excusado empeño
El afirmar que consagro
Cuanto valgo y cuanto puedo

Digitized by Google

Al servicio de las damas,
Y más aun cuando veo
Viudas menoscabadas
Y dueñas de tanto mérito.»
Dijo el Duque; Trifaldin
Llevó una rodilla al suelo
Y haciendo seña á sus músicos
Tal como entraron, salieron
Con pasos acompasados
Al son de sus instrumentos.
—Ya veis, ya veis, dijo el Duque
Al momento que se fueron;
Ya veis como vuestra fama
Llena todo el universo.
Seis días ha que aquí estais
Y en tan poquísimo tiempo
Vienen de tierras lejanas
A daros acatamiento,
No en magníficas carrozas,
Dromedarios, ni jamelgos,
Sino á pie, sin tomar antes
Un desayuno modesto.
¡Oh! mortal afortunado!
¡Oh! cumplido caballero!
—Tenéis razón, le contesta
Don Quijote satisfecho;
Y en verdad, que aquí presente
Quisiera en este momento
Ver al bendito eclesiástico
Que en la mesa muy colérico
Negaba las excelencias
Del ejercicio andantesco.
Venga, venga cuanto antes
La dueña, que yo le ofrezco
La intrepidez de mi espíritu
Y de mi brazo el esfuerzo.»

Digitized by Google

LXXII

La Condesa Trifaldí.

Con el rostro tapujado
Tras de espesísimos velos
Llegó por fin la Trifaldi,
Al son de sus instrumentos.
Doce dueñas la preceden
Todas con igual aspecto,
Y al fin formando dos filas
Ancha calle la ofrecieron.
Viene asida de la mano
De Trifaldín su escudero,
Y es asaz extravagante
El traje que tiene puesto.
Es de bayeta finísima
Negra cual ala de cuervo,
Y la cola ó falda forma
Tres triángulos perfectos.
Estas tres agudas puntas
Hallan seguro sustento
En las manos de tres pajes
También de luto cubiertos.
Al ver los Duques y el bravo
Don Quijote aquel dueñesco
Escuadrón que iba acercándose,
Los tres en pie se pusieron
Adelantándose algunos
Pasos, con muestras de afecto.
Entonces la Dolorida
Dueña, se inclinó hasta el suelo
Y doblando ambas rodillas
Dijo con hombruno acento:
—Por Dios ruego á sus grandezas
No hagan tan finos floreos
Para este indigno criado...
Digo, criada; que en esto

Digitized by Google

A causa de mi desdicha
Corresponderles no puedo.
—Sí tal, le contesta el Duque;
Que á mí me basta con veros
Para saber que sois hombre..,
Digo, hembra de provecho.»
Hablando así, de la mano
La condujo hasta un asiento
Al lado de la Duquesa
Que la miró sonriendo.
De esta suerte, sosegados
Guardaron todos silencio
En tanto que Sancho Panza
Con los ojos muy abiertos
Procuraba ver los rostros
Al través de aquellos velos
Tan tupidos, que no daban
Vislumbres para un remedio.
Tomó otra vez la palabra
La Condesa, y con acento
Cada vez más bronco, dijo:
—Abrigo el convencimiento
Firmísimo, mi buenísimo
Señor, y esperanza tengo,
Hermosísima señora
Y circunstantes discretos,
De que mi grande cuitísima
Ha de hallar en vuestros pechos
Excelentísimos, grato,
Suavísimo acogimiento.
Porque ella es tal, que es bastante
Para ablandar los aceros
De los endurecidísimos
Corazones más perversos.
Pero antes que saque á plaza
Mi historia, con mis lamentos,
Quisiera ser sabidora
Si se encuentra en este gremio
O corro, el acendradísimo
Finísimo caballero
A quien llaman Don Quijote
De la Manchísima, y creo

Digitized by Google

Que con él hallarse debe
Como sombra de su cuerpo
Su escuderísimo Panza.
—Ese Panza soy mesmésimo,
Responde Sancho con sorna;
Y aquí está callado y serio
El señor Don Quijotísimo,
Por lo cual podreis ponernos,
Dueñísima dolorísima,
En autos de todo aquello
Que decir quisieredísimis;
Pues nos hallamos dispuestos
Dispuestísimos á ser
Servidorísimos vuestros.» (14)
No bien pronunció el buen Sancho
Tan *rarísimos* conceptos,
Se dirigió Don Quijote
A la Dueña, y con acento
Dulce, y noble cortesía
Dijo que él era el sujeto
Que con tanto afán buscando
Venía desde tan lejos,
Y que por lo tanto no eran
Precisos tantos rodeos,
Captando benevolencias
Con preámbulos ajenos
A la condición piadosa
De un andante caballero
Que tenía por divisa
El proteger á los buenos
Y á los débiles que piden
Amparo y justicia.» Oyendo
Lo cual, quiso la cuitada
Besarle los pies primero
Abrazándole las piernas
Llena de agradecimiento.
Después, hablando con Sancho,
Le puso por medianero
Echándole tantas flores,
Tantos piropos y ruegos
Y exhalando tantos ayes
Que le conmovió hasta el tuétano.

Digitized by Google

—Por las barbas, le decía
De Trifaldín mi escudero,
Os suplico que rogueis
A vuestro señor y dueño
Que se apiade de mis cuitas;
Hacedlo, Don Panza, hacedlo,
Que vos sois muy nobilísimo
Amante del bello sexo.
—Yo de barbas no me cuido,
Dice Sancho, dejad eso,
Que si es Trifaldín barbudo,
Yo lo soy aunque en pequeño;
Y barbada quiero el alma
Para entrar bien en el cielo.
Por eso, sin socaliñas
Ni plegarias, hacer quiero
Lo que pide; que mi amo
Me estima; y estoy muy cierto
De que ahora me ha menester
Para un negocio muy serio,
Por lo cual mi mediación
Presente, tendrá más peso.»
Estas pláticas y otras
Causaban tanto contento
A los Duques, que la risa
Les retozaba en el cuerpo.
Gustábales cuanto hablaban
Don Quijote y su escudero,
Y aunque de aquella comedia
Eran los autores ellos,
Alababan la agudeza
Y el disimulo perfecto
Del que hacia de Trifaldi,
El cual se sentó de nuevo
Y á su tristísima historia
Dió el oportuno comienzo
Deleitando á los señores
Y á instancias del caballero.

Digitized by Google

LXXIII

Donde la Dueña Dolorida comienza su historia.

—Del reino vasto y famoso
Intitulado Candaya,
Que precisamente cae
Entre la gran Trapobana
Y el mar del Sur, á dos leguas
Mas allá del que se llama
Cabo Comorín, señora
Fué y augusta soberana
La reina Doña Maguncia
Que en edad poco avanzada
Quedó viuda del Rey
Archipiela, gran monarca
Que fué su señor y esposo,
Y del cual tuvo una infanta,
De su corona heredera
Que se llamó Antonomasia.
Esta linda princesita
Bajo mi tutela estaba
Por ser yo la más antigua
Y la más calificada
De *todísimas* las dueñas
Que servían en su casa.
Y yendo y viniendo días
Creció al fin la regia *vástaga*
Hasta acercarse á los quince
Que es la edad más delicada.
No era tonta la mocosa,
Sino discreta y bizarra,
Y era su faz divinísima
Alegre como unas pascuas.
Las más bellas de su reino
El palmito le envidiaban
Y cien príncipes vinieron

Digitized by Google

A pedir su mano blanca.
Mas ¡ay! que un caballerísimo
Particular, por desgracia
Osó levantar sus ojos
A su hermosura sin tacha,
Fiado en la gentileza
Que el pícaro demostraba
Cuando cantando unas trovas
Ó tocando una guitarra
bailando seguidillas,
Ó haciendo preciosas jaulas
Para pájaros, que eran
Un prodigio por lo raras,
Mujeriles corazones,
El tuno tras sí llevaba.
Ay! yo me ví vencidísima
Por todas aquellas gracias,
Y al escuchar las canciones
Y al recibir unas dádivas
De aquel poeta maldito,
(Con decir poeta basta),
Me convine en ser tercera
De sus amorosas ansias
Poniendo al tal Don Clavijo,
Que así el bribón se llamaba,
En amoroso contacto
Con la pobre Antonomasia.
Grande fué sin duda alguna
Mi pecado, que era infanta
Nada menos, y heredera
Del gran reino de Candaya
La que obtuvo un pelagatos
Que no tenía una blanca
Ni donde caerse muerto
A no ser sobre sus trampas.
Y así pasaron los días
Cubriendo yo la maraña
Con sagacidad y tacto;
Mas ¡ay! por nuestra desgracia
No sé qué hinchazón de vientre
Nos llenó á todos de alarma.
Era preciso casarlos

Digitized by Google

A escape, y nos dimos traza
Para ello, simulando
Una cédula firmada
Por la niña, en que decía
Que por esposa se daba
A Don Clavijo; leyó
Estas letras de la infanta
El Vicario; y confesando
Ella del todo su falta,
Dispuso la Vicaría
Que fuese depositada
En casa de un alguacil
De corte.—Luego en Candaya,
Dice Sancho, hay alguaciles
Y poetas, y guitarras
Y siguidillas, lo mismo
Que suele haber en la Mancha?
Ya veo que todo el mundo
Es uno, la cosa es clara;
Mas siga vuestra merced
Su historia, que es algo larga,
Y ansioso estoy porque llegue
Presto, al fin de la jornada.»
—Sí haré, dice la Condesa,
Y con el fin de abreviarla
Os diré que vino un pleito
En que hubo muchas demandas
Y respuestas; pero al cabo
Al advertir que la infanta
Se estaba siempre en sus trece
Y que tenaz confirmaba
Su declaración primera,
Tuvo al fin que sentenciarla
El Vicario, á ser esposa
De Don Clavijo; y fué tanta
La ira que sintió la reina
Doña Maguncia, y tal rabia
Le dió, que de allí á tres días
Fuímos todos á enterrarla.
—Debió de morir sin duda,
Dice Sancho.—Es cosa clara,
Responde con impaciencia

Digitized by Google

Trifaldin de Barba Blanca;
Que nunca enterramos vivos,
Sino muertos en Candaya.
—Pues yo, señor escudero,
Vuelve á observar Sancho Panza,
Os diré que ya se ha visto,
Según la historia declara,
Enterrar á un desmayado
Creyendo que muerto estaba.
Además, que según tengo
Por cosa patente y clara,
La reina Doña Maguncia
Estaba más obligada
A desmayarse algún rato
Que no á morirse por nada.
Si su hija hubiera sido
Esposa de un papanatas,
De un pajecillo, de un pinche,
Como diz que fueron tantas,
El daño mayor sería;
Pero verla desposada
Con un gentil caballero
Que tanto bizarreaba
Como ese señor Clavija
Ó Clavijo; por mi ánima
Juro que no me parece
Cosa demasiado mala
Para morirse una reina
Hembra, viuda ó casada.
De un hombre tan entendido,
Que así tañe una guitarra,
Como endereza una trova,
Como fabrica una jaula,
Es posible esperar mucho;
Que según mi amo declara
De un letrado salir puede
Un Obispo y hasta un Papa,
Y de cualquier caballero,
Sobre todo si es de andanzas,
Emperadores y reyes.
¿No es verdad, señor del alma?
—Razón tienes, Sancho, (dice

Digitized by Google

Don Quijote), en cuanto hablas;
Porque un caballero andante
Si su estrella no es avara,
Está en potencia propíncua
De ser gran señor; mas calla
Y callemos, que con estas
Digresiones, no se acaba
Esta historia peregrina
De que está suspensa el alma.
Continúe la señora
Dolorida lo que falta,
Que sin duda será amargo.
—Decís muy bien; tan amarga
Es su conclusión, responde
La Condesa, que ella basta
Para que parezca dulce
La tuera, si la comparan
Con ella; y ahora escuchadme
Si hablar me dejan mis lágrimas.»

LXXIV

El gigante Malambruno.

Después de tomar aliento
Durante una breve pausa
Así dijo la Trifaldi
Fingiéndose acongojada:
—Muerta ya Doña Maguncia,
Que ojalá se desmayara,
Llevámosla al cementerio
Metidita en una caja.
Mas ¡ay! que apenas llenamos
De tierra su fosa helada,
Aparecióse en el aire
Como si fuera un fantasma
El gigante Malambruno,
Hombre de muy fosca cara
Que en alígero caballo

Digitized by Google

De madera, cabalgaba.
Es este gigante, primo
Cormano de la finada,
Un cruel encantador
Amigo de la venganza.
Por esta razón, valiéndose
De sus negras artes mágicas
En una mona de bronce
Trocó al punto á Antonomasia,
Convirtiendo en cocodrilo,
Tan grande que el verlo espanta,
A Don Clavijo; poniendo
Entre aquellas dos estatuas
Un padrón, con un letrero
Escrito en lengua siriaca
Que dice así traduciéndolo
A la vuestra castellana:
«No cobrarán su primera
Forma, ni en cuerpo ni en alma,
Estos osados amantes
Que á la Reina madre acaban,
Hasta que el muy valeroso
Héroe nacido en la Mancha
Venga conmigo á las manos
En muy singular batalla;
Advirtiendo que á él tan solo
Tal aventura le guardan
Los hados, porque corone
Sus inmortales hazañas.»
Miró Don Quijote á Sancho;
Sancho al cielo dando gracias;
Y los Duques contenían
A duras penas sus ganas
De reir; mas prosiguiendo
La Dueña su imaginaria
Historia, dijo:—No bien
Malambruno hizo su mala
Acción, dejando encantados
A Clavijo y á la infanta,
Sacó un alfanje mayúsculo
De su larguísima vaina
Y asiéndome por el pelo

Digitized by Google

Quiso segar mi garganta.
Turbéme y quedé mohina;
Mas al fin arrodillada
A sus pies, tanto le dije
Y le rogué con palabras
Tembladoras y sumisas,
Que logré templar su saña.
Suspendió su cruel sentencia,
Pero haciendo ciertas cábalas
Trajo á su presencia al punto
Todas las dueñas que estaban
En palacio, y que son estas
Que vienen en mi compaña.
Exageró nuestras culpas,
Vituperó nuestras trazas,
Y haciendo que todas fuesen
Responsables de mis faltas,
Díjonos que no quería
Por compasión castigarlas
Con la pena capital,
Sino con otras más largas
Que nos diesen una muerte
Civil, lenta y continuada.
Y al decir esto ¡Dios mio!
Sentimos... ¡Jesús me valga!
Sentimos que se entreabrían
Los poros de nuestras caras
Y que unas puntas de agujas
Invisibles nos punzaban.
Acudimos con las manos
A los rostros y.... ¡oh desgracia!
Nos hallamos cuál ahora
Vais á ver: desfiguradas!»
Al decir así la triste
Dolorida, y las tapadas
Dueñas, simultáneamente
Los antifaces se arrancan
Descubriéndose los rostros
Todos poblados de barbas,
Cuales rubias, cuales negras,
Cuales grises, cuales blancas;
De cuya vista pasmáronse

Digitized by Google

Los Duques, tuvieron lástima
Don Quijote y el gran Sancho
Quedando cuantos estaban
Presentes, yertos y atónitos
Sin decir ni una palabra.
—Esta, señores, prosigue
La Trifaldi, es la venganza
Que el follón de Malambruno
Sobre nosotras tomara,
Este es el fiero castigo
Que nos hace desgraciadas.
¡Valiera más que á cercen
El cuello nos rebanara!
Porque ¿á dónde? ¿á dónde iremos
Nosotras con estas fachas
Que no nos den con las puertas
En estas peludas caras
Que antes de nuestro embarazo
Eran mórbidas y blancas?
¿Qué madre querrá acogernos?
¿Qué padre querrá su casa
Confiarnos, ni qué hijas
Querrán tener confianza
En nosotras, si no miran
Nuestro sexo? ¡ay desdichadas
Compañeras! ¿qué menjurges
Podrán ponernos más guapas
Quitándonos estas borras
Tan espesas y tan largas?
En mal hora, en hora triste,
Dueñas mias de mi alma,
Fuimos ¡ay! por nuestros padres
Concebidas ó engendradas!
Esto dijo la Trifaldi,
Y se quedó desmayada
Mientras que Sancho decía:
—Por la fe de cuantos Panzas
Hubo en mi familia, juro
Puesta la mano en la espada
De mi señor, que no he visto
Ni oído, cosa más rara.
Pudiera el vil Malambruno

Digitized by Google

Que tales bromitas gasta
Quitarles media nariz
Aunque las pobres hablaran
Gangoso, pero ponerlas
Unas semejantes barbas
Es una barbaridad
Propia de gentes muy bárbaras.
Y si bien hay un adagio
Que afirma que á poca barba
Poca vergüenza, y se dice
De tal barba tal escama,
Y pon la tuya en remojo
Si al vecino ves pelarlas,
Otro refrán hay que dice
Callen barbas y hablen cartas.
Por estas y otras razones
Que por sabidas se callan,
Apostaré que no tienen
Hacienda bastante en casa
Para pagar al barbero
Que tenga que desbarbarlas.
—Es verdad, señor, replica
Una de las doce; es tanta
Nuestra penuria, que apenas
Tenemos para mondárnoslas.
Y si el señor Don Quijote
De nosotras no se apiada,
A la sepultura iremos
Llevando pelos por palmas.

LXXV

Clavileño el Alígero.

No bien oyó el caballero
Las anteriores palabras
Dijo:—Yo me pelaría
Estos que llevo en mi cara
Si de remediar las vuestras

Digitized by Google

Hoy no tuviese esperanza.
Volvió en sí la Dolorida
Y dijo con cierta gracia:
—El retintín de esa dulce
Promesa me vuelve el habla
Y así de nuevo os suplico,
Inclito andante, sagrada
Columna del valor cívico
Y sol que ilumina el mapa,
Que realiceis prontamente
Esa promesa tan grata.
—Vos direis, señora mía,
Qué es lo que quereis que haga.
—Es el caso, le responde
La dueña regocijada,
Que del lugar en que estamos
Hasta el reino de Candaya
Median, si se va por tierra,
Cinco mil leguas cuadradas;
Pero yendo por el aire
Y por línea recta exacta,
Hay tres mil doscientas veinte
Y siete, bien calculadas.
Debo también advertiros
Que al salir yo de mi patria
Díjome el fiero gigante
Malambruno:—Id confiada
En que hallareis á ese héroe
Que es el terror de la Mancha.
Entonces, cuando el destino
Favorable, ver os haga
Su arrogante catadura,
Le direis en confianza
Que estoy dispuesto á prestarle
Para que el viaje haga
Con seguridad, salvando
Veloz tan grandes distancias,
El caballo de madera
Que vuela sin tener alas,
Y es el mismo que usó Pierres
Cuando se llevó robada
A la linda Magalona

Digitized by Google

Subida sobre las ancas.
Decidle que el tal caballo,
Que yo me apropié con maña
Hízole el sabio Merlín
Poniendo en su frente ancha
Una clavija que sirve
De freno, y rige su marcha.
Y vá con tal ligereza,
Que del Potosí hasta Francia
Me lleva en un periquete
Sin comer, sin dormir nada,
Caminando tan sereno
Que aunque su ginete traiga
Una taza entre sus manos
Llena hasta el borde de agua,
Ni la taza se ladea
Ni una gota se derrama.
—Para ir bien reposado,
Observa el buen Sancho Panza,
No hay nadie como mi rucio,
Que aunque en el aire no anda
Yo le cutiré con cuantos
Por la tierra andando vayan.»
Riéronse los que oyeron
Tal salida de pavana,
Y la dueña Dolorida
Continuó su perorata
Diciendo:—Y este caballo,
Si á Malumbruno la gana
Le da de hacer que termine
Nuestra terrible desgracia,
Antes que sea media hora,
Después de la noche entrada,
Estará en nuestra presencia
Si me cumple su palabra
El gigante.—¿Y cuántos caben
En él, dice Sancho Panza?
—Dos personas; la una en silla;
La otra sobre las ancas;
Que por regla general
Y según antigua usanza
Son el amo y escudero

Digitized by Google

Si no hay doncella robada.
—¿Y puedo saber, señora
Dolorida, cómo llaman
A ese caballo? pregunta
Sancho otra vez.—Si no es flaca
Mi memoria, dice ella,
Con sus condiciones cuadra
Muy bien el nombre, pues llámanle
Por su clavija y su rara
Velocidad, Clavileño
El Alígero.—Sí encaja,
Dice Sancho; y ya quisiera
Verlo; pero no me agrada
La idea de ir en su silla
Ni de subirme en sus ancas,
Que eso sería pedirle
Al olmo peras ¡caramba!
Bueno es, que á duras penas,
Pueda ir sobre la albarda
De mi rucio; pero eso
De montarse en duras tablas
Sin llevar un mal cogín
Ni una mísera almohada,
Dénselo á otro, que yo
No me he de moler por barbas
Más ó menos, y quien quiera
Quitárselas de su cara
Rápese bien si le viene
A cuento, y si no dejárselas.
Así, pues, digo y sostengo
Que en travesía tan larga
Ni acompaño á mi señor,
Ni quito ni pongo nada.
Cuanto más que yo no debo
Andar rapando estas barbas,
Pues en el deber estoy
De dejar desencantada
Prontamente á mi señora
Dulcinea.—Es una lástima,
Le responde la Trifaldi;
Que esteis en esa ignorancia
Porque tengo que deciros

Digitized by Google

Que sin vos no haremos nada.
—Aquí del Rey, grita Sancho;
Esto es cosa de que arda
Un hombre; ¿dónde se ha visto
Que llevándose la fama
Solitos los caballeros,
El pobre escudero vaya
A sufrir penas y sustos
Para darles más membranza?
¿Cuándo los historiadores
Que hasta el cielo los levantan
Hacen mención de las pobres
Escuderiles hazañas?
Ellos escriben á secas:
«Paralipómenon, alias
Tres estrellas, concluyó
Esta ó la otra batalla,»
Sin citar nunca los nombres
De los que ayuda le daban.
Así, pues, mi señor puede
Ir solo, que él solo basta
Para alcanzar su victoria
Que buen provecho le haga,
Pues según un refrán dice,
Más sabe el loco en su casa
Que el cuerdo en la ajena, y tengo
Por verdad averiguada
Que el buey suelto bien se lame,
Y amor con amor se paga,
Y el que solo se gobierna,
Tiene su alma en su palma.
Yo entretanto aquí me quedo
Para mejorar la causa
De la simpar Dulcinea,
Dándome tal azotaina
Que no me la cubra el pelo
Hasta ser desencantada.
—No hareis tal, responde el Duque,
Que hay aquí gentes cristianas,
Que os rogarán no dejeis
A estas señoras barbadas.
—Aquí del Rey otra vez!

Digitized by Google

El valiente Sancho exclama;
¡Vaya unas lindas doncellas
Las que quieren dejar salvas
De pelos! por vida mia
Que las dueñas me estomagan
Y que me importa un comino
Que estén peludas ó calvas
Desde las más melindrosas
Hasta las más repulgadas.
—Muy mal quereis á las dueñas.
—Quien no las conozca, vaya
Y las compre, que yo entiendo
Sus embustes y sus cábalas,
Sus tretas, y sus enredos,
Sus afeites y sus lacras.
—Sois intolerante, Sancho,
Dice la Duquesa; en casa
Tengo yo dueñas dignísimas
Que no tienen tales maulas;
Y apelo á Doña Rodriguez
Que cerca de vos se halla
Y que no ha de desmentirme
Lo que diga en su alabanza.
—Déjelo Vuecencia, déjelo,
La aludida dueña exclama;
Que Dios que nos trajo al mundo
Sabe leer en las almas,
Mejor que ese pecador
Que con tal desdén nos trata.»
Oyendo lo cual, el bravo
Don Quijote se levanta
De su asiento, y dice:—Calme
Doña Rodriguez sus ánsias;
Y la señora Trifaldi
Y compañía, sus lágrimas
Enjuguen; que justo el cielo
Hoy por mí quiere ampararlas.
Sancho hará lo que yo mande
Pues tiene buenas entrañas,
Y si viene Clavileño
Y me llevan á Candaya

Digitized by Google

Y riño con Malambruno,
Yo sé que no habrá navaja
Más perfecta que os rasure
Como mi tajante espada
Rapará la vil cabeza
Del que os puso así las caras.
—Oh! sí, sí, Dios os bendiga,
Con voz temblorosa exclama
La Trifaldi; las estrellas
De las regiones fantásticas
Celestes, os acompañen
Y os den próspera jornada,
Para que seais escudo
Y amparo de la desgracia
Del vituperoso y débil
Género dueñesco, fábula,
Blanca y teruelo de pajes
Escuderos, y otras varias
Personas que se deleitan
Cuando la piel nos arrancan.
Mal haya mil y mil veces
La estúpida, la bellaca
Que no se metió á ser monja
Antes que á dueña y esclava.
Oh! gigante Malambruno,
Cúmplenos hoy tu palabra,
Que si entra el calor y duran
Tan espesísimas barbas,
¡Guay mil veces de nosotras!
Moriremos asfixiadas.»
Esto dijo la Trifaldi
Con tal duelo y pena tanta,
Que hasta en los ojos de Sancho
Brotaron piadosas lágrimas.
Y dice además la crónica
Que en el fondo de su ánima
Se propuso ser magnánimo
Siguiendo la ruta rápida
Que al Clavileño el Alígero
Trazaran las artes mágicas,
A fin de dejar incólumes

Digitized by Google

A aquellas dueñas fantásticas,
Inverosímiles pécoras
Por las cuales sintió lástima.

LXXVI

Vacilaciones.

En esto llegó la noche
Y después de pasar media
Hora, en el jardín magnífico
Cuatro salvajes penetran.
Vienen los tales despacio,
Vestidos de verde yedra
Y sobre sus hombros traen
Un caballo de madera.
De pies pónenle en el suelo;
Se vé su gran corpulencia
Y Sancho siente al mirarle
Algo que le desalienta.
Después uno de los cuatro
Salvajes, así se expresa:
—Súbase sobre esta máquina
El que buen ánimo tenga.»
A lo cual, responde Sancho:
—Eso, conmigo no reza,
Que ni tengo ánimo bueno
Ni soy caballero en regla.
Desentiéndese el salvaje
Y añade con voz más hueca:
—Suba, suba el caballero,
Si su valor no flaquea,
Y ocupe luego las ancas
De tan prodigiosa bestia
Su escudero, si lo tiene;
Y esté seguro y advierta
Que en tan larga travesía
No habrá nadie que le ofenda.
Debiendo tener presente

Digitized by Google

Que para dejar la tierra
Y atravesar el espacio
Y subir á la alta esfera,
No hay más que torcer un poco
Esta clavija que lleva
En el cuello, moderando
La marcha, ó dándole fuerza.
Y atendiendo á que el camino
Tiene muchísima alteza
Y sublimidad, se advierte,
O mejor dicho se ordena,
Que para evitar vahidos
Y trastornos de cabeza,
Deben cubrirse los ojos
Con una tupida venda
Hasta que relinche Alígero
Al acabar su carrera.»
Esto dice aquel salvaje
Y con gran prosopopeya
Los cuatro se van al punto
Por donde mismo vinieran.
Entonces la Dolorida,
Triste y en llanto deshecha,
Dirigiéndose al hidalgo
Háblale de esta manera:
—Por fin, noble y valeroso
Caballero, sus promesas
Cumplió el feroz Malambruno;
Ya el caballo ahí os espera;
Nuestras barbas crecen, suben,
Y con cada pelo de ellas,
Te suplicamos nos dejes
Rapadas y satisfechas.
Ponte sobre Clavileño,
Tu fiel escudero lleva
Que te guarde las espaldas,
Y Dios bendiga tu empresa.
—Yo lo haré de buen talante,
Don Quijote le contesta.
—Pues yo no, replica Sancho;
Que quiero quedarme en tierra.
Bien está San-Pedro en Roma;

Digitized by Google

Quien mucho abarca no aprieta,
Y es muy seguro mentir
El mentir de las estrellas.
¿Soy yo brujo para andarme
Corriendo de Ceca en Meca
Por encima de las nubes
Sin temor y sin vergüenza?
¿Qué dirán mis pobrecillos
Insulanos, cuando sepan
Que su buen Gobernador
Por los aires se pasea?
¿Quién me dice á mí que habiendo
Tres mil y doscientas leguas
De aquí á Candaya, no puede
Lastimársele una pierna
Al caballo, ó enfadarse
Malhombruno, y que no sea
Esto ocasión para estarnos
Parados, media docena
De años, sin que al volver
Otra vez por estas tierras
Haya ínsulas ni ínsulos
Que me conozcan siquiera?
—Eso no, replica el Duque,
Que en cualquier tiempo que sea
El regreso, yo os respondo
De que la ínsula es vuestra,
Si bien ahora os suplico
Que nos hagáis la fineza
De correr esta aventura
Que en el alma me interesa.
—No más, señor, dice Sancho;
Hágase lo que desea,
Que soy un pobre escudero
Y llevar no puedo acuestas
Tantísimas cortesías
Y súplicas tan discretas.
Monte á caballo mi amo;
Tápenme estos ojos, venga
Lo que Dios fuere servido;
Y cuando subir me vean
Por esas altanerías,

Digitized by Google

Suplícoles que me adviertan
Si á Dios debo encomendarme
O pedir que me protejan
Los ángeles.—Vamos Sancho,
Dice la Trifaldi, tenga
Valor y fé, que el gigante
Malambruno, tiene prendas
Regulares, y aunque es brujo
Es cristiano y se maneja
Con mucha sagacidad
Y hasta con mucha conciencia,
Sin que en sus encantamentos
Nunca con nadie se meta.
—Siendo así, Dios nos ayude,
Nos ampare y favorezca.
—Nunca, exclama Don Quijote,
Desde la aventura aquella
De los batanes, he visto
A Sancho con tanta pena
Y tanto temor; y juro
Que si yo agorero fuera
Al verle tan pusilánime
Sentiría cosquillejas
En el ánimo; llegaos
Aquí, Sancho, con licencia
De estos señores, y oidme
Cuanto yo os diga á la oreja.»
Diciendo esto, apartáronse
A un lado de la arboleda
Y tomándole ambas manos
Dijo Don Quijote:—Observa,
Sancho hermano, que nos miran
Y que no es ocasión esta
De que nos vean cobardes,
Lo cual sería gran mengua;
Ten también presente el largo
Viaje que nos espera
Y que sólo el cielo sabe
Cuándo será nuestra vuelta
Ni el espacio que nos dejen
Imprevistas contingencias;
Por estas y otras razones,

Digitized by Google

Yo, Sancho mío, quisiera
Que ahora te retirases
En tu aposento, con cierta
Diplomacia, aparentando
Que vas á buscar cualquiera
Cosa necesaria para
El camino, y con aquellas
Disciplinas que te ha dado
La compasiva Duquesa,
En un dácame las pajas,
Te dieses á buena cuenta
De los tres mil y trescientos
Azotes que nos adeudas,
Siquiera quinientos; que esto
Descargará tu conciencia
Y dados te los tendrás;
Que todo aquel que comienza
Una cosa, está ya en vías
De concluir lo que resta.»
Esto dice Don Quijote
Con voz suplicante y trémula,
Y Sancho que está indignado
De este modo le contesta:
—Por Dios que vuesa merced
Me quiere chiflar de veras
Y debe de ser menguado
De los pies á la cabeza.
Esto es lo mismo que aquello
Que dice «me ves con priesa
Y doncellez me demandas;»
La cosa malicia encierra.
¿Ahora que tengo de ir
Sentado en dura madera,
Pretende vuesa merced
Que en las posas me abra grietas?
Vamos, señor, vamos presto
A redimir á esas dueñas,
Que al volver yo le aseguro
Azotarme con tal priesa
Que he de dejarle contento,
Y no digo más.—Con esta
Seguridad, Sancho amigo,

Digitized by Google

Se mitiga mi impaciencia
Pues creo que cumplirás
Esa solemne promesa.»
Diciendo así, dirigiérons e
Al caballo de madera
Donde los dos se colocan
Mientras los ojos les vendan.

LXXVII

Viaje aéreo.

Recordando Don Quijote
Que allá en los pasados tiempos
Un caballo de madera
A Troya dió acabamiento,
Quiso registrar el vientre
Del famoso Clavileño;
Mas la Trifaldi le dijo:
—Vuestra merced no haga eso,
Que yo respondo de todo
Y el caballo viene bueno.»
No quiso insistir el digno
Pundonoroso manchego,
Y fué á apretar la clavija
Que sirve de rienda y freno
Al gran corcel; pero Sancho
Dijo bajando el pañuelo
Que los ojos le tapaba:
—Puesto que partir tenemos
A los altos andurriales
Donde se forman los truenos
Los rayos y los relámpagos,
Los granizos y los hielos,
Suplico á vuestras mercedes
Que en este trance tan serio
Recen por mí sendas Aves
Marías, y algunos sendos
Pater nostres que me sanen

Digitized by Google

El alma si muere el cuerpo.
—Por vida de mi señora,
Dice el hidalgo colérico,
Que este ladrón se figura
Que van á ahorcarle ahora mésmo,
Sin mirar que en estas ancas
Puso sus términos medios
La celestial Magalona
Que empuñó más tarde un cetro.
Cúbrete, menguado, cúbrete,
Que parece tienes miedo
Y de tí van á reirse;
No tiembles que yo no tiemblo
Aunque ocupando esta silla
Impávido, fuerte, intrépido,
Al gran Pierres sustituyo
Y al gran Pierres me parezco.
—Tápenme, responde Sancho,
Que puesto que hablar no puedo,
Ni rezar, ni que me recen,
Quiero afirmar por lo menos
Que alguna legión de diablos
Ha de dar con nuestros cuerpos
En Peralbillo» . . . . . .
. . . . . Tapáronle;
Don Quijote dió un meneo
A la clavija, y apenas
En ella puso los dedos,
Cuando las dueñas y todos
Los presentes, gritos dieron
Exclamando:—Dios te guíe,
Hidalgo de pelo en pecho!
Dios sea mil veces contigo
Incomparable escudero!
Ya vais, ya vais esos aires
Con velocidad hendiendo;
Ya mil gentes os contemplan
Desde innumerables pueblos.
Tente, valeroso Sancho,
Que bamboleas el cuerpo
Y vas á ser nuevo Icaro
Que venga á estrellarse al suelo.

Digitized by Google

Oyó Sancho aquellas voces,
Y estupefacto, ciñendo
A su amo con los brazos,
Dijo:—¿Cómo afirman éstos
Que á tan alto hemos subido
Y que ya estamos tan lejos,
Si hasta aquí llegan sus voces
Cual si á su lado estuviésemos?
—No repares en tal cosa,
Sancho, contesta su dueño,
Que en estas volaterías
El que más mira ve menos.
Y como todo se hace
Por arte de encantamento,
Verás y oirás á mil leguas
Los rumores más ligeros.
Y por Dios no aprietes tanto,
Que me sacas de mi asiento.
Yo no sé por qué te turbas
Y así te falta el denuedo
Cuando nunca hemos montado
Un caballo tan sereno
Como aqueste; pues parece
Que casi no nos movemos
Cuando vamos viento en popa.
—Sí, por la popa lo siento,
Responde Sancho; y soplándome
Viene de un modo tan recio
Que parece que mil fuelles
Me están aventando el cuerpo.»
Esto dice Sancho Panza
Y esta vez está en lo cierto,
Que unos grandísimos fuelles
Les soplaban en efecto,
Estando tan bien trazada
Por los Duques y el travieso
Mayordomo, la aventura,
Que nada echaron de menos.
Sintió el hidalgo los soplos
Y dijo:—Según preveo,
Sancho mio, ya nos trajo
El diantre de Clavileño

Digitized by Google

A la segunda región
Del aire; y si así corremos,
Pronto iremos á parar
A las regiones del fuego,
Sin que yo á templar acierte
Esta gran clavija ó freno
A fin de que no subamos
A donde nos abrasemos.»
Esto dice Don Quijote
Y apenas pronuncia esto,
Unas ligeras estopas
Junto á su rostro encendieron.
Sintió el calor Sancho Panza
Y dijo en son lastimero:
—Que me maten si no estamos
Ya en el lugar de los truenos
Y rayos; pues media barba
Se me chamuscó; y sospecho
Que haré bien en destaparme
Los ojos y ver yo mesmo
Dónde estamos, para huir
A mil leguas del incendio.
—No hagas tal, dice el hidalgo;
Y recuerda el verdadero
Cuento del buen Licenciado
Torralba, al cual condujeron
Los diablos sobre una caña
En volandas, y ligero
Fué á Roma y volvió á Madrid
En doce horas ó menos,
Siempre cerrados sus ojos,
Que sola una vez se abrieron
Y estuvo á punto de ser
Triste víctima del vértigo
Que sintió; vamos andando;
Que pronto tal vez caeremos
Sobre el reino de Candaya
Que no debe de andar lejos.
—Bien está; responde Sancho;
Lo único que sostengo
Es que la linda Melona
O Magalona, el pellejo

Digitized by Google

Debió tener más curtido
Y más batido que un cuero;
Pues ya están mis posaderas
Que las siento y no las siento.»
Todas estas graves pláticas
Están los Duques oyendo
Con los demás circunstantes
Que se sienten muy contentos
Y á mandíbula batiente
Se rien como unos necios.
Mas al fin á la aventura
Trataron de poner término
Disparando el trueno gordo
Que en verdad no fué mal trueno.
Con encendidas estopas
La cola de Clavileño
Prenden, y estalla el caballo,
Pues está su vientre lleno
De cohetes tronadores
Que al dispararse, le hicieron
Volar antes por los aires
Cayendo después al suelo
Con Don Quijote y con Sancho
Chamuscados y maltrechos;
Lo cual nos parece indigno,
Brutal, reprobable y feo,
Aunque aplauda Cide Hamete
Y los Duques lo hayan hecho.

LXXVIII

Lo que Sancho vió en el cielo.

Por dicha de Don Quijote
Y de su fiel compañero,
Al caer con el caballo
El cráneo no se rompieron,
Siendo en verdad maravilla
El que quedaran ilesos.

Digitized by Google

Por el pronto, según cuenta
La historia, desparecieron
Del jardín, todas las hembras
Barbudas, llevando enmedio
A la Dueña Dolorida,
A Trifaldin su escudero,
A sus pajes y á sus músicos,
Mientras que en el mondo suelo,
Llevando más adelante
La burla y el fingimiento,
Quedáronse desmayados
Tendidos y como muertos
La Duquesa, el Duque y todos
Los que allí estaban con ellos.
Don Quijote y Sancho Panza
Se levantaron y vieron
Con asombro, que se hallaban
En el punto verdadero
De su partida; y buscando
Con la vista otros objetos,
Creció más y más su asombro,
Que llegó á rayar en miedo,
Al encontrar tanto número
De individuos de ambos sexos
Como por tierra yacían
Faltos de conocimiento.
Y esta admiración de punto
Subió, cuando descubrieron
En un lado del jardín,
Un gran lanzón, donde puesto
Habían un pergamino
Con el siguiente letrero:
«El ínclito, el esforzado,
»El varonil y estupendo
»Don Quijote de la Mancha,
»Ha logrado poner término,
»Tan sólo con intentarlo,
»A su noble y bravo empeño
»De acabar esta aventura
»Que era de un cariz muy feo.
»El gigante Malambruno
»Se da por muy satisfecho,

Digitized by Google

»Y la Condesa Trifaldi
»Y las dueñas de su séquito
»Están ya lisas y mondas
»Sin que les estorbe un pelo.
»Y los reyes Don Clavijo
»Y Antonomasia, se han vuelto
»A su estado primitivo,
»Gracias al buen caballero
»Que será feliz tan pronto
»Como acabe el vapuleo
»Escuderil, que no debe
»Prolongarse mucho tiempo.»
Con tal lectura, el hidalgo
Sintió ensancharse su pecho
Y dirigiéndose al Duque
Que estaba inmóvil y tieso
Al lado de la Duquesa,
Tomó su mano, diciendo:
—Ea, buen señor, buen ánimo,
Hecho ya se halla lo hecho,
Ya concluyó la aventura;
Ya el gigante tuvo miedo
Según puede colegirse
Por el cartel que allí vemos.»
Al oir estas palabras
Los Duques en sí volvieron,
Y poquito á poco, en todos
Cesó el desvanecimiento;
Pero ponderaron mucho
La magnitud del suceso
Y el valor de Don Quijote
Y la acción del escudero.
Leyó el Duque el contenido
Del cartel, y al punto abriendo
Sus brazos á Don Quijote
Le apretó gozoso el cuello,
Diciéndole que no hubo
Otro tal en ningún tiempo.
Entretanto Sancho Panza
Buscaba con ojo inquieto
A la Dueña Dolorida
Por ver si estaba más bello

Digitized by Google

Su rostro limpio y mondado
Que lo estaba con sus pelos;
Pero indicáronle todos
Que era ya inútil su intento,
Pues tan pronto como á tierra
El caballo vino ardiendo,
El escuadrón de las dueñas
Alejóse muy contento
Viéndose descañonado
Y pulcro como un espejo.
—Y vos, Sancho, le pregunta
La Duquesa; ¿qué habeis hecho
Durante el largo viaje?
¿Qué tal os ha ido?—Creo,
Contesta Sancho, que hubo
Algo de malo y de bueno;
Lo cual me prueba que arriba
Suele suceder lo mesmo
Que abajo.—Curiosa estoy;
Cuéntenos, buen Panza, cuéntenos.
—Pues digo que cuando estábamos
Allá en la región del fuego
Pedí á mi señor licencia
Para quitarme un momento
La venda que me tapaba
Los ojos; no quiso hacerlo,
Es decir, no quiso darme
Su permiso, y yo que tengo
Ciertas briznas de curioso,
Y aun más cuando á mi deseo
Estorban las prohibiciones,
Bonitamente, con tiento
Y sin que nadie lo viese,
¿Qué hice? bajéme el pañuelo
A las narices, y pude
Ver la tierra que tan lejos
Estaba, que parecía,
Poco más ó poco menos,
Como un grano de mostaza,
Y los hombres tan pequeños
Como una grande avellana.
—¿Mas cómo puede ser esto?

Digitized by Google

Vuelve á decir la Duquesa.
¿No advertís, digno escudero,
Que siendo el mundo tan chico
Tapárale un hombre de esos?
—Así es la verdad, responde
Sancho; pero yo recuerdo
Que miré por un ladito
Y lo pude ver entero.
—Eso no es posible, Sancho,
Pensad lo que estais diciendo,
Que por un ladito nunca
Se vé el todo del objeto
Que se mira.—Yo, señora,
De esas miradas no entiendo,
Y además debe tomarse
En cuenta que allá en el cielo
Estas cosas sucedían
Por arte de encantamento;
Y si esto no se me cree
Tampoco tendrán por cierto,
Que subiéndome á las cejas
Un poco mi pañizuelo,
Ví que estábamos entonces
Tan cerca del firmamento
Que de nosotros á él
No mediaba palmo y medio.
Y sucedió, que en llegando
A uno de sus extremos,
Ví que estábamos entonces
En aquel departamento
En donde pacen las siete
Cabrillas, con gran sosiego;
Y como yo cabrerizo
Fuí en mi tierra en mis primeros
Años, me entró tanta gana
De entretenerme un momento
Con ellas, que reventara
No llenando mis deseos.
Así, pues, vengo, ¿y qué hago?
Bonitamente me apeo
Sin decir á nadie nada
Y á mi señor mucho menos.

Digitized by Google

Y encontrando á las cabrillas
Que son siete según pienso
Y parecen alelíes
Y flores de mucho mérito,
Allí me estuve con ellas
Tres cuartos de hora; tiempo
Durante el cual fijo estuvo
En su sitio Clavileño.
—Bien está, replica el Duque,
Pero entretanto que el bueno
De Sancho, se entretenía
En ver los rostros y cuernos
De las cabras, ¿qué se hizo
Nuestro amable caballero
Don Quijote?—A esa pregunta,
Dice el hidalgo, no puedo
Contestar concretamente,
Pues como tales sucesos
No están dentro de las órbitas
De los naturales términos,
No es mucho que Sancho diga
Lo que dice; sólo advierto
Que yo no me descubrí,
Ni ví valles, ni desiertos,
Ni arenas, ni mar, ni nada,
Puesto que ni aun ví los cielos.
Tan sólo sé que pasamos
De la alta región del viento
Y que fuimos conducidos
A donde se engendra el fuego;
Pero al decir que ascendimos
A pesar de este elemento,
Que nos hubiera trocado
En chicharrones de cerdo,
Hasta el sitio en donde moran
La siete cabrillas, creo
Que Sancho miente, ó que Sancho
Sueña.—Ni sueño ni miento,
Dice Sancho; y porque adviertan
Que lo que les digo es cierto,
Pregúntenme sus mercedes
De qué color es el pelo

Digitized by Google

De las cabras.—Soy gustosa,
Dice la Duquesa; muéstrenos
Sus señas.—Son las dos verdes,
Las dos encarnadas, siendo
Las otras dos tan azules
Como azules son los cielos.
—¿Y la séptima?—La séptima
Es de mezcla.—Modo nuevo
De cabras, observa el Duque,
Que aquí en la tierra no vemos.
—Y eso es justo, dice Sancho;
Que no han de ser en el cielo
Las cabras como en la tierra.
—Y diga el buen escudero,
Tornó á preguntar el Duque,
¿Vió por los sitios aquellos
Algún cabrón?—Ni uno solo,
Pero, si mal no recuerdo,
Oí decir que ninguno
Se pasaba de los cuernos
De la luna, porque tienen
Yo no sé qué impedimento.»
Esto dijo Sancho Panza,
Y los Duques, advirtiendo
Que iba á contar cien historias
Vistas por él en el cielo,
Sin haberse separado
De aquel jardín un momento,
Declararon terminada
La aventura, disponiendo
Que les sirviesen la cena
Por hallarse un poco hambrientos.
Y aquí cuenta Cide Hamete
Que arrugando el entrecejo
Llamó Don Quijote á Sancho,
Y le dijo en tono seco:
—Puesto que vos no creísteis
Lo que yo os dí como cierto
Al hablaros de la cueva
De Montesinos, os quiero
Significar, que tampoco
Lo que habeis contado os creo,

Digitized by Google

Pues ni vísteis las cabrillas
Ni dísteis tales paseos,
Ni os bajásteis un instante
Del caballo Clavileño.
Por esta razón, os digo
Que habeis sido un embustero.»

LXXIX

Consejos de Don Quijote.

El Duque, que no dejaba
De ser burlador eterno,
Dijo á Sancho al otro día:
—Por fin ya dictadas tengo
Mis instrucciones secretas;
Vais á partir al gobierno
Donde vuestros insulanos
Suspiran por conoceros.
Adeliñad vuestras galas,
Componed vuestros trebejos
Y aquel á quien Dios la diere
Se la bendiga San Pedro.
Oyó Sancho esta andanada,
Humillóse, y dijo luego
Con ademán reposado:
—Desde que bajé del cielo
Y antes ví desde su cumbre
Que este mundo es tan pequeño,
Se ha templado en mí muchísimo
Aquel fogoso deseo
Que de ser gobernador
Aposentaba en mi pecho.
Porque si la tierra es,
Según mis ojos la vieron,
Como un grano de mostaza
Y el hombre de mayor cuerpo
Como una avellana, poco,
Muy poco vale un imperio,

Digitized by Google

Y la mayor de las ínsulas
Monta muchísimo menos.
Si vuestra gran señoría
Pudiera encontrar un medio
Para darme una tantica
Pequeña parte del cielo,
Aunque fuera media legua,
La tomaría contento
Mejor que la mejor ínsula
De estos terrenales reinos.
—Eso, Sancho, dice el Duque,
Sabeis que no puedo hacerlo,
Que en esas regiones altas
Sólo manda el Ser Supremo.
La ínsula prometida,
De la que os doy el gobierno,
Es hecha y derecha, fértil,
Redonda y de buen aspecto,
Y si vos os manejais
Con mucha maña y acierto,
Con las riquezas de abajo
Podréis ganar las del cielo.
—Bien está, venga la ínsula,
Dice Sancho; venga luego,
Que yo punaré por ser
Un gobernador perfeto,
No por alzarme á mayores,
Sino por el gran deseo
Que abrigo de gobernar
Y ver á qué sabe eso.
—Tan bien sabe, Sancho amigo,
Responde el Duque, que luego
Que lo probeis, de seguro
Os vais á chupar los dedos
Y hasta á comeros las manos
Tras de la miel del gobierno.
Mandar, ser obedecido,
Es cosa dulce en extremo,
Y más de cuatro se irían
Por conseguirlo al infierno.
A buen seguro que cuando
Don Quijote vuestro dueño

Digitized by Google

Llegue á ser Emperador,
Cosa que pronto veremos
Según van encaminadas
Sus cosas, sentirá el tiempo
Que se pasó inútilmente
Antes de llegar á serlo.
—Yo, señor, replica Sancho,
Imagino que es muy bueno
Mandar, aunque solo sea
A un rebaño de carneros.
—Con vos me entierren, buen Sancho,
Dice el Duque sonriendo,
Si de todo no entendeis;
Razón por la cual espero
Que sereis Gobernador
Cual promete el juicio vuestro.
Quédese, pues, esto aquí
Puesto que mañana mesmo
Sin dilaciones ni excusas
Habeis de ir al gobierno
De la ínsula; y os digo
Que ya prevenido os tengo
El traje que usar debeis
Para realzar vuestro empleo.
Así, pues, vuestro vestido
Será, por término medio,
Parte de letrado y parte
De capitán; que en los tiempos
Que corren, es muy preciso
Conocer bien el manejo
De las letras y las armas.
—Yo de letras poco entiendo,
Dice Sancho; pues ignoro
El A. B. C. por completo;
Pero me basta tener,
Como sin duda lo tengo,
El *Christus* en la memoria
Para ser todo un perfeto (15
Gobernador. De las armas
Digo, señor, que en teniendo
Las que me den, manejarlas
Sabré con todo el aliento

Digitized by Google

Posible, hasta dar en tierra
Esté vivo ó esté muerto.»
De este modo conversaban
El Duque y el escudero
Cuando llegó Don Quijote;
El cual, la vénia pidiendo,
Quiso conversar con Panza
A solas en su aposento.
Llevóle á él de la mano
Y con grave y circunspecto
Ademán, casi á la fuerza
Hízole tomar asiento
A su lado, ponderando
El afortunado éxito
Que ha obtenido por hacerse
Devoto de un caballero
Andante, que todavía
Tiene en lontananza el premio.
Y á fin de que el mando ejerza
Con justicia y con acierto,
Le dá tan sabias lecciones
Y tan útiles consejos,
Que debieran escribirse
Con caracteres eternos.
—Ama y teme á Dios, le dice,
Que quien teme á Dios, propenso
Está á ser sabio, y el sabio
Nunca puede ser malévolo.
No te olvides de que un día
Fuiste guardador de puercos,
Que el que se estudia y conoce
A sí mismo, nunca es necio.
No envidies á los que solo
Son nobles por su abolengo,
Que á los timbres heredados
Superan los propios méritos.
Si á verte fuere á tu ínsula
Algún pariente modesto,
No desdeñes su pobreza,
Que Dios de humildad dió ejemplo.
Si á tu mujer te llevares
Contigo, adviértelo luego

Digitized by Google

Que no te ponga en ridículo.
Con rústicos desaciertos.
  Si enviüdas y te casas,
No elijas mujer de anzuelo
Que aceptando injustas dádivas
Quiera inclinarte al cohecho.
  Nunca á la ley del encaje
Ajustes tus pensamientos,
Que eso es propio de ignorantes
Que presumen de discretos.
  Las lágrimas de los pobres
Hallen piedad en tu pecho,
Pero no mayor justicia
Que del rico el juramento.
  Cuando la equidad lo pida
No cargues con todo el peso
De la ley al delincuente,
Que un juez piadoso, es juez bueno.
  No te haga doblar la vara
De la justicia, el vil peso
Del oro, sino la hermosa
Misericordia en que el cielo
  Se refleja; y si juzgares
A un enemigo, te advierto
Que olvidar debes la ofensa
Para fijarte en el pleito.
  La pasión propia no ciegue
Ni ofusque tu entendimiento,
Que los yerros que ella hace
Jamás encuentran remedio.
  Las lágrimas de una hermosa
Suelen ser dulce veneno,
Fíjate en lo que ella pida
Y en si le asiste el derecho.
  Si has de castigar con obras
A un infortunado reo,
No le redobles la pena
Con burlas y vituperios.
  Si estas reglas sigues, Sancho,
Serán tus días muy luengos,
Gozarás de gran fortuna
Y habrás conquistado el cielo.

Digitized by Google

Esto en lo que hace al alma,
Que por lo que atañe al cuerpo,
Voy, amigo Sancho, á darte
Algunos otros consejos.»

LXXX

Nuevas advertencias.

Después de una corta pausa
Tomó Don Quijote aliento
Y continuó de este modo
Hablando con su escudero:
—Lo primero que te encargo
Es que cuides del aseo
De tu persona, y te cortes
Las uñas con mucho esmero.
Hay personas que imaginan
Que el llevar muy largo el pelo
Y las uñas, es bonito,
Mas yo aseguro que es puerco.
No andes nunca desceñido,
Que el vestido descompuesto
Da indicios de que está el ánimo
Desmazalado y decrépito.
Toma con cautela el pulso
A lo que valga tu empleo,
Y si admitieres criados
Sea su uniforme modesto.
Una ostentosa librea
Pide muchos regodeos
Y un lujo desenfrenado
Tiene mal acabamiento.
Si has de vestir á seis pajes
Viste solo á tres, y el resto
Dalo á tres pobres, que así
Tendrás pajes en el cielo.
No comas por Dios cebollas
Ni ajos crudos, que al olerlos

Digitized by Google

Olerán tu villanía
Y ese olor es harto fétido.
  Anda tranquilo y despacio;
Habla con reposo; pero
No te escuches á tí mismo,
Que ese es un vicio muy feo.
  Come poco y cena poco,
Que la salud de los cuerpos
Se elabora en el estómago
Que no soporta un gran peso.
  Sé templado en el beber,
Que el vino imprudente y ciego
Jamás cumple una palabra
Ni sabe guardar secreto.
  No masques á dos carrillos,
Ni eruptes cada momento,
Como ya en otra ocasión
Advertido te lo tengo.
  También Sancho te suplico
Por los ángeles del cielo
Que no hagas llover refranes
Traidos por los cabellos.
—Eso, señor, dice Sancho,
No sé si es posible hacerlo,
Porque sé tantos, tantísimos
Que cualquiera sabrá menos;
Siempre que hablo se me vienen
A la boca, en tales términos
Que la lengua va arrojando
Los últimos los primeros,
Razón por la cual á veces
No suelen venir á pelo.
Mas ya que vuesa merced
Me dá tan sabios consejos,
Digo que de aquí adelante
Yo tendré formal empeño
En que todos los que diga
Convengan por lo discretos
A la gravedad del cargo;
Que «en la casa llena, presto
Se guisa la cena;» y hombre
Apercibido, está medio

Digitized by Google

Combatido, «y Dios es Dios,»
Y el dar y el tener, gran seso
Han menester.»—Por mi vida,
Sancho, dice el caballero,
Que si te van á la mano
Encajarás mil proverbios.
Te estoy diciendo que excuses
Refranes, y en un momento
Echaste una letanía
Que se subió por los cerros
De Úbeda; ¡Oh! Sancho! Sancho!
Siempre habrás de ser tan terco.
No digo yo que un refrán
Venga mal si viene á cuento,
Pero tales retahilas
Hacen un discurso horrendo.
Cuando vayas á caballo
No eches hacia atrás el cuerpo
Ni lleves las piernas tiesas
Apartándolas del centro.
Vístete con calza entera,
Ropilla larga, herreruelo
Más largo que la ropilla;
Pero no gastes gregüescos.
Esto Sancho se me ocurre
Decirte en este momento;
No olvides mis advertencias.
—Eso es, señor, lo que siento,
Por que ya por vida mia
Ninguna de ellas recuerdo;
Es decir, me acuerdo solo
De no llevar en los dedos
Uñas largas, y si enviudo
Casarme con otra debo;
Pero esotros badulaques
Y revoltillos y enredos,
Por mi magín han pasado
Cual nube que arrastra el viento.
Mejor será que me ponga
Por escrito esos consejos,
Que puesto no sé leer
Ni escrebir, con gran secreto

Digitized by Google

Los daré á mi confesor
Que me los irá leyendo
Cuando fuere necesario.
—Triste cosa y caso adverso,
Dice con tristeza el digno
Y paciente caballero;
Que todo un gobernador
No sepa escribir, ó al menos
Leer y poner su firma
Al pie de algún documento.»

LXXXI

Refranes y más refranes.

—Eso no, responde Sancho,
Que cuando fuí en nuestro pueblo
Prioste, aprendí á hacer unas
Letras de palotes gruesos
Como de marca de fardo
Que, según todos dijeron,
Sinificaban mi nombre
Y en la memoria las tengo.
Además que cuando esté
En la Insula de asiento,
Fingiré que estoy tullido
De todo el brazo derecho
Y haré que firme por mí
El escribano del pueblo.
Teniendo yo mando y palo,
Garrotazo y tente tieso.
Los que quieran caloñarme
O faltar á mis precetos
Verán que al venir por lana
Trasquilados se volvieron.»
«Quien se hace de miel las moscas
Se lo comen» sin remedio:
«Tanto vales cuanto tienes;»
«Haya siempre cuerpo, cuerpo,

Digitized by Google

Y Dios sabrá darnos paño;»
«Mucho vá de Pedro á Pedro»
Y dicen «que da dos veces
Aquel que pega primero.»
—Maldito de los demonios!
Dice airado el caballero;
¿Por qué cien mil Satanases
No te llevan al momento?
Há una hora que ensartando
Estás refranes diversos
Y con cada uno que dices
Me das tragos de tormento.
Juro á Dios que esos refranes
Habrán de llevarte presto
A la horca ¡maldecido!
Por ellos, sólo por ellos,
Tus vasallos han de echarte
A puntapies del gobierno.
¿Cómo, y de dónde los sacas?
Ignorantón, trapacero!
¿De qué modo los aplicas
Aunque no vengan á cuento?
Yo, con ser yo, cuando alguno
Quiero sacarme del cuerpo,
Antes de aplicarle sudo
Porque engranarle no puedo;
Y tú sin venir al caso
Encajas mil y quinientos.
—Por Dios, señor nuestro amo,
Dice Sancho con acento
Meloso; vuesa merced
No se ponga tan colérico
Ni se pudra por tan poca
Cosa; ¿no vé que no tengo
Más hacienda, ni más casa,
Ni más viña, ni más huerto,
Que ese caudal de refranes
Que me sirven de alimento?
Y ahora se me ofrecen cuatro
Que como sortija al dedo
Vendrían pintiparados,
Y que omito, porque advierto

Digitized by Google

Que al buen callar llaman Sancho.
—No eres tú ese Sancho; pérfido!
Que buen callar, nunca fuiste,
Sino mal hablar y perro
Porfiar; pero dejando
A un lado tus devaneos
Y disparates, quisiera
Saber cuáles son aquellos
Refranes bien apropiados
Que dices se te ocurrieron
Hace poco; que yo estoy
Devanándome los sesos
Por recordar dos siquiera
Sin dar con ninguno de ellos.
—Pues que su merced licencia
Me da, los diré al momento.
Es el primero el que dice,
Y no se enfade por ello,
Que «entre dos muelas molares
Nunca pongas tus pulgares»
Que es refrán de mucho peso.
Es el segundo el que dice:
«Mientras que en mi casa estoy
Claro está que rey me soy»
Que es también tan verdadero
Como este otro que atañe
A un hombre que tiene celos:
«Que querreis con mi mujer
No hay nada que responder»
Y el cuarto á que me refiero
Dice que si da la piedra
En el cántaro, ó el cuerpo
Del cántaro da en lo duro
De aquella, siempre es lo mesmo,
Pues el cántaro se rompe
Y el pedrusco queda ileso.»
Y todos estos refranes
Señor, vienen muy á pelo.
Con el que manda ninguno
Trate de ponerse tieso,
Que será como poner
Entre dos muelas los dedos.

Digitized by Google

Y si un Gobernador dice:
Idos de casa al momento
Y á mi mujer ¿qué querreis?
No hay más que guardar silencio.
Y del cántaro no digo
Nada, porque se está viendo
La intención del refrancico,
Aunque el que mire sea ciego.
Por eso, «todo el que vea
La mota en el ojo ajeno
Mire la viga en el suyo,»
Porque de él no digan luego:
«Espantóse la difunta
De la degollada,» siendo
La verdad del caso, que
Según dice otro proverbio,
«Más sabe el necio en su casa
Que el sabio en la ajena.»—Eso,
Dice Don Quijote, es falso;
Y yo con razón lo niego.
El que es tonto, nada sabe
En su hogar ni en el ajeno;
Nació en necio, en necio vive
Y también morirá en necio.
En fin, si mal gobernares
Sea para tí el vilipendio
Y para mí la vergüenza
De llevarte á tal empleo.
Consuélame, sin embargo,
La idea de haberte puesto
En buen camino, ayudándote
Con mis prudentes consejos.
Dios te guíe y bondadoso
Te gobierne en tu gobierno,
Librándome del escrúpulo
Que dentro del alma siento
Al pensar que acaso pongas
Con tu gran falta de seso
Patas arriba tu Insula
Dando á las leyes tormento.
—Eso no, responde Sancho;
Que si no está satisfecho

Digitized by Google

Vuesa merced, Sancho soy
Y Sancho otra vez me quedo.
Si para Gobernador
No nací, yo el cargo suelto;
Que más quiero un grano de uña
Del alma, que todo el cuerpo.
Lo mismo soy Sancho á secas,
Pan y cebolla comiendo,
Que seré Sancho en la Insula
Con perdices y conejos.
Mientras duermen, son los hombres
Iguales, como los muertos,
Lo mismo ricos que pobres,
Grandullones ó pequeños.
Vuesa merced, señor mío,
Inventó lo del gobierno,
Que yo sé muy bien que apenas
Gobernar al rucio puedo.
Así, pues, si se imagina
Que he de verme en grande aprieto
Y que el diablo ha de llevarme,
Más quiero ir Sancho al cielo
Que pomposo y engreido
Gobernador al infierno.»
Calló Sancho, y Don Quijote
Dejando al punto su asiento
Dijo:—Por Dios, Sancho amigo,
Que se ha ensanchado mi pecho.
Por esas razones últimas
Que has dicho, te considero
Digno de mandar mil ínsulas,
Y de regir todo un reino.
Con buen natural naciste,
Teme á Dios; sé justo y bueno,
Y en los negocios más árduos
Te iluminarán los cielos.»

Digitized by Google

LXXXII

Á la Ínsula.

La tarde del mismo día
En que pasó todo aquello
Que ya referido queda,
Don Quijote, como bueno
Que era, puso por escrito
Sus valiosos consejos,
Dando el manuscrito á Sancho
Que se lo metió en el seno,
Si bien á pocos instantes
Lo dejó caer al suelo.
Llegó á manos de los Duques
El papel, dando rodeos,
Y ambos á dos admiraron
La locura y el ingenio
Que á la vez atesoraba
El bizarro caballero.
—Sigamos, pues, adelante
Con las burlas, se dijeron;
Y aquella tarde enviaron
Con mucho acompañamiento
Al gobernador flamante
Que debía ir á un pueblo
Tenido por buena Insula
Aunque estaba tierra adentro.
Aconteció, sin embargo,
Que al prepararse el cortejo
A partir con Sancho Panza,
Surgió un incidente nuevo.
Fué el caso que el que debía
Conducirle hasta el gobierno,
Y darle la posesión
De tan elevado empleo,
Era el mismo mayordomo
Burlón, gracioso y discreto,

Digitized by Google

Que hizo el papel de la dueña
Trifaldi con tanto acierto.
Vióle Sancho, espeluznóse
Y á su señor dijo luego:
—O á mí el diablo ha de llevarme,
O ese hombre que estoy viendo
Es la mesma Dolorida
Que lleva su rostro mesmo.»
Miró muy atentamente
Durante algunos momentos
Don Quijote al mayordomo,
Y así dijo á su escudero:
—No hay por qué el diablo te lleve,
Que yo también le contemplo
Y al ver su rostro barbado
El de la Trifaldi encuentro.
Pero no es el mayordomo
La Dolorida, que eso
Sería contradicción
Muy grande, y ahora no es tiempo
De averiguar unas cosas
Que encierran tantos misterios.
De todos modos, es fuerza
Que ambos pidamos al cielo
Nos libre de encantadores
Y de brujas y hechiceros.
—Y que no es broma ni burla,
Dice Sancho un tanto trémulo,
Lo prueba, señor del alma,
El que ese extraño sujeto
Habló denantes, y oirle
Y oir los propios acentos
De la Trifaldi, fué una
Mesma cosa en mi conceto.
—Vive, pues, muy prevenido.
—Desde ahora me prevengo,
Y juro no decir nada
Observándole en silencio,
Para ver si dá señales
Que prueben lo que sospecho
O que desfagan mis dudas.
—También yo te lo aconsejo,

Digitized by Google

Hijo Sancho; y si descubres
Que encierra algún gatuperio,
Darásme aviso al instante
No tan sólo sobre eso,
Sino sobre cuanto pueda
Sucederte en el gobierno.»
Aquí al íntimo diálogo
Ambos término pusieron;
Besó á los Duques las diestras
Sancho Panza, y recibiendo
La bendición de su amo
Hizo unos cuantos pucheros.
Luego salió en compañía
De su lucido cortejo
Con un traje de letrado
Que le daba grave aspecto.
Encima de aquel vestido
Un ancho gaban le han puesto
De chamelote de aguas
Leonado, de mucho efecto,
Con una hermosa montera
Que de igual tela le hicieron.
Montado va sobre un macho
Con vistosos paramentos,
Llevando detrás al rucio
Que lleva jaeces nuevos,
Con sus pasamanerías
De seda por los extremos.
Y según dicen las crónicas
Iba ufano y satisfecho
Volviendo atrás la cabeza
Para ver á su jumento,
A cada paso que daba
En dirección del gobierno.

LXXXIII

Serenata.—Apuros amorosos.

Triste se halla Don Quijote
Encerrado en su aposento:

Digitized by Google

Triste por hallarse ausente
De su jovial compañero;
Y más triste todavía
Porque desde aquel momento
No tiene ayuda de cámara
Que con prontitud y esmero
Le desnude, vista y calce;
Le atuse barba y cabello
Y sepa servirle en todos
Sus menesteres secretos.
Verdad es que la Duquesa
Le ha ofrecido desde luego
Colocar bajo sus órdenes
Dueñas, pajes y escuderos,
Amen de cuatro doncellas
Bellísimas como un cielo
Que de sus necesidades
Cuiden con mucho contento.
—Eso no, dijo el hidalgo,
Que aunque en el alma agradezco
Tan amables distinciones,
Nadie entrará en donde duermo;
Pues soy esclavo de aquella
Que oculta en el alma llevo
Y he de guardar las reservas
Que exige mi estado honesto.
Yo me serviré á mí mismo
Siempre de puertas adentro,
Levantando la muralla
De mis castos pensamientos
Cuando el ánimo fluctúe
Entre el deber y el deseo.»
Por estas y otras razones
Está el pobre caballero
Muy triste y muy pensativo
Encerrado en su aposento.
Que al desnudarse, y sacarse
Las medias, dió un tan soberbio
Tirón, que de una de ellas
Tantos puntos se le fueron
Que se trocó en celosía;
Lo cual le afligió en extremo

Digitized by Google

Porque no tenía muda;
Pero sintió algún consuelo
Al hallar un par de botas
De viaje, que el electo
Gobernador se dejara
Olvidadas en el suelo.
Así, pues, mató las luces,
Quedándose algo ligero
De ropas, porque el calor
Era demasiado intenso.
Pensando en su soledad,
Y en su carencia de medios
Para remediar sus medias
Tan mediadas de agujeros,
Sintió la ausencia de Sancho,
Pensó en su dulce tormento
Que aun no está desencantado,
Y buscando en sus recuerdos
Algo que alivie sus cuitas,
Procuró entregarse al sueño.
Conato inútil! sus ojos
No quiso cerrar Morfeo,
Razón por la cual, cansado
Se arrojó fuera de el lecho.
Luego se fué á una ventana
Que daba á un jardín ameno,
Y al abrirla oyó que andaban
Y hablaban allí con cierto
Recato, algunas personas
Sin duda del bello sexo.
—No me importunes, decía
La una con dulce acento;
No porfíes, Emerencia,
Que cantar ahora no puedo.
Desde que entró en el castillo
Ese gentil forastero
Y mis ojos lo miraron,
Quedé sin voz, sin aliento,
Y en vez de süaves notas
Saco gemidos del pecho.
Deja que tranquilo duerma
Ese asesino, ese nuevo

Digitized by Google

Eneas, que escarnecida
Me dejará sin remedio.
—No veas tu porvenir
Oh Altisidora! tan negro;
Dice otra voz femenina;
Canta y apaga ese fuego
Que te consume. Dormidos
Nuestros señores y dueños
Están; nadie en el alcázar
Vela; sólo el caballero
Que te seduce y fascina,
Se halla á estas horas despierto,
Puesto que sentí hace poco
Que süavemente abrieron
La ventana de la reja
Que hay en su mismo aposento.
Canta, Altisidora, canta;
Templa tu arpa, y si vemos
Que la Duquesa te siente,
No por eso tengas miedo,
Que el calor que nos abruma
Nos servirá de pretexto.
—No es ese, Emerencia mia,
Dice Altisidora, el fiero
Temor que ahora me asalta.
Lo único que yo temo
Es que descubra mi canto
Las llamas del grande incendio
Que me abrasa y me consume
El corazón inexperto.
Ay! tú sabes que idolatro
A ese hermoso caballero
Cuya imagen seductora
Vino á trastornarme el seso.
Mas ¿qué dirán los que nunca
Lo que es amor conocieron?
Me tomarán por doncella
Entregada á un vil deseo,
Antojadiza, liviana,
Y llena de atrevimientos.
En fin, si tú lo deseas
Yo seguiré tus consejos;

Digitized by Google

Venga el arpa, mi voz oiga
El ingrato por quien muero
Y venga lo que viniere;
Que, según dice un proverbio,
Más vale vergüenza en cara
Que ruin mancilla en el pecho.
Calló la que estaba hablando
Y solo turbó el silencio
De la noche, el melancólico
Conmovedor instrumento
Que entre suavísimas notas
Esparció sus dulces ecos.
Entretanto, Don Quijote
Dió vueltas en su cerebro
A las mil y mil quimeras
De sus libros andantescos,
Y no abrigó duda alguna
De que le amaba en secreto
Alguna linda doncella
De la Duquesa; y temiendo
Que aquel amor contenido
Le pusiera en grande aprieto,
Para que no le rindiese
Propuso en su pensamiento
El no dejarse vencer
Fuese cual fuese el asedio.
Así, pues, encomendándose
A su señora, contento
Quiso oir la serenata
A la cual daban comienzo;
Y á fin de que Altisidora
Advierta que la está oyendo
Con un fingido estornudo
Dió la señal del concierto.
Mucho, mucho se alegraron
Las doncellas al ver esto,
Pues no estaban muy seguras
De que estuviese despierto;
Así, pues, Altisidora,
Cantó después de un momento
De pausa, un bello romance
Tan seductor y tan tierno,

Digitized by Google

Tan transparente, tan claro,
Y de alusiones tan lleno,
Declarándole su nombre,
Su residencia y su empleo
De doncella de la casa,
Que no pudo el caballero
Poner en duda que es él
De tanta pasión objeto.
Por esta razón, apenas
Cesó aquel canto, del seno
Arrancó un hondo suspiro
Exclamando con despecho:
—Es triste, triste á fé mia,
Mi fiero destino adverso,
Pues siempre tengo de ser
Juguete de sus decretos.
No hay doncella que me mire
Que no se enamore luego,
Viniendo de Dulcinea
Del Toboso en detrimento.
Jamás la dejan á solas
Gozar de mi fino afecto
Y de aquesta incomparable
Firmeza con que la quiero.
¿Qué intentais pedirle, reinas?
Emperatrices ¿qué es esto?
Doncellas de quince años
¿Qué me venís exigiendo?
Llore ó cante Altisidora
A mí no me importa un bledo;
Desespérese Madama
Por quien de palos me dieron
En el castillo del moro
Encantado; que yo tengo
El corazón de alfeñique
Para aquella que venero
Y en tratándose de otras
Duro pedernal me vuelvo.»
Dijo; cerró la ventana
De golpe y porrazo, y luego
Cabizbajo y pesaroso
Se arrojó sobre su lecho.

Digitized by Google

Dejémosle allí entregado
A sus graves pensamientos,
Y veamos cómo Panza
Se conduce en su gobierno.

LXXXIV

El señor Gobernador.

Era la supuesta ínsula
Barataria, un lugar viejo
Que contaba mil vecinos
Sobre poco más ó menos.
Gozaba honores de villa
Y era de lo más selecto
Que en sus estados tenían
Aquellos Duques egregios.
Por eso al llegar á ella
Sancho y su acompañamiento
Salió al punto á recibirle
El municipal concejo.
Tocáronse las campanas,
Y el vecindario contento
Le acompañó con gran pompa
Hasta el mejor de los templos,
Que iglesia Mayor llamaban
Y que lo era en efecto.
Allí, después de dar gracias
A Dios, de rodillas puestos,
Prévias unas ceremonias
Ridículas que se hicieron,
Entregaron al buen Sancho
Todas las llaves del pueblo
Admitiéndole gustosos
Por gobernador perpetuo.
Y aquí refiere la historia
Que el traje raro y grotesco,
Las barbazas, la gordura
Y la pequeñez del cuerpo

Digitized by Google

Del Gobernador, tenían
Admirados y suspensos
A todos los que no estaban
En el busilis del cuento,
Y aun á las muchas personas
Partícipes del secreto.
Finalmente, cuando todos
Dando las gracias al cielo
Abandonaron la iglesia,
Al buen Sancho condujeron
A la silla del juzgado
En la cual tomó él asiento.
Entonces el Mayordomo
Del Duque (el que ya sabemos
Quién era) dijo:—Es costumbre,
Señor, desde antiguos tiempos,
Que el que tome posesión,
Sea quien fuere, del gobierno
De esta ínsula famosa,
Antes ha de respondernos
A una pregunta intrincada
Que nosotros formulemos,
Para ver si la respuesta
Es digna de un grande ingenio,
Con lo cual el pueblo puede
Quedarse triste ó contento.»
Esto dijo el mayordomo;
Mas Sancho, que al mismo tiempo
Miraba unas grandes letras
Escritas en el testero
De enfrente, á fuer de profano
En cosas del alfabeto,
Preguntó qué eran aquellas
Pinturas que estaba viendo
En la pared susodicha,
A lo cual le respondieron:
—Allí, señor, está escrito
Y anotado, el día mesmo
En que vuestra señoría
Se hace cargo de su empleo;
Y dice así el epitafio:
«Hoy día á las once, menos

Digitized by Google

Seis minutos, de tal mes
Del año que va corriendo,
Ha tomado posesión
De esta ínsula y gobierno
El señor Don Sancho Panza
Que la goce un siglo entero.»
—Y diga, hermano; ¿á quién llaman
Don Sancho Panza?—Yo entiendo,
Señor, que usía se nombra
De ese modo.—Pues no es cierto,
Responde Sancho, que yo
No tuve Don, ni lo tengo,
Ni en mi linaje lo hubo
Jamás; y advertiros debo
Que soy Sancho Panza á secas;
Y mi padre, que ya es muerto,
Fué Sancho; y Sancho mi tio,
Y Sancho también mi agüelo;
Y todos fueron tan Panzas
Como yo Panza estoy siendo
Sin poner añadiduras
De dones que no tenemos.
Y yo imagino que en esta
Insula en que hoy me veo
Debe de haber tantos dones
Como piedras; y sospecho
Que si dura cuatro días,
Solo cuatro, mi gobierno,
He de escardar muchos miles
De tales aditamentos
Que por ser tan vanidosos
Y por ser ya tantos, creo
Que han de enfadar como enfadan
Los mosquitos trompeteros
O de trompetilla; y digo
Que Dios me entiende y me entiendo.
Así, pues, pase adelante
Con su pregunta el discreto
Señor mayordomo y dígame
Lo que quiera, que yo ofrezco
Responder como pudiere
Y me dite el buen deseo

Digitized by Google

De acertar, ya se entristezca
Ó no se entristezca el pueblo.»
Apenas estas palabras,
Pronunció Sancho, invadieron
La sala dos litigantes
Que iban justicia pidiendo.
Fueron los dos que llegaron
A hablar antes de su pleito
Un sastre y un labrador,
É hizo presente el primero
Que aquel labrador le había
Llevado á su tienda, un cierto
Retal de paño, encargándole
Que le hiciese con esmero
Una buena caperúza
Que le abrigara en invierno.
—Miré el paño, dice el sastre;
Ví que no había de menos
Ni de más; pero ese hombre
Desconfiado, creyendo
Que yo le sisaba paño,
Preguntóme si con ello
Le haría dos caperuzas.
Le adiviné el pensamiento
Y dije que sí; y él dando
Riendas á su mal deseo
Y á su gran desconfianza,
Fué caperuzas pidiendo
Y yo otorgándole síes
Hasta llegar nada menos
Que á cinco, las caperuzas
Que son las mismas que he hecho.
Mas hoy, al verlas, se niega
A satisfacerme el precio
De la hechura, y solicita
Que yo le entregue el dinero
Que costó el paño, ó el paño
Que la tijera ha deshecho.»
Calló el sastre, y el buen Panza
Dijo al labrador:—¿Es cierto
Hermano, lo que este hombre
Ha dicho?—Yo no lo niego,

Digitized by Google

Respondió el interpelado,
Pero mande por el cielo
Vuesa merced, que él nos muestre
Las caperuzas que ha hecho.
—Yo lo haré con mil amores,
Replicá el sastre al momento.
Y al sacar la diestra mano
Que oculta en el ferreruelo
Llevaba, mostró los cinco
Bonetillos tan pequeños
Que estaban bien ajustados
A las puntas de sus dedos.
—Estas son, prosiguió el sastre,
Las caperuzas; y puedo
Jurar por Diòs y en conciencia
Que entró el paño que me dieron
Sin que sobrara una hilacha;
Y si no se me dá crédito,
Ante gentes del oficio
Vengan veedores á verlo.»
Riéronse los presentes
De lo raro del suceso
Y Sancho que estaba un tanto
Pensativo, dijo luego:
—Paréceme á mí que en este
Letigio, se puede presto
Juzgar y ditar sentencia
Sin dilaciones ni enredos;
Razón por la cual, al punto
De esta manera sentencio:
Pierda el sastre las hechuras,
Pierda su paño el labriego,
Llévense las caperuzas
Para darlas á los presos
De la cárcel; y no haya
Más; acabóse este pleito.»
Esto dijo Sancho Panza
Mostrándose satisfecho
Mientras que á él se acercaban
Otros litigantes nuevos.

Digitized by Google

LXXXV

Justicia á secas.

Eran los recién venidos
Dos hombres bastante viejos,
Y en un báculo de caña
Apoyábase uno de ellos.
El otro que no traía
Bastón, fué el que habló primero
Diciendo á Sancho:—Señor:
Yo presté sin documentos
Ni testigos á este hombre,
Hace ya bastante tiempo,
Diez escudos de oro en oro
Que él mismo quedó en volvérmelos
Cuando yo se los pidiese;
Pero me abstuve de hacerlo
Temeroso de ponerle
Tal vez en un grave aprieto.
Así pasaron los días;
Varios meses transcurrieron
Y al ver que se descuidaba
En la paga, puse término
A mi paciencia, y pedíselos
Con mucho comedimiento
Varias veces; pero él niega
Que yo le hiciese tal préstamo,
Y añade que si lo hice
Ya me lo tiene devuelto.
En este caso, faltándome
Quien testifique tal hecho,
Le pido á vuesa merced
Que le tome juramento;
Y si él jura que ha pagado
Mis diez escudos, prometo
Para aquí y para delante
De Dios, no hablarle más de ello.»

Digitized by Google

Volvióse Sancho hacia el otro
Así que acabó el primero,
Y preguntóle:—¿Qué dice
A todo esto el buen viejo
Del báculo?—Yo, señor,
Contestóle él, confieso
Que me prestó esos escudos;
Pero como está dispuesto
A acatar lo que yo jure,
Vuesa merced baje luego
Su vara, que yo por ella
Juraré haberle devuelto
La cantidad que me pide
Y que cree que aun le debo.»
Bajó el gran gobernador
Su vara, y en tanto el viejo
Del báculo, entregó éste
A su demandante, haciendo
Como que para jurar
Le estorbaba aquel objeto.
Después colocó su mano
Entre humilde y satisfecho,
Sobre la cruz de la vara,
Y juró con firme acento
Que los escudos prestados
Se los devolvió á su dueño,
El cual tal vez le apremiaba
Por no haber caído en ello.
—Y vos que estais escuchando
¿Qué decís á todo eso?
Preguntó el gobernador
Al acreedor.—Yo contesto,
Dijo éste, que sin duda
Se me fué del pensamiento
Lo que ese hombre ha jurado,
Pues por honrado le tengo
Y por buen cristiano; y tomo
Por lícito y verdadero
Lo que dice; y aseguro
Que no le seré molesto
Reclamándole la deuda
Que jura haber satisfecho.»

Digitized by Google

No bien habló el demandante,
El demandado, ligero
Tornó á recobrar su báculo;
Y una reverencia haciendo
Salió del juzgado al punto
Más impaciente que cuerdo.
Visto lo cual, el buen Sancho
Mostróse un tanto perplejo;
Llevó la mano á su rostro,
Bajó la barba hasta el pecho
Y quedó meditabundo
Durante algunos momentos.
Alzó luego la cabeza
Y dijo:—Tráiganme al viejo
Del báculo, que si él tiene
Prisa, yo ninguna tengo.»
Trajéronle á su presencia
Y Sancho un tanto colérico
Le dijo:—Dadme, buen hombre,
Ese báculo al momento.
—De buena gana, responde
El vejete marrullero;
Y al señor gobernador
Con gran placer se lo entrego.»
Tomóle Sancho en sus manos
Y se lo dió al otro viejo
Diciéndole:—Andad con Dios,
Que pagado vais con eso.
—¿Yo, señor? exclamó absorto
El demandante; ¿pues esto
Que es una vil cañaheja
Vale diez escudos?—Creo
Firmemente que los vale
O soy un porro y un perro.
Mas para que todos vean
Si está mi caletre entero
Y si puedo gobernar
Aunque sea á todo un reino,
Rompan al punto esa caña.»
Hiciéronlo así en efecto
Y hallaron diez escuditos
De oro en sus canutos huecos

Digitized by Google

Que Sancho entregó al instante
A su legítimo dueño
Mientras que el deudor tramposo
Salió corrido y corriendo.

LXXXVI

La querellosa.

Los que aguardaban que hiciera
Sancho mil majaderías,
Y los que no lo esperaban
Porque no le conocían,
Quedaron maravillados
Viéndole hacer tal justicia.
Preguntáronle al instante
Cómo colegido había
Que dentro de aquella caña
Los tales escudos iban,
Y él respondió:—He sospechado
Su maldad, al ver la prisa
Con que recobró su báculo,
Siendo así que no tenía
Necesidad de endosarlo
Al acreedor, cuando iba
A prestar su juramento;
Pues más natural sería
El pasarle á su otra mano
Que no es manca; y esto indica
Que un juez debe estar en todo,
Haya ó no leyes escritas
Referentes á estos casos
De infame bellaquería.
Por esta razón, deduzco
Que los que gobiernan ínsulas
Aunque sean unos tontos
Tal vez Dios los encamina
En sus juicios, para dar
Al traste con la malicia

Digitized by Google

De los pícaros; mas juro
Por Dios y por su Santísima
Madre, que aunque yo no soy
Ningún salmón...!—Dirá usía
Salomón.—Eso he querido
Sinificar; pero siga
El juicio, que ya me canso
De estar quieto en esta silla
Y es mi estómago un farol
Que pide aceite y torcida.»
No bien el buen Sancho Panza
Acabó su retahila,
Entró en el juzgado una
Mujer fuertemente asida
De un hombre, que por su traje
Ganadero parecía
De los más acomodados;
Y con voces inauditas
Exclamó inmediatamente:
—Justicia, señor, justicia;
Que de no hallarla en la tierra
Al cielo á buscarla iría!
Ay! señor gobernador
De mi alma y de mi vida!
Ay! desdichada de mí!
Pobrecita! pobrecita!
Al verme sola en el campo
Sin defensa y desvalida,
Este mal hombre ha venido
A mí con sus manos limpias
Y me ha manoseado
Quitándome la más rica
Joya que yo he defendido
Durante toda mi vida
De cristianos y de moros
Y de las mil tentativas
Que hicieron inútilmente
Los que rendirme querían,
Sin ver que yo era más firme
Que una roca ó que una encina.
—Y vos ¿qué decís á eso?
Preguntó Sancho enseguida

Digitized by Google

Al ganadero que estaba
Rojo de vergüenza ó de ira.
—Yo, señores, dice el triste
Con apariencia contrita,
Soy un pobre ganadero;
Y esta mañana salía
De este lugar, de vender
Con perdón sea dicho...—Siga;
Que si se trata de puercos
Aquí la gente es muy limpia,
Y porque nombre al cochino
No ha de creerse aludida,
Ni el señor gobernador
Desprecia la mercancía.»
Esto observó el mayordomo,
Y el hombre con voz sumisa
Dijo:—Vendí cuatro cerdos,
Y ya á mi aldea volvía,
Cuando el diablo que lo añasca
Todo, y al hombre encamina
Por mala senda, me hizo
Topar con esta individua
Haciendo que ambos yogásemos
Juntos en la senda misma
Sin que esta pécora diese
Muestras de hallarse intranquila
Por querer guardar la joya
Que dice que poseía.
Paguéle lo suficiente;
Pero ella, viendo que iba
Yo pertrechado de cuartos,
Dió riendas á su codicia
Y descontenta y furiosa
Asió de mí con tal prisa,
Que trayéndome á remolque
Aquí delante de usía,
Declara que la he forzado;
Mas yo juro que es mentira.»
Calló el hombre, y el gran Sancho
Le preguntó si traía
Consigo algunos dineros
En plata.—Sí traigo, afirma

Digitized by Google

El ganadero, sacando
Un bolsón que contenía
Hasta unos veinte ducados.
—Pues tal como está, replica
Sancho, entréguele la bolsa
A la que pide justicia.»
Hízolo temblando el hombre,
Y ella afanosa y solícita
La tomó con ambas manos,
Haciendo mil cortesías,
Rogando á la vez al cielo
Que prolongara la vida
De aquel juez que así miraba
Por las huérfanas y tímidas
Doncellas; y al decir esto
Vió si el bolsón contenía
Plata y no cobre; y al verlo
Se retiró complacida
Del juzgado, repitiendo
Sus zalemas infinitas.

LXXXVII

Sancho el Sabio.

Salió, según hemos dicho,
La mujer dándose prisa;
Mas no bien hubo traspuesto
La puerta, con voz firmísima
Dijo Sancho al ganadero
Que suspiraba y gemía:
—Id, buen hombre, tras de aquella
Mujer, y aunque se resista
Quitadle la bolsa, y luego
Volved con ésta enseguida.
—Sí haré, dice el ganadero
Sin aguardar que repitan
La orden, pues ya el peculio
Le importa más que la vida.

Digitized by Google

Salió corriendo, y en tanto
Que él á la mujer seguía,
Los que allí estaban presentes
Mil conjeturas hacían
Sobre el final de aquel pleito
Que suspensos los tenía.
Mas no tardaron en verlo,
Pues de allí á poco, la misma
Mujer, y el hombre á quien ella
Acusó, llenos de ira,
Más aferrados y asidos
Que antes, con gran porfía
Entraron en el juzgado
Pidiendo otra vez justicia.
Con la saya levantada,
Aquella indomable harpía,
Puesta la bolsa de cuero
En el regazo, y á guisa
De leona que defiende
A sus cachorros, ponía
Tal resistencia á las muchas
Furiosas acometidas
Del ganadero, que era
Inútil toda embestida.
—¡Justicia de Dios! gritaba
Llena de rabia infinita,
¡Justicia del mundo! miren
De este hombre la perfidia.
Repare y vea ¡oh! señor
Gobernador de mi vida,
Lo que haciendo está esté infame
Que aquí en poblado y de día
Quiere quitarme la bolsa
Que su merced me adjudica.
—¿Y háosla quitado? pregunta
Sancho con cierta ironía.
—¿Cómo quitar? le responde
La mujer; antes la vida
Me quitarán que la bolsa;
Sí, sí, cobarde es la niña.
Otros gatos han de echarme
A las barbas; no esa pizca

Digitized by Google

De hombre desventurado
Y asquerosa sabandija.
Tenazas, martillos, mazos,
Y escoplos, no bastarían
A sacarme de las uñas
Esta bolsa que ahora es mía.
—Tiene razón, dice el hombre,
Que no hay aves de rapiña
Ni habrá garras de leones
Que la venzan en la lidia.
Yo me declaro rendido;
Que no son las fuerzas mías
Bastantes para quitarle
Lo que ella en guardar se obstina.
Así, pues, cedo y renuncio
A seguir en mi porfía.
—Entonces, exclama Sancho,
La cosa salta á la vista,
Esta mujer es valiente
Y honrada como ella misma.
Mostrad la bolsa.—Aquí está
Dice ella al exhibirla.
—Venga, pues, responde el justo
Gobernador, que la mira
Y se la entrega á su dueño
Diciendo así á la perdida
Hembra que atónita estaba
Mirando lo que él hacía:
—Esforzada y no forzada,
Mentirosa hermana invicta,
Si el mismo valor y aliento
Que para pedir justicia
Y defender esa bolsa
Habéis mostrado este día,
Los hubiérais empleado
En evitar la mancilla
Que decís que en vuestro cuerpo
Hizo ese hombre que os mira,
Es seguro que ni un Hércules
Tal desaguisado haría.
Andad con Dios, y con mucho
De enhoramala; idos lista

Digitized by Google

Y no paréis á seis leguas
En redondo de esta Insula,
Sopena de un par de cientos
De azotes; marchaos á prisa,
Churrillera, descarada,
Embaidora, relamida.»
Espantóse la infiel hembra
Y salió en definitiva
Cabizbaja y presurosa
Cual si fuese de estampía,
Mientras que el gobernador
De esta manera se explica:
—Andad con Dios, pobre hombre,
Sin seguir sendas torcidas.
Y si estimáis vuestra hacienda,
Llevadla á vuestra familia
Sin que os venga en voluntad
Yogar con encontradizas,
Ni con nadie; que atrás queda
El que adelante no mira,
Y quien quita la ocasión
Quita el pecado de encima,
Y el que hace un cesto hace ciento
Y bien va quien bien camina.»
Calló Sancho; el ganadero
Le dió unas gracias muy tímidas
De la manera peor
Que supo, y fuese enseguida,
Quedando los circunstantes
Admirados de la vista
De aquel pleito, y de los juicios
Anteriores, que ponían
A Sancho Panza en las nubes
Con sus sentencias magníficas.
Y se vió que un hombre indocto
Vale más que cien golillas
Y más que mil leguleyos
Revolvedores, si estima
Su buena opinión, y tiene
La conciencia pura y limpia,
Y la pasión no le tuerce
La vara de la justicia.

Digitized by Google

Todo lo cual fué anotado
Por el hábil coronista
Que de orden de los Duques
Junto á sí Sancho tenía,
Y que en un extenso escrito
Dióles de todo noticias.

LXXXVIII

Cuitas amorosas.

Dejando á Sancho, que daba
Muestras de sutil ingenio
Allá en su famosa ínsula,
Volvamos al caballero
Don Quijote de la Mancha
Que, encerrado en su aposento,
Después de oir las querellas
De Altisidora, temiendo
Faltar á su Dulcinea,
Pasó una noche de perros.
Llegó por fin la mañana,
Y arrojándose del lecho
Se vistió su agamuzado
Vestido; calzóse luego
Sus dos botas de camino,
Disimulando el defecto
De las medias; arrojóse
Sobre los hombros y el cuello
Aquel mantón de escarlata
Que ya todos conocemos,
Y púsose su montera
O gorra de terciopelo
Verde, con franjas de plata
Que le daban el aspecto
De un pintado guacamayo
Con sus colores diversos.
Colgóse el ancho tahalí,
Del cual pende el fino acero

Digitized by Google

De su espada vencedora
Que está en su vaina durmiendo,
Y empuñando un gran rosario,
Al cual tiene sumo afecto,
Salió con prosopopeya
Y garboso contoneo
A una antesala en que estaban
Esperándole los dueños
Del castillo, engalanados,
Y alegres y satisfechos.
Pero sucedió que antes
De llegar el caballero
A su presencia, al pasar
Por un corredor soberbio
Entapizado y vistoso,
Vió que ocupaban su centro
Altisidora y su amiga
Emerenciana; y tan luego
Como él llegó á donde ellas
Estaban, quedó suspenso
Al notar que la primera
Lanzando un ¡ay! lastimero
Fué presa de atroz desmayo
Sobre las faldas cayendo
De su linda compañera;
La cual, en tan grande aprieto,
Con mucha presteza iba
A desabrocharla el pecho.
—No hagáis tal, dijo el hidalgo;
Guardad sus tesoros bellos;
Que estoy yo aquí, y por desgracia
Sé lo que oculta en su seno
Y por qué camino vienen
Estos síncopes ó vértigos.
—Pues yo no lo sé, responde
La otra burladora; y tengo
Por seguro, que mi pobre
Amiguita, en todo tiempo
Fué la doncella más sana
Que hubo nunca en nuestro gremio,
Y que hasta hoy ha vivido
En regalado sosiego

Digitized by Google

Con la más cabal salud
Que yo para mí deseo.
¡Mal hayan mil y mil veces
Los andantes caballeros,
Si han de ser todos ingratos
Para nuestro débil sexo!
Y ahora, señor Don Quijote,
Le suplico por el cielo,
Que se aleje de nosotras;
Pues si no se va, preveo
Que esta pobrecita niña
No va á volver en su acuerdo.»
Esto dijo la taimada
Emerenciana, vertiendo
Algunas piadosas lágrimas
Hijas de un gran fingimiento.
Lágrimas que dieron pena
Al cuitado caballero;
El cual dijo:—Haced, señora,
Que esta noche en mi aposento
Alguien me ponga un laud;
Que yo por mi vida ofrezco
Consolar á esta doncella
Y apartar su pensamiento
De esas vanas ilusiones,
Que tan imposibles creo
Como el pretender que alguien
Toque con la mano el cielo.
Y pues en cuitas de amores
Nacientes, es gran remedio
Un desengaño oportuno,
Llegue el desengaño presto.»
Diciendo así, Don Quijote
Disimulado y discreto
Se apartó de ambas doncellas
Con pasos asaz ligeros
A fin de que nadie viese
Que allí andaba en galanteos;
Y no bien se alejó un poco,
Altisidora, volviendo
De su fingido desmayo,
Dijo:—Preciso en efecto

Digitized by Google

Será que el laud le lleven,
Pues muy claramente advierto
Que pretendé darnos música
El vetusto caballero,
Y serán dignos de oirse
Sus atiplados gorjeos,
Y sus frases anticuadas,
Y sus discursos honestos.»
Diciendo así, las traviesas
Muchachas, al punto fueron
A dar cuenta á su señora
De sus alegres proyectos.
Y la Duquesa que abriga
El caritativo empeño
De arrebatar todo el juicio
Y de sorber todo el seso
Al pobre que apenas tiene
Algún asomo de cuerdo,
Concertó con su marido
Y con sus doncellas luego,
Hacerle una jugarreta
De carácter más risueño
Que dañoso; si bien, pudo
Ser bien trágico su efecto.
De todos modos, la noche
Aguardaban muy contentos
Deseando que la burla
Se hiciese con gran misterio.

LXXXIX

Aventuras nocturnas.—Requerimientos.

Al cabo pasó la tarde;
Vino el crepúsculo luego,
Y poco á poco sus tintas
Ennegreciéndose fueron.
Las horas unas tras otras
Marchaban con pasos lentos,

Digitized by Google

Y en el reloj del castillo
Once campanadas dieron.
A esa hora justamente
Entró el gentil caballero
En su cuarto, y vió con gusto
El consabido instrumento.
Era una buena guitarra
Que él templó con mucho esmero,
Y después de abrir la reja
Notó que de ella no lejos
Dentro del jardín andaba
Gente; remondóse el pecho,
Tosió, escupió y afinando
El oido, lanzó al viento
Con voz ronquilla un romance
Que él mismo había compuesto
Y en el cual se contenían,
Entre velados conceptos,
Las más sendas calabazas
Que á mujer alguna dieron,
Puesto que hablaba del firme
Amor volcánico, eterno,
Que á su simpar Dulcinea
Alimentaba en su seno.
De este modo, levantando
El gallo, y gallos haciendo,
Al compás de su vihuela
Extendióse en mil floreos
Sin notar que le escuchaban,
De risa y de gozo llenos,
No tan sólo Altisidora
Y Emerencia, sino el pleno
De la gente del castillo
Y los dos Duques egregios.
Después... después, cuando estaba
Más engolfado y sereno
Haciendo sus gorgoritos,
Se oyó de pronto un estruendo
Infernal que atajó el curso
Del filarmónico esfuerzo
Que el ya trasnochado músico
Por su mal estaba haciendo.

Digitized by Google

Y fué tan grande, tan brusco,
Tan soberano el estrépito,
Que pareció desplomarse
El castillo, dando un trueno.
¿Qué era lo que sucedía?
¿Qué significaba aquello
Que asombró á los mismos Duques
Aun estando en el secreto?
. . . . . .
. . . . . .
Fué que una mano alevosa,
Un espíritu perverso,
Desde un corredor que estaba
Encima del aposento
De Don Quijote, de súbito
Descolgó un cordel muy récio
En el cual prendido habían
Un centenar de cencerros
Que agitados fuertemente
Formaron un son horrendo.
Después, á plomo, vaciaron
Sobre la reja, un inmenso
Saco de cuero que estaba
Perfectamente repleto
De gatos; y cada gato
Llevaba atado en el cuello
O en la cola, un cencerrillo
Con el cual, al dar volteos
En el espacio, al caerse
Sobre la reja ó el suelo,
Disparándose furiosos
Dando maullidos frenéticos,
Aquel estridente ruido
Aumentaban cerca y léjos.
Luego la mala ventura
Hizo que algunos de aquellos
Gatos, en el cuarto entraran
Del infeliz caballero,
Dando tantos tropezones,
Saltos y tumbos diversos,
Que legiones parecían
Escapadas del infierno.

Digitized by Google

En vano el gran Don Quijote
Quiso librarse de ellos,
Pues apagaron las luces
Tirando los candeleros.
Y entretanto por defuera
No cesaba el movimiento
De descolgar y subir
El cordel de los cencerros.
Finalmente, el buen hidalgo
Tomó en su diestra el acero
Mientras que su mano izquierda
Agitaba el instrumento
Con que antes se acompañaba
Y que al fin tiró colérico,
Y empezó á dar estocadas
En la reja, con acento
Feroz, gritando:—Alejaos,
Encantadores maléficos;
Huid, infames canallas
Del vil bando hechiceresco;
Mirad que soy Don Quijote
De la Mancha, y que mi esfuerzo
No han de vencer vuestras malas
Intenciones; idos presto.»
Dijo, y volviéndose al punto
A los gatos, con denuedo
A tirar cien cuchilladas
Comenzó á diestro y siniestro.
Ellos, por la reja ágiles
Presurosamente huyeron;
Mas uno que rezagado
No acertó á dejar su puesto,
Viendo que audaz le acosaba
El ilustre caballero,
Le saltó al rostro y le asió
De las narices, mordiéndolo
Y arañándole con tanta
Furia que el dolor intenso
Que le produjo, le hizo
Dar mil gritos lastimeros.
Al escucharle, los Duques
Presurosos acudieron,

Digitized by Google

Y abriendo con una llave
Maestra, en el aposento
Entraron, viendo al hidalgo
Que hacía vanos esfuerzos
Por arrancarse del rostro
Aquellas uñas de acero
Y aquellos dientes agudos
Que horadándole el pellejo
En sus ternillas nasales
Causaban vil detrimento.
Pidieron luces, trajéronlas,
Y al notar que el caballero
Ensangrentado y furioso
Daba sus ayes al viento,
De tan desigual pelea
Librarle al punto quisieron;
Mas él dijo á grandes voces:
—Nadie se ponga por medio;
Nadie me le quite, déjenme
Mano á mano y cuerpo á cuerpo,
Con este infame demonio,
Con este vil hechicero,
Encantador maldecido
Que vino á darme tormento.
Vea y sepa que yo soy
El andante caballero
Don Quijote de la Mancha
Que vencerá al mismo infierno.»
Esto decía el hidalgo,
Pero el gato, no entendiendo
Semejantes amenazas,
Gruñía que era un portento
Apretando más las zarpas
Y los dientes; y maltrecho
Hubiera en verdad quedado
El valiente aventurero,
Si el mismo Duque no hiciera
Compasivo un grande esfuerzo
Librándole apresurado
De aquel suplicio gatesco.
Logró al fin desarraigar
Al indómito doméstico

Digitized by Google

Que huyó al jardín por la reja,
Dejando en ella el cencerro,
Mientras que de Don Quijote
Acribado el rostro vieron
Con las narices dañadas;
Si bien con ánimo entero
Se mostró muy despechado
Porque no le permitieron
Fenecer tan gran batalla
Sólo con su propio esfuerzo,
Venciendo aquel malandrín
Encantador traicionero.
Para catar sus feridas
Cuentan que aceite trajeron
De aparicio; y la traviesa
Altisidora, con tierno
Interés, púsole vendas
Con los blanquísimos dedos
De sus manos torneadas;
Mientras que con dulce acento
Y en voz baja le decía:
—Cuanto te está sucediendo,
Caballero empedernido,
Es la expiación de los yerros
De tu pertinaz dureza;
Y plegue á los altos cielos
Que se olvide Sancho Panza,
Tu magnánimo escudero,
De azotarse, porque nunca
Salga de su encantamento
Esta tan amada tuya
Dulcinea; y á Dios ruego
Que ni la goces, ni llegues
Al tálamo, por lo menos
Viviendo yo que te adoro
Y por tí de amor fallezco.»
Esto dijo Altisidora,
Y Don Quijote el silencio
Rompió, sacando un suspiro
De lo más hondo del pecho.
Después se tendió en su cama
Y con tono un poco tétrico

Digitized by Google

Dió las gracias á los Duques
Por la merced que le hicieron
Prestándole sus auxilios,
Aunque él estaba bien cierto
De vencer solo, á la inícua
Canalla gatesca, haciendo
Que aquellos feroces duendes
Y encantadores protervos,
Vencidos y castigados
Se fueran todos huyendo
A otra parte con su música
De maullidos y cencerros.

XC

El doctor Pedro Recio.

Dejando al buen Don Quijote
Que tuvo que guardar cama
Por consecuencia de aquella
Aventura malhadada,
Volvamos á visitar
La ínsula Barataria
Y á ver lo que en ella hacía
El ínclito Sancho Panza.
Cuentan los historiadores
Que al darse por terminada
La audiencia pública, todos
Condujeron sin tardanza
Al digno gobernador,
Que desfallecido estaba,
A un suntuoso palacio
A donde en una gran sala
Una real y limpia mesa
Hallábase aparejada;
Y tan luego como Sancho
Penetró en aquella estancia
Resonaron chirimías,
Todas muy bien afinadas,

Digitized by Google

Y salieron cuatro pajes
Que según antigua usanza
Aguamanos le ofrecieron,
Que él recibió con marcada
Gravedad. Cesó la música
Y Sancho que hambriento estaba
Sentóse á la cabecera
De la mesa antes citada,
En la cual tan sólo había
Según refiere la fama,
Un asiento y un servicio
Con sus cubiertos de plata.
Púsose á su lado en pie
Un hombre de adusta cara
Que después mostró ser médico
Y que en su diestra empuñaba
Una flexible varilla
De ballena bien labrada.
En seguida levantaron
Dos riquísimas y blancas
Servilletas que cubrían
Muchas frutas delicadas
Y mucha diversidad
De platos, en donde estaban
Diversos ricos manjares
Y deliciosas viandas.
Un joven que de estudiante
Parecía tener trazas,
Bendijo la mesa, y luego
Un paje llegóse á Panza
Y le puso un babador
Randado bajo la barba.
Después otro que el oficio
Hacía de maestresala,
Un plato de fruta puso
Al alcance de su garra;
Mas no bien hubo comido
Un bocado, el de la vara
Tocando con ella el plato
Hizo que se lo llevaran.
El maestresala al momento
Otro manjar le depara,

Digitized by Google

Y ya Sancho iba á probarlo
Lleno de apetito y ansias
Cuando tocó la varilla,
El segundo plato airada,
Y un paje lo alzó y llevóselo
Sin que Sancho lo catara.
Visto lo cual azorado
Exclamó al punto:—Caramba!
¿Es esta comida juego
De Maesecoral, ó anda
Aquí empeñada la gente
En darme ración de guaya?
Dice, y le responde al punto
El que maneja la vara:
—Aquí, mi amado señor
Gobernador, no se yanta
De otro modo que el que usan
En ínsulas donde mandan
Gobernadores; y es justo
Declararle en confianza
Que estoy aquí asalariado
Como médico de cámara
Y que á cumplir la misión
Que me ha sido encomendada
Estoy siempre decidido
Aunque el firmamento caiga.»

XCI

Régimen dietético.

Después de hablar el galeno
De tal modo, siguió alzando
La voz, y dándose tono
Dijo:—Cuando yo me hallo
Cerca de un gobernador,
Le observo y le estudio tanto
Que si él enferma, bien puedo
Despacharle á ojos cerrados.
Pero lo más principal

Digitized by Google

Que en obsequio suyo hago,
Es no dejarle comer
Lo que puede hacerle daño;
Por lo cual retiré antes
La fruta, que es demasiado
Húmeda; y lo otro era
Demasiadamente cálido,
Pues tenía mucha especia,
Y esta produce en el acto
Una sed devoradora
Que consume el epigastrio
O el húmedo radical
Si el que bebe no es muy cauto.
—De esa manera, responde
Con cierta sorna el buen Sancho,
Aquel plato de perdices
Asadas que estoy mirando,
Y á mi parecer están
Sazonadas con cuidado,
Me hará provecho.—Eso nunca,
Repuso lleno de espanto
El médico; nunca de ellas
Ha de tomar ni un bocado
Mientras yo viva.—¿Y por qué?
Pregunta impaciente Sancho.
—Porque nuestro gran maestro
Hipócrates, que llamaron
Padre de la medicina,
Y en ella es luz, norte y astro,
En un aforismo suyo
Dice: *omnis saturatio*
Mala, perdix autem pessima;
Que, vertido al castellano,
Quiere decir: «toda hartazga
Es mala; pero en el cáso
De ser de perdiz, malísima.»
—Bien está, responde Sancho;
Si es así, yo me resino
Y cierro el pico y me callo;
Mas vea el señor dotor
De cuál de todos los platos
Que hay en la mesa, podré

Digitized by Google

Comer sin que me haga daño
Y sin que con esa vara
Venga luego á apaleármelo.
Elija y gozarlo déjeme;
Que el hambre me está matando
Y aunque pese al gran dotor
Y al Pocrátes que ha citado,
Al quitarme la comida
La vida me irán quitando;
Y esto no es tener concencia
Ni es cencia aquí entre cristianos.
—Vuesa merced, razón tiene,
Dice el médico taimado;
Veamos lo que entre todo
Puede hacerle menos daño.
Por el pronto los conejos
Que allí aparecen guisados,
Por ser manjar peliagudo
Ni aun siquiera ha de probarlos.
La ternera, si no fuera
Asada y estar con ajos
Y adobo, tal vez probarse
Pudiera; pero no hay caso.»
Al oir las prohibiciones
Del doctor, exclamó Sancho:
—Dígame pronto si puedo
Comer de aquel platonazo
Que parece olla podrida.
—Olla podrida? ¡qué escándalo!
Dice el médico; eso quede
Para canónigos flacos
O para simples rectores
De colegios de abogados,
O para bodas menguadas
De labriegos pelagatos;
Que un gobernador merece
Muchísimo más regalo.
Ahora en mi concepto, debe
Tomar su merced un caldo
De borrajas; luego un ciento
De canutillos llamados
Suplicaciones, y luego

Digitized by Google

Unos sutiles pedazos
De esa carne de membrillo
Que está puesta en aquel plato
Y que habrán de confortarle
La digestión ayudando.»
Calló el médico y el pobre
Gobernador, asombrado
Se hizo atrás sobre su silla
Y se apoyó en el respaldo,
Contemplando de hito en hito
A aquel verdugo malvado.
Luego, dominando el ímpetu
De su cólera, y tomando
Una actitud triste y grave,
Con acento un poco ágrio
Quiso averiguar el nombre
De aquel feroz matasanos
Preguntándole á la vez
En dónde había estudiado.
—Yo, señor, responde el médico
Con ligereza, me llamo
El doctor Don Pedro Recio
De Agüero; me bautizaron
En mi lugar, que se llama
Tirteafuera, el cual situado
Se halla entre Caracuel
Y entre Almodóvar del Campo,
Hacia la mano derecha;
Y tengo adquirido el grado
De Doctor, en los antiguos
Claustros universitarios
De Osuna.—¿Sí? le responde
Lleno de cólera Sancho;
¿Es eso todo, señor
Dotor Pedro Recio, pájaro
De mal agüero, nacido
En donde le bautizaron,
Natural de Tirteafuera
Que está á la derecha mano
Si hasta Caracuel subimos
O hasta Almodóvar bajamos,
Señas que no tienen pierde

Digitized by Google

Porque el asunto es tan claro
Como el haber sido luego
En Osuna graduado
De dotor en melecina
Para dar muerte á los sanos?
Pues quítese desde luego
De delante, ó por mi santo
Juro tomar un garrote
Y acabar á garrotazos
Con todos los malos médicos
De la ínsula, empezando
Por él que tan sólo sabe
Matar de dieta á un cristiano.
Y esto que digo, lo digo,
Sin referirme á los sabios;
Que á los buenos y discretos
Los reverencio y acato.
Y repito que se vaya
Pedro Recio con mil diablos,
Porque sino tomaré
La silla en que estoy sentado
Y sin ningún miramiento
Se la estrellaré en los cascos,
Quedándome la defensa
De que maté á un mentecato
Verdugo de la república
Y asesino dotorado.
Así, pues, denme al momento
De comer, sea bueno ó malo,
O tómense su gobierno;
Que oficio que no dá al cabo
Para que su dueño coma
Importa menos que un rábano.»
Esto dice Sancho Panza,
Y el doctor alborotado,
Viendo que el gobernador
Daba sendos puñetazos
Sobre la mesa, furioso
Haciendo gestos extraños,
Quiso hacer el tirteafuera
De la sala; mas estando
La cosa así, de repente

Digitized by Google

Se oyó sonar en el patio
O en la calle, una corneta
De posta; salió en el acto
A un balcón el maestresala
Y dijo á todos en alto:
—Correo del señor Duque
Llega, traerá algún despacho.»
Dijo, transcurrió un minuto,
Y el correo entró sudando
Con aire despavorido
Muy lleno de sobresalto;
Y sacándose del seno
Un pliego de gran tamaño
Con el respeto debido
Lo puso en poder de Sancho.

XCII

Sancho el fuerte.—Los deberes de un cargo.

Tomó el buen gobernador
Aquel pliego, y sin tardanza
Se lo entregó al mayordomo
Que á su lado se encontraba.
Leyó éste el sobreescrito
Y tras de una breve pausa
Dijo:—El pliego se dirige
A vuesa merced, y á falta
De vuesa merced, previene
Que á su secretario vaya.
—¿Y quién es mi secretario?
Les pregunta Sancho Panza.
—Yo, señor, responde uno
Que también cerca se hallaba;
Pues sé leer y escribir
Y soy nacido en Vizcaya.
—Con aquese aditamento,
Responde Sancho, me basta;
Que podeis ser secretario

Digitized by Google

De un emperador; la carta
Abrid y ved lo que dice,
Por si es cosa de importancia.»
Hízolo el recien nacido
Secretario; con turbada
Faz la leyó, y dijo luego:
—La reserva es necesaria
Y este escrito ha de leerse
A solas con mucha calma.
—Bien está, responde Sancho;
Que se despeje la estancia,
Quedando aquí el mayordomo,
Secretario, y maestresala.»
Fuéronse todos, incluso
El médico, y en voz baja
Leyó luego el vizcaino
La epístola, que se hallaba,
Frase más ó frase menos,
De este modo redactada:
«A mi noticia ha llegado
»Hoy, señor Don Sancho Panza,
»Que unos enemigos mios
»Están previniendo armas
»Para asaltar esa ínsula
»La noche menos pensada.
»Sé también de buena tinta
»Que de asesinaros tratan,
»Porque temen vuestro ingenio
»Y no os ven torcer la vara.
»Abrid el ojo y mirad
»Quién se os acerca y os habla
»Y no comais cosa alguna
»Que estar pueda envenenada;
»Pues me consta que ahí entraron
»Cuatro espías disfrazadas
»Con el propósito firme
»De hacer con vos una infamia.
»Yo tendré mucho cuidado
»En hacer por evitarla
»Y en socorreros si os viéredes
»En trabajo y en desgracia.
»En tanto, dé vos espero

Digitized by Google

»Que os porteis con mucha maña.
»Del lugar en que resido,
»Y cuatro de la mañana
«De hoy diez y seis de Agosto.
«Vuestro amigo, El Duque.»
. . . . . —Cáscaras!
Dijo Sancho; esto está feo;
Y eso del matarme espanta.
Así, pues, lo que ha de hacerse,
Ahora mesmo sin tardanza,
Es llevar á un calabozo
De los peores que haya
A ese dotor Pedro Recio;
Pues si hay alguno que trata
De acabarme, ha de ser él
Que con su dieta malvada
Muerte adminícula y pésima
De atroz hambre me prepara.
—Hay que observar, sin embargo,
Le responde el maestresala,
Que vuesa merced no debe
Engullir esas viandas
Que han presentado unas monjas,
Pues como el refrán declara,
Detrás de la cruz, el diablo
Suele estar.—Jesús me valga!
Dice Sancho; yo no niego
Esas monjiles hazañas.
Así, pues, por ahora dénme
Un buen pedazo de hogaza
Y cuatro libras de uvas
Que espero no tengan mácula,
Pues yo ya pasar no puedo
Sin comer; y si hay batallas
Y refriegas, y disgustos,
Y motines, y asonadas,
Bueno es estar mantenido;
Pues no se ha dicho sin causa
«Tripas llevan corazón»
Con lo demás que se calla.
Y vos, señor secretario,
Escribid luego una carta

Digitized by Google

Para el Duque mi señor,
Diciendo, que cuanto manda
Será por mí obedecido
Puntualmente y sin falta
Alguna; y á la señora
Duquesa, con gran crianza
Y urbanidad, le pondreis
Un besamanos, rogándola
De mi parte, que no olvide
El enviarle mi carta
Y mi lio á mi mujer,
La pobre Teresa Panza.
Y de camino podeis
Encajar con lindas trazas
Otro par de besamanos,
Llenos de dulces palabras,
A mi estimado señor
Don Quijote de la Mancha,
Porque vea que soy pan
Agradecido; y si os falta
Algo que añidir, podreis
Poner cuanto os dé la gana,
Puesto que sóis secretario
Y buen vizcaino; y vayan
Levantando esos manteles:
Mi pan y mis uvas traigan
Y déjenme á mí matar
El hambre que ahora me mata;
Que yo ofrezco defenderme
Y defender esta plaza
De todos los malandrines,
Encantadores, fantasmas,
Envenenadores viles,
Salteadores y canallas,
Que conspiran por robarme
La ínsula Barataria.»
No bien con bravo ademán
Soltó Sancho estas palabras
Aparecióseles un paje
Que le dijo:—En la antecámara
Señor, está un labrador,
Negociante según trazas,

Digitized by Google

Que quiere hablar con usía
De un asunto de importancia.
—¿Y qué quiere?—Sólo dice
Que sin verle no se marcha.
—Pues yo digo que no es hora
De que así me den matraca.
¿Por ventura los que somos
Gobernantes por desgracia
No somos de carne y hueso?
¿O es de bronce aquel que manda?
Por Dios y por mi concencia
Digo que si me durara
El gobierno (que sin duda
No durará) pondré trabas
A estos pícaros tratantes
Que no saben con quién tratan.
En fin, decidle que entre;
Mas vean si tiene armas
Escondidas, ó es de aquellas
Personas que disfrazadas
Nos espían, para darnos
La muerte.—No tiene trazas
De eso, señor, dice el paje;
Antes bien parece un alma
De cántaro y yo lo fío.
—No hay que temer emboscada,
Añade el buen mayordomo;
Que aquí estamos todos...—Basta
Dice Sancho; estoy conforme;
Mas dígame el maestresala
Si ahora que no está el dotor
Pedro Recio con su vara,
Podré tomar un bocado
De algo de peso y sustancia
Aunque sólo sea pan
Con una cebolla asada,
O cruda.—Yo le respondo
A usía que toda falta,
En la cena de esta noche
Ha de quedar subsanada.»
  Esto el maestresala dijo,
Y el infeliz Sancho Panza

Digitized by Google

Añadió con cierta duda:
—¡Dios lo quiera, Dios lo haga!

XCIII

El hombre de Miguel Turra.

Entró en esto el labrador
Cuya presencia mostraba
A cien leguas que era hombre
Que tenía buena alma.
Y lo primero que dijo
Fué:—¿Quién es el que aquí manda?
¿Quién es el gobernador
Con quien quiero estar al habla?
—¿Quién ha de ser? le contesta
El secretario, que estaba
Junto á Sancho; ¿no lo veis
Sentado en su silla?—Basta,
Dice el hombre; yo me humillo
Humildemente á sus plantas.
Dicho lo cual, de rodillas,
Se puso, y con voz turbada
Por el respeto, pidióle
La mano para besársela.
Negóse Sancho, diciéndole
Que al punto se levantara
Y que hablase con llaneza
Cuanto le diese la gana.
Levantóse el negociante
Y así comenzó su plática:
—Yo, señor, soy labrador
De esos que tienen labranzas,
Natural de Miguel Turra,
Lugar que está á la distancia
De dos leguas solamente
De Ciudad Real de la Mancha.
—¿Qué es lo que estoy escuchando?
El gobernador exclama;

Digitized by Google

¿Otro tirteafuera viene?
Seguid, hermano del alma,
Que sé ir á Miguel Turra,
Pues no muy lejos se halla
De mi lugar.—Pues el caso
Es, replica con cachaza
El labrador, que yo soy
Casado como Dios manda,
Según la Iglesia Católica
Apostólica Romana
Previene; y tengo dos hijos
Que estudian en Salamanca,
Para bachiller el uno,
Que es el menor de mi casa;
Para licenciado el otro
Que ya tiene luengas barbas.
Soy viudo, porque hace tiempo
Murió mi mujer amada,
O por decirlo mejor,
Me la arrebató un canalla
De médico, que la hizo
Purgarse estando preñada.
Y si Dios fuera servido
Que la cría se lograra
Y esta cría hubiera sido
Un infante y no una infanta,
Le hubiera puesto á estudiar
Para doctor, porque nada
Que envidiar á sus hermanos
Tuviese el hijo del alma.
—De ese modo, dice Sancho,
Si la purga condenada
No diera á vuestra mujer
Una muerte tan temprana
Vos no fuérades agora
Viudo.—La cosa está clara,
Que entonces de ningún modo
Lloraría yo su falta.
—Medrados estamos, siga
Adelante con su parla,
Hermano; y vea que es hora
De sestear, dice Panza.

Digitized by Google

—Digo, pues, añade el bueno
Del labrador con su calma
Habitual, que éste mi hijo
Que ha de ser hoy ó mañana
Bachiller, se enamoró
De una doncella, llamada
Clara Perlerina, hija
De Andrés Perlerino, que anda
De boca en boca, por ser
Según publica la fama
El labrador más riquísimo
Que hay en toda la comarca.
Y el nombre de Perlerines
No es por alcurnia heredada
Ni les viene de abolengo,
Sino por la circunstancia
De que todos los de aqueste
Linaje, tienen la mala
Fortuna de ser perláticos;
Razón por la cual les llaman
Perlerines, mejorando
El nombre; y es la muchacha
Que digo, como una perla
Oriental, y si es mirada
Por la derecha, parece
Que es flor del campo su cara.
Por la izquierda no lo es tanto,
Por que aquél ojo le falta
Que unas malignas viruelas
Le saltaron cual castaña
Puesta al fuego; y son los hoyos
Que esas viruelas malvadas
Labraron, muchos y grandes
Y profundos; mas declaran
Los que la quieren, que son
Sepulturas de sus almas.
Es tan limpia y primorosa
Que trae siempre arremangadas
Las narices, por huir
Del aliento que se escapa
De su boca que es tan grande
Como una espuerta mediana.

Digitized by Google

Mas con todo, es tan graciosa
Cuando se rie y se explaya,
Que si diez ó doce dientes
Y muelas no le faltaran,
A más de mil hermosuras
Podría tener á raya.
De sus labios no se hable
Por ser labios que entusiasman
Puesto que son tan sutiles
Y delgados, que si usaran
Aspar labios, bien pudieran
Vender madejas baratas.
Verdad es que como tienen
Otro color del que gasta
La gente, pues jaspeados
Están de color de caña,
Azul, verde y berengena,
Bien puede pasar por santa
La que posee esos labios
Que parecen pila de agua
Bendita; y aquí, señor
Gobernador de mi alma,
Le pido que me perdone
Si mi pincel la retrata
Mostrando todas las partes
Que su físico aquilatan;
Que al fin ha de ser mi hija
Y ella me parece guapa.
—Pintadla como quisiéredes,
Dijo bostezando Panza;
Que yo me voy recreando
Con figura tan gallarda;
Y si aquí comida hubiese
Mejor postre no encontrara.
—Eso tengo por servir,
Dice siguiendo su plática
El labrador; pero tiempo
Vendrá, si el cielo no manda
Otra cosa, en que seamos
Si ahora no somos.—Ya escampa!
Murmura Sancho estirando
Brazos y piernas; no acaba

Digitized by Google

Ni acabará en veinte siglos.
Tengamos paciencia y calma.
—Pues digo, señor, prosigue
El labrador, que el pintarla
Con toda su gentileza
Y el tomarle bien la talla
Fuera cosa de admirarse;
Mas no puede ser, á causa
De que ella se ve la pobre
Encogida y agobiada
Juntándose sus rodillas
Con su boca ó con su barba.
Bien se advierte, sin embargo,
Que si ella se levantara....
Es decir, si ella pudiera
Desentumecer la espalda
Y los remos, que están flojos
Por encontrarse baldada,
Con la cabeza daría
En los techos de su casa.
Y ya de seguro hubiera
Dado su mano y su alma
A mi bachiller, si ella
La triste no fuese manca;
Pero aunque tiene la diestra
Terriblemente anudada,
Bien se advierte por sus uñas
Muy finas y acanaladas,
Que ser pudieran sus manos
Pequeñas, lindas y blancas.
Calló el hombre un breve instante,
Y aprovechando esta pausa
Dijo Sancho por lo bajo:
—La ocasión la pintan calva.»
Y no bien el refrán dijo
Añadió con voz más alta:
—Ya, hermano, me habeis pintado
De la cabeza á las plantas
A vuestra nuera presunta,
Que más que llamarse Clara
Pudiera llamarse yema
Por lo espesa y por lo blanda.

Digitized by Google

Dejad, pues, á Pelrerina
Que es una pelra pelrática,
Y venid al punto al caso
Diciéndome en confianza
Sin rodeos, callejuelas
Ni esquinas, lo que demanda
Y espera de mí.—Pues digo,
Señor, que yo deseara
Que vuesa merced me hiciese
La de darme alguna carta
De favor, recomendando
A mi consuegro, que haga
Porque se celebre pronto
Esta boda deseada,
Pues no somos desiguales
En fortuna ni en la casta,
Y á decir verdad, mi hijo
Muy endemoniado anda.
No hay día que tres ó cuatro
Veces no sufra una carga
De los malignos espíritus
Que le atormentan el alma.
Y como además el pobre
Tuvo la inmensa desgracia
De caerse en una hoguera,
Tiene la piel de la cara
Cual húmedo pergamino
Que ponen sobre las brasas;
Y tiene además los ojos,
Que en su niñez gozo daban,
Llorosos y manantiales
Hechos dos fuentes de lágrimas.
Por lo demás, es un ángel,
Y si no se aporreara
Él mesmo á sí mesmo, dándose
Alguna vez mil puñadas,
Fuera un bendito.—¿Acabásteis
Buen hombre? pregunta Panza.
¿Queréis otra cosa, hermano?
—Si á fe, de muy buena gana
Otra cosa yo querría,
Dice el hombre; mas me causa

Digitized by Google

Vergüenza el decirlo, y tengo
Reparo... mas si lo manda
Usía, debo aclararlo
Sin que á podrírseme vaya
En el pecho. Así, pues, digo,
Señor, que yo deseara
Que vuesa merced me diese
Para costear las arras
Y dotar al pobre chico
Que tiene que poner casa,
De trescientos á seiscientos
Ducados con que él se holgara
Sin sufrir impertinencias
De los suegros.—¿No le falta
Algo más que pedir? dice
Sancho con voz atiplada.
Haga memoria el buen hombre;
Pida aquello que le plazca
Y por cortedad ó empacho
No se quede en la estacada.
¿Quiere algo más?—No por cierto,
Con eso, señor, me basta.»
Apenas el hombre dice
Estas últimas palabras,
El señor gobernador
De su asiento se levanta
Y asiendo la misma silla
En la cual sentado estaba
Exclamó lleno de ira
Y en ademán de tirársela:
—Voto á tal, seor don patán,
Rústico de horrible raza,
Que si de aquí no os marcháis
Daré una gran campanada
Rompiéndoos esa cabeza
De melón ó calabaza.
Hi.... de bruja, ruin, bellaco,
Pintor de diablos y diablas,
Que hasta seiscientos ducados
A estas horas me demandas,
¿Dónde los tengo, hediondo?
¿Dónde pude hacerlos, trápala?

Digitized by Google

Y aunque de sobra tuviéralos
¿No sería yo un panarra
Si te los diera, sabiendo
Que en el mundo hay gente honrada
A quien socorrer? Cernícalo,
Pedigüeño, majagranzas.
¿Qué se me da á mí que seas
De Miguel Turra ó de Alcarria,
Ni qué tengo yo que ver
Con esa temblona casta
De los Perlerines? Vete,
Vete de aquí, tarambana;
Si no por vida del Duque
Mi señor, haré que vayas
Atado codo con codo
A la cárcel á hacer trampas.
Tú no eres de Miguel Turra,
No tienes hogar ni patria,
No eres viudo, ni casado,
Ni eres padre, ni eres nada,
Sino un redomado pillo
Que el infierno aquí me manda
Para tentar mi paciencia
Que aun siendo mucha se cansa.
Medio día en el gobierno
Llevo sólo, y ya en mis arcas
Quieres que tenga seiscientos
Ducados? ¿puse yo fábrica
De monedas? Vete, vete...!»
Tan furioso Sancho estaba
Al decir esto, que al cabo
Señas hizo el maestresala
Al hombre para que hiciese
Una cuerda retirada
Antes que el gobernador
A vías de hecho pasara.
Salió el bellaco fingiendo
Que muy contrariado estaba
Y Sancho... pero dejemos
A Sancho lleno de rabia,
Y veamos lo que hacía
Don Quijote de la Mancha.

Digitized by Google

XCIV

Doña Rodriguez.

Doliente y en extremo melancólico
Ocho días estuvo el buen hidalgo
Malferido, encerrado en su aposento
Guardando cama y con el rostro hinchado.
Sus narices estaban señaladas
Por la uñas de un pérfido gatazo,
Y eran sus noches largas é intranquilas,
Pues las pasaba el triste desvelado,
Ya evocando cien dichas transitorias,
Ya en amores platónicos pensando.
Y sucedió que en una de esas noches
Sintió el buen caballero lentos pasos
Y que una llave con misterio abría
Suavemente la puerta de su cuarto.
Imaginóse al punto, que la bella
Altisidora enamorada, dando
Rienda suelta á sus locas pretensiones,
Era la autora del nocturno asalto
Para poner su honestidad á prueba
Y conducirle hasta el terrible caso
De faltar á su amada Dulcinea,
Lo cual sería imperdonable agravio.
—No, dijo entonces con doliente acento
A su imaginación crédito dando
Y hablando en alta voz por que le oyesen;
Yo ser no puedo á mi señora ingrato!
Ora esté transformada en cebolluda
Labradora de rostro avinagrado;
Ora en concha de nácar se presente
Cual ninfa bella del dorado Tajo,
Ella ha de ser el norte de mi vida,
El dulce bien que férvido idolatro;
El ángel de mis sueños y vigilias;
La reina hermosa de quien soy esclavo;

Digitized by Google

Y el pretender que yo traición le haga,
Es venir á llevarse un desengaño.»
El decir las palabras anteriores
Y el abrirse la puerta con recato
Fué todo uno, y cuentan las historias
Que Don Quijote al punto dió un gran salto
Poniéndose de pie sobre su lecho
Envuelto en colcha de amarillo raso,
En la cual se embozó; mas su figura
Era muy propia para dar espanto.
Tenía en la cabeza una galocha
O gorro de dormir, y tan vendados
El rostro y los bigotes, cuyos pelos
Revueltos semejaban estropajos,
Que apenas se veían sus dos ojos
Y sus cejas formando un solo arco,
Mientras su cuerpo débil, consumido,
Inmóvil, tieso, amarillento, escuálido,
Muy envuelto en la colcha susodicha
Hacía parecer al desdichado
Vago fantasma, que entre sombras densas
Los genios de la noche allí abortaron.
De este modo, impaciente, temeroso,
Quiso ver quién llegaba, y fué su pasmo
Grande, al notar que no era Altisidora
La que venía á alborotar sus cascos,
Sino una dueña cuyas tocas blancas
Repulgadas y luengas como hábito
O túnica de rico nazareno,
La cubrían muy bien de arriba á abajo.
Entre los dedos de la mano izquierda
Encendido traía un corto cabo
De vela, y porque no le molestase
La luz, pantalla hacía su otra mano.
Traía puestos grandes anteojos
Que ahora quevedos sin razón llamamos
Pues antojos, según antes decían,
De tal figura muchos los llevaron.
Finalmente, llegaba muy quedito
De sus pies el ruido amortiguando,
Y Don Quijote sorprendido al verla,

Digitized by Google

Creyendo que era bruja, duende ó trasgo
Que venía con malas intenciones,
Comenzó á santiguarse acobardado.
Avanzó la visión, y cuando estaba
Precisamente en la mitad del cuarto,
Alzó los ojos y advirtió la priesa
Con que hacía sus cruces el hidalgo;
Y si él quedó medroso al verla á ella
Ella mostró á su vez terrible espasmo
Al verlo tan estrecho y amarillo,
Tan derecho, tan lúgubre y tan alto.
Y diciendo:—Jesús! ¿qué es lo que veo?
Se le cayó la vela de las manos.
Viéndose á oscuras se volvió de espaldas
Y quiso huir, mas ¡ay! que tropezando
Con sus faldas, cayó cuan larga era
Dando un golpe en el suelo entarimado.
Oyó el ruido el triste Don Quijote
Y confuso exclamó casi temblando:
—Conjúrote, fantasma, ó lo que eres,
Que me digas quién eres en el acto,
Diciéndome á la vez á qué has venido
A llenarme de angustia y sobresalto.
Si eres un alma en pena, dilo luego,
Que á ser esto factible, yo haré cuanto
Pueda en tu obsequio hacer, pues soy devoto
Y siempre fuí católico cristiano,
Siendo además andante caballero
Que hasta en el Purgatorio puedo algo,
Pues la noble misión que traje al mundo
Tiene no poco de sublime y santo.»
Oyó el conjuro la vetusta dueña
Y con voz afligida, en tono bajo,
Contestóle por fin:—Yo, valeroso
Don Quijote del alma, (si es que acaso
Vuestra merced prosigue siendo el mismo
Don Quijote, aunque un tanto averiado),
No soy fantasma, ni visión, ni alma
Del Purgatorio; por el mundo ando
Y soy dueña de honor de mi señora
La Duquesa; y os digo que me llamo

Digitized by Google

Doña Rodríguez, y si aquí he venido
Ha sido, buen señor, porque me hallo
En gran necesidad de que me preste
Vuesa merced su valioso amparo.
—Diga, pues, lo que quiere la señora
Doña Rodríguez, dice moderando
Su voz el caballero; y ante todo
Diga si viene con deseo insano
De evacuar amorosas tercerías;
Porque de ser así, yo le declaro
Que no soy de provecho para nadie;
Pues solo vivo, aliento, tengo y valgo
Para servir y amar á Dulcinea
Del Toboso, á quien Dios me ha destinado.
Así, pues, y dejando aparte siempre
Todo amoroso pertinaz recado,
Puede salir para encender su vela
Y volver cuando guste, aunque le añado
Otra vez, que ningún incitativo
Melindre admito, ni indirecta aguanto.
—Gracias á Dios, respóndele la dueña,
Todavía no tengo tantos años
Que me dedique á tales niñerías.
Todavía, señor, ¡Dios sea loado!
Mi alma tengo en las carnes, y mis dientes
Y muelas en la boca; y si saltaron
Algunos, fué debido este suceso
A los muchos y pícaros catarros
Que en esta tierra de Aragón famosa
Suelen ser muy frecuentes y ordinarios.
Espere, pues, vuesa merced, que voy
A buscar luz y volveré en el acto
Para contarle mis amargas cuitas
Como á remediador de grandes daños.»
Esto dijo la dueña y Don Quijote
Se quedó más tranquilo y sosegado.

Digitized by Google

XCV

Historia lastimosa.

Poco duró la firme confianza
Del digno caballero, pues turbado
Se vió por un millar de pensamientos
Que de pronto su espíritu asaltaron.
—Viendo las cosas bien, pensó, es extraña
Esta aventura que salióme al paso,
Y paréceme á mí que está mal hecho
Esto que ahora sin concierto hago.
¿Quién me responde de que aquí no haya
Peligro? ¿quién responde de que el diablo,
Que es mañoso y sutil, ahora no intente
Engañarme y meterme en picos pardos
Con una dueña, cosa que no pudo
Lograr jamás, aunque me ví tentado
Por cien emperatrices poderosas,
Por reinas de países dilatados,
Por duquesas, marquesas y condesas,
Que sin duda de mí se enamoraron?
Y ¿quién sabe? ¿quién sabe si el silencio
Y obscura soledad en que me hallo,
La ocasión, que es la madre de los hurtos,
Y la fragilidad del sér humano,
Despertarán deseos que ahora duermen
Logrando al fin, que al cabo de mis años,
Venga á caer inadvertido y torpe
En sitios donde nunca he tropezado?
Mas ¿qué digo? Señor, yo pierdo el juicio,
Yo sin duda el violón estoy tocando,
Al pensar que una dueña toquiblanca
Larguirucha, antojuna, de arrugado
Rostro, que tiene mucho de vestiglo,
Pueda mover mi pecho desalmado
Inspirando lascivos pensamientos
Al que juró ser siempre limpio y casto.

Digitized by Google

Noramala las dueñas melindrosas
Y remilgadas! váyanse á los diablos;
Que su aliento me enciende y envenena
Y con ellas no quiero tener trato.»
Diciendo así, bajóse de su cama
Y fué á cerrar la puerta con cuidado;
Mas en ella topó á Doña Rodriguez
Que venía con luz, y que al hallarlo
De pie, casi desnudo, aunque en su colcha
Estaba el infeliz arrebujado,
Temiendo que era aquello una emboscada
Retiróse hacia atrás como dos pasos
Diciendo:—¿Estoy segura, caballero?
Porque, á decir verdad, esto es extraño
Y no puedo creer señal honesta
El que vuesa merced haya dejado
Su lecho.—Yo lo mismo le pregunto,
Responde Don Quijote un poco huraño;
Y bien será que me digais ahora
Si aquí seguro junto á vos me hallo
O he de sufrir alguna acometida
Pecaminosa para ser forzado.
—¿De quién, ó á quién demanda el caballero
Esa seguridad?—Yo la demando
De vos y á vos, que yo, señora mia,
No tengo pretensión de ser de mármol,
Ni vos sereis de bronce, ni esta hora
Es la del medio día limpio y diáfano,
Sino de media noche; y esta estancia
En que á solas los dos nos encontramos
Es secreta y cerrada cual lo era
La cueva oscura, el miserable antro
Donde el traidor enamorado Eneas
Gozó á la hermosa Dido temerario.
Pero dejando aparte estos históricos
Recuerdos, dadme al punto vuestra mano,
Que yo no quiero más seguridades
Que mi gran continencia, mi recato,
Y esas que vos llevais reverendísimas
Tocas que muestran vuestro honesto estado.»
Diciendo así, con grave ceremonia
La diestra le besó, y asidos ambos,

Digitized by Google

Acercáronse al lecho reverentes
Sin soltar el más mínimo vocablo.
Metióse el caballero entre las sábanas,
Se acurrucó, tapóse con cuidado
Y la dueña sentóse en una silla
Con su encendida luz en el regazo,
Sin quitarse sus grandes anteojos
Que están en su nariz como clavados.
Así los dos, quedaron en silencio
Y con tranquilidad durante un rato;
Mas rompióle por fin el caballero
Las siguientes palabras pronunciando:
—Bien puede hablar vuesa merced, señora;
Bien puede descoserse sin trabajo
Y desbuchar cuanto metido tenga
En ese corazón tan lastimado;
Que yo prometo por mi fé escucharla
Con noble afecto y con oidos cándidos,
Socorriéndola luego con piadosa
Intención y con obras de cristiano.
—Así lo creo, dícele la dueña;
Que del gentil aspecto, y del simpático
Carácter que distingue al caballero,
Nadie puede esperar mal resultado.
Es el caso, señor, (y aquí comienzo
De mi historia infeliz el fiel relato),
Que aunque aquí en esta silla estoy sentada
Y en tierras de Aragón ahora me hallo
Y en hábito de dueña compungida
Y asendereada, el cuerpo tapo,
Soy natural de Asturias de Oviedo,
Siendo decente mi linaje honrado.
Quiso no obstante, mi fortuna adversa
Que tal vez por descuido involuntario
De mis padres, vinimos tan á menos
Que más no pudo ser en nuestro daño.
Viéndose, pues, empobrecidos, tristes
A Madrid villa y corte me llevaron,
Y á servir me pusieron de doncella
En una casa de soberbio rango.
Debiéndoos advertir que en hacer randas,
Vainillas y labores, no me ha echado

Digitized by Google

Ninguna otra mujer el pie adelante
Pues en punto á primores soy un pasmo.
—Siga vuesa merced, Doña Rodriguez,
Que su historia interés me vá inspirando.
—Digo, pues, que en poder de una señora
Mis arruinados padres me dejaron,
Volviéndose al país donde sin duda
Morir debieron á los pocos años,
Subiendo al cielo, pues los pobres eran
Fervientes y católicos cristianos.
Quedé huérfana, sola y atenida
A mi corto, cortísimo salario,
Y á las pocas mercedes angustiadas
Que alcanzan los que sirven en palacios.
Mas sucedió, señor, que en este tiempo,
Sin que yo ni aun pudiera sospecharlo,
Solicitada fuí por un barbudo
Escudero de casa, hombre chapado
A la antigua, de edad algo madura
Y sobre todo hidalgo, tan hidalgo
Como el rey mismísimo, pues era
Montañés. Declaróse, nos tratamos,
Mas no tan en secreto que dejara
De entrever la señora tales tratos,
Por lo cual nos casó para quitarse
De dimes y diretes; nos casaron
Digo, y después tuvimos una hija
Que al mundo vino para hacerme daño,
No al nacer, que al nacer, derecha vino
Y fué fácil, feliz y bueno el parto.
Poco después murióse mi marido
Y el pobrecito se murió de espanto
Pues le dió la señora cierto día
Un feroz y terrible alfilerazo.
Fué el caso, buen señor, y no os extrañe
Que hoy abatida me sumerja en llanto,
Que como entonces en Madrid no había
Coches ni sillas que ahora se usan tanto
Según dicen, marchaban las señoras
Sobre las gruesas ancas del caballo
Que regían los buenos escuderos;
Y el día susodicho iba montado

Digitized by Google

Mi marido, llevando á nuestra ama
A las ancas; y como era muy exacto
Y su puntualidad era exquisita
Sucedió (me estremezco al recordarlo,
Y al decirlo se hiela mi garganta),
Que al entrar de la calle de Santiago
Que es algo estrecha, vió salir por ella
Un alcalde de corte acompañado
De sus dos alguaciles; al instante
Quiso mi buen marido hacer un cuarto
De conversión, tirando de las riendas
De la mula (pues mula iba guiando),
Con objeto tal vez de incorporarse
O de ir en pos del digno magistrado;
Mas la señora, que á las ancas iba,
Furiosa dijo:—¿Qué haces, mentecato?
¿No ves que voy aquí? mas ¡ay! mi pobre
Escudero, mostrándose ofuscado
Ni escuchaba la voz de nuestra ama
Ni cejaba en su empeño temerario.
Entonces el Alcalde, comedido
Deteniendo los pasos del caballo
En que montaba, dijo con voz grave:
Seguid vuestro camino sin reparo,
Que yo soy el que debo á mi señora
Doña Casilda ir acompañando.
(Tal era el nombre de la altiva dama
A cuya orden y servicio estábamos.)
Tampoco oyendo esto, mi marido
Picó la espuela ni pasó de largo,
Pues aturdido y como lelo estaba,
Y con su gorra siempre entre las manos
Se obstinaba en seguir tras del Alcalde
Sin prestar atención á los mandatos
De su ama, que al fin montando en ira
Le clavó un alfiler de gran tamaño
O acaso algún punzón, que en un estuche
Tal vez llevaba á la sazón guardado.
Sintió mi esposo que la aguda punta
Atravesó sus lomos desdichados,
Y dando una gran voz torció su cuerpo
Y dió en las duras piedras, arrastrando

Digitized by Google

En tan fiera caida á la señora
Que también á su vez, en tal quebranto,
Dando al aire sus quejas y chillidos
Alborotó la calle de Santiago.
Acudieron al punto á socorrerla
Y á levantarla dos de sus lacayos
Y el Alcalde de corte y alguaciles
Con gran finura hicieron otro tanto.
Llegáronse también gentes baldías
Que á la sazón estaban paseando
Por la famosa concurrida puerta
De Guadalajara (16) y hubo tal escándalo
Que á pie tuvo que irse la señora
De su torpe escudero renegando.
Entró éste en la casa de un barbero
Donde su herida con primor curaron,
A pesar de que él aseguraba
Que el corazón tenía taladrado.
Sanó al fin; mas su rara cortesía
Fué objeto de infinitos comentarios,
Y por las calles y las plazas públicas
Le corrían y hurgaban los muchachos.
Tal fué su sino; despidióle su ama
Por todo esto, y porque era un tanto
Corto de vista; y él desde aquel día
Sintió tal pena y tal pasión de ánimo,
Que dando en no comer y en sufrir solo,
Vino á morir de pena entre mis brazos.
Tal fué la muerte de mi buen marido;
¡Ay! permitid que me deshaga en llanto.
—Deshaceos, contesta Don Quijote;
Que al oiros también yo me deshago.»

XCVI

Revelaciones.—Azotes y pellizcos.

Después que hubo vertido algunas lágrimas
Dijo Doña Rodriguez sollozando:

Digitized by Google

—Muerto mi esposo me quedé viuda
Con hija á cuestas y sin más amparo
Que unos tristes ahorros miserables
Amen de algunos deslucidos trapos.
Por fortuna tenía yo gran fama
De labrandera (término anticuado),
Y en hacer mil primores mujeriles
Ninguna otra aventajó á mis manos.
Llegando tal noticia á mi señora
La Duquesa, que habíase casado
Con mi señor el Duque poco antes,
A este gran reino de Aragón me trajo,
A donde yendo días y viniendo,
Mi hija crecía como planta en Mayo
Siendo tal su belleza y su donaire
Que el alma se recrea en sus encantos.
Canta con más primor que una calandria,
Trina cual ruiseñor enamorado,
Sabe danzar, cual danza el pensamiento,
Baila como perdida y anda á saltos;
Lee y escribe, mejor que un buen maestro
De escuela, y cuenta en fin como un avaro.
De su limpieza nada decir quiero
Pues es más pulcra, puedo asegurarlo,
Que los chorros del oro y que las aguas
Cristalinas del fresco arroyo manso.
Tiene ahora, si mal yo no me acuerdo,
Precisamente diez y seis años,
Cinco meses, tres días y dos horas,
Salvando algún error de suma ó cálculo.
En resolución, de mi muchacha
Se vino á enamorar otro muchacho
Hijo de un labrador, que es tan riquísimo
Que á mi señor dineros le ha prestado.
Yo no sé como fué, pero los chicos,
Que son á veces de la piel del diablo,
Juntáronse los dos, prendió la llama
En la estopa, y el mozo asegurando
Que la haría su esposa, burló á mi hija
Que hoy se encuentra sin honra y sin recato.
Mil veces he pedido al señor Duque
Mi señor, que los haga ser casados;

Digitized by Google

Mas él nunca me oye y hace oreja
De mercader, temiendo el desagrado
Del rico labrador, que como he dicho
Le dá dinero á réditos muy altos
Y le sale fiador de muchas trampas;
Y nunca logro lo que anhelo tanto,
Y el burlador de mi hija desdichada
Jamás le dá su prometida mano.»
Guardó un instante la aflijida dueña
Silencio sepulcral; se enjugó el llanto
Sin quitarse los turbios anteojos
Y luego de este modo siguió hablando:
—Por todo cuanto he dicho, señor mío,
Pretendo yo, que su merced, tomando
En cuenta la justicia de mi causa,
Procure deshacer tan torpe agravio
Apelando á los ruegos, ó á las armas,
Ya humilde, ya soberbio, ya indignado;
Pues según asegura todo el mundo
Vos nacísteis en él para encargaros
De enderezar los tuertos que se hacen
Y amparar á los pobres desgraciados.
Ponga vuesa verced ante sus ojos
La orfandad de mi hija; vea su garbo,
Su gentileza y mocedad; advierta
Sus buenas partes; mire que le hablo
La verdad pura; sepa que le juro
En Dios y en mi conciencia, que no hallo
Entre cuantas doncellas tiene mi ama
Quien le llegue á la suela del zapato;
Y que esa que se llama Altisidora
A quien dan tanto mimo y agasajo
Por lo gallarda y desenvuelta, queda
Delante de mi hija muy debajo.
Porque quiero que sepa, señor mío,
Que esa Altisidorilla de quien hablo
Es toda presunción, y no hermosura,
Y es su salud escasa, pues cansado
Tiene el aliento y huele á mil demonios
Cuando el hipo se sube hasta sus labios.
Y aun mi señora la Duquesa tiene.....
Pero debo callar y al punto callo;

Digitized by Google

Que se suele decir que las paredes
Tienen oidos y el asunto es árduo.»
Calló en efecto la habladora dueña
Y al mismo tiempo preguntó el hidalgo:
—¿Qué tiene la Duquesa mi señora?
Por vida mía, que curioso me hallo.
—Con tal conjuro, contestó la vieja,
Yo no puedo dejar de declararos
Lo que sucede, pues saberlo intenta,
Y la verdad merece culto honrado.
¿Nota vuesa merced lo fresca y guapa
Y hermosota que está, siempre ostentando
Su frente nacarada, sus mejillas
De leche y de carmín, sus ojos claros,
Mi señora? ¿Miró la gallardía
Con que el suelo que pisa despreciando
Va por doquiera derramando gracia
Salud y vida y seductor encanto?
Pues sepa su merced, señor, que todo
Lo debe á Dios primero, y luego al caño
De dos fuentes que tiene en las dos piernas
Por donde el mal humor va desaguando
Según dicen los médicos, que afirman
Que está su cuerpo convertido en tarro
De los tales humores, y aseguran
Que el tapar su salida fuera infausto.
—Santa María! exclama Don Quijote
Al escuchar el anterior relató,
¿Es posible que tenga esa señora
Tales desaguaderos? Por Dios santo
Que crédito no diera á tal noticia
Si la pudieran dar frailes descalzos,
Mas vos lo aseguráis, Doña Rodriguez,
Y razones tendréis para afirmarlo;
Mas yo presumo que las tales fuentes
En tales sitios limpios y estimados
No han de manar humor, sino ambar líquido,
Y ahora con eso, de creer acabo
Que el abrir esas fuentes en el cuerpo
Ha de ser saludable en sumo grado.»
Apenas estas frases inocentes
Pudo decir el ingenioso hidalgo,

Digitized by Google

Abriéronse de súbito las puertas
Del aposento en que se hallaban ambos
Y se sintió un gran golpe y un gran ruido
Que retumbó cual trueno prolongado.
Mortal susto sintió Doña Rodríguez
Y la vela cayó de entre sus manos
Quedando tan á obscuras de repente
Que aquella estancia convirtióse en caos.
Después sintió la desdichada dueña
Que dos valientes iracundas manos
La garganta le asían y apretaban
Sin dejarla gañir ni dar un paso,
Mientras otra persona, irreverente
Y sin pudor, sus faldas levantando,
Con una al parecer chinela, dióle
Tantos azotes, tantos, tantos, tantos,
Que fué una compasión; y aunque el brioso
Don Quijote sentíase apiadado,
No osaba menearse de su lecho,
Esperando tal vez, y no era vano
Su temor, que la tanda y tunda fiera
Sobre él descargase el mal nublado.
Y en efecto, así fué, pues cuando hartas
Estuvieron al fin las tales manos
De dar en las enjutas posaderas
De la dueña infeliz, se trasladaron
A Don Quijote que en silencio estaba;
Y su sábana y colcha levantando
En silencio, también con furia inmensa
Todo su cuerpo triste pellizcaron.
Y era tan implacable y tan menudo
Aquel acribillar, que exasperado
Comenzó á defenderse, sacudiendo
En el aire infinitos puñetazos.
Todo esto pasó, como hemos dicho,
En silencio profundo bien guardado,
Sin que nadie arrojara un solo grito;
Lo cual parece á la verdad extraño,
Pues duró media hora la refriega
Y el combate fué rudo y obstinado.
Después de esto, salieron los fantasmas;
Doña Rodríguez recogió sus paños

Digitized by Google

O faldamentas, y gimiendo triste
Se salió por la puerta más que á paso,
Sin decir una frase á Don Quijote
Que á su vez se quedó solo en su cuarto,
Pellizcado, confuso y deseoso
De averiguar el nombre del vil mago
O encantador perverso que le puso
En un trance tan duro y tan amargo.
. . . . . .
. . . . . .
Y aunque aquí Cide Hamete se reserva
Para más adelante hablar del caso,
Nosotros al lector contar queremos
La causa que fué origen de aquel raro
Desenlace, y del fiero vapuleo
Que á Don Quijote dió que pensar tanto.
Fué el caso que otra dueña maliciosa,
De las que había en el ducal palacio,
Vió entrar á la Rodríguez con cautela
Y á deshora en la estancia del hidalgo.
Estimulada entonces por su instinto
Perverso, propio de su edad y estado,
Pues era vieja, solterona, simple,
Supersticiosa y émula del diablo,
Fué al punto con el chisme á la Duquesa,
Quien á su vez al Duque dió traslado
De aquella novedad, y con licencia
Del mismo, quiso todo averiguarlo
Por sí misma, marchando diligente
Con su doncella Altisidora al cuarto
De Don Quijote, donde ya la dueña
Su añeja historia estaba relatando.
Pusiéronse á escuchar tras de la puerta
Y todas las palabras escucharon
Que soltó la infeliz Doña Rodríguez;
Y oyeron que con grande desacato
Hablaba de las trampas y las deudas
Del Duque; pero todo fué pasando
Hasta llegar á aquello de las fuentes
En las piernas y humores malhadados.
Entonces la señora hecha una furia
Dió un gran golpe en la puerta con sus manos,

Digitized by Google

Y entrando allí con ella Altisidora
A oscuras y en silencio vapularon
A la fámula infiel y al caballero
Que quedó bien molido y malparado.

XCVII

De ronda.

Abreviando nuestra historia
(Para hacer que el Romancero
Detallado y minucioso
Llegue á su debido término),
Consignaremos que Sancho
Continuaba en su gobierno
Dando pruebas de ser hombre
De probidad y de ingenio.
Por las noches, con licencia
Del Señor Don Pedro Recio
Que olvidó los aforismos
De Hipócrates y Galeno,
Cenaba con mucho gusto,
Ya sus orejas de cerdo,
Ya su salpicón de vaca
Con cebolla bien dispuesto,
Ya su espléndida morcilla,
Ya sus manos de ternero
Que con su pan y su vino
Le dejaban satisfecho.
Después de llenar su homólogo
Echaba á la calle el cuerpo
Y á rondar se dedicaba
Todas las vías del pueblo
Haciendo cada justicia
Que diz que cantaba el credo.
Cuando topaba con gente
Maleante, con fulleros,
Tahures; con cobradores
Del barato, que del juego

Digitized by Google

Sacaban su pacotilla,
Y eran unos pendencieros,
Les recetaba una multa
O propinaba un destierro.
Llevaba siempre á su lado
Notable acompañamiento,
Pues su escolta componían
El secretario perpetuo
Vizcaino, el mayordomo,
El maestresala, el discreto
Coronista (que anotaba
Con puntualidad sus hechos)
Y escribanos y alguaciles
Que engrosaban el cortejo.
Iba grave con su vara
Siempre colocado en medio,
Y alguna vez les mostraba
Su intención y sus proyectos
De dejar limpia la ínsula
De holgazanes y embusteros,
Y de gente vagabunda
Que corrompen con su ejemplo
Las ejemplares costumbres
Que honran y elevan á un pueblo.
—Porque quiero que sepais,
Añadía, que esos perros
Perezosos que se tienden
A la bartola, y contentos
Se pasan toda la vida
Siempre estafando á los crédulos,
Son la polilla que roe
La república, y lo mesmo
Suelen hacer que los zánganos
Que la colmena indaviendo
(Invadiendo decir quiso
Mas no consiguió su objeto),
Se comen la miel que labran
Las abejas con esmero.
Así, pues, tengo pensado
Favorecer y dar premios
A los buenos labradores
Que sudan por mantenernos

Digitized by Google

Y mantenerse, á pesar
De los azares del tiempo.
Quiero que los virtuosos
Gocen de paz y sosiego;
Quiero que sus preeminencias
Gocen, los que merecieron
Alcanzarlas, y que guarden
A los hidalgos respeto.
Quiero que á la religión
Nadie arrastre por los suelos
Y que se honre y venere
A los sacerdotes buenos.
Estas son mis esperanzas
Y mis más vivos deseos;
Decidme si digo algo
O tontamente me quiebro
La cabeza.—Tanto dice,
Le responde con sincero
Afecto en nombre de todos
El mayordomo discreto,
Que admirado estoy de ver
Cuanto en su merced voy viendo;
Pues hombre que está tan falto
De letras como yo creo
Que lo está vuesa merced,
Debe tener mucho ingenio
Para dictar tales fallos
Y dar tan dignos consejos
Y abrigar tales propósitos
Que nos tienen boquiabiertos,
Al pensar que aquí vinimos
Por lana, y no hubo borrego,
Quedando burlados todos
Los que burlarse quisieron.
—Lo cual sinifica, dice
Sancho con algún misterio,
Que más hace aquel que quiere
Que el que puede, en todo tiempo:
Y que el que tiene concencia
Obra con mayor talento
Que el sabio que no teniéndola
Puede convertirse en necio.»

Digitized by Google

Esto dijo Sancho Panza
Y su ronda prosiguiendo
Hizo cosas que le honraban
Y que aumentaron su crédito.

XCVIII

Teresa y Sanchica Panza.

Con aquel paje que hizo
El papel de Dulcinea
La noche que vino al bosque
Con grande prosopopeya
El gran Merlín, un mensaje
Quiso enviar la Duquesa
A la mujer del gran Sancho
Que estábase allá en su tierra.
Llevaba el ladino paje
Para entregar á Teresa
La carta de Sancho y otra
Que quiso escribir la egregia
Señora, el lio en que estaba
Envuelto en una arpillera
El traje de paño verde
Que aquél rompió en la refriega
Del jabalí, cuando huyendo
Se subió á una encina vieja
En la cual quedó colgado
Como un cazo en su espetera;
Y finalmente, una sarta
De corales linda y luenga
Que á Teresa regalaba
La campechana Duquesa.
Llegó el paje al fin al pueblo
De Sancho, y al estar cerca
De sus casas, vió en un campo
Un corro de lavanderas
Que en la margen de un arroyo
Daban jabón á sus prendas

Digitized by Google

Y luego las restregaban
Entre sus fuertes muñecas.
  Paró su cabalgadura
Y dirigiéndose á ellas
Les preguntó si vivía
En aquel lugar Teresa
Panza, mujer de un tal Sancho
Panza, que escudero era
De un caballero famoso
Natural de aquellas tierras
Y al cual llamaban las gentes,
Por lo célebre que era,
Don Quijote de la Mancha.»
  Calló esperando respuesta
Y al punto se levantó
De su sitio una mozuela
Que estaba lavando, y dijo:
—Sí señor, la mujer esa
Es mi madre, y ese Sancho
Es mi padre que está fuera
Del pueblo; y ese señor
Don Quijote, de quien cuentan
Tantas cosas es nuestro amo.
—Entonces, venid, doncella,
Dice el paje; conducidme
Al sitio donde se encuentra
Vuestra madre, á la cual traigo
Carta con muy buenas prendas
De vuestro padre, y un lindo
Presente.—Venido sea
Con mil amores, responde
La chica que representa
La edad de catorce años;
Y desgreñada y en piernas,
Dejando la ropa á cargo
De una de sus compañeras,
Dijo al paje:—Sin demora
Tras de mí, señor, se venga,
Que á la entrada del lugar
Está mi casa, y en ella
Verá á mi madre que el trapo
A traque barraque suelta

Digitized by Google

Viendo que nunca tenemos
Noticias malas ni buenas
De mi padre.—Pues ahora,
Dice el paje, ha de tenerlas
Más frescas que una lechuga;
Más dulces que una camuesa.»
Llegó en esto la muchacha
Dando saltos á la puerta
De su casa y dijo á voces:
—Salga, mi madre Teresa;
Salga presto, salga, madre,
Que aquí viene á mi trasera
Un señor que trae cartas,
Y yo no sé qué finezas,
De mi buen señor y padre
Cuya vida Dios conserva.»
Salió al punto la Cascajo,
Que aunque dicen no era vieja
Afirman los que la vieron
Que pasaba de cuarenta;
Pero era fuerte, nervuda,
Avellanada y muy tiesa.
Y no bien vió allí á su hija
Y al paje sobre su bestia
Exclamó:—¿Qué es esto, niña?
¿Qué señor es éste? Cuenta.
—Yo, señora, con humilde
Tono el paje le contesta,
Apeándose ligero
Y haciendo una reverencia,
Soy un servidor que vengo
Desde Aragón solo á verla
Para besarle la mano,
Si me otorga su licencia,
Puesto que es mujer legítima
Y particular parienta
Del señor Don Sancho Panza
Que hoy con acierto gobierna
La ínsula Barataria
Que es linda como unas perlas.»
Al decir esto, el taimado
Puso una rodilla en tierra;

Digitized by Google

Pero la mujer que estaba
Muy admirada y suspensa,
(Y bueno será advertir
Que estaba en chanclas, sin medias.
Con un corto zagalejo
Que no cubría sus piernas),
Saliendo al fin de su asombro
Se explicó de esta manera:
—Ay, señor mio, no haga
Eso, que me dá vergüenza.
Yo no soy dina de tanto
Ni nunca fuí palaciega.
Hija de estripaterrones
No paso de ser labriega
Y es mi marido escudero
Andante que anda por fuerza,
Y no es tal gobernador
Como su merced se piensa.
—Ese es el error, responde
El paje; y para que vea
Vuesa merced que es dignísima
Esposa y fiel compañera
De un grande y archidignísimo
Gobernador, tome en prenda
Este pliego y esta sarta
De corales que lo prueban.»
Diciendo así y levantándose
Sacó de la faltriquera
Un gran collar con extremos
De oro, y con mucha presteza
Se lo echó al cuello, añadiendo:
—Esta carta, cuya entrega
Me encargaron, fué dictada
Por Don Sancho; y otras letras
Que traigo y esos corales
Se los manda la Duquesa
Mi señora, que es tan noble
Y rica como una reina.»
Al oir tales palabras
Quedó pasmada Teresa,
Y Sanchica que no estaba
Menos absorta y contenta,

Digitized by Google

Exclamó al fin:—Que me maten
Si no hizo estas lindezas
Nuestro señor Don Quijote,
Flor de la gente manchega.
—Decís bien, responde el paje;
Que él con su buena presencia
Y la fama de sus hechos
Que de boca en boca ruedan,
De mis señores los Duques
Captó la benevolencia;
Y sólo por su respeto
El buen Don Sancho gobierna
Como verán sus mercedes
Si leen las cartas estas.
—Léalas vuesa merced,
Señor gentil hombre, que esas
Leturas yo no conozgo;
Pues aunque de hilar entienda
Nunca he podido meterme
En el testuz una letra.
—Tampoco yo, dice Sancha;
Mas si un momento me esperan
Yo iré de cuatro zancadas
A llamar á quien las lea,
Ora sea el Cura mesmo,
Que vive de aquí muy cerca,
O el señor Sansón Carrasco
Que es un bachiller en regla
Y que vendrán muy gustosos
Por tener noticias buenas
De mi padre, á quien estiman
Y por el cual se interesan.
—No es menester, dice el paje;
Que puesto que hilar no sepa,
Sé leer, y las leeré
Sin que me coma una letra.»
Diciendo así, abrió la carta
De Sancho que aquí no entra
Por ser cosa conocida
De nuestras lectoras bellas.
Después leyó la otra epístola
Escrita por la Duquesa

Digitized by Google

Que frase más, frase menos,
Decía de esta manera:

«Mi amiga Teresa Panza:
»Las prendas de su marido
»Causa y ocasión han sido
»De que le tome afición.
»Por eso al Duque mi esposo
»Que es amante dulce y tierno
»Para él le pedí un gobierno
»Del cual tomó posesión.

»En la ínsula Barataria
»Ejerce dominio y mando,
»Y pruebas nos está dando
»De su ingenio singular.
»Y al mirar cómo se porta
»De júbilo estamos locos
»Viendo que en el mundo hay pocos
»Que así sepan gobernar.

»Ahí le envío, amiga mia,
»Una sarta de corales
»Que en mil perlas orientales
»Yo quisiera convertir.
»Pero quien te alarga el hueso
»Verte muerta no querría.
»Ya sabréis lo que algún día
»Os reserva el porvenir.

»Decid á Sanchica Panza
»Que su afición me dispense;
»Pues cuando menos lo piense
»La tendremos que casar.
»Y será este casamiento
»Propio para dar un salto
»Poniéndola tan en alto
»Que la lleguen á envidiar.

»De buena tinta he sabido
»Por ciertas vías remotas,
»Que en ese pueblo hay bellotas

Digitized by Google

»Grandes de muy buen comer.
»Si es cierto lo que se dice
»Y son tan gordas y buenas
»Envíeme dos docenas
»Que habrán de darme placer,

»Pues viniendo de su mano
»Cariñosa y diligente
»Será el más rico presente
»Que acredite su virtud.
»Escríbame pronto y mucho,
»Que por mi fe de Duquesa
»Os juro que me interesa
»Vuestra importante salud.

»Y si algo ha menester,
»Aunque sea una bicoca,
»Medida será su boca
»Aun antes de boquear.
»Pídame lo que desee
»Sin temor de llegar tarde,
»Y el Señor su vida guarde,
»Como á mí en este lugar.»
.....

La carta anterior estaba
Subscrita por la Duquesa
Que en bromear y en burlarse
Nunca supo obrar á medias.
Y al oir su contenido
Sanchica Panza y Teresa
Batieron palmas, bailaron
Y se pusieron muy huecas.

XCIX

Sueños felices.

—Esto sí que se llama,
Dijo Teresa,

Digitized by Google

Una noble señora
Sencilla y buena.
Con estas tales
Me entierren cualquier día
En cualquier parte.

No se parece en nada
La tal Duquesa
A estas tontas hidalgas
De las aldeas.
¡Válgame el cielo!
Y qué feas las pone
Su orgullo necio.

Si á la señora gustan
Nuestras bellotas,
Un celemín le ofrezco
De las más gordas.
Anda, Sanchica,
Que este rocín nos pide
Caballeriza.

Saca huevos y corta
Tocino adunia,
Tratemos como á un príncipe
A quien nos busca,
Y viene á darnos
Tan felices noticias
Y tal regalo.»

Diciendo así, con gozo
Imponderable,
Hacía mil caricias
A los corales;
Y la muchacha
La mitad reclamóle
De aquella sarta.

—Para tí será toda,
Dijo Teresa;
Mas deja que la lleve
Seis días siquiera.

Digitized by Google

Pues gozo siento
Al llevar esta alhaja
Sobre mi pecho.

—No serán menos grandes
Sus alegrías,
Dijo el paje, si os muestro
Señoras mías,
Este gran lío
Que en mi portamanteo
Traigo prendido.

Es un vestido verde
De fino paño
Que un día llevó á caza
El buen Don Sancho,
Y que él dedica
Tan solo á la señora
Doña Sanchita.

—Que me viva él mil años,
Responde Sancha,
Y al señor que lo trae
Con tanta gracia.
—Gran razón tienes,
Dice Teresa, vivan
Cuanto merecen.

Yo entretanto, hija mía,
Voy á un recado
Y á ver á las vecinas
De todo el barrio,
Para que el pueblo
Sepa que ya tu padre
Tiene un gobierno.

También he de decírselo
Al señor Cura
Y á maese el barbero,
Que sin disputa
Son muy amigos

Digitized by Google

De mi señor Don Sancho
Esposo mío.»

Diciendo así, salióse
Fuera de casa
Ostentando en sus hombros
La rica sarta.
É iba tañendo
Las cartas, cual si fueran
Algún pandero.

Luego cuenta la historia
Que encontró al paso
Al Cura, con quien iba
Sansón Carrasco,
Y ella al momento
Bailando, refirióles
Lo del gobierno.

Quedáronse al oirla
Cual dos estátuas
Temiendo que estuviera
Loca ó borracha,
Y el estribillo
De la ilustre Duquesa
Reir les hizo.

—¿Qué es esto? murmuraron;
Teresa Panza,
¿Qué locuras son estas
Que nos relata?
¿Por qué rareza
Trocais esos papeles
En panderetas?

¿Quién diantres pudo haceros
Gobernadora?
¿Qué nos hablais de Duques
Y de bellotas?
¿Y esos corales
Son finos ó son falsos?
¿Quién os los trae?

Digitized by Google

—Que soy gobernadora,
Dice Teresa,
Lo afirman estas cartas;
Pueden leerlas.»
Leyólas luego
El Cura en alto, y ambos
Se sorprendieron.

Después examinaron
Con grande ahinco
Los corales, y viendo
Que eran muy finos
Y que engastados
En oro puro estaban,
Se santiguaron.

—No entiendo, no lo entiendo,
Exclama el Cura.
Y el bachiller responde;
—Se me figura
Que en este enredo
Debe encerrarse mucho,
Mucho misterio.

Declaradnos, Teresa,
Quién fué el que os trajo
Estas cartas que vemos
Y ese regalo.
—Pues es un mozo
Que tiene la presencia
De un pino de oro.

En mi casa se encuentra,
Y podeis verlo.
¿Quereis venir conmigo?
—Sí que queremos.»
Y los tres juntos
A ver al mensajero
Fuéronse al punto.

Y como el paje estaba
Bien advertido,

Digitized by Google

A cuanto preguntaron
Amén les dijo.
Y al oirle Sancha
Y su madre, se dieron
Mucha importancia.

Hablaron de vestidos,
Telas y adornos,
De pasearse en coche
Y darse tono.
Sueños livianos
Que la verdad iría
Desbaratando.

C

Don Quijote escribe á Sancho.

Mientras que Teresa y Sancha
Allá en su apartado pueblo
Levantaban mil castillos
En el aire, manteniendo
Su miseria y su ignorancia
Tan locos atrevimientos,
Sufría el gobernador
Hambre, sed, cansancio y sueño;
Pues para desayunarse
Ordenaba el doctor Recio
Que le diesen un platito
De almíbar, con un pequeño
Pedazo de pan, y agua
Pura, sin que hiciese exceso
En el beber, pues decía
Que con este tratamiento
Vería claras las cosas
Y aguzaría el ingenio.
De este modo se pasaba
El día fallando pleitos
Y por las noches rondando

Digitized by Google

Las calles, justicia haciendo,
Y acaso dándose al diablo
Por no verse satisfecho
Con aquellas golosinas
Que le ponían el cuerpo
Como un farol apagado;
Mas él sufría en silencio
Esperando la ocasión
De afirmarse en su gobierno
Y echar después á patadas
A los tunos y á los necios
Que asechanzas le ponían
Y truncaban sus deseos
De castigar á los malos
Y enaltecer á los buenos,
Sin ver el pobre que estaba
A oculto poder sujeto
Y sentenciado á ser víctima
Del más espantoso trueno.
Entre tanto, Don Quijote
Le envió con un correo
De los Duques, una carta
Llena de sabios consejos.
«Vístete bien, le decía,
»Cual te lo exije tu empleo;
»Y no uses galas ni dijes
»Chillones en ningún tiempo.
»Un palo no nos parece
»Palo, si está bien compuesto
»Y un juez destrozado y sucio
»Más que juez parece un reo.
»Procura que todos tengan
»Fáciles mantenimientos,
»Que el hambre y la carestía
»Exasperan á los pueblos.
»Sé bien criado con todos
»Y afable, que el ser modesto
»Es prenda de un gobernante
»Que infunde amor y respeto.
»No dictes muchas pragmáticas
»Y lo que mandes sostenlo,
»Que leyes que no se cumplen

Digitized by Google

»Sólo producen descrédito.
»Sé padre de las virtudes
»Y padrastro de los feos
»Vicios que al hombre embrutecen
»Y le van prostituyendo.
»No seas siempre rigoroso
»Ni siempre blando en extremo,
»Que la perfección consiste
»En hallar el justo medio.
»Inspecciona los mercados,
»Pon coto á los carniceros
»Y á las placeras que hurtan
»Con la clase y con el peso.
»Visita también las cárceles;
»Que es caritativo y bueno
»Consolar á los que esperan
»Que sustancien su proceso.
»No te muestres codicioso,
»Ni glotón, ni mujeriego,
»Que si conocen tu flaco
»Con él te darán tormento.
»Mira y remira y repara
»Mis anteriores consejos,
»Que escritos te los llevaste
»Y pueden venirte á pelo.
»Escribe á tus protectores
»Mostrando agradecimiento.
»Que la ingratitud es propia
»De hombres torpes y soberbios.
»Acerca de otros asuntos
»Tan solo decirte puedo
»Que la señora Duquesa
»Mandó un propio á nuestro pueblo
»Con tu vestido, tu carta
»Y un presente de buen precio
»Para tu mujer Teresa;
»Y aguardamos por momentos
»Contestación. Yo me he visto
»Estos días mal dispuesto
»Por consecuencia de algunos
»Desdichados gateamientos
»Que pagaron mis narices;

Digitized by Google

»Mas ya curado me veo;
»Que si encantadores hay
»Que me maltraten, el cielo
»Permite que me defiendan
»Otros que son más benéficos.
»Dime si ese mayordomo
»Que fué contigo al gobierno
»Tuvo ó no concomitancias
»Con la Trifaldi, y de esto
»Y de cuanto ahí te ocurra
»Me darás conocimiento,
»Pues es muy corto el camino
»Que nos separa, y yo tengo
»Necesidad de salir
»Otra vez á campo abierto
»Por ser hoy mi vida impropia
»De un andante caballero.
»Sabrás que se me ha ofrecido
»Un mal negocio, que creo
»Me ha de poner en desgracia
»De estos señores tan buenos;
»Pero aunque me importa mucho
»Nada se me importa de ello,
»Que antes que su gusto, está
»La gran profesión que ejerzo;
»Y según suele decirse
»En la lengua de Terencio:
»*Amicus Plato, set magis*
»*Amica veritas*; y esto
»Lo digo en latín, buen Sancho,
»Porque firmemente entiendo
»Que te lo habrás aprendido
»Después de tener gobierno.
»Adios, y el cielo te guarde
»De que ni propios ni ajenos
»Te tengan lástima alguna.
»Es tu amigo verdadero,
DON QUIJOTE DE LA MANCHA
(En tal día y en tal pueblo.)»

Digitized by Google

CI

Sancho escribe á Don Quijote.

Oyó Sancho atentamente
La carta que le leyeron
En voz alta, y enseguida
Encerróse en su aposento
Con su señor secretario
El vizcaino perpetuo.
Al cual mandó que escribiese
Lo que él le fuera diciendo,
Y según cuentan las crónicas
Dictando fué en estos términos:

«La ocupación de mis muchos
»Negocios, es de tal peso
»Que rascarme la cabeza
»Ni cortar mis uñas puedo;
»Razón por la cual, crecidas
»En sumo grado las llevo:
»Y esto digo, señor mio
»De mi alma, porque temo
»Que vuesa merced se espante
»Al mirar el mucho tiempo
»Que he tardado en darle aviso
»De las cosas del gobierno,
»En el cual paso más hambre
»Que cuando andábamos sueltos
»Buscando mil aventuras
»Por los llanos y los cerros.
»Escribióme, no hace mucho,
»Mi señor el Duque, un pliego
»Dándome aviso que habían
»Entrado con gran misterio
»En la ínsula unos cuantos
»Espías, con el intento
»De matarme; y hasta agora

Digitized by Google

»Yo, señor, no he descubierto
»Más que un Dotor que parece
»Que asalariado tenemos
»Para que mate á sus anchas
»Uno á uno, y ciento á ciento,
»A cuantos Gobernadores
»Vayan por aquí viniendo.
»Llámase el tal dotorcito
»Pedro Recio mal Agüero;
»Natural de Tirteafuera,
»¡Buen apellido y buen pueblo!
»El cual dice que él no cura
»A los que caen enfermos
»Sino que previene el mal
»Para que siempre estén buenos,
»Sin usar más melecinas
»Ni emplear otros remedios
»Que una dieta rigurosa
»Con la cual se queda el cuerpo
»Como costal arrugado
»Que cubre unos mondos huesos.
»Finalmente, el tal dotor
»Me tiene ya frito y muerto,
»Pues aunque las dos primeras
»Noches, su consentimiento
»Me dió para cenar algo
»Que me hiciese algún provecho,
»Hoy ha vuelto á las andadas;
»Y repito que me muero
»No sólo de hambre rabiosa
»Sino también de despecho,
»Sin probar cosa caliente,
»Ni beber, ni dar al cuerpo
»Las cosas que yo pensaba
»Disfrutar en mi gobierno.
»Hasta agora, señor mio,
»Yo no he tocado derecho
»Ni llevé cohecho alguno,
»Cosa rara en estos tiempos
»Y más rara en esta ínsula
»En la cual dicen tuvieron
»Todos los gobernadores

Digitized by Google

»Muchos y grandes provechos,
»Aun antes de entrar en ella,
»Pues los vecinos les dieron
»O prestaron muy gustosos
»Grandes sumas de dinero,
»Como dicen que es usanza
»En otras partes del reino.
»Anoche, andando de ronda,
»Cuando lo pensaba menos
»Topé una hermosa doncella
»Y un lindo y gentil mancebo,
»Que trocando sus vestidos
»Para no ser descubiertos
»Trataron de ver el mundo
»Sin salirse de este pueblo.
»Son hermanos, y su padre
»Que es hombre rico y muy recto,
»A la niña tiene presa,
»Siendo su casa un convento
»Donde nadie entra ni sale
»Aunque se muera de tédio.
»(Esta palabra la dita
»Mi secretario perpetuo).
»Y es el caso, señor mio,
»Que el maestresala se ha vuelto
»Loco al ver á la doncella,
»Y yo al mirar del mancebo
»La gallardía y buen porte,
»Le escogí para mi yerno.
»Casar quiero á mi Sanchica
»Con ese chico tan bello,
»Y hoy mesmo sin perder horas
»Yo y el maestresala iremos
»A pedirlos á su padre,
»El cual se llama Don Diego
»De Lallana, y es hidalgo
»De monta, y cristiano viejo.
»Yo visito las plazuelas
»Y las tiendas y los puestos
»De comestibles, y ayer
»Sin recebir el consejo
»Que vuesa merced me envía,

Digitized by Google

»Supe que en cierto comercio
»Despachaba una tendera
»Avellanas á buen precio;
»Y averigüé que mezclado
»Había con mal intento
»Una hanega de avellanas
»Nuevas y frescas del tiempo,
«Con otra de vanas, viejas
»Y podridas, y al momento
»Dispuse que las llevaran
»A los niños del colegio
»De doctrinos que sabrían
»Distinguir pronto lo bueno;
»Y sentencié á la bribona
»Que tal hurto había dispuesto
»A no hacer en quince días
»Tráfico malo ni bueno;
»Lo cual todos me alabaron
»Diciendo que anduve reto
»Y valeroso al ditar
»Aquel fallo justiciero.
»Esto es, señor, lo que pasa
»Por aquí, y contarle puedo;
»A lo demás que me dice
»Voy á responderle luego.
»Me place mucho que haya
»Mandado con un correo
»Mi señora la Duquesa
»Un presente (será bueno)
»A mi mujer; y en verdad
»Que mucho se lo agradezgo.
»Dígale de parte mia
»Que me hallo muy satisfecho
»Y procuraré mostrarme
»Agradecido á su tiempo.
»Bésele vuesa merced,
»Si no encuentra impedimento,
»Ambas manos en mi nombre
»Con muchísimo respeto
»Y dígale que yo digo
»Todo lo que dicho dejo.
»Entretanto le suplico

Digitized by Google

»Que no tenga trabacuentos
»Ni trabacuentas, ni empachos
»Con mis señores; que eso
»Redundaría en mi daño;
»Y en verdad no será bueno
»Ni justo, que el que me exige
»Que muestre agradecimiento
»No agradezca por su parte
»Lo que con ambos han hecho
»Dándonos buen hospedaje,
»Mesa y grandes regodeos.
»Aquello del gateado
»Y las narices, no entiendo;
»Pero imagino que sea
»Uno de los contratiempos
»Que á vuesa merced deparan
»Viles magos hechiceros
»Y encantadores malvados.
»Que cuando le dan tormento
»Se refocilan los pícaros
»Y hasta se chupan los dedos.
»Algo quisiera enviarle
»A vuesa merced de nuevo
»En prenda de mi cariño
»Y por vía de recuerdo;
»Pero no sé qué le envíe
»Sino es algunos estrechos
»Canutillos de jeringas
»Para vejigas de viento,
»Que estos insulanos hacen
»Curiosos en grado extremo.
»Pero si dura el oficio
»Ya le mandaré algo bueno.
»Si recibe alguna carta
»De mi mujer, yo le ruego
»Que pague el porte y la envíe
»Por el próximo correo,
»Pues de saber de mi casa
»Y familia, ganas tengo.
«Y con esto, señor mío,
»Guarde á su merced el cielo
»De los mal intencionados

Digitized by Google

»Encantadores perversos,
»Y á mí me saque con bien
»Y en paz de aqueste gobierno
»Cosa que en duda la pongo
»Pues dejar la vida pienso
»En las manos asesinas
»De este Dotor Pedro Recio.»

. . . . . .

Dictada que fué y escrita
La carta, firmóla luego
Sancho con mucho trabajo;
Cerró el secretario el pliego
Y sin detención alguna
Fué despachado el correo.
Mas ¡ah! que mientras estaba
Encerrado en su aposento
El pobre gobernador,
Sus burladores eternos
Acordaban la manera
De arrojarle del gobierno.
Y siguió incauto afanándose
Por las cosas de su empleo
Sin ver los lazos traidores
Que ya le estaban tendiendo.
Por eso la misma tarde
De aquel día, con empeño
Digno de mayor ventura
Y de más glorioso premio,
Redactó unas ordenanzas
Tocantes al buen gobierno
De la que él se imaginaba
Insula; y dispuso cuerdo
Que no hubiese regatones
O revendedores de esos
Que encarecen los artículos
Y merman los bastimentos.
Dispuso la libre entrada
Del vino, pero poniendo
Por condición que al entrarlo
Declarasen desde luego
Su procedencia y su clase
A fin de ponerle precio;

Digitized by Google

Debiendo perder la vida
El malvado tabernero
Que lo aguase ó que cambiase
Su nombre, engañando al pueblo.
Moderó el precio de todo
Calzado, pues vió con duelo
Que encarecían la obra
Unos cuantos zapateros
Que insolentes se imponían
A todos los de su gremio.
Puso tasa en los salarios
De los criados, pues estos
Corrían á rienda suelta
Por mal camino, poniendo
A sus amos en un brete,
Ansiosos de un gran provecho
Sin aceptar los deberes
De ser fieles á sus dueños.
Marcó gravísimas penas
A los que fuesen blasfemos
O echaran sucios cantares
Lascivos y descompuestos.
  Enemigo de imposturas
Ordenó que ningún ciego
Cantase milagro en coplas
Sin dar testimonio auténtico
De que los tales milagros
Fuesen todos verdaderos.
Creó un alguacil de pobres,
No para darles tormento
Ni ejercer persecuciones,
Sino para ver si entre ellos
Existían manquedades
Fingidas, mentidos ciegos
O falsas llagas que á veces
Con escarnio manifiesto
De la verdad, cubren brazos
Ladrones, pies muy ligeros,
Salud borracha, ojos listos
Y criminales intentos.
  Estas y otras muchas cosas
Dispuso con grande acierto

Digitized by Google

El gobernador Don Sancho.
Y sus ordenanzas fueron
Tan leídas y estimadas,
Que á pesar del largo tiempo
Transcurrido, aun se conservan
Pasando de hijos á nietos,
Dentro de un cofre guardadas
En los archivos del pueblo.

CII

La demanda.—Desafío.

Iba acercándose el día
De aquellas justas famosas
Que debían celebrarse
En la noble Zaragoza,
Y Don Quijote que ansiaba
Adquirir en ellas gloria
Y que estaba ya cansado
De aquella existencia ociosa,
Quiso al cabo separarse
De los Duques, pues si honra
Le cabía en ser amigo
De tan ilustres personas,
Consideraba que aquello
Era ya vivir de gorra.
Curadas están del todo
Sus narices; su faz toda
Se obstenta resplandeciente
Bien afeitada y lustrosa
Aunque siempre verdinegra
Y con arrugas traidoras.
Su pecho tranquilo late;
Está su alma gozosa...
¿Por qué? porque no le aflige
Con su amor Altisidora;
Porque queda Dulcinea
De su rival victoriosa;
Porque él que triunfos anhela

Digitized by Google

Va á luchar en Zaragoza.
  Sentado de sobremesa
Con los Duques, tales cosas
Pensaba, cuando de pronto
Vieron entrar á deshora
Dos mujeres enlutadas
Que tristes y silenciosas,
Cubiertas desde el cabello
Hasta los pies, con sus ropas
Talares, se adelantaron
Sin pronunciar una sola
Sílaba; y una de ellas
Se echó de manos á boca
A los pies de Don Quijote;
Y trémula y afanosa
Comenzó á exhalar tan hondos
Gemidos, que dejó absorta
A la gente que allí estaba
Viendo aquella jerigonza.
—Vamos; pensaron los Duques;
Esto será alguna broma
Que quieren dar al hidalgo
Estas muchachuelas locas;
Aunque bien mirado, es tanta
La pena que ellas denotan
Que no parecen fingidos
Sus llantos y sus congojas.
—Alzad, dice Don Qnijote;
Alzaos del suelo, señora:
Mostrad el rostro y decidnos
Lo que os contrista y apoca.»
  Levantóse ella en efecto
Y con sus manos temblonas
Apartó su negro manto
Y mostró la faz llorosa.
—Es Doña Rodriguez, dicen
Todos á un tiempo; y con sorna
Murmuraba la Duquesa:
—Jamás la creí tan boba.»
  Era en efecto la dueña,
Y era su hija la otra
Tapada que allí venía

Digitized by Google

A demandar dicha y honra.
—Yo soy, dijo la Rodriguez,
Con voz débil y medrosa;
Y si aquí sus excelencias
Franco permiso me otorgan
Para que departa un poco,
Aunque sea un cuarto de hora,
Con el señor Don Quijote,
Yo espero salir airosa
Del mal trance en que un villano
Atrevido nos coloca.
—Yo os doy permiso, contesta
El Duque; hablad sin demora
Cuanto gusteis.—Dios os premie
Tal favor; y óigame ahora
Este simpar caballero,
Esta lumbrera, esta antorcha
Ante cuya luz magnífica
Pongo mi esperanza toda.»
Esto dijo la vetusta
Dueña que estaba más loca
Que el hidalgo, y encarándose
Otra vez con él, gozosa
Y entusiasmada prosigue
Su discurso en esta forma:
—Esa que veis es mi hija,
Vos sabeis, señor, su historia;
No ignorais que un gavilán
Burló á la casta paloma
Y que al clavarle sus garras
Mató su dicha y su honra;
Vos me habedes prometido
De volver por ella en forma
Enderezándole el tuerto
Que le tienen fecho en obras
Y palabras; mas ¡ay! dicen
Los que saben de estas cosas,
Que de este castillo os vais
Muy presto en busca de otras
Aventuras que Dios haga
Fáciles y venturosas.
Por esta razón, quisiera

Digitized by Google

Pues tanto y tanto me importa,
Que antes que os escurriésedes
Por esas sendas recónditas
Y esos caminos difíciles
Donde haceis obras tan próvidas,
Desafiásedes férvido
Al rústico de alma indómita
Cuyo vil amor fué un tósigo,
Cuya palabra es apócrifa.
Y que casarse le hiciéredes
Con esa infelice tórtola
Que él juró llevar al tálamo
Según la Iglesia católica
Manda que vayan los cónyuges
Que sienten pasión platónica.
Hacedlo, señor dignísimo,
Ya que yo no encuentro fórmula
Para lograr que mis lágrimas
Y mis razones más sólidas
El señor Duque benévolo
Mire con piedad insólita.»

. . . . . .

Calló la vetusta dueña
Y con voz clara y sonora
Y con ademán solemne
Dijo Don Quijote:—Ponga
Vuesa merced á mi cargo
Su asunto; calme su honda
Aflicción y enjugue el llanto
En que se abisma y se ahoga.
Eche á un lado sus pesares
Y sepa que en lo que toca
A esa doncella que ya
No es doncella, sino moza,
Yo desde ahora le ofrezco
Mi protección salvadora.
Pues si bien le hubiera estado
Mejor el ser menos tonta
Y fácil en dar oidos
A promesas ilusorias
Que hacen los enamorados
Con intención alevosa,

Digitized by Google

Y que es más fácil hacerlas
Que cumplirlas, quiero ahora,
Previa licencia del Duque
Mi señor, poner por obra
Mi intento, y partir en busca
Del mancebo que os desdora,
Y retarle y darle muerte
Horrible, cruel y pronta,
Si no cumple su palabra
De dar su mano traidora
A esa infortunada niña
Menoscabada y medrosa.
Mi profesión me lo exige,
Mi gran corazón me exhorta
Y mi valor me aconseja
Que le busque sin demora.
—No es menester, dice el Duque,
Que vuesa merced se ponga
En trabajo de buscar
Al rústico que ocasiona
Tales querellas; ni quiero
Que vos con cortés lisonja
Demandeis licencia mía
En lo que solo á vos toca
Para hacer el desafío
Que acepto cual cosa propia.
Tened ya por requerido
A ese mozo que os enoja,
Que yo haré que él presto venga
Aquí para que responda
De sus actos; entendiéndose
Que á vos y á él en la forma
Acostumbrada, os doy campo
Seguro, y ejecutoria
Para lidiar cuerpo á cuerpo,
Con armas luengas ó cortas,
Dentro de mi señorío
Sin faltar punto ni coma
A cuanto las ordenanzas
Caballerescas dispongan.
—Con tal seguro, replica
Don Quijote, desde ahora

Digitized by Google

Por esta vez yo renuncio
A mi hidalguía notoria
Y me ajusto á la llaneza
Del dañador que provoca
Este lance, y le habilito
Para que conmigo rompa
Una lanza cual si fuese
Mi igual en sangre y en glorias.
Así, pues, aunque esté ausente,
Le reto en debida forma
Por defraudar á esta triste
Joven que será su esposa,
O moriré en la demanda
Si el triunfo Dios no me otorga.»
Dijo, y luego, descalzándose
Un guante, con la faz torba
Y el ademán altanero
Le arrojó sobre la alfombra.
Recogióle adusto el Duque
Que replicó sin demora:
—Yo acepto tal desafío
Y tal lucha y tal discordia
En nombre de mi vasallo
A quien el serlo le abona.
Seis días de plazo pongo
Para celebrar con toda
Formalidad este juicio
De Dios, que aprecia las cosas,
Y que habrá de ser á muerte
Si no se concluye en bodas.
—¿Cuál será el campo?—La plaza
De este castillo.—¿Y la hora?
—Yo la fijaré.—¿Y las armas?
—Iguales y no alevosas;
Tales como usarlas deben
Hombres de pró y alta estofa,
Es decir, lanza y escudo
Y arnés tranzado, con todas
Las demás piezas que son
Auxiliares ó accesorias,
Sin que en ellas quepa engaño,
Superstición maliciosa

Digitized by Google

Ni baja superchería;
Pues examinarlas toca
Según es ley, á los jueces
Del campo.—Sea en buen hora,
Vuelve á decir Don Quijote.
—Sí, pero ante todas cosas,
Añade el Duque, es preciso
Que para llenar las fórmulas,
Esta buenísima dueña
Y esta ex-doncella piadosa,
Catada y no recatada
Y mal ferida en su honra
Según ellas lo aseguran
Y aquí en público pregonan,
Su derecho en vuestras manos
Decididamente pongan.
Sin esto no hay desafío.
—Yo sí pongo y soy gustosa,
Responde Doña Rodríguez.
—Y yo también, con voz sorda
Y triste dice su hija
Avergonzada y llorosa,
Trocándose sus mejillas
En carmíneas amapolas.
—Está bien, yo tomo acta,
Dice el Duque, de estas cosas.»

CIII

La vuelta del paje.

Tomado el apuntamiento
Anterior, dice la historia
Que nuestras dos enlutadas
Se ausentaron silenciosas.
Después mandó la Duquesa
Que desde aquel punto y hora
Nadie las considerara
Sirvientas de su persona,

Digitized by Google

Sino damas forasteras
Que en el castillo se alojan
Como aventureras tristes
Que aquel gran juicio provocan
Sometiéndose á los fallos
De una espada vencedora.
Por esta razón, dispuso
Que las pusiesen en otras
Habitaciones, sirviéndolas
Como si fuesen personas
Advenedizas y extrañas;
Y la servidumbre toda
Estaba sobrecogida
Asombrada y temerosa
Al ver la desenvoltura,
Sandez y audacia de Doña
Rodríguez, y de su hija
Que era un tanto revoltosa.
Entonces, por fin de fiesta,
Dando ensanche á tales bromas,
Penetró en la sala el paje
Que fué á buscar á la esposa
De Sancho, y que ya del pueblo
Del gran Don Quijote torna.
Regocijáronse al verle
Los Duques, y con ansiosa
Impaciencia le pidieron
Noticias frescas y prontas
De su expedición; y el paje
Con expresión maliciosa
Contestó que no podía
Enterarles más que á solas,
Si bien traía dos cartas
Que debían ser donosas
Pues dictadas por Teresa
Fueron con gran parsimonia
A un monacillo; al cual dió
Dos huevos y media torta
Por no querer confiarse
A ninguna otra persona.
Dicho esto, puso el paje
Las cartas en mano propia

Digitized by Google

De la Duquesa, que vió
Escrito en letras muy gordas
Un sobre que así decía:
«Carta para mi señora
»La Duquesa Tal, no sé
»De donde.» Y decía la otra:
«Para mi señor marido
»Sancho Panza que es ahora
»Gobernador de la ínsula
»Barataria; y Dios disponga
»Que prospere muchos años
»Más que yo que soy su esposa.»
Este par de sobreescritos
Vino á aumentar la chacota
Haciendo que la Duquesa
Se mostrase más curiosa.
Así, pues, abrió su carta;
Para sí luego leyóla
Y viendo que bien podía
Hacerlo en alto sin sombra
De abuso de confianza,
Hízolo con voz sonora
Dando á conocer que estaba
Redactada en esta forma:

«*Carta que escribe Teresa*
»*A la señora Duquesa.*»

«Mucho contento me dió,
»Señora del alma mia,
»La carta que me escribió
»Vuestra grandeza, y que yo
»Muy deseada tenía.
»La gran sarta de corales
»Es muy buena; y el vestido
»De caza, de mi marido,
»Vale muchísimos reales.
»Todo sea bien venido.
»De que vuestra señoría,
»Ha hecho gobernador
»Con tratamiento de usía

Digitized by Google

»Á mi consorte, á fe mia
»Que lo encuentro encantador.
»Al saber tan noble idea,
»Todo el lugar sintió gusto;
»Pero me aturde y marea
»El que no lo estimen justo
»Ni haya nadie que lo crea.
»Dice el Cura, que es un asco
»Pretensión tan singular,
»Y añade Sansón Carrasco
»Que esto habrá sido algún chasco
»Que alguno me quiso dar.
»Lo mismo afirma el Barbero;
»Pero no se me da nada
»Siendo el caso verdadero.
»Esté yo bien abrigada
»Y ríase el mundo entero.
»Verdad es que el caso ha sido
»De tal modo inesperado
»Que no lo hubiera creído
»A no haberlo confirmado
»Los corales y el vestido.
»Ahora mismo forman corro
»Las gentes..... ¡Jesús qué plaga!
»Y dice un alma de zorro
»Que mi pariente es un porro,
»Y yo no le voy en zaga.
»Al ver tamaña insolencia
»Y tan burlesco deporte
»Quiero con vuestra licencia
»Poner por medio la ausencia
»Y dirigirme á la corte.
»Y estoy ya determinada,
»Pues mi fortuna no duerme,
»A darme buena posada;
»A vestir bien y á tenderme
»En carretela dorada.
»Quiero los ojos quebrar
»A mil necios envidiosos
»Que ya tengo en el lugar,
»Pues el subir y el medrar
»Tiene estos lados odiosos.

Digitized by Google

»Por todo lo referido
»Suplico á vuesa excelencia
»Que haga porque mi marido
»Me envíe á renglón seguido
»Lo que pide la decencia.
»Quiero decir, capital
»Para vivir en la corte
»En la que el pan vale á real
»Y la carne un dineral
»Y lo demás á igual porte.
»Y si no quiere que vaya
»Que me lo avise al momento,
»Que aunque en mí deseos haya
»No he de traspasar la raya
»Sin su buen consentimiento.
»Mis vecinas cariñosas
»Me aseguran que si vamos
»A la corte y muy pomposas
»En coche nos paseamos.
»Sucederán lindas cosas.
»Y que será conocido
»Por nosotras mi marido,
»Pues todos preguntarán:
»—¿Quiénes son esas que van
»En un coche tan lucido?
»Y un criado que irá en pos,
»Con paciencia muy prolija
»Dirá de nosotras dos:
»—Son la mujer y la hija
»De Sancho á quien guarde Dios.
»Con lo cual más conocido
»Que la ruda mi marido
»Será desde aquella fecha,
»Y respetado y querido
»Le veré muy satisfecha.
»Me resta, para dar fin,
»Decirle que ha sido ruín
»De bellotas este impío
»Año, y que sólo le envío
»Hasta medio celemín.
»A cogerlas fuí ligera
»Desde el pueblo hasta la Cruz

Digitized by Google

»Del Monte; yo bien quisiera
»Que la más menuda fuera
»Como un huevo de avestruz.
»No se le olvide por Dios
»A vuestra pomposidad
»Acordarse de las dos,
»Dándome aviso de los
»Sucesos de actualidad.
»Mis hijos, que se embelesan
»Con los corales de usía,
»Por su salud se interesan
»Y los dos su mano besan
»Con la mayor cortesía.
»Y yo con esta mudanza
»De verla tengo esperanza;
»Dios lo haga cosa corriente
»Mientras queda su obediente
»Criada, TERESA PANZA.»
. . . . . .
Mucho agradó la lectura
De carta tan primorosa
Principalmente á los Duques
Que gozaban con su obra.
Después la Duquesa quiso
Enterarse de la otra
Que imaginaba debía
De ser mucho más graciosa.
Pero como escrita estaba
Para Sancho, la burlona
Dama, dijo á Don Quijote
Si se podría en buen hora
Repasar su contenido
Pues ella estaba dudosa.
Contestóle el caballero
Que él lo haría sin demora
Por darle gusto; y abriéndola
La leyó con voz gangosa.
Era la carta una epístola
Soberanamente estólida
Llena de interioridades
Que la hacían deliciosa;
Mas su traslado omitimos

Digitized by Google

Por no alargar esta historia
En los terribles momentos
Y en las peripecias hórridas
Que al gobernador amagan
En su ínsula famosa.

CIV

El asalto.—Catástrofe.

Era la séptima noche,
Y debía ser la última,
Que Sancho Panza pasaba
En los cuernos de la luna;
Es decir, en el gobierno
Donde sólo halló amarguras,
Trabajos y desazones
Sin compensación alguna.
Sirviéronle para cena
Conservas y confituras
Que él trocara de buen grado
Por tasajo, ó aceitunas,
O un buen pedazo de queso
O unas cuantas libras de uvas.
Bebió un vaso de agua clara,
Cristalina, fresca y pura,
Porque el doctor Pedro Recio
No le daba vino nunca;
Y sintiéndose cansado,
Despidiendo á su tertulia,
Dejó por la vez primera
De ir de rondas y aventuras
Dirigiéndose á su lecho
Más fresco que una lechuga
Y más traspillado de hambre
Que si estuviera en ayunas.
Desnudóse, acurrucóse,
Mató la luz, quedó á obscuras
Y entornándose sus párpados

Digitized by Google

Dió del sueño en la penumbra;
Mas ¡ah! de pronto á su oído
Llegaron voces confusas
Y tañidos de campanas
Que de asombro y de pavura
Llenaron su triste espíritu
Engendrando en él mil dudas.
¿Era un sueño todo aquello?
No era un sueño, no; la bulla
Crecía como en los mares
Crecen los montes de espuma.
Sentado se halla en su cama;
Mas nadie le ofrece ayuda
Y al rumor de aquellas voces
Y tañidos que le asustan,
Se agregan chillones ecos
De mil trompetas agudas
Y el redoblar de tambores
Que por el pueblo circulan.
Hace por fin un esfuerzo
Supremo, bájase, busca
Unas chinelas; resguarda
Sus pies, pues la estancia es húmeda,
Y en camisa como se halla
Corre á la puerta, y con brusca
Ligereza la abre al punto
Lleno de terrible angustia.
Entonces, vió que llegaba
Hacia su estancia una turba
Que con hachas encendidas
Y las espadas desnudas,
—Al arma ¡al arma! gritaban;
Venga, señor, presto acuda,
Que la ínsula asaltaron
Con imponderable furia
Infinitos enemigos,
Que degollarnos procuran;
Y todos pereceremos
Si vuestro valor é industria
No nos salvan del conflicto
O estos daños no conjuran.»
Voceando de este modo,

Digitized by Google

Llegan hasta él; le abruman
Con sus gritos; con sus luces
Humosas, su vista ofuscan;
Y él, atónito, aterrado,
Ni una palabra pronuncia.
Entonces, uno de aquellos
Hombres, de apariencia ruda,
Le dice con brusco acento:
—No hay que abrigar duda alguna,
Armese usía al instante
Si no quiere que se hunda
La ínsula; vea que avanzan
Y que es precisa la lucha.
—¿Y qué me tengo de armar?
El triste Sancho pregunta;
¿Qué entiendo yo de socorros
Si á la guerra no fuí nunca?
Mejor será que dejemos
Estas cosas peliagudas
Para mi amo Don Quijote;
Que él sabrá, sin más ayuda
Que su brazo, al enemigo
Meter muy pronto en cintura.
—Ah! señor Gobernador,
Dijo otro; ¿qué disculpa
Es esa, ni qué relente
Le enfría? ¿acaso no escucha
El rumor de la campana
Que rebato y muerte anuncia?
Armese vuesa merced
Sin más pretexto ni excusa,
Que nosotros le traemos
Armas de mucha finura
Defensivas y ofensivas
Que no se doblegan nunca.
Con ellas y con nosotros
Sálgase á la plaza pública
Para capitanearnos
Y ponernos á la husma
De ese traidor enemigo
Que nos veja y nos insulta.
Valerosísimamente

Digitized by Google

Sus altos deberes cumpla,
Que lo mismo en paz que en guerra
El primer lugar ocupa.
—Bien está, responde Sancho;
¿Quién las armas me procura?
—Nosotros, dicen en coro
Los demás con cierta chunga:
Y acercando dos pavesés
De singular estructura
Que para el caso trajeron,
Con varonil fuerza hercúlea
Y rapidez violentísima
A ponerle se apresuran
Uno atrás y otro adelante.
Los dos escudos ajustan
Herméticamente, y luego
Sacando por aberturas
Cóncavas sus gruesos brazos
Y sus dos piernas desnudas,
A su pesar le trastruecan
En una enorme tortuga.
Después con sendos cordeles
Le lían, y en su envoltura
Le dejan tan oprimido
Y emparedado, que en suma
Le es imposible moverse
Ni tomar otra postura,
Ni doblar una rodilla
Ni hacer diligencia alguna.
Después ponen en sus manos
Una lanza tan robusta,
Que á ella se arrima, teniéndose
En pie por rara fortuna.
Hecho esto, le indicaron
Que con gentil apostura
A la lid los condujese,
Pues era el sol y la luna
Y el lucero y la linterna
Con cuya luz, en la lucha
Sangrienta que le esperaba,
La victoria era segura.
—¿Y cómo diablos pretenden,

Digitized by Google

Dice Sancho, que yo acuda
Si mis choquezuelas crujen
Y tengo mis carnes mústias
Y no puedo menearme
Ni variar de postura
Con estas malditas tablas
Que fieras me descoyuntan?
Mejor será que me lleven
En brazos, y en una altura
O postigo me coloquen
De pie ó echado, y si gustan
Yo defenderé aquel puesto
Si antes no muero de angustia.
—Ah! señor Gobernador,
Dice otro; ¿qué disculpas
Son estas? vamos, menéese
Y véngase en derechura
Al campo; que el enemigo
Crece; sus voces retumban
Y el saqueo y la matanza
Serán cual no fueron nunca.»
Oyendo estas persuasiones
Entreveradas de injurias,
El pobre Gobernador
Trató de ver si eran suyas
Aquellas piernas prensadas
Por un par de conchas duras;
Mas no bien quiso moverse,
Dió tan terrible y tan súbita
Caída, que por milagro
No se destrozó la nuca.
Entonces, como galápago
Encerrado en capas duras,
O como medio tocino
Entre dos artesas juntas,
El infeliz quedó inmóvil
Llorando su desventura.
Mas no por verle caído
Cesó la sangrienta burla,
Pues apagando las luces
Y sin compasión alguna,
Tornó á reforzar sus gritos

Digitized by Google

La endiablada turbamulta.
—Al arma! ¡al arma! gritaban;
Guerra, exterminio; que cunda
La mortandad, arda Troya
Y ningún cobarde huya!»
  Y gritando de esta suerte
Y armando tal barahunda,
Pisoteaban á Sancho
Y descargaban con furia
Infinitas cuchilladas
Sobre su fuerte armadura.

CV

¡Pobre Sancho!

  Pobre Sancho! mientras que él
Resguardaba de la lluvia
De palos y pisotones
Su cabeza mal segura
Metiéndola entre los dos
Paveses, era la bulla
Cada vez mayor; más negra
La desastrada aventura.
  Unos en él tropezaban,
Otros sin piedad alguna
Caían sobre su cuerpo
Metido en tal envoltura;
Y no faltó quien poniéndose
De pie sobre aquella tumba,
En la cual Sancho dejaba
Sus presentes y futuras
Ilusiones, dando gritos
Decía:—Muera esa chusma;
Vengan por aquí los nuestros,
Que allí el enemigo abusa
De su gran fuerza numérica
Y las espaldas nos busca.
Aquel portillo se guarde,

Digitized by Google

Corónese aquella altura,
Ciérrese la puerta esa
Cuya salida es absurda,
Y atrincheren con colchones
Las calles y plazas públicas.
Traigan enormes calderas
De aceite ardiendo, con muchas
Libras de pez y resina
Que les queme la figura.»
Esto decía el tunante
Que ser general simula
Y Sancho que le escuchaba
Lleno de mortales dudas
Exclamaba por lo bajo:
—Dios mio, haced que se hunda
La ínsula, que se pierda
De una vez, y que en la lucha
Muera yo, ó sacadme luego
De estas terribles angustias.»
Oyó el cielo sus plegarias,
Acaso porque eran justas,
Y después de unos momentos
En que la lid fué muy ruda
Exclamaron muchas voces:
—Victoria! los nuestros triunfan,
Y ya van los enemigos
Puestos en cobarde fuga
Gracias á ese fuerte brazo
Que les ha dado tal tunda.
Ea! señor Gobernador,
Levántese y pronto acuda
Á gozar del vencimiento
Que consiguió su bravura,
Y á repartir los despojos
Que en poder nuestro resultan.»
—Levántenme, dijo Sancho
Con voz doliente y profunda
Aflicción; que yo no puedo
Moverme en tal apretura.»
Levantáronle en efecto
Y con frase tartamuda
Exclamó:—Los enemigos

Digitized by Google

Que vencí en esta disputa
En la frente me los claven;
Y esos despojos que buscan
Repártalos quien quisiere
Pues de ellos hago renuncia.
Lo único que suplico
Á algún amigo, si en suma
Tengo alguno, es que me traiga
Ó haga traer con premura,
Uno ó dos tragos de vino,
Pues me seco y tengo enjuta
La garganta; y que me limpien
Este sudor que me inunda.»
  Hiciéronlo así en efecto;
Limpiáronle, bebió una
Copa de vino; libráronle
De opresoras ligaduras
Y apartando los paveses
Quedó en camisa, algo sucia
Por cierto; después, sentándose
En su lecho, tal angustia
Le asaltó que desmayado
Cayó en violenta postura.
  Sintieron todos entonces
Haber llevado la burla
Tan adelante; mas luego
Se mitigó su amargura
Viéndole que en sí volvía
Sin ulteriores resultas.
Abrió los ojos, sentóse
De nuevo, y con voz segura
Les preguntó qué hora era;
Y al saber que el alba fúlgida
Anunciaba un nuevo día,
Comenzó con prisa súbita
Á ponerse sus vestidos
Sin soltar palabra alguna.

Digitized by Google

CVI

Resolución irrevocable.

Contemplaban entre tanto
Los demás, la escena muda
Que á sus ojos ofrecía
Tan rápida compostura
Y vestir acelerado,
Cosa que no vieron nunca.
Después, cuando ya vestido
Estuvo, con faz adusta,
Sin decir á nadie nada,
Poco á poco, pues no es mucha
La fuerza que le dejaron
Acometidas tan bruscas,
Se fué á la caballeriza
Seguido de su tertulia
Que conocer deseaba
Sus intenciones ocultas.
Llegó al fin, halló á su rucio,
Y con amor y ternura
Le echó los brazos al cuello,
No sin derramar algunas
Lágrimas de esas que escaldan
El triste rostro que surcan.
Después, un beso de paz
Estampó en la frente estúpida
Del asno, y con voz doliente
Estas palabras pronuncia:
—Venid, compañero mio,
Digno hijo de la burra
Más buena que hubo en mi pueblo
Donde las bestias abundan.
Venid vos, mi único amigo,
Vos que me dísteis ayuda
Conllevándome los males
De mis cien miserias juntas.

Digitized by Google

Cuando yo con vos estaba
Mejor avenido, nunca
Tuve otros pensamientos
Que el de hacer las composturas
De vuestra albarda, y llenaros
La barriga de verduras
Y el corpezuelo de paja
Y granos que tanto os gustan.
Entonces eran dichosas
Mis horas, y mi ventura
Incomparable; mas luego
Que os dejé, y á las alturas
De mi ambición y soberbia,
Que imbéciles son y asurdas,
Quise subir colocándome
En los cuernos de la luna,
¡Voto á rus! que no consigo
Más que vivir en ayunas
Y sufrir desasosiegos
Y aun palos, tajos y tundas.»
Hablando de esta manera
Con voz débil é insegura,
Enalbardaba su rucio;
Y así que acabó, con mucha
Pena subió sobre él
Diciendo á cuantos le escuchan:
—Abrid camino, señores,
Dejadme que vaya en busca
De mi santa libertad
Huyendo de estas zahurdas.
Para ser Gobernador
No tengo prendas seguras,
Ni sé defender ciudades
Si las asalta la chusma.
Bien se está San Pedro en Roma;
El que bien usa no abusa;
Y más vale arar de día
Que ser sorprendido á oscuras.
Quédense vuesas mercedes
Con Dios, que á mí no me gusta
Ser autoridad á medias
Ni recebir en ayunas

Digitized by Google

Noticias de Perlerines
Venidas de Miguel Turra;
Ni quiero que un Tirteafuera
Impertinente se suba
A mis barbas y me llene
De agua clara y confituras.
Finalmente, yo me marcho
Por que sí; digan si gustan
Al señor Duque su amo,
Si acaso por mí pregunta,
Que desnudo vine al mundo
Y desnudo estoy sin duda.
Es decir, que á este gobierno
Vine sin blanca ninguna
Y sin blanca me retiro
Aunque eso aquí no se usa.
Pues más de un Gobernador
Salió con las manos sucias
Y tuvo la manga ancha
Y se afiló bien las uñas.
Finalmente, yo me voy
A curarme las roturas
De las costillas, pues siento
Que el dolor me las abruma.
—Eso no, dice el famoso
Pedro Recio que le escucha.
El señor gobernador
No ha de hacer tales locuras.
Yo me comprometo á darle
Una bebida muy cuca
Que golpes y molimientos
Y grandes caidas cura.
Y en cuanto al trato que os damos
Yo variaré de conducta
Dejándoos comer de todo
Lo que os place y más os gusta.»
A lo cual responde Sancho
Con voz grave y campanuda:
—Tarde piache; no sufro
Más consejos ni consultas;
Ni quiero deber favores
En las cosas que me incumban.

Digitized by Google

Para dos veces seguidas
No son semejantes burlas
Y la raza de los Panzas
Siempre fué muy testaruda.
En diciendo yo que nones
Nones han de ser, y nunca
Pares, pues es mi cabeza
Como las piedras más duras.
Nadie pretenda que admita,
Más gobiernos; pues me asusta
La idea de que el que manda
Tropieza con muchos Judas.
Con que agur y divertirse;
Buen provecho si hay hartura,
Y Dios dé mayor acierto
A aquel que me sustituya.»
Diciendo así, siempre puesto
Sobre su cabalgadura
Quiso alejarse á buen paso;
Mas detenerle procuran,
Diciéndole el mayordomo:
—Vueseñoría sin duda
Comprenderá que sentimos
Que haga del cargo renuncia
Pues su proceder cristiano
Y su comprensión aguda
Nos han de hacer que lloremos
Semejante desventura.
De todos modos dejáramos
Que hoy á esta especie de fuga
Apelara, pero todo
Gobernador que se excusa
De gobernar, y alejarse
De la ínsula procura,
Debe dar su residencia,
Puesto que así se acostumbra,
Para probar claramente
Que tuvo buena conducta.
Déla, pues, vuesa merced,
Pues eso á nadie repugna,
De los diez días que estuvo
En el gobierno, y si gusta

Digitized by Google

Separarse á todo trance,
Dios le guíe y en paz huya.
—Yo no huyo, dice Sancho;
Me voy por ser cosa justa,
Que el que es ignorante y ciego
A ciertos puestos no suba.
Y en cuanto á residenciarme
No hallo aquí persona alguna
Con autoridad bastante
Que al gran Duque sustituya.
Yo voy á verme con él
Y él verá sin tener duda
Que pues desnudo me voy
Limpio estoy de toda culpa.
—Tiene razón el gran Panza,
Dice con tono de chunga
El Doctor Don Pedro Recio
De Tirteafuera; su ruta
Emprenda, que el señor Duque
Tendrá de seguro suma
Satisfacción cuando hablen
De cosas de agricultura.
—Justo! observa el mayordomo;
Y si necesita ayuda
Protección y vituallas,
Pida aunque sean cotufas;
Que en este golfo las hay
Grandes, gordas y maduras.
—Gracias, les responde Sancho;
Que aunque con chufas y trufas
Nunca alimenté mi cuerpo
Yo agradezco esas finuras,
Y solamente les pido
Si la exigencia no es mucha,
Un puñado de cebada
Para mi cabalgadura,
Y para mí, medio queso,
Medio pan y una lechuga.»
Dicho esto, le trajeron
Lo que pidió, vertió algunas
Lágrimas viendo que todos
Entre sus brazos le estrujan

Digitized by Google

Y dando riendas al rucio
Salió á paso de andadura
Volviendo atrás la cabeza
Por si le siguen las turbas.

. . . . . .

De este modo Cide Hamete
Pone fin á la aventura
Del gobierno del gran Sancho;
Pero también se susurra
Que al encontrarse éste libre
En medio de una llanura,
Entre las eras del pueblo
Y una tierrecilla inculta,
Paró á su jumento y dijo
Estas frases algo duras:
—Adios, ínsula endiablada
A quien los cielos confundan
Como á Sedoma y Camorra,
Que según refiere el Cura
Perecieron abrasadas
Por una encendida lluvia.
Adios, perros insulanos,
Que por las noches ahullan
Y muerden y patalean
Entre tinieblas escuras.
Adios, gobierno maldito,
Que en vez de darme me hurtas
Pues me robaste el sosiego
Quemándome la figura.
Adios, feroz Tirteafuera,
Prójimo de Miguel Turra,
Que al más gordo y al más sano
Conviertes en aleluya;
Adios, digo una y mil veces;
Y no temais que mi furia
Os mueva guerras ceviles;
Pues si hay ahí quien me insulta,
De todo cuanto me pasa
Yo sólo tengo la culpa.
El topo que horada el suelo
A torres altas no suba,

Digitized by Google

Ni el que nació caracol
Quiera ser águila nunca.
El que tiene pelo ó lana
No gaste manto de plumas,
Que al que de ajeno se viste
En la calle le desnudan.
Querer que dure un gobierno,
Si hay otro encima, es locura;
Que allá van leyes do quieren
Reyes, que las desvirtúan.
Muchos fueron mis trabajos
Y mis dietas fueron muchas,
Y esto me mueve á creer
Que hubo aquí una mano oculta.
Si fué broma, no la aguanto;
Si fué verdad, no me gusta,
Que á ningún hombre le agrada
Ver la verdad tan desnuda.
Si los Duques son los amos
De esa ínsula importuna
Y ellos me dan el gobierno:
¿Por qué sus gentes me injurian?
¿Quién les pudo prestar alas
O qué fuerza les impulsa?
¿Por qué se parece tanto
El mayordomo á la bruja
Que llamaban la Trifaldi?
Pues qué! ¿no sé por ventura
Que el caballo Clavileño
No movió casco ni uña
Y que se quedó plantado
Sin remontarse á la altura?
¿No me bajé yo la venda
Y ví... tente, lengua insulsa,
Que hasta las siete cabrillas
De haber mentido te acusan.
De todos modos, aquello
Del caballo fué una chunga
Y mi gobierno una broma
Tan pesada como injusta.
Y esto me hace ver que hay

Digitized by Google

Mainates de noble alcuña
Que no sabiendo qué hacerse
Del mundo entero hacen burla.»

Dejó de hablar Sancho Panza,
Y con su cabalgadura
Se fué alejando á buen paso
Maldiciendo su fortuna.

CVII

El Desterrado.

Sabe el lector que el bravo Don Quijote
Indignado retó
Al que fué de la hija de la dueña
Inícuo seductor.
Sabe también que el Duque resentido
El guante recogió
Consignando las cláusulas precisas
De aquel juicio de Dios.
Todo esto se sabe de antemano;
Lo que ignora el lector
Es que el mozo causante de aquel duelo
Tal espanto sintió,
Que huyendo de las luchas femeninas
Y de una suegra atroz
Tan pronto como vió á Doña Rodriguez
Á las guerras de Flandes se marchó.

De esta ausencia lejana
Era el Duque perfecto sabedor;
Mas no queriendo por ningún estilo
Malograr la ocasión
De ver entrar en liza al caballero
Probando su valor,
Llamó á Tosilos, colosal lacayo

Digitized by Google

Y obediente gascón,
Que á pesar de su talla y de sus puños
Era un alma de Dios.

Se acordó que Tosilos
Sustituyese al mozo que escapó,
Y desde aquel momento,
Los Duques le enseñaron la lección.
Después el mismo Duque
Al hidalgo anunció
Que de allí á cuatro días
Vendría su gentil competidor
De punta en blanco armado
Para probar la falta de razón
De aquella audaz doncella
De dudoso candor,
Á la cual en su vida
Palabra alguna de casarse dió.

Al oir estas nuevas que agradables
Don Quijote juzgó
Prometióse vencer en la contienda
Al falso seductor.
Y contaba los días y las horas
Con impaciencia atroz
Deseando mostrar en la pelea
Los bríos de su fuerte corazón.

En tanto, Cide Hamete
Benengelí en su historia consignó
Algunos otros hechos
Que son muy dignos de especial mención.
Fué el caso, que acercándose
Iba ya Sancho á la ducal mansión
Anhelando encontrar á Don Quijote
Su querido señor,

Digitized by Google

Para exponerle lisa y llanamente
Su triste situación,
Cuando de pronto en medio del camino
Seis hombres encontró
Que vestidos marchaban
Con sendas esclavinas y bordón
Y que en lengua extranjera le pidieron
Una limosna por amor de Dios.

Por el pronto el buen Sancho
No pudo comprender la petición;
Mas tal maña se dieron
Que al fin les entendió;
Y como el pobre tuvo
Siempre buen corazón
El medio pan y el medio
Queso que le donaron entregó,
Con lo cual de su ínsula
No gozó ni aun siquiera esa ración.

Diéronle los peregrinos
Gracias por señas, y de viva voz
Le pidieron monedas;
Mas él les contestó
Que ni una sola blanca poseía
Pues al dejar de ser gobernador
Vino á sacar lo mismo
Que el negro del sermón.

Apenas esto dijo
Exclamó un peregrino en alta voz,
Sin acento extranjero
Y en muy puro español:
—Seguramente viendo á Sancho Panza
En este sitio estoy!
¿No me conoces ya, mi buen amigo?

Digitized by Google

¿Tanto me demudó
La desgracia cruel que me persigue
Que á tu abastecedor
El tendero Ricote tu paisano
No reconoces? Mírame, soy yo.

—Es verdad, le responde Sancho Panza,
Pero ¿por qué razón
En franchute te veo convertido
Llevando ese disfraz de pecador
Ó de devoto? Dime ¿por qué andas
Peregrinando en tierras de Aragón?
—Ay! tú no puedes comprender mi pena
Aunque sepas mi horrible situación,
Dice el triste Ricote
Abrazando á su amigo con amor.

—Habla, replica Sancho;
Que ya curioso de saber estoy
Por qué razón te vuelves disfrazado
Á España, cuando el rey te desterró
Y si te cojen y conocen, presto
Te pudrirás en lóbrega prisión.
—Si tú no me descubres, Sancho amigo,
El peregrino al punto respondió,
Seguro estoy de que con este traje
Cruzaré sin peligro la nación.
—¿Y á dónde piensas dirigirte ahora?
—Á mostrarte mi plan dispuesto estoy,
Mas antes, si tú quieres, apartarnos
De este camino real será mejor,
Que en aquella alameda tan frondosa
Que allí está, con sosiego y sin calor
Mis buenos compañeros
Lo mismo que tú y yo
Comer podremos y pasar la siesta
Sin que nos tueste con su flama el sol.

Digitized by Google

Siguieron todos el consejo al punto
Y Sancho á su placer comió y bebió
A costa de los buenos peregrinos
Que llevaban muy buena provisión.
Circularon las botas
De mano en mano; y no vino el doctor
Tirteafuera á quitarles con su vara
La abundante ración.
Finalmente, las botas se agotaron
Y un sueño halagador
De los cuatro viandantes peregrinos
Al fin se apoderó,
Pudiendo el buen Ricote y Sancho Panza
Reanudar su diálogo anterior.

—Sepamos, dijo Sancho,
Lo que tanto te llena de aflicción
Y por qué á España vuelves
Siendo así que ya el rey te desterró.
—Ay! Sancho, tú no sabes
Dice Ricote, lo que sufro yo,
Ni lo que lloran todos los que sufren
Esa sentencia bárbara y atroz.
Yo soy morisco, Sancho, tú lo sabes,
Y con eso está dicho cuanto soy.
Desterrado de España, tierra hermosa
En donde vimos el primer albor
De la vida; sin patria y sin hogares
Sufrimos esta eterna maldición.
Mi mujer y mi hija idolatradas
De mí ausentes, se mueren de dolor
Y yo en Francia, en Italia, en Alemania
Quise ocultar mi mísera aflicción.
Verdad es que en las tierras que he corrido
Nadie el estigma que me arrojan vió,
Pues en esas naciones que he nombrado
Sólo examina las conciencias Dios
Y sólo se persigue al delincuente
Sin preguntar cuál es su religión. (17)
Este es mi estado, Sancho, mis recuerdos

Digitized by Google

Fijos están en el luciente sol
Que ilumina los campos de mi patria
Y mis primeros pasos alumbró.
Por eso con estotros peregrinos
Entré en los Pirineos de rondón
Y á nuestra tierra voy con el intento
De sacar un tesoro que quedó
Enterrado por mí en cierto paraje
Apartado de toda población.
Después de hacerlo así, me iré á Valencia
Donde, mediante Dios,
Escribiré á mi esposa y á mi hija
Que sufren en Argel la expatriación
A pesar de que son buenas cristianas
Y á la Vírgen adoran con fervor.
Pienso hacerlas saber que las espero
En Marsella, ó en Niza, ó en Tolón
Para irnos tranquilos á Alemania
Donde á fijar mi residencia voy.
Si tú quieres, buen Sancho, acompañarme
Y ayudarme en la árdua operación
De sacar mi tesoro y encubrirlo
Hasta que llegue al extranjero yo,
Te daré como premio á tu tarea
Y á tu buena amistad y protección,
Por lo menos doscientos
Escudos, que en rigor
Te servirán para salir de apuros
Mejorando tu triste situación.

Dejó de hablar Ricote
Y Sancho respondió:
—De buena gana, amigo, yo lo hiciera,
Mas sabe que no soy
Codicioso; que, á serlo, esta mañana
Un oficio dejé de tal valor
Que á conservarle más entre mis manos
Fuera un queso, ó un Creso, ó que sé yo,
Haciendo las paredes de mi casa
De oro, y comiendo como gran señor

Digitized by Google

En vajilla de plata reluciente;
Y por esta razón
Y porque nunca digan que yo trato
De servir con amor
A los que el rey destierra y la justicia
Así persigue tan sin ton ni son,
Por todo cuanto tienes
No te haría, Ricote, tal favor.
—¿Y qué oficio has dejado?
Ricote preguntó.
—He dejado, responde Sancho Panza,
De ser Gobernador.
—¿Gobernador de dónde?—De una ínsula
De consideración
Tan rica y tan capaz, que á tres tirones
No se hallará en el mapa otra mayor.
—¿Y dónde está esa ínsula?
Volvió á inquirir con grande admiración
El triste desterrado.
—Como á cosa de dos
Leguas de aquí, replica Sancho Panza,
Lleno de convicción.
Se llama Barataria
Y es de lo mejorcito, lo mejor.
—Desdichado! ¿qué cosas me refieres?
Dí, ¿no sabes, simplón,
Que las ínsulas todas están dentro
De la mar, y que no
Hay una sola ínsula en la tierra
Firme, y que es un error
Suponer que tan cerca de este sitio
Pueda haber una ínsula?—¿Que no...?
Yo puedo asegurar, añade Sancho,
Que de allá salí hoy;
Y ayer estuve en ella gobernando
A mi satisfación;
Y si la dejo, es solo, amigo mio,
Ya ves cuán franco soy,
Por parecerme oficio peligroso
El ser Gobernador.
—¿Y qué has ganado en el gobierno, Sancho?
—He ganado, salir de un gran error,

Digitized by Google

Conociendo á mi costa, que no sirvo
Para imponer á nadie la razón
Si hay pícaros por medio
Y hay que hacer la justicia con rigor,
Lo cual al que gobierna proporciona
A cada instante alguna desazón,
Sobre todo si hay médicos celosos
Que eviten que uno muera de hartazón.

—Yo no te entiendo, Sancho, no te entiendo,
Vuelve á exclamar Ricote en alta voz;
¿Quién ha podido darte á tí esos cargos?
Tú tocas el violón.
Vuelve en tí, reflexiona, y si quisieres
Nos iremos los dos
A nuestra tierra y sacaremos juntos
Lo que enterrado en ella se quedó,
Que por ser de tal monta
Mi tesoro le llamo con razón.
Por este buen servicio
Serás como te dije mi acreedor
Dándote con que vivas
Sin mortificación
Y sin trampas que causan vilipendio
Al que es hombre de honor.
—Ya contesté que nones, dice Sancho,
Y si yo digo no
No puede haber quien de mi *nó* me apee
Aunque lo mande el mesmo emperador.
Conténtate, Ricote,
Con saber que me duele tu aflición
Y que por mí no habrá de descubrirse
Lo que haces y piensas hacer hoy.
Quédate, pues, con Dios, Ricote amigo,
Que esta noche he de ver á mi señor
Don Quijote, y presumo que es ya tarde
Pues por poniente se despeña el sol.
—No insisto más, buen Sancho, separémonos;
Dame uu abrazo y que nos guíe Dios,
Pues se rebullen ya mis compañeros

Digitized by Google

De peregrinación
Y con ellos también partirme debo
Sin que nadie sospeche á donde voy.»

Dicho esto, enjugando alguna lágrima
Se abrazaron los dos.
Sancho montó en el rucio, y el morisco
Se arrimó á su bordón
Apartándose acaso para siempre
Y pronunciando su postrer adios.

CVIII

El gozo en un pozo.

Media legua le faltaba
Para llegar al castillo
Cuando por la oscura noche
Se vió Sancho sorprendido.
Quedó el campo como boca
De lobo; pero él no hizo
Caso, porque era buen tiempo
Y el ambiente estaba tibio.
Así, pues, pasarla al raso
Sin temor alguno quiso,
Y buscando un buen paraje
Apartóse del camino.
Tranquila tenía el alma,
Gozoso estaba su espíritu
Pues ya libertad gozaba
Después de verse oprimido.
Mas ¡ay! después de llegar
A cierto cercano sitio
Donde en ruinas se hallaban
Ciertos viejos edificios,
Dispuso su mala suerte
Que él y su pobre pollino
En una sima muy honda
Cayesen inadvertidos.

Digitized by Google

Encomendóse al caer
A Dios con pecho contrito
Creyendo que de sus cuerpos
No quedarían vestigios.
Mas no fué así, porque luego
A unos tres estados, fijo
Quedó el rucio dando fondo
En el de aquel precipicio.
Quiso entonces cerciorarse
Y ver si se hallaba vivo,
Y al notar que estaba ileso
Sintió grande regocijo.
Después tentó las paredes
De la sima y tuvo frío
Pues le pareció que estaban
Como cortadas á pico.
No halló ningún asidero
Grieta, senda, ni resquicio,
Y entretanto el rucio daba
Muestras de sufrir muchísimo.
—No hay remedio, exclama Sancho
Arrojando mil suspiros,
Desde muy alto caí
A los profundos abismos.
Ayer tenía vasallos
Y hoy no tengo un sólo amigo
Que me saque de este pozo
Que me guardaba el destino.
Dichoso mi señor amo
Que halló paisajes floridos
El día que visitó
La cueva de Montesinos!
Yo, en cambio, por mi desgracia
Seré aquí un cadáver vivo
Y luego un cadáver muerto
Por los siglos de los siglos.
Pobre rucio ¡pobre rucio!
Por Dios que buena la hicimos;
Presto tus huesos mondados
Se mezclarán con los mios.
Sapos, lagartos, culebras,
Lobos, cuervos, y otros bichos

Digitized by Google

Vendrán aquí á devorarnos
Con furibundo apetito.
  Muy mal pago recebiste,
Muy mal me porté contigo;
La ambición que me cegaba
Me hizo olvidar tus servicios.
  Lejos ¡ay! de nuestra patria
Juntos vamos á podrirnos
Sin que cierre nuestros ojos
Ningún sér caritativo.»

Con estas lamentaciones
Y otras muchas que omitimos,
Pasó la noche el buen Sancho
Dando al aire sus gemidos.
  Después, al llegar el día,
Pudo ver que de aquel sitio
Era imposible salir
Sin hallar ajeno auxilio.
  —Socorro! vengan! ampárenme!
Comenzó á decir á gritos;
Mas aquello era un desierto
Y no fué por nadie oído.
  Qué angustia! el jumento estaba
Boca arriba hecho un ovillo;
Mas al fin le puso en pie
Con esfuerzos inauditos.
  Después tomó las alforjas,
Y al verle desfallecido
Le dió un pedazo de pan
Que él comió con apetito.
  Y como más animado
Le vió, con tristeza dijo:
—Los duelos con pan son menos;
Mas ya el pan se ha concluido.»
  En esto descubrió á un lado
De aquel paraje sombrío
Un boquete ó agujero
Ni muy grande ni muy chico.
  Llegó á él y agazapándose
Se entró, hallando un gran vacío
O subterráneo espacioso

Digitized by Google

Lo cual le alegró infinito.
  Por una gran claraboya
O grieta, entraba un magnífico
Rayo de sol, inundando
Aquel extraño recinto.
  Vió que éste se dilataba
Por otros cóncavos silos
Y á su punto de partida
Volvió por su rucio mísero.
  Después, tomando una piedra
Desmoronó con ahinco
La tierra que rodeaba
El boquete susodicho.
  Abrió puerta suficiente
Para pasar el pollino,
Y ambos juntos se colaron
Como dos buenos amigos.
  Cogiendo el uno el cabestro
Del otro con mucho mimo,
Ambos á dos emprendieron
Lentamente su camino.
  Y la luz iba faltándoles
Y no hallaban ni un portillo
Para salir de aquel antro
Gruta ó pozo maldecido.
  Y Sancho que iba temblando
Temiendo el nuevo peligro
De caer en otra sima,
Lloraba como un chiquillo,
  Diciendo:—¡Válame Dios
Y sus ángeles benditos!
Si mi amo aquí estuviera
Vería campos floridos.
  Pero, yo, ¿qué he de encontrar
Falto de consejo, tímido,
Menoscabado de ánimo
Por aquestos laberintos?
  Dios y la Virgen me pongan
Bajo sus mantos divinos
Haciendo que en otro pozo
No caigamos de improviso.»
  Diciendo así, con sorpresa

Digitized by Google

Vió resplandores muy vivos
Que de una abierta salida
Daban muy claros indicios.
Pero aquí el buen Cide Hamete
Corta de su historia el hilo
Para hablar de Don Quijote
A cuyo lado acudimos.

CIX

En salvo.

Tan ufano, tan alegre,
Tan alborozado estaba
El bizarro caballero
Don Quijote de la Mancha,
Al ver que se iba acercando
El día de la batalla
Con el burlador de vírgenes
A quien él desafiara,
Que preocupado en extremo
Saltó un día de su cama,
Precisamente á la hora
De romper su luz el alba.
Hizo ensillar su caballo,
Tomó su escudo y su lanza
Y con estos adminículos
Dejó el castillo á su espalda.
Ensayarse quiere á solas
En manejar bien las armas,
Y haciendo tal simulacro
Simuló dar una carga.
Sintió el pobre Rocinante
La dura espuela acerada
Y haciendo un supremo esfuerzo
Se echó á correr sin tardanza.
Y tan ciego iba el cuitado
Cuadrúpedo, que sus plantas
Puso al borde de una cueva

Digitized by Google

Lóbrega, profunda y ancha.
  Vió Don Quijote el peligro,
Temió caer en la trampa,
Y tirando de las riendas
Logró suspender su marcha.
  Entonces, maravillándose,
Sintió suspensa su alma
Al oir que por su centro
Aquella caverna hablaba.
—Ah ¡de arriba! le decían,
¿Hay ahí un alma cristiana
O un piadoso caballero
Que conjure mi desgracia?
  Yo, pecador, enterrado
En vida estoy, tengan lástima
De un pobre gobernador
Que desgobernado se halla.»
  No bien oyó Don Quijote
Las anteriores palabras,
Dijo:—O yo me he vuelto loco
O es mi escudero el que habla.»
  Y arrimándose á la boca
De la caverna, en voz alta
Preguntó:—¿Quién allá abajo
Está y compasión demanda?
—¿Quién ha de ser? le responden,
Sino el triste Sancho Panza
Gobernador por desdicha
De la ínsula Barataria,
  Que por sus grandes pecados
Y por sus malas andanzas
Se apartó de su señor
Don Quijote de la Mancha?
—Válame Dios! dice éste;
Ya veo las cosas claras:
El pobrecillo se ha muerto
Y ahí penando está su ánima.»
  Y ahuecando más la voz
Y enjugándose una lágrima
Volvió á decir:—Te conjuro,
Con toda mi fé cristiana,
  Que me declares quién eres;

Digitized by Google

Y si purgando te hallas
Tus culpas, dime al momento
Qué quieres que por tí haga;
  Pues mi profesión me ordena
Por ser muy noble y magnánima,
Que á vivos y á muertos preste
Cuanto sea y cuanto valga.
—Según eso, le responde
Sancho lleno de esperanza,
Vuesa merced es el mismo
Don Quijote que hoy me salva?
—El mismo soy, y á librarte
De provisionales llamas
Dispuesto estoy, si algo pueden
Con Dios mis ruegos y dádivas.
  Así, pues, si á los infiernos
No fuiste, yo hallaré trazas
Para que del purgatorio
Te saque la Iglesia santa.
  Dime por tanto quién eres;
Porque si eres Sancho Panza
Mi escudero, y estás muerto,
Quiero que te expliques; habla.
  —¿Qué he de hablar? voto á las uñas,
De Lucifer! ¿no le basta
Saber que enterrado en vida
Aquí estoy por mi desgracia?
  ¿No bastará el afirmarle
Que estoy vivo, aunque mi estampa
Por sus muchos cardenales
Será el conclavo de un Papa?
  Ayer dejé mi gobierno
Porque en él me maltrataban,
Y anoche dí en esta sima
Donde yago en cuerpo y alma.
  En ella estoy con mi rucio,
Que aunque el pobre escucha y calla
No me dejará mentir
Por ser persona sensata.»
  Estas frases desde abajo
Pronunció Sancho en voz alta
Y el asno debió entenderlas

Digitized by Google

Pues rebuznó al escucharlas.
—Bien está, dijo el hidalgo;
Eso la verdad aclara;
Que yo conozco el rebuzno
Y con oirlo me basta.
Cuanto más que Rocinante
Tiene la oreja empinada
Y su regocijo indica
Que conoce á los que hablan.
Espérame unos momentos,
Que presto, en cuatro zancadas,
Iré al castillo del Duque,
Que cerca de aquí se halla.
Traeré gente que te saque
De esta sima endemoniada
Donde tus vicios y culpas
Te tienen hecho una lástima.
—Oh! sí, le responde Sancho,
Vuesa merced luego vaya;
Que yo en esta sepoltura
Sufro un miedo que me acaba.»
. . . . . .
Partió y volvió Don Quijote
Con gentes que le acompañan
Y con sogas y maromas
Y cierta especie de cabria,
Que por orden de los Duques
Hasta aquel sitio llevaran,
Lograron sacar á Sancho
Y al rucio con mucha maña.
Vieron los dos la luz pública
Pues en público se hallaban,
Y Sancho brincó y el asno
Hizo un gran solo de flauta.
Después, muy acompañados
De gentes desocupadas
Y de muchachos traviesos
Que con sorna le miraban,
Dando pasto á maldicientes
Lenguas que en todo se clavan,
Entró Sancho en el castillo
Donde los Duques le aguardan.

Digitized by Google

Mas antes de hablarles quiso
Dar al asno pienso y agua
Diciendo que en nadie tiene
El infeliz confianza.
Después subió á donde el Duque
Y la Duquesa esperaban,
Y doblando ambas rodillas
De esta manera les habla:
—Yo, señores, por quererlo
Vuestra grandeza extremada,
A gobernar fuí con gusto
La ínsula Barataria,
En la cual entré desnudo,
Y estando según estaba,
Si no estoy algo más roto,
No pierdo ni gano nada.
Si goberné con acierto
O no, testigos no faltan;
Digan ellos lo que quieran
Que mi concencia está en calma.
He declarado mil dudas,
Sentencié pleitos sin tasa,
Pero á mí me la pusieron
Y muerto de hambre me hallaba.
Así lo quiso el dotor
Pedro Recio, hombre de fama,
Natural de Tirteafuera
Que allí es médico de cámara.
Una noche fué la ínsula
Por los bárbaros tomada
Y dicen los insulanos
Que yo vencí en la batalla.
Tal salud disfruten ellos
Como es verdad lo que hablan,
Y si crédito les doy
Al punto un rayo me parta.
En resolución, yo he visto
Que tiene un gobierno cargas
Tan grandes, que mis costillas
Nunca podrán soportarlas.
Por eso gobierno é ínsula
Desolojé ayer mañana,

Digitized by Google

Y bien sabe Dios que dejo
La tal insulita intacta.
  Tal como la hallé se queda
Con sus calles y sus casas
Sin que le falte un tejado,
Una puerta, una ventana.
  A nadie pedí un empréstito
Cosa que me avergonzara,
Y sólo pensé en ditar
Unas buenas ordenanzas.
  Pero ya desengañado
Renuncio de buena gana
A las gobernadurías
Que antes tanto codiciaba.
  Y dando un brinco á este lado
Vengo á ponerme á las plantas
De mi señor Don Quijote
Que de hambre no me mata.
  Pues si no me dá perdices
Ni otras pulidas viandas,
De pan, queso y zanahorias
Me ofrece grande abundancia.»
. . . . . .
  Aquí puso Sancho término,
A su larguísima plática
Y el Duque le echó los brazos
Al cuello, diciendo:—Es lástima,
  Que el gobierno hayais dejado
Por un quítame esas pajas;
Pero yo daros prometo
Un cargo con menos cargas.
  Quiso también la Duquesa
Abrazarle, y él con calma
Dijo para su coleto:
—Estos abrazos me aplastan,
  Mas si son como los ósculos
Que Judas á Cristo daba
Mientras me dan cordelejo
Cargue Judas con sus almas. (18)

Digitized by Google

CX

El combate.—Amor súbito.

Finó el plazo y llegó por fin la hora
Del grande y tremebundo desafío
Que pendiente tenía
El caballero invicto.

Ya el Duque de antemano
Al lacayo Tosilos
Explicó cómo había
De conducirse cauto y precavido
Para vencer al bravo Don Quijote
Sin hacerle algún chirlo.

A este fin, ordenó que de las lanzas
Arrancasen los hierros asesinos
Y dijo al buen hidalgo
Que á su gran cristiandad no le era lícito
Permitir que tan bravos campeones
Allí se hicieran con furor añicos.

—Conténtese, le dice,
Con el campo que pongo á su albedrío.
Pues ya sabe que el duelo está vedado
Por el santo Concilio.
—Bien está, le responde Don Quijote,
Haga vuecencia lo que juzgue digno,
Que yo todo me pongo entre sus manos
Y en su justicia y probidad confío.»

Llegado, pues, el temeroso día,
Según dejamos dicho,
Se levantó un cadalso
Delante de la plaza del castillo.

Digitized by Google

En él se acomodaron
Con los jueces del campo ya elegidos,
Doña Rodríguez, su cuitada hija
Y otras varias personas de buen viso,
Con todo el escuadrón dueñesco que iba
Cubierto de enlutados atavíos.

De todas las aldeas y lugares
Que eran circunvecinos
Acudieron curiosos á bandadas
Deseosos de ver el desafío.

Dióse al fin la señal y entró el primero
El maestre del campo, que solícito
Recorriendo el palenque ó estacada
Vió que en ésta no había maleficio.

Ordenóse la gente, acomodóse
Cada cual en su punto respectivo,
Y Don Quijote, que á caballo estaba,
Dejaba ver su continente altivo.

De allí á poco, y al son de cien trompetas,
Apareció en la plaza el gran Tosilos
Montado en un corcel tan poderoso
Que al pobre Rocinante dejó bizco.

Traía el colosal lacayo puesta
Una armadura que costó un sentido
Y eran sus fuertes armas bien templadas
De rico acero reluciente y limpio.

Nadie su rostro vió porque tenía
Calada la visera; pero fijos
En él todos los ojos se encontraban
Admirados al verle tan lucido.

De tal suerte, ostentando su opulencia
Al tablado acercóse acto contínuo,
Y se puso á mirar á la ex-doncella
Que iba en busca de honra y de marido.

Digitized by Google

Mientras esto, llamó el maese del campo
A don Quijote, y junto con Tosilos,
Se dirigió á las dueñas, preguntándoles
Si confirmaban en aquel recinto
Que fuese el caballero que allí estaba
Su amparador y defensor legítimo.
—Sí, queremos, responden hija y madre;
Nosotras le aceptamos por padrino;
Lo que él haga será lo valedero,
Pues todo lo dejamos á su arbitrio.»

Estaban entre tanto la Duquesa
El Duque y su cortejo palatino
Ocupando una extensa galería
Que daba á la gran plaza del castillo,
Y como el Duque había
Encargado á Tosilos
Que huyese á la primera arremetida
Del manchego perínclito,
El solo se mostraba
Sonriente y pacífico
Mientras todos á ver se preparaban
El riguroso trance nunca visto.

Fué condición precisa
Que se pactó allí mismo
Entre ambos combatientes,
Que al vencer Don Quijote á su enemigo
Este se casaría
Por quererlo el destino;
Mas si por el contrario
Él quedaba vencido
La boda no se haría
Quedando el otro libre á su albedrío.

Hecho ya este concierto,
El maese del campo, hombre muy listo,
Partió el sol, y á los bravos contendientes
Marcó el puesto preciso.

Sonaron los tambores
Poblaron el espacio los gemidos

Digitized by Google

De las roncas trompetas quejumbrosas
Y los valientes se volvieron tímidos.

Ya suspensos están los corazones
De la mirante turba; ya solícitos,
Mudos esperan el primer encuentro
Horripilante, fiero, terrorífico.

En tanto Don Quijote, encomendándose
De todo corazón á Dios benigno
Y después á la hermosa Dulcinea
Del Toboso, aguardaba prevenido
Que se le diese la señal precisa
De arremeter al pérfido enemigo.

Entonces se notó con extrañeza
Que éste estaba en extremo distraido
Contemplando el cadalso
Sin preocuparle nada el desafío.

Y fué que el dios vendado,
El travieso Cupido,
Le introdujo en el pecho,
Sin decirle allá va y con mucho tino,
Una aguda saeta de dos varas
Que el lacayuno corazón deshizo
De aquel rudo gigante
Que se trocó en pigmeo de improviso.

La hija de la dueña
Doña Rodríguez el milagro hizo,
Pues fué el verla y amarla todo uno
Para el bravo Tosilos,
Que ciego repetía:
—No hay en el mundo un ser más peregrino
Ni más graciosa y celestial muchacha;
Vamos, es un prodigio.»

Tales eran sus altos pensamientos

Digitized by Google

En el momento mismo
En que dieron señal de arremeterse
Sin que él prestara oidos.

Entonces Don Quijote
Partió á todo correr y Sancho dijo
A grandes voces:—Corre, vence, mata,
Flor de la Mancha, espejo de tu siglo,
Nata de los andantes caballeros,
Dios ponga la vitoria en tu camino
Que la razón es tuya, y quien la tiene
Debe ser vencedor y no vencido.»

Así exclamaba Sancho
Mientras que el gran Tosilos
A pesar de que vió que Don Quijote
Marchaba contra él, caso no hizo.
Antes bien, sin moverse
Un paso de su sitio,
Llamó con grandes voces
Al maese de campo, al cual, venido
A ver lo que quería,
De esta manera dijo:
—Señor ¿esta batalla
No se hace según tengo entendido,
Porque me case ó no con la señora
Que allí doliente en el tablado miro?
—Así es; le responde el gran maestro
De ceremonias.—Pues entonces, digo,
Añade el buen lacayo
Exhalando un suspiro
Que mi conciencia desistir me manda
De llevar adelante el duelo impío,
Pues con ella casarme ahora deseo
Y por eso me rindo.»

Quedó admirado el maese
Al oir las palabras de Tosilos
Y estando conchavado con el Duque
Al punto fué á decírselo.

Digitized by Google

CXI

Transmutaciones.

Consiena Cide Hamete,
Testigo presencial del desafío,
Que mientras el lacayo
Acercóse al tablado susodicho
Y habló á Doña Rodriguez
En voz alta y en términos precisos,
Exclamó:—Yo, señora,
De vuestra hija quiero ser marido;
Mas no quiero alcanzarla
Por pleitos, ni contiendas, ni peligros.»

Oyó esto el valiente Don Quijote
Y encogiendo ambos hombros, diz que dijo:
—Siendo esto así, yo quedo desligado
De todo compromiso.
Cásense norabuena,
Y pues Dios se la da San Pedro pio
Se la bendiga, que el casorio pide
Que los santos del cielo estén propicios.»

Mientras esto decía Don Quijote,
El Duque averiguó lo sucedido,
Y al mirar que sus planes contrariaban
Salió airado á la plaza del castillo.
Buscó al lacayo y díjole colérico:
—¿Es cierto, caballero, que habeis dicho
Que vais á dar la mano á esa doncella
Y que os dais por vencido?
—Sí, señor, le responde cabizbajo
Al momento Tosilos;
Y Sancho que allí cerca
Estaba, dijo á gritos:
—Se casa y hace bien y yo lo apruebo.
Porque lo que has de dar al mar, sin juicio,

Digitized by Google

Dalo al gato y sacarte há de cuidado
Quedándote tranquilo.»

Nadie entendió al buen Sancho, y entre tanto
El infeliz Tosilos
Desenlazar quería la celada
Porque se ahogaba el mísero.
Pidió auxilio, ayudáronle, quitósola,
Y en el instante mismo
Su rostro de lacayo
Fué á la vergüenza pública exhibido.
Al verle, furibundas
Doña Rodriguez y su hija, el grito
Levantaron diciendo:
—Engaño! engaño! burlas! artificio!
Al lacayo del Duque nuestro amo
Han puesto en vez del que el entuerto hizo.
Justicias de los cielos y del rey!
Nosotras con fervor os requerimos;
Que esto raya en ruin bellaquería
Y merece un castigo.»

Al oir tales frases Don Quijote
Se adelantó y les dijo:
—Non vos os acuiteis,
Señoras, que aunque el caso es peregrino
Aquí no hubo malicia;
Y si malicia ha habido
Non la achaqueis jamás al señor Duque,
Sino á mis enemigos
Encantadores viles que se gozan
En truncar mis designios.
Por quitarme la gloria
De aqueste vencimiento han convertido
La verdadera faz de vuestro esposo
En la de ese lacayo advenedizo.
Por esta y otras muchas
Razones, os suplico
Que tomeis mi consejo
Y acepteis por marido
Al que os parece otro
Y sin duda es el mismo

Digitized by Google

Que la ofensa hizo ayer y que hoy humilde
Se muestra arrepentido.»

El Duque que esto oyó, cuenta la historia
En párrafo sucinto,
Que estuvo por trocar en franca risa
Su cólera extremada, y así dijo:
—Son tan extraordinarías
Y de tal magnitud y raro estilo
Las cosas que suceden
A nuestro ilustre amigo
El señor Don Quijote de la Mancha,
Que ya á creer me inclino
Que este no es mi lacayo
Ni es Tosilos, Tosilos.
Así pues, me propongo obrar con maña
Empleando un ardid muy divertido.
Dilatemos ahora el casamiento
Quince días siquiera, y en sombrío
Calabozo tengamos encerrado
A este dudoso personaje insípido
Que tan súbitamente
A enamorarse de la niña vino.
Tal vez en este tiempo
Los magos enemigos
Del señor Don Quijote
Echando á un lado su feroz designio,
Dejarán que ese hombre volver pueda
A su estado pristino.
—Difícil es, observa Sancho Panza
Que estaba allí prestando atento oido,
Vuecelencia no sabe lo que hacen
Con mi amo esos brujos maldecidos.
Un caballero á quien venció hace días
Y que llevaba el título
De el de los Espejos, fué trocado
En otro, por las artes de esos pícaros,
Tomando la figura
Del bachiller Sansón Carrasco, amigo
Nuestro, y también paisano,
Pues allá en mi lugar los tres nacimos.
Y á mi simpar señora

Digitized by Google

Dulcinea, del reino Tobosino
Princesa ponderada,
Con los mesmos hechizos
Los viles malandrines la trocaron
Sin saber cómo, y casi de emproviso,
En rústica aldeana;
Por lo cual imagino
Que este lacayo morirá lacayo
Y vivirá lacayo por los siglos
De los siglos, durante aquellos días
Que él viviere; esto siento y esto afirmo.»

Calló Sancho, y la hija de la dueña
Doña Rodriguez, al momento dijo:
—Séase quien fuere el hombre que me pide
Por esposa, él me obliga y yo me obligo
Quedando agradecida á su fineza;
Que tengo por más digno
Ser mujer de un lacayo
Que no amiga y burlada de un gran pícaro.»

De este modo acabóse el incidente
Del raro y tremebundo desafío
Por el cual Don Quijote fué aclamado
Como piadoso vencedor invicto.
Marchóse todo el mundo;
De orden del Duque se encerró á Tosilos;
Pero éste, la dueña y la ex-doncella
Estaban muy alegres, convencidos
De que el pan y los dulces de la boda
Entrarían muy pronto en los hornillos.

CXII

La partida.

Por fin Don Quijote y Sancho
De los Duques se despiden;
Que á aquél le cansa la vida

Digitized by Google

Sedentaria y la molicie,
Y á éste las pesadas burlas
De cocineros y pinches;
Pues si abusan los señores
¿Qué no harán las fregatrices?
Despidiéronse la víspera
De su partida, y se dice
Que los Duques se mostraron
Pesarosos al oirles,
Pues les aguaba la fiesta
El ver que marchando libres,
De repente les quitaban
La ocasión de divertirse.
En esta entrevista última
Sintió Sancho una terrible
Impresión, pues vió las cartas
De su mujer, y al decirle
Lo que ambas contenían
Exclamó:—Pobre infelice!
Y qué esperanzas tan locas
En tu pecho mantuviste!
Ya no hay gobierno, ni ínsulas,
Ni coches, galas ni dijes;
Ya no habrá más que arrastradas
Aventuras quijotiles
O quijotescas, que traigan
Cosas que no tienen chiste
Como aquellos manteamientos
De que hoy el cielo me libre.
Consuélame, sin embargo,
El ver que ingrata no fuiste
Y que enviaste bellotas
A nuestra señora insine,
Sin que por ellas se diga
Que cohecho alguno haciste,
Pues cuando tú las mandaste
Ya yo en el gobierno vime;
Y nada tuve, ni tengo
Ni tendré, que es lo más triste.»
Así terminó el buen Panza
El acto de despedirse;
Y á la mañana siguiente

Digitized by Google

Nuestro caballero insigne,
Armado y puesto á caballo,
Salió con ánimo firme
Al gran patio del castillo
A punto ya de partirse.
Contémplanle desde arriba
Cuantos en palacio viven,
Inclusos los mismos Duques
Que quieren adios decirle;
Y Sancho sobre su rucio
Muestra su rostro apacible
Tan feliz y contentísimo
Que bien pudiera decirse
Que algo notable le pasa
Y le alegra y le sonríe.
Tiene en efecto repletas
Sus alforjas de perdices,
Jamón, pan, botas de vino
Y pasteles y melindres.
Tiene además en el cinto,
Y esto es lo que más le engríe,
Un bolsillo con doscientos
Escudos de oro, tangibles,
Positivos, que le ha dado
Con gentileza sublime
El famoso mayordomo
Que tan sólo se distingue
De la Condesa Trifaldi
Por el ropaje que viste.
Entre tanto, Don Quijote
Que ignora tales perfiles,
Iba ya á picar espuelas;
Mas de pronto un eco triste
Llegó á su oído, causándole
Tan fuerte y desapacible
Emoción, que allí clavado
Quedó como roca firme.
Era la voz elocuente,
Bravía á la par que humilde,
Dulce, tierna, apasionada
Fascinadora y terrible,
De la bella Altisidora,

Digitized by Google

Que con rabia le despide
Dirigiéndole unos versos
Con los cuales le maldice.
Llámale traidor, aleve,
Seductor, agreste, simple,
Cruel Vireno, fugitivo
Eneas, hombre insensible,
Y con Barrabás le envía
Por sus inícuos ardides,
Por su desamor tirano,
Por su castidad sin límites.
Después, cual si fuese poco
Todo aquello que le dice,
Le acusa de haberle hurtado
Tres tocadores sutiles
De holanda; y un par de ligas
Que ella usó en tiempos felices
Distintas de las que ahora
Sus marmóreas piernas ciñen.
Oyó el digno Don Quijote
Aquellos cargos horribles
Y le dijo á su escudero:
—Por Dios y sus santos, dime
Si te guardaste las cosas
Que esa enamorada pide,
Mientras á voces declara
Su pasión irresistible.
—Los tres tocadores, llevo;
Responde Sancho.—Ah ¡belitre!
¿Por qué esos trapos tomaste?
—Porque los creí servibles
Para hacer hilas con ellos
Cuando llegaran á herirme
O á herir á vuesa merced
Jayanes y malandrines.
—Graciosa está la ocurrencia!
Oh! Sancho, buena la hiciste!
¿Tomaste también las ligas?
—Eso fuera reprensible.
Lo de las ligas es falso,
Pues no hay mujer que me ligue.
Ellas con liga y sin liga

Digitized by Google

Al hombre atrapan y rinden
Y yo que bien las conozco
Nunca llevar ligas quise,
Puesto que no gasto medias
Ni aun siquiera calcetines.
—Está bien, Sancho, te creo;
Calla, que hablas más que quince.»
Mostrábase en tanto el Duque
Entre alegre y entre triste,
Ora dispuesto á enfadarse,
Ora tentado á reirse,
Al ver la desenvoltura
Y el desenfado increible
De aquella gentil doncella
Que se ostentaba asaz libre
Proclamando unos amores
Tan rancios é inverosímiles.
Desechó por fin sus dudas
Y para más divertirse
Reforzar quiso el donaire
Con regocijados chistes.
Por esto su voz alzando
Dijo:—Apenas se concibe,
Señor caballero andante
Que de la Mancha venides,
Que oseis darme tan mal pago
Por las finezas que os fice.
Tres tocadores tomásteis
O paños para dormire,
¡Mal haya la confianza
Que en vos nadie deposite!
También dicen que os llevais,
Y esto en verdad es sensible,
Las ligas de mi doncella
Que á vos para nada os sirven.
Devolvedle incontinenti
Esas galas mujeriles
Y si no yo os desafío
Lo mismo que vos ficísteis
Con mi lacayo Tosilos,
Sin temer que esos ruines
Encantadores me truequen

Digitized by Google

En cualquier menguado títere.»
Así exclama el Duque airado
Y Don Quijote le dice:
—No quiera Dios que mi espada
Yo desenvaine y fulmine
Contra la ilustre persona
Que me hizo favores miles.
Volveré los tocadores,
Porque Sancho á quien aflige
Su acción, dice que los tiene;
Pero nos es imposible
Dar las ligas, porque éstas
En nuestro poder no existen.
Si quiere vuestra doncella,
Sus escondrijos registre
Y de seguro encontrarlas
Podrá cuando bien los mire.
Yo, señor Duque, jamás
Fuí ladrón, y no es factible
Que en toda mi vida tenga
Inclinaciones tan viles
A no ser que Dios me deje
De su mano, ó que me quiten
La razón con la vergüenza
Propia de mi hidalga estirpe.
Esa doncella nos habla
Según ella misma dice,
Como enamorada; y siendo
Yo inculpable de los crímenes
Que me imputa, está bien claro
Que perdón no he de pedirle
Ni á ella ni á vuestra excelencia
A quien suplico se digne
Formar de mí otro concepto,
Dejando que me encamine
A donde el deber me llama
Y mi profesión exige.»
—Teneis más razón que un santo,
Señor Don Quijote, dice
La Duquesa; id norabuena
Y Dios vuestros pasos guíe.
Marchad, hombre afortunado,

Digitized by Google

Partid, valeroso Aquiles,
Que si vos invulnerable
Por dicha vuestra nacísteis,
No lo son estas doncellas
Que no saben resistirse,
Y que sufren mil congojas
Mientras que lejos no os miren.
Si alguna os faltó, dejadme
Que á solas yo la castigue
Por haber mostrado en público
Su corazón de alfeñique.
Yo creo que Altisidora
No estuvo en terreno firme.
—Tan no lo estuve, responde
La aludida en tono humilde,
Que ahora tengo que acusarme
De una falsedad que dije.
Perdóname ¡oh valeroso
Don Quijote, si te hice
Autor de un vil latrocinio
Que en tu vida cometiste!
Afirmé que te llevabas
Mis ligas, ¡calumnia horrible!
¿Cómo habías de llevártelas
Si las tengo puestas? Dime
Que me perdonas, y márchate;
Que muero al verte y oirte.»
Esto dijo Altisidora
Gimiendo y llorando triste
Mientras que Sancho exclamaba
En voz alta:—¿No lo dije?
Bonico soy yo ¡canastos!
Para encubridor de ruines
Hurtos, cuando en mi gobierno
Ni los pensé, ni los hice.»
Aquí bajó la cabeza
Don Quijote, hizo un esguince
Y luego unas reverencias
Con las cuales se despide
De los Duques (y de todos
Los que en el castillo viven)
Por última vez; y luego

Digitized by Google

Se fué alejando impasible
Seguido de Sancho Panza
En busca de otros carriles.

CXIII

Cuatro santos de á caballo.

Camino de Zaragoza
Van ya nuestro héroe insigne
Y el gran ex-gobernador
Que nuevamente le sirve.
Juntos van, y juntos tienen
Muchas cosas que decirse,
Que es siempre comunicable
El alma, si no está triste.
Nunca en los grandes palacios
La paz completa reside,
Que las bóvedas de piedra
El espíritu comprimen.
Una mesa suntuosa
Siendo ajena, es algo triste,
Que indigestan los manjares
Cuando gratitud exigen.
Por estas y otras mil cosas
Don Quijote alegre dice:
—Oh! qué bien prueban los aires
Que respira un hombre libre!
La libertad sacrosanta
Es don que el hombre recibe
Directamente del cielo;
Sin ella no hay bien posible.
Aquí debajo de un cielo
Espléndido, nos sonríe
La hermosura de este valle
Deleitoso y apacible.
Aquí no hay Altisidoras
Que vengan á perseguirme,
Ni exigencias cortesanas

Digitized by Google

Insípidas é insufribles.
  Dichoso el que independiente
Un poco de pan consigue
Sin tener que agradecerlo
Más que á Dios á quien bendice!
  Pero observo, amigo Sancho,
Que estás pensativo ó triste.
¿Quién te ha visto á tí tan mudo
Que ni una palabra dices?
  —Digo, señor, le contesta
Sancho; que en todo, inclusivie
Lo último, estoy conforme
Con sus ideas sutiles.
  Pero bueno es que agradezca
El jamón y las perdices
Que aquí en las alforjas llevo
Con otros cien comestibles.
Y la linda y bien repleta
Bolsica de buen origen
Que con doscientos ducados
Llevo también.—¿Qué me dices?
  ¿Quién te la dió?—El mayordomo
Del Duque, que al despedirme
Me dijo:—Ahí va esa fineza
Que siempre para algo sirve.
  Y en verdad que razón tuvo
Pues el aire puro y libre
Nuestros cuerpos no conforta
Si no hay algo que añadirle.
  Por el camino que vamos
No habrá castillos á miles;
Que los Duques escasean
Y los venteros son ruines.
  —Tienes razón, yo agradezco
Ese favor tan plausible
Y lo tomo como préstamo
Hasta que logre mis fines.»
. . . . . .
  De este modo conversando
Iban el hidalgo insigne
Y el gran ex-gobernador
Que nuevamente le sirve.

Digitized by Google

Y al llegar á un verde prado
Lleno de juncos y mimbres,
Vieron á unos cuantos hombres
Que por sus trajes humildes,
Labradores parecían;
Los cuales para esparcirse
Estaban tomando un taco
Cual vulgarmente se dice.
Cerca de ellos destacábanse
Unos bultos invisibles,
Puesto que estaban tapados
Con sábanas y terlices.
Acercóse Don Quijote,
Á quien Sancho Panza sigue,
Y después de saludar
Á todos, cortés les pide
Que le digan lo que llevan
Si es que saberlo es posible.
—Llevamos, señor, responde
Uno de ellos, las efigies
De varios santos que ha hecho
Un escultor, que reside
No lejos de aquí, y llevámoslos
En hombros, según los vísteis,
Por temer que se desfloren,
Se quiebren ó se lastimen.
—Y á dónde con tan preciosa
Carga, sus pasos dirigen?
—A nuestra aldea, en la cual
Hoy construyen á la Virgen
En su iglesia restaurada
Dos soberbios camarines
Y un suntuoso retablo
Que á estos santos les erigen.
—Mucho con verlos me holgara,
El buen caballero dice;
Que deben ser valiosos
Cuando tal recato exigen.
—Mírelos vuesa merced;
El hombre vuelve á decirle
Destapando la primera
De las citadas efigies.

Digitized by Google

Era un San Jorge á caballo
Que con su lanza en el ristre
Se preparaba á dar muerte
Á un dragón de boca horrible.
—Este, dice Don Quijote,
Fué el guerrero más insigne
Y el más caballero andante
Que venció en cristianas lides.
Es patrón de aragoneses,
Fué protector de las vírgenes,
Murió mártir y llamábase
Don San Jorge el Invencible» (19).
Destaparon otra imagen
Y al verla el hidalgo dice:
—Este ¡oh Sancho! que á caballo
Como San Jorge se exhibe
Y que le dá media capa
A ese que limosna pide,
Es Don San Martín, del cual
Que fué aventurero escriben.
Más liberal que valiente
Hace que el pobre se abrigue
Con su media capa, y creo
Que fué un invierno terrible
Cuando la partió; que á ser
Los frios menos sutiles
Generoso se la diera
Toda para más cubrirle.»
Quitaron luego otra sábana
Y otra figura sublime
También ecuestre, mostraron
Siendo su aspecto temible.
Era el gran patron de España
Cuya larga espada tiñe
La sangre de los infieles
Que ante él doblan sus cervices.
—Este sí que es caballero,
Al verle el hidalgo dice;
Este sí que es el más grande
De todos los adalides.
Si ignoras su nombre, Sancho,
Sabe que es, y no lo olvides,

Digitized by Google

Don San Diego Matamoros (20)
Que con celo á Cristo sirve.
De un revés mata quinientos,
De un soplo derriba á quince
Y entre moros y cristianos
Las luchas hace imposibles (21).
Parece que solo falta
Uno; ¿quién es? Bien hicísteis
En traer á Don San Pablo
El mayor de los gentiles.
Del caballo está caido,
Cristo le exhorta y le oprime,
Parece que le estoy viendo
Próximo ya á convertirse.
Se hará caballero andante
El que era un rabioso tigre,
Y con él tendrá la Iglesia
Una columna muy firme.»
. . . . . .
Acabóse la revista
De las sagradas efigies;
Cubriéronlas con sus sábanas;
Mas antes de despedirse
Enjareta Don Quijote
Un discurso en que les dice
Que aquellos santos tuvieron
El mismo oficio que él sigue;
Y que si su Dulcinea
Del Toboso queda libre
Del inícuo encantamento
En que está, Dios tal vez guíe
Sus pasos para que el cielo
Con valor y fe conquiste.
Quedáronse sorprendidos
Al observarle y oirle
Aquellos hombres que estaban
Ya dispuestos á reirse
En sus barbas; pero al cabo
Don Quijote se decide
Á marchar; les dá las gracias
Y su jornada prosigue.

Digitized by Google

CXIV

La celada.

Gran placer sintió el buen Sancho
Al ver que allí no hubo dimes
Ni diretes, ni estocadas;
Lo cual parece imposible
Dado que siempre su amo
Con todo el que topa riñe.
—Esta notable aventura
De los santos, ledo dice,
Téngola por buen agüero,
Puesto que no ha habido embites
Ni molimientos, y ahora
Vamos sueltos y felices.
—Sobre los tales agüeros
Mucho pudiera decirte,
Respóndele Don Quijote;
Los hay más ó menos simples
Y los hay que son á veces
Corazonadas visibles.
—Yo también así lo creo,
Y ellas hacen que me afirme
Dice Sancho, en una idea
Que hace tiempo que me aflije.
—¿Me atañe á mí por ventura?
—Sí tañe; y debo decirle
Que el amor de Altisidora
Acaso nos prejudique.
Muchacha que así se prenda
De una figura tan triste
Y se enamora de un hombre
Que cumplió cincuenta abriles
Y que nada de bonito
Tuvo jamás, es posible
Que esté loca rematada
O que el demonio la guíe.

Digitized by Google

—¿No estamos ya lejos de ella?
¿Qué temes? dí.—Que se ligue
Con Satanás y nos tienda
Alguna red invisible.»
No bien Sancho dijo esto
Atravesando los límites
De una floresta encantada
A donde ambos se dirigen,
Lanzó Don Quijote un grito
Seco, estridente y terrible
Diciendo:—Por Dios bendito
Que ya esas redes me oprimen.
Que me maten si los mágicos
Inícuos que me persiguen
Puestos de acuerdo con ella
No me tienden lazos viles.
La aventura que hoy comienza
Será sañuda y terrible;
Ven, Sancho, que en el garlito
Me hacen caer sus ardides.
Contémplame aquí enredado
Entre mallas que me impiden
Andar; sin duda pretenden
Acobardarme y rendirme.
Mas aunque sean de diamante
Estas trampas invisibles
Ya acertarán á romperlas
Mis ímpetus varoniles.»
Diciendo así, con su acero
Quiso deshacer la urdimbre
De aquellos lazos que estaban
Compuestos de hilos sutiles.
Hilos verdes que las ramas
De arbustos y árboles ciñen
Y que apenas de sus hojas
Por su color se distinguen.
Alzó Don Quijote el brazo,
Blandió su espada invencible
Y á descargar fiero iba
Un golpe certero y firme,
Cuando en aquel mismo instante
Salieron de un escondite

Digitized by Google

Dos elegantes pastoras
Bellas cual dos querubines.
  Tendrá dieciocho años
La mayor, la menor quince,
Y traen de brocado de oro
Pellicos y faldellines.
  Llevan sueltos sus cabellos
Que con los rayos compiten
Del sol que espléndido inunda
Sus cabezas infantiles.
  Sus rostros de rosa y nieve
Frescas guirnaldas oprimen
De laurel y de amaranto
Que el verde y el rojo tiñen
  Al verlas, quedóse Sancho
Como aquel que en Babia vive,
Y Don Quijote las tuvo
Por dos benéficas sílfides.
  Volvió á su vaina el acero,
Sintió un gozo indefinible
Sobre todo al escuchar
Que con dulce voz le dicen:
—No rompais, señor, las redes
Estas que no ocultan crímenes,
Pues sólo para apresar
Pintadas aves nos sirven.
Y para que no os extrañe
Esta petición que os hice,
Sabed que en alegre gira
Venimos á estos pensiles
Precediendo á nuestros padres
Hermanos, deudos y afines,
Que llegarán muy en breve
Pues muy de cerca nos siguen.
Todos vienen disfrazados
Con adornos pastoriles;
Que son pudientes, y lucen
Sus mejores arrequives.
Fingiendo una nueva Arcadia,
Cerca de aquí al aire libre
Hemos levantado tiendas
Donde alegres y felices

Digitized by Google

Representaremos églogas
De Garcilaso el sublime
Y del portugués Camoens
Que es también poeta insigne.»
Calló la hermosa doncella
Cuya voz de dulce timbre
Regalaba los oidos;
Y el buen caballero dice:
—Por cierto, señoras mías,
Que mi admiración supísteis
Elevar al quinto cielo,
Donde diz que el sol reside,
Al oir vuestro discurso
Y al mirar esos gentiles
Rostros cuyos ojos bellos
Centellas de amor despiden.
Podéis estar bien seguras
De mi obediencia sin límites,
La cual llevaré hasta el punto
De que si cubrir deciden
La redondez de la tierra
Con esas mallas sutiles,
Yo buscaré nuevos mundos
Por donde luego transite
Sin romperlas; y por que
Mi exageración no inspire
Incredulidad ni espanto
En pechos tan juveniles,
Sabed que os lo ofrece un hombre,
De fe y probidad, que sigue
La andante caballería
Con santos y nobles fines.
Esto os jura Don Quijote
De la Mancha.—¿Qué dijísteis,
Señor?—Os digo mi nombre.
—Cuanto me huelgo de oirle!
Así dice la mayor
Que al momento se dirige
A su hermosa compañera
Y de este modo prosigue:
—Sábete, amiga del alma,
Que hoy la suerte nos sonríe.

Digitized by Google

Este es el gran Don Quijote,
El de la Figura Triste;
Este el adalid más grande
De los que en la Mancha existen.
Su historia que corre impresa
Es leída en los confines
Del mundo, y es esa espada
Terror de hechiceros viles.
Y este que viene á su lado
Será Sancho, del cual dicen
Que es costal viviente henchido
De gracias escuderiles.»
Esto dijo la pastora
Sin dejar de sonreirse
Y al punto responde Sancho:
—Ese soy yo, sin melindres;
Yo soy aquese escudero
Lleno de gracia y de chistes.
Y este que veis es mi amo
Don Quijote, cuyo firme
Valor, con el diablo mesmo
Seguramente compite.
—Y yo aseguro, señoras,
De nuevo el hidalgo dice,
Que en el camino que llevo
Poniendo mi lanza en ristre
Sostendré á pie y á caballo,
Venga quien venga á argüirme
A no ser mi Dulcinea,
Que sois unos serafines
Y que el que ofensa os ficiere
Conmigo habrá de batirse.»

CXV

Arcadia peligrosa.

Media hora después el caballero
Rodeado se hallaba

Digitized by Google

De elegantes pastores
Y de lindas zagalas
Que viniendo del pueblo en que vivían
Ocuparon sus tiendas de campaña.

No hay que decir que el bravo Don Quijote
Fué presentado á todos sin tardanza
Por las dos hechiceras
Pastoras que en el bosque le encontraran.

Saludáronle todos
Lo mismo que al bizarro Sancho Panza
Y no poco contento recibieron
Al contemplar sus fachas.

Sentáronse á las mesas
Que ricas, abundosas y aseadas
De antemano dispuestas
Para tomar un refrigerio estaban;
Y como conocían
Del hidalgo las ínclitas hazañas
Por la historia del moro Cide Hamete
Que ya por todas partes circulaba,
Le ofrecieron con gusto el primer puesto
Que él cortés aceptó de buena gana.

Levantáronse al cabo los manteles
Y con voz reposada
Exclamó Don Quijote:
—Quiero al daros las gracias
Por las muchas finezas que me hicísteis,
Deciros en substancia,
Que entre todos los grandes
Pecados que emponzañan nuestras almas,
El mayor, el más torpe,
El que inspira á la vez horror y lástima
Y no admite perdón y nadie olvida,
Es aquel que se llama
Desagradecimiento
Que llena del infierno las cloacas
O zahurdas. Por eso yo, señores,
Y señoras bizarras,

Digitized by Google

Desde que tuve uso
De razón, si me hacen una gracia
O favor, correspondo
Con cuanto puedo y soy; y si no alcanzan
Mis fuerzas, porque sólo
Mi voluntad es amplia,
Con publicar el bien que se me hace
Juzgo posible adelantar la paga.
Por estas y otras muchas
Razones justas que mis labios callan,
Careciendo de medios suficientes
Para corresponder á tanta y tanta
Atención como os debo,
Quiero poner mi pensamiento en práctica
Saliendo á ese camino
Que á Zaragoza va, donde con sana
Intención, por mostrar lo agradecida
Que se encuentra mi alma,
Sustentaré dos días naturales
Que las nobles zagalas
Contrahechas que en este paraiso
Se encuentran congregadas,
Son las más hermosísimas
Y corteses doncellas, puras, castas,
Que existen en el mundo, exceptuando
A mi simpar señora idolatrada
Dulcinea del Toboso
Que en mis potencias y sentidos manda.»

Calló el buen caballero, y al instante
Exclamó Sancho Panza:
—¿Es posible, señoras y señores
Pastores y zagalas,
Que haya en el mundo gentes que se atrevan
A jurar y á decir.. ¡pésie á mi ánima!
Que mi señor es loco rematado?
Váyanse, pues, los tales noramala!
Digan sino vuesas mercedes todos:
¿Hay un cura de aldea en toda España
Que así sepa explicarse
Pedricando en la lengua castellana?
¿Qué caballero andante

Digitized by Google

Aunque de muy valiente tenga fama,
Puede ofrecer lo que mi amo ofrece
Con tal resolución, viveza y gracia?»

No bien pronunció Sancho
Sus últimas palabras,
Irritado volvióse el caballero
Clavando en él su vívida mirada.
—¿Quién eres tú, le dice,
Para entrarte en camisa de once varas,
Ni quién podrá decir que no eres sándio
Aforrado de tonto y de panarra?
¿Quién te mete á juzgar si soy discreto
Ni si tengo valor ó soy un mandria?
Vete al punto y ensilla
A Rocinante, acércame las armas
Y advierte que al momento
Quiero cumplir á todos mi palabra.»

Hablando de este modo
De su silla enfadado se levanta
Y á pesar de que todos los presentes
Le dicen que es ociosa su demanda,
Pues de todas maneras
Su agradecida voluntad les basta,
No por eso cejó el buen caballero
Que su escudo embrazó, tomó su lanza
Y puesto sobre el pobre Rocinante,
Con precisión y calma
Se puso en la mitad de un real camino
Que de aquel verde prado cerca estaba.

Montado sobre el rucio
Siguióle Sancho Panza
Y en pos de ellos salieron los pastores
Y las lindas zagalas.

Puesto cual queda dicho
En medio de la vía solitaria,
Con voz sonora y ánimo valiente
Pronunció Don Quijote estas palabras:
—Vosotros pasajeros y viandantes,

Digitized by Google

Caballeros, caudillos de mesnadas,
Escuderos y gentes que á caballo
O á pie cruzais y cruzareis mañana
Este camino real ó carretera,
Sabed que Don Quijote de la Mancha
Andante caballero, aquí presente
En este instante se halla
Dispuesto á defender en campo abierto
Que á todas las bellezas soberanas
Y cortesías que en el mundo existen,
Desde luego aventajan
Las de las ninfas que estos lindos valles
Animan con sus gracias,
Salvo el grande respeto que merece
Mi siempre bien amada
Señora Dulcinea del Toboso
Que es el sol de la Mancha.
Esto digo, esto afirmo, esto sostengo,
Y si alguno me lleva la contraria
Venga al punto hacia aquí, que aquí le aguardo
Puesta en la cuja la potente lanza.»

Dos veces repitió las mismas frases
Según cuentan las crónicas exactas,
Sin que ningún extraño aventurero
Pudiera oir sus retos y bravatas.
Pero la suerte que iba encaminando
Sus cosas por veredas no exploradas,
Ordenó que de allí á poco se viese
Avanzar hacia el sitio en que él se hallaba
Tropel confuso de hombres á caballo
También armados de robustas lanzas.

Al ver la muchedumbre que venía
Con gran priesa revuelta y apiñada,
Los que estaban allí con Don Quijote
Volvieron las espaldas
Y echaron á correr despavoridos
Como gatos por brasas.
Tan sólo el buen hidalgo siempre intrépido
Persistiendo en su idea temeraria

Digitized by Google

Se estuvo quedo, y Sancho á Rocinante
Se arrimó haciendo escudo de sus ancas.

Llegó el tropel de los lanceros y uno
De ellos, que á todos el terreno gana,
Dirigió al caballero á grandes voces
Las siguientes palabras:
—Apártate de ahí, hombre del diablo,
Si no quieres morir entre las astas
De estos toros pujantes. Vete, huye.
—No me da la real gana,
Responde Don Quijote;
Y sábete, canalla,
Que para mí no existe
Ningún toro que valga,
Aunque sea el más bravo
Que cría en sus riberas el Jarama.
Confesad, malandrines,
Así á carga cerrada,
Que es verdad lo que aquí proclamé antes
O sois conmigo en singular batalla.»

Eso dicen que dijo el caballero,
Mas antes que acabara
O que el vaquero replicar pudiera,
Cual terrible avalancha
Los bravos toros, los cabestros mansos,
Los hombres de á caballo que los guardan
Y conducen al punto en que lidiados
Habrán de ser mañana,
Cruzaron el camino
Con tal impulso y diligencia rápida
Como suele caer desde lo alto
Espantable y mugiente catarata.

Pasaron sobre el triste Don Quijote;
Derribaron al pobre Sancho Panza;
Revolcaron al flaco Rocinante
Y al rucio estuvo en poco si le matan.
Quedóse quebrantado y bien molido
El escudero, su amo hecho una lástima

Digitized by Google

Y las bestias no estaban muy católicas
Según la historia con primor relata.

Finalmente, pudieron levantarse;
Y sin montar siquiera en su alimaña,
El hidalgo colérico, furioso,
Echó á correr en pos de la torada
Diciendo á grandes voces:—Detenoos
Malandrines, volved, gentes bellacas,
Que un solo caballero os desafía
Sin hacer caso de la necia máxima
Que dice que á enemigo que va huyendo
Se le debe de hacer puente de plata.»

Así habló; pero nadie le hizo caso
Ni pudo percibir sus amenazas,
Por lo cual fatigado y sudoroso
Se sentó en el camino en donde aguarda
A que Sancho y el rucio y Rocinante
Lleguen allí para emprender su marcha.
Llegaron en efecto, se subieron
Sin murmurar siquiera una palabra
En sus bestias que están tristes y mustias
Lamentando en secreto sus desgracias.
Y sin pensar siquiera en despedirse
De la fingida peligrosa Arcadia
Con más vergüenza que placer siguieron
Silenciosos y tristes su jornada.

CXVI

Nuevos personajes.

A las puertas de una venta
Llegó el caballero andante
Seguido de su escudero
Al declinar una tarde.
Tan molidos están ambos
Como el rucio y Rocinante,

Digitized by Google

Y allí pernoctar desean
Por ser justo que descansen.
Mientras tanto á Don Quijote
El corazón se le parte
Pensando que Dulcinea
No puede desencantarse.
Eso está en manos de Sancho
A quien él suplica en balde,
Puesto que no quiere nunca
De *motu proprio* azotarse.
—Bien está, dice su amo;
Si tú mismo no lo haces
Yo por tí lo haré y verás
Si consigo acribillarte.
—Eso no, replica Panza;
Que si su merced lo hace,
Según Don Merlín lo dijo
Esos azotes no valen.
Tenga un poco de pacencia,
Que cuando menos lo cate
Me ha de ver hecho una criba
Con los golpes que he de darme.
No por mucho madrugar
Amanece menos tarde,
Y no se ganó á Zamora
En una hora ni á escape.
Todas las cosas del mundo
Deben á su tiempo usarse
Y los nabos en Adviento
Bien se cogen y bien saben.
—Cállate, Sancho endiablado,
Cállate digo, y no saques
Las torpes reminiscencias
De tus malditos refranes.
Si quieres que yo te compre
Los azotes que has de darte,
Ponles precio, y mi ventura
Tu pereza no dilate.»
De este modo conversaban
Los dos en tono muy grave
Cuando á la venta llegaron
Al declinar de la tarde.

Digitized by Google

No bien ambos de la puerta
Traspasaron los umbrales
Salió el ventero oficioso
Al momento á saludarles.
Preguntáronle si había
Posada, y él con donaire
Dijo que allí la tendrían
Mejor que en ninguna parte.
Apeáronse al oirle,
Y Sancho tomó la llave
Del aposento en que ambos
Determinaron quedarse.
Llevó á éste el escudero
Sus conservas y fiambres;
Puso en la caballeriza
Al rucio y á Rocinante,
Y después de darles pienso
Sin dejar de acariciarles
Volvió á donde estaba su amo
Dando suspiros al aire.

Sonó de cenar la hora,
Recogiéronse al instante
Y Sancho preguntó al huésped
Qué es lo que pensaba darles.
—Pídanme lo que quisieren,
Dice el ventero; que darles
Puedo aquello que les plazca
Sin que cosa alguna falte.
De las aves de la tierra,
De pajaricos del aire,
Y de pescados del mar
Tengo repuesto abundante.
—No es menester tanto lujo
De peces y de volátiles,
Dice Sancho, bastará
Que un par de pollos nos asen.
—De pollos no me han dejado
Ni uno los gavilanes.
Su merced pida otra cosa
Que esté más á mis alcances.
—Entonces traiga una polla

Digitized by Google

Asada. —¡Polla, mi padre!
Ayer mandé á la ciudad
Unos venticinco pares.
Así, pues, fuera de pollas
Pidan cuanto desearen.
—Entonces traiga ternera
O cabrito.—Dios nos guarde,
Señor, porque hoy en casa
Se acabaron esas carnes;
Pero en la semana próxima
Las tendremos abundantes.
—Medrados con eso estamos,
Replica Sancho acordándose
De aquel doctor Pedro Recio
Que le mataba de hambre.
Apostaré cualquier cosa,
Sin temor de equivocarme,
Que lo que tiene son huevos
Y tocino.—¡Disparate!
Quien de gallinas carece
¿Qué huevos podrá sacarle?
Déjese de gollerías
Y pida cosas más fáciles.
—Entonces, señor ventero,
Dice Sancho hecho un vinagre,
Diga, pues, qué es lo que tiene
Sin más rodeos ni achaques.
—Pues bien, con franqueza digo
Que lo que ahora puedo darles
Es un par de uñas de vaca
Que más que un imperio valen.
Cocidas con sus garbanzos,
Tocino y cebolla, saben
Y huelen á gloria, y dicen
Cómeme, cómeme, atrácate.
—Siendo así, replica Sancho,
Yo las acoto al instante
Y las marco como mías
Porque no las toque nadie.
Las pagaré con largueza
Siempre y cuando me las guarde,
Que para mí son las uñas

Digitized by Google

El manjar más agradable.
—Pierda cuidado, replica
El huésped; nadie á quitarle
Vendrá ese plato sabroso
Con que va á refocilarse.
Pues si bien hay otros huéspedes
Aquí en mi venta esta tarde,
Ellos traen repostería
Y sus despenseros traen,
Por ser gente principal.
— Sobre principalidades
Dice Sancho, nadie chiste
Donde mi señor se halle.»
. . . . . .

Poco después á la mesa
Amo y criado sentábanse
Y el huésped trajo la olla
Llena de hirviente potaje.
Sirvióse el buen caballero
Su ración algo abundante,
Pues según cuenta la historia
Estaba muerto de hambre.
Pero al tomar la primera
Cucharada, hizo un visaje
Oyendo la voz de un hombre
Que acababa de nombrarle.
Al notar que de él hablaban
Se puso de pie al instante
Y al través de un mal tabique
Pudo escuchar estas frases:
—Por Dios, señor D. Gerónimo,
Que mientras la cena traen
Leamos otro capítulo
De aquesa segunda parte
Del bizarro Don Quijote
De la Mancha.—¿Y cómo os place,
Don Gerónimo contesta,
Tal suma de disparates?
¿No veis, Don Juan, que este libro
Está escrito tan sin arte
Que cada vez que lo tomo

Digitized by Google

De las manos se me cae?
  ¿Quién, que leyó á Cide Hamete,
Ha de poder conformarse
Con este ramplón estilo
Y estas sucias nimiedades?
  —A mí, señor Don Gerónimo,
Dice Don Juan, me desplace
Sobremanera el que afirme
Que Don Quijote inconstante
De Dulcinea del Toboso
Desenamorado ande.»
. . . . . .
. . . . . .
  No bien oyó el caballero
Tan nuevas y extrañas frases
Gritó con voz irritada:
—Quien tal diga es un infame.
  Don Quijote de la Mancha
Es hoy el mismo que antes
Y está dispuesto á probarlo
Siempre con armas iguales.
  Olvidar á Dulcinea
En su noble alma no cabe,
Que es su blasón la firmeza
Y es su amor invulnerable.
  —¿Quién nos responde? preguntan
Los que estaban escuchándole.
—¿Quién ha de ser? les responde
Sancho, que callar no sabe,
  Sino el mismo Don Quijote
De la Mancha, que aquí yace
Y hará bueno cuanto ha dicho
Y dijere en adelante?»
  Esto afirmó Sancho Panza
Y en el mismísimo instante
Entraron en su aposento
Dos caballeros, que afables
  Abrazando á Don Quijote
No dejaron de admirarse
Al ver la ingrata figura
Del buen caballero andante.

Digitized by Google

CXVII

Adios, Zaragoza.

Disimulando la risa
Y componiendo el semblante
Uno de los caballeros
Dice con finos modales:
—Ni vuestra presencia puede
Desmentir el nombre grande
Que llevais, ni hay quien tal nombre
No reverencie y acate.
Vos, señor, sin duda sois
El único, el innegable
Legítimo Don Quijote
De la Mancha á quien Dios guarde.
Vos sois el norte y lucero
De caballeros andantes
Á pesar de que ha querido
Usurparos prendas tales
El autor de este libraco
Que aquí os presento; miradle
Y advertid lo mal que os trata
Pintándoos fiero y mudable.»

Tomó Don Quijote el libro
Y sin decir nada á nadie
Con ademán circunspecto
Comenzó al punto á hojearle.
Después le volvió diciendo
En tono modesto y grave:
—Por lo muy poco que he visto
En estos breves instantes,
Hallo al autor reprensible
De tres cosas esenciales.
La primera es que en el prólogo
Solo estampó indignidades; (22)
La segunda es que parece

Digitized by Google

Aragonés su lenguaje
Pues escribe sin artículos;
Y es la tercera, bastante
Para desacreditar
Las relaciones que hace,
Pues dice que la mujer
De Sancho, se llama... ¡pásmense!
Se llama Mari Gutierrez,
Mostrando que está ignorante
De que se llama Teresa
Panza; y si en este detalle
Yerra ¿qué hará en los demás
Que no son tan importantes? (23)
Al oir esto Sancho Panza
También comenzó á burlarse
Del autor y de su libro
Por decir mentiras tales.
Preguntóle Don Gerónimo
Si era Sancho, y al instante
Respondió:—Sí, Sancho soy,
Y de ello puedo preciarme.
—Pues á fe, volvió á decir
El caballero, que es grande
La injusticia con que os tratan
En este libro flamante.
En él no os pintan tan limpio
De rostro, manos y traje,
Como ahora os estamos viendo
Comer con gentil donaire.
Os hacen tragón y simple
Hasta rayar en salvaje
Y escasamente gracioso
Pues sólo decís dislates.
Finalmente, sois distinto
Del que en la primera parte
Nos pintaba Cide Hamete
Que es historiador notable.
—Mal haya el nuevo! responde
Sancho; en mi rincón dejárame
Sin meterme en la colada
Ni echar mis trapos al aire.
Bien se está San Pedro en Roma;

Digitized by Google

El que las sabe las tañe,
Y caracol que en su concha
Está, los cuernos no saque.
Que pensando que es del so
El calor que le complace
Puede verse en la cazuela
Donde vayan á guisarle.»

Ganosos los caballeros
De conocer otros lances,
Pretendieron que el hidalgo
Á su aposento pasase.
Y que con ellos cenara,
Puesto que en aquel paraje
No hallaría cosa alguna
Con que poder regalarse.
Aceptó el ofrecimiento;
Al otro cuarto pasáronse
Y Don Juan y Don Gerónimo
La cabecera dejáronle.
Cenaron, y en el discurso
De aquel acto confortable
Tomó Don Juan la palabra
Preguntando en tono grave
Á Don Quijote qué nuevas
Tenía de su adorable
Dulcinea del Toboso;
Si ya se casó aquel ángel;
Si estaba acaso parida
Ó en estado interesante;
Y si estando en su entereza
Por no haberse vuelto frágil,
Se acordaba algunas veces
De tan tierno y fiel amante,
Dado que él su puro afecto
En el alma conservase.
Calló Don Juan, y el rendido
Don Quijote, descargándose
De un suspiro que le ahogaba,
Dijo al cabo de un instante:
—Dulcinea se está entera
Tal cual la parió su madre,

Digitized by Google

Y en mis altos pensamientos
De amor, mudanzas no caben.
Las correspondencias siguen
Algo secas y tirantes
Porque su egregia hermosura
Trocaron brujos infames
En soez labradoraza
De aspecto desagradable.»
Diciendo así, refirióles
Punto por punto, y sin darse
Tregua, todos los sucesos
Que ya los lectores saben.
Contóles lo del encanto
De su princesa adorable
Y les dió de la gran cueva
De Montesinos detalles.
Hízoles saber la orden
De Merlín y vino á darles
Noticia de la azotaina
Que de su bien es la clave.
Mucho los dos caballeros
Gozaron al escucharle,
Pues era cuerdo el discurso
Y fina y culta la frase,
Á pesar de que en el fondo
Hervían los disparates,
Dando lugar á que ambos
Al oirle se asombrasen,
Sin poder fijar los grados
Ni medir bien los alcances
De su discreción sin límites
Ó su demencia incurable.
Así á los postres llegaron
Y de hablar iban cansándose
Cuando llegó Sancho Panza
Que consiguió reanimarles.
No bien traspasó la puerta
Dijo á voces:—Que me maten
Si el autor de ese librote
Que vuesas mercedes traen,
Quiere que comamos buenas
Migas juntos; y pues hace

Digitized by Google

Burla de mí, asegurando
Que soy comilón en grande,
También quisiera saber
Si me ha insultado, llamándome
Borracho; que eso sería
Vil caloña y negro ultraje.
—Algo escribe de eso, dice
Don Gerónimo; mas pase
La ofensa, pues ya nosotros
Estamos prontos á darle
Un mentís, viendo la buena
Conducta que aquí observásteis.
—Créanme vuesas mercedes,
Ese pobre autor no sabe
De la misa la mitad
Ni nos conoce bastante.
El Sancho y el Don Quijote
De esta historia, desiguales
Son del Quijote y del Sancho
Descritos en la otra parte.
Solo el moro Cide Hamete
Benengelí, las verdades
Dijo, pintando á mi amo
Valiente, discreto, amable
Y enamorado; y á mí
Simple, gracioso, sin fraudes;
Nunca glotón ni borracho
Ni pendenciero inflamable.»
Calló Sancho y Don Juan dijo
Recalcando bien la frase:
—Yo así lo creo, y debiera,
Á ser posible, mandarse
Que ninguno osado fuera
Á tratar de los brillantes
Hechos del gran Don Quijote,
Á no ser que de ellos trate
Cide Hamete, autor primero
De su historia interesante,
Bien así como mandó
Alejandro Magno el Grande
Que sólo el divino Apeles
Fuera quien le retratase.»

Digitized by Google

Oyendo esto, Don Quijote
Dijo con voz triste y grave:
—*Retráteme el que quisiere*
Mas no injusto me maltrate,
Que la paciencia se agota
Cuando es indigno el ultraje.» (24)
En estas y en otras pláticas
Se pasó por fin gran parte
De la noche, y aunque quiso
Don Juan que el libro hojease
Nuevamente Don Quijote,
Este mostró ser tan grande
Su desprecio, que lo daba
Por leido. Preguntáronle
Que á dónde se dirigía
En su próximo viaje.
Respondió que á Zaragoza
Con el fin de tomar parte
En las justas famosísimas
Que iban pronto á celebrarse.
—Cosa rara me parece,
Dice Don Juan; y es chocante
Que el autor del nuevo libro
Afirme en él sin andarse
Por las ramas, que estuvísteis
Allí.—¿Eso afirma?—Y añade
Que correr una sortija
Os vieron.—Mentira grande
Es esa, dice indignado
El buen caballero andante.
Nunca estuve en Zaragoza
Y para mostrar lo grave
De la impostura, prometo
No pisar jamás sus calles
Ni penetrar por sus puertas
Ni á sus muros acercarme.
—Decís muy bien, le responde
Don Gerónimo; así nadie
Dará crédito á este autor
Apócrifo que no hace
Más que enjaretar mentiras
Y decir simplicidades.

Digitized by Google

Si quereis mostrar los bríos
De ese corazón gigante
En Barcelona muy pronto
Habrá unas justas notables.
Id allá.—Yo os lo prometo;
Allá iré; y pues se hace tarde
Vuesas mercedes me den
Licencia para acostarme.»
Esto dijo Don Quijote
Y con muy corteses frases
El adios de despedida
Se dieron al separarse.

CXVIII

Rebeldía.

Era una noche oscurísima
Y en mitad de un bosque espeso
Hallábanse Don Quijote
Y su bizarro escudero.
Seis días hace que andan
Por llanos y vericuetos
Camino de Barcelona
Pues de Zaragoza huyeron.
Cogióles según se ha dicho
La noche en el bosque, y luego
Determinaron quedarse
En aquel sitio desierto.
Dejaron pacer la yerba
Que era abundante en extremo,
Á sus dos cabalgaduras
Y Sancho encontró un buen lecho.
Como había merendado,
De rondón se entró Morfeo
Sin decir oxte ni moxte
Por los poros de su cuerpo.
Y allí está á pierna tendida
Disfrutando un dulce sueño

Digitized by Google

Mientras su amo padece
Horrible desasosiego.

—Duerme, bienaventurado,
Dice al fin con triste acento;
Duerme ahí cual si no fueras
Más que un insensible leño.
Á mí en tanto me acometen
Mil crueles pensamientos
Que me alborotan los cascos
Y me devanan los sesos.
La cueva de Montesinos
Bajo mis pies estoy viendo
Y á mi simpar Dulcinea
Trocarse en villana veo.
Del sabio Merlín escucho
Las lecciones y consejos
Que nos dió para sacarla
De su horrible encantamento.
Y entretanto tú, roncando
Sueles malograr el tiempo
Sin tener piedad del triste
Que aquí se muere de tédio.
Cinco azotes, sólo cinco
Golpes te has dado, ¡oh qué perro!
Cuán poco caritativo
Eres, qué flojo te encuentro!»

Pensando de esta manera
Sintió tal ira en su pecho
Que hablando casi en voz alta
Así prosiguió diciendo:
—Si aquel apretado nudo
Gordiano, cortó ligero
El Magno Alejandro un día
Dándole un tajo soberbio;
Si al partirle con su espada
Dijo con ánimo entero,
«Tanto monta desatar
Como cortar» y por eso
No dejó de ser de Asia
Arbitro absoluto, ¿puedo

Digitized by Google

Dejar de esperar acaso
Que venga algún contratiempo
Porque yo corte este nudo
Que á desatar nunca acierto?
Si para que libre quede
Dulcinea es el remedio
Que Sancho reciba azotes
Hasta tres mil y trescientos,
¿Qué me importa á mí que sean
Dados por él en su cuero
Ó que le desuelle otro,
Si se consigue el objeto
Y concluye el desencanto
Que es mi único deseo?»
Con tal imaginación
Tomó al punto el caballero
Las riendas de Rocinante,
Y callandico, en silencio
Acercóse á Sancho Panza
Que estaba de todo ajeno,
Y comenzó á desatarle
Las cintas de los gregüescos.
Despertóse sorprendido
El amagado escudero
Y preguntó:—¿Quién me toca
Y me desencinta el cuerpo?
—Yo soy, respondió su amo;
Sí, sí, yo soy, y aquí vengo
Á suplir tus muchas faltas
Y á realizar mis intentos.
Véngote á azotar, buen Sancho,
Y á descargarte del peso
De una parte de la deuda
Que contrajiste hace tiempo.
Dulcinea del Toboso
Debe de estar pereciendo,
Tú vives en gran descuido
Y yo de impaciencia muero.
Así pues, ven, desatácate
Por tu voluntad, que intento
Darte en esta soledad
Dos mil azotes al menos.

Digitized by Google

—Eso no, respondió Sancho;
Vuesa merced se esté quedo
Que nos van á oir los sordos
Si persiste en tal empeño.
Los azotes á que yo
Me obligué y que darme debo
Tienen que ser voluntarios
Cuando tenga gana y tiempo.
Ahora no tengo ninguna;
Pero así y todo, le ofrezco
Vapularme y mosquearme
Cuando me halle bien dispuesto.
—Dejarlo á tu cortesía
Observó el buen caballero,
Fuera una insigne bobada,
Pues eres malvado y necio.»
Diciendo así Don Quijote
Quiso desnudarle, asiendo
Y tirando de las cintas;
Mas él dió un salto tremendo
Y poniéndose de pie
Se abalanzó al caballero.
Luchando á brazo partido,
Y furibundo y soberbio
Echóle la zancadilla
Y dió con él en el suelo.
Cayó boca arriba el triste
Lanzando un ¡ay! lastimero
Y el mal criado le puso
Una rodilla en el pecho
Sujetándole las manos
Y exclamando al mismo tiempo:
—Aquí morirá Sansón
Con todos sus felisteos.
—Cómo ¡traidor, insolente!
Dijo su amo; ¿qué es esto,
Así infame te desmandas
Contra mí que te mantengo
Y tu señor natural
Soy, he sido y seré luego?
—Yo, respondió fosco Sancho,
Contra nadie me rebelo,

Digitized by Google

No quito rey ni rey pongo;
Jamás en danzas me meto;
Pero me ayudo á mí mismo
Que soy mi señor y dueño.
Vuesa merced me prometa
Que se estará siempre quedo,
Sin pretender azotarme
Ni dormido ni despierto,
Y otra vez quedará libre
Y yo á su servicio puesto;
Mas si tal cosa no jura
O quiere tentarme el pelo
De la ropa, ¡voto á cribas
Que habré de torcerle el cuello!»
Esto, ó cosa semejante,
Dijo el insigne escudero
Arrancando á su señor
El citado juramento,
Con lo cual por terminado
Puede darse aquel suceso;
Si bien advertirse debe
Que al ceder el caballero,
No lo hizo precisamente
Por tener á nadie miedo,
Sino porque considera
Contraproducente y necio
Cortar el nudo gordiano
Con los filos de su acero,
Estando su Dulcinea
Y el sabio Merlín por medio.

CXIX

Roque Guinart.

Libre el ínclito y valiente
Escudero Sancho Panza
De bruscas acometidas
Y palizas obligadas,

Digitized by Google

Y habiendo los dos quedado
En que sólo se azotara
Sin violencia y sin estrépito
Cuando le diese la gana,
Quiso dejar á su amo
Que se arreglase á sus anchas
Pues con su última caida
Asaz descompuesto estaba.
Apartóse, pues, un poco
Del sitio en que ambos lucharan;
Mas era la cerrazón
Del bosque, y la noche, tanta,
Que tropezó en unos árboles
Que los pasos le atajaban.
Dar con semejante obstáculo
No era cosa extraordinaria;
Mas sí lo fué el advertir
Que su cabeza tocaban
Los dos pies de una persona
Con sus zapatos y calzas.
Tembló de miedo, acudió
A otro árbol, y en él halla
Otros dos pies que insolentes
En la montera le andan.
Cuatro pies! eran ya muchos
Para conservar su calma,
Por lo cual á grandes voces
Socorro á su amo demanda.
Acudió á dárselo al punto
Don Quijote de la Mancha
Que al tocar aquellas piernas
Dijo con viveza rara:
—Sin duda son foragidos
Que colgaron de esas ramas,
Y en verdad que esto me huele
A justicia catalana.
De la púnica Barcino
Que Amilcar Barca fundara
Debemos estar ya cerca
Según las presentes trazas.
Así pues, no te amilanes,
El corazón triste ensancha

Digitized by Google

Y esperemos á que el día
Nos muestre las cosas claras.»
Brilló por fin en el cielo
La serena luz del alba
Y vieron que los racimos
Que los árboles mostraban
Eran unos bandoleros
Que allí la justicia ahorcara;
Y si bien este espectáculo
Aterró al gran Sancho Panza,
No fué menor el espanto
Que en sus ánimos causaran
Más de cuarenta bandidos
Que vivos y en cuerpo y alma
Les mandaron estar quedos
Mientras su jefe llegaba.
Mucho sintió Don Quijote
Ser presa de tal celada
No teniendo disponibles
Caballo, escudo ni lanza;
Razón por la cual, cruzando
Las manos, su frente baja,
Y para mejor sazón
Y coyuntura se guarda.
Entre tanto los bandidos
A espulgar al rucio avanzan
Registrando la maleta
Y las alforjas preñadas
De provisiones y ropas
Que al punto se adjudicaban.
Y avínole bien á Sancho
Que en una ventrera ó faja
Hecha de lienzo y baqueta
Que el cuerpo le rodeaba,
Llevase aquellos escudos
Del Duque, y el oro y plata
Que de su tierra sacaron
Al emprender sus jornadas.
No era sin embargo aquella
Turba criminal y brava
De esas que según se dice
Suele dormirse en las pajas.

Digitized by Google

Por esta razón quisieron
Desnudarles, y ya estaban,
Como por acuerdo tácito
Con las manos en la masa,
Cuando llegó el Capitán
Ante el cual todos temblaban.
Tendría el tal unos treinta
Y cuatro años, montaba
Un poderoso caballo
Entero y de noble raza,
Y sobre acerada cota
A sus costados llevaba
Cuatro ricos pistoletes
Que allí pedreñales llaman.
Llegó, vió á sus escuderos
(Que tal nombre se apropiaban)
Registrando al pobre Sancho,
Y mandó que le dejaran;
Con lo cual quedóse en salvo
La ventrera afortunada.
  Después vió arrimada al tronco
De un alcornoque una lanza,
Vió un escudo echado en tierra
Y vió la figura escuálida
De un armado caballero
Que con pena le miraba
Mostrando tanta tristeza
Que infundía el verlo lástima.
Admiróle todo aquello
Y tomando la palabra
Dijo al fin á Don Quijote
Con voz bien acentuada:
—No estéis tan triste, buen hombre,
Que no habéis dado en las garras
De algún despiadado Osiris,
Si no en las manos humanas
De Roque Guinart, que son
Más compasivas que bárbaras.»
  No bien el recien llegado
Pronunció tales palabras,
Contestóle Don Quijote
Con un suspiro del alma

Digitized by Google

Diciendo:—No es mi tristeza,
Oh! gran Roque (cuya fama
No hay límites en la tierra
Que la encierren), porque haya
Hoy en tu poder caido;
Que con ser quien eres, basta.
Sólo me apena y contrista
Y me avergüenza y me mata
El verme aquí prisionero
Por haber caido en falta.
Mi profesión andantesca
Ser precavido me manda
Y yo abandoné en mal hora
Mi buen trotón y mis armas.
Centinela de mí mismo
Debí ser, y pago cara
La imprevisión que me puso
En tan tristes circunstancias.
Porque yo te hago saber,
Gran Roque, que si me hallaran
Tus soldados prevenido
Y pronto á entrar en batalla,
Mucho hubiérales costado
Reducir en lucha franca
Al valiente caballero
Don Quijote de la Mancha
Que ya tiene lleno el mundo
Con sus ínclitas hazañas.»
Esto dijo nuestro héroe,
Y Guinart que le miraba,
Cada vez más asombrado
De ver su locura extraña,
Procuró tranquilizarle
Con muy corteses palabras;
Mas no bien pronunció algunas,
Sintieron á sus espaldas
De un magnífico caballo
Las retumbantes pisadas.
Sobre él furioso venía
Lleno de ardor y arrogancia
Un bellísimo mancebo
Que en los veinte años frisaba

Digitized by Google

Y que venía vestido
Con singular elegancia;
El cual llegando hasta ellos
Exclamó:— A tí te buscaba,
Roque Guinart, á tí sólo;
Que si remediar mis ansias
No puedes, sabrás al menos
Dar alivio á mis desgracias.
Y pues con estos vestidos
Estoy tan desfigurada
Que no me has reconocido
Sabe ¡oh Roque! que soy Claudia
La hija de Simón Forte
Tu amigo desde la infancia,
Que á su vez es enemigo
De Clauquel Torrellas, que anda
Por el odio que te tiene
Tendiéndote mil celadas.
Ya sabes que este Torrellas
Tiene un hijo que se llama,
O se llamaba hace poco
Vicente; yo le adoraba
Sin que mi padre supiera
Mi inclinación insensata.
Era su vida mi encanto,
Era su amor mi esperanza,
Era la luz de sus ojos
El sol que me iluminaba.
Mas, ¡ay! ayer me dijeron
Que con otra se casaba
Hoy mismo, y celosa y ciega
Salíme esta madrugada
De mi hogar, con este traje
Y con estas mismas armas
Que en el arzón y en el cinto
Coloqué por mi desgracia.
Le encontré cerca de aquí
Pues sólo habrá la distancia
De una legua, y sin decirle
La más mínima palabra,
Con esta escopeta, y estas
Pistolas, desesperada

Digitized by Google

Le hice fuego introduciéndole
En el pecho algunas balas,
Que á mi honor abrieron puertas
Y á mi amor tristes ventanas
Por las que las ilusiones
De mi juventud se escapan.
Allí en poder de criados
Le dejo, y aquí angustiada
Vine, oh Roque valeroso!
A suplicarte que á Francia
En donde tengo parientes
Me conduzcas con tu banda;
Y te ruego al propio tiempo
Que á mi padre que te ama
Vigiles, porque no sea
Víctima de atroz venganza.»
Guardó silencio la hermosa,
Y Roque la contemplaba
Admirando su buen talle
Y bizarría extremada.
Luego añadió:—Ven, señora,
Ven á ver si es que te engañas,
O si es muerto tu enemigo;
Que ya encontraremos trazas
Para hacer lo que te importe
En vista de lo que haya.»
Al oir esto, Don Quijote
Tomó al punto la palabra,
Y dijo:... mas lo que dijo
Otro romance reclama.

CXX

Lo que hacen los celos.

Con varonil entereza
Y marcial desembarazo
Habló del siguiente modo
Nuestro valeroso hidalgo:

Digitized by Google

—No tiene, señores, nadie
Que tomarse aquí el trabajo
De defender á esta dama;
Que yo lo tomo á mi cargo.
Vengan mis armas, enfrenen
A mi alígero caballo,
Y esperen todos mi vuelta;
Que en menos de lo que tardo
En decirlo, iré á buscar
A ese mal aconsejado
Caballero, y muerto ó vivo
Haré que cumpla sus pactos
De amor con esta señora
Cuya belleza es un pasmo.»
Esto dijo Don Quijote,
Y al oirle añadió Sancho:
—Nadie ponga lo que dice
En duda, porque mi amo
Es tan gran casamentero
Y tiene tan buena mano
Para coger desertores
De la hermandad de San Marcos,
Por huidos que anden ellos,
Que no le aventaja el diablo.
No ha muchos días que hizo
Casar á otro pazguato
A quien los encantadores
Convirtieron en lacayo,
Y que á no suceder esto
Se hubiera siempre negado
A rehacer á una doncella
Entregándole su mano.»
Dejó de hablar Sancho Panza
Y Roque Guinart en tanto
Sin cuidarse ni entender
Lo que le estaban contando,
Pues el suceso de Claudia
Le tenía preocupado,
Ordenó á sus escuderos
Que devolviesen á Sancho
Cuanto de encima del rucio
Antes le habían quitado,

Digitized by Google

Mandándoles asimismo
Que se fuesen retirando
Hacia el sitio en que estuvieron
Aquella noche alojados.
Después de esto, se ausentó
Con Claudia, y los dos llegaron
Al punto en que esta hizo fuego
A Vicente, y sólo el rastro
De la sangre ver pudieron
De este joven desgraciado.
Mas tendiendo sus miradas
A lo lejos, divisaron
Que por un recuesto arriba
Caminaba muy despacio
Alguna gente; y creyendo
Que serían los criados,
Que á Vicente conducían
Piadosos entre sus brazos
Para curarle, ó tal vez
Para enterrarle en sagrado,
Diéronse priesa y bien pronto
Consiguieron alcanzarlos.
Eran ellos en efecto,
Y apenas á ellos llegaron
Pudieron notar que el joven
Rogaba á sus tristes fámulos
Que allí morir le dejaran
Pues sufría demasiado.
Oyéronle Roque y Claudia
Que al momento abandonaron
Sus corceles, y acercándose
Ella le tomó las manos
Diciéndole con voz trémula:
—Si estas tú me hubieras dado,
Jamás ¡ay de mí! te vieras
En este terrible paso.»
Abrió el infeliz Vicente
Sus ojos casi cerrados
Y conociendo á su amada
Le dijo:—Veo bien claro,
Hermosa señora mía,
Que tú la muerte me has dado,

Digitized by Google

Siendo así que yo te amaba
Y aun muriendo te idolatro.
—¿Luego no es verdad, Dios mío!
Dijo Claudia sollozando,
Que ibas hoy á desposarte
Con la hija de Balbastro?
—No por cierto, respondióle
Don Vicente; te engañaron
Los que esas nuevas te dieron
Nuestras dichas envidiando.
Mas ya que mi mala estrella
Puso mi vida en tus manos,
Toma mi diestra y recíbeme
Por tu esposo bien amado;
Que con serlo, yo gustoso
Alma y vida te consagro,
Dándote satisfacción
De ese pretendido agravio.»
Oirle Claudia, estrecharle
Con dolor entre sus brazos
Y caer sobre su cuerpo
Como herida por un rayo,
Fué todo una misma cosa,
Siendo el pobre herido en tanto
Presa á su vez de un mortal
Paroxismo que hizo vanos
Los esfuerzos con que Roque
Procuraba levantarlos.
Al ver tan triste suceso
Acudieron los criados
A buscar agua que echarles
En aquellos rostros pálidos;
Mas si bien agua trajeron
Y con ella los bañaron,
Sólo Claudia salir pudo
De aquel tormentoso estado,
Pues el pobre Don Vicente
No volvió de su desmayo.
Al verle muerto, la triste
Arrojó un grito de espanto,
Hirió los cielos con quejas,
Se arañó el rostro afeándolo,

Digitized by Google

Y con gritos y con lágrimas
Y suspiros desatados.
Maldijo mil y mil veces
Los celos que la llevaron
A destruir una vida
Que era su gloria y su encanto.
Finalmente, fueron tantas
Sus quejas, su duelo amargo
Tanto, que Guinart estaba
Conmovido y apenado.
En torno de aquel cadáver
Sollozaban los criados
Y Claudia de sus sentidos
Se privaba á cada paso,
Mientras que aquel circuíto
Parecía un negro campo
De pena, desolación,
Tristeza, luto y espanto.
De esta manera estuvieron
Sin saber qué hacer, gran rato,
Hasta que Roque Guinart
Dispuso al fin que en el acto
Los criados condujesen
Los restos inanimados
Del pobre joven al pueblo
Donde reside su anciano
Padre, á fin de que le dieran
Asilo en lugar sagrado.
—Respecto á vos, dijo á Claudia,
Vos direis á dónde vamos.»
A lo cual, la pobre joven
Que se iba serenando
Un poco, le contestó
Que había determinado
Encerrarse para siempre
En la soledad del claustro
Eligiendo un monasterio
Que no estaba muy lejano,
Y del cual era Abadesa
Una tia suya.—Y cuando
Esté allí, añadió, mi vida
Se extinguirá en el regazo

Digitized by Google

De Dios que será mi esposo
Eterno, y mi dulce amparo.»
Dejó de hablar la cuitada
Doncella, y Roque aprobando
Su resolución, brindóse,
A acompañarla y ser Argos
De la vida de su padre
Si por desdicha indignados
Los parientes de la víctima
Querían hacerle daño.
Agradeció esta promesa
La infeliz Claudia, y al cabo
Queriendo marcharse sola
Se despidió dél llorando.
El cuerpo de Don Vicente
Sus domésticos llevaron,
Y Roque volvió á los suyos
Que le estaban esperando.
De este modo los amores
De Claudia término hallaron;
Término triste por cierto
De esos que apocan el ánimo.
Mas ¿qué mucho, si tejieron
La trama de tan infausto
Suceso, las invencibles
Fuerzas, y el rigor extraño
De los celos, que arrebatan
Y ciegan, y arman los brazos,
Ya con justicia ó sin ella
Produciendo mil estragos?

CXXI

Vida azarosa.

Al volver Roque Guinart
Al paraje designado
Por él, halló á Don Quijote
Que estaba puesto á caballo

Digitized by Google

Enderezando un discurso
De moral por todo lo alto
A los toscos bandoleros
Que le hacían poco caso,
Pues á su vida azarosa
Estaban ya habituados
Y él de sus sendas torcidas
Pretendía separarlos.
No se fijó por el pronto
Roque en lo que estaba hablando
El caballero; mas quiso
Interrogar al buen Sancho
Preguntándole si estaba
Ya del todo reintegrado
De las preseas y alhajas
Que los suyos le quitaron.
—Sí estoy, respondióle Panza;
Solo que de menos hallo
Tres tocadores que importan
Tanto como tres condados
O tres ciudades.—¿Qué diantres
Está ese mochuelo hablando?
Dice uno de los presentes;
Que yo los tengo, y tasados
A todo tasar, no valen
Tres reales.—Eso es exacto,
Dijo Don Quijote; pero
Estímalos el buen Sancho
En lo que ha dicho, y en más,
Por sólo habérmelos dado
Quien me los dió; y me parece
Que con esto he dicho algo.»
No bien oyó estas palabras
Mandó Guinart que en el acto
Les volviesen unas prendas
Que ellos estimaban tanto.
Después dispuso que todos
Sus secuaces ó aliados
A quien él llamaba siempre
Escuderos por honrarlos,
Formasen en ala, y luego
Que los tuvo desplegados,

Digitized by Google

Hizo traer á su vista
Con ostentoso aparato,
Vestidos, joyas, dinero,
Y cuanto habían robado
En lugares y caminos
Desde el último reparto.
Después hizo un buen tanteo
Y con finísimo tacto
Volviendo lo que no era
Repartible en aquel caso,
Reduciéndolo á dineros
Lo repartió todo, dando
A cada cual legalmente
Su parte, con tan exacto
Proceder, que ni uno de ellos
Se creyó menoscabado.
—De no hacerlo de este modo,
Dijo Guinart al hidalgo,
No se podría tener
Con ellos el menor trato;
Que es propiedad de hombres rústicos
Ser siempre desconfiados.»
A lo cual, súbitamente
Respondió en voz alta Sancho:
—Según lo que aquí hemos visto,
El ser justo es necesario
Entre los mesmos ladrones
Que reparten lo robado.»
Al oir esto, un escudero
Su arcabuz enarbolando,
Le amenazó, y aun le hubiera
De un golpe deshecho el cráneo,
A no impedírselo Roque
Que prohibió le hicieran daño.
Llegaron en esto algunos
Que estaban cerca apostados
En clase de centinelas
Las avenidas guardando,
Y dijo uno que allá
Por la carretera abajo,
Camino de Barcelona,
Acercábase á buen paso

Digitized by Google

Gran tropel de gente.—¿Y viste,
Preguntó Roque alarmado;
Si son de los que nos buscan
O son de los que buscamos?
—De los que buscamos, dice
Al punto el interrogado.
—Pues siendo así, exclama Roque,
Id todos, marchad volando,
Y traédmelos aquí
Sin que quede ni uno en salvo.»
Obedeciendo esta orden
Todos ligeros marcharon
Quedándose con Guinart
Nuestros Don Quijote y Sancho.
—Mala vida, dijo entonces
El primero al buen hidalgo,
Debe pareceros esta
En que metido me hallo.
Nuevas aventuras raras,
Nuevos sucesos extraños,
Peligros por todas partes;
Por do quiera sobresaltos.
Esto debe pareceros,
Y yo en verdad no lo extraño,
Que el que no vive tranquilo
Vive triste y hastiado.
A esta situación penosa
Un mal deseo me trajo
Pues quise un día vengarme
De cierto cobarde agravio.
Dicen que suele ser dulce
La venganza, y yo no hallo
En ella más que una copa
Llena de licor amargo
Que emponzoña los sentidos
Y causa en el alma estragos.
Mi natural era bueno,
Yo soy compasivo y blando
Y aunque me arrepiento á veces
Persevero en este estado.
Quisiera retroceder,
Y en mi mala senda avanzo,

Digitized by Google

Que un abismo llama á otro
Y un pecado á otro pecado.
Por esta razón, mis culpas
Se vienen eslabonando
Y con mis venganzas propias
Las ajenas tomo á cargo.
Así y todo, en Dios confío
Que del laberinto extraño
En que estoy, me saque á un puerto
Que alumbre divino faro.»
Al oir tales palabras
Cuentan que quedó admirado
Don Quijote; el cual, queriendo
Traerle al camino llano,
Dijo:—En verdad, señor Roque,
Que eso está muy bien parlado.
Todo aquel que reconoce
Su dolencia, está cercano
A encontrar pronto el remedio
Que le ponga en buen estado.
Dios, que suele ser gran médico
De todos los desgraciados,
Le dará las medicinas
Que le sanen cuerpo y ánimo.
Esto lo hará sin ruidos
Ni apariencias de milagro,
Que Dios los hace á menudo
Sin nunca vociferarlos.
Pecador discreto es
Vuesa merced, mire cauto
Lo que su conciencia pide
Y mucho habrá adelantado.
Y si quiere ahorrar camino,
El de salvación buscando,
Véngase en mi compañía,
Que yo con gusto y agrado
A ser caballero andante
Le enseñaré en cortos ratos.
En mi profesión honesta
Se pasan días infaustos
Y desventuras y duelos,
Que si los toma á destajo

Digitized by Google

Por penitencia, verá
Cómo Dios le abre sus brazos.»
  Esto, ó cosa parecida,
Dijo el ingenioso hidalgo,
Y Roque de su consejo
Sin poder disimularlo
Se rió bonitamente
Creyéndole maniático.
Después mudando de plática
Les contó el suceso trágico
De la pobre Claudia, víctima
De sus celos infundados.
Y el saber que iba á ser monja
Le pesó en extremo á Sancho,
Pues prendado estaba de ella
Por su hermosura y su garbo.

  Mientras que así conversaban,
Los escuderos llegaron
Trayendo en su compañía
Dos sujetos á caballo,
Dos peregrinos á pie,
Y en un coche ó carromato
Tres mujeres y una niña
A las cuales escoltando
Venía media docena
De diligentes criados,
Los unos á pie, y los otros
Sobre unos tísicos jacos.
Venían también dos mozos
De mulas, acompañando
A los dos sujetos que antes
Dijimos que iban montados.
  Finalmente, todos ellos
Silenciosos y turbados
Fueron puestos en presencia
De Roque Guinart, que al cabo
Dispuso lo que diremos
En el romance inmediato.

Digitized by Google

CXXII

En marcha.

Lo primero que hizo al ver
Á todos los apresados
Que allí silencio guardaban
Sus órdenes esperando,
Fué preguntar á los dos
Caballeros, nombre, estado,
Condición, punto hacia el cual
Enderezaban sus pasos,
Y el dinero que llevaban;
Á lo cual algo turbado
Respondió el uno:—Señor,
Nosotros dos militamos
Juntos; somos capitanes
De infantería, y marchábamos
Á Barcelona dispuestos
Lo antes posible á embarcarnos
Para Sicilia, dó esperan
Nuestros valientes soldados.
Unos trescientos escudos
En nuestro poder llevamos,
Con los cuales muy alegres
Podemos considerarnos
Ricos, dada la estrecheza
En que á veces nos hallamos.»
Calló el capitán y Roque
Hizo á los intimidados
Peregrinos, sus preguntas,
Á las cuales contestaron
Que iban á Roma, y llevaban
Sesenta reales entrambos.
—No es mucho, observó Guinart,
Y ahora es fuerza que sepamos
Quién va en el coche.—En el coche
Dijo uno de á caballo,

Digitized by Google

Va mi señora, ilustrísima
Por sus prendas y su rango,
Doña Guiomar de Quiñones,
Mujer de mi digno amo,
Que á la sazón es Regente
Y caballero togado
De la Vicaría de Nápoles
Que es nobilísimo cargo.
Lleva esta dama una niña
Que ahora duerme en su regazo;
Una doncella, una dueña,
Y acompañándola vamos
Fuera del coche, hasta seis
De sus antiguos criados.
—¿Dónde vais?—Á Barcelona.
—Bien está, decidme á cuánto
Asciende vuestro peculio.
—El peculio que llevamos
Se compone de seiscientos
Escudos.—Quedo enterado.»
Guardaron silencio todos,
Y Roque tras breve rato,
En que estuvo pensativo,
Dijo al fin en tono alto:
—De modo que ya reunimos,
Si no me engañan mis cálculos,
La suma de novecientos
Escudos, acompañados
De sesenta reales más
Cuyo pico no hace al caso.
También, si no me equivoco,
Son sesenta mis soldados:
Miren á cómo le cabe
Á cada uno; que hablando
En plata, yo siempre he sido
Un contador muy mediano.»
Al oir estas palabras
Los salteadores alzaron
La voz, repitiendo:—Viva
Roque Guinart, muchos años,
Á despecho de los lladres
Y pícaros desalmados

Digitized by Google

Que su perdición procuran
Tendiéndole astutos lazos!»
Esto dicen los bandidos;
Y al contemplar su entusiasmo
Los dos pobres capitanes
Muy afligidos quedaron.
Gimieron los peregrinos,
Y llena de sobresalto
Se entristeció la señora
Regente, al ver confiscados
Sus bienes; mas no los tuvo
Suspensos Roque gran rato,
Pues al mirar la tristeza
Que se iba apoderando
De ellos, tomó la palabra
Y dijo á los milicianos:
—Vuesas mercedes, señores
Capitanes, con agrado
Y por fina cortesía
Sean servidos, si algo valgo,
De prestarme hasta sesenta
Escudos, que incorporados
Con los ochenta que pido
Y que no sabrá negármelos,
Á la señora Regente
Que también me está escuchando,
Yo repartiré á esta escuadra
Que me acompaña; pues hallo
Justo el no quitarles todo
Cuanto á su entender ganaron,
Y el Abad de lo que canta
Yanta, según el adagio.
Hecho esto, seguir pueden
Su camino sin empacho
Ni temor, pues les prometo
A fin de que le hallen franco,
Darles un salvo-conducto,
Para que mis aliados
Que vagan por estos sitios
No les hagan ningún daño;
Que no es mi intención malvada,
Ni quiero inferir agravios

Digitized by Google

A mujeres indefensas,
O á militares bizarros
Que á la patria que defienden
Dan su vida de buen grado.»
Muchas y bien dichas fueron
Las razones que alegaron
Los dos pobres capitanes,
Que en extremo alborozados
Dieron las gracias á Roque
Por no haberles saqueado.
Doña Guiomar de Quiñones
Quiso besarle las manos,
Mas él no lo consintió;
Antes bien, con tono blando,
Rogó que le perdonase
Tan grosero desacato
Hecho por cumplir deberes
De su oficio desastrado.
Finalmente, la señora
Regente mandó á sus fámulos
Que entregasen los ochenta
Escudos; desembolsaron
Sesenta los capitanes;
Y los peregrinos dando
Muestras de temor, sus bolsas
Con mil suspiros sacaron.
Iban á dar su miseria,
Mas Roque les dijo:—Alto!
Estaos quedos; y volviéndose
A los suyos, que asombrados
Se mostraban, dijo:—De estos
Escudos que hemos cobrado,
Tocan dos á cada uno
Y sobran veinte; partamos
La mitad para estos pobres
Romeros que hacen tan largo
Viaje, pues marchan á Roma
Con recursos tan escasos,
Y los diez que quedan dense
Al buen escudero Sancho,
Porque pueda decir bien
De esta aventura en que ha entrado.»

Digitized by Google

Dijo; mandó que trajesen
Tintero y papel, y dando
A todos salvo-conducto,
Los despidió con agrado
Dejando que á más de libres
Partiesen de allí admirados
De su nobleza exquisita,
De su proceder extraño,
Su disposición gallarda
Y sus instintos magnánimos
Que así á un ladrón convertían
En un Alejandro Magno.
Mas si bien pareció aquello
A los que iban robados
Y á la vez agradecidos,
No parecía otro tanto
A la gente robadora
Que quedó refunfuñando.
Y aun hubo uno que dijo
En tono bastante alto:
—Este nuestro capitán,
Es más fraile ó ermitaño
Que bandolero; y si quiere
De aquí adelante privarnos
De lo justo, por mostrarse
Liberal en sumo grado,
Gaste su hacienda, y no el fruto
Que ofrezcan nuestros trabajos.»
Por desdicha del que hablaba,
Sus toscas frases llegaron
A los oidos de Guinart,
El cual, en ira montando,
Sacó su espada y le abrió
La cabeza en dos pedazos,
Diciendo:—De esta manera
Castigo á los deslenguados.»
Al ver acción tan terrible
Pintóse en todos el pánico,
Sin que nadie se atreviera
Ni aun á desplegar sus labios.
Después apartóse Roque
A un sitio más retirado

Digitized by Google

Y escribió una extensa carta
A un buen amigo y paisano
Residente en Barcelona,
Diciéndole que á su lado
Se hallaba el gran Don Quijote
De la Mancha, hombre tan raro
Como gracioso, discreto
Y á la vez de juicio falto,
Cuya historia andaba impresa
Corriendo de mano en mano.
«Conmigo está, le añadía,
Este hombre extraordinario
Que se ha hecho caballero
Andante, por sus pecados.
Tres días pienso tenerle
En el sitio en que me hallo;
Pero ofrezco conducirle
Antes que amanezca el cuarto
A Barcelona, y ponerle
En esa playa á caballo,
(Al cual *Rocinante* llama),
Armado de punta en blanco
Y dispuesto á pelear,
En compañía de Sancho
Su escudero, á quien vereis
Montado sobre un gran asno.
Esto será si Dios quiere
Sobre el día veinticuatro (25)
Día de San Juan Bautista;
Y si quereis espaciaros
Ponte de acuerdo al instante
Con los amigos Niarros;
Que la ocasión que os ofrezco
Es calva, y habrán de daros
Gran gusto las discreciones,
Y la locura y el garbo
De este insigne caballero
Y de su escudero Sancho.»
Después de escribir su carta
Se la encomendó á un criado,
El cual, quitándose el traje
De bandolero, y tomando

Digitized by Google

El de tosco labrador,
Partió con ella en el acto
Y la entregó en Barcelona
Al amigo de su amo.
Y es fama que Don Quijote
Permaneció allí observando
Aquella vida azarosa
Tan llena de sobresaltos
Que los ladrones hacían
Sin tener jamás descanso.
Interrumpían su sueño
Terrores imaginarios,
Y siempre á salto de mata
Los montes iban cruzando.
Roque pasaba las noches
De los suyos apartado
Sin decir á nadie el sitio
Por donde echaba sus pasos,
Temeroso de que alguno
De sus cómplices malvados
La existencia le arrancara
Traidoramente, ó acaso
Le entregara á la justicia
Del Virey, que en muchos bandos
Su cabeza puso á precio;
Ló cual, apesadumbrado
Le tenía, aunque otras veces
Lo echaba todo á barato
Y de sus propios dolores
Se reía el desdichado.
Y así pasaron tres días;
Y por estrechos atajos,
Y por sendas encubiertas
A Barcelona llegaron,
Donde Roque despidiéndose
De Don Quijote y de Sancho,
Dió á éste los diez escudos
Que aun no le había entregado.
Y allí en medio de la playa
Los dos manchegos quedaron
Esperando que esparciera
El sol sus fúlgidos rayos.

Digitized by Google

CXXIII

Don Quijote en Barcelona. Entrada triunfal.

En la antigua y magnífica Barcino,
Honor de Cataluña y flor de España,
Que con la corte de Madrid compite
Por no decir que acaso la aventaja,
Se halló por fin el digno caballero
Seguido del insigne Sancho Panza,
A la hora en que apenas con sus luces
Exclarecía la ciudad el alba.
Roque Guinart que quiso ser su guía
Con seis hombres que trajo en su compaña,
Se retiró de allí como hemos dicho
Dejándolos en medio de la playa
Montados en sus bestias respectivas
Que en la arena quedáronse clavadas.
Salió después el sol iluminando
Un cuadro de belleza extraordinaria,
Pues debajo de un cielo transparente
Sereno el mar la tierra acariciaba.
Abatieron sus tiendas las galeras
Llenas de gallardetes y de flámulas
Que bordando el espacio de colores
Indolentes caían sobre el agua.
Sonaron mil clarines y trompetas
Con bulliciosa y bélica algazara,
Poblando el aire de sonoros ecos
Que á la vez imponían y agradaban.
Dispararon mosquetes y arcabuces
Las gentes que los barcos tripulaban;
Tronaron los cañones cerca y lejos
Desde los altos fuertes y murallas
Y las naves de guerra dirigían
Sus rugientes saludos á la plaza,
Mientras los buques de mediano bordo,
Botes ligeros y obuseras lanchas,

Digitized by Google

Escaramuzas con primor hacían
Sobre el líquido lecho de esmeraldas.
De la ciudad en tanto cien apuestos
Ginetes descendieron á la playa;
Y animación do quiera y regocijo
La marítima fiesta presentaba.
El mar alegre, transparente el cielo
Y la tierra jocunda rodeada
De un ambiente agradable y de una atmósfera
Serena, pura, y apacible y clara,
Que solo el humo denso de la pólvora
De trecho en trecho á veces entoldaba,
La vista con placer entretenían
Regocijando el corazón y el alma.
Contemplábalo todo Don Quijote
Con gran curiosidad, y Sancho Panza
No se explicaba bien al ver los remos
Que sin cesar las ondas azotaban
Cómo ó de qué manera aquellas moles
Con tantos pies, ó si se quiere patas,
El líquido elemento recorrían
Cual gaviotas que á su vez volaban.
Después su admiración subió de punto
Al ver que la vistosa cabalgata
Que dejó la ciudad y que venía
De vistosas libreas adornada,
Se acercó á Don Quijote prorrumpiendo
En vítores, aplausos y palmadas
Exclamando uno de ellos, que era el mismo
A quien Roque escribió su extensa carta:
—Bien sea venido, y éntre en Barcelona
Que ya impaciente su presencia aguarda,
El inmortal, el noble caballero;
El digno Don Quijote de la Mancha
Que es espejo, farol, lucero, estrella,
Y norte y guía y poderosa savia
De la andastesca y fiel caballería
Que al mundo entero con sus hechos pasma.
Bien sea venido, digo, el valeroso
Héroe insigne, terror de la canalla,
El verdadero Don Quijote ilustre
De quien el moro Cide Hamete trata;

Digitized by Google

No el falso, no el ficticio, no el apócrifo
Que ahora nos pintan en historias falsas.
Nada supo oponer el caballero
A tales hiperbólicas palabras
Ni tampoco lo hubiera consentido
La rara situación en que se hallaba,
Pues todos los ginetes con gran prisa,
Produciendo diabólica algazara,
Le fueron rodeando de tal modo
Que un caracol revuelto semejaban,
Con círculos concéntricos que iban
Poco á poco estrechando las distancias.
Entonces, Don Quijote dirigiéndose
A su escudero, díjole en voz baja:
—Según las muestras, estos caballeros
Conocido nos han; y yo apostara
Que todos han leído nuestra historia
Y la del falso aragonés de marras
Que está recien impresa en Tarragona
Según creo haber visto en la portada.» (26)
Cuando esto decía el caballero
Otra vez se le puso cara á cara
El que antes le habló, y entusiasmado
Al parecer, de nuevo así le habla:
—Vuesa merced, ilustre Don Quijote,
Se venga con nosotros sin tardanza,
Que todos somos servidores suyos
Siendo de Roque amigos de la infancia.»
Á lo cual le contesta el buen hidalgo:
—Si finezas obligan, ya obligada
Tenéis mi voluntad; si cortesías
Engendran cortesías, con el alma
Os digo que la vuestra y las de Roque
Deben de ser parientas muy cercanas.
Llevadme á donde vos, señor, quisiéredes;
Que allí donde con vos gustoso vaya
Yo me tendré por muy favorecido
Si serviros en algo se me alcanza.»
Con palabras no menos comedidas
Que las que ya dejamos consignadas,
Contestó á Don Quijote el caballero
Que se empeñó en llevárselo á su casa.

Digitized by Google

Sonaron chirimías y atabales
Y al compás de esta música gallarda,
Rodeándole todos los ginetes,
Para la gran ciudad, pónense en marcha;
Mas al entrar en ella, quiso el malo
Que lo malo dispone, ordena y manda,
Que insolentes muchachos atrevidos,
Que en ser malos al malo siempre ganan,
Hicieran de las suyas, colocándose
En medio de la alegre cabalgata.
Y dos de ellos, traviesos, se pusieron
Detrás de Don Quijote y Sancho Panza;
Y alzándole la cola á Rocinante
Y al rucio, los malditos les encajan
Debajo de ellas dos sendos manojos
De sutiles punzantes aliagas.
Sintieron los cuitados animales
Aquella nueva espuela improvisada
Y cuanto más quitársela pretenden
Más en su parte posterior la clavan.
En vano aprietan con furor los rabos;
Crece el disgusto, auméntase su rabia
Y dando mil corcobos y respingos
Al suelo arrojan su viviente carga.
Don Quijote corrido y afrentado
Aquel plumaje presuroso arranca
De la cola del pobre matalote
Imitándole al punto Sancho Panza.
Quisieran los apuestos caballeros
Que á Don Quijote y Sancho acompañaban
Castigar con rigor á los pillastres
Que hicieron semejante muchachada,
Mas no lo consiguieron, porque había
De tunos infantiles una plaga,
Pasando ya de mil los que en pos iban
Produciendo una horrísona algarada.
Volvieron á subirse los caídos
Y con el mismo aplomo, pompa y gala,
Seguidos del enjambre de muchachos
Que sin saber por qué victoreaban,
Al compás de su música llegaron
A una notable y espaciosa casa

Digitized by Google

En la cual se alojaron con gran gusto
Del dueño que hasta ella les guiara
Y de los dos insignes forasteros
Que de tal ovación participaban.

CXXIV

Exhibiciones.—Sarao.

Era el huésped del bravo Don Quijote
Hombre afable y discreto; y le gustaba,
Á fuer de rico y joven, dar sus bromas
Mas ó menos ligeras ó pesadas.
Llamábase según la historia cuenta
Don Antonio Moreno; y fué la carta
De Roque para él un grande estímulo,
Pues veía una fiesta en lontananza.
Así, pues, cuando tuvo al caballero
Alojado, cual queda dicho, en casa,
Lo primero que hizo fué quitarle
Todas sus feas y vetustas armas.
Hiciéronlo en el acto sus domésticos
Y quedó el caballero con tal facha,
En su estrecho vestido agamuzado,
Que daba risa su figura escuálida.
Hecho esto, logró sacarle á vistas
Con tan innoble y fementida estampa
Á un soberbio balcón; precisamente
Cuando llena la calle se encontraba
De curiosos y chicos que al hidalgo
Como á mona corrida contemplaban.
Pasaron por delante los ginetes
Luciendo sus monturas y sus galas,
Y Don Quijote alegre y satisfecho
Vió trasponer á la gentil comparsa
Que haciéndole saludos amistosos
Se perdía en las calles inmediatas.
Entre tanto, el buen Sancho, al ver las muestras
De deferencia que á su amo daban,

Digitized by Google

Evocando recuerdos del pasado
Creía ver con gusto renovadas
Las escenas grandiosas de las bodas
De Camacho, la cómoda abundancia
De que gozó durante algunos días
En casa de Don Diego de Miranda
Y los platos sabrosos y magníficos
Con que los buenos Duques le obsequiaban.
Y á decir la verdad, descaminado
No iba en sus deseos y esperanzas,
Que esta vez la comida fué soberbia,
Suculenta, risueña y animada.
Convidó Don Antonio á sus más íntimos
Amigos, y estos buenos camaradas
Trataron con tal mimo á Don Quijote
Prodigándole tantas alabanzas,
Lo mismo que al gran Sancho cuya historia
Su amo refirió de buena gana
Trayendo á colación lo del gobierno
De la insigne y famosa Barataria,
Que huecos y esponjados, parecían
Que de placer y orgullo reventaban.
Terminado el banquete, Don Antonio
Se llevó á Don Quijote á cierta estancia
En la cual se encerró, y con gran misterio
Le hizo ver lo que allí dentro guardaba.
Era una mesa al parecer de jaspe
De un solo pie, sobre la cual se alza
Una cabeza ó busto que de bronce
Pareció á Don Quijote al contemplarla.
No había más adorno en todo el cuarto,
Cuyo centro la tal mesa ocupaba,
Y en derredor de ella muchas vueltas
Dieron los dos sin pronunciar palabra
Diciendo aquel por señas: chito, chito,
Y esperando el hidalgo que le hablara.
Cesó al fin Don Antonio en sus paseos
Y dijo lo siguiente en voz muy baja:
—Ya, señor Don Quijote, que seguros
Estamos de que aquí nadie se halla
Que nos pueda escuchar, y que la puerta
Tenemos por fortuna bien cerrada,

Digitized by Google

Voy á contarle un caso peregrino
Que tal vez constituye la más rara
Aventura que puede imaginarse;
Mas le suplico antes de mostrársela
Que la guarde en los últimos retretes
Del secreto.—Por mí será guardada,
Replica el digno hidalgo, en lo más hondo
De las concavidades de mi alma.
Así lo juro, y si preciso fuere
Yo le echaré una losa encima para
Mayor seguridad; pues le prevengo
Que si á mí se me dice en confianza
Una cosa, esa cosa, si es secreta,
A los abismos del silencio pasa.
—En fe de esa promesa, que yo acepto,
Respondió Don Antonio, será clara
Mi franca explicación, dadme la diestra,
Tocad esta cabeza extraordinaria
Y decidme si en ella notais algo
Que indique que está viva y animada.»
Diciendo así y tomándole la mano
Le hizo tentar aquel trozo de estatúa
Y la mesa también y el pie de jaspe
Que la mesa y el busto sustentaba.
Nada de sorprendente halló el hidalgo
Pues la escultura rígida y callada
Inmóvil en su sitio, parecía
Maciza, fuerte, y sin ninguna maca.
Visto lo cual le dijo Don Antonio:
—Esta cabeza ha sido fabricada
Tal cual la veis y la palpais ahora,
Por uno de los más insignes sátrapas,
Sabios encantadores y hechiceros
Que han poblado los mundos de la magia.
Era polaco de nación, discípulo
Del famoso Escotillo, de quien tantas
Maravillas se cuentan, el cual vino
A hospedarse una vez aquí á mi casa
Y fijando por precio mil escudos
Me labró esta cabeza que ahora calla;
Pero que tiene la virtud recóndita
De responder á todo el que le habla.

Digitized by Google

No siendo en viernes, pues los viernes muda
Permanece y no dice á nadie nada.
Mañana será sábado, y vereis
Cómo contesta al punto á todas cuantas
Preguntas le dirigen; id pensando
Las vuestras y hasta entonces en el alma
Guardad este secreto; que si el Santo
Oficio de estas cosas se enterara
Dios sabe dónde iría mi cabeza...
La propia digo, no la figurada.»
Dejó de hablar el huésped, y el hidalgo
Atónito quedó y apenas daba
Crédito á tal noticia; pero viendo
Que era el plazo tan breve, con cachaza
Quiso esperar hasta el siguiente día
La prueba prometida; dió las gracias
A Don Antonio, y ambos se salieron
De la desierta y misteriosa estancia,
Reuniéndose al instante con los otros
A quienes Sancho entreteniendo estaba
Contando las proezas de su amo
Y sus propias magníficas hazañas.
Después cuenta la crónica verídica
Que aquella misma tarde, por dar largas
A su placer, sacaron á paseo
A Don Quijote, el cual salió sin armas
Vistiendo un balandrán de grueso paño
Color leonado, que según declara
Cide Hamete, podía en aquel tiempo
Hacer sudar al hielo y á la escarcha.
No iba esta vez montado en Rocinante
Sino en un mulo de andadura llana,
Y en aquel balandrán que le pusieron
Iba un cartel prendido en las espaldas
Donde con letras gordas escribieron:
«Este es Don Quijote de la Mancha.»
Dió Don Antonio orden de que nadie
Permitiera salir á Sancho Panza,
Que esta vez se quedó muy complacido,
Con la señora y gentes de la casa.
Finalmente, el paseo fué animado
Pues no bien el letrero divisaban

Digitized by Google

Las gentes, en voz alta repetían:
—«Este es Don Quijote de la Mancha.»
De lo cual admirado Don Quijote
Se volvió á Don Antonio que marchaba
Junto á él y le dijo:—Es sorprendente
Y admirable en verdad la inmensa fama
Que tienen los andantes caballeros,
Pues viendo estoy que todos los que pasan,
Inclusos los muchachos, me conocen
Sin haberme jamás visto la cara.
—Es cierto, respondióle Don Antonio,
Y esto demuestra que el valor alcanza
Triunfos y lauros que gozar no pueden
Mas que aquellos que empuñan bien las armas.»
Callaron y siguieron su camino
Causando admiración, chacota ó lástima;
Y no faltó un ingénuo castellano
Más quijote que el mismo á quien tachaba,
Que al leer aquel rótulo le hiciese
Como á boca de jarro una descarga
De frases atrevidas y groseras,
Dado que siempre la verdad enfada.
—¡Válgate el Diablo! dijo ¿quién te trajo
A esta hermosa ciudad? ¿cómo te escapas
Del diluvio de palos que te dieran
En tus locas empresas temerarias?
Vuélvete pronto, mentecato, vuélvete
Otra vez á tu pueblo y á tu casa
Y no sorbas el seso á estos incautos
Que imprudentes te miman y agasajan
Confirmando el refrán aquel que indica
Que para hacer cien locos uno basta.»
Calló el apostrofante, y Don Antonio
Le despidió con cajas destempladas
Haciéndole notar que no era lícito
El meterse en camisa de once varas.
—Teneis razón, repuso el consejero,
Y os juro con las veras de mi alma
Que jamás volveré necio á intrusarme
En sitio alguno en donde á nadie llaman.»
Hizo un saludo y se alejó; los otros
Siguieron paseando; mas fué tanta

Digitized by Google

La gente que acudió, que Don Antonio
Temiendo que el hidalgo se escamara,
Acercándose á él con disimulo
Arrancóle el cartel de las espaldas.
Acabóse la tarde, y escoltados
Por necios y curiosos papanatas,
Don Quijote, Moreno, y sus amigos
Regresaron por fin á su morada.
Y fué lo lindo y á la vez lo grave
Del caso que las crónicas relatan,
Que la mujer de Don Antonio que era
Discreta, hermosa y distinguida dama,
Convidó á sus amigas, suplicándoles
Que aquella noche fuesen á su casa
Para honrar á su huésped, disfrutando
De sus locuras y salidas raras.
Vinieron en efecto algunas de ellas,
Cenaron con espléndida abundancia
Y á las diez comenzóse el gran sarao
Con asistencia de elegantes damas.
Entonces dos de éstas que tenían
Genio alegre y burlón, con mucha gracia
Sacaron á bailar á Don Quijote;
Y tanta priesa dieron á su danza
Que según asegura Cide Hamete
A la vez le molieron cuerpo y alma.
Y era cosa de ver, según afirman,
La figura de aquel hombre fantasma,
Largo, tendido, flaco, amarillento,
Estrecho en el vestido, desairada
La postura, queriendo ser muy ágil
Y no teniendo de ligero nada.
Y entretanto las bellas damiselas
Como á hurto las dos le requebraban
Y él firme, indiferente, despegado
A hurtadillas también las desdeñaba.
Fueron, no obstante, tantos los requiebros
Que impaciente, colérico y con rabia
Alzó por fin la voz y dijo:—*Fugite*
Pactes adversæ; huid, sombras livianas,
Dejadme en mi sosiego, pensamientos
Malvenidos; sabed que de mi alma

Digitized by Google

La simpar Dulcinea del Toboso
Es la única dueña y soberana.»
Esto dijo, y sentándose en el suelo
Precisamente en medio de la sala,
Rendido, jadeante, sudoroso,
Lanzó un suspiro y se quedó sin habla.
Entonces Don Antonio dió la orden
De que en vilo á su lecho le llevaran,
Y el primero que de él asió fué Sancho
Que con enojo dijo estas palabras:
—Nora en tal, señor amo, que lo hicísteis
Lindamente con tales contradanzas;
Bien os han jaleado estas señoras
Que así os han hecho menear las tabas.
Habeis danzado bien; ¿mas quién os dijo
Que los andantes caballeros bailan,
Ni desde cuándo acá son danzadores
Los que manejan como vos las armas?
Hombre existe, señor, que no se atreve
A matar á un gigante, que por nada
De este mundo querrá hacer cabriolas
Que bien no sientan en quien tiene barbas.
Si se tratase de un zapateado
Yo al momento supliera vuestra falta
Que como un girifalte zapateo
Aunque en lo del danzar no doy puntada.»
Esto dijo con gran contentamiento
De todos, el insigne Sancho Panza,
Que llevándose á cuestas á su amo
Medio dormido lo dejó en su cama.

CXXV

La cabeza encantada.

Durmió bien y á pierna suelta
Nuestro insigne caballero
Que á la mañana siguiente
Se despertó muy contento.

Digitized by Google

Pensando en su Dulcinea
Abandonó al punto el lecho
Y se estuvo acicalando
Hasta la hora del almuerzo.
Vino á verle Don Antonio;
Desayunáronse luego
Y trasladándose juntos
Al misterioso aposento
De la cabeza encantada,
Guardaron todos silencio.
Halláronse allí reunidos
Con Don Antonio Moreno
La esposa de éste, el bravísimo
Don Quijote y su escudero,
Las dos damas que al hidalgo
Tanto en el baile molieron
Y dos amigos de casa
Que estaban en el secreto
Y que á no hallarse enterados
Acaso sintieran miedo.
Encerráronse con llave;
Y Don Antonio al momento
Les dijo que iba á probar
Por vez primera el efecto
De la cabeza parlante
Que adquirió á subido precio.
Hablando así, en preguntarla
Quiso ser también primero,
Y llegándose á su oido
Con breve y sumiso acento,
Aunque no muy apagado
Puesto que todos le oyeron,
Dijo:—Cabeza encantada,
Por la virtud que yo creo
Que tienes, dime si sabes
Cuáles son mis pensamientos.»
No bien dijo estas palabras
Rompió el profundo silencio
La cabeza; y sin mover
Sus labios, respondió:—A eso
Yo no puedo contestarte
Porque en las almas no entro.»

Digitized by Google

Quedaron todos atónitos
Admirados y suspensos
Al oir al bronce duro
Expresar tales conceptos;
Mas su emoción dominando
Volvió á preguntar Moreno:
—Dí, cabeza inteligente,
Si no es para tí molesto,
¿Cuántos somos los que estamos
Aquí tu palabra oyendo?
—Estáis, respondió al instante
El busto con gran sosiego,
Tú y tu mujer; dos amigas
De ésta, y otros dos sujetos
Amigos tuyos; y á más
De los que citados dejo,
Se halla también á tu lado
Un famoso caballero
Que se llama Don Quijote
De la Mancha, y que es espejo
Flor y nata de los héroes
Más célebres de estos tiempos,
Junto al cual también se encuentra
Sancho Panza su escudero.»
Al escuchar estas frases
Los circunstantes perdieron
El color, y fué su espanto
Tal, que erizó sus cabellos.
A pesar de todo, hizo
Don Antonio un grande esfuerzo
Y exclamó con voz turbada:
—Bien claro, cabeza, veo
Que aquel que te me vendió
Era un mágico perfecto,
Y que tú por respondona
Y lista no tienes precio.
Lléguese ahora el que quiera
Y pregunte con respeto;
Que ante cabeza tan sabia
Hay que quitarse el sombrero.»
Llegó entonces una amiga
De la esposa de Moreno,

Digitized by Google

Que como mujer estaba
Curiosa en un grado extremo,
Y preguntó:—Dí, cabeza,
Dime ¿qué es lo que hacer debo
Para parecer hermosa?
—Sé honesta y serás un cielo.»
Esto la cabeza dijo,
Y á la preguntanta luego
Saliéronle los colores
Que su rostro embellecieron.
Acercóse la otra dama
Y se expresó en estos términos:
—Sólo quiero que me digas
Si me tiene verdadero
Amor mi esposo.—Contempla
Sus obras, dijo al momento
La cabeza; que por ellas
Podrás al punto saberlo.»
—Eso, añadió la casada,
Es verdad, y visto tengo
Que las obras son amores
Y las palabras son viento.
Llegó después un amigo
De Don Antonio, diciendo:
—¿Quién soy yo? y en el instante
—Tú lo sabes, respondieron.
—No es eso lo que pregunto;
Lo que yo de tí pretendo,
Es que me digas, cabeza,
Si me has conocido.—Creo
Que con decirte que eres
Don Pedro Noriz, lo muestro.»
—Tienes razón, y ninguna
Otra cosa saber quiero;
Que con escucharte basta
Para juzgarte un portento.»
Apartóse el de Noriz;
Llegó el otro amigo luego
Y preguntó:—Dí, cabeza,
¿Podré saber los deseos,
Que mi hijo el mayorazgo
Abriga en su pensamiento?

Digitized by Google

—Sobre lo que tú preguntas
Dijo la voz, nada puedo
Responderte, pues ya sabes
Que en las almas no penetro.
Mas así y todo, presumo
Que tu inmediato heredero
Lo que quiere es enterrarte
Para vaciar tus talegos.
—Dices muy bien, eso toco
Y señalo con el dedo,
Que el tener hijos ingratos
Es igual que criar cuervos
Que nos arranquen los ojos
Cuando lo esperamos menos.»
Siguióse una breve pausa
Y la mujer de Moreno
Que se acercó á la cabeza
Tornó á romper el silencio
Diciéndole:—Yo tan sólo
En este instante apetezco
Saber, cabeza encantada,
Si he de gozar mucho tiempo
De mi buen marido.—Justo
Es sin duda tu deseo,
Volvió á decir la cabeza;
Y yo, buena esposa, infiero
Que gozarás luengos años
De su dulce y puro afecto,
Pues con tu solicitud
Él vivirá satisfecho
Y su salud y templanza
Y su buen comportamiento
Harán prolongar su vida;
La cual malgastan los necios
Que entregándose á los vicios
Suelen destruir sus cuerpos.»
Retiróse la señora
De Don Antonio Moreno
Y en seguida Don Quijote
Preguntó impaciente y trémulo:
—Dime tú, que así respondes
A todos con tánto acierto:

Digitized by Google

¿Fué verdad lo que en la cueva
De Montesinos yo cuento
Que me pasó, ó fué producto
De algún fantástico sueño?
¿Serán verdad los azotes
Del buen Sancho, mi escudero?
¿Conseguiré el desencanto
De Dulcinea? Habla presto,
Habla, cabeza encantada,
Que ya de impaciencia muero.»
Dejó de hablar el hidalgo
Y al instante respondieron:
—De lo de la cueva hay mucho
Que decir; pues en efecto
Tiene de todo; la tunda
De Sancho irá á pasos lentos
Y el desencanto que esperas
Tendrá su debido efecto.»
—Entónces, dijo el hidalgo,
Nada más saber anhelo,
Que con tan dulce esperanza
Por venturoso me tengo.»
Tocó al fin el turno á Sancho
Y con gran comedimiento
Preguntó:—Dime, cabeza:
¿Tornaré á tener gobierno?
¿Saldré de las estrecheces
Del oficio de escudero?
¿Volveré á ver á mis hijos
Y á mi mujer tarde ó presto?»
Hechas estas tres preguntas
De este modo respondieron:
—Gobernarás en tu casa,
Si á ella vuelves; y en volviendo
Verás á tu esposa y prole
Con mucho contentamiento;
Y si dejas de servir,
Libre estarás de tu empleo.
—Bien está, repuso Sancho,
Te explicas que es un portento
Y el profeta Pero Grullo
No dijera más ni menos.

Digitized by Google

—Bestia! exclama Don Quijote;
¿Qué es lo que estás ahí gruñendo?
¿Qué quieres que te respondan?
¿No te basta, majadero,
Que esta cabeza esté acorde
Con las preguntas que has hecho?
—Sí basta, respondió Sancho;
Mas yo quisiera que al menos
Algo más se clareara
Para formar mi concepto.»
Aquí declara la historia
Que se acabó el tiroteo
De preguntas y respuestas;
Mas no terminó por eso
La admiración y el asombro
Que todos allí sintieron,
Fuera de los dos amigos
De Don Antonio Moreno,
Que según dijimos antes
Estaban en el secreto.

Y á fin de que los lectores
No estuviesen por más tiempo
Fluctuando entre las dudas
Que engendraba tal misterio,
Cuenta el moro Cide Hamete
Que el busto aquel no fué hecho
Por arte de magia alguno
Ni por ningún hechicero;
Sino que fué construído
Ateniéndose al modelo
De otro que en Madrid tenía
Cierto famoso estampero.
No eran de bronce macizo
La cabeza, hombros, y pecho,
Ni era de jaspe la mesa
Que le servía de asiento.
Todo estaba hecho de talla
En madera y todo hueco
Bien pintado y barnizado
Tocaba en el pavimento,
Sin que nadie ver pudiera

Digitized by Google

Que atravesaba su centro
Un cañón de hojadelata;
El cual, taladrando el techo,
Bajaba directamente
Á un inferior aposento
En el cual se hallaba oculto
Un sobrino de Moreno
Á cuyo oido llegaba
De las preguntas el eco;
Y por el mismo conducto
Apercibido y discreto
Enviaba sus respuestas
Formuladas con acierto
Por conocer de antemano
A los que arriba estuvieron.
Y cuenta también la historia
Referente á este suceso,
Que la cabeza encantada
Duró poquísimo tiempo,
Pues divulgándose á poco
Sin dar en el gatuperio,
Que una cabeza de bronce
Hablaba con tanto seso,
Temió Don Antonio verse
Metido en un grave aprieto,
Dado que el vulgo ignorante
Es tan malo como necio.
Así, pues, declaró el caso
Á dos estirados miembros
Del Santo Oficio, y los graves
Inquisidores le hicieron
Desbaratar al instante
Su inocente pasatiempo.
Así acabó la cabeza
Encantada, sin saberlo
Don Quijote que la tuvo
Por obra de un hechicero,
Y creyó en sus vaticinios
Con igual convencimiento
Que si consultado hubiese
Al oráculo de Delfos.

Digitized by Google

CXXVI

La imprenta.

Desde muy remotas épocas
Fué Barcelona ciudad
Que en el arte tipográfico
Nadie la pudo emular,
Como por sus grandes fábricas
Su incesante actividad
Y sus esfuerzos titánicos
Apenas tiene rival.
Por esta razón el ínclito
Don Quijote quiso entrar
En una imprenta magnífica
Que vió por casualidad.
Iba aquel día sin séquito
Cual simple particular
Corriendo á pie llano el dédalo
De la extensa capital.
Sólo Sancho acompañábale,
Y tan sólo iban detrás
Para guiarles, dos fámulos
De la casa en donde están.
Con ellos pasó el vestíbulo
Dejando el pórtico atrás
Y en salas espaciosísimas
Se detuvo á contemplar,
Moldes y prensas y máquinas
Con otras cien cosas más.
Por aquí salían rápidos
Los pliegos impresos ya,
Y las letras y los números
Se agitaban sin cesar
Entre expertas manos hábiles
Que al pesado plomo dan
Lenguaje; vida y espíritu
Para que el alma inmortal

Digitized by Google

Sus ideas incorpóreas
Legue á la posteridad
Fijas en eternas páginas
Que cual luciente fanal
Alumbran los hondos piélagos
Que surca la humanidad.
Esto nuestro hidalgo célebre
Pensaba al ver funcionar
Con precisión matemática
Aquel mónstruo colosal
Pesado y breve; y con ávidos
Ojos veía brotar
Largas columnas simétricas
De ennegrecido metal.
Aquí con destreza rápida
Compone un cajista; allá
Otro distribuye; sácanse
Pruebas que á las manos van
De los correctores; fórmanse
Planas; se oyen rechinar
Las prensas y los cilíndricos
Rodillos que tinta dan.
Y entre aquel sublime vértigo,
En aquel caos singular
Brota una luz pura, espléndida
Que no se extingue jamás.
Tal vez ese arte magnífico
Alguno suele burlar;
Tal vez miserables zánganos
Muestran su incapacidad
O sus intenciones pérfidas
O sus ánsias de medrar
Embadurnando impertérritos
De el papel la tersa faz,
Ora con obras impúdicas
Que rechaza la moral,
Ora con libros insípidos
Que con su frivolidad
Sin entretener el ánimo
Vienen tan sólo á enturbiar
De la ilustración benéfica
El hermoso manantial.

Digitized by Google

Algo de esto nuestro héroe
Pudo al momento observar,
Pues tropezó con un prójimo
Traductor insustancial
Que falto del noble estímulo
Que es de los genios imán,
La gloria y la fama póstuma
Despreciaba, por ganar
Con sus tareas no ímprobas
Algún pedazo de pan,
Diciendo que él era idólatra
Del provecho material,
Y que el buen concepto público
No vale un cuatrín jamás
Si el pobre escritor, que es tímido,
Hambriento y desnudo está,
Y con elogios estériles
Le premia la sociedad
Cuando no le sorbe el tuétano
Algún crítico mordaz.
Del toscano traduciéndolo
Un libro á la prensa dá,
Mas después de larga plática
Pudo el hidalgo notar
Que aquel traductor famélico,
Avaro como el que más,
No poseía el más mínimo
Conocimiento cabal
Del toscano, ni su indígena
Lengua dominó jamás.
Así, pues, poniendo término
A su charla pertinaz,
Fué Don Quijote alejándose
De aquel ente singular
Deseándole buen éxito
Y mucha felicidad
En sus empresas lingüísticas
Y en su traducir fatal.
Luego recorrió otros ámbitos;
Y en apartado lugar
Vió que estaban muy solícitos
Corrigiendo con afán

Digitized by Google

Un pliego de un libro inédito
Que le debió de gustar
Tan solo al leer su epígrafe
Claro, breve y substancial.
Luz del alma era su título,
Y él dijo sin vacilar:
—Estas son lecturas útiles
Que salud y vida dan
A desalumbrados ánimos
Que en el pecado mortal
Viven, pues yacen inmóviles
En perpétua obscuridad.»
Aquí llegaba el monólogo
De nuestro hidalgo simpar,
Cuando suspendió de súbito
Su paseo matinal.
En un espacioso ángulo
Del salón en donde está,
Vió corregir otras páginas,
Y al verlas sintió estallar
Dentro del pecho la cólera
Que puso roja su faz.
¿Picóle tal vez un tábano?
¿Tembló la tierra quizás?
¿Vió algún terrible espectáculo
Que le hizo trasudar?
Nada hubo de esto, lo único
Que vió de triste y fatal
Fué que aquel libro maléfico
Que á la estampa iban á dar
Era la incierta, *la apócrifa*
Segunda parte falaz
De su vida, de sus méritos,
De su personalidad
Escrita bajo un seudónimo
Que afirmó ser *natural*
De Tordesillas, no siéndolo;
Lo cual arguye maldad.
—Oh! dijo con labio trémulo
Don Quijote sin tardar;
¿También este autor malévolo
Vino á esta hermosa ciudad

Digitized by Google

Para ponerme en ridículo
Con torpe y mezquino afán?
Yo en conciencia figurábame
Quemado ese libro ya,
Pues sólo contiene fábulas
Indignas de un hombre leal
Y viles calumnias pérfidas
Que se deben rechazar.
Mas puesto que se halla incólume
La prueba de su maldad,
Caiga sobre él la pública
Reprobación general.
Lo que aquí en la imprenta hiéreme
La imprenta lo vengará
Perpetuando un hecho histórico
Que envuelve un acto brutal.
A todo vil puerco llégale
Su San Martín, el refrán
Lo afirma, y es segurísimo;
Paciencia y buen barajar.»
Esto dice no sin énfasis
El caballero inmortal,
Y de la imprenta retírase
Para no volver jamás.

CXXVII

El caballero de la Blanca Luna.

Después de otros incidentes
Y sucesos peregrinos
Que por abreviar la historia
Forzosamente omitimos, (27)
Armado de todas armas
Salió el hidalgo perínclito
Una mañana temprano
A pasear por los sitios
En donde el mar se desmaya
Y entrega, como vencido,

Digitized by Google

Sus olas de blanca espuma
Al arenal movedizo.
Iba el guapo Don Quijote
Armado cual hemos dicho,
Por ser su divisa eterna
El vivir apercibido.
—Mis arreos son las armas,
Repetía con ahinco;
Mi descanso el pelear,
Y el defenderme mi oficio.»
Diciendo así, caminaba
Por la playa pensativo,
Cuando un ginete arrogante
Se atravesó en su camino.
Armado de punta en blanco
Llegaba el tal individuo
Con la visera calada
Para no ser conocido.
Montaba sobre un caballo
Ligero y de muchos bríos,
Y en el escudo ostentaba
Con resplandeciente brillo
Bella y plateada luna
En campo sinople; indicio
De una halagüeña esperanza
Que alumbra un astro benigno.
Después, llegándose á trecho
Que podía ser oído,
Encaminó sus razones
A Don Quijote y le dijo:
—Insigne y buen caballero,
Que por ser el prototipo
De los andantes varones
Ciñes laureles y mirtos;
Tú, jamás como se debe
Alabado y bendecido
Por tus proezas, tus méritos,
Tu bondad y tu heroismo,
Sabe, noble Don Quijote
De la Mancha, señor mio,
Que yo soy el caballero
De la Blanca Luna; el mismo

Digitized by Google

Que por sus muchas hazañas
Goza universal prestigio,
No porque embaúque á nadie,
Sino porque venzo y rindo
En ruda lid á mis émulos
Y á mis fieros enemigos,
Según la pública fama
De seguro te habrá dicho.
Yo he venido aquí á buscarte
Para contender contigo
Y probar la fuerza indómita
De tu brazo potentísimo,
Haciéndote conocer
Y confesar, sin ser díscolo,
Que mi dama, sea quien fuere,
Es de hermosura un prodigio
Mil y mil veces más grande,
Más celestial, más divino,
Que la joven Dulcinea
Del Toboso, que es tu ídolo.
Si esto por bien me concedes,
Si proclamas lo que digo,
Me excusarás el trabajo
De cortarte el cuello mísero
Privando al mundo de un hombre
Que cual tú vale tantísimo;
Mas si te niegas á ello
Y luchar quieres conmigo,
Sábete ¡oh gran Don Quijote!
Que yo aquí te desafío,
Declarando de antemano
Que si vencerte consigo,
Cual vencedor me reservo
Ser dueño de tu albedrío,
Imponiéndote tan sólo
Que un año vivas tranquilo
Retirándote á tu pueblo,
Sin que por ningún motivo
Hagas uso de tus armas,
Dedicándote solícito
Al cuidado de tu hacienda
Con tu familia y amigos;

Digitized by Google

Pues á tu alma y tu cuerpo
Importa tal sacrificio.
Por lo demás, si me vences
Mi vida queda á tu arbitrio;
Tuyos serán mis despojos
En franca lid adquiridos;
Tuyos mi caballo y armas,
Y porque lo juzgo lícito
Tuyos serán para siempre
Todos los laureles mios.»
Calló el de la Blanca Luna
Después de haberle advertido
Que sólo un día le daba
Para evitar el conflicto;
Mas Don Quijote, que atónito
Se mostraba, y confundido
Al mirar tanta arrogancia
Por tan fútiles motivos,
Con sosegado reposo
Y ademán severo dijo:
—Caballero de la Blanca
Luna, que ostentais los títulos
De cien hazañas que nunca
Llegaron á mis oidos;
Caballero que intentais
Sacar las cosas de quicio
Solicitando que mientan
Labios que nunca han mentido;
Vos que á mi dama ultrajásteis
Aunque nunca la habreis visto,
(Pues si visto vos la hubiérades
No pecárais de atrevido
Suponiendo que en el mundo
Haya un sér más peregrino
Que mi ilustre Dulcinea
Por quien muero y por quien vivo);
Ved bien lo que es ella y luego
Rectificad vuestros juicios.
No quiero al rostro lanzaros
Un mentís rotundo y rígido,
Que soy cortés y no toco
Con mi lengua al enemigo,

Digitized by Google

Siendo así que gasto espada
Y á mi acero me remito.
Sabed que estais engañado
Y que acepto el desafío
Con las mismas condiciones
Que vos, señor, habeis dicho,
Exceptuando la herencia
De esos laureles magníficos
Que decís habeis ganado
Y que yo no necesito,
Pues me basta con los muchos
Que por mí tengo adquiridos.
Y puesto que según dicen
El tiempo es oro purísimo,
No desperdiciéis el vuestro,
Partid el campo ahora mismo;
Tomad todo el que quisiéredes
Mientras que yo tomo el mio
Y aquel á quien Dios no otorgue
El triunfo, quede vencido
Sometiéndose á las cláusulas
Que habeis dictado vos mismo.»
No bien dijo esto el hidalgo,
Sus caballos respectivos
Volvieron, para atacarse
Á cuál más enfurecidos.

CXXVIII

Percance fiero.

Iban ya los dos ginetes
Á volverse de improviso;
Mas sucedió al propio tiempo
Que por cercano camino
Se vió avanzar al virey
Que con algunos amigos,
Entre los cuales se hallaba
Moreno, llegó á aquel sitio

Digitized by Google

Y halló á los dos contendientes
Dispuestos á hacerse añicos.
  Púsose el virey en medio
De ambos, y saber quiso
La causa que motivaba
Aquel duelo repentino.
Á lo cual, el caballero
De la Blanca Luna hizo
Por contestar, explicándole
Cuanto ya dejamos dicho.
  Oyó el virey la respuesta
Que en nada le satisfizo;
Mas sabiendo que el hidalgo
No tenía entero el juicio,
Presumió que era una burla
Que le habrían prevenido.
Llamó aparte á Don Antonio,
Le preguntó, y éste dijo
Que aquel otro combatiente
Le era desconocido.
  Quedó el virey admirado
Y estuvo un rato indeciso
Sobre si admitir debía
O no, aquel duelo rarísimo
Presenciando la batalla
Que él había interrumpido;
Mas sin poder persuadirse
De que no era un artificio
Todo aquello, complaciente
Siguiendo la broma dijo:
—Si aquí no hay otro remedio
Que el confesarse convicto
O morir, y Don Quijote
En sus trece se ha metido
Mientras se está en sus catorce
Este campeón bravísimo,
A la mano de Dios queden
Y dénse, pues lo han querido.»
  Agradeció el de la Blanca
Luna con discretos giros
Y muy corteses razones
Aquel superior permiso,

Digitized by Google

Mientras que el buen Don Quijote
A su vez hizo lo mismo,
Encomendándose luego
Con fé y ánimo contrito
A Dios y á su Dulcinea,
Tal como siempre lo hizo
Antes de entrar en batalla
O de arrostrar un peligro.
  Después, partieron el campo,
Y sin trompeta ni aviso,
De algún instrumento bélico
Que les infundiera bríos,
Volvieron los dos las riendas
A sus caballos; mas quiso
Dios, ó la mala ventura
De nuestro valiente amigo,
Que Rocinante que estaba
Ya algo más muerto que vivo,
No pudo aguantar el choque
Del cuadrúpedo enemigo
Que arremetiéndole fiero
Le hizo caer de improviso
Arrastrando á Don Quijote;
El cual arrojó un suspiro
Y se sintió lastimado
Y un tanto desvanecido.
  Entonces, el caballero
De la Blanca Luna vino
Sobre él, púsole encima
De la visera el cuchillo
De su lanza, y con imperio
Estas palabras le dijo:
—Vencido estais, caballero;
Y puesto que estais vencido,
Muerto sereis al instante
Si no cumplís como digno
Y bueno, las condiciones
Que los dos nos impusimos
Antes de llevar á cabo
Nuestro mortal desafío.»
  Calló el triunfador, y el triste
Don Quijote, que aturdido

Digitized by Google

Estaba, sin levantarse
La visera, al punto hizo
Un esfuerzo sobrehumano,
Y dando al aire un gemido
Que parecía escaparse
De un hondo sepulcro frío,
Con voz turbada y doliente
Así cuentan que le dijo:
—Dulcinea del Toboso
Es el ángel más divino
Que hay en el mundo, y yo triste
Que así á tus plantas me miro,
El sér más desventurado,
El caballero más digno
De lástima, que en la tierra
Jamás los hombres han visto.
No es bien, no es bien que defraude
Mi flaqueza lo que he dicho,
Que es la verdad una sola
Aun en los labios de un mísero.
Aprieta tu lanza, extingue
Esta vida que abomino;
Y pues destruyes mi honra,
Mátame; te lo suplico.
—Eso no haré yo, jamás,
Contéstale su enemigo;
Viva en toda su entereza
La fama que ha conseguido
Por su simpar hermosura
Y su carácter bellísimo
La señora Dulcinea
A quien respeto y admiro.
Yo tan sólo me contento
Con que el célebre caudillo
Don Quijote de la Mancha,
A quien sus glorias no quito,
Pues glorias como las suyas
Jamás caen en el olvido,
Se retire á su lugar
Un año ó más, si el destino
Lo quiere, y á mí me place
Según lo hemos convenido.»

Digitized by Google

Calló el de la Blanca Luna,
Y el virey con sus amigos
Que presenciaron el caso,
Se mostraron aturdidos
Al oir á Don Quijote
Que angustiado, triste y tímido,
Respondió, que todo cuanto
No redundara en perjuicio
Del honor de Dulcinea
Lo cumpliría sumiso.
No bien esto su adversario
Escuchó, un saludo hizo
Al virey con la cabeza;
Y sin más, acto continuo,
Dando riendas al caballo
Alejóse de aquel sitio
Dejando á todos atónitos
Y á Don Quijote molido.
Mandó el virey á Moreno
Seguir al desconocido
Para averiguar quién era
El que tuvo tal capricho;
Y levantando al hidalgo
Para ver si estaba herido
Le descubrieron el rostro
Que estaba pálido, frío
Y trasudado; advirtiendo
A la vez, que el flaco y tísico
Rocinante, se encontraba
Medio muerto y casi rígido.
Finalmente, Sancho Panza,
Lleno de espanto, afligido,
No sabía qué decirse
Ni qué hacerse el pobrecillo,
Pues aquello, parecíale
Un largo sueño fatídico,
Máquina de encantamento
Y terrible maleficio.
Ver á su señor postrado,
Ver á su amo rendido,
Sin poder usar sus armas
Durante un año.....—Oh ¡Dios mío!

Digitized by Google

Exclamaba; esto es horrible;
Los dos vamos á morirnos.
La luz que alumbró sus glorias
Apagó ese hombre maldito;
Ya no hay farol que nos guíe
Y nos ponga en buen camino.
Quedará tal vez contrecho,
Rocinante, yo tullido,
Y deslocado mi amo,
Deslocado! ¡qué conflito!»
Así se expresaba Sancho
Arrojando mil suspiros,
Hasta que en silla de manos
Fué á la ciudad conducido
Don Quijote, que yacía
Desmayado, tieso y lívido.

CXXIX

Retirada.

Tal vez nuestros lectores
Habrán adivinado
Que el de la Blanca Luna
Era Sansón Carrasco.
En efecto, era el mismo
Bachiller de los diablos
Que fué hasta Barcelona
En busca del hidalgo.
Por el travieso paje
Que llevó los regalos
De la Duquèsa á casa
De la mujer de Sancho,
Supo que ya no estaban
En el ducal palacio
El loco aventurero
Y el escudero sandio.
Entonces, diligente,
Buscó el mejor caballo

Digitized by Google

Y las mejores armas
Que pudo hallar á mano.
Salióse de su pueblo
Seguido de un criado
Que dichas armas lleva
Encima de un buen macho.
Con muy largas jornadas
Hasta Aragón llegaron
Y á visitar los Duques
Se fué Sansón ufano.
El Duque y la Duquesa
Con finos agasajos
Recibiéronle afables
Cual siempre campechanos.
Contáronle los hechos
Del valeroso hidalgo,
Y cómo á Dulcinea
Pintó encantada Sancho.
Dijéronle las farsas
Que habían imaginado
Y los miles de azotes
Que con su propia mano
Debía darse el pícaro
Escudero taimado
Para lograr de aquella
El feliz desencanto.
  Mucho con tales cosas
Gozó Sansón Carrasco,
Diciendo á los dos Duques
Que iba determinado
A buscar nuevamente
A su iluso paisano
Por ver si conseguía
Vencerle y separarlo
De sus necias empresas
Y sueños insensatos.
—Difícil me parece,
Dijo el Duque, intentarlo,
Y aun más el conseguirlo
Pues es duro de cascos.
Mas ya que decidido
Estais á dar tal paso,

Digitized by Google

Sabed que á Zaragoza
Marchó con el buen Sancho
Dispuesto á tomar parte
En cierto simulacro
O justas, que hacen célebres
A los zaragozanos.
Buscadle allí, vencedle,
Cumplid cual buen cristiano
La obra meritoria
Que habeis imaginado.
Lo único que os ruego,
Señor Sansón Carrasco,
Es que nos deis aviso
De haberlo efectuado.»
Después de prometerlo
Se despidió en el acto,
Y marchó á Zaragoza
Siguiéndole su fámulo.
No pudo hallarle en ella,
Y asaz desconcertado
Retrocediendo un poco
Llegó á un pueblo inmediato
Donde diéronle informes
Un poco detallados.
Entonces tomó lenguas,
Trazó su itinerario
Y cautelosamente
Logró seguir los pasos
Del triste Don Quijote
Y del insigne Sancho.
Llegando á la metrópoli
Del noble Principado,
Consiguió la revancha
Del anterior fracaso.
Venciendo al caballero
Le impuso sus mandatos
Y retiróse al punto
Según queda indicado;
Mas al pisar las calles
De la ciudad, cercado
Se vió por un sinnúmero
De traviesos muchachos

Digitized by Google

Que con silbos y voces
Le atajaban el paso.
Don Antonio Moreno
Seguíale entre tanto
Y evadirse no pudo
De tan terrible asalto.
Por fin los dos ginetes
En un mesón entraron,
Y en una sala baja,
Después de desmontados,
Alzando la visera
El bachiller Carrasco
Le dijo á Don Antonio:
—No me parece extraño,
Señor, que esteis curioso
Al ver lo que ha pasado
Y que el virey os mande
Que me sigais los pasos.
Así, pues, francamente,
Mientras que me desarmo
Y este criado mio
Se encarga de estos bártulos,
Os diré por qué causa
Tan raras cosas hago.
Sabed que soy del pueblo
Donde nació el cuitado
Á quien dejo rendido
Por ver si lo rescato
De las cautividades
Del error y el engaño.
Èl siempre fué hombre probo
Y muy morigerado;
Pero perversos libros
Su juicio trastornaron.
Hízose caballero
Andante, salió al campo
Y al buscar aventuras
Tan solo encuentra palos.
Con ese Sancho Panza,
Que es tonto rematado,
Va cosechando risas
Y produciendo escándalos.

Digitized by Google

Yo al mirar su demencia
Y al contemplar el llanto
De una sobrina y ama
Que tiene el desdichado,
De acuerdo con el Cura
Del lugar, y un paisano
Que Nicolás se llama,
Salí á su encuentro armado,
Siendo mi único objeto
Vencerle y apartarlo
De esa arrastrada vida
Que le va aniquilando.
Logré encontrarle y pronto
Vinimos á las manos;
Mas tuve la desgracia
De caer del caballo
Sobre unos maldecidos
Puntiagudos guijarros
Que tres de mis costillas
Crueles fracturaron.
En vez de imponer leyes
Sufrí el dolor amargo
De recibir las órdenes
Del débil adversario.
Mandóme ir al Toboso;
Mas yo no le hice caso,
Pues es y fué su amada
Un ente imaginario.
Pero juré vengarme;
Venganza que hoy alcanzo
Á la vez que realizo
Un hecho humanitario.
Que si él vuelve á su casa
Será fácil curarlo
De esa fatal manía
Que todos lamentamos;
Por esto á Barcelona
Vine, y de ella me marcho
Seguro de que el triste
Sabrá cumplir su pacto,
Pues aunque loco, es hombre
Veraz, digno y honrado.

Digitized by Google

Lo que tan sólo os pido
Por Dios y por los santos
Es que no le digais
Que fué Sansón Carrasco
El que logró vencerle;
Pues, de saberlo, acaso
Vería mis intentos
Por siempre malogrados.
Y pues mi nombre os dije
Y todo os lo he contado
Permitid que os ofrezca
Mi amistad y mi mano.»
Tomóla Don Antonio
Diciendo:—Grande agravio
Haceis á todo el mundo,
Pues quereis hoy privarnos
Del más gracioso loco
Que el mundo ha contemplado.
Jamás con su cordura
Veremos compensados
El gusto que nos daban
Los tiernos arrebatos
Y dulces pensamientos
De su cariño santo.
Temo por otra parte,
Señor Sansón, que en vano
Intentais volver cuerdo
Al que está rematado;
Pues curar lo incurable
Es en extremo árduo.
Por lo demás, prometo
Que por mí el buen hidalgo
Jamás sabrá que fuísteis
Su vencedor bizarro.»
De este modo siguieron
Corteses conversando
Don Antonio Moreno
Y el bachiller Carrasco.
Habló con el virey
Aquel, y éste guardando
Sus armas, salió luego
De Barcelona, ufano

Digitized by Google

Con haber conseguido
El triunfo deseado.
. . . . . .
Mientras tanto ¿qué hacía
El infeliz hidalgo?
Ay! el triste lloraba
Sin tregua ni descanso.
Seis días en el lecho
Pasó el desventurado;
Seis días y seis noches
Que fueron siglos largos.
Marrido, triste, inquieto,
Mal acondicionado,
Yendo y viniendo siempre
Entre sueños fantásticos
Por la arenisca playa
Do el vencimiento infausto
Llegó á ocurrir; sufría
Angustias, sobresaltos
Y penas y dolores
Y lánguidos desmayos.
Al ver su amarga cuita
Consolábale Sancho
Y entre otras cosas, díjole
Con grande desenfado:
—Señor mío, levante
Vuesa merced el gallo,
Y alégrese, si puede,
Al cielo gracias dando
Por que al caer en tierra
No sufrió su espinazo,
Ni rotas sus costillas
Por fortuna quedaron
Al dar con Rocinante
Tan fiero batacazo.
Donde las dan las toman,
El tiempo hay que tomarlo
Según viene y el mundo
Está siempre rodando.
Hasta las piedras mesmas
Se encuentran en el campo
Y no siempre hay tocino

Digitized by Google

Donde hay estacas; vámonos
A nuestro pueblo y casa,
Y dejemos á un lado
Las negras aventuras
Que dan perversos ratos.
Yo al dejar mi gobierno
De él salí escarmentado,
Y por nada del mundo
A gobernar me allano;
Mas quisiera ser Conde
Y eso no he de lograrlo
Si su merced renuncia
A ser rey soberano
Y deja el noble oficio
Que vino profesando.
Por esto soy sin duda
Aquí el que menos gano,
Pues ya no hallaré medio
De alcanzar el Condado.
Mis locas esperanzas
Se han ido marchitando
Y en vez de lindas flores
Tan sólo encuentro cardos.»
Oyó el buen Don Quijote
Las palabras de Sancho
Y dijo:—No te apures,
Mitiga tu quebranto.
Mi reclusión forzada
Durará solo un año,
Después del cual, podremos
Salir de nuevo al campo
Siguiendo mis valientes
Ejercicios honrados
Sin que me falte un reino
Que gane, y un condado
Que pueda transmitirte
Por premio á tus trabajos.
—Dios le escuche y lo haga,
Responde consolado
El escudero al punto;
Que según dijo un sabio
Es mejor que una buena

Digitized by Google

Esperanza tengamos
Que posesión mezquina
De ruines aparatos.»
. . . . . .
Pasaron unos días
Y al verse algo aliviado
Se despidió de todos
El ingenioso hidalgo.
Después, aunque con pena,
De su palabra esclavo,
En camino se puso
Humilde y desarmado.

CXXX

A la sombra de un árbol.

Al salir de la bella Barcelona
Nuestro ilustre manchego iba montado
En su fiel Rocinante, y Sancho Panza
Detrás marchaba *pédibus andando*,
Porque su rucio sobre sí llevaba
Las armas mohosas del valiente hidalgo.
No hay que decir que estaba Don Quijote
Sumamente abatido y afectado,
Y que lo estuvo más al ver el sitio
En que quedó á merced de su adversario.
—Aquí, exclamó en extremo conmovido,
Perdí mi honor y dejo sepultados
Con mis glorias pasadas, mis intentos
Presentes, que suspendo por un año.
Aquí marchitos mis laureles miro
Por culpa mía, pues por ser incauto
No conocí ¡ay de mí! que Rocinante
Ocioso, sibarita, afeminado,
No podía afrontar la fuerza indómita
De aquel feroz descomunal caballo
En que montaba el de la Blanca Luna
Y que ha sido la causa de mi daño.

Digitized by Google

Oh! vámonos de aquí, Sancho querido;
Por Dios aviva el perezoso paso,
Que estoy vencido y mi promesa honrada
Cumplirse debe; á nuestro pueblo vamos.
—Eso, señor, responde Sancho Panza,
No es tan fácil de hacer como es mandarlo;
Que voy á pie y á su merced le cuesta
Que son mis pies un poco delicados.
Así, pues, serán cortas las jornadas
Si no puedo subir sobre mi asno,
Para lo cual, vuesa merced pudiera
Colgar esos trebejos en un árbol,
Y aun si me apura mucho, á Rocinante
A quien me holgara mucho verle ahorcado,
Por débil y por flojo, torpe y mandria,
Cobarde, sibalita y mentecato.
—Eres cruel, replica Don Quijote;
Y además de cruel desvergonzado.
¿Quién te ha dicho que yo con quien me sirve
Honradamente, puedo ser ingrato?
Marcha de prisa si tus pies te dejan
Y si no te dejaren, vé despacio.»
Terminada esta plática, siguieron
Todo aquel día mustios caminando
Sin que nada de nuevo sucediera
Ni les llamara la atención; pasaron
Otros dos días de la misma suerte,
Teniendo que dormir los dos al raso
La noche del tercero; luego vino
A mostrarles su luz el día cuarto
De su jornada próspera; y ya había
El sol el horizonte promediado
Cuando vieron llegar por el camino
Que llevaban, un hombre que marchando
A pie con sus alforjas sobre el cuello
Y una azcona ó gran chuzo en una mano,
Correo pedestre ó propio parecía
Según lo mucho que apretaba el paso
Moviendo sus dos piernas larguiruchas
Pues era un mozo de gentil tamaño.
Llegó por fin, y al ver á Don Quijote
Dió muestras de sentirse alborozado,

Digitized by Google

Pues corriendo hacia él le abrazó un muslo
Diciéndole á la vez con entusiasmo:
—¡Oh! señor Don Quijote de la Mancha!
Cuánto placer recibirá mi amo
Al saber que volvéis á su castillo
En donde todos os estiman tanto.
—Yo no os conozco, amigo, respondióle
Don Quijote: no sé quién sois, ni hago
Memoria...—Es natural, dijo el correo;
Que el día en que me vísteis iba armado
Y tan sólo un instante mi visera
Para que no me ahogara levantaron.
Yo, señor caballero, soy Tosilos;
Aquel Tosilos mísero criado
Del Duque mi señor, que entrar no quise
Con vos en riña estando enamorado
Y queriendo casarme con la hija
De Doña Rodríguez...—Sí, ya caigo,
Replicó Don Quijote; y por Dios juro
Que me dejáis atónito y estático.
¿Es posible que vos seáis el mismo
A quien los viles y envidiosos magos,
Encantadores enemigos mios,
Convirtieron de súbito en lacayo
Por defraudarme de la prez y honra
Que en el palenque hubiera yo alcanzado?
—Calle mi buen señor, dice el correo;
Calle y sepa que allí no cupo encanto
Ni mudanza de rostro; tan Tosilos
Lacayo entré en la lid, como lacayo
Tosilos salí de ella, esto es lo cierto
Y lo demás es todo imaginario.
Si yo reñir no quise aquella tarde
Fué por creer que el lance era excusado;
Vos queríais casarme con la moza
Y á mí la moza me flechó en el acto.
Por desgracia, tan luego como os fuísteis
Del castillo, quedé desamparado
Y el Duque mi señor muy ofendido,
Por no ser yo obediente á los mandatos
Que me dió al iniciarse el desafío,
Dispuso darme un centenar de palos.

Digitized by Google

Como siempre sucede en este mundo
La soga se quebró por lo delgado
Y hoy la muchacha es monja sin quererlo;
Doña Rodríguez se volvió en el acto
A Castilla, y yo triste, convertido
En mísero correo sin caballo,
A Barcelona voy con unas cartas
Que dirige al virey mi señor amo.
En estas mis alforjas llevo vino
Que aunque está algo caliente es de lo caro;
Si sed vuestra merced siente á estas horas,
A su salud echemos un buen trago.
Y si quiere probar un rico queso
De Tronchón, que es muy propio para el caso
De despertar la sed, yo se lo ofrezco
Pues tengo mucho gusto en obsequiarlo.
—Quiero el envite, dijo Sancho Panza
Terciando de repente en el diálogo;
Eche el resto la noble cortesía
Y escancie el buen Tosilos sin reparo,
A despecho y pesar de los tunantes
Encantadores y perversos magos
Que hay en las Indias.—Siempre fuiste el mismo,
Exclamó Don Quijote disgustado;
Dí, ignorante, glotón, ¿no te persuades
De que este correo tiene encanto
Y es contrahecho este Tosilos? quédate
Aquí con él, y llénate ese pancho,
Que yo me iré adelante poco á poco
Y esperaré á que vuelvas embriagado.»
Esto dijo apartándose un buen trecho;
A su costa rióse el ex-lacayo
Y sacando una senda calabaza,
Queso y un panecillo, se sentaron
Sobre una alfombra de mullido césped
Donde á fuerza de besos y de halagos
Que el vino mereció, del pan y el queso
La abundante ración despabilaron,
Mientras Tosilos ledo y sonriente
De esta manera conversó con Sancho:
—Sin duda este tu amo, Sancho amigo,
Debe de ser un loco rematado.

Digitized by Google

—¿Cómo debe? replica el escudero;
Los que tal te dijeron te engañaron,
Pues nada debe á nadie, sobre todo
Si con locuras vérifica el pago.
Yo mil veces le advierto que está ido;
Mas no me atiende, y ahora rematado
Va el infeliz porque se vé vencido
Humildoso y sujeto á los mandatos
Del caballero de la Blanca Luna.
—Eso pica en historia, cuenta, Sancho.
—No puede ser: pues como tú comprendes
En comer y en beber los dos pasamos
Un rato regular, y no es decente
Que me haga esperar segundo rato.
Si otro día volvemos á reunirnos
Yo te prometo referirte el caso.»
Esto dijo el buen Panza levantándose
Después de haberse sacudido el sayo
Y las migajas de la barba; y luego
Antecogiendo al rucio con cuidado
Dió un adios á Tosilos, y derecho
A incorporarse fué con el hidalgo
Que con santa paciencia le esperaba
A la sombra de un árbol.

CXXXI

Proyectos felices.

A la sombra de un árbol Don Quijote
Estaba embebecido vueltas dando
En su enfermo magín á cosas tales
Que el tiempo se le iba sin notarlo.
Cual moscas á la miel los pensamientos
Le acudían; mas él sus picotazos
No sentía, ni acaso los sintiera
Aunque las tales moscas fueran tábanos.
Pensaba en el encanto de su amada,
Pensaba en abreviar el desencanto,

Digitized by Google

Y pensaba también en lo que haría
En su retiro hasta pasarse el año.
Llegó hasta él al cabo Sancho Panza
Que ponderó la cortesía, el garbo,
La liberalidad, la gallardía
Y amable condición del buen lacayo;
(Y aquí sin duda hablaba por su boca
El vino aquel que confortó su estómago).
Salió por fin de su abstracción profunda
El triste caballero, y dijo á Sancho:
—¿Es posible que creas todavía
Que es ese tal, legítimo lacayo?
¿Se te fué por ventura de las mientes
Que viste por tus ojos trastrocado
Al ángel de mi amor en labradora
Rústica y zafia y fea como un sapo?
¿Olvidaste también al caballero
De los Espejos, que por artes mágicos
Tan de repente vimos convertido
En nuestro amigo el bachiller Carrasco?
Desengáñate, y cree que Tosilos
Es un Tosilos contrahecho y falso.
Pero ya que con él hoy estuviste
Departiendo, bebiendo y embaulando,
¿Has inquirido lo que Dios ha hecho
De Altisidora? ¿De su atroz desmayo
Logró volver al fin? ¿Mató la ausencia
Su amor y su dolor? ¿Siguió llorando,
O consolada púsome en olvido?
—Hablándole en verdad, repuso Sancho,
Yo no pensé en la tal Altisidora;
Y á decir lo que siento, juzgo extraño
Que en tales boberías ahora piense
Vuesa merced estando como estamos.
Cuerpo de mí! señor, ¿se considera
En términos de hacer hoy calindarios
Para entrar en ajenos pensamientos
Y en amorosos frívolos cuidados?
—Dirás frívolos, hombre, no seas romo,
Replicó Don Quijote; y yo no alcanzo
A comprender que ahora me amonestes.
Porque habrás de saber, amigo caro,

Digitized by Google

Que hay mucha diferencia entre las obras
Que hacemos por amor puro ó liviano,
Y aquellas otras que el deber impone
Al mandar que jamás seamos ingratos.
Quísome bien la pobre Altisidora,
Dióme tres tocadores, vertió llanto
Desconsolada al ver que yo partía;
Maldíjome sus carnes pellizcando,
Vituperóme airada, y la vergüenza
Se echó á la espalda con indicios claros
De estar loca por mí. ¡Triste doncella
Que tales pruebas de adorarme ha dado!
Yo no tuve esperanzas que ofrecerle
Ni tesoros que darle, pues al cabo
Mis esperanzas son de Dulcinea,
Y si tesoros busco, no los hallo.
Y ahora que el nombre de mi ilustre dama
Pronuncia audaz mi balbuciente labio,
Debo decirte con veraz franqueza
Que hace tiempo la vienes agraviando
No queriendo azotarte como es justo
Y ofreciste á Merlín. Flojo y taimado
Guardas ¡ay! esas carnes pecadoras,
(Que comidas por lobos y por grajos
Yo ver quisiera), no para hacer nobles
Acciones, y sacarme de cuidados,
Sino por ver que á devorarlas vengan
En tu lóbrega tumba los gusanos.»
Así dijo con tono muy patético
El triste caballero desdichado;
Y Sancho que le oyó, con mucha flema
Contestó:—Yo, señor, por más que hago
Y me devano el seso, no consigo
Presuadirme que tengan que ver algo
Mis pobres inocentes posaderas
Con esos misteriosos desencantos.
De todos modos azotarme ofrezco
En cuanto tenga gana y buenos ánimos,
Que ahora el tiempo no está muy á propósito
Y otros vendrán mejores para el caso.
—Así sea, responde el caballero;
Dios te ilumine, que el objeto es santo

Digitized by Google

Y Dulcinea del Toboso espera
Que te conduzcas como buen criado.»
En estas y otras parecidas pláticas
Los dos siguieron por los mismos pasos
Y sitios que en su último viaje
Al ir á Barcelona atravesaron:
Y al llegar al paraje en que se vieron
Por los feroces toros arrollados,
Exclamó Don Quijote:—Este es el mismo
Alegre, fresco y deleitoso prado
En que aquellas pastoras tan bizarras
Y en que aquellos zagales tan gallardos
Una feliz y pintoresca Arcadia
Llena de lujo y de primor fundaron.
Pensamiento más nuevo, más fecundo
No cupo nunca en el ingenio humano,
Y si á tí te parece, yo querría
Que al momento en pastores nos trocáramos,
Al menos por el tiempo que nos dure
El destierro á que fuimos condenados.
Yo compraré unas cuantas ovejuelas
Con todo lo que sea necesario
Al pastoral oficio, y desde luego
Cambiando letras, hemos de llamarnos
Yo el pastor Quijotiz y tú Pancino
Que son nombres sonoros y adecuados.
Iremos por los montes y las selvas
Y por los verdes extendidos campos
Cantando aquí, endechando en otras partes,
Bebiendo de los líquidos y claros
Cristales de las fuentes; de los limpios
Arroyos ó del rio desatado.
Daránnos á comer con abundancia
Su dulcísimo fruto los castaños
Ó la robusta encina; fuerte asiento
Los duros alcornoques centenarios;
Sombra los sauces, su fragancia el pino,
Olor las rosas ó el tomillo grato,
Hermosa alfombra de colores bellos
El blando césped que entapice el prado;
Aliento el aire transparente y puro,
Su luz la luna, su fulgor los astros

Digitized by Google

Que brillan en el fondo de la bóveda
Celeste, cuando el sol se va al ocaso.
Y sentiremos gusto y complacencia
Al oir la dulzura de los cánticos;
Y el lloro trocaráse en alegría.
Apolo nos dará versos sagrados
Y el amor sus conceptos elocuentes;
Con cuyos bienes, dichas y regalos
Nos haremos eternos y famosos
No sólo en este siglo, sino en cuantos
Están aun por venir.—Buena pintura!
Exclamó Sancho Panza entusiasmado.
Me cuadra y aun me esquina toda ella,
Y al oirle de gusto me relamo.
Compre luego las mansas ovejitas
Y seamos los dos al punto arcadios.
Puto de mí! con vida tan sabrosa
Me chuparé los dedos de las manos
Y hasta el codo también, y estoy seguro
De que al vernos pasar tan buenos ratos
Han de tener invidia de nosotros
Más de uno, de dos, de tres y cuatro.
Verá vuesa merced cómo se vienen
Á nuestro aprisco el bachiller Carrasco,
Maese Nicolás y acaso el mesmo
Señor Cura, trayéndose sus hábitos.
—Dices verdad, replica Don Quijote,
Y si vienen los tres á nuestro hato
Se llamará el barbero Niculoso
En vez de Nicolás, pues ya ha pasado
Que á Boscan, famosísimo poeta,
Nemoroso las gentes le llamaron.
Respecto al bachiller, debe llamarse
El pastor Sansonino ó Sansoniano
Ó el pastor Carrascón, pues todo suena
De un modo muy poético y fantástico.
Para el Cura no encuentro todavía
Un seudónimo propio y atinado;
Mas poniéndole algún derivativo
Llamarle pueden el pastor Curiambro.
Las pastoras que sean dulce objeto
De nuestro amor, finezas y cuidados,

Digitized by Google

Como entre peras escoger sus nombres
Bien podrán fácilmente y sin trabajo.
Y puesto que el que lleva mi señora
Lo mismo cuadra al noble que al villano,
Á la princesa ó la pastora humilde,
Desde luego prefiero no cambiarlo.
Tú pondrás á la tuya el que quisieres.
—El que pienso ponerle, dijo Sancho,
Será el de Teresona, que de molde
Vendrá con su gordura y su tamaño
Y encajará en los versos que le haga
Declarando que he sido fiel y casto.
El señor Cura... digo...me parece...
—Habla, hombre.—Pues digo que no hallo
Razón para que tenga una pastora
Siendo su menisterio honesto y santo.
Si el bachiller la tiene es otra cosa,
Su alma en su palma, en ello no habrá escándalo.
—Válame Dios! exclama Don Quijote
Tan jovial, tan feliz y alborozado
Como el chicuelo que al hacer novillos
Trisca y salta y se cree en un pináculo.
¡Válame Dios! repite; ¡qué gran vida
Desde ahora en adelante hemos de darnos!
¡Qué músicas de alegres churumbelas
Sonarán por do quier regocijándonos!
¡Qué de sonoras gaitas zamoranas,
Tamborines, rabeles, y otros gratos
Instrumentos vendrán á complacernos
Llenando de harmonías el espacio!
Ah! qué fiestas! qué danzas! qué cantares!
Y como sabes tú que soy un tanto
Poeta, y en bucólica está ducho
Ó lo debe de estar Sansón Carrasco,
No habrá más que pedir, pues habrá idilios
Y eglogaremos todos á destajo.
No sé si el señor Cura será vate
Ó en el versificar será novato,
Pero sospecho que tendrá sus puntas
Y ribetes de poeta aficionado.
De maese Nicolás nada te digo
Pues es barbero, y todos por su cargo

Digitized by Google

Son bandurristas y copleros, todos
Manejan la navaja y el guitarro.
Yo entonaré mis quejas á la ausencia;
Tú alarde harás de firme enamorado,
Y al pastor Carrascón tristes endechas
Inspirará el desdén de un ser ingrato.
El cura Curiambro por su parte
Hará sonetos con los pies forzados,
O acrósticos sublimes que á su margen
Lleven escrito el nombre de algún santo.
Así irá todo bien y no habrá nada
Que desear.—Repito, dijo Sancho,
Que esa vida me encanta y enajena;
Mas nací por mi mal tan desgraciado
Que temo que no llegue el causto día
De entenderme y charlar con el rebaño.
Si llego á verme allí ¡válgame el cielo!
Verá vuesa merced las cosas que hago.
¡Qué polidas cucharas! qué de migas,
Qué de natas, guirnaldas, frescos ramos,
Y otras mil zarandajas pastoriles
Que bizco dejen á cualquier cristiano!
Sanchica, mi hija, que es muy cocinera
Conducirá nuestra comida al hato....
Pero no, tente lengua, que ella es guapa
Y allí no faltarán mozos taimados
Que pudieran tenderle con cautela
Fingiendo amor, sus traicioneros lazos.
Los malos pensamientos nacer suelen
Lo mismo en las ciudades que en los campos
Y en peligro se encuentra una doncella
Ya ocupe humilde choza, ya un palacio.
Quien quita la ocasión, quita el peligro;
Muerta la causa, muérese el pecado;
Ojo avizor vé claro entre las sombras,
Y nada vé el que cierra los dos párpados.
Quien no mira adelante, atrás se queda;
Y vale más en mi conceto un salto
De mata, que los ruegos de hombres buenos.
—Sancho! Sancho! por Dios ¿dónde vas, Sancho?
¿No te he dicho mil veces que por pródigo
De refranes, te haces en tu trato

Digitized by Google

Asaz insoportable y fastidioso?
No refranees más, vamos andando;
Y pues la noche oscura se aproxima,
De este camino real los dos salgamos
Para pasarla como Dios nos diere
A entender, en la falda de un ribazo.»
Retiráronse, pues, y en la llanura
Inmediata, por fin se acomodaron;
Cenaron tarde y mal, y poco á poco
Dormir les hizo su mortal cansancio.

CXXXII

Aventura cerdosa.—Secuestro.

Sumido estaba en su profundo sueño
Muy feliz Sancho Panza
Cuando de pronto despertó su dueño
Que en paz no vive, ni sosiego alcanza.
Tan solo la esperanza
De ver desencantada á Dulcinea
Le sostiene en el mundo;
Sólo le anima tan feliz idea;
Para él lo demás es infecundo:
Nada sin eso conseguir desea.

Pensando en su adorado
Tormento, se quedó tan desvelado
Que poniéndose en pie dormir no quiso;
Antes bien, de improviso
A Sancho despertó lleno de enfado.
—Estoy maravillado
Al mirarte dormir, díjole entonces;
Tú no debes de ser de carne y hueso,
Sino de pedernales y de bronces.»

Al mirarme sufrir mi pena amarga
Y agotar con exceso
Mi cáliz del dolor, duermes tranquilo;

Digitized by Google

Jamás un dulce sentimiento embarga
Tu duro corazón, mientras yo en vela
Mis esperanzas, mi ilusión mutilo,
Y nada de este mundo me consuela,
Tú te estás como un leño
Gozando siempre de apacible sueño.
Yo lloro cuando tú coplas ensartas
Con voz que me fastidia y alborota;
Yo me desmayo cuando tú te hartas
Sangrando el cuerpo de tu hinchada bota.»

»Desdichado de mí! más me valdría
Irme solo que mal acompañado;
Tu indiferencia al menos no vería;
Y acaso me miraran con agrado
Las encinas, la fuente, la alta peña,
Que aun siendo tan extrañas,
Deben tener más blandas las entrañas
Que las tuyas de piedra berroqueña.»

»Contempla con el alma compungida
Lo serena que está la noche; advierte
Como esta inmensa soledad convida
A pensar en las cosas de la vida
Y también en las cosas de la muerte.
Muerta está ó poco menos Dulcinea;
Sácala ya de su sepulcro estrecho;
Sigue ¡oh Sancho! mi idea;
Levántate, desvíate algún trecho
Y sin mostrar entendimiento romo
Aplícate con mano poderosa
Por debajo del lomo
Cuatrocientos azotes ó quinientos
Sin hacer aspavientos,
Pues tu acción será noble y generosa.»

»Después que te hayas dado
A buena cuenta los que dejo dicho,
Pasaremos el resto de la noche,
Sin que nadie se acerque y nos reproche,
Cantando yo mi ausencia
Que me tiene en tan bárbaro entredicho,

Digitized by Google

Y tú la consecuencia
Del castísimo amor que has consagrado
A tu fiel Teresona,
Que es en verdad dignísima persona;
Con lo cual desde luego empezaremos
El ejercicio pastoral que antes
Acordado los dos, gustosos hemos.
Oh! seamos pastores trashumantes;
Formemos nuestro rancho;
Venga á él Dulcinea, que es mi gloria,
Y ya verás como tu nombre ¡oh Sancho!
Registrará en sus páginas la historia.»

De esta suerte el cuitado caballero
Presentaba argumentos y razones;
Mas ¡ay! que empedernido el escudero
Por no decir amen, dijo que nones,
Añadiendo que no era religioso
Para disciplinarse; y que sería
La mayor tontería
Que después del dolor de los azotes,
Con necio afán y empeño estrafalario
Se pusieran los dos á hacer el oso
Cantando cual si fueran unos zotes
En un paraje oscuro y solitario.

Hallábanse en el punto
Más culminante de tan grave asunto,
Cuando llegó á su oido
Un sordo estruendo y áspero ruido
Que por todo aquel valle se extendía
Y con terrible son repercutía.
Entonces el valiente aventurero
A su cinto llevó la mano diestra
Dando de arrojo señalada muestra;
Mas no encontró su espada
Porque estaba la pobre secuestrada
Desde el día fatal que él en persona
Salió de la ciudad de Barcelona.
Entonces, recordando con despecho
Que vencido se hallaba y desarmado,
Tristes suspiros se arrancó del pecho

Digitized by Google

Viendo á la vez que Sancho agazapado
Debajo de su rucio, hecho un ovillo,
Tiritaba de miedo el pobrecillo.

Y entretanto el estruendo pavoroso
Se iba acercando más; y más crecían
Las ánsias del criado temeroso
Y las dudas del amo valeroso
Que las causas de aquello no entendían,
Juzgando que era cosa grave y seria,
Siendo todo en verdad una miseria;
Pues eran unos hombres que llevaban
Sobre seiscientos puercos á una feria
Y los fieros é inmundos animales
Al ver que su carrera estimulaban
Formaban desconciertos infernales.

Llegó al fin en tropel la gruñidora
Piara, cuyo aspecto daba grima;
Y cual torrente ó río desbordado
Pasaron muchos cerdos por encima
Del pobre caballero atribulado,
Y sobre el triste Sancho, y sobre el rucio
Que en lo grave y sesudo era un Confucio.
Y llevaron gran trecho por delante
Al escuálido y triste Rocinante
Esparciendo á la vez, ya cerca ó lejos,
Alforjas, armas y demás trebejos.

Incorporóse Sancho como pudo
Sumamente indignado y corajudo,
Y tomando la espada
De su señor, gritó con voz airada:
—Como me llamo Sancho
Que aquí he de hacer horrible zafarrancho.»
Mas Don Quijote, dijo:—No seas terco,
Que fuera desvarío
Querer que se desdore
Con la villana sangre de un vil puerco
La limpia hoja del acero mío.
Deja que huyan, deja que devore
¡Triste de mí! en mi situación violenta

Digitized by Google

Tan miserable afrenta;
Que eso y aun más se tiene merecido
Un caballero andante
Que por no ser prudente y precavido,
En un supremo instante
En lugar de vencer, se vió vencido.»

—Y ¿qué he de decir yo? Sancho responde;
¿Dónde se ha visto, dónde,
Que las faltas del bobo caballero
Las haya de pagar el escudero?
En estas malandanzas,
Donde vengo á sacar tales escotes,
¿Qué es lo que tienen de común los Panzas
Con la raza infeliz de los Quijotes?
Oh! más vale dormir; la batahola
De los puercos cesó, y por vida mía
Que me vuelvo á tender á la bartola
Hasta que apunte el venidero día.»

Esto dijo, y tendiéndose, al instante
Nuestro escudero se quedó dormido;
Mas no así Don Quijote, que sumido
En su eterno dolor, con voz doliente
Exclamó de repente:
—Duerme, sí, que yo en tanto
Veré correr las fuentes de mi llanto.
Y á fin de que los muchos pensamientos
Que en mi mente hormiguean
No aumenten mis atroces sufrimientos
Y menos tristes y terribles sean,
Voy á cantar aquel madrigalete
Que ayer mañana improvisé, y que un día
En mármol grabará la mano mia.»

Dijo, y después á un árbol arrimado
Cantó con voz gangosa y en falsete
Una trova tan tierna y tan cuajada
De poéticos giros,
Que le arrancó del alma mil suspiros
En tanto que sus ojos
A fuerza de llorar estaban rojos.

Digitized by Google

Brilló por fin la luz pura y galana
De una fresca hermosísima mañana,
Y Sancho al despertar, con desconsuelo
Vió sus cosas tiradas por el suelo;
Y lo que más sentía
Lo que mató su gozo
Fué el contemplar el mísero destrozo
Que en su repostería,
Que era su encanto y su ilusión más cara,
Hizo la infame fugitiva piara
Que con bestialidad y en su impudicia
Vino á llenarlo todo de inmundicia.

Después de largo rato
Les fué preciso levantar el hato
Para seguir de nuevo su camino;
Lo mandaba el destino!
Y el triste Sancho que limpió lo sucio
Puso la albarda al rucio,
Colocó sobre ésta la armadura
Del cuitado y vencido caballero,
Y ensillando después á Rocinante,
Arrojando un gemido lastimero
Al tomar otra vez la carretera,
Siguieron adelante
Con lento paso sin chistar siquiera.

Así cuenta la historia que marcharon
Durante todo el día;
Mas al caer la tarde contemplaron
Cierto tropel de gente que venía
En dirección contraria; y distinguieron
Diez hombres de á caballo que con lanzas
Y demás adminículos marciales,
Con algunos de á pie, también armados,
Venían por aquellos andurriales
Tal vez llenos de infames esperanzas;
Tal vez á dar un golpe aparejados.

Sobresaltóse al verlos Don Quijote
A pesar de sus bríos y denuedo,
Y Sancho que no estaba para bromas

Digitized by Google

Cobró una dósis regular de miedo.
Entonces con gran pena
Dijo el primero:—Observa, amigo Sancho,
Á lo que el hado adverso me condena,
Pues si armado á estas horas me encontrara
De seguro otro gallo nos cantara.
Mas hoy que estoy vencido
Yo no sé lo que soy ni lo que he sido.
En fin, veamos lo que quieren estos
Que á darnos guerra acaso estén dispuestos.»

Llegó por fin la misteriosa gente,
Y todos de repente
A nuestros dos viandantes rodearon,
Y aunque sus lenguas se mostraban mudas,
Con violento ademán y formas rudas
Al pobre Don Quijote amenazaron,
Dirigiéndole al pecho las agudas
Puntas de acero de sus fuertes lanzas,
Mientras que Sancho, en su interior, decía
Con gran melancolía:
—Por Dios que no me gustan estas chanzas.»

Después uno de á pie poniendo un dedo
En la boca, en señal de que guardaran
Silencio sepulcral, con arrogante
Imperio, asió del freno á Rocinante
Apartándole al punto del camino;
Y los demás hicieron otro tanto
Con Sancho y con el rucio; y era cosa
En extremo curiosa
Que al llevar adelante acción tan fiera,
Que hermanaba la fuerza con el dolo,
No hubo uno tan solo,
Que soltase una sílaba siquiera.

Sólo una vez ó dos, quiso el hidalgo
Que le dijesen algo
Sobre aquella feroz acometida
Y secuestro cruel; pero enseguida
Los vándalos inícuos le pusieron
Las puntas de sus lanzas junto al rostro,

Digitized by Google

Con lo cual consiguieron
Los que mostraban corazón de roca
Y entereza de acero y de diamante,
Que nuestro pobre caballero andante
No se atreviese á despegar su boca.
Después el sol, su coche
Fué conduciendo rápido á su ocaso;
Y al descender la noche
Por sendas y veredas ignoradas
Fueron marchando todos paso á paso.
Y luego entre las verdes enramadas
Resonaron fatídicos acentos
Que en alas de los vientos
Para aumentar su horror fueron traídos
De Don Quijote y Sancho á los oidos,
Renovando do quier sus hondas cuitas.

Y aquellas voces sin cesar clamaban:
—Caminad, trogloditas;
Guardad silencio, bárbaros scitas;
Leones, Polifemos, antropófagos,
Pagad vuestros delitos:
Andad, corred, volad, hombres precitos.»
Y Sancho que lo oia
De esta manera en su interior decía:
—¿Nosotros tortolitos ni barberos?
¿Nosotros estropajos?
¿Nosotros dando citas? ¡Qué groseros
Deben ser esos hombres y qué bajos!»

De este modo á la fuerza caminaban
El apenado Sancho y Don Quijote
Que no estaba en verdad menos sombrío.
¿Á dónde los llevaban?
¿Qué sentencia dictó el destino impío?
. . . . . .
Si el buen lector desea
Saberlo á todo trance
Y persiste en su idea,
Puede verlo en el próximo romance.

Digitized by Google

CXXXIII

Escenas lúgubres.

Al salir de la bella Barcelona
Lleno de gozo el bachiller Carrasco,
Se dirigió al castillo de los Duques
Según éstos le habían insinuado.
Dióles de todo minuciosa cuenta,
Y al saber que vencido el buen hidalgo
Empeñada tenía su palabra
De volverse á su aldea desarmado,
El Duque imaginó darle una broma
Que de broma pasaba á ser bromazo.
Nada dijo á Sansón que al otro día
Partió para su pueblo muy ufano
Después de ser en el castillo objeto
De grandes alabanzas y agasajos;
Pero dictó en secreto varias órdenes
Á fin de que se fueran apostando
Por los alrededores muchas gentes
Armadas, ya de á pie, ya de á caballo;
Las cuales como queda referido
De Don Quijote al fin se apoderaron,
Y por ende también de Sancho Panza,
Que unas veces á Dios y otras al diablo
Encomendaba su alma pecadora
Maldiciendo las armas de su amo
Que no le permitían ni un instante
Subirse sobre el lomo de su asno.
De esta manera prosiguió su marcha,
Unas veces á pie y otras andando,
Hasta que al fin sus mudos conductores
Delante de un castillo se pararon.
Bien conoció al momento Don Quijote
Que era aquella mansión donde hospedado
Estuvo muchos días, pero al verla
Murmuró con creciente sobresalto:

Digitized by Google

—Válame Dios! ¿qué es esto? si á esta casa
Do todo es cortesía, fino trato
Y buen comedimiento, me han traído
Poco menos que preso y maniatado,
¿Qué intentarán ahora que infelice
Ni aun siquiera mis armas puestas traigo?
Vencido vengo, y el vencido siempre
Por do quiera que vá recoge agravios,
Que todo el mundo corta y hace leña
Cuando ven que caído se halla el árbol.
De un éxito fatal, víctima he sido,
Y mi desdicha y mi dolor aguanto
Sabiendo que en la tierra es un gran crimen
Y una deshonra el ser infortunado.
Tal vez aquí llegó la vil calumnia
Sus pavorosas alas desplegando;
Tal vez dijo de mí que fuí cobarde
Siendo así que pequé de temerario.»
Con estas y otras cosas Don Quijóte
Estaba su magín atormentando
Cuando vió que las puertas del castillo
Abriéndose ofrecieron paso franco.
Salvaron el dintel y prontamente
Se vió con su escudero arrebatado
Y conducido en hombros de jayanes
Hasta dar en el fondo del gran patio,
Alrededor del cual ardiendo estaban
Cien hachas puestas en blandones altos.
Por los anchos y luengos corredores
Esparcían también fulgor extraño
Más de quinientas luces, colocadas
En candeleros, lámparas y vasos,
Que las densas tinieblas de la noche
Ahuyentaban, al día remedando.
En medio del gran patio se ostentaba
Un magnífico túmulo, forrado
De negro terciopelo, y sobre el túmulo
Que cubría un dosel de luengos paños
De igual naturaleza, se mostraba
Un cuerpo muerto, cuyo rostro pálido
Daba á entender que en vida fué doncella
Llena de dulce, celestial agrado,

Digitized by Google

Y tan bella, que aun muerta parecía
Que á la muerte prestaba sus encantos.
Tenía la cabeza colocada
Sobre rica almohada de brocado,
Y su frente ceñía una guirnalda
Hecha de lirios y olorosos nardos.
Cruzadas sobre el pecho, tiene unidas
Sus blancas, bellas, diminutas manos,
Que sostienen la palma amarillenta
Emblema del pudor y del recato
Que á los cielos conducen á las vírgenes
Cuyo aliento perfuma los espacios.
En las gradas que están bajo su féretro
Vense en forma ordenada colocados
Cien candeleros de bruñida plata,
En los cuales, las velas derramando
Gota á gota sus lágrimas de cera,
Parece que al dolor se han asociado
De aquella soledad que al alma infunde
Negra inquietud y colosal espanto.
A otro lado del patio estaba puesto
Un teatro, en el cual vieron sentados
Dos personajes con corona y cetro
Que reyes parecían; y cercano
A este teatro se elevaba otro
En el cual al momento colocaron
Al atónito y triste Don Quijote
Y al impaciente y afligido Sancho,
Que estaban con los ojos muy abiertos
El hermoso cadáver contemplando,
Persuadidos de que era Altisidora
Que allí gozaba de eternal descanso.
Extremecióse el triste caballero,
Pues la conciencia le escarbaba algo
Y aun es de suponer que sentiría
Algún pavor al ver tal espectáculo.
Poco después el Duque y la Duquesa
Seguidos de gran séquito llegaron,
Y enjugando una lágrima invisible
Subieron tristes al soberbio estrado
En donde estaban los supuestos reyes
Junto á los cuales luego se sentaron

Digitized by Google

En dos sillas riquísimas de plata
Que allí puestas estaban de antemano.
Vió Don Quijote al Duque y la Duquesa
Y les hizo un saludo, doblegando
Todo su cuerpo, mientras ellos mudos
Sus cervices apenas inclinaron.
Entretanto, un ministro de la casa
Con mucha gravedad se acercó á Sancho
Y le puso un ropón negro y cumplido
Que de llamas de fuego está pintado,
Quitándole á la vez la caperuza
Que fué sustituída en aquel acto
Por una gran coroza en la que estaba
Pintada toda una legión de diablos.
Después de colocarle las dos prendas
Se acercó más á él, y en tono bajo
Le dijo lentamente:—Si soltais
Una sola palabra, ó hacéis algo
Inconveniente, al punto seréis muerto.
Ojo al Cristo y cachaza, señor Sancho.»

CXXXIV

La resurrección.

Sobre ascuas estaba el escudero,
Mas al verse de llamas rodeado
Sin que ninguna de ellas le quemase
Ni le diese un calor extraordinario,
Se quitó la coroza y contemplándola
Dijo:—Pues estas llamas, y estos diablos
Ni me consumen ni me llevan, ruede
La bola hasta que yo mande hacer alto;
Que no lo mandaré por vida mia,
Hasta ver si se pasa este chubasco.»
Así pensaba el mísero escudero,
Y Don Quijote estuvo contemplándolo
Sin poder contener una sonrisa
Algo imprudente que asomó á sus labios.

Digitized by Google

Después de esto, escuchóse blanda música
Cuyos ecos del túmulo escaparon,
Y al lado de la muerta, de improviso
Apareció un mancebo muy gallardo
Que conducía una harpa melodiosa
Y que estaba vestido á lo romano.
Pulsó el harpa, y en medio del silencio
Supulcral que reinaba en todo el patio,
Con voz dulce, sonora y conmovida
Cantó unos tristes versos elegiacos,
Dando á entender la pena que embargaba
Los generosos comprimidos ánimos
De aquella concurrencia que vertía
Lágrimas mil al ver el desdichado
Fin que tuvo la pobre Altisidora
Que de amores murió por el ingrato
Y ausente Don Quijote de la Mancha
Que ahora presente estábale escuchando.
No bien dijo estas frases el mancebo,
Uno de los dos reyes mencionados
Se levantó diciendo:—Basta, basta,
No renoveis nuestro dolor amargo.
Yo que soy el rey Minos, he venido
Aquí con mi colega Radamanto
Para ver de qué modo Altisidora
Puede volver á su pristino estado.
Diga, pues, Radamanto lo que opina,
Y á la muerte daremos un buen chasco.»
Esto dijo aquel rey, y el otro al punto
También se puso en pie grave y pausado
Añadiendo con voz avinagrada:
—Ministros de esta casa, altos y bajos,
Grandes y chicos, acudid al punto
Unos tras otros sin andar reacios
Y sellad sin excusas ni rodeos
El rostro grueso del insigne Sancho
Con un par de docenas de mamonas,
Doce pellizcos, seis alfilerazos
Y algún tirón del pelo de las barbas,
Con lo cual, de seguro realizado
Veremos el deseo de dar vida
Á la que yace en ese catafalco.»

Digitized by Google

Al oir las palabras anteriores
Rompió el silencio el escudero airado
Diciendo:—Voto á tal que así me deje
Sellar paciente el rostro grueso ó flaco
Como volverme moro. ¿Á mí mamonas?
¿Á mí pellizcos? por el cielo santo
Juro, que tengo ya tan necias burlas
Sentadas en la boca del estómago.
¿Qué tiene ahora que ver que manoseen
Mis barbas, y me den alfilerazos,
Con la resurrección de esta doncella?
Esto es tomar las hojas por el rábano.
Si miran encantada á Dulcinea
Azotes me recetan en el acto;
Y si se muere Altisidora, quieren
Que yo la resucite hecho un San Lázaro.
Basta de bromas, digo, y sepan todos
Que soy un ángel cuando no me enfado,
Mas si me apuran y me acosan mucho
Soy un demonio y armaré un escándalo.»
Al oir estas frases que decía
Á voz en cuello el indignado Sancho,
Se puso Radamanto tan furioso
Que era cosa de ver á Radamanto.
—Cállate, tigre, dijo, calla, humíllate
Y obedece gustoso mis mandatos;
Ó vive Dios ¡que morirás de véras
Después de verte bien mamoneado.
Hola los de esta casa! vengan todos
Y vayan su pellejo acribillando.»
Apenas pronunciada esta sentencia
Se vió avanzar por el extenso patio
Seis dueñas con las diestras levantadas
En actitud de comenzar el acto.
Mas Sancho que las vió tembló de ira
Y de esta suerte se expresó, bramando
Como indómito toro que en el circo
Se vé por las cuadrillas acosado:
—Eso no, ¡voto á tal! yo no consiento
Que pongan dueñas sobre mí las manos.
Gatéenme si quieren como hicieron
Aquí en este castillo con mi amo;

Digitized by Google

Punceu mi cuerpo con agudas dagas,
Con cuchillos ardiendo me hagan cuartos,
Piquen mis carnes para hacer albóndigas;
Mas que me toquen dueñas no lo aguanto.»
De tal modo gritaba Sancho Panza;
De tal manera alborotó el cotarro,
Que Don Quijote al fin de pie se puso
Y le dijo:—Ten calma, noble Sancho;
Dá gusto á estos señores, mortifícate
Y ofrécete gustoso en holocausto,
Dando gracias al cielo que piadoso
Tanta virtud á tu persona ha dado
Que sufriendo el martirio, desencantas
Á los tristes que sufren un encanto
Y resucitas á los mismos muertos
Que á pique están de verse sepultados.»
Estas palabras tiernas y sentidas
La cólera de Panza desarmaron,
Pues poniéndose bien sobre su asiento
Dió rostro y barba, triste y resignado,
Á la primera dueña que más cerca
Estaba, y que con cierto sobresalto
Le selló la mamola consabida
Y una gran reverencia hizo en el acto.
Llegaron las demás dueñas, é hicieron
Lo mismo que la otra, saludando
Con mucha cortesía al escudero
Que estaba ya de sus saludos harto.
Finalmente, vinieron otros muchos
Sirvientes de la casa asalariados
Que haciéndole las mismas reverencias
Le fueron á sus anchas pellizcando.
Todo en silencio lo sufrió la víctima;
Mas al darle el primer alfilerazo
Asió un hacha encendida que allí cerca
Estaba, y con furiosos arrebatos
Dió tras las dueñas y la gente toda
Que á su gusto le estaban torturando.
—Fuera! gritó; malditos del infierno!
Fuera brujas, ¡ministros de los diablos!
Que yo no soy de bronce, ni mis carnes
Se hicieron para tal desaguisado!

Digitized by Google

No más martirios ó por Dios bendito
Que con mis uñas os haré pedazos.» (28)
Esto dijo, y dispuesto se encontraba
Á vengar iracundo sus agravios
Cuando vieron moverse á Altisidora
Que ya estaba rendida de cansancio.
Dió media vuelta, y todos los presentes
Al momento con júbilo exclamaron:
—Viva está Altisidora! viva ella
Y el gran Panza que la ha resucitado!»

CXXXV

Triunfos de Sancho.

No bien notó el famoso caballero
Que Altisidora se encontraba viva
Dejó su asiento, y ante Sancho al punto
Se puso de rodillas.
—Tú, le dijo, que hiciste este milagro
Que á todos nos confunde y maravilla,
Tú, que gozando del favor divino
Los muertos resucitas:
Hijo de mis entrañas, caro Sancho,
Vuelve tus ojos, mis tormentos mira,
Y ten misericordia al ver mi duelo;
Mis dolores mitiga.
Tu virtud está ahora sazonada;
Su eficacia será grande y propicia;
Esta es la hora: date unos azotes
Con alma compasiva.
Ya sabes que los tienes prometidos;
Que de ellos pende mi suprema dicha
Y que al desencantar á Dulcinea
Me volverás la vida.»

. . . . . .

Calló el hidalgo, y dijo Sancho Panza:
—Por Dios, señor, que es floja la manía

Digitized by Google

Y que el pedirme que me azote ahora
Tiene apenas malicia.
Tras pellizcos, mamolas y pinchazos,
Será grato empuñar las diciplinas!
Miel sobre hojuelas, como dijo el otro,
Los azotes serían...
Mejor será que me áten una piedra
Muy grande al cuello y con piedad solícita
Me echen á un pozo, para hacer milagros
Rompiéndome la crisma.
Por Dios que pasa de castaño oscuro
Cuanto de mí la gente solicita
Al pretender que cure el mal ajeno
Echándomelo encima.
Esto es ya demasiado; cepos quedos,
Y ceje cada cual en su porfía,
Separando del fuego sus castañas
Con sus manos polidas.»
De esta manera Don Quijote y Sancho
Su diálogo grave sostenían
Cuando vieron sentada sobre el túmulo
A la doncella linda.
Entonces resonaron dulces flautas,
Y al compás de sonoras chirimías
Exclamaron cien voces:—Ya se ostenta
Altisidora viva.»
Viva! viva! los ecos del castillo
Repitieron, y llenos de alegría
Los Duques, Radamanto y Minos fueron
Al punto á recibirla.
Uniéronse á los Duques Don Quijote
Y Sancho, y todos juntos, á porfía
Al bajarla del túmulo tendiéronle
Sus manos con gran prisa.
Entonces ella, lánguida y humilde,
Hizo á los reyes una cortesía,
Otra á los Duques, y otra á Don Quijote
Por quien triste suspira.
Después abrió sus labios, y encarándose
Con él, le dijo temblorosa y tímida:
—Dios te perdone, ingrato caballero,
Tu indiferencia esquiva.

Digitized by Google

Por tu crueldad, he estado muchos siglos
(Por lo menos á mí me parecían
Siglos las horas) en el otro mundo
Donde es lóbrego el día.
Y en cuanto á tí, benévolo escudero,
Cuya dulce piedad me da la vida,
Yo declaro que no hay en todo el orbe
Quien contigo compita.
En tí han puesto los hados sus virtudes;
Hoy de la muerte vencedor te miras;
Recibe, pues, las gracias y el afecto
Que mi amistad te brinda.
Y á fin de que no pienses que estos dones
Son jarabe de pico y burlería,
Yo me obligo, buen Sancho, á regalarte
Seis hermosas camisas.
Camisas de mi uso, que arreglarte
A tu talle podrás, si así lo estimas,
Y que si bien no están del todo sanas
Al menos están limpias.»
Oyó Sancho las frases anteriores
Y al momento doblando una rodilla,
Coroza en mano, le besó las suyas
A la traviesa chica.
Mandó el Duque que la hopa y la coroza
Le quitaran los fámulos de encima,
Mas Sancho le rogó que le dejase
Lo que él llamaba mitra,
Y la ropa también, en testimonio
Y por recuerdo que llevar quería
A su tierra, de aquella *cirimonia*
Jamás vista ni oida.
—Tiene Sancho razón, dijo al momento
La Duquesa; que yo siempre su amiga
He sido, y es muy justo y conveniente
Que le dejen su mitra.»
Después de esto subiéronse los Duques
Seguidos de su noble comitiva;
Se apagaron las luces en el patio,
Y acabóse la farsa de aquel día.

Digitized by Google

CXXXVI

Cuentas exactas.

Sobre venticuatro horas
Permaneció Don Quijote
Esta vez en el castillo
Cuyos egregios señores
Sin duda estaban más locos,
Muchísimo más, que el pobre
Hidalgo, del cual se hicieron
Incansables burladores.
La traviesa Altisidora
Hizo gala de sus dotes
De buen humor é inventiva,
Contando las impresiones
Que sintió en el otro mundo;
Su tristeza y sus temores
Al ver las cosas rarísimas
Que halló en ignotas regiones,
Sin arrancarse el recuerdo
De sus ardientes amores
Ni la imagen adorada
Del más cruel de los hombres
Cuyo corazón debía
Ser de pedernal ó bronce.
Diciendo así, la doncella
Contemplaba con transportes
Fingidos, al caballero
Sacándole los colores
Al rostro, mas él que estaba
Prevenido, dijo entonces:
—Mil veces, señora, os dije
Que eran vanas ilusiones
La de poner vuestros ojos
En un alma que se esconde,

Digitized by Google

O se repliega en sí misma
Cuando en peligro la ponen
De faltar á sus deberes
Y santas obligaciones.
Yo nací para ser siempre
Esclavo sumiso y dócil
De la simpar Dulcinea
Que mis potencias absorbe.
Pretender que aquí en mi alma
Sus huellas divinas borre
Es pensar en lo imposible
Pues soy consecuente y noble.
Tal desengaño os ofrezco
Para lograr que os reporte
Colocándoos en los límites
Que la honestidad impone.»
Esto dijo el caballero
En son de fino reproche,
Y al oirlo Altisidora
No atendió más á razones,
Pues montando en fiera cólera
Comenzó á decir á voces:
—Vive Dios, Don bacallao,
Alma de almirez de cobre,
Que sois más terco y más duro
Que un villano, y que dais coces.
Ved que si yo os arremeto
De un Quijote haré un gigote
Y que os sacaré esos ojos
Que no admiran mis primores.
¿Pensais, don molido á palos,
Don vencido, don azote,
Que yo me he muerto por vos
Siendo un feo, viejo fósil?
Todo cuanto aquí habeis visto,
Cuanto sucedió esta noche
Fué fingido; que una hembra
De mi sal, belleza y porte
Por ningún hombre se muere,
Y menos por tal Adonis.
—Tiene razón, dijo Sancho;
Nadie se muere de amores,

Digitized by Google

Y el que lo contrario diga
Es fuerza que se equivoque.»

. . . . . .

Tal fin tuvieron aquellos
Infortunados amores
De la linda Altisidora
Inocente y tierna joven
Que era capaz de burlarse
De las estrellas del Norte
Y del lucero del alba
Y hasta de todos los soles.
Tal fué su fin, pues á poco
Solicitó Don Quijote
De los Duques, que le dieran
La licencia ó pasaporte
Para partir del castillo;
Y los egregios señores
Negársela, no pudieron
Por muchísimas razones.

. . . . . .

Y nuevamente en campaña
Tenemos á Don Quijote
A quien sigue su escudero
Temiendo arrojar los bofes,
Siempre en pos de Rocinante
Que esta vez camina al trote.
Pero lo que más le enfada,
Lo que más le descompone,
Es el ver que Altisidora
(Mujer al fin, falsa y torpe),
No le dió las seis camisas
Ofrecidas. Oh ¡qué golpe!

. . . . . .

Por fin, acortando el paso,
Siguieron ambos varones
Su fatigosa carrera;
Y Sancho, tomando entonces
Alientos, dijo á su amo:
—En verdad, señor, que soime
El más desgraciado médico
Que en el mundo se conoce.
En él abundan los mata-

Digitized by Google

Sanos, y existen dotores
Que en acabando al enfermo
Piden sus retribuciones.
Mas á mí, que la salud
Agena me cuesta azotes,
Mamolas y alfilerazos,
Ni un solo ardite me ponen
En las manos; lo cual creo
Que es algo indecente y torpe.
Y ahora digo, ¡voto á tal!
Que si llegan ocasiones
De dar vida á otros defuntos
O de aliviar los dolores
De otros prójimos y prójimas,
Me han de dar antes mi escote.
El abad de lo que canta
Yanta, y yo no estoy conforme
En dar la virtud que tengo
Así de bóbilis bóbilis.
—Tú tienes razón, buen Sancho;
Contéstale Don Quijote;
Esta vez Altisidora
No obró como corresponde
Pues te ofreció seis camisas
Y á sus promesas faltóte.
Tu virtud es *gratis data,*
O al menos se presupone,
Puesto que leer no sabes
Ni hiciste estudios mayores;
Pero de todas maneras
Martirios y coscorrones
Suplen bien á los estudios
Y es justo que se te abonen.
De mí sé decir ¡oh Sancho!
Que si consigo que adoptes
Lo que te propongo, y quieres
Darte tus miles de azotes
Desencantando con ellos
Al ángel de mis amores,
Dispuesto estoy á pagártelos
Y á que tú mismo te cobres,
(Pues tienes dineros mios),

Digitized by Google

Bien y al contado su importe.»
Al oir tales palabras
Tan conmovido sintióse
Sancho, que abrió sus orejas
Y ojos de un modo disforme.
A dar el consentimiento
Su corazón inclinóse
Y dijo al fin á su amo:
—Señor mio, yo soy pobre
Y por el amor que tengo
A mi mujer y á mi prole
Hoy me muestro interesado;
Vuesa merced me perdone
Y dígame lo que en junto
Me va á dar por cada azote.
—Eso, amigo de mi alma,
El buen hidalgo responde,
Yo no puedo precisarlo;
Será según y conforme.
Para pagar tal servicio
No hay oro, plata, ni cobre,
Ni tesoros de Venecia
Ni minas en todo el orbe.
Así, pues, fijar el tanto
A tí solo corresponde:
Toma el tiento á mi peculio
Y dime el precio que pones.
—La suma, replica Sancho,
Que Merlín fijó en el bosque
Es de tres mil y trescientos
Y otro piquillo de azotes.
De ellos me he dado hasta cinco;
Quedan los demás, colóquense
Los dados por el tal pico
Y encontraremos entonces
Solos los tres mil trescientos
Que es buena ración de golpes.
Poniéndolos á cuartillo
Cada uno, que aunque enorme
Parezca el precio, no bajo
Ni un cornado aunque me ahorquen,
Montarán mil y quinientos

Digitized by Google

Medios reales ó vellones
Que son mitad de tres mil,
Salvo que yo me equivoque.
Después los otros trescientos
Arrojarán un importe
Cabal de ciento cincuenta
Medios reales, que componen
Setenta y cinco reales;
Los que juntados al postre
A los otros setecientos
Cincuenta, nos dan de golpe
Ochocientos veinticinco
Reales; y si está conforme
Vuesa merced, y es gustoso
En que los desfalque y tome
Del dinero que le guardo,
Yo me daré los azotes
Y entraré en mi casa rico
Y contento, aunque me sobe
Las carnes; que al fin y al cabo
No hay nadie que truchas tome
Sin mojarse... y más no digo
Por respeto al que me oye.»
Calló Sancho, y al instante
Muy alegre Don Quijote
Exclamó:—¡Bendito seas!
Sancho amable! Sancho noble!
Tan obligados quedamos
La luz de mis ilusiones
Y yo, que toda la vida
Serás nuestro guía y norte.
Si ella vuelve al ser perdido,
Lo cual nadie en duda pone,
Su desdicha será dicha,
Mi triunfo, de los mejores.
Mira, pues, querido Sancho,
Cómo tus flagelaciones
Vas á comenzar, y cuándo:
Que la impaciencia me come.
Abrevia el tiempo, hijo mio,
Y á realizarlo disponte,
Que yo te aumento cien reales

Digitized by Google

Como premio y alboroque.
Dime, pues, cuándo comienzas.
—¿Cuándo, señor? Esta noche
Sin falta, replica Sancho
Libre ya de indecisiones.

CXXXVII

El principio del fin.—Azotaina.

Llegó la noche anhelada,
Y penetrando en un bosque
Quitaron albarda y silla
Á sus dos rinocerontes,
Es decir, á Rocinante
Y al rucio paciente y dócil.
Luego el amo y el criado
Trocando en blandos colchones
Las frescas yerbas, tumbáronse
Y cenaron como hombres
Que tienen buen apetito
Y están en todo conformes.
Después de esto, Sancho Panza
De su sitio levantóse
Y del cabestro y la jáquima
Del asno, se hizo un azote
Tan poderoso y flexible
Y de tales condiciones
Que sin poder remediarlo
Se extremeció Don Quijote;
El cual viendo que su fámulo
Se apartaba con veloces
Pasos, dando claras muestras
De sus buenas intenciones,
Le gritó:—Por Dios, amigo,
Cuida bien de que los golpes
No se atropellen los unos
Á los otros; no redobles
La ración, ni des tan fuerte

Digitized by Google

Que los miembros te destroces
Y pierdas la vida antes
De que al fin del todo toques.
Anda, cumple tu promesa,
Arranca de sus prisiones
Á mi simpar Dulcinea,
Y Dios el premio te otorgue.
Yo entretanto aquí te aguardo,
Y porque no te equivoques
Por carta de más ó menos,
Llevar exacta propóngome
Con mi rosario en la mano
La cuenta de tus azotes.»
Oyó Sancho estos consejos
Y dijo parando el trote:
—Al buen pagador no duelen
Prendas, seguiré sus órdenes
Pues todas ellas envuelven
Los sentimientos más nobles.
Yo me zurraré de veras,
Mas con tales condiciones,
Que me duela sin matarme,
Lo cual sin duda, responde
Al secreto y la sustancia
De este gran milagro. Vóime.»
Se fué en efecto, y metiéndose
Un poco adentro del bosque
Desde medio cuerpo arriba
Al momento desnudóse;
Y el cordel arrebatando
Se dió seis ó siete golpes
En tanto que los contaba
Con grande afán Don Quijote.
Pero sucedió que al tiempo
De darse el octavo azote,
Suspendiendo su faena
Dijo á su señor á voces:
—Yo, señor, me llamo á engaño,
Que el pellejo se me pone
Hecho una criba, y la zurra
Produce sendos dolores.
El trato ha sido leonino,

Digitized by Google

Y aun puede dársele el nombre
De gatuno; que no es nada
Un cuartillo por azote,
Y bien vale medio real
Por lo menos cada golpe.
—Bien está, Sancho, prosigue,
Contéstale Don Quijote;
No hay que desmayar, yo doblo
El precio; no te sofoques.
—De ese modo, dijo Sancho,
Venga un diluvio de azotes,
Que al fin los duelos, con pan
Son menos; ya estoy conforme.»
Dijo, y alzando el zurriago
Con tal furia descargóle
Que si se dá en las espaldas
La espina dorsal se rompe.
Mas fué el caso, que el gran pécora
Socarrón de los mayores,
En vez de darse en el cuerpo,
Dió en las hayas y en los robles,
Lanzando cada suspiro
Que su amo imaginóse
Que iba allí á exhalar el alma;
Razón por la cual, entonces
Acercándose le dijo:
—Basta ya, Sancho, repórtate,
Que llevas ya mucho rato
Con esas flagelaciones,
Y la medicina es áspera
Y tu cuerpo no es de bronce,
Y no se ganó á Zamora
En una hora; disponte
Á descansar; que lo menos
Te has dado ya mil azotes
Y yo permitir no puedo
Que así los miembros te tronces.
—Eso no, no por mi vida;
Sancho Panza le responde;
Que por mí no ha de decirse
Aquello de «cuando cobres
La paga, tiéndete cuerpo,

Digitized by Google

Que ya cobraste los monis.»
Apártese su merced
Otro poco, y no me estorbe,
Que quiero ver si me aplico
Siquiera otros mil azotes,
Con lo cual en dos levadas
Saldremos todos á flote.
—Puesto que así perseveran
Tus buenas disposiciones,
Dijo el hidalgo; gustoso
Me aparto, pégate, hombre,
Mas no te des con tal furia
Que tu existencia malogres.»
Apartóse, cual lo dijo,
El caballero, y siguióse
Otra numerosa tanda
De latigazos enormes.
Y de tal manera Sancho
Pegaba iracundo en donde
Maldito si le dolía,
Que más de tres alcornoques
Descortezados estaban
Sufriendo graves lesiones.
Finalmente, tan cansados
Tenía ya los resortes
De sus hombros, y sus puños,
Que descargando otro golpe
Descomunal sobre un haya,
Con muy lastimeras voces
Exclamó:—Aquí morirá
En medio de estos arbóles,
Sansón, y los que con él
Son, si Dios no me socorre.
Oyendo lo cual, su amo
Dijo para sí:—Este pobre
Tiene ya rotos los huesos
Y fenecerá esta noche.
Preciso será que ofrezca
Un descanso á sus dolores,
Si ha de completarme el número
Que el sabio Merlín impone
Para ver desencantado

Digitized by Google

Al ángel de mis amores.»
  Diciendo lo que antecede
A su escudero acercóse
Y dijo:—Por Dios, buen Sancho,
Que refrenes tus furores.
Nunca permita la suerte
Que por darme gusto, cortes
El hilo de una existencia
Que á tus hijos corresponde.
Mejor coyuntura espere
Mi amada, que yo conforme
En contenerme en los límites
De lo justo, bueno y noble,
Viviré, con la esperanza
Propíncua de que recobres
Nuevas fuerzas para hacer
Que mi dicha se corone.
—Bien está, replica Sancho;
Yo obedeceré sus órdenes;
Mas ruego á vuesa merced
Que me abrigue los riñones.
Echeme su ferreruelo,
Que este sudor me corrompe
Y temo que me costipe
El relente de la noche.»
  Complaciente en grado máximo
Hízolo así Don Quijote
Y se quedó en cueros vivos
Pues no llevaba calzones.
Entretanto, Sancho Panza
A un blando sueño entregóse
Y durmió tranquilamente
Hasta que los resplandores
Del sol de un naciente día
Esclarecieron el bosque.
  Pusiéronse luego en marcha
Y al iniciarse la noche
De aquel día, pernoctaron
En otra floresta, donde
Volvió Sancho á su azotaina,
Pagando el pato, los pobres
Arboles, que recibían

Digitized by Google

En tronco y ramas los golpes.
Vino por fin la tercera
Estación, y en otro bosque,
(Pues sin duda el arbolado
Sobraba en España entonces),
Halló Sancho el finiquito
De los supuestos azotes.
Y tan ufano y alegre,
Tan satisfecho y conforme
Se mostró el enamorado
Y crédulo Don Quijote,
Que al emprender otro día
Su jornada, imaginóse
Que iba á topar con su amada
Que con ardientes transportes
Desencantada vendría
A requerirle de amores.
Mas ¡ay! en vano la espera;
En vano sus ojos pone
En las mujeres que pasan;
En vano las reconoce;
Todas son zafias y feas;
Ninguna á su afán responde;
Cielos! ¿qué es lo que sucede
Al ángel de sus amores?
. . . . . .

CXXXVIII

Tristes augurios.—Decepciones.

Después de algún incidente
Que contar no es necesario (29)
Nuestros dos aventureros
Hasta su aldea llegaron.
Iba el pobre Don Quijote
De salud muy quebrantado,
Y antes de entrar en el pueblo
Ocurrió un suceso extraño.

Digitized by Google

Estaban en una era
Dos chicuelos disputando
Y el uno le dijo al otro:
—Nunca la verás, gaznápiro.
—Nunca la verás, repite
Como un eco el pobre hidalgo;
Nunca la veré, Dios mío,
Así lo quieren los hados!»
Oyó Sancho estos lamentos
Y preguntóle en el acto:
—¿Qué importa que esas palabras
Haigan dicho los mochachos?
—¿Qué importa? ¿pues no comprendes
Que eso aumenta mis quebrantos
Y que alude á Dulcinea
Que tal vez se ha evaporado?
Nunca la veré, es la fija.»
. . . . . .
Iba á responderle Sancho
Cuando vieron que una liebre
Seguida de muchos galgos
Y de expertos cazadores
Venía camino abajo.
Con tal frenesí corría,
Que al fin, muerta de cansancio,
Entre las patas del rucio
Agazapóse temblando.
Cogióla el buen escudero
Y la presentó á su amo,
El cual murmurando estaba
Estas frases por lo bajo:
—*Malum signum, malum signum*!
Liebre huye, siguen galgos;
Dulcinea no parece,
Trance duro, trance amargo!
—Por Dios, que vuesa merced,
Exclama al oirle Sancho,
Hoy se muestra más que nunca
Incomprensible y pacato.
Supóngase que esta liebre
Viene á ser, pongo por caso,
Dulcinea del Toboso,

Digitized by Google

Y que esos perros tan flacos
Que la persiguen y acosan
Son los malandrines magos
Que en rústica labradora
Y hasta en liebre la trocaron.
Ella huye, yo la cojo
Y con mucho desparpajo
A vuesa merced la entrego,
Y ya la tiene en sus brazos
Y la regala y la mima,
Y la llena de agasajos.
¿Qué mala señal es esta
Ni qué agüero hay aquí malo?»
Quedóse muy pensativo
Al oir esto el hidalgo
Y los chicos que reñían
En la era, se acercaron
A ver la liebre; y al punto
Preguntó á uno de ellos Sancho
Por qué reñían; y el mismo
Que fué la piedra de escándalo
Para el caballero mísero,
Confesó que había quitado
Al otro una jaula llena
De grillos, pero que estando
Dispuesto á no devolvérsela
Aunque pasaran mil años,
Le había dicho aquello de
«Nunca la verás, gaznápiro.»
Al oir tales palabras
Nuestro escudero echó mano
A su faltriquera, y dijo
Dando al chico cuatro cuartos:
—Venga esa jaula al momento.»
Diósela, tomóla ufano
Y la entregó á Don Quijote
Diciendo:—Ya, señor amo,
Vuesa merced sus agüeros
Encuentra desbaratados.
Ensanche su pecho y mire
Que no es de buenos cristianos
Creer en esas niñerías

Digitized by Google

Que hoy le alborotan los cascos.
Vuesa merced nunca ha sido
Suplesticioso y flamático.....
—Fanático dirás, hombre.
—Sí, eso digo, eso declaro.
Así, pues, yo le suplico
Que eche las penas á un lado
Y que entremos en el pueblo
Donde hemos de estar un año
Mientras que vuesa merced
Merca un lindísimo hato
De ovejas, y nos hacemos
Todos pastores y arcadios.»
Esto decía el gran Panza
Cuando hasta ellos llegaron
Los cazadores, pidiendo
Su liebre; y el buen hidalgo
La entregó con mucha pena,
Mas sin desplegar sus labios.
Pasaron luego adelante,
Y en un reducido prado
Que estaba cerca del pueblo,
Lo primero que toparon
Fué al Cura que repasaba
Las hojas de su breviario
Mientras oraba en silencio
Junto á él Sansón Carrasco.
Y cuenta la historia, nimia
En este y en otros casos,
Que Sancho Panza llevaba
Colocada sobre el asno
Para cubrir la armadura
Del triste vencido hidalgo,
Aquella túnica negra,
Aquel ropón tan cuajado
De llamas, que le pusieron
Allá en el ducal palacio
La noche que Altisidora
Volvió del mortal desmayo.
Colocó también encima
De la cabeza del tardo
Y perezoso cuadrúpedo

Digitized by Google

Que caminaba cargado,
Aquella mitra ó coroza
Toda pintada de diablos;
Y con tan raros adornos
Avanzó el pollino ufano,
Seguro de que en el mundo
Jamás se vió otro más majo.
Viéronles llegar el Cura
Y el Bachiller, y en el acto
Se vinieron hacia ellos
Para darles un abrazo.
Apeóse Don Quijote
Y todos regocijados
Se dieron la bienvenida
Y á la vez el buen hallazgo.
Mas lo que tuvo que ver
Fué el gran corro de muchachos
Que se formó en cuanto vieron
Al rucio tan adornado,
Y que á voces repetían:
—Mirad al burro de Sancho,
Qué gordo y polido viene,
Y al buen rocín de su amo
Que se muestra cada día
Más consumido y más flaco.»
De este modo y con tal séquito
En el lugar penetraron
Y á casa de Don Quijote
Encaminaron sus pasos.
Ya en el dintel de la puerta
La sobrina está esperando
Acompañada del ama;
Y ambas vierten dulce llanto
Aunque les mata la pena
De ver que está aniquilado.
También al encuentro acude
Desgreñada y sin zapatos,
Casi desnuda, Sanchica,
A quien trae de la mano
Su madre Teresa Panza
Que no está en mejores hábitos
Y que un poco contrariada

Digitized by Google

Dando á su esposo un abrazo
Le dijo:—Por vida mía,
Esposo y señor amado,
Que al mirar vuestro pelaje
Casi me aturdo y me pasmo.
Mal está ser gobernante
Y verse desgobernado,
Que venís á pie y llegais
Roto, sucio y aspeado.
—Cállate, Teresa, calla,
Contesta al momento Sancho:
Que aunque de lanas me visto
No soy un borrego; vámonos
A casa, que allí me oirás
Hablar de casos extraños
Y de muchas maravillas
Gustosas; dineros traigo,
Que es lo que importa, y te juro
Que los tengo bien ganados.
—Bien ó mal, dijo Teresa,
En traerlos no hay engaño;
Tenedlos vos, buen marido,
Y sereis reverenciado.»
Mientras que así conversaban
Abrazó Sanchica á Sancho
Diciéndole:—Vos, mi padre,
Sin duda me traereis algo:
Que yo siempre os aguardaba
Como á las aguas de Mayo.»
Asióle después del cinto
Y su mujer de la mano,
Y llevando en pos al rucio
A su casa se marcharon.

. . . . . .

Entretanto, Don Quijote
Encerrándose en su cuarto,
Habló á solas con el Cura
Y con su amigo Carrasco.
Contóles su vencimiento
Y cómo estaba obligado
A permanecer ocioso
En su casa todo un año.

Digitized by Google

Pero para no morirse
De tedio, tenía pensado
Hacerse pastor de ovejas,
Que era un ejercicio grato
A sus ojos, pues podrían
Las soledades del campo
Ser fieles testigos de
Sus amorosos cuidados.
—Por estas razones, dijo,
Pienso adquirir un rebaño
Numeroso; y si quisieran
Vuestras mercedes honrarnos
Á Sancho y á mí, viniéndose
Con nosotros á guardarlo,
Bien sabe Dios que me holgara
Teniéndolos á mi lado.
También debo hacer presente,
Añadió, que lo más árduo
Del negocio, está ya hecho,
Puesto que tengo pensados
Los nombres que llevaremos
En la majada los cuatro.
—¿Y cuáles son? le pregunta
El Cura.—Pintiparados
Y como de molde todos,
Contesta alegre el hidalgo.
Yo me llamaré el pastor
Quijotiz, el buen Carrasco
Será Carrascón, y vos
Señor Cura, Curiambro,
Así como Sancho Panza,
Pancino, será llamado.»
Calló Don Quijote y todos
Quedaron como pasmados
Al ver la nueva locura
Que alborotaba sus cascos.
No queriendo contrariarle,
La corriente le llevaron
Y prometieron hacerse
Pastores de muy buen grado.
—Yo, le dijo el Bachiller,
Gustoso á serlo me allano,

Digitized by Google

Que en mi vocación encaja
Vivir en retiro santo.
Además, ya el mundo sabe
Que soy el más consumado
Poeta, y en el aprisco
Haré versos cortesanos
Y poesías pastoriles
Que produzcan dulce encanto.
Elegiremos pastoras
Que sean de nuestro agrado
Y grabaremos sus nombres,
Ya en la corteza de un árbol,
Ya en las durísimas peñas
Cual firmes enamorados.
—Eso está de molde, dice
Don Quijote entusiasmado,
Pero á mí no me es preciso
Buscar nada imaginario,
Ya entre fingidas pastoras,
Ya entre nombres adecuados.
Mi Dulcinea está viva,
Dios la conserve mil años;
Que es gloria de estas riberas,
Alegría de estos prados,
Sustento de la hermosura,
Nota de donaires gratos,
Y finalmente, sujeto
Digno de eternal aplauso.
—Así es verdad, dijo el Cura:
Y pues acordes estamos,
Vamos á comer, que luego
De ello hablaremos despacio.
Con esto se despidieron
Los dos del famoso hidalgo,
Y la sobrina y el ama
Que estuvieron escuchando
La anterior plática, tristes
A su señor se acercaron
Diciéndole la sobrina:
—Por Dios, tio venerado,
Que de negras confusiones
Acometida me hallo.

Digitized by Google

Ahora que llenas de gozo
Su regreso celebrábamos
Creyendo que iba á vivir
En recogimiento honrado,
Pretende vuesa merced
Lanzarse de nuevo al campo
Y trocarse en pastorcico.
Oh! ¡pastorcico á sus años!
—Es verdad, añade el ama,
Que eso de sufrir al raso
Las escarchas del invierno,
Los calores del verano,
El relente de la noche,
Y otros mil y mil trabajos,
Es para mozos robustos
Que á eso estén habituados.
Tome, señor, mi consejo:
Viva en paz, dese buen trato,
Confiese á menudo, cuide
De su hacienda y su regalo,
Y socorriendo á los pobres,
Ni envidioso ni envidiado,
Gozará dichosa vida
Y morirá como un santo.
—Callad, hijas, respondióles
Con mansedumbre el hidalgo;
Que ya caballero andante,
O ya pastor trashumado,
Sé muy bien lo que me cumple
Y dó me aprieta el zapato.
Y pues no me siento bueno
(En efecto estaba pálido
Y tembloroso), llevadme
Al lecho, que yo entretanto
Cuidaré de que vosotras
Jamás paseis malos ratos.
Esto dijo el caballero
Y ellas con sumo cuidado
Condujéronle á su alcoba
Y en su lecho le acostaron.

Digitized by Google

CXXXIX

El testamento.—Muerte de un justo. Epitafio.

Nadie es eterno en el mundo.
Sus fuerzas tiene agotadas
Nuestro insigne Don Quijote
Que está postrado en su cama.
Su acabamiento se acerca;
Transida tiene su alma;
Sus recuerdos le asesinan;
Se agotan sus esperanzas.
Al verse vencido, sufre
Su vergüenza y su desgracia:
Dulcinea no aparece
Aunque está desencantada.
Todo á matarle conspira;
No tiene ya forma humana;
Seis días de calentura
Le aniquilan y le acaban.
Durante aquellos seis días
Recibió visitas varias
Del Cura, del Bachiller,
Y del maese rapabarbas.
Sentado á su cabecera
Estaba el fiel Sancho Panza,
Testigo de sus grandezas
Y sus ínclitas hazañas.
En vano todos solícitos
Alegrarle procuraban:
En vano Sansón Carrasco
Le habló mucho de la Arcadia.
Sus tristezas no cedían
Y las mujeres de casa
Hicieron llamar al médico
Temiendo alguna desgracia.
Tomóle el galeno el pulso

Digitized by Google

Y poniendo mala cara
Dijo:—El cuerpo está en peligro;
Bueno es que cuiden del alma.»
Oyó el triste Don Quijote
Las anteriores palabras
Con ánimo sosegado;
Mas la sobrina y el ama
Y Sancho, gimieron juntos
Vertiendo copiosas lágrimas.
De aquel fin inesperado
Quisieron saber la causa,
Y afirmó el facultativo
Que sin duda le mataban
Penosos desabrimientos,
Melancolías extrañas.
Volvieron de nuevo al llanto
Las dos hembras desoladas,
Y Sancho, haciendo pucheros,
Repelábase las barbas.
Rogó entonces el hidalgo
Que allí á solas le dejaran,
Y al salir, notaron todos
Que dormido se quedaba.
Seis horas duró su sueño,
Seis horas lentas y largas;
Y al despertar dijo en alto:
—Por fin Dios de mí se apiada!
Jamás su misericordia
Tuvo límites ni pautas.
Bendito seas, Dios mio,
Que así perdonas mis faltas!»
Preguntóle la sobrina
Que cerca de él se encontraba:
—¿Tenemos algo de nuevo?
¿Qué decís? ¿qué es lo que os pasa?
—Digo, responde el hidalgo,
Que los ojos de mi alma
Ven ya claros los errores
En que viví por desgracia.
Ya tengo juicio, ya libre
Mi espíritu al fin rechaza
Las sombras caliginosas

Digitized by Google

De mi estúpida ignorancia.
Ya detesto aquellos libros
Llenos de infames patrañas
Que en mal hora me metieron
En donde no me llamaban.
Finalmente, yo reniego
De aquellas necias andanzas,
Y al sentir llegar la muerte
Debo enmendarme la plana.
Si loco viví, ahora cuerdo
Á Dios quiero dar mi alma,
Que un dulce arrepentimiento
Los sucios pecados lava.
Llama, pues, al señor Cura;
A Sansón Carrasco llama,
Y á maese Nicolás;
No olvides que ellos me aman
Y más de una vez quisieron
Darme lecciones muy sanas.
Ante ellos, mi testamento
Quiero hacer; y porque salga
De tinieblas mi conciencia,
Voy á confesarme; anda,
No tardes, sobrina mía,
Que mi muerte está cercana.»
No bien murmuró estas frases,
Penetraron en la estancia
Sansón Carrasco, el Barbero
Y el Cura; y él sin tardanza
Les dijo:—Sed bienvenidos,
Señores, á vuestra casa,
Y ante todo dadme albricias
Al ver mi feliz mudanza.
Yo por mi bien, ya no soy
Don Quijote de la Mancha,
Que soy Alonso Quijano
A quien antes aplicaban.
El sobrenombre de Bueno
Por lo bien que me portaba.
Ya no creo por fortuna
En Amadises de Gaula,
Ni en fabulosos Roldanes,

Digitized by Google

Ni en Cirongilios de Tracia.
No creo en la vil caterva
De duendes y de fantasmas,
Encantadores y brujas
Que sobre escobas cabalgan.
No creo en sus aquelarres,
Ni en sus untos y su magia,
Que esas son supersticiones
Que la Religión rechaza.
Finalmente, yo abomino
Esas historias profanas
De andantes caballerías
Que de mi mal fueron causa.
Al oir lo que antecede,
Los tres que escuchando estaban,
Creyeron que alguna nueva
Locura le atormentaba.
Por lo cual, Sansón le dijo:
—En verdad, señor del alma,
Que me sorprende de veras
El oir tales palabras.
Ahora que felizmente
Vemos ya desencantada
A su simpar Dulcinea
Del Toboso; ahora que en gracia,
Paz y amor de Dios, estamos
A pique de ir á una Arcadia
Trocándonos en pastores
Y en vates de gran prosapia,
¿Pretende vuesa merced
Hacerse ermitaño?—Basta,
Dice Don Quijote; ahora
De esos cuentos no se trata.
Yo, señores míos, siento
Que mi muerte está cercana;
Déjense burlas aparte
Y un buen confesor me traigan,
Aunque esto no es menester
Estando ya el Cura en casa.
Venga al punto un escribano
Que mi testamento haga,
Pues en supremos instantes

Digitized by Google

Nadie juega con su alma.»
Dejó de hablar Don Quijote,
Y todos le contemplaban
Sin atreverse á dar crédito
A tan súbita mudanza.
De todos modos, preciso
Fué creer lo que miraban:
El loco estaba muy cuerdo;
Mas por la posta marchaba,
Demostrando en sano juicio
Su profunda fe cristiana.
Hizo el Cura que saliese
La gente de aquella estancia
Y confesó al caballero
Que muy resignado estaba.
Fué á buscar el Bachiller
Al escribano, y á casa
Volvió con él al momento
Seguido de Sancho Panza.
Este encontró en su camino
A la sobrina y al ama,
Y al verlas, nuevos pucheros
Hizo, y vertió nuevas lágrimas.
Acabó la confesión,
Salióse el Cura á otra sala
Y dijo á los circunstantes:
—Se muere, no hay esperanza.
Alonso Quijano el Bueno
Cuerdo está, dejen que haga
Su testamento, pues quiere
Ver sus cosas arregladas.»
Al escuchar estas nuevas
Se redoblaron las lágrimas,
Los suspiros y sollozos
De la sobrina, del ama,
Y del cuitado escudero
Que su suerte lamentaban.
Y era en verdad bien sensible
Tan irremediable falta;
Que en tanto que Don Quijote
Estando tranquilo en casa,
Fué Alonso Quijano el Bueno;

Digitized by Google

Y en tanto que en sus andanzas
Y aventuras le llamaron
Don Quijote de la Mancha,
Siempre fué de condición
Apacible, dulce y blanda
Y todo el mundo le quiso
Aunque su error lamentara.
Con el escribano, todos
Penetraron en la cámara
Donde estaba el pobre hidalgo
Esperando su llegada.
Escribió aquél la cabeza
Del testamento y la cláusula
En que con piadoso intento
Encomendaba su alma
Guardando los requisitos
Que impone la fé cristiana.
Después de esto, llegó al cabo
El capítulo de mandas
Y comenzó el pobre enfermo
A dictar estas palabras:
—«Item: es mi voluntad
Que del dinero que guarda
Sancho Panza, á quien un día
Mi locura temeraria
Hizo mi escudero, quede
En su poder como paga
De servicios que me hizo...
Y buen provecho le haga.
—Eso no, responde Sancho;
Yo agora no quiero nada;
Vuesa merced no se muera
Que eso sería una lástima.
Tome mis consejos, viva
Hasta que yo diga basta,
Que no hay locura más grande
Que la de estirar las zancas.
Nadie, señor, le persigue,
Ningún malandrín le ataca,
Y eso de morirse ahora
Es una acción temeraria.
Fuera pereza, levántese

Digitized by Google

De esa maldecida cama
Y vestidos de pastores
Vamos al campo ¡caramba!
Que eso me tiene ofrecido;
Y al hombre por su palabra
Y al buey por el asta; vámonos,
Que tal vez tras de una mata
Cuando menos se lo cate
Veremos desencantada
A su simpar Dulcinea
Emperatriz de la Mancha.
Y si morirse ahora quiere
Porque le venció el panarra
Aquel de la Blanca Luna
Que coman galgos y galgas,
Acháqueme á mí la culpa
Que motivó esa desgracia
Diciendo que á Rocinante
Cinché mal, y por mi causa
Vinieron los revolcones
Que sufrió en aquella playa.
Sobre todo, tenga en cuenta
Que la fortuna es voltaria
Y que puede el hoy vencido
Verse vencedor mañana.
—Así es, dijo Carrasco;
Tiene razón Sancho Panza.
—Eso no, dijo el hidalgo;
No se cuenten más patrañas;
Yo no soy ya Don Quijote;
Soy Quijano en cuerpo y alma.
Pueda con vuesas mercedes
Mi arrepentimiento, y hagan
Por volver su estimación
Al que otro tiempo apreciaban.
Y puesto que ya no pueden
Atrás volverse las aguas,
Ponga el señor escribano
Lo que dictarle me falta.
«Item: mando á mi apreciable
Sobrina Antonia Quijana,
Que aquí se encuentra presente,

Digitized by Google

Mi hacienda á puerta cerrada,
Debiendo sacarse de ella
Lo que importaren mis mandas
Y los salarios que debo
A mi fiel y buena ama.
Dejo por mis albaceas
Al señor Cura, en compaña
Del señor Sansón Carrasco
Que también presentes se hallan.
Item: es mi voluntad
Que si la Antonia citada
Quiere casarse algún día,
Previa información se haga
Para averiguar si el novio
Tuvo alguna vez la audacia
De mirar un solo libro
De caballerías; y hagan
Porque ella le dé al instante
Unas sendas calabazas
Si los leyó; y si con él
Desobediente se casa,
Pierda su herencia, y empléese
Su importe en obras cristianas
Y pías. Item: suplico
Que si en cualquier circunstancia
Mis citados albaceas
Llegan á ver cara á cara
Al que compuso una historia
Que por esos mundos anda
Con título de *Segunda*
Parte de mi vida ingrata,
Le supliquen me perdone
El haber yo sido causa
De que su péñola ruda
A traición me calumniara.

. . . . . .

No bien dijo esto el hidalgo
Quedó tendido en su cama
Desmayado y macilento
Perdiendo de pronto el habla.
Alborotóse la gente,
Cundió al instante la alarma;

Digitized by Google

Mas vuelto de su desmayo
Renació la confianza.
Así entre luces y sombras,
Entre sonrisas y lágrimas,
Entre la muerte y la vida,
Y entre dudas y esperanzas,
Diéronle los sacramentos,
Viéronle llegar con santa
Resignación á los términos
De su última jornada.
Y después del tercer día
De haber dispuesto sus mandos,
Sin dolor cerró sus ojos,
Cruzó sus manos heladas
Y con un débil suspiro
A Dios entregó su alma.

. . . . . .

Y al cabo de muchos años
Dicen que se halló una lápida
En el atrio de la iglesia
De Argamasilla de Alba, (30)
Donde escrito aparecía
En letras medio borradas
El epitafio siguiente
Que nunca se dió á la estampa:

«Si llegas hasta este sitio,
»Detén, viajero, tu planta:
»Ora y descubre tu frente,
»Que aquí en una fosa helada
»Yace el *Ingenioso Hidalgo*
»*Don Quijote de la Mancha*,
»Creación de Miguel Cervantes
»Saavedra, gloria de España.»

Digitized by Google

CXL

Anverso y Reverso.—Conclusión.

Murió el bravo caballero;
Se extinguió la flor y nata
De los ilustres varones
Que alcanzaron justa fama.
Sucumbió; mas no por eso
Se vió extinguida su raza,
Que hay más quijotes que granos
De arena tienen las playas.
Quijotes que se hacen célebres
En pequeña ó grande escala,
Por los bienes que reportan
O por los males que causan.
Quijotes que lucen prendas
Grandes, chicas y medianas,
Según se advierte al momento
Si revista se les pasa.

Los que esclavos de la ciencia
Su salud y vida gastan
Por sorprender los secretos
Que la tierra esconde avara;
Los que observan á los astros
Que van en su eterna marcha
Girando sobre las órbitas
Que el dedo de Dios les traza,
Y al hacer disquisiciones
En las esferas abstractas
Olvidan los intereses
De su hacienda y de su casa;
Los que buscan en los polos
Regiones nunca exploradas
Y entre témpanos de hielo
Sepultan sus esperanzas;

Digitized by Google

Los que de pueblos salvajes
Civilizan las comarcas
Y en cambio tal vez obtienen
De los mártires la palma;
Los que en cetáceos de acero
Del mar al abismo bajan
Y á las naves invasoras
Con sus torpedos amagan.
Los que legan á la historia
Altos hechos, nobles páginas,
Ó con espíritu recto
Elaboran leyes sabias;
Los que la industria y las artes
Con su talento abrillantan
Y van en pos de una gloria
Que es efímera ó fantástica;
Los que sienten que la envidia
Sus dientes en ellos clava
Y sufren mil decepciones
Que el corazón le desgarran;
Los mártires del trabajo
Que nunca estímulo hallan
Y en un hospital sucumben
Só el peso de su desgracia.....
¿No son sublimes quijotes
Dignos de eterna alabanza
Que hacia el progreso conducen
Las sociedades humanas?

———

.....
Los endiablados políticos
Que riñen con fiera saña
Por labrar á todo trance
Las venturas de la patria;
Los oradores empíricos
Que juegan con cien barajas
Y que se vuelven espuma
Sin verse en su fondo nada;
Los que engendran torpes bandos
Y promueven asonadas
Por pescar una cartera,

Digitized by Google

Un entorchado, una faja,
Sin reflexionar á veces
Que al cabo de su jornada
Pueden nublar su conciencia
Las tempestades del alma
Y los enormes peligros
Que su honor y vida amagan.....
¿No son más locos, más tercos,
Que el Don Quijote de marras?

Los que á todo trance quieren
Torcer del tiempo la marcha
Resucitando vestiglos,
Dando vida á mil fantasmas;
Los que negras tradiciones
Supersticiosas y falsas
Quisieran inocular
En el fondo de las almas,
Desoyendo los preceptos
De la religión cristiana
Que es consuelo, paz, dulzura
Y caridad sacrosanta;
Los que todo cuanto tienen
Dieran de muy buena gana
Por traer al Santo Oficio
Con sus tormentos, sus llamas,
Sus graves inquisidores
Y sus corozas fantásticas.....
¿Qué han de ser sino quijotes
Que no reflexionan nada?

Los que pretenden en cambio
Valerse de la desgracia
De las ciegas multitudes
Víctimas de su ignorancia,
Y por caminos ignotos
Y sendas extraviadas
Lo desconocido buscan,
Lo que está prohibido aman

Digitized by Google

Y en demoler sólo piensan
Sin saber si algo levantan.....
¿No son menguados quijotes
De empedernida prosapia?

Los que á la miseria insultan
Mientras que triunfan y gastan,
Sin advertir que la suerte
Puede volverles la espalda;
Los viles calumniadores
Que ajenas honras desgarran
Y con tal fin se introducen
En donde nadie les llama;
Los que ponen la fortuna
De sus hijos á una carta,
Sin ver la herencia que dejan
De infortunios y de lágrimas;
Los que asesinan á un prójimo
Por un quítame esas pajas
Sin notar que ya el verdugo
Un patíbulo levanta;
Los que se entregan al hurto
Y á la embriaguez y á la crápula
Sin ver que siguen caminos
De perdición y de infamia.....
¿Qué son, más que unos quijotes,
Quijotes de infame raza,
Que van buscando aventuras
Sin corazón y sin alma?

.....

Los que luchan con ahinco
Por ver la virtud premiada,
La religión sin abusos,
Las leyes justas y sabias,
La justicia sin cohechos,
La riqueza siempre humana,
La pobreza más juiciosa
Y menos menospreciada;
Los que esto quieren y anhelan

Digitized by Google

Sepultar negros fantasmas
Que procreó el fanatismo
Y amamantó la ignorancia;
  Los que quieren ver dichosa
Rica y feliz á su patria
Y aborrecen la política
Si es estúpida ó malvada;
  Los que al talento respetan
Y al valor heróico acatan,
Si al talento y al valor
La probidad acompaña;
  Los que aborrecen las torpes
Especulaciones falsas
Y al oro mal adquirido
No rinden culto ni párias;
  Los que transigir no pueden
Con la doblez cortesana
Que lleva tras la lisonja
La traición aparejada;
  Los que maldicen la usura
Que vive de la desgracia
Y ven miles de insolentes
Fortunas improvisadas
Que fingiendo patriotismo
Hacen sus agios y trampas;
Los que piden noble estímulo
Para el que sufre y trabaja
Y abominan al que explota
A la mujer desdichada;
  Los que con afán pretenden
Que todo el mundo éntre en caja
Y que más perfectas sean
Leyes, costumbres y razas...
  ¿Qué son sino vanos émulos
Del ilustre papanatas
Que sufrió tantos reveses,
Sustos, palos y pedradas,
Como propina al que es bueno
La ciega injusticia humana?

Digitized by Google

Finalmente, los que andamos
Quemándonos las pestañas
Por destacar las bellezas
Ajenas, sin apropiárnoslas.
Puesto que su procedencia
Es evidente y bien clara;
Los que buscando lo ignoto
Advertimos que no hay nada
Ñuevo, debajo del sol,
Según el sabio declara, (31)
Y que vale más lo viejo
Si lo nuevo es *una papa*,
O es la torpe apoteosis
De los vicios y la crápula,
O el cimiento de esa escuela
Que hoy se llama *pornográfica;*
Los que vamos por el mundo
Dando libros á la estampa
Que acaso habrán de valernos
Una zurra soberana;
Los que atrevidos pisamos
Las florestas literarias
Expuestos á que algún crítico
Mago feroz nos deshaga.....
¿Qué somos? Tristes quijotes
Que vamos rompiendo lanzas
Hayamos ó no nacido
En un lugar de la Mancha.

FIN DEL ROMANCERO

Digitized by Google

Digitized by Google

NOTAS

(1)

«Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, etc.»

(*Aprobación para publicar la segunda parte del Quijote.*—Página 5 de este ROMANCERO).

No anduvo escasa en elogios la censura eclesiástica al conceder á Cervantes en 26 de Febrero de 1615, la oportuna licencia para dar á luz la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*; ni tampoco estuvo menos explícito y rumboso el Consejo de Cámara del Rey; el cual refiriéndose á dicho libro y á su esclarecido autor, escribió las palabras siguientes: *es obra muy digna de su grande ingenio, honra y lustre de nuestra nación, y admiración y envidia de las extrañas.*»

A vueltas, sin embargo, de tan nobles y justas alabanzas, es preciso convenir en que ellas envolvían el más duro y sangriento sarcasmo; pues eso de desear que no saliera jamas el inspirado y aplaudido escritor de las aflictivas estrecheces de su miseria, para que *siendo él pobre, hiciese rico á todo el mundo*, con las valiosas joyas de su poderosa fantasía, llevaba envuelta una idea tan egoista como poco caritativa, por más que se tratara en realidad de los regocijos y pasatiempos de la humanidad entera.

No queremos ni debemos hacer demasiado extensas estas notas; pero permítasenos decir que, en nuestro concepto, ha sido siempre el más estúpido de todos los absurdos el de creer que la pobreza y el hambre puedan servir jamás de poderoso estímulo al ingenio y á la actividad de los hombres de gran valía. Cervantes mismo, que tuvo siempre una vena tan fácil, una inventiva tan asombrosa y una fuerza de vo-

Digitized by Google

luntad tan inquebrantable, hubiera muerto tal vez oscurecido, sin escribir sus inmortales obras, á no haber hallado en su camino la influencia protectora de su benéfico Mecenas, el Conde de Lemos, al cual dirigió en su dedicatoria de la segunda parte del Quijote, las siguientes significativas palabras:—«Podéis volver, hermano, á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venís despachado, por que yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además *que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador, por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande Conde de Lemos*, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías, me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto á desear.»

Este discurso de Cervantes tiene más miga de lo que á primera vista parece.

(2)

Siendo probable que un día
Traducida la encontremos
En todas las lenguas cultas
O enrevesados dialectos.

(ROMANCE VI, página 21).

Según vemos consignado en una interesante Revista ilustrada de ciencias, artes y literatura, desde la fecha en que Cervantes dió á luz el *Quijote*, hasta el segundo semestre de 1876, iban publicadas 1.078 ediciones de dicha obra, clasificadas en la forma siguiente:

En lengua castellana, 419; en inglés, 304; en francés, 170; en italiano, 96; en portugués, 81; en alemán, 70; en sueco, 13; en polaco, 8; en dinamarqués, 6; en griego, 4; en ruso, 2; en rumano, 2; en catalán, 2; en vascuence, 1; en latín, 1.

Desde la fecha últimamente expresada, ó sea desde 1876 hasta hoy, los grandes adelantos que han experimentado el arte tipográfico y sus poderosos auxiliares el dibujo, la litografía, la cromolitografía, el grabado y el fotograbado, han contribuído de tal manera á multiplicar aquellas ediciones, ora de un modo extraordinariamente económico, ora por medio de lujosísimas y espléndidas impresiones, que bien puede asegurarse que el número de ellas es en el día casi incalculable.

Digitized by Google

(3)

Lo mismo en Andalucía
Que en Aragón y en Navarra
Y en Castilla y Cataluña
Y en Valencia y en la Mancha.

(ROMANCE XXI, página 63).

Cervantes pone en boca del Bachiller Sansón Carrasco un soneto que tiene muy poco que ver con la acción ni con los personajes de su fábula. Nos ha parecido oportuno poner la canción más en consonancia con los sucesos que á la sazón se desarrollaban, facilitando al propio tiempo el curso de nuestra narración, que no siempre puede ni debe ajustarse literalmente á las del inmortal novelista.

(4)

A Belerma que llevaba
Envuelto en un blanco lino
El corazón de su amante
Lanzando tristes suspiros.

(ROMANCE XL, página 131).

Gran partido supo sacar Cervantes de la cueva llamada de Montesinos, *que está en el corazón de la Mancha*., llevando á ella las borrosas tradiciones de los amores de Belerma y Durandarte, de que tratan nuestros antiguos Romanceros. Según éstos, Montesinos, primo y amigo del alma de Durandarte, encontró á éste. después de recia y sin igual batalla con los moros, tan herido y moribundo que apenas le quedaban alientos para hacerle presente sus últimos deseos amorosos. A pesar de esto le dirigió la palabra y le dijo:

«Oh! mi primo Montesinos!
Lo que agora yo os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto
Y mi ánima arrancada,
Vos llevéis mi corazón
Adonde Belerma estaba,
Y servidla de mi parte
Como de vos yo esperaba,
Y traedle mi memoria
Dos veces cada semana.»
. . . . . .

Digitized by Google

«Abraceisme, Montesinos,
Que ya se me sale el alma»
. . . . . .
«Muerto yace Durandarte
Al pie de una alta montaña:
Llorábalo Montesinos,
Que á su muerte se hallara:
Quitándole está el almete
Desciñéndole el espada;
Hácele la sepultura,
Con una pequeña daga
Sacábale el corazón
Como él se lo jurara,
Para llevarlo a Belerma,
Como allí se lo mandara.»
. . . . . .

Según continúa el Romancero, el fiel Montesinos

«Llegó donde está Belerma,
De rodillas se postraba:
Quiere hablar y no acierta,
Y cuando acierta no osaba;
Mas al fin con poco aliento
Dice con la voz turbada:
—Nuevas te traigo, señora
Que son de grande desgracia!
—Primero que me las digas,
La dama le replicaba;
¿Qué es de tu querido primo?
¿Dónde está? ¿Cómo quedaba?
—Muerto queda, mi señora,
Debajo una verde haya;
Véis aquí su corazón,
Yo mismo se lo sacara»
. . . . . .

Cuya víscera vió Don Quijote en manos de la encantada Belerma, la cual por artes mágicos del sabio Merlín, fué encerrada, lo mismo que Dulcinea del Toboso, en los misteriosos antros de la famosa cueva de Montesinos, que diz se halla situada en el corazón de la Mancha.

(5)

Con objeto de vengar
La muerte del Báldovinos.

(ROMANCE XL, página 134).

El juramento que hizo el marqués de Mantua al ver

Digitized by Google

muerto á su sobrino que fué asesinado en medio de un bosque, y que Cervantes pone repetidas veces en boca del valeroso hidalgo, se halla expresado así en nuestros antiguos Romanceros:

—«Juro por Dios poderoso
Por Santa María su Madre,
Y al Santo Sacramento
Que aquí suelen celebrare,
De nunca peinar mis canas,
Ni las mis barbas cortare;
De no vestir otras ropas,
Ni renovar mi calzare;
De no entrar en poblado,
Ni las armas me quitare,
Si no fuera una hora
Para mi cuerpo limpiare;
De no comer en manteles,
Ni á mesa me sentáre
Hasta matar á Carloto
Por justicia ó peleare,
Ó morir en la demanda
Manteniendo la verdade:
Y si justicia me niega
Sobre esta tan gran maldade,
De con mi Estado y persona
Contra Francia guerreare,
Y manteniendo la guerra
Morir ó vencer simpare.
Y por este juramento,
Prometo de no enterrare
El cuerpo de Baldovinos,
Hasta su muerte vengare.»

(6)

Aunque habrá algún enemigo,
Incluso el señor Hamete,
Que suponga que ha mentido.

(ROMANCE XL, página 135).

En varios pasajes de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*, parece que Cervantes pone en tela de juicio la veracidad del insigne caballero. Nosotros, más realistas que el rey en esta ocasión, no hemos querido rebajar el tipo de aquel puritano y sublime loco, ni suponer que mintió á sabiendas; creyendo firmemente que contó lo que soñó, y que soñó lo que estaba tan arraigado en su mente. Por esta razón hemos

Digitized by Google

puesto en boca de Sancho los conceptos que sirven de base á la presente nota.

(7)

Y con este camarada
Que nos viene acompañando
Podrá cenar esta noche
Si no encuentra en ello obstáculo.

(ROMANCE XLI, página 136).

Muchas veces al leer el interesante episodio de aquel pajecillo que marchaba á la guerra *porque á ello le obligaba su necesidad*; y al repasar las cariñosas frases que Don Quijote le dirije recordando la ingratitud con que solían ser pagados los que envejecían sirviendo á su patria con las armas en la mano, hemos creído entrever frescos y palpitantes, los dolorosos recuerdos y las tristes reminiscencias que el valeroso soldado de Lepanto debía traer á su memoria al evocar los pasados sucesos de su agitada juventud y lo desatendido que estaba en su vejez, á pesar de sus infinitos merecimientos. Las siguientes palabras, con las cuales se aludía sin duda á sí mismo, se nos figuran dolientes y conmovedoras. «Según Terencio, dice, más bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandar le pueden; y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coje en este honroso ejercicio, *aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo menos no os podrá cojer sin honra, y tal que no se la podrá menoscabar la pobreza.*»

Tanto en este como en todos los demás pasajes de su obra, Cervantes respira siempre honor y probidad, por más que se trasluce en ellos un fondo lleno de tristeza y amargura que nosotros hallamos perfectamente lógico y justificado.

(8)

Que me estoy maravillando
Al ver que ya no le hayan
Al Santo Oficio acusado.

(ROMANCE XLVI, página 152.)

Aunque lo que ejecutaba Maese Pedro con su mono era una burda y grosera farsa, que sólo podía engañar á gente ignorante y crédula, era de temer que el Santo Tribunal to-

Digitized by Google

mase aquella en serio, como tomaba otras cosas no menos insignificantes y baladíes. El temor de Don Quijote no era enteramente infundado dada la abundancia de soplones ó denunciadores que por exceso de un fervor religioso extraviado ó por ganas de perjudicar al prójimo, todo lo abultaban y convertían en actos diabólicos, soliviantando en ciertas ocasiones á los jueces más compasivos y morigerados. De esta manera lo más sencillo se hacía punible, y lo más importante y trascendental parecía sospechoso, de lo cual nacía el fatal estancamiento de las ciencias, las artes y la industria. Los hombres sabios que hacían tímidamente en secreto sus ensayos científicos estaban constantemente amagados de ser tenidos por hecliceros y entregados á Satanás en cuerpo y alma; pudiendo asegurarse que si en aquella época hubiera florecido el sabio Edisson, por ejemplo, y hubiera vivido en España, de seguro le hubieran acusado al Santo y poderoso Tribunal como miserable ejecutor de obras infernales.

(9)

Romances que escritos fueron Por poetas castellanos.

(ROMANCE XLVII, página 153.)

Puede decirse que á medida que se iba formando el habla castellana, llamada romance para diferenciarla del latín y del árabe que entonces se usaban, la musa popular más bien que poeta alguno determinado, comenzó á sacar partido de esas composiciones métricas, asonantadas ó aconsonantadas que dieron vida á nuestros antiguos Romanceros, en los cuales, por regla general, se ponderaban las acciones caballerescas y las hazañas inverosímiles de ciertos y determinados personajes, más ó menos apócrifos ó verdaderos, que la tradición, corriendo de boca en boca y de padres á hijos, había ido revistiendo de sobrenaturales atributos y de prendas en extremo maravillosas. Los Romanceros, no fueron, pues, la obra de uno ni de varios individuos, ni de una sola generación, sino de España entera, que veía reflejado su valor en las heroicidades del Cid y de otros caballeros de este jaez, muchos de ellos completamente fabulosos. Estas leyendas, y otras que venían de Francia ó de otros países, vinieron á ser, una vez romanceadas por poetas castellanos, auxiliar poderoso de los libros de caballerías, y en tal concepto no pudo dejar Cervantes de hacer mención de ellos poniendo de relieve sus viciosas exageraciones.

Digitized by Google

(10)

—¿Y cómo salir podrás?
—Saltando por el balcón.

(ROMANCE XLVIII, página 158.)

Toda la relación que Cervantes puso en boca del pequeño auxiliar de Maese Pedro, se halla perfectamente ajustada á los antiguos romances castellanos, que tratan del rapto de Melisendra, llevado á cabo por el famoso Don Gaiferos, su esposo.

(11)

Librándoles de un terrible
Fin doloroso y siniestro.

(ROMANCE LV, página 181).

En la absoluta imposibilidad, so pena de hacer interminable nuestro ROMANCERO, de seguir paso á paso, todos los que Cervantes hizo dar á su héroe durante el transcurso de la segunda parte de su peregrina historia, nos hemos visto y veremos precisados á suprimir algunos pasajes que no estén enteramente ligados con la acción principal y argumento de la obra, según ya lo hicimos con la aventura del carro ó carreta de las Cortes de la Muerte, que nuestros lectores podrán ver si gustan en el capítulo XI de la referida segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*.

Por la misma razón antes indicada, hemos abreviado la atrevida y estupenda aventura del *Barco encantado*, si bien al abreviarla no nos creemos del todo dispensados de decir algo más sobre ella.

Sabrán los que hayan leído el *Quijote*, y los que no lo leyeron deben saber, que tan pronto como el valeroso caballero llegó al rio Ebro, lo cual le produjo gran gusto «por que contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, se le ofreció á la vista un barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba.»

«Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin más ni más se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel

Digitized by Google

súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote: has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algún caballero ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita.»

Firme en esta creencia y suponiendo que el barco ha sido puesto allí por sabios encantadores para que lleve á cabo alguna colosal aventura, no da crédito á Sancho, el cual entiende que el tal barco no es de los encantados sino de algunos pescadores.

Nada puede disuadir al valeroso hidalgo, el cual dejando á cargo de los referidos encantadores la manutención y conservación de ambas caballerías, salta al barco seguido del pobre escudero y cortando las amarras, es decir, el cordel con que aquel estaba atado, se abandona á los azares de la corriente que poco á poco los conduce hacia unas aceñas «que en la mitad del rio estaban.»

Entonces los molineros de las aceñas, oyendo las voces que daba Sancho y advirtiendo el gran peligro en que se hallaban aquellos dos hombres, salen á la orilla con largas varas, gritándoles que se detuvieran pues iban á una muerte segura; pero Don Quijote al ver sus rostros y ropas completamente enharinados, creyéndolos malandrines y follones, les apostrofa y desafía, sacando su espada y blandiéndola lleno de ardiente coraje, mientras el pobre Panza se encomienda á Dios y á todos los santos. Por fortuna los molineros compasivos, sin hacer caso de las bravatas del iluso caballero, logran desviar y detener el barco con sus palos; mas no con tanta fortuna que dejasen de trastornarlo, yendo Don Quijote y Sancho al fondo del río del cual pudieron sacarles más muertos que vivos. Las lamentaciones del triste escudero, la interpretación que dió el hidalgo á su temerosa aventura y el haber tenido que pagar el valor del barco encantado que quedó deshecho entre las ruedas de las aceñas, forman un conjunto tan donoso y entretenido, que nos mueve á recomendar la lectura íntegra del capítulo XXIX de la segunda parte, en el cual se describe tan interesante aventura.

(12)

La Duquesa y el Duque muy afables
Hasta la puerta á recibirle fueron,
Y con ellos también un eclesiástico
De rostro grave y de fruncido ceño.

(ROMANCE LIX, página 191).

Lastimado Miguel de Cervantes por los disgustos que le

Digitized by Google

había ocasionado el envidioso eclesiástico que le indispuso con el Duque de Béjar, según insinuamos en la nota 4.ª de la primera parte de nuestro ROMANCERO, se expresa en los siguientes términos, aludiendo sin duda al referido religioso:

«La Duquesa y el Duque, dice, salieron á la puerta de la sala á recibirle y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los Príncipes, destos que como no nacen Príncipes no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son, destos que quieren que la grandeza se mida con la estrecheza de sus ánimos, destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables.»

La lección fué tan buena como merecida; pero esto debió granjearle nuevas y más implacables enemistades.

(13)

Las frases injuriosas que ha soltado
Y las graves ofensas que le ha hecho.

(ROMANCE LXI, página 198.)

Es en efecto un modelo de inventiva y de buena dicción el magistral discurso pronunciado por Don Quijote en su defensa, contestando á su displicente y descortés reprensor; advirtiéndose desde luego que quiso representar en el eclesiástico con quien el caballero contendía al religioso que, lleno de envidia y por medios reprobados y arteros, le indispuso con el Duque de Béjar. Basta citar las siguientes palabras del referido discurso para ver clara y trasparente la intencionada alusión:

«Si me tuvieran, dice, por tonto *los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos*, (aquí se refiere sin duda al mismo Duque de Béjar que había protegido á otros escritores y que tan mal se portó con él), *tuviéralo por afrenta irreparable;* pero de que me tengan por sandio *los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron la senda de la caballería*, no se me dá un ardite: *caballero soy, y caballero he de morir* si place al Altísimo: Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros *por el de la adulación servil y baja; otros por el de la hipocresía engañosa*, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinada mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio *desprecio la hacienda, pero no la honra.*»

Digitized by Google

(14)

Dispuestísimos á ser
Servidorísimos vuestros.»

(ROMANCE LXXII, página 250.)

En el modo de hablar de la supuesta condesa Trifaldi que Sancho remedó con oportuna y graciosa truhanería, creemos entrever una fina sátira contra el lenguaje cortesano y palaciego tan aficionado á la hipérbole y tan amigo de usar toda clase de aumentativos y superlativos, tales como los de *ilustrísimo*, *excelentísimo*, *serenísimo*, *amantísimo*, *seguríssimo*, *acendradísimo*, etc., etc.

(15)

«Para ser todo un perfeto
Gobernador...»

(ROMANCE LXXIX, página 285.)

El laborioso y distinguido escritor D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, con la cual encabezó la REAL ACADEMIA ESPAÑOLA su esmerada y valiosa edición del Quijote, publicada en 1819, se expresa en los siguientes términos al tratar de la crítica finísima y trascendental que encierran las páginas de aquella obra maestra:

«Su crítica, dice (la de Cervantes), fué más general y de objetos más nobles é importantes; pues aun en el gobierno de Sancho, que entonces se tachó de inverosímil, no sólo quiso manifestar como asegura su coetáneo Faria, *la errada y ridícula elección de sujetos, que generalmente se notaba para los ministerios superiores*, sino la que en particular hacían los vireyes y comandantes de Italia, «proveyendo los gobiernos y otros destinos de consideración *en gente sin calidad, sin instrucción, sin buenas costumbres*, con gran mengua de nuestra nación, y desconsuelo de aquellos habitantes: observación práctica hecha por el mismo Cervantes en aquel país, y acomodada en esta invención; *la cual es por esto* (añade Faria) *tan verosímil, como cierto haber muchos Sanchos Panzas en tales gobiernos.*»

Hasta aquí lo dicho sobre el particular por el citado señor Navarrete. Nosotros sólo añadiremos que en punto á gobernadores de ínsulas ó de tierra firme, tanto antiguos como modernos, pudiera decirse mucho de alguno de ellos; y Dios mediante diremos nosotros algo, en otra ocasión y en otro

Digitized by Google

lugar; debiendo advertir que estaremos en nuestro derecho y nos asistirá perfecta justicia si aludimos á las indignidades y desafueros de cierto miserable impostor que habiendo ejercido aquel importante cargo, no era más que un saco de mentiras y calumnias envueltas en chistes groseros, con los cuales abusando de su inmerecida posición procuró manchar alevosa y cobardemente en muchas ocasiones, las virtudes más nobles y acrisoladas.

(16)

Por la famosa concurrida Puerta
De Guadalajara.

(Romance XCV, página 357.)

Todo el mundo sabe que la Puerta de Guadalajara, tan renombrada en aquellos tiempos, se hallaba en el mismo sitio que hoy ocupa lo que llamamos Puerta del Sol, y que con sus célebres gradas de San Felipe y su Mentidero de Madrid, era como lo es ahora, el punto de reunión de muchos mirones, desocupados y gentes baldías, según las llamó Cide Hamete.

(17)

Y sólo se persigue al delincuente
Sin preguntar cuál es su religión

(Romance CVII, página 419.)

No pudo expresar Cervantes sus ideas con el mismo calor, ó mejor dicho con la misma franca sinceridad con que nosotros lo hacemos al tratar de la expulsión de los moriscos; pero al través de ciertas excusas y de las ingeniosas concesiones y salvedades que tuvo que hacer para no entrar en imposible abierta lucha con las instituciones é ideas de su tiempo, deja entrever bien á las claras el piadoso interés y la cristiana conmiseración que llegó á inspirarle aquella raza proscrita que fué objeto de la más implacable persecución. En el episodio á que se refiere esta nota y en algunos otros que tendremos precisión de omitir, palpita ese generoso interés de un modo visible por más que aparezca velado por razones de alta y poderosa conveniencia religiosa, moral y política.

Es cuanto podía hacer para protestar contra aquellas terribles y despiadadas violencias que llevaron al cadalso, antes y después de aquella general é inexorable proscripción, á tantas y tantas víctimas desdichadas; y era al propio tiempo una delicada súplica y un consejo sabio y prudente dirigido

Digitized by Google

al formidable poder que así disponía de la vida y haciendas de tantos infelices, que siendo españoles y habiéndose sometido á las leyes y costumbres de sus vencedores, vivían pacíficamente en su mayor parte, anhelando vejetar y morir en el suelo de su patria querida.

(18)

Mientras me dan cordelejo
Cargue Judas con sus almas.

(ROMANCE CIX, página 432.)

Algo nos hemos apartado del texto destacando y poniendo en alto relieve las sospechas que cobijó Sancho en su mente, persuadiéndose al fin de que la posesión del gobierno no había sido más que una sangrienta burla que los Duques inventaron para divertirse á su costa. La cosa no podía ser más clara ni más tangible, y por rústico que fuese y por más escaso de instrucción que estuviera el pobre y asendereado escudero, no le faltaban luces naturales y malicia suficiente para apreciar la realidad de ciertas cosas, por lo cual al retirarse de la ínsula le hizo guardar Cervantes un obstinado y prudente silencio que no dejaba de ser en extremo elocuente.

(19)

Es patrón de aragoneses,
Fué protector de las vírgenes,
Murió mártir y llamábase
Don San Jorge el Invencible.

(ROMANCE CXIII, página 451.)

Por si acaso hubiese alguna lectora escrupulosa ó algún lector poco reflexivo, que acusen á Cervantes de haber querido extremar por burla la intención respetuosa de su héroe manchego al nombrar á los santos añadiendo á los nombres éstos la partícula Don, que en nuestros días se ha hecho tan común, creemos oportuno disuadirles de tal sospecha que sería completamente injusta.

La palabra Don, según puede verse en los Diccionarios de la Academia de la Lengua Castellana, era en lo antiguo un título nobilísimo de gran distinción que apenas podían usarlo algunos nobles de muy elevada jerarquía. Por esta razón las personas devotas lo aplicaron á Dios, y á los Santos, que es precisamente lo que Don Quijote hace con gran veneración y respeto, y si el lector que duda quiere convencerse de la verdad que dejamos expuesta, traiga á su memoria aquellos dos antiguos versos que dicen:

Digitized by Google

«En el nome del padre que fizo toda cosa
Et de *Don Jesucristo* fijo de la Gloriosa,

con otras locuciones análogas que no consideramos necesario repetir.

(20)

Don San Diego Matamoros
Que con celo á Cristo sirve.

(ROMANCE CXIII, página 452.)

Por si algún otro curioso lector aficionado á recoger y desentrañar toda clase de etimologías, ignora la razón por la cual aplicó Don Quijote el nombre de San Diego Matamoros, al antiguo y glorioso patrón de las Españas, el apóstol Santiago, creemos oportuno transcribir á continuación lo que acerca de este particular consigna Ambrosio de Morales en su *Crónica general de España*:

«El verdadero nombre deste Santo (dice) fué Jacobo, tomado del patriarca Jacob con poca diversidad. Mayor es la que nosotros los españoles hemos hecho corrompiendo poco á poco el vocablo, hasta extrañarle tanto, como ahora lo usamos. De Santo Jacob acortamos (como en los nombres propios ordinariamente solemos), y dijimos Santo Iaco. Cercenamos también de esto después algo, y quitando una letra, y mudando otra dijimos Santiago. No paró aquí el mudar, antes porque el Iago ó el Tiago por si no parece caer, ni sonar bien, comenzamos á pronunciar Diago, como en escrituras españolas de trescientos y doscientos años atrás se lee. Al fin, habiendo pasado por todos estos trueques, paramos en Diego para el nombre ordinario, quedándonos con el de Santiago cuando nombramos al Santo.»

(21)

Y entre moros y cristianos
Las luchas hace imposibles.

(ROMANCE CXIII, página 452.)

Según piadosas tradiciones recogidas por graves historiadores antiguos, siempre que los cristianos españoles sostenían rudas y recias batallas con los moros, nuestro gran Santiago Apóstol, patrón de España, solía aparecerse sobre un magnífico caballo blanco con vestiduras de este color, y colocándose á la cabeza de aquellas huestes, sembraba el espanto y la consternación entre los perros infieles sectarios de Mahoma, los cuales huían despavoridos, dejando sembrado el campo con cientos de miles de cadáveres, sin que apenas muriesen al-

Digitized by Google

gunos poquísimos cristianos. Estas apariciones comunicaban tanta fe, tanta bravura y tan férvido entusiasmo á los soldados defensores de la fe de Cristo, que á la voz de *Santiago ¡cierra España!* cerraban en efecto contra sus enemigos cayendo sobre ellos á manera de terrible y poderosa avalancha.

Sobre ese grito de guerra hablan Don Quijote y Sancho después de haber pasado revista á los cuatro santos de á caballo que nos han proporcionado título para el romance á que esta nota se refiere. «Yo quería, dice curioso el escudero, que vuesa merced me dijese ¿qué es la causa porque dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros, Santiago y cierra España? ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla? ¿ó qué ceremonia es esta?»

Nada contesta Don Quijote á esta pregunta, contentándose con explicar á Sancho los grandes favores que hizo el gran caballero de la cruz bermeja á los cristianos españoles en sus luchas con los agarenos.

De todos modos, dada esta celestial protección, era imposible que los moros pudieran guerrear con los que lógicamente debían resultar siempre vencedores.

(22)

La primera es que en el prólogo
Sólo estampó indignidades.

(ROMANCE CXVII, página 469.)

Llevó hasta tal extremo su cinismo y su mala intención el falso Avellaneda, que no contento con zaherir é insultar á Cervantes en el prólogo de la *quinta* parte del Ingenioso Hidalgo de la Mancha (pues sabido es que en la primera edición lo dividió en cuatro partes nuestro inmortal novelista), dijo de éste, entre otras groserías, que era *soldado tan viejo en años cuanto mozo en brios y con más lengua que manos* (aludiendo á su gloriosa manquedad); llevando tan adelante su audacia y su desvergüenza, que no tuvo reparo en estampar estas frases: *quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su Segunda parte.*»

No le bastó, pues, el atentar contra los merecimientos y bien adquiridas glorias de Cervantes, sino que al apoderarse de su pensamiento que constituía una sagrada propiedad literaria, estando con vida el verdadero autor del Quijote, que á la sazón se ocupaba en continuar su obra, quiso perjudicarle en sus intereses materiales. Sólo por este hecho y prescindiendo de todo parangón entre ambas producciones, que tampoco lo admiten, la posteridad ha sido justa, según he-

Digitized by Google

mos dicho antes, condenando al desprecio al miserable intruso que no tuvo valor para dar á conocer su verdadero nombre. Hay quien cree que el supuesto Alonso Fernández de Avellaneda era, según indicamos en una de las notas de nuestra primera parte, nada menos que el famoso padre Aliaga, confesor del rey, y muy influyente en eso que llamamos hoy elevados círculos. Otros dicen que fué un cierto compositor de comedias que picado y quejoso de haberse visto comprendido en la censura general que hizo Cervantes del teatro, usando del ardid de mancomunar su causa con la de Lope, tuvo la audacia de querer competir con aquél, insultándole al propio tiempo.

(23)

«Pues dice que la mujer
De Sancho, se llama... ¡pásmense!
Se llama Mari Gutierrez,
Mostrando que está ignorante
De que se llama Teresa
Panza; y si en este detalle
Yerra, ¿qué hará en los demás
Que no son tan importantes?

(ROMANCE CXVII, página 470.)

Queriendo Cervantes rebatir y rechazar la fábula del falso y menguado Avellaneda, no estuvo justo en esta ocasión, pues vino á desmentirle confirmando su propio error y el descuido con que había tratado el mismo asunto llamando á la mujer de Sancho unas veces Juana Gutierrez, otras Mari Gutierrez, otras Teresa Panza, y alguna que otra Teresa Cascajo, aunque este último nombre pudiera desaparecer tomando el apellido de su cónyuge.

Por esta razón, Don Vicente de los Ríos, Académico de la Lengua, dice en su notable análisis del Quijote, que Cervantes no tiene disculpa ni merece perdón al decir que Avellaneda alteró la verdad dando el nombre de Mari Gutierrez á la mujer de Sancho.» Este fué, añade, el nombre que la dió en su primera parte el mismo Cervantes; y así en él estuvo la falta cuando en la segunda se le mudó en Teresa Panza; no en Avellaneda qne le conservó el primitivo.»

Estos lunares no destruyen sin embargo las grandes bellezas del Quijote, y bien merece disculpa el que á una edad tan avanzada dió muestras de tanta lozanía intelectual, á pesar de que debía sentir conturbado su espíritu al ver la miseria y la villanía de sus envidiosos émulos y detractores.

Digitized by Google

(24)

Que la paciencia se agota
Cuando es indigno el ultraje.

(ROMANCE CXXII, página 474.)

De los datos que suministra la lectura algo concienzuda del *Quijote*, se desprende que Cervantes tenía ya escritos cincuenta y ocho capítulos de la continuación de su obra, cuando recibió la rara noticia de haber visto la luz pública el libro del supuesto Fernández Avellaneda. Este atentado le debió impresionar extraordinariamente, con tanta más razón cuanto que se sentía lastimado por los groseros insultos que le dirigió aquel advenedizo, llamándole viejo, lenguaraz, tullido y hasta casi cobarde. La ofensa por lo injusta era capaz de conmover é indignar al mismo pacientísimo Job.

Tenía el ilustre Cervantes suficientes conocimientos en bella literatura para comprender que entonces, lo mismo que ahora, un libro puede comunicar ideas para escribir otros semejantes; que las obras antiguas suelen refundirse cuando hay necesidad de ello, que la prosa de unos puede convertirse en versos de otros, que la tradición engendra el cuento, el cuento la leyenda, la leyenda el drama, el drama la novela y la novela el poema lírico, cosa que estamos viendo todos los días; que se vió antes y se verá siempre, dado que no puede existir la originalidad absoluta en toda su extensión. *La Celestina*, *El Lazarillo del Tormes* y otras muchas obras nacionales y extranjeras, anteriores á Cervantes, habían sido comenzadas por unos y terminadas por otros con los mismos accidentes y personajes, siendo objeto de infinitas imitaciones. La traducción en verso ha impreso siempre un verdadero sello de originalidad, toda vez que este trabajo pide mucha paciencia, y notable conocimiento del idioma y no escasa porción de ingenio, aunque nos esté mal el decirlo; pero lo que hizo Avellaneda, viviendo Cervantes, que ya tenía anunciada la próxima publicación de la segunda parte de su obra, no tiene ejemplo ni antecedentes en los fastos literarios: aquello fué un robo descarado y punible digno del más severo y ejemplar castigo.

A pesar de esto, nuestro gran novelador, cuyas prendas personales han sido justamente apreciadas por la posteridad, procuró dominar los ímpetus de su justa indignación hasta llegar á decir estas nobilísimas palabras: «Retráteme el que quisiere; pero no me maltrate.»

Antes de terminar esta nota no podemos resistir á la tentación de transcribir los dos parrafos siguientes, que tomamos de la *Vida de Cervantes*, escrita por el insigne crítico Don Vi-

Digitized by Google

cente de los Ríos, y que fué publicada en 1787 por la Real Academia Española:

«Sus principales virtudes, dice refiriéndose á su biografiado, fueron la sinceridad, moderación, rectitud y agradecimiento. Tenía aquella sencillez nativa, que se conserva tratando más con los libros que con los hombres; pero la tuvo exenta del embarazo y encogimiento que suele notarse en los que tratan únicamente con los libros. Sabía vivir al lado de los Grandes que le protegieron, y supo retirarse con discreción para no abusar de sus favores. Amaba la tranquilidad, y perdía su desenfado y gracia natural, cuando no estaba solo con su ingenio, su aplicación y su reposo: por esto aunque vivió casi siempre en Madrid, nunca aspiró á ser cortesano. Alejáronle de aquel forzoso desasosiego y disimuló su modestia y su penetración: conocía muy bien que las alegrías de la corte son visibles, pero falsas, y sus pesares verdaderos, aunque ocultos.»

«Era igualmente recto que agradecido; pero su gratitud fué mucho más feliz que su integridad. Con aquella conservó los amigos y apasionados, que le granjeaba su condición mansa y apacible, y con esta ofendió á muchos, que ofuscados con su amor propio, no podían sufrir la luz de la verdad que brilla en sus obras, sin embargo de estar suavizada con el velo de la urbanidad, discreción y modestia.»

(25)

Esto será, si Dios quiere,
Sobre el día veinticuatro,
Día de San Juan Bautista.

(ROMANCE CXXII, página 501.)

Según el curioso cómputo ó estudio cronológico hecho por el antes citado Don Vicente de los Ríos, Don Quijote no pudo llegar á Barcelona el día de San Juan, sino ya bien entrado el otoño. «Esto confirma, añade el señor Ríos, que Cervantes escribió su Quijote de primera mano, sin detenerse á confrontar unos lugares con otros y sin sujetarse á llevar una serie calculada en la cronología de su fábula.»

(26)

Que está recien impresa en Tarragona
Según creo haber visto en la portada.

(ROMANCE CXXIII, página 505.)

Hemos dicho antes que el *Quijote* de Avellaneda se imprimió en dicha ciudad en 1614. Poco después debió hacerse otra

Digitized by Google

edición en Barcelona, si hemos de atenernos á lo que dijo Cervantes al describir la visita que hizo Don Quijote á una imprenta. Dicho libro, que no está del todo mal escrito y del cual ha sacado partido algún notable escritor de nuestros días tomando leyendas y fragmentos, sin citar su origen y como cosa suya, fué traducido al francés por el famoso Mr. Le Sage, que le limpió de muchas indecencias, añadiéndole y mejorándole. Por esta traducción que algunos creyeron fiel y literal, la obra subrecticia obtuvo bastante éxito que no pudo dejar de ser efímero y pasajero. No faltó, sin embargo, algún escritor apasionado que motejando y ofendiendo á Cervantes ensalzó neciamente la obra del miserable intruso; pero repetimos que ese triunfo fué tan superficial como poco duradero.

(27) .

Que por abreviar la historia
Forzosamente omitimos.

(ROMANCE CXXVII, página 521.)

Es en extremo curiosa é interesante la visita que Don Quijote y Sancho Panza, en compañía de Don Antonio Moreno, hicieron á las galeras que se hallaban en el fondeadero de Barcelona; pero hemos tenido que prescindir de ella para llegar más pronto al final de nuestro ROMANCERO. Los que no hayan leído la obra del inmortal CIDE HAMETE pueden acudir á ella y ver el capítulo LXIII de la segunda parte, que trata de aquella notable aventura en la cual halló Sancho á su paisano el desterrado morisco Ricote, á la hermosa hija de éste y á otras personas notables residentes á la sazón en aquella famosa ciudad. Son donosas en extremo las impresiones que experimentó el valiente caballero al ver los honores que le hacían los barcos disparando sus cañones de crujía y haciéndo otras evoluciones, y no son menos divertidos los temores que sintió Sancho Panza; el cual, cuando menos lo pensaba, fué asido por la chusma y dejado por unos y tomado por otros, rodó de mano en mano por las dos bandas de babor y estribor hasta volver de nuevo, siempre en volandas, á la popa del buque que había sido su punto de partida.

(28)

No más martirios ó por Dios bendito
Que con mis uñas os haré pedazos.

(ROMANCE CXXXIV, página 568.)

La escena lúgubre que se representaba, los paños mortuorios, los tablados cubiertos de luto, las sentencias inexora-

Digitized by Google

bles de los reyes Minos y Radamanto, aquel cadáver cubierto de flores para hacer más interesante la muerte, la hopa, la coroza, las mamolas, los alfilerazos, las lamentaciones, las protestas y desesperación del afligido Sancho y el gritar este: «*afuera, Ministros infernales*, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios» (palabras textuales del Quijote), parece que forman un todo misterioso que envuelve alguna valerosa y trasparente alusión; alusión que no sabemos cómo la dejaron pasar los suspicaces familiares del Santo oficio.

(29)

Después de algún incidente
Que contar no es necesario,
Nuestros dos aventureros
Hasta su aldea llegaron.

(ROMANCE CXXXVIII, página 568.)

Hemos hecho caso omiso de la entrevista que tuvo Don Quijote con Don Alvaro Tarfe, uno de los principales personajes que figuran en el libro de Avellaneda, porque este episodio en nada disminuye ni aumenta la gran valía de la obra del insigne tullido de Lepanto; el cual, tanto en este pasaje como en otros, satisfizo su justa indignación dando severas lecciones á su perverso y cobarde competidor, que no quedó con ganas de volver á injuriarle públicamente. En el episodio á que nos referimos Don Quijote hace declarar á Don Alvaro que el Quijote de Avellaneda es apócrifo, falso y mentiroso. Conseguido esto, el héroe de la Mancha se decide á penetrar en su aldea.

(30)

Dicen que se halló una lápida
En el atrio de la iglesia
De Argamasilla de Alba.

(ROMANCE CXXXIX, página 599.)

Es general la creencia de que el lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiso acordarse Cervantes al comenzar su obra, fué el referido Argamasilla de Alba; siendo origen de la tal creencia la prisión que se dice sufrió en dicho pueblo y el mal trato que le dieron los vecinos del mismo, cuando en calidad de Juez ejecutor ó comisionado de apremio quiso compelerlos al pago de las cantidades que adeudaban al gran priorato de San Juan. Sobre este particular, no del todo justificado, son sumamente curiosas las noticias que nuestros

Digitized by Google

lectores pueden ver en las obras de Ríos, Pellicer, Navarrete y otros biógrafos de Cervantes; siendo en nuestro concepto cosa completamente exacta y verídica que nuestro célebre autor debió sufrir en Argamasilla algún bárbaro atropello, y que en desquite de tal desman hizo que Don Quijote y Sancho fuesen naturales de dicho pueblo, al cual alude al final de la primera parte de su obra, trascribiendo los versos dedicados al valeroso hidalgo, á Dulcinea del Toboso, á Rocinante y á Sancho Panza, por los ilustres personajes bautizados por él con los rimbombantes nombres ó epítetos de monicongos, paniaguados, caprichosos, discretísimos, burladores, cachidiablos y tiquitoques académicos argamasillescos. Sobre este particular puede tenerse también en cuenta el libro que ya citamos en las notas del primer tomo, que dió á luz hace algunos años D. Ramón Antequera, alcalde que fué del citado lugar de Argamasilla.

(31)

Los que buscando lo ignoto
Advertimos que no hay nada
Nuevo debajo del sol
Según el sabio declara.

(ROMANCE CXL, página 605.)

Entiéndase que en esta ocasión solamente nos referimos á las obras puramente literarias, á los estudios ideológicos y á cuanto se refiere á las facultades narrativas, sin tratar en modo alguno de las especulaciones de la ciencia y del arte, que constantemente nos están sorprendiendo y asombrando con nuevas manifestaciones de la inteligencia humana y con maravillosos descubrimientos que las antiguas generaciones apenas se hubieran atrevido á soñar.

Antes de terminar la árdua tarea que nos impusimos al comenzar nuestro ROMANCERO, creemos oportuno hacer presente á nuestros lectores que no hemos sido los únicos, ni somos los primeros que hemos puesto la mano en *el Quijote*.

Fresca debía estar todavía la tinta con que se imprimió tan interesante obra cuando nuestro sutil y celebérrimo poeta Don Francisco de Quevedo escribió su romance titulado «Testamento de Don Quijote»; pero aunque su composición se halle magistral y graciosísimamente escrita, resulta chabacana é impropia por haberse apartado de la situación triste, grave y solemne en que Cervantes colocó en el lecho de muerte á su desengañado y arrepentido protagonista.

También nuestro tierno, delicado y fecundo poeta D. Juan

Digitized by Google

Melendez Valdés llevó al teatro en 1784 las figuras de Don Quijote y Sancho Panza, haciéndolos tomar parte en una pieza pastoral titulada *Las bodas de Camacho* que fué premiada por el gobierno en público certamen y se representó en Madrid para solemnizar las paces celebradas con Inglaterra y el nacimiento de dos príncipes gemelos. Esta producción, en la cual quiso Melendez resucitar la Arcadia y reproducir las patriarcales costumbres del siglo de oro, ingiriendo á la vez las figuras grotescas del andante caballero y de su rústico fámulo, tuvo un mediano éxito al ponerse en escena, porque no sólo se apartaba demasiado de la vida real y positiva, sino porque también difería mucho del episodio pintado por Cervantes que hizo jugar en él á unos labradores ricos y no á elegantes y atildados pastores y pastoras de existencia dudosa y puramente imaginaria.

Cien años antes de que Melendez Valdés escribiera la obra indicada, se había representado en el teatro holandés una comedia con el título de *Don Quijote en las bodas de Camacho*. Su autor, Lakgendy, según asegura Don Manuel José Quintana en su «Noticia histórica y literaria de Melendez», tenía sólo diez y seis años cuando la escribió, y después la mejoró tanto que ha vivido en la escena mucho tiempo.

En 1617, Francisco de Avila, natural de Madrid, publicó el *Entremés famoso de los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha*, tomando por acción la llegada á la venta en su primera salida, la vela de las armas y las ceremonias de ser armado caballero: y delante de Felipe IV y de su corte se representó el martes de Carnestolendas, 24 de Febrere de 1637, una comedia intitulada *Don Quijote de la Mancha*. Según el ilustrado crítico señor Fernández de Navarrete, de quien hemos tomado este último dato, en el teatro francés existían por lo menos á principios del siglo, siete dramas inspirados por la obra de Cervantes. En otras naciones sucedió lo mismo.

En Inglaterra se hicieron dos traducciones en verso de la primera parte. Existen además otras muchas obras sacadas del Quijote, y se han publicado libros especiales recopilando los refranes y los pensamientos más culminantes del inmortal poema. Se han escrito historias de Sancho Panza, el Quijote de los niños y otros libros análogos. Nosotros hemos ido más adelante. Plegue á Dios que nuestro trabajo sea bien acogido por el público imparcial é inteligente.

Madrid: Enero 1890.

FIN DE LAS NOTAS DE LA SEGUNDA PARTE

Digitized by Google

ÍNDICE

Romance I. La convalecencia. Visita, página 5.—II. Don Quijote siempre el mismo, 7.—III. Héroes de antaño, 10.—IV. Á la querencia, 13.—V. Coloquios, 14.—VI. Sansón Carrasco, 20.—VII. Resolución, 25.—VIII. Teresa Cascajo, 27.—IX. Gestión inútil, 29.—X. Mina y contramina, 31.—XI. Petición de salario. La tercera salida, 32.—XII. Al Toboso, 37.—XIII. En el Toboso, 41.—XIV. Indagaciones. Revelación, 43.—XV. La embajada, 46.—XVI. Donde Sancho entra en cuentas consigo mismo, 49.—XVII. Mentiras sobre mentiras, 52.—XVIII. Maleficio, 54.—XIX. Pelos y señales, 57.—XX. Al lector, 60.—XXI. Caballeros y escuderos, 62.—XXII. Como lirones, 66.—XXIII. El caballero del Bosque. Reto, 68.—XXIV. Pujos marciales, 72.—XXV. Duelo, 75.—XXVI. Victoria, 79.—XXVII. El mandato. Explicaciones, 83.—XXVIII. El del Verde Gabán, 87.—XXIX. Don Quijote pintado por sí mismo, 89.—XXX. Vida tranquila, 91.—XXXI. Los leones, 95.—XXXII. Valor sin segundo, 98.—XXXIII. No hay más allá, 102.—XXXIV. Las bodas de Camacho, 106.—XXXV. Sancho se desayuna, 110.—XXXVI. Regocijos, 115.—XXXVII. Basilio y Quiteria, 117.—XXXVIII. La cueva de Montesinos, 123.—XXXIX. Descenso y ascenso, 127.—XL. Lo que vió Don Quijote, 130.—XLI. La ermita y la venta, 135.—XLII. Llanezas de un héroe, 139.—XLIII. Los dos regidores, 140.—XLIV. Lo que puede la fama, 143.—XLV. El mono adivino, 145.—XLVI. Escrúpulos, 151.—XLVII. El retablo. Representación, 153.—XLVIII. El rapto de Melisendra, 156.—XLIX. Hecatombe, 159.—L. Quien rompe, paga, 162.—LI.

Digitized by Google

Donde se declara quién era maese Pedro, 165.—LII. El rebuzno, 168.—LIII. Sancho se hace orador. Alusiones fatales, 172.—LIV. Disidencias, 175.—LV. Luces y sombras, 180.—LVI. Explicaciones, 183.—LVII. La mansión de los Duques. Recibimiento, 185.—LVIII. Muda honesta y necesaria, 188.—LIX. Don Quijote en candelero, 190.—LX. Otro cuento de Sancho, 192. —LXI. La Insula en lontananza, 196.—LXII. Lavatorios, 199.—LXIII. Ceremonias, 204.—LXIV. Glorias y percances, 211.—LXV. El programa de Sancho, 216. —LXVI. Apariciones, 220.—LXVII. Desencanto en perspectiva, 225.—LXVIII. Protestas, 229.—LXIX. Avenencia, 233.—LXX. Una carta de Sancho, 238.— LXXI. Trifaldin de la Barba Blanca, 245.—LXXII. La Condesa Trifaldi, 248.—LXXIII. Donde la Dueña Dolorida comienza su historia, 252.—LXXIV. El gigante Malambruno, 256.—LXXV. Clavileño el Alígero, 260.—LXXVI. Vacilaciones, 267.—LXXVII. Viaje aéreo, 272.—LXXVIII. Lo que Sancho vió en el cielo, 276.—LXXIX. Consejos de Don Quijote, 283. —LXXX. Nuevas advertencias, 288 —LXXXI. Refranes y más refranes, 291.—LXXXII. Á la ínsula, 296.—LXXXIII. Serenata. Apuros amorosos, 298.— LXXXIV. El señor Gobernador, 304.—LXXXV. Justicia á secas, 309. —LXXXVI. La querellosa, 312.— LXXXVII. Sancho el sabio, 315.—LXXXVIII. Cuitas amorosas, 319.—LXXXIX. Aventuras nocturnas. Requerimientos, 322.—XC. El Doctor Pedro Recio, 328. —XCI. Régimen dietético, 330.—XCII. Sancho el fuerte. Los deberes de un cargo, 335.—XCIII. El hombre de Miguel Turra, 340.—XCIV. Doña Rodriguez, 348.—XCV. Historia lastimosa, 352.—XCVI. Revelaciones. Azotes y pellizcos, 357.—XCVII. De ronda, 363.—XCVIII. Teresa y Sanchica Panza, 366. —XCIX. Sueños felices, 372.—C. Don Quijote escribe á Sancho, 377.—CI. Sancho escribe á Don Quijote, 381.—CII. La demanda. Desafío, 388.—CIII. La vuelta del paje, 394.—CIV. El asalto. Catástrofe, 400.—CV. ¡Pobre Sancho!, 405.—CVI. Resolución irrevocable, 408.—CVII. El Desterrado, 415.—CVIII. El gozo en un pozo, 423.—CIX. En salvo, 427.—CX. El combate. —Amor súbito, 433.—CXI. Transmutaciones, 438.—

Digitized by Google

CXII. La partida, 441.—CXIII. Cuatro santos de á caballo, 448.—CXIV. La celada, 453.—CXV. Arcadia peligrosa, 457.—CXVI. Nuevos personajes, 463.—CXVII. Adios, Zaragoza, 469.—CXVIII. Rebeldía, 475.—CXIX. Roque Guinart, 479.—CXX. Lo que hacen los celos, 485.—CXXI. Vida azarosa, 490.—CXXII. En marcha, 496.—CXXIII. Don Quijote en Barcelona. Entrada triunfal, 503.—CXXIV. Exhibiciones. Sarao, 507.—CXXV. La cabeza encantada, 513.—CXXVI. La imprenta, 521.—CXXVII. El caballero de la Blanca Luna, 525.—CXXVIII. Percance fiero, 529.—CXXIX. Retirada, 534.—CXXX. A la sombra de un árbol, 542.—CXXXI. Proyectos felices, 546.—CXXXII. Aventura cerdosa. —Secuestro, 553.—CXXXIII. Escenas lúgubres, 561.—CXXXIV. La resurrección, 564. — CXXXV. Triunfos de Sancho, 568.—CXXXVI. Cuentas exactas, 571.—CXXXVII. El principio del fin.—Azotaina, 577.—CXXXVIII. Tristes augurios.—Decepciones, 582.—CXXXIX. El testamento. Muerte de un justo. Epitafio, 591.—CXL. Anverso y reverso. Conclusión, 600.—NOTAS, 607.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C003336156

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

Digitized by Google

Digitized by Google